

33

4333





HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.



2

# HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

HASTA EL SIGLO XV

EXCLUSA LA GLORIOSA GUERRA DE ÁFRICA,

que se publicó en 1847, escrita por el Sr. D. Juan de Dios

## HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

Escrita por el Sr. D. Juan de Dios, y continuada por el Sr. D. Juan de Dios

por D. JOSÉ ANTONIO DE ALFARO Y D. MANUEL GARCÍA GONZÁLEZ



TOMO IX.

MADRID

EN LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

---

Esta obra es propiedad de sus autores, quienes perseguirán ante la ley al que la reimprima, tanto en España como en los demás puntos á que alcance la ley de derecho internacional, según está prevenido por las reales órdenes relativas á la propiedad literaria.

---



# HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

HASTA FINES DEL AÑO 1860,

INCLUSA LA GLORIOSA GUERRA DE ÁFRICA,

POR

D. DIONISIO S. DE ALDAMA Y D. MANUEL GARCIA GONZALEZ.



---

TOMO IX.

---

MADRID:

Imprenta de Manuel Tello, calle de Preciados, núm. 86.

1863.

# HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

HASTA FINES DEL AÑO 1808.

INCLUYA LA GLORIOSA GUERRA DE AFRICA.

D. DIONISIO S. DE ALBANA Y D. MANUEL GARCIA GONZALEZ.



TOMO IX

MADRID

Imprenta de Manuel Tello, calle de Procelos, núm. 20.

1803

# HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

CONTINÚA EL AÑO 1571.

## LEPANTO.

Sobre cubierta de la galera real convocó el valeroso D. Juan á su consejo, siguiendo las instrucciones de su hermano el rey. Algunos de los consejeros tuvieron más cuenta con su cuerpo que con su honor; pero fueron los menos: la mayor parte, con D. Juan á su cabeza, se decidió por lo más honroso y digno: por ir á buscar al enemigo.

El último día de Setiembre llegó la armada de los cruzados á la Gumenizza, y el día 5 de Octubre á Cefalonia, en donde supieron la rendicion de Famagusta y la barbarie del turco feroz, que fué nuevo incentivo y acicate para redoblar el ánimo de los buenos.

Cuando apenas habia rayado la aurora del día 7 tomó la gran armada rumbo, y despues del medio dia se acercó á las siete isletas, situadas frente á la costa de Albania y llamadas Curzolarias.

De las naves que iban á vanguardia, una retrocedió á dar el aviso de que al doblar el golfo la vanguardia, habia visto la armada enemiga. En el momento D. Juan mandó enarbolar el venerando pendon de la Santa Liga y hacer un disparo de cañon, señal convenida que indicaba la proximidad de la batalla.

Traia el turco una pöderosa armada, en la que solamente de galeras habia doscientas cuarenta, y despues infinitas galeotas, fustas y buques de diversos portes, tripuladas por *ciento veinte mil hombres.*

Ali-Bajá era el caudillo supremo, y sus tenientes Pertew-Bajá y Uluch-Ali; y como el primero era el voto decisivo, le aconsejaban no emprendiese temerariamente la batalla sin seguridad de vencer; porque aquel día, una vez roto el fuego, habia de ser de muerte para el vencido y de vida para el vencedor.

Lo mismo pasaba en la armada real y al mismo tiempo que en la turca: la vista de la poderosísima armada enemiga habia producido en algunos jefes cruzados idéntico efecto que la cristiana en varios de los caudillos turcos. Y no se trataba de gente vulgar ó de valor dudoso; antes bien lo era de ilustre alcurnia y de muy probado esfuerzo: entre ella se contaba al almirante veneciano Veniero, y el mismo Juan Andrea d'Oria.

El animoso D. Juan, volviéndose á los vacilantes consejeros, les dijo estas memorables palabras: *Señores, ya es tarde para aconsejar, y es hora de combatir.*

Cierto que el heroico D. Juan parecia en aquel crítico momento animado por una esperanza divina, y sostenido por una fuerza superior y sobrenatural. Aquel jóven, apenas de veinticuatro años, radiante de alegría y animado por la esperanza de adquirir bélica gloria, saltaba de una en otra nave para dar valor á todos con sus palabras y con su ejemplo. Jamás se le conoció mejor que era hijo de Carlos I que en aquel solemne momento: era muy parecido en la figura y en el marcial aliento; y en su manera de proceder al acercarse el peligro, su verdadero trasunto. Hé aquí las palabras que se ponen en boca de D. Juan:

«Hijos, les decia con entero y sonoro acento á los españoles; »á vencer hemos venido, ó á morir, si Dios lo quiere. No deis »lugar á que vuestro arrogante enemigo os pregunte con sober- »bia impia: *¿Dónde está vuestro Dios?* Pelead con fé en su san- »to nombre; que muertos ó victoriosos, gozareis la inmortalidad.» Y á los venecianos: «Hoy es día de vengar afrentas: en »las manos teneis el remedio de vuestros males: menead con »brío y cólera las espadas.»

No habia sido tan animoso Uluch-Ali, que intimidado con la proximidad de D. Juan, se separó cobardemente del resto de la escuadra otomana, pero regresó despues; y cuando esto sucedia, Ali-Bajá preparaba sus tropas á la terrible batalla que ya de cerca amenazaba.

Ali avanzó muy persuadido de que la armada cristiana se componia de los buques que estaba viendo, y tenia por cosa fácil el vencerla y desbaratarla; mas ignoraba aquel descreido que la parte principal de la armada estaba oculta por las islas Curzolares.

Salió Ali-Bajá á alta mar, y aterrado vió la inmensa armada

de la Santa Liga, puesta en orden de combate. Quisiera en aquel momento el feroz, pero valeroso turco, haber podido desaparecer de allí, sin mengua de su honor de soldado; mas débese decir que á D. Juan le sucedió otro tanto; esto es, tambien quedó sorprendido, porque no creia que tan numerosa fuese la escuadra turca.

En aquel solemne momento, el viento hasta allí contrario á los cristianos, cambió de pronto azotando por las proas los buques de los mahometanos, dificultando con esto todas las operaciones. D. Juan, atento á todo, mandó cortar los espolones de todas las galeras, incluso el de la real que él montaba, y en seguida avanzaron seis galeazas venecianas, como de descubierta. La batalla la dispuso D. Juan é hizo tomar á la línea la forma de media luna; dió el mando del *cuerno* (ala) derecho, que constaba de sesenta y tantas galeras, al bizarro y entendido Juan Andrea d'Oria; el del izquierdo, con sesenta, al veneciano Barbarigo, y el centro se le reservó, yendo en su capitana, asistido de su teniente D. Luis de Requesens, colocado en la popa de la *navé real*, de los almirantes de Roma y de Venecia, Colonna y Veniero, y de su sobrino Alejandro Farnesio, de la edad de su tío y no menos valeroso y entendido, como veremos más adelante. Á retaguardia hizo colocar D. Juan una escuadra compuesta de casi cuarenta galeras, llamada escuadra de socorro, cuyo mando encomendó al atrevido y bizarro caballero Bazan, marqués de Santa Cruz.

Al mismo tiempo que se practicaban estas operaciones, avanzaba magestuosamente la armada turca, tambien en forma de media luna. Era bastante más numerosa que la de los cruzados, y venia el ala derecha, compuesta de cerca de sesenta buques, encomendada á Mehemet-Siroko, virey de Alejandria; la izquierda, que constaba de noventa y tres, la mandaba Uluch-Ali, virey de Argel; el centro, que se componia de noventa y seis, iba mandado por Ali-Bajá y por Pertew-Bajá.

Terrible é imponente espectáculo ofrecian á la consideracion de los circunstantes en aquel supremo momento las tranquilas aguas del golfo de Lepanto. Habia de pronto cesado el viento; purísimo y con inimitable azulado se mostraba el cielo; vivido y esplendente el sol; los astros y los elementos todos habian quedado paralizados é inmóviles, como quien desea no perjudicar con un movimiento indiscreto ó involuntario á dos que se preparan á combatir, y al mismo tiempo con ojo atento, concentrando en la vista todas las potencias y los sentidos todos, no quiere perder ninguno de los detalles del hecho que espera ver consumado.

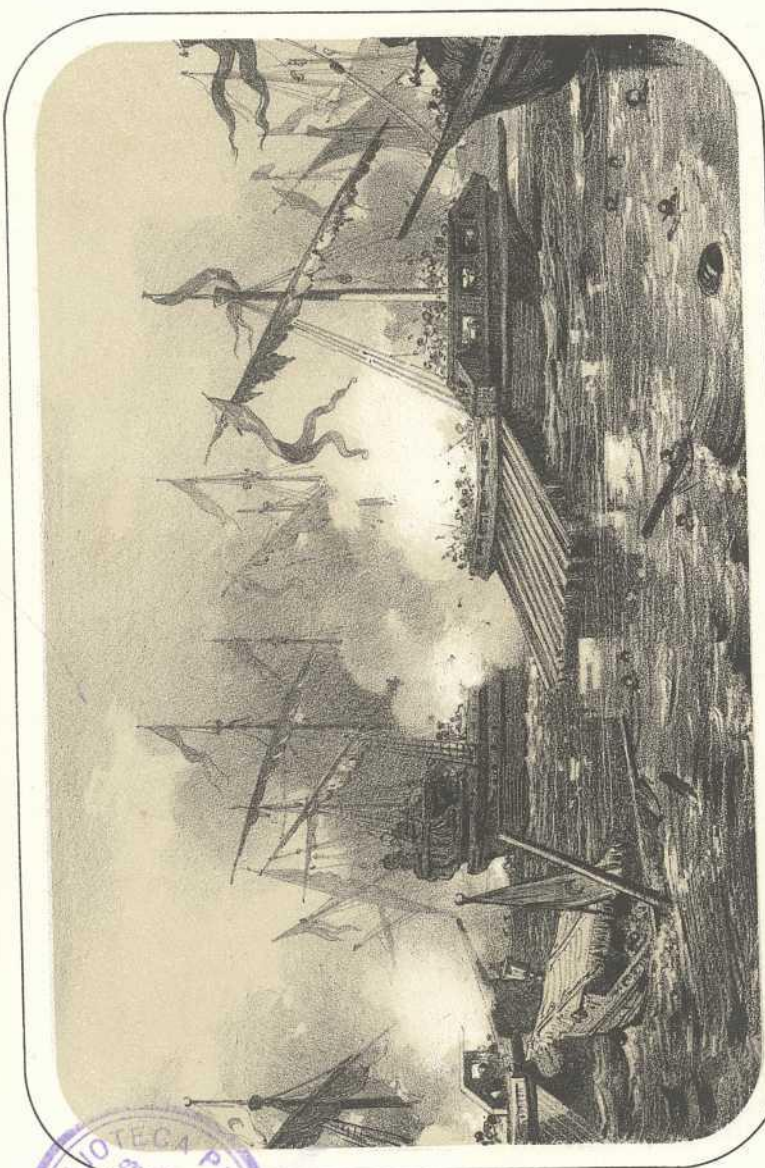
Sobre cubierta estaban los guerreros con sus marciales arreos, que heridos por la luz del sol reflejaba y quitaba la vista: tal habia sido el esmero y prolijidad con que soldados, escuderos y caballeros se habian esmerado en presentar las respectivas armas como lucientes espejos. Presagiábase por todos que la gran faccion en que iban á tener la gloria de tomar parte habia de ser tal, que haria poner en olvido todas las más célebres batallas de la antigüedad, sin dejar gran esperanza de que se realizase otra más importante y famosa en la sucesion de los tiempos.

Era, por cierto, espectáculo imponente el que presentaban las tranquilas aguas de Lepanto. Aquellas dos poderosísimas armadas, frontera una de otra; los graves y varoniles rostros de los españoles, fija la vista en el jóven é inmortal caudillo, como quien espía el momento de ver la señal para empezar á combatir, y como si aquella señal no hubiera de ser nuncio de horrores, de destruccion y de sangre; los variados colores de que iban adornados los musulmanes; aquella diversidad de rostros pálidos, cobrizos, negros, rodeados de verde, de blanco, de encarnado; la multitud de armas, ninguna parecida á las de los cristianos, pero todas, como las de estos, mensajeras seguras de la muerte; los artilleros, más que nadie atentos á la esperada señal, con las mechas preparadas y teniendo en su mano, que habia de obrar casi maquinalmente, centenares de vidas; y esto no obstante, aunque tanta prontitud de ánimo habia, aunque tanto era el valor y tantos los deseos, aun así hubo un momento de vacilacion y de duda..... Ambas armadas mutuamente recelaron, porque ambas á dos eran formidables y temibles. El mismo D. Juan de Austria asombrado por la magnitud de la empresa estuvo un momento indeciso, hasta que tomando un crucifijo, que siempre en la guerra cerca de sí llevaba, le besó los piés, elevó los ojos al cielo como quien con el pensamiento dice, *fiat voluntas tua*, y desenvainó el refulgente acero.

Por fin una detonacion hirió los atentos oidos de los guerreros: era un cañonazo disparado en la capitana turca, al cual siguió otro de la galera real de España. Despues de algunos otros disparos, el ala izquierda de los cristianos chocó con impetu terrible contra la derecha de los turcos; aquella la mandaba el veneciano Barbarigo, y esta Siroko, el virey de Alejandria.

Hicieronse muy notables los venecianos por su saña, que estaba reciente y fresco en su memoria el bárbaro y cruel suplicio sufrido por el desventurado Bragadino. Y como si no se hubieran mostrado bastante feroces en ocasiones anteriores los turcos, en aquella, habiéndose ya generalizado la batalla, Uluch-Ali apresó la capitana de Malta y pasó barbaramente á cuchillo á





Ita de J. DONON. Madrid.

# Famosa Batalla de Lepanto .

C. ANTONIA, dib.º y lit.º





cuantos la tripulaban. Salváronse, empero, dos caballeros con el prior, quiénes cubiertos de heridas quedaron ocultos entre los muertos, y por tales tenidos.

Pocos minutos despues de haberse generalizado la batalla, aquella parte del Mediterráneo presentaba una vista tal, que es mucho más fácil de comprender que de describir.

El silbar de las matadoras balas y el zumbir de las mortíferas saetas causaba un ruido espantoso, tan fuerte y mucho más siniestro que el producido por el desencadenado huracan, en día de aterradora tormenta. Las masas parciales de humo que impelidas por el agitado viento iban á formar otra general y espesísima, interpuestas entre el sol y la tierra, negaban á esta los resplandores de aquel y la cubrian de melancólicas tinieblas, como si entonces la media noche fuese; y en medio á tan densa y aterradora oscuridad, alumbrábanse parcamente los guerreros con las rojizas chispas que despedia el violento choque de las armas ofensivas y defensivas, cuyo horrrisono fragor helaba el corazon, y tambien con las llamas producidas por las incendiadas naves. No crea el lector que hay en este fiel relato ni aun sombra de exageracion: *el humo de los cañones y arcabuces oscureció el sol: la sangre de cristianos y agarenos tiñó y dió color de púrpura á las aguas del Mediterráneo.*

Era tal la confusion y desórden nacidos del ardor bélico con que se combatia y se apelaba al abordaje, que, segun asegura la historia, viéronse pendones cristianos clavados en galeras turcas, y las colas con las medias lunas, puestas en las proas de buques cristianos; hubo galera de los ismaelitas que acabó la batalla tripulada por cristianos, y nave cristiana que concluyó ocupada y regida por turcos; unas se iban á fondo, otras como granadas se abrian, y no pocas eran pasto de las llamas. Y todo era estrago, y amenazas, y ayés lastimeros, y crujir de armas, y lamentos desgarradores, y saña y encono, y anhelo de malar y deseos de destruccion.

En medio de aquel horrible cuadro y entre tantos valientes, se destacaba una imponente figura, de colosales proporciones. Con el tajante acero siempre en continuo movimiento; buscando de una en otra parte con incansable agilidad el sitio de mayor peligro; atento á todo y dando á todo vida, era simultáneamente soldado en el valor y en desafiar el peligro, caudillo en la prudencia para dirigir y en la prontitud y energia para obrar: hablamos del jóven y bizarro D. Juan, *del rayo austrino, del hijo inmortal del Aguila famosa*, como le denomina el fecundo y celeberrimo *Lope de Vega*.

El digno hijo del inolvidable emperador buscaba con anhelo

al feroz Ali-Bajá, para medir con él sus armas y terminar en un solo punto la batalla. Y se encontraron por fin, haciendo que de espanto se estremeciesen los corazones de los que inmediatos estaban, el sordo y siniestro estruendo producido por el violento choque de ambas galeras. No se pudieron abordar, empero; que los arcabuces y cañones de la Real española hicieron que la capitana turca involuntariamente retrocediese, con la cubierta sembrada de cadáveres.

Cuando el supremo caudillo es tan valeroso como lo era don Juan, ningún jefe del ejército es cobarde: por esto no es fácil el decidir del valor de los que al héroe de la Alpujarra acompañaban en tan glorioso y memorable día. Emulos dignos fueron en la famosa é inolvidable jornada Colonna, el almirante de Roma; Veniero, almirante veneciano; Requesens, teniente de D. Juan de Austria; Farnesio, nieto del valeroso emperador y sobrino del rey y de D. Juan; D. Lope de Figueroa, Diego de Urbina, Zapata, Carrillo, d'Oria, Chaves y otros mil; que antes se cansarian la mano y la pluma que se acabase la lista nominal de los valientes de Lepanto. Y entre todos ellos, ¿quién se mostró en aquel día de terrible gloria más valeroso, inteligente y activo que el intrépido jefe y entendido marino D. Alvaro de Bazan, primer marqués de Santa Cruz de Mudela? Jamás se sabía en dónde estaba, porque se hallaba casi á un tiempo en todas partes; y cuando se le buscaba en el sitio al cual acababa de llegar, ya no se le hallaba, porque se habia dirigido á otro. Comprendió, y comprendió bien, que siendo jefe de la escuadra de socorro, debía auxiliar á cuantos de auxilio necesitasen; y en cuanto libraba del riesgo á una nave, volaba en socorro de otra á la que veia necesitada de su valor é inteligencia: por esto el célebre Bazan, que en Lepanto hizo inmortal su nombre, en pocos minutos libró á la Real, rescató la capitana de Malta, sacó á d'Oria del conflicto en que Uluch-Ali le tenia, auxilió á Colonna y puso en fuga á la capitana de Argel.

Cuando apenas habia fuerza en los brazos, si bien sobraba aliento en los pechos y ánimo en el corazón, se oyó el sordo ruido que produce un cuerpo pesado al caer en el agua. Era el de Pertew-Bajá, que, acosado por D. Juan de Cardona, habia ido á parar á las enrojecidas aguas del Mediterráneo.

A pesar de esto, sosteníanse los turcos haciendo sobrehumanos esfuerzos. Pertew-Bajá habia podido ganar un esquisé y salvarse; mas un soldado español de la misma galera real apuntó su arcabuz é hirió en la frente al mismo Ali-Bajá, el mejor y más humano de los caudillos turcos.

Este golpe decisivo hizo que los cruzados entonasen el himno

de victoria, y que los restos de la armada turca se dispersasen, siempre acosados por los cristianos.

Un soldado, dando ejemplo de una ferocidad que puede disculparse con el ardor de la obstinada pelea, aunque tal disculpa es muy poco admisible, cortó la cabeza al herido Ali-Baja y se la presentó á D. Juan de Austria. Este se horrorizó, reprendió severamente al homicida, que tal nombre merece el que asesina á un enemigo postrado é indefenso, y mandó arrojar al mar la cabeza: por esto hemos dicho que el ardor de la pelea es disculpa muy poco admisible, cuando con él quiere atenuarse un golpe de ferocidad; porque en idéntico caso que los demás guerreros se hallaba D. Juan, y sin embargo, reprendió con grande enojo al soldado.

Aun despues de haber los cristianos proclamado la victoria, hizo Uluch-Ali un último esfuerzo con las galeras que mandaba, sosteniendo la lucha contra las de Juan Andrea d'Oria. D. Juan, el bizarro y jóven generalísimo, acudió en persona á socorrer á d'Oria, que el hermano del rey á todo estaba atento, y bien pronto puso en fuga á Uluch-Ali. Tan velozmente huía, que ni el valeroso Juan Andrea pudo impedirlo, ni el intrépido Bazan alcanzarle. Sin embargo de esto, casi todos los que á Uluch-Ali seguían fueron á dar contra los venecianos, y sucumbieron bajo las armas de estos.

CIENTO TREINTA Y CUATRO buques útiles quedaron en poder de los vencedores, SETENTA fueron sorbidos por las aguas, treinta quemados; cuarenta escaparon.

Murieron en la batalla VEINTICINCO MIL turcos, y cinco mil quedaron cautivos; de los cruzados murieron ocho mil, incluso los marineros, y adquirieron la amada y preciosa libertad cerca de trece mil cristianos que venían en la formidable y destruida armada como remeros. De los ocho mil que gloriosa, aunque sensiblemente, perecieron, dos mil fueron españoles, cinco mil doscientos venecianos y ochocientos romanos.

En cuanto á personas principales murieron en la batalla las siguientes:

*Españoles.*—D. Bernardino de Cárdenas, su sobrino D. Alonso, D. Juan de Córdoba, Agustín de Hinojosa, D. Juan de Miranda y D. Juan Ponce de Leon.

*Venecianos.*—El valeroso Agostino Barbarigo, Benito Lozano, Marino y Gerónimo Contarini, Marco Antonio Lando, Vicencio Quirini, Andrés y Jorge Barbarigo y algunos otros.

Murieron además el gran baillío de Alemania, el conde de Briatico, napolitano, y otros muy valerosos aunque de ménos nombre.

En esta famosa y memorable batalla, y entre los cautivos, presentaron al valeroso D. Juan los dos hijos del desventurado Ali-Bajá que iban en la misma galera que su padre. Llamábanse Mahomet-Bey y Mahamet-Bey, y tenían una hermana, cuyo nombre era Fátima, la cual llorando sentidamente la muerte desgraciada de su padre y viéndose aislada y sola sobre la tierra, escribió á D. Juan de Austria rogándole diese libertad á sus amados hermanos; y para más obligarle, suponiéndole tan interesado como suelen serlo los turcos, acompañó la carta con un magnífico y riquísimo presente.

Contestóle el galante príncipe, y creemos hacer cosa muy grata al lector en insertar íntegra la carta de D. Juan, así porque no es larga, como porque en ella se ve fielmente retratado al noble príncipe y cumplido caballero, valeroso y fuerte en la pelea, y humano y bondadoso en el triunfo. D. Juan es el tipo del verdadero valiente, y su bello carácter y alma elevada que tan bien están delineadas por su misma pluma, le atraían las ajenas voluntades: por esto, si no nos equivocamos, excitó más de una vez los celos de su hermano Felipe II. Hé aquí la carta:

«Noble y virtuosa señora. Dende la primera hora que fueron  
 » traydos á mi galera Mahomet-Bey y Mahamet-Bey su herma-  
 » no, despues de haber vencido la batalla que di al armada del  
 » turco, conociendo su nobleza de ánimo y buenas costumbres,  
 » considerando la miseria de la flaqueza humana, y quan sujeto  
 » es á mudanza el estado de los hombres, añadiendo el ver que  
 » aquellos nobles mancebos venian mas en el armada por regalo  
 » y compañía de su padre que para ofendernos, puse en mi áni-  
 » mo, no solamente de mandar que fuesen tratados como hom-  
 » bres nobles, pero de darles libertad quando me paresciese ser  
 » la ocasion y tiempo para ello. Acrescentóse esta intencion en  
 » rescibiendo su carta tan llena de afliccion, y afliccion fraterna,  
 » y con tanta demonstracion de desear la libertad de sus herma-  
 » nos; y quando pensé poder imbiárselos ambos, con grandísimo  
 » descontentamiento mio llegó á Mahamet-Bey el último fin de  
 » los trabajos, que es la muerte. Embio al presente en su liber-  
 » tad á Mahamet-Bey y á todos los otros cautivos que me ha pedi-  
 » do, como tambien embiara al defuncto si fuera vivo; y tenga,  
 » señora, por cierto, que me ha sido desgusto particular no po-  
 » derla satisfacer y contentar en parte de lo que deseaba, porque  
 » tengo en mucha estima la fama de su virtuosa nobleza. El pre-  
 » sente que me embió dexé de rescibir, y lo huvó el mismo Ma-  
 » hamet-Bey, no por no preciarle como cosa venida de su ma-  
 » no, sino porque la grandeza de mis antecesores no acostumbra  
 » rescibir dones de los necesitados de favor, sino darlos y hacer-

» les gracia; y por tal, rescibirá de mi mano á su hermano, y á  
 » los que con él embio: siendo cierta que si en otra batalla se  
 » volviese á captivar, ó otro de sus deudos, con la misma libera-  
 » lidad se les dará libertad y se les procurará todo gusto y con-  
 » tentamiento. De Nápoles, á 13 de Mayo de 1573.—A su servi-  
 » cio, D. Juan.»

Esta carta fué escrita dos años despues de la célebre batalla; empero como se refiere á ella, nos ha parecido más oportuno el colocarla aquí.

Para terminar con la comenzada narracion diremos que en poder de D. Juan quedaron *todas las banderas* de los turcos, CIENTO DIEZ Y SIETE cañones pertenecientes á la llamada artillería gruesa, ó mayor, y doscientos cincuenta de diversos calibres: total, TRESCIENTAS SESENTA Y SIETE piezas.

En aquel dia de inmarcesible gloria, y cuando cerca de trece mil cristianos se libertaron de sus hierros, siempre pesados, y si son puestos por los hijos de Ismael doblemente insoportables, perdió la libertad un solo cristiano y español.

Valeroso, pero oscuro soldado sin nombre, hallábase en la galera llamada *Marquesa*, agobiado por una violenta fiebre en el momento de ir á comenzar la batalla. No todos los autores están conformes respecto de la compañía de que formaba parte el enfermo y bizarro soldado: nosotros tenemos algun fundamento para decir que el capitan de aquel héroe modesto y oscuro se llamaba D. Diego de Urbina.

Poco antes de darse la seña que habia de anunciar horrores y muertes sin cuenta, el soldado se presentó á su capitan y le pidió le señalase puesto en la pelea, á lo que Urbina le contestó cuidase de su salud, que bien probado tenia ya su desnudo. *Yo no soy hombre que esté so cubierta, cuando arriba pelean los valientes*, respondió el animoso guerrero; y tantas fueron sus súplicas, y tantos sus ruegos, que el capitan accedió y dándole el puesto de sargento le colocó en sitio donde pudiera ostentar su ánimo sin par, mandando ocho hombres. Allí fué aquel dos veces herido, y una de ellas en una muñeca que le dejó casi inútil el brazo izquierdo; y fué verdaderamente providencial el que fuese dirigido al siniestro lado el arcabuzazo, para que fuese sana y salva aquella mano derecha que, trasladando al papel las inimitables concepciones de aquella imaginacion privilegiada, habia de dar tanta gloria á él mismo como á aquella ingrata patria que le dejó vivir y perecer en la miseria. ¿Necesitará el lector saber el nombre del oscuro soldado de Lepanto? No, seguramente: desde las primeras líneas habrá comprendido que aludimos al *Principe de los ingenios españoles*; al inmortal MIGUEL DE CERVAN-

TES SAAVEDRA, de quien dijo el no ménos inmortal *Frey Lope Félix de Vega Carpio*, en su *Laurel de Apolo*, refiriéndose á esta célebre batalla de Lepanto:

«En la batalla donde el rayo *Austrino*,  
 hijo inmortal del *Aguila* famosa,  
 ganó las hojas del laurel divino  
 al rey del Asia en la compañía undosa,  
 la fortuna envidiosa  
 hirió la mano de MIGUEL CERVANTES;  
 pero su pluma en versos de diamantes  
 los de plomo volvi6 con tanta gloria,  
 que por dulces, sonoros y elegantes,  
 dieron eternidad á su memoria;  
 porque se diga que una mano herida  
 pudo dar á su dueño eterna vida.»

La opinion general está porque fué hecho cautivo *Cervantes* al volver de Flandes á España, por un corsario que le vendió á buen precio, suponiendo así el vendedor como el comprador que era persona de valía y que seria muy bueno el rescate, porque le hallaron encima cartas de recomendacion para la corte, de muy elevados personajes, incluso el mismo D. Juan de Austria. No falta, sin embargo, quien ha afirmado que en la famosa batalla de Lepanto quedó cautivo, y aun las mismas palabras de aquel célebre español lo indican; porque es fama que perdió la libertad cuando muchos millares de cautivos la recobraron, y él solo fué el cautivo.

Dicese á este mismo propósito que impulsado por aquel ardor bélico en él connatural, abordó á una galera enemiga y comenzó á batirse con su valor de héroe, suponiendo que sus compañeros le habian seguido; mas al poner el pié sobre la cubierta de la galera enemiga Miguel de Cervantes, en el momento en que iban á aferrar las dos naves, un golpe de viento las separó violentamente, y nuestro héroe quedó solo entre los enemigos. Entonces fué cuando recibió las heridas y cuando por muerto le dejaron, hasta que habiendo observado en él señales de vida, le curaron y llevaron á Argel, admirando el jefe de la galera turca el ánimo de aquel hombre extraordinario, cuyo rostro imponia temor y admiracion á sus mismos enemigos. A su superioridad sobre cuantos le rodeaban debió el conservar su vida; porque hizo en Argel cosas que no son de este lugar, y que, segun él mismo, por mucho menores habia el bey ahorcado y empalado á otros cautivos. No nos ha sido posible terminar la narracion

de la más grande é importante batalla naval que ha habido en el mundo, sin dedicar algunas líneas al inmortal manco de Lepanto.

El principal héroe de este gloriosísimo hecho de armas quedó herido cerca de un tobillo. Recibió en efecto D. Juan un casco de metralla, cosa que usaban muy frecuentemente los turcos; más por fortuna hirió el mortífero proyectil de soslayo, sin interesar el hueso.

Curado D. Juan de la herida, manifestó á su consejo el deseo que le animaba de acometer inmediatamente otra empresa, que diera por terminado el terrible drama comenzado en Lepanto. El consejo no estuvo de acuerdo, y solo se determinó sitiarse el fuerte de Santa Maura, lo que tampoco se verificó, por haber despues considerado aquella empresa como más difícil y expuesta que útil, y se acordó, por último, con gran disgusto del bizarro príncipe, que las escuadras se dividiesen para invernar: esto es, se decidió dar tiempo al turco para que se rehiciese en vez de terminar la grande obra tan felizmente comenzada, y malograr lo muchísimo que en Lepanto se habia ganado; porque ha sido de todos tiempos en España el jugar con la fortuna, el acometer grandes empresas, el demostrar cuánto es el poder de esta nacion magnánima y el valor de sus hijos, pero contentándose con empezar, sin llegar jamás á concluir.

Los soldados se alegraban de pasar á tomar descanso y á disfrutar de la presa, que á fé puede asegurarse ni habian tenido jamás ni fácilmente volverian á tener otra semejante, ni aun parecida. Segun un autor antiguo, tan respetable como bien informado, hubo soldado á quien cupieron en el saqueo CINCO MIL ZEQUES, *y algunos se hicieron de oro los petos y espaldares*, á los cuales al pasar, tiempo adelante, á la guerra de Flandes, tiñeron de color oscuro, para no excitar la codicia de los enemigos, si por desgracia caian prisioneros. Despues la falta de pagas les obligó á mudar de armas defensivas.

Tomado el acuerdo de invernar, D. Juan con su armada se dirigió á Corfú; y luchando con los elementos y con los rezagos del equinoccio, el dia 31 de Octubre llegó á Messina, en donde fué recibido con verdadero frenesi; y todo lo merecia el bizarrosísimo y entendido héroe de Lepanto.

El Pontífice (San Pio V), á quien se debia tanta parte de aquella gloria, como el primero que fomentó la idea de formar la Santa Liga, celebró magníficamente aquel notabilísimo triunfo, y su alegría fué superior á toda ponderacion. Al recibir la placentera noticia y los detalles de la batalla y victoria, prorumpió en copioso llanto; y aplicando al ya famoso príncipe D. Juan las pa-

labras del evangelista de aquel mismo nombre, entre sollozos y elevando al cielo las venerables manos exclamó: *Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes.*

Concedió asimismo Pío V á su almirante Colonna los honores del triunfo, que en verdad hizo muy principal papel en la famosa batalla; y aquel verificó su entrada triunfal públicamente y subió al Capitolio.

En Roma, en Venecia, en España, los pinceles, las plumas, los cinceles de los primeros pintores, poetas y escultores, eternizaron la memoria del célebre hecho de armas que tuvo lugar el día de Nuestra Señora del Rosario (7 de Octubre), legando á la posteridad el imperecedero recuerdo de aquel combate naval que, en sentir de notables y respetabilísimas autoridades, es el *más famoso de que se hace memoria en los anales de los pueblos.* Solo Felipe II dió entonces, como en muchas ocasiones, una clara muestra del inmenso dominio que sobre sí mismo tenía.

Hallábase el rey en el Escorial, rezando las visperas de Todos Santos con la comunidad de gerónimos, en el coro bajo de una iglesia que provisionalmente se había hecho, y para suplir á la que construyéndose estaba. En aquel momento llegó un correo despachado por la embajada de Venecia, antes de que lo verificase el bizarro maestro de campo D. Lope de Figueroa, á quien el príncipe había comisionado para dar parte al rey de la batalla y de la victoria.

Recibió el pliego D. Pedro Manuel, gentil-hombre de la real cámara, y comprendiendo la importancia del papel que en la mano tenía, entró en el coro; y para llamar la atención de S. M., le dijo en voz sumisa: *Noticias del Sr. D. Juan.* El rey impasible tomó el pliego, le guardó en un bolsillo de su negra ropilla, y continuó el rezo.

Más de hora y media trascurrió, que no era posible abreviar el rezo ni disminuir la solemnidad; y cuando las visperas estuvieron concluidas, el rey sacó el pliego del bolsillo, le abrió, púsose á leerle, y todos los circunstantes clavaron sus anhelantes miradas en el rostro del soberano, para colegir por el semblante el contenido del interesante papel. ¡Vana esperanza! El rostro del rey permaneció inmutable, sin demostrar placer ni pena. Acabó de leer, cerró el pliego, y con su ordinaria impasibilidad dijo, dirigiéndose al R. P. Fr. Hernando de Ciudad-Real: *Padre prior, disponed que se entone un TE DEUM en acción de gracias por la victoria que Nuestro Señor se ha servido conceder á nuestras armas en el golfo de Lepanto.* Dicho esto, se retiró tranquilamente y como si nada hubiese sucedido.



gó á ir y contactó con católicos como en Francia no hay cordes de  
 Kymowt, aludiendo á que había perdido el noble llamame  
 excesiva confianza. Poco AÑO 1572. Poco  
 solamente ovido su prevision y caridad, sino que se presentó en  
 Paris y allí fixo tambien á todos los principales hugonotes.

Públicamente renia tener y para favorecer á los he-  
 rejes de Flandes, no solo de Francia, que tambien ponía en mo-  
 vimiento á Inglaterra y Alemania, y no limitándose á esto, trató

Habíanse extendido á Zelanda los trastornos. Al empezar el  
 año, casi toda Holanda y Zelanda estaban rebeladas, excepto muy  
 pocas ciudades fieles al rey, contándose en este número á Ams-  
 terdam. Hacían los rebeldes públicamente burla del duque de  
 Alba, y no solamente le ponian en caricatura, si que tambien  
 hacían circular contra él libelos y escribian su nombre en pas-  
 quines que fijaban en los más públicos sitios; pero no en sentido  
 de enojo ni en tono de alarma, sino burlándose á las claras de él  
 y dando á entender que no le temian.

La causa principal de todas las rebeliones era, segun opinion  
 general, el impuesto de la décima, á cuyo pretexto se asián con  
 muy buen éxito los revolucionarios, por ser aquel impuesto tan  
 fuerte y oneroso.

El rey, sin embargo, más que á Flandes estaba atento á Fran-  
 cia; siempre enemiga de España, aun cuando más amiga se  
 muestra. Anunciábase guerra con aquella nacion, y se temia fue-  
 se como preliminares de aquella el público auxilio que los fran-  
 ceses habian dado á Ludovico de Nassau, para posesionarse de  
 Mons.

El rey de Francia Cárlos IX, que Francisco II habia apenas  
 reinado y dejado bien pronto de existir, tenía bastante en que  
 entender con estar al cuidado de los hugonotes. El almirante  
 Coligny, alma de aquellos, dicese que aconsejaba á su rey pro-  
 tegiese á los rebeldes flamencos, herejes todos; y al mismo tiem-  
 pó él reunia á los herejes franceses.

Estaban para celebrarse las bodas de Enrique de Borbon, rey  
 de la Navarra francesa, que era acérrimamente protestante; y  
 bajo el pretexto de celebrar las bodas de Enrique, Coligny tenía  
 en Paris á todos los herejes procedentes de la aristocracia fran-  
 cesa: él creia robustecer de este modo su partido, y no hacia otra  
 cosa que aproximar víctimas al altar del sacrificio. Es de adver-  
 tir, y esta es una prueba de la manera con que los hombres se  
 ciegan cuando ha llegado el momento de la expiacion y del casti-  
 go, que tiempo antes habian invitado á Coligny, de parte de  
 Cárlos IX, para que pasase á residir en Paris como á su alcaurnia  
 y rangó correspondia: él echándola de cauto y previsor, se ne-

gó á ir y contestó con enfático tono: *en Francia no hay condes de Egmont*; aludiendo á que habia perdido al noble flamenco su excesiva confianza. Poco despues el *cauto y previsor* Coligny no solamente olvidó su prevision y cautela, sino que se presentó en Paris y alli hizo ir tambien á todos los principales hugonotes.

Públicamente reunia recursos Coligny para favorecer á los herejes de Flandes, no solo de Francia, que tambien ponía en movimiento á Inglaterra y Alemania; y no limitándose á esto, trató de atraer á Chiappino Vitelli, general del ejército de España en Flandes, cuyo valeroso y leal jefe dió parte inmediatamente al duque de Alba de las proposiciones ventajosas que se le hacian y que él habia rechazado, no sin grave riesgo del que se acercó á indicárselo.

Y al mismo tiempo que el de Alba oía la trama de boca del fiel y bizarro Vitelli, el embajador español en Paris avisaba al de Alba de la tormenta que en Francia se formaba, aunque ostensiblemente no se trataba más que de los herejes, sin mezclar en ello para nada á España ni á Flandes, que eran una cosa misma.

El duque español, que estaba muy sentido de la pérdida de Mons, mandó á su hijo Fadrique de Toledo, duque de Huesca, á sitiar dicha plaza, y á Chiappino que le acompañase. Supieron los de Mons la noticia de que el de Huesca se dirigía contra la plaza, y se prepararon: ocultaron en el camino un número suficiente de tropas, que salieron de improviso contra los de Felipe II, mas sin buen resultado. Interesado el honor militar del duque de Huesca en que sus enemigos no alcanzasen el triunfo, porque era aquella la vez primera en que se le encomendaba una empresa guerrera de importancia, tomó tan acertadamente sus disposiciones y demostró tanta prudencia y valor, que derrotó á los enemigos, pasó adelante y estableció sin obstáculo el sitio. Este triunfo, como todas las satisfacciones del mundo, fué contrapesado con una desgracia: el bizarrísimo y muy entendido Chiappino Vitelli salió del choque herido en una pierna.

En tanto Coligny alistaba y enganchaba soldados sin rebozo, para formar cuerpos auxiliares que mandar en socorro de los de Mons. Formado aquel improvisado ejército, dióse su mando al conde de Genlis. Luis de Nassau, que era muy digno hermano del principe de Orange hasta en el cálculo y prevision, avisó á Genlis que no se moviese hasta que se pudiese reunir al principe, que llegaría de un momento á otro. Quizá Genlis tuvo celos de que un personaje de mayor categoría que él hubiese de tomar parte en aquella empresa, porque siempre es la gloria del que más figura, y no hizo caso ninguno del aviso de Luis de Nassau;

lejos de esto, en las cercanías de Mons presentó al de Huesca la batalla, y fué su tropa (compuesta de unos siete mil soldados) completamente derrotada. El animoso Vitelli, herido recientemente como estaba, se hizo llevar en un carretón y desde él daba sus órdenes y cumplía perfecta y exactamente con su cargo de maestro general.

La batalla dió por resultado, además del destrozo, que solo muertos quedaron cerca de mil ochocientos sobre el campo, la prision de Genlis y de muchos herejes pertenecientes á familias de la primera nobleza.

Era el mes de Junio ya llegado, cuando Orange atravesó primero el Rhin y despues el Mosa, con once mil peones y con seis mil ginetes, haciéndose funestamente célebre por su crueldad en todos los pueblos en donde entraba. Su objeto primero era dirigirse á Henao en auxilio de su hermano Luis; mas á su paso iba tomando las ciudades desguarnecidas, que, excusado es decirlo, se dejaban tomar, fuera de Amberes, que en aquella ocasión quiso mostrarse leal, ó quizá temió á la verdadera langosta que Orange acaudillaba: sea uno ú otro, Amberes rechazó al príncipe y á los suyos.

Flandes por aquel tiempo padecia lo que difícilmente podría explicarse, y lo que no hubiera padecido á no haberse rebelado, y si hubiese estado protegida por España, tan respetada y temida entonces. Por la frontera francesa infestaba aquellas provincias con sus tropas Luis de Nassau; por las de Alemania, el conde de Berghem; por el mar el conde de Lumley; y Orange, colocado en el centro, procuraba atender á todas partes. Y no sabemos cómo aquellos desdichados naturales no se acogian á la clemencia real, que á haberse acogido, indudablemente hubieran sido perdonados; porque á la multitud no habian de castigarla en masa, mucho menos aún si unida y compacta cortaba y deshacia la injustificable revolucion. Sin embargo, permanecian indecisos, aunque muchos de la parte del pueblo estaban sinceramente arrepentidos; porque veian la ambicion y avaricia de Orange, cuyo dominio en los puntos que tomaba era mucho más pesado y duro que el del rey. Además su ejército robaba, talaba, incendiaba, violaba y hacia cuantos desmanes podia, como si fuera compuesto de enemigos de aquellos mismos pueblos á quienes, según los jefes de la revolucion decian, iban á dar libertad y vida, rompiendo en mil pedazos la cadena que les oprimian. En cuanto á la crueldad y sevicia con que procedian al tratarse de personas sagradas, de imágenes y de templos, nada debemos decir, porque ciertamente repugna y disgusta. Ahora nos es forzoso dirigir nuestra vista á Francia, porque es indis-

pensable atender á todo, y porque el hecho de que vamos á ocuparnos está íntimamente ligado con los sucesos ocurridos en nuestra amada patria.

### LOS HUGONOTES.

Habíanse difundido por toda Francia, casi más, relativamente, que por Alemania, las herejías de Lutero y de Calvino, y era casi igual el número de protestantes que el de católicos en el antiguo reino de San Luis.

Reinaba en Francia Francisco II, hermano de la reina de España, niño enfermizo, débil y que prometía tan poca vida como demostraba su poca aptitud para regir los destinos de un pueblo, fuese por ineptitud, por enfermedad ó por lo que quiera que fuese.

Era madre de Francisco II la célebre Catalina de Médicis, viuda de Enrique II, el rey que desgraciada y prematuramente murió en un torneo, como el lector sabe. Catalina, ambiciosa y avara, quería á toda costa conservar su influencia al lado del rey. Mientras vivió su hijo Francisco II, mandó en él y en los franceses.

No es fácil determinar si Catalina era católica ó protestante; nosotros nos inclinamos á creer que no era ni lo primero ni lo segundo; que tenía por Dios á su propio interés y egoísmo, y que era ella misma el sacerdote de su culto.

La noble familia de los Guisas, de la casa de Lorena, parientes de la real familia de Francia y que tenían sus ciertos derechos al trono, tenía cerca del rey la influencia que era muy natural, cosa que desagradaba no poco á Catalina. Sin embargo, su alcurnia y el parentesco con el rey eran causa bastante para que desempeñasen los principales cargos cerca del rey. Los Guisas eran cuatro hermanos: el duque, Enrique de Lorena, el cardenal de Lorena y el duque de Mayenne, y se habían mostrado fervorosa y decididamente católicos.

En el bando opuesto hacían frente á estos próceres otros de grande importancia é ilustre alcurnia, á cuyo frente figuraba el almirante Coligny, el que hemos conocido en San Quintín. También, aunque más disimuladamente todavía, Antonio de Borbon, titulado rey de Navarra, era uno de los corifeos de la reforma, lo mismo que su padre; que los Borbones franceses se distinguieron por lo protestantes; y como los Guisas, inmediatos como estaban al trono, poseían los principales cargos de la cór-

te, mirábanlos de reojo el príncipe de la Roche-sur-Yon, el duque de Montpensier y el príncipe de Condé.

Una de las maneras que para vengarse de los Guisas discurrieron los disgustados próceres, fué el dar toda la posible protección á los herejes; mas los Guisas, á fin de alejarlos de la corte, pretextando dispensarles un grande honor, los comisionaron para acompañar á la princesa doña Isabel de Valois en su viaje á España para unirse en matrimonio á Felipe II.

Hasta entonces la lucha entre católicos y protestantes habia estado latente, puede decirse, porque apenas salia al exterior, y en ella habia más de disimulo ó intriga que de lucha franca y abierta.

La familia de Guisa hizo expedir al rey un decreto despótico é injusto. Por él se mandaba alejar de la corte á cuantos se presentaron, y presentasen en ella, para pedir gracia ó reclamar justicia por créditos que tuviesen á su favor. Y como al nacer un bando enemigo de un gobierno establecido se adhieren á él cuantos tienen quejas, más ó ménos justas y fundadas, contra aquel mismo gobierno, todos aquellos á quienes el decreto en cuestion perjudicaba se adhirieron á los protestantes, como se hubieran adherido á los turcos; que tal es el espíritu de la venganza, y tanto ciega á los que se dejan llevar de los feroces instintos é impulsos de aquella.

Adoptaron el sobrenombre de *hugonotes*, del mismo modo que los flamencos tomaron el de mendigos, á consecuencia de las palabras dichas á Margarita de Austria por el conde de Berlaymont: en cuanto á la etimología de la palabra *hugonote*, diremos lo que más probable parece.

No se sabe á punto fijo la etimología de la palabra *hugonote*, aplicada á los reformistas. Los autores, así nacionales como extranjeros, no están conformes acerca del origen de aquella palabra. Créese como más probable que el nombre de *hugonote* se derive de Hugo Capeto, de quienes se decian descendientes los primeros hugonotes; advirtiendo que no solamente á los protestantes, sino á todos los herejes, fuese la que fuese la secta que siguiesen, les llamaban del mismo modo en la época de que vamos hablando.

Cuando ya reinaba en Francia Carlos IX, hermano y sucesor del enfermizo Francisco II, Catalina mandaba con más libertad y tenia más poder que nunca; puede decirse que era la reina. Esta señora estaba continuamente asediada por los católicos y por los protestantes, y ella, que era muy sagaz, procuraba mantenerse neutral sin dar preferencia á ningún partido; mas el sostenerse sin salir de semejante terreno era muy difícil, porque ni

unos ni otros querian dejar respirar á sus contrarios, y exigian para sí propio cada uno el mando, y para sí propio tambien deseaba el predominio sobre los demás.

Expidióse, por fin, un decreto del consejo de Estado, mediante el cual se determinaron penas contra los protestantes que asistieran á sus reuniones y siguieran públicamente el culto de dicha secta. Y se concedió á los obispos la facultad de entender en todas las causas relativas al delito de herejía.

Contra semejante decision clamaron fuertemente Coligny y los corifeos de los herejes, y se suscitaron infinitas y muy agrias cuestiones con los católicos; pero aviniéronse, en apariencia al ménos, los dos caudillos de ambos bandos, esto es, el duque de Guisa y Coligny, y se acordó celebrar algunas conferencias que tomaron el nombre de *Coloquio de Poissy*, en las cuales fué el atleta de los católicos el cardenal de Lorena, y el defensor de los herejes y de sus doctrinas Teodoro de Beza.

No estaban, empero, aquellos partidos para raciocinar y tomar á la razon por arma; estaban mucho tiempo hacia tan decididos por los medios extremos y violentos, que el conflicto de cerca amenazaba, y toda la gente sensata y pensadora miraba como inminente una sangrienta revolucion.

En aquel estado de vacilacion, de inseguridad y de duda, acudieron los católicos á Felipe II, temiendo que Catalina habia de concluir por favorecer abiertamente á los herejes, y encontraron en él el apoyo que buscaban, en tanto que se agriaban contra la reina madre porque expidió un decreto favorable á los hugonotes, permitiéndoles cierta libertad que hasta allí no habian tenido.

Recibieron esta fausta nueva con grande júbilo los protestantes; pero fué compensada tal satisfaccion con un fuerte disgusto: el duque de Vendôme, Antonio de Borbon, abandonó á los protestantes y repentinamente se hizo católico. Esta conversion fué tan sincera, como que tuvo su origen en el deseo de congraciarse con Felipe II y con el Pontífice. Antonio de Borbon se titulaba rey de la Navarra española lo mismo que de la francesa; y como no le era fácil conquistar *su reino* por fuerza de armas, apeló á una maniobra religiosa, que es antiguo en el mundo el servirse de la religion para asuntos exclusivamente profanos y para saciar la ambicion y la avaricia.

Quedaba, sin embargo, á los protestantes el apoyo de grandes personajes, entre estos el príncipe de Condé, hermano de Vendôme; mas una imprudencia del duque de Guisa llevó las cosas á un extremo que hizo prever muy sangriento desenlace á la cuestion religiosa.

Pasaba este prócer, con su hermano el cardenal de Lorena; por Vassy; y el primero supo que se celebraba la misa en la iglesia de aquel pueblo, al mismo tiempo que los protestantes en su templo ejercían su culto.

Mandó el duque suspender los oficios á los hugonotes, á lo cual se negaron estos, parapetados trás el decreto de que poco hace dimos conocimiento al lector; y como unos exigiesen con imperio y otros se negasen á obedecer con energía y obstinacion, de las palabras pasaron á las obras, y el mismo duque de Guisa recibió una pedrada en el rostro. Los católicos eran más, y los herejes fueron degollados, al ménos los que fueron habidos, y quedó á aquel terrible suceso el nombre histórico de la *Matanza de Vassy*.

Este sangriento hecho fué la vanguardia de la desastrosa guerra civil, y el prólogo del terrible y horroroso drama de *San Bartolomé*. Oigamos al erudito Lafuente acerca de las sangrientas y repugnantes escenas que siguieron á la matanza de Vassy. Hé aquí lo que á este propósito dice:

«En todas las comarcas, casi en todas las poblaciones se combatía á hierro y á fuego entre católicos y protestantes. Rompiéronse todos los vínculos sociales, desatáronse los lazos de familia, y pareció haberse borrado del corazón de los franceses todo sentimiento de humanidad. Todos parecían poseidos de un frenesí, de un vértigo de destrucción y de muerte. El hermano asesinaba al hermano que no creía lo mismo que él; el padre enviaba al cadalso al hijo que no tenía sus creencias; y el hijo introducía el acero parricida en el corazón del padre que no se acomodaba á su culto religioso. En las ciudades en que prevalecían los hugonotes, eran profanados y demolidos los templos, hechas pedazos las imágenes y reliquias de los santos, conculcada la hostia sagrada, y lanzadas de sus asilos y violadas las vírgenes consagradas á Dios. Donde dominaban los católicos degollaban con frenético furor á centenares de herejes; mujeres y niños caían bajo sus cuchillas; había magnate que recorría el país acompañado de dos verdugos que nombraba sus lacayos; había quien devoraba con bárbaro furor los corazones de sus víctimas (suponemos que se tratará de los herejes, aunque el Sr. Lafuente no lo expresa; porque sábase sí que los católicos, es decir, el pueblo, degollaba y rechazaba la fuerza con la fuerza; pero la destrucción, las violaciones y otros excesos análogos, fué obra casi exclusiva de los hugonotes); la crueldad en las ejecuciones llegó á un refinamiento feroz; el fuego reducía á cenizas las ciudades, y el acero dejaba sin habitantes las poblaciones; y como el país era generalmente católico, los

» herejes eran perseguidos y cazados en los campos como fieras salvajes.  
 » El príncipe de Condé, jefe de los hugonotes, marchaba hacia Paris contra su hermano el rey de Navarra, hecho recientemente jefe de los católicos; los unos y los otros pugnaban por apoderarse de la reina madre y del rey niño; unos y otros publicaban y llenaban de manifiestos la Francia: la reina hacía inútiles esfuerzos por reconciliar á los jefes de los opuestos partidos; el Parlamento de Paris próscribía á todos los hugonotes en masa; con esto se exasperaban más los protestantes; se alentaban los católicos, y se renovaban con igual ó mayor ferocidad las matanzas en todos los puntos del reino; el de Guisa y los triunviros llevaban á Francia tropas auxiliares de Alemania, de Suiza y de España; Coligny y los jefes de los hugonotes invocaban y obtenían auxilios de Alemania y de Inglaterra; el llamado rey de Navarra, jefe de los Borbones, recibió sitiando á Ruan una herida de que murió pronto en Andelys en los brazos de una de las damas de la reina; el de Guisa se apoderaba de Ruan y la entregaba al saqueo; el príncipe de Condé atacaba los arrabales de Paris, cuya capital salvó Montpensier con tres mil españoles y cuatro mil gascones; y como si los franceses no bastaran solos á destruir su patria, cada nación había enviado su contingente para acabar de desolar y arruinar el reino, siendo tales los desastres, que el país antes tan floreciente, parecía iba á ser borrado del mapa de las naciones.

Llegó el caso de darse una formal batalla entre los católicos y protestantes, encarnizada y sangrienta; el triunfo fué de los hugonotes, y en su poder quedó prisionero el condestable Montmorency, el cual fué llevado á Orleans, ciudad que estaba por los herejes.

Pasó el duque de Guisa á sitiar dicha plaza; pero en el cerco le privó de la vida una mano alevosa. Un traidor le disparó por la espalda un pistoletazo: las balas, que eran tres, estaban envenenadas. El asesino fué encausado y condenado á ser hecho cuartos por cuatro caballos indómitos ó cerriles, y se asegura que aquel, cuyo nombre era Poltrof, fué impulsado por Coligny y por otros jefes de la facción protestante.

Heredó el ducado de Guisa el mayor de los tres hermanos que quedaron, Enrique de Lorena, noble, leal, valiente y caballeroso.

Estos sucesos se verificaron del año 1562 al 1564; en cuyo mismo año hizo Catalina de Médicis declarar mayor de edad á su hijo Carlos IX, sin perder por esto nada de su autoridad ni de su influencia.



Emprendió despues un viaje con el rey á fin de que conociesen á aquel sus súbditos; y Felipe II creyó muy conveniente que tuviese su esposa doña Isabel una entrevista con Cárlos IX, hermano de esta.

Ya corria el año 1565 cuando los dos hermanos y Catalina, madre de ambos, se avistaron en Bayona, habiendo sido acompañada la reina de España desde la raya por el duque de Orleans, tambien hermano suyo y del rey.

Hallábanse con Cárlos y con Catalina el nuevo duque de Guisa, nobilísimo personaje y leal caballero, como despues veremos; el cardenal de Lorena su hermano, y el duque de Vendôme, católico improvisado, por cálculo y especulacion. Dicese, no sabemos si con fundamento, ni creemos lo sepa tampoco nadie, que en aquella entrevista quedó concertada la *matanza de San Bartolomé*. Repugna seguramente el creer que tan elevados personajes se reunieran para acordar la ejecucion de un hecho infame en la manera de ejecutarle, é injustificable del modo que se hizo; y lo creemos menos aun, hallándose en la reunion el duque de Guisa, á quien hemos llamado nobilísimo y leal; y que era uno y otro lo probaremos despues, sin más que referir un solo suceso.

Al mismo tiempo Felipe II cuidaba de promover la continuacion del concilio de Trento, cuya terminacion era importantísima para la cuestion que entre católicos y protestantes á la sazón se debatía. De lo ocurrido en el concilio ya tiene noticia el lector. Sin embargo, deseosos nosotros de que no carezca de ninguna noticia ni dato oficial que pueda servir para aclarar perfectamente cualquier hecho histórico, insertamos á continuacion la siguiente nota del Sr. Lafuente (T. XIII, pág. 142), acerca de la cuestion suscitada por las palabras *Proponentibus legatis*, y del empeño de Felipe II en que la nueva reunion de prelados fuese continuacion del concilio, y no concilio nuevo. Hé aquí la nota:

«No me conformo, dijo el obispo de Orense, con las palabras »*Proponentibus legatis*, á propuesta de los legados, así por no »ser costumbre ponerlas en semejantes decretos, como porque »dan á entender cierta limitacion, que no es conforme al órden »de un concilio general: y además de esto, porque no se hallan »en la bula de convocacion de este, á lo que debe conformarse el »decreto de su apertura; en cuya consecuencia pido que de no »borrarse dichas palabras, inserte el reverendo señor secretario »este voto mio, despues del mismo decreto: en lo demás me conformo. *Non placent illa verba: Proponentibus*, etc.—Lo mismo habia protestado el arzobispo de Granada, y tambien hicieron sus salvedades los de Leon y Almería.



»En el Archivo de Simancas (negociado de Estado, legajo 890 y otros) hemos visto y leído multitud de cartas del embajador en Roma Francisco de Vargas al rey Felipe II, del arzobispo de Granada, del obispo de Gerona, del de Lérida, del marqués de Mantua, del de Pescara, de los legados pontificios, del mismo Pontífice al rey, sobre las dos cuestiones, la de la *continuacion* y la de la cláusula *Proponentibus legatis*, en que se ve la insistencia y la energía con que Felipe II y sus embajadores reclamaban del Papa la supresion de esta y la aclaracion de aquella, y los medios que el Pontífice y los legados buscaban para eludir el compromiso y aprietos en que los ponía el rey. «Explicándole (á Su Santidad), decia en una de sus cartas el embajador Vargas al rey, lo que V. M. decia en ambos puntos de *continuacion* y cláusula *Proponentibus*, fué tanto lo que se alteró y arrebató de cólera, que no hay palabras con que poderlo explicar, ni lleva camino hacelle mudar desta dición que tan perniciosa es para si y para todos, y tan fuera de príncipe, y mas del que es vicario de Dios, y padre y pastor universal.... Yo tuve lugar de tractar la materia como fué menester, é inculcalle que el remedio que V. M. le representaba era el más honesto y acomodado.... el cual ponderó Su Santidad tres ó cuatro veces, jurando que aquella cláusula nunca se le comunicó, y que le pesó cuando la vido puesta, pero que los legados la habian pasado con el sínodo y en conformidad de todos, sacando tres ó cuatro que contradijeron. Respondiéndole que así lo tenia por cierto y escripto lo á V. M., y tanto mas por esto de no lo haber sabido y pesádole, tenia Su Santidad obligacion al remedio que se le pedia. Replicó que no habia perjuicio en aquellas palabras, y que al sínodo se le guardaria su libertad y se les diria de palabra á los padres; pero que tocar á la cláusula por escripto no se haria, porque ni era costumbre ni seria honra de los legados, que eran personas de mucha cualidad, y el de Mantua príncipe. Dijele que mas principal era Dios y la verdad, que me maravillaba de que Su Santidad siendo tan prudente y tan celoso del bien público, usase de semejantes evasiones, y que le suplicaba lo pensase con más quietud, y que yo esperaba lo remediaría como convenia, *con que entendiése que donde ofendia lo escripto no bastaban palabras, y que por escripto y acto solemne sinodal se habia de remediar.....*» etc.

»Con este nervio hablaban siempre y en todo al Sumo Pontífice los embajadores de Felipe II, autorizados por su monarca, de lo cual podriamos presentar infinitos testimonios.

»Al fin lo de la *continuacion* se salvó de un modo ingenioso,

» haciendo que *re ipsa* constase que este era continuacion del  
 » concilio de Trento y no otro, prosiguiendo la declaracion de las  
 » doctrinas tocantes al dogma en el estado que quedaron cuando  
 » se hizo la suspension: así es que la sesion primera de este pe-  
 » riodo no se nombró así, sino la 17.<sup>a</sup> del concilio, y á este tenor  
 » las demás, con que no quedó duda de que era *continuacion* del  
 » mismo concilio de Trento, y no otro nuevo concilio.....»

Era terrible la lucha que habia necesidad de sostener. La herejía habia invadido toda la Europa; en España apenas habia podido penetrar merced á la vigilancia y teson de Felipe II; pero en Francia habia, por lo ménos, tantos herejes como católicos; otro tanto sucedia en Alemania, y en Inglaterra no hay para qué decir lo que seria.

#### AÑO 1572.

### GUERRA CON EL TURCO.

Selim II sintió vivamente el imponderable desastre de Lepanto; mas su aficion á las bebidas espirituosas le hicieron olvidar pronto su pena. No sucedió lo mismo con el gran visir y con el gran muftí, los cuales no olvidaron el fuertísimo disgusto; pero le sintieron del modo que deben sentirse cierta clase de penas; procurando remediarlas, sin dejar de sentir las. Tan de veras lo procuraron y tantos eran los recursos y medios de que á la sazón podia disponer Turquía, que apenas tardó un año en sacar al mar otra escuadra tan formidable como la que fué deshecha en Lepanto.

El vencido Uluch-Ali recogió las reliquias de la desastrosa batalla, tomó de los puertos del archipiélago las galeras que pudo, y habiendo reunido de setenta á ochenta buques de varias clases, tomó rumbo á Constantinopla, en donde entró más bien como quien acaba de obtener un triunfo que como quien ha sufrido la más espantosa derrota de cuantas habian sido el resultado de todas las batallas navales dadas desde principio del mundo.

El gobierno turco trató de alucinar al pueblo con recibir casi triunfalmente á Uluch, y con este objeto le mandó reunir cuantos buques pudiese, á fin de que no se notase la inmensa pérdida sufrida.

Selim recibió con satisfaccion á Uluch-Ali, le nombró Kapudan-Bajá, gran almirante, y le mandó cambiar su nombre de Uluch en el de *Kilich*, que equivale á decir la *Espada*. No sabe-

mos cómo recibió Selim tan benignamente á Uluch-Ali; porque, sin embargo de que lo que le sucediera en Lepanto ni fué culpa materialmente suya, ni por ello merecia castigo, sabido es lo que acostumbraban á hacer los emires con los que eran derrotados; y en tiempo de alguno de los omniaditas, Uluch-Ali hubiera seguramente con su cabeza pagado la derrota.

Selim, por el contrario, premi6 y distingui6 infinito al derrotado Uluch. Sup6nese, como debe suponerse, que la conducta seguida por el sultan era hija de los consejos de sus ministros, que en aquella ocasion demostraron toda la lealtad é inteligencia que el imperio necesitaba en las crílicas circunstancias á que la gran batalla de Lepanto habia reducido á Turquía. Un autor moderno y fidedigno refiere lo siguiente:

«Dedicáronse á la construccion de nuevos buques en los arsenales del imperio, y en un invierno se fabricaron ciento cincuenta galeras y ocho gabarras. Habiendo hecho observar el bajá al gran visir que era fácil construir bajeles, pero que no le parecia posible proporcionarse en tan poco tiempo quinientas áncoras y todos los demás útiles y material correspondiente, Señor Bajá, le contest6 el visir Sokolli, el poder y los recursos de la Sublime Puerta son tales, que si fuera menester les pondriamos jarica de seda y velámen de damasco.» Kilich-Ali se dobl6 hasta la tierra en seña de respeto y admiracion. Como el bailio de Venecia, que aun permanecia en Constantinopla, se presentara un dia al gran visir, «¿Venís á saber, le pregunt6 Sokolli, cómo está nuestro ánimo despues de la derrota? Pues sabed que hay una gran diferencia entre vuestra pérdida y la nuestra. A vosotros, arrancándoos un reino, os hemos arrancado un brazo; vosotros, destruyendo nuestra flota, nos habéis cortado la barba: el brazo no retoña, y la barba crece más espesa.»

Tal como el visir lo dijo, asi sucedió: á la mitad del año 1572 ya tenian los turcos en el mar y en direccion de Candia una nueva armada compuesta de doscientos buques.

En tanto los cristianos malgastaban y perdian un tiempo precioso, y hacian inútil é improductivo el más grande triunfo que ejército alguno habia alcanzado.

Pío V, á pesar de su avanzada edad, instaba con todo el fervor de un bueno y verdadero jefe de la Iglesia, y no dejaba sosgar á los confederados, á fin de que se cumpliesen los capítulos de la Liga; pero eran inútiles sus esfuerzos y gestiones, porque los confederados no se movian, y no lo fueron ménos los que hiciera el venerable Pío con los soberanos de Francia y Portugal, de Austria, Polonia y otros.

Compréndese bien el motivo de la fatal apatía de los soberanos invitados: no entraron en la confederacion primero, y no auxiliaron despues á los confederados, por no dar mayor poder á Felipe II. Es decir, que la sagrada causa de la religion era por ellos pospuesta á los celos de poder é importancia en el mundo político.

En quanto á Felipe II, forzoso es decirlo, despues del memorable triunfo de Lepanto, fué tan apático como los demás soberanos. En este no militaba la misma razon que en los demás para obrar de tan improcedente manera; porque lo procedente despues del triunfo de Lepanto era haber estado provocando y buscando al turco en todas partes sin dejarle reposar en ninguna hasta terminar la obra, empresa entonces tan fácil como despues difícil. Y como Felipe II al proceder de una manera á todas luces inconveniente y perjudicial para los intereses de la religion, para los suyos propios y para su mismo poder é influencia en Europa, coadyuvaba á los proyectos de sus enemigos y no podia presentar razon plausible que pudiese disculpar, ó explicar al ménos, aquella extraña conducta, no hay cálculo que tenga, para nosotros al ménos, probabilidad de acercarse á comprender el origen de aquella verdadera y perjudicial inercia, sino creyendo que asi como los soberanos no ayudaban al Pontífice por celos del poder de Felipe II, Felipe II no queria dar el grande impulso que podia y debía, por celos de su hermano.

D. Juan fué siempre amado y deseado de cuantos le conocian; se sentia con fuerza de alma, con talento y con dotes para empuñar un cetro y, como muy bien dice el célebre Strada, *le hubiera estado muy á cuento el no acordarse tanto de quien habia sido su padre*. Murió indudablemente el valeroso principe con deseos de reinar; pero su hermano ni accedió á las instancias hechas por Pio V para que concediese á D. Juan la soberanía de algun dominio de los que conquistase, ni permitió su casamiento con Isabel de Inglaterra, ni con Maria Stuard de Escocia, y, últimamente, ni aun queria consentir en que, siendo hermano suyo é hijo de su mismo padre, y tan dignísimo hijo del emperador, se le diese el tratamiento de *Alteza*. El rey Felipe encargaba á sus ministros en Italia diesen solamente á D. Juan el tratamiento de *Excelencia, que era lo más que se le podia dar*; pero encargó mucho no diesen que habian recibido orden suya sobre el referido punto; y sin embargo, ninguno podia ménos de tratarle de *Alteza*.

No era extraño el que Felipe II tuviese celos de D. Juan de Austria; porque los soberanos, en tratándose de temores de perder la corona, no reconocen hermanos ni padres. El rey Felipe

fué un gran rey, sin duda alguna; fué el primer político de su tiempo, y tuvo en fin todas las buenas circunstancias, como monarca, que en su lugar expondremos; empero fué más suspicaz y receloso que Fernando V y que todos los que más lo fueron entre sus antecesores. Por esto dejó en Flandes aislado á su hermano; por esto dió tan malos ratos despues á su sobrino Alejandro Farnesio, y por esto, en fin, hizo casi infructuosa la gran jornada naval de Lepanto. Pero no pasó de aquí, ni deseó acortar los dias del héroe de esta memorable jornada.

Hemos dicho que Felipe II tuvo celos de su hermano, y que esto no era extraño: así lo comprendemos, y diremos el por qué.

Haciendo á Felipe II toda la justicia que merece, débese, empero, tener presente que acababa casi de terminar la edad media; y para ciertas cosas, puede decirse que no habia terminado: para la necesidad en que estaban los soberanos de ser tan guerreros como políticos, en la edad media se estaba todavía; y Felipe II nada tuvo, en verdad, de guerrero. Solo en San Quintin le hemos visto al frente del ejército; pero no estuvo en la batalla, y solo se halló en la rendicion de la plaza. Despues no le hemos vuelto á ver ni una vez sola como general, al revés que su padre, quien tuvo por palacio el caballo, las armas por púrpura, el yelmo por corona, y la lanza y espada por cetro. A pesar de esto, Carlos I fué un gran político, y atendiendo á las guerras en que tenia necesidad de tomar parte, cuidaba tambien de todos los asuntos del Estado, y dominaba en Europa del mismo modo que si, lejos de la guerra, no saliese de su gabinete y pasase los dias y las noches estudiando las graves cuestiones que en Europa á la sazón se agitaban.

El pueblo, naturalmente belicoso como fué y será siempre el español, muy ganoso de bélica gloria, y muy pagado de los triunfos de España sobre una nacion extranjera, fuese la que fuese, establecia un paralelo entre D. Juan y su hermano Felipe, nada favorable para este. Decíase públicamente que en tanto el principe corria los riesgos y se exponia para dar gloria á la nacion y al rey, este permanecia encerrado, ó viendo construir el gran monasterio; y que si algo hacia, respecto de los empeños en las guerras, era poner trabas y obstáculos á su hermano. Y como en donde D. Juan se presentaba, fuese en España ó fuera de ella, la gente le aclamaba, obstruia los caminos por apiñarse para verle y contemplarle, á boca llena le llamaba héroe, y todas las ovaciones, los elogios y alabanzas más extraordinarias eran para aquel bizarro y entendido principe, dicho se está que el suspicaz Felipe llegaria á temer hasta perder la corona.

No tuvo seguramente el monarca el menor motivo de temer con razon. Todas las palabras y las obras del príncipe su hermano respiraban lealtad; pero el rey sin duda temeria no acertar á distinguir la virtud de la hipocresía.

Para nosotros está fuera de toda duda el que D. Juan fué leal hasta el último momento de su vida. Que tuvo deseos de reinar es también para nosotros indudable, pero no á costa de su honor ni de su fidelidad. Sus deseos se limitaban á tener un trono en Africa, trono que queria deber á su hermano, porque este habria de concedérsele como su tributario, y porque la conquista habria de hacerse en su nombre y á sus expensas; pero en la parte principal, que era la adquisicion de las provincias ó ciudades que debieran formar ó componer su corona, no queria deberla á nadie sino á su inteligencia y á su espada.

El rey demostró no querer acceder á esto, cuando le mandó dismantelar la Goleta; y él mostró desear lo contrario, y fué hasta desobediente, al fortificar y reponer aquel fuerte en vez de dismantelarlo.

Creíanle todos los soberanos muy dignísimo de reinar, y el mismo Pio V instó á Felipe II para que accediese á los deseos de D. Juan respecto de los dominios que en Africa se conquistasen; y de acuerdo con un manuscrito muy digno de crédito, podemos decir que D. Juan de Austria contó positivamente con hacer grandes conquistas y llegar á llamarse rey de Túnez.

También se trató de que se le diese la soberanía de Flandes; y así se lo aconsejaron á Felipe II. El consejo no podia ser mejor ni más aceptable; porque á D. Juan le querian los flamencos tanto, como despues veremos. Hizo contra ellos la guerra, si, mas la hizo con la nobleza y humanidad que eran el sello que imprimia á todas sus acciones; y como los dominios muy apartados del centro, jamás pueden estar bien regidos; como tienen que encomendarse á vireyes ó representantes de reyes, que rara vez dejan de abusar en propio provecho y en el de sus allegados, y pocas veces no mandan despótica y arbitrariamente, habiendo concedido á D. Juan la soberanía de Flandes, Felipe no la hubiera perdido, siendo aquel su tributario, ni la sangre y los tesoros españoles se hubieran derramado infructuosamente. Pero tampoco quiso el rey aceptar el consejo.

Disgustado D. Juan apeló á ser rey de una manera que no pudiese inspirar recelos á su hermano; y entonces se trató de casarle, con Isabel de Inglaterra primero, y con María Stuard reina de Escocia, despues. Estas gestiones obtuvieron el mismo resultado: jefe D. Juan de una nacion, por efecto del matrimonio contraido con una soberana, contaba con poder suficiente pa-

ra aspirar á otras cosas; y tampoco accedió Felipe á que se verificase ninguno de los predichos matrimonios.

Amenazada estaba la salud del bizarro D. Juan, que habiase comenzado á quebrantar no mucho tiempo hacia. Creemos que no podia hacerse superior á la pena que le corroia el corazon. Y cierto que era para él una triste fatalidad el encontrarse hijo, y tan digno, del emperador, con tantas dotes relevantes y brillantísimas, y no solamente verse sin esperanza de reinar, que lo deseó mucho, sino casi excluido del seno de la real familia; porque Felipe, de palabra y por escrito hermano le llamaba, mas al propio tiempo prohibia se le diese el tratamiento de *Alteza*, aunque encargaba no se dijese que esto era por orden suya. Y como ninguno desconocia que D. Juan merecia ser tan príncipe como en realidad era, ninguno queria tomar sobre sí la responsabilidad de no darle, voluntariamente al parecer, el tratamiento que como á hijo del emperador le correspondia. Hubo más, respecto de los recelos de Felipe II.

Cuando D. Juan regresó á Madrid con pocas esperanzas de reinar, aunque aun las tenia de ser esposo de una reina, hizo una prelension demasiado justa. Quizas ignoraba la orden respecto del tratamiento de *Excelencia*, porque todos le daban el de *Alteza*.

Al acercarse á Madrid torció un poco el camino y se dirigió á una casa de campo y de recreo que no lejos de la corte tenia el célebre Antonio Perez, ministro del rey Felipe. Es de advertir que todos, incluso los ministros del rey, querian á D. Juan con delirio por su amabilidad y afable trato, y por la nobleza de sus pensamientos y de sus acciones.

La visita del príncipe á Perez tuvo por objeto el interesar á este para que influyese con el rey á fin de que en los actos públicos permitiese que D. Juan, como hermano del monarca e individuo de la real familia, pudiese asistir con el rey á la *Cortina*, que así se ha llamado siempre el sitio en que el monarca y sus parientes se colocan en público, como en la real capilla, cuando no asisten á la tribuna.

Antonio Perez dijo á D. Juan que nada era más justo que lo que pedia, y que hablaria al rey sobre ello, haciéndole todas las reflexiones que debia para convencerle, si mostraba oposicion, cosa que el ministro no creía.

Despidióse D. Juan; y Antonio Perez antes que él llegó á Madrid, é inmediatamente habló al rey. Felipe calló, sin negar ni conceder, ni dar por consecuencia margen á que el ministro hiciese reflexion alguna; pero cuando llegó el dia de recibir á su hermano, eludió hábilmente el compromiso. Ni quiso negar la



peticion, porque hubiese sido muy sensible para quien acababa de darle el triunfo incalculable de Lepanto, para quien era tan allegado á él que una misma sangre circulaba por las venas del rey y del príncipe; pero tampoco quiso concederla, porque indudablemente el engrandecimiento de su hermano le inspiraba temor. No hay hombre grande que no tenga alguna debilidad; y Felipe, temeroso cuando llegó D. Juan á Madrid, se trasladó muy de propósito al Pardo; y como no estaba en la corte, sino en un sitio real, en donde llevándola vida campestre se hacia poco caso de la rigorosa etiqueta, el rey recibió á su hermano, el vencedor de Lepanto, en una verdadera reunion de familia; de este modo eludió el compromiso. Pero hemos avanzado más de lo que nos propusimos al comenzar las precedentes líneas.

Por fin D. Juan recibió la deseada orden de embarcarse y tomar la direccion de Corfú, en donde habia de unirse á la escuadra veneciana. Reuniéronse en efecto, y el dia 7 de Agosto se dieron vista los cristianos y turcos. La armada de estos era muy superior en número de buques á la española; aquella constaba de doscientos, y esta no tenia ni ciento cincuenta, aunque las muchas galeazas, cuyo número era grande, equilibraban las fuerzas.

No hubo, sin embargo, otro dia de Lepanto, sino algunos choques sin importancia ni significacion, aunque más bien fué por falta de los turcos, quienes despues de haber sostenido algunos simulacros de combate cerca de Cerigo y junto al cabo Matapan, comenzaron á desaparecer hasta que se retiraron á Modon y Navarino. Los dos puntos fueron sitiados por los cristianos, y ambos sitios fueron levantados; solamente el dia 7 de Octubre creyó D. Juan, y todos con él lo creyeron, que por ser el primer aniversario de la gloriosa jornada de Lepanto, se iban á verificar otra batalla y otro triunfo iguales. Hubiérase realizado todo del modo que el príncipe lo pensaba y se proponia, á no haber sido porque creyendo lo mismo Uluch-Ali, ó Kilich-Bajá, lo evitó haciendo uso de un ardid á favor del cual la armada turca se disminuyó primero y desapareció despues, evitando el combate y la derrota. En la retirada tomó D. Alvaro de Bazan una galera nueva y muy bella, que fué llevada á Nápoles y denominada *La Presa*.

El bizarro D. Juan, muy sentido y disgustado de la hábil maniobra de Kilich, que le habia privado de un triunfo que entre las manos creia; dispuso forzar el puerto de Modon, en donde se hallaba la armada turca. El consejo, sin embargo, no opinó de la misma manera; y el bizarro príncipe, que se creia apto para decidir por sí; que se veía siempre coartado por un consejo que no

era para él otra cosa que una verdadera rémora; que estaba viendo, con no pequeño disgusto, el desacuerdo que entré los jefes superiores de la Liga reinaba, y que estaba cansado de ver que su hermano le tenia como en tutela y atado de piés y manos, determinó invernar y dejar la guerra para la primavera siguiente. De acuerdo con esta determinacion, D. Juan tomó rumbo á Messina; Colonna marchó á Roma, y la armada veneciana se dirigió á Corfú.

Habia fallecido ya el virtuoso Pontífice Pio V, hoy colocado en el catálogo de los santos, y le habia sucedido el cardenal Buoncompagno, bajo el nombre de Gregorio XIII. El nuevo Pontífice no estaba ménos decidido que Pio V á llevar á cabo la guerra contra el imperio otomano, y al efecto sin cesar en su empeño se dirigia por escrito á D. Juan con *breves de fuego*, segun este mismo príncipe decia; mas, sin embargo, como la estacion era poco á propósito, terminó el año sin que la armada española volviese á darse á la vela. En cuanto á D. Juan, de Messina se trasladó á Nápoles, á esperar la llegada del nuevo año.

#### GUERRA DE FLANDES.

En este año se agitaba más que nunca el debatido asunto del impuesto de la décima. El pueblo cada vez le rechazaba mas decididamente; empero el duque de Alba, que ni tenia dinero ni esperanza de recibirlo, acudia al repugnado arbitrio de la nueva y odiada contribucion.

A consecuencia de lo exigente que el duque se mostraba en el pueblo, muchas personas bien y medianamente acomodadas abandonaban el país, diciendo públicamente que no era posible sufrir la tiranía del de Alba. El violento estado en que los flamencos se hallaban, obligó al embajador de España en París, D. Francisco de Alava, á que escribiese muy detenidamente al rey sobre tan delicado asunto.

Bien fuese que el duque gobernase con excesiva severidad y dureza, ó bien que al fuerte carácter del de Alba se uniese la predisposicion que los flamencos tenian á rebelarse, es lo cierto que al mismo tiempo que la rebellion se consideraba como vencida en el condado de Flandes, levantó la cabeza en Holanda.

El conde de la Marca, ó sea el señor de Lumey, se apoderó de Brielle, buena ciudad situada en la isla de Worne. La Marca, que habíase ejercitado en las costumbres de pirata por las costas de Frisia y de Holanda, apareció de pronto en Brielle con quin-

ce naves. Este caudillo revolucionario tuvo la peregrina ocurrencia de llevar en sus estandartes pintadas diez monedas, y debajo escribió en gruesos caracteres: *Impuesto de la décima*; cuyas palabras bastaban á sacar de quicio á la gente pacífica y armar por sí solas una revolución.

Acudió inmediatamente con alguna tropa Maximiliano Hennin, conde de Bossuc; pero tuvo que retirarse casi derrotado, y no sin pérdida. Siguió Zelanda el ejemplo de Holanda, comenzando la insurrección por el puerto de Flessinga, tenido por la llave del Océano.

La rebelión de Flessinga comenzó de alarmante manera: el primer víctima de aquella fué el gobernador, que se llamaba Pacheco y era maestro de campo español, el cual sufrió la pena de horca como si fuese delincuente, y sin otro delito que el ser leal á su rey. El jefe de los rebeldes pretextó que un hermano suyo había sido ahorcado cuatro años antes por orden de Pacheco.

Cundió rápidamente la sublevación, y en muy pocos días, á excepción de Amsterdam, toda Holanda estaba rebelada; porque si bien no se sublevaron algunos otros puntos, tampoco figuraban como importantes: de estos, solo Amsterdam dejó de sublevarse, como de decir acabamos.

El que todo lo agitaba sordamente y lo removía sin que nadie se apercibiese, era el príncipe de Orange; éste fué nombrado por los rebeldes *presidente* de aquella *especie de república*, y se vió colocado en el primer escalon para subir al punto que deseaba: para ser soberano, era forzoso plegarse primero á las exigencias, deseos y gustos de los sublevados.

El contagio se extendía rápidamente, y Zutphen y Güeldres siguieron el ejemplo de las provincias rebeladas, al mismo tiempo que en el mar se veía una escuadra rebelde compuesta de *ciento cincuenta* buques.

El obispo de Namur dijo muy oportunamente que *con la décima y la vigésima del duque de Alba, se habían comprado para el príncipe de Orange las provincias marítimas de aquellos estados*.

No tardó mucho el duque en recibir la noticia, para él de gran disgusto y pesadumbre, de haberse posesionado Luis de Nassau de Mons y de Valenciennes, ciudades confinantes con Francia. Y era que por esta parte los hugonotes protegían eficaz y poderosamente á los herejes de Flandes, como eran todos unos, y por la parte marítima de los estados hacían cuanto era posible los ingleses, herejes también como los flámencos rebelados.

Llegóse á sospechar que el rey Carlos IX de Francia protegió á Luis de Nassau para que se posesionase de las ciudades fronte-

rizas, y no nos maravilla seguramente tal especie, así por conocer lo que siempre ha hecho la Francia *en bien de la España*, como por conocer el infame y falso carácter de Carlos IX y el de la diabólica Catalina de Médicis, su madre, como el doctor los podrá conocer muy pronto.

Lo más oportuno de aquella sublevacion general fué el haber ocurrido cuando Felipe II, creyendo, por lo que le decian y aseguraban, que la más sólida y firme paz estaba en aquellos estados establecida, pensaba en cambiar su título de conde por el de rey de Flandes. Varios documentos antiguos así lo acreditan, lo mismo que la siguiente moderna nota:

«No nos queda duda de este pensamiento de Felipe II. En 4 de Julio de 1570 le decia desde el Escorial al duque de Alba, que cierta persona, celosa de su servicio y del bien y tranquilidad de los Países-Bajos (era el consejero Hopper), le habia avisado ser el momento favorable para erigirlos en reino, y le habia dado un memorial de los fundamentos con que lo podia hacer, del cual le enviaba copia; que lo comunicara á las personas que tuviera por conveniente, y le trasmitiese su parecer. Este proyecto, decia, fué concebido ya cuando yo estaba en los Países-Bajos (lo fué por el consejero Assonville), más se suspendió por las dificultades que entonces se ofrecian. Las circunstancias hoy han variado; los naturales están sometidos, y creo que nadie se atreveria á contrariar su ejecucion. Si con maña se los pudiera comprometer á que ellos mismos me lo demandaran, este seria ciertamente el camino más llano. Por lo demás, vos me direis en qué forma deberia yo solicitar del Papa el título de rey, y si para esto deberé contar con el emperador.» — (Laf., T. XIII, cap. X, pág. 377.)

En tanto, el duque de Alba escribia al rey de Francia, á Catalina y al duque de Anjou, quejándose de lo ocurrido en Mons y Valenciennes; les recordaba oportunamente los auxilios tan poderosos que habia Felipe II dado al rey de Francia; pero este, muy diplomáticamente, protestaba que nada le era más grato que la amistad de España, y que deseaba conservarla con su rey á toda costa.

Esperábase en Flandes de un momento á otro al duque de Medinaceli, el cual por fin llegó despues de muchos meses de ser esperado, llevando consigo dos mil españoles escogidos y alguna cantidad de metálico. Con este motivo el de Alba dió una prueba de lo mucho en que estimaba su honor como militar y como caballero. Aunque el de Medinaceli iba á relevarle, el de Alba le manifestó que era para él muy poco decoroso abandonar el mando cuando todos aquellos estados se hallaban en plena revo-

lucion; por otra parte, cuando él mismo comprendia que muchos, especialmente entre los más allegados al rey, le achacarian la culpa de aquellos nuevos trastornos, y su ausencia podria tomarse por falta de ánimo para sofocar la rebelion, era tan impolítico como indecoroso el retirarse. Convencióse el de Medinaceli de que para el de Alba era cuestion de honra el no abandonar el mando, el cual, por otra parte, era muy poco envidiable entonces.

La primera providencia que el duque de Alba tomó, fué sobre ineficaz, tardía y perjudicial. Hizo saber que estaba pronto á revocar la resolución relativa á la décima y á ampliar el perdón ya publicado. Esta medida, que en otro tiempo hubiera podido parecer hija del deseo de conciliar los ánimos, se tomó en aquella ocasion por miedo y debilidad; y aunque estamos muy convencidos de que los próceres agitadores de los molines no querian sino las revueltas, y de que, por consecuencia, siempre hubieran buscado pretexto para seguir el mal camino que se habian trazado, el duque les puso el arbitrio en la mano, haciendo las concesiones cuando todos los estados estaban en plena revolucion.

Después de haber decidido el duque lo que acabamos de manifestar, mandó á su hijo D. Fadrique que acompañado del maestro general Chiappino Vitelli se dirigiese al Henao, para recuperar á Mons. Cumplieron ambos con la orden de marcha; pero por desgracia, en el primer choque ocurrido con los rebeldes recibió un balazo en la pierna izquierda el bizarro Chiappino. Aquel hombre verdaderamente fuerte y valeroso, desentendiéndose de su herida, cumplió con su oficio de maestro general, sentando los reales y colocando la artillería en el sitio que se le habia prefijado.

No tardó mucho en aparecer el conde de Genlis con más de cuatro mil franceses enviados por Coligny en socorro de los sublevados de Mons. Genlis, que sin duda no conocia bien á los españoles, se empeñó voluntariamente en una batalla con los de Felipe II, y el duque de Huesca (hijo primogénito del de Alba), bizarrísimo y entendido general, destrozó completamente á los de Genlis; siendo por consecuencia inútil el auxilio mandado por los herejes franceses á los de Flandes.

Refiere la historia que en aquel dia hizo verdaderos prodigios de valor el intrépido Chiappino Vitelli; y no pudiendo sostenerse de pié porque la herida le molestaba mucho, por la tarde se hizo llevar en un carretón, y siempre á vanguardia, cumplió con su cargo de maestro general, hasta que el enemigo quedó hecho piezas. Refiere Strada que hablaba Vitelli con los ojos, con las

manos y con todo su cuerpo para animar á los suyos, dando una nueva muestra del incalculable valor que tenia. El resultado de la batalla fué la muerte de casi mil y trescientos franceses, la prision del mismo Genlis, la de sesenta nobles y hasta quinientos cuarenta prisioneros, entre oficiales y soldados.

El duque de Huesca mandó á España al maestre Bobadilla para dar en su nombre la enhorabuena al rey Felipe, por aquella notable victoria.

Cuando el duque de Alba mandó á su hijo contra los sublevados de Mons, dijo que le precediesen, en tanto él se preparaba para marchar; y esto no fué decir para no hacer. Al comenzar el mes de Setiembre salió de Bruselas y se incorporó al ejército de su hijo.

En la plaza estaba encerrado y muy en peligro Luis de Nassau; pero su hermano el príncipe de Orange, tan pronto como supo que el duque de Alba se dirigia á Mons, desde la frontera alemana en donde estaba esperando para avanzar ó retroceder segun conviniese, avanzó en efecto; y puesto al frente de once mil infantes y seis mil ginetes vadeó el Rhin, el Mosa, y se dirigió por Brabante en socorro de Luis.

La marcha de Orange con los suyos fué una continuada calamidad. Robos, incendios, asesinatos, de todo se cometia y los delitos se multiplicaban, sin que el príncipe se ocupase de ponerlos coto. Tales, tantos y tan graves eran los desmanes que se cometian, que las ciudades le abrian las puertas para no irritarle con la demora, excepto en Lovaina, en donde se apresuraron á salirle al encuentro y entregarle cuanto dinero y víveres quiso, á trueque de que la langosta no penetrase en la ciudad.

Están contestes los más autorizados historiadores en asegurar que Orange iba por todas partes sembrando el horror y la muerte, ensangrentándose principalmente con los sacerdotes y con los objetos sagrados. Este era el que se sublevó para dar libertad al pueblo y librarle de la tiranía de España: cuántos y cuán buenos imitadores ha tenido despues Orange!

Llegó aquel por fin á Jemmapes el dia 9 de Setiembre, y estableció su campo á un cuarto de hora del campamento español. Hallábanse en él los tres duques: el de Alba, el de Huesca su hijo, y el de Medinaceli, nombrado para ser sucesor del primero. Es fama que Orange se quedó admirado al observar la manera con que el veterano duque tenia dispuestos los cuarteles y los ataques.

En cuanto el príncipe tomó el preciso descanso, trató con todo su poder é inteligencia de forzar las fortificaciones de las líneas del sitio, pero tan inútilmente que tuvo que desistir de su empe-

ño. Entonces, desesperado, provocó al duque á una formal batalla; pero este, que no salia jamás de su sistema, ni se le daba nada de cuanto de él quisieran decir, no aceptó el reto porque no creyó que la ocasion era oportuna ni conveniente la batalla. Un sangriento y terrible suceso, del que después nos haremos cargo, puso en gran conflicto á Orange. A esto se agregaron las enfermedades que en su ejército se desarrollaron; y como al mismo tiempo ni podía romper las líneas del sitio ni hacer que Alba pelease, interesóle más el librarse del contagio, que el bien ó el mal de su hermano, á quien dejó abandonado.

Tomó el príncipe la vuelta de Malinas, y cuando dormia en la primer noche de alto, aparecieron en su campamento como unos mil infantes españoles y setecientos caballos, encamisados unos y otros, que habian seguido en su fuga á los rebeldes orangistas. Sorprendieron los decididos y animosos españoles el campamento rebelde; degollaron, no dormidos, sino defendiéndose, más de setecientos enemigos; y cuatro veteranos llegaron hasta la misma tienda del príncipe, que profundamente dormia, al cual seguramente hubieran hecho prisionero á no haber sido por una perra pequeña que á todas partes le seguia, la cual en cuanto oyó el ruido en la puerta de la tienda de su amo, empezó á ladrar; y como esto no bastase, á arañar el rostro del de Orange, que despertó por fin y saltando de la cama escapó milagrosamente, en el mismo traje de dormir que puesto tenia.

Así que los valerosos españoles se retiraron, porque ni podian sostenerse ni habian tenido más objeto que el de molestar y hacer daño pasajero al enemigo, el príncipe hizo marchar su ejército hasta Holanda, en donde se creyó más seguro. Llegó á Delft, ciudad para él fatal, como después veremos, y decidió esperar la marcha de los acontecimientos.

En cuanto á Luis de Nassau, podemos decir que la fuga de su hermano Orange le contristó y desesperanzó infinito; pero aun más le quitaron toda esperanza las noticias de Francia recibidas. Viéndose aislado, expuesto y sin medios de sostenerse, pidió capitulacion al duque de Alba. Este aceptó; se pactaron condiciones, y Luis se retiró á Dillemburg, lugar de los estados de Nassau.

Con la rendicion de Mons, unida á los acontecimientos de Francia, los sediciosos de Flandes perdieron cuanto llevaban ganado, y todas las ciudades sublevadas volvieron á la obediencia del rey. Solamente en Malinas no se verificó la rendicion sin desgracias. Esta ciudad, la primera puede decirse y la más obstinada en la rebelion, sufrió tres dias de saqueo, en castigo á su tenaz rebeldia; y no solamente Alba, Huesca y Medinaceli lo au-

torizaron, si que tambien se hizo de acuerdo con los jefes flamencos Berlaymont, Noirquermes y Arschôt. El día 2 de Octubre fué el primero de los tres de saqueo.

Aunque seguia dirigiendo las operaciones militares el duque de Alba, con él iba tambien el de Medinaceli, nombrado sucesor de aquel. Ambos decidieron atravesar el Mosa y dirigirse contra Maestricht primero; despues contra Nimega.

Al mismo tiempo, el valeroso Sancho Dávila y el veterano Cristóbal de Mondragon, jefe el primero de la guardia del duque y maestro de campo el segundo, iban pacificando, de grado ó fuerza, segun era menester, las ciudades rebeladas de Zelanda; empero aquellos héroes, para cumplir las órdenes que tenian, hubieron de ejecutar verdaderos milagros. No solamente vadearon varios rios con el agua hasta el pecho unas veces, otras hasta la barba, luchando con aquella á brazo partido, si que tambien atravesaron parte del Océano con el agua hasta la barba, dando felicissima á hazañas casi increíbles, que fueron entonces la admiracion de la Europa entera, como asombran á cuántos las conocen y asombrarán hasta la consumacion de los siglos, porque parece que exceden á la capacidad humana.

El duque de Huesca, que era más duro y severo que su padre el de Alba, recorrió el ducado de Güeldres, reconquistó á Zutphen, y despues se dirigió contra Naerden, que era el verdadero foco de la rebelion y en donde se abrigaban millares de herejes. La resistencia fué tan fuerte como obstinada, y el de Huesca redujo á escombros la villa con su artillería y pasó á cuchillo á los defensores. Este terrible suceso ocurrió en Octubre; y el resto del año se ocupó en someter las ciudades de la Frisia, haciendo huir al conde Vanden-Berghen, al cual robaron completamente sus mismos soldados, y despojado se refugió en Westphalia.

### LOS HUGONOTES.

El lector sabe ya que con el nombre genérico de hugonotes eran designados así los protestantes como los calvinistas, anabaptistas y otros herejes; sabe asimismo lo que se asegura respecto de la etimología de la palabra *hugonote*, y la guerra continua que durante muchos años sostuvieron aquellos en Francia con los católicos. Ciertamente que los males ocasionados por los herejes eran muchos y muy graves, puesto que tenian en continuo trastorno y desorden el reino; y si bien creemos que hubiera sido



justo y necesario, además, el haber opuesto un fuerte dique al torrente de la herejía que infestaba la Francia, atacando directamente á la sociedad que á paso de gigante se desmoralizaba y corrompia, creemos igualmente que la medida que se adoptó para deshacerse de los herejes fué injusta, bárbara é indigna de los que se llamaban católicos; porque fué anti-religiosa.

Al frente del partido católico continuaban el duque de Guisa y sus hermanos, el cardenal de Lorena y el duque de Mayenne: al frente del partido hugonote estaban el príncipe de Condé, el almirante Coligny y el condestable Montmorency.

Era en efecto necesario tomar una medida decisiva; porque la Francia estaba inundada de sangre, y era horrible aquella guerra exterminadora, que sobre ser civil era religiosa. Tratando de ponerla término, y un término que no dejase esperanza de que el bando hugonote pudiera revivir y reorganizarse, determinaron los principales del partido que se llamaba católico halagar á los caudillos del enemigo bando, hacerles creer que se quería capitular con ellos y contentarlos, para cuando se hallasen más tranquilos y confiados, dar el golpe en cuya ejecucion estaban meditando, ó mejor dicho, perfeccionándole estaban hasta en sus menores detalles. Supónese que ni Catalina de Médicis ni su hijo Carlos IX eran extraños al sangriento y bárbaro proyecto.

Quando creyeron que en efecto estaban tranquilos y confiados los herejes, se determinó realizar el matrimonio de la princesa Margarita de Valois, hija de Catalina y hermana de Carlos IX, con Enrique de Navarra, hugonote, despues Enrique IV de Francia.

Difícil era, por no decir imposible, el que los herejes no estuviesen tranquilos y confiados, cuando despues de haberlos hecho confiar y de haberlos halagado, se les hizo entender que se trataba de hacer una sincera reconciliacion, y como prenda segura de aquella el rey daba su misma hermana á un príncipe cordialmente hugonote.

Tan adelante llevaron el rey, su madre y los principales caudillos católicos el disimulo, que lograron ilusionar á los jefes de los hugonotes: baste decir que aquel mismo veterano Coligny que, segun aun recordará el lector, negándose á pasar á la corte, dijo: *En Francia no hay condes de Egmont*, fué tan engañado como los demás.

Con muchos fué ingrato é infame Carlos IX; pero con nadie como con el anciano y venerable Coligny, hombre lleno de méritos y una de las más firmes columnas que sostuvieron el trono francés. Nosotros en este momento prescindimos de la extraviada opinion del benemérito almirante, y solo vemos su lealtad,

su valor y el infame modo con que fué sacrificado. Carlos IX le llamaba *padre*, y este tierno dictado fué el verdugo de Coligny, porque el infame rey, con aquel dulce título le engañó y llevó á la muerte.

El día designado para el *massacre* fué el mismo de las bodas del hugonote Enrique de Navarra con la católica Margarita de Valois. Era el 24 de Agosto, día de San Bartolomé, por cuya circunstancia fué designado despues diciendo *Saint-Barthelemy*, así como otro suceso igual, aunque ménos injusto, si cuando se asesina puede hacerse en justicia, fué despues designado con el nombre de las *Visperas sicilianas*.

Tratábase, pues, de hacer un degüello general de herejes, cuando más tranquilos, descuidados é inermes estuviesen; y para verificarlo fué elegida la misma noche de las bodas ya dichas.

Lo que no comprendemos es cómo no circuló la noticia de la sangrienta catástrofe que se preparaba, y llegó hasta los jefes del partido hugonote. Decimos esto, porque se determinó que los católicos llevasen unas cruces blancas si el sombrero era negro, y negras si el sombrero era blanco, á fin de aquellos á quienes cogiese en la calle el principio del degüello, no fuesen confundidos con los que debían ser asesinados. A esta medida debió su salvación Miguel de Montaigne, hugonote, porque tuvo un amigo que le advirtió lo que debía hacer, y de la misma manera se salvaron otros: por esto nos maravilla el que no llegase á noticia de los caudillos protestantes, y se salvaran muchos de su partido.

En efecto, hecha la señal por la campana de *Nótre Dame*, comenzó la verdadera *matanza*. Cuadrillas de hombres armados, la misma guardia del rey Carlos con sus jefes, formando bandas de asesinos, despues del toque de campana y á la voz de *¡Mueran los hugonotes!* salieron á las calles, sin dejar con vida á ninguno de los que hallaban sin la cruz en el sombrero.

Una hora antes se habia despedido el almirante Coligny de su hijo; y el rey le habia estrechado la mano con más efusion que nunca, diciéndole: *Adios, PADRE MIO, buena noche; hasta mañana*. Y tras de Coligny salió de palacio la partida de la guardia del rey que iba á asesinarle, como en efecto le asesinó despues de vencer á aquel veterano, que se defendió bizarramente. ¿Puede decirse más en justo *elogio* de Carlos IX?

Muchos tuvieron tiempo y medios de huir; pero tan pronto como salieron de la ciudad, libres de las manos de los sicarios, dieron en las de los campesinos que esperaban para sacrificar á los que vieran fugitivos.

No se libraron los niños, ni las mujeres, ni los enfermos; las casas de los sospechosos fueron allanadas, y no tememos aventurar mucho si decimos que en la horrible noche de San Bartolomé serian asesinados muchos católicos, víctimas de resentimientos y venganzas particulares. En cuanto al novio, á Enrique de Navarra, tuvo que saltar por una ventana del Louvre y esconderse, no sin haber encontrado muchos riesgos de que huir y bastantes dificultades que vencer hasta verse en salvo.

Los principales jefes hugonotes perecieron; y circuladas las oportunas órdenes, la sangrienta y horrible escena de Paris se repitió en Troyes, Meaux, Bourges, Orleans, Lyon, Tolosa, Rouen, Auvergne y Bayona, así como en otras poblaciones de menor importancia.

Esta fué la noticia que, segun indicamos en otro lugar, hizo retirarse á Malinas al príncipe de Orange, y la que hizo á su hermano Luis de Nassau, encerrado en Mons, pedir capitulacion al duque de Alba.

#### AÑO 1573.

#### FLANDES.

Entre los acontecimientos notables ocurridos en Flandes hasta la fecha á que hemos llegado, porque despues ocurrieron otros mucho más notables y asombrosos, lo fué no poco el sitio de Harlem, en Holanda.

Sostuviéronse los sitiados con un valor heróico, digno de más noble y justa causa: ocho meses habian trascurrido, en cuyo tiempo habian rechazado toda propuesta de capitulacion.

Mandaba el ejército sitiador el bizarro, entendido y severo duque de Huesca, y dicho se está si la heroicidad de los sitiados podria nunca exceder á la de los españoles, mucho más cuando tal caudillo estaba á su frente.

El concienzudo é ilustrado autor de las *Décadas de las guerras de Flandes*, Strada, se detiene á referir lance por lance, suceso por suceso, é invierte muchas páginas para solo tratar del célebre sitio de Harlem; empero Strada escribió la historia particular de Flandes, ó mejor dicho aun, un largo periodo de la predicha historia, al paso que nosotros escribimos la general de España, y no podemos detenernos como él, porque no dispone-

mos del espacio de que él dispuso. Referiremos, sin embargo, algunos de los más notables sucesos de aquel sitio, tomados del referido autor italiano.

Una mañana al amanecer, vieron los centinelas avanzados de los sitiadores que estaban pendientes de las almenas de Harlem los cadáveres de varios prisioneros que habían pertenecido al ejército católico. Entonces el de Huesca hizo degollar á un caudillo protestante á quien hizo prisionero al querer aquel socorrer á Harlem, y con él mandó degollar á un traidor, protestante tambien, y dispuso que ambas cabezas fuesen arrojadas á la plaza: la primera llevaba unido un cartel que decia: *Cabeza de Philipo de Coninx, que vino con dos mil hombres á socorrer á Harlem*; y la otra: *Cabeza de Antonio Pictor, el traidor que entregó la ciudad de Mons á los franceses*.

Los de Harlem se vengaron mandando al campamento español las cabezas de once prisioneros, con un cartel que decia: *Envian los de Harlem al duque de Alba diez cabezas, para que no haga la guerra bajo el pretexto de que no se le paga la décima; y le mandamos una cabeza más por la tardanza, para pagar el rédito* (la usura decian ellos).

Pero en lo que se excedieron ferozmente, haciendo peor y ménos digna de lo que era su causa, fué en las irreverencias que se complacian en cometer. Gozábanse en poner sobre las murallas los mayores crucifijos que habían encontrado en los despojados y destrozados templos, así como las imágenes de los santos y las de Nuestra Señora la Santísima Virgen, á fin de que sirviesen de blanco á los tiros del campamento español. Tan repugnante impiedad irritó tanto cuanto debia al de Huesca y á su ejército, que no escaseó el tomar venganza hasta donde le fué posible.

Colmó el disgusto la muerte de los entendidos jefes de ingenieros Bartolommeo di Campi y La Cressonniere; empero trascurrian los meses y se derramaba sangre; se asaltaba inútilmente, é infructuosamente tambien se gastaban municiones y se perdian vidas. Esto hizo desesperar al bizarro duque de Huesca, y determinó levantar el sitio. Iban invertidos en él casi nueve meses; mas sin embargo, dependiente como era del general en jefe, mandó á su padre una exacta relacion de todo lo ocurrido; de la invencible resistencia que encontraba; de los multiplicados é inútiles asaltos, y de la sangre que, en su concepto, en vano se derramaba.

Fué con el mensaje un ayudante del de Huesca, al cual escuchó con solemne silencio el de Alba, sin interrumpir una sola vez, cuanto quiso manifestarle. Terminada la relacion, que no

fué corta, porque mucho en verdad tenía que referir, rompió el silencio el duque de Alba, y dijo:

*Id presto, y decid al maestro mi hijo, que no le tendré por tal si levanta el campo sin rendir la plaza. Que muera en el asedio como bueno, y yo iré á reemplazarle, aunque la enfermedad me tiene hoy en cama; y si no tiene espíritu para ello, decid que mandaré á mi esposa y su madre para que cumpla por él, ya que no tiene valor ó paciencia para cumplir con lo que debe, y le haré dar una RUECA, que es lo que merecerá en vez de espada si levanta el campo.*

Ignoramos si el ayudante daría al duque de Huesca la contestación de su padre, aunque suponemos que sí; porque no era el de Alba hombre que tolerase el disimulo ni la menor infracción de sus órdenes. De un modo ó de otro, el de Huesca se mantuvo firme en su puesto, y acercó las líneas, y redobló las baterías y multiplicó los disparos.

Ni un solo día se dejaba de pelear: sitiados y sitiadores tenían en el agua buques, y todos los días sobre aquella y en la tierra se batían; los unos para penetrar en la plaza con socorros, los otros para impedirlo. Este era el verdadero modo de domar á la altiva ciudad; porque era tan grande la falta de subsistencias, que ya no existía en Harlem un caballo, y agotados hasta los más repugnantes y desusados alimentos, hasta descalzos andaban los soldados, porque se habían comido el calzado, cocido para poderle masticar.

La historia asegura, según los datos tomados en el sitio por testigos presenciales, que se dispararon y dieron en las murallas de Harlem DIEZ MIL DOSCIENTAS cincuenta y tantas balas de cañón.

Al rayar la media noche del día 8 de Julio hizo el príncipe de Orange un extremo y desesperado esfuerzo para socorrer á los de Harlem; pero el vigilante duque de Huesca, que seguramente no podría olvidar que su padre le amenazaba con hacerle cambiar la espada, que tan digna y valerosamente manejaba, por la femenil rueca, le hizo frente. Después de estarse batiendo toda la noche, al amanecer del día 9 reforzó el ataque el bizarro español, y derrotó tan completamente á Orange que le cogió toda la artillería, todas las banderas, cerca de trescientos carros de municiones, los víveres que llevaba de socorro, y en fin, le mató tres mil hombres.

Este fué el golpe de gracia para los sitiados, los cuales se apresuraron á pedir capitulación. *Es tarde ya*, respondió D. Fadrique de Toledo. Entonces aquellos famélicos guerreros, demacrados y escualidos, quisieron hacer una salida con el único intento

de perecer. Las mujeres é hijos de los unos, las futuras esposas de otros, las madres y hermanas de casi todos con sus lágrimas y abrazos lo impidieron.

El día 12 de Julio se rindieron, diciendo que se entregaban á la generosidad y clemencia del vencedor. En seguida D. Fadrique (el de Huesca) dispuso su entrada triunfal en Harlem, dió parte á su padre y esperó órdenes, muy satisfecho por el éxito de la batalla que dió al príncipe de Orange, y muy seguro de no merecer la rueda con que le habia el de Alba amenazado. Este, al dar parte al rey de la rendicion de Harlem, entre otras cosas le decia:

«Descaria mucho que no se saquease, porque tenga lugar la misericordia, y se pueda hacer el castigo que merecen los culpados. De los walones, franceses y ingleses *he escrito á don Fadrique no me deje hombre á vida, y de los alemanes las cabezas*; y los otros, con juramento de no servir mas á este rebelde, los eche desnudos por parte que no puedan hacer daño. Los burgueses se castigarán algunos; con los demás se usará de misericordia, por ejemplo de las demás villas.....»

Del mismo modo que se lo propuso, lo hizo ejecutar. Fueron fusilados dos mil trescientos soldados entre walones, ingleses y franceses, con sus jefes; á los demás se les dió libertad, despues de haberles hecho prestar juramento de no volver á tomar las armas contra España; juramento que rara vez se cumplió, y que llegó á ser una pura fórmula; porque si bien al que reincidia se le fusilaba, era muy difícil conocerlos, siendo simples soldados, y cambiando de nombre, como acostumbraban.

Entre los castigos impuestos á los de Harlem hubo algunos suplicios, pero pocos, de horca, ejecutados en aquellos ciudadanos que habian sido jefes de la sublevacion, y se habian distinguido mucho en la resistencia y en los sacrilegios: tambien se impuso á la ciudad una multa de cien mil escudos.

Al dar el de Alba parte al rey de dichos castigos, decia:

«Agora, señor, es menester procurar por todas las vias posibles, y *con todas las blanduras que en el mundo se pudieren hallar*, la reduccion de este pueblo, porque estando V. M. armado como está, tiene lugar la misericordia, y la tendrán por tal; y si en otro tiempo se acometeria con ella, fuera darles ocasion de mayores desvergüenzas.»

A pesar de los castigos que hemos referido, si atendemos á lo que entonces era costumbre, á la obstinada resistencia, á lo mucho que los sitiados habian delinquido, y á lo crueles que fueron con los prisioneros, porque ellos dieron el ejemplo de las crueldades, encontramos que no fueron excesivos y que merecieron

más, ó no merecieron tanto como se hizo con los defensores de otras plazas anteriormente rendidas.

Puede calcularse, segun las más fidedignas noticias, la pérdida del ejército de España durante el largo sitio, en cuatro mil hombres, pocos más ó ménos; y en *trece mil* la del enemigo. De los de Felipe II salieron heridos muchos jefes principales, tales como los maestros de campo Julian Romero y Gonzalo de Bracamonte, y el mismo D. Fadrique, duque de Huesca.

La victoria de Harlem fué contrapesada con una sedicion militar que ocurrió en el campo real; y esta vez no fueron los alemanes los sediciosos, sino los españoles y los más veteranos. Nunca puede hallarse disculpa á una sedicion, por muchos motivos de incomodidad y disgusto en que quiera apoyarse: nosotros, que sabemos prácticamente lo que es la milicia, comprendemos perfectamente la severidad con que deben ser sofocadas y castigadas las sediciones militares; empero débese tener muy presente la diferencia que media entre la organización del antiguo y del moderno ejército.

En aquel tiempo los soldados eran todos, ó voluntarios, ó procedentes de levas que se hacian de la gente vagabunda y sospechosa. Este era un verdadero foco de sediciones; mas estaba, por punto general, siempre á raya, porque se castigaban las faltas graves con el mismo rigor que hoy. Sin embargo, el soldado presentábase armado y vestido á su costa, si era voluntario; el *prest* era relativamente, y segun entonces se consideraba el dinero, mucho mayor que hoy; pero el soldado no comia en rancho, sino que comia de su cuenta, y solo ó acompañado, segun él mismo disponia. Por manera que si no le pagaban, no comia; y como en Flandes trascurrían los meses enteros, á veces ocho y diez, sin recibir una paga, nada de extraño tenia que se sublevase, porque el hambre es un muy fatal enemigo. Por esto tampoco tiene nada de extraño el que deseasen los saqueos; y en Harlem, en cuyo sitio tanto sufrió el soldado, se impuso una multa de cien mil escudos á la ciudad, para indemnizacion de gastos de guerra; pero no hubo saqueo, ni llegaban las pagas que estaban muy atrasadas, y el soldado no encontraba ya arbitrio para salir del día, que es miserable vida la de trabajar sin sosiego ni descanso, exponerse á toda hora á la muerte y no tener que comer. Tal fué el origen de la sublevacion ó sedicion militar de Harlem.

Tampoco se ha visto en el mundo ni en época alguna de aquel, sedicion más ordenada y ménos ruidosa; porque no se oyó una voz, ni se notó el más pequeño síntoma de desórden.

Eran los sublevados el verdadero nervio del ejército; soldados

algunos que contaban veinte y más años de servicio. Así fué que publicaron bandos prohibiendo bajo pena de muerte todo desorden y escándalo; mudaron los jefes que les parecieron contrarios al movimiento y nombraron otros, determinacion que revocaron pronto, aconsejados por el maestre Gaspar de Robles, señor de Villi, porque era lo único que daba peor carácter á la sublevacion.

Con el mismo orden que se habian sublevado, sin causar el menor trastorno, entregaron una representacion al duque de Huesca para que la trasladase al de Alba; y este la remitió al rey.

El rey mandó al duque 400,000 escudos en cambiales, con una carta fechada en Galapagar, en la que se lamentaba de lo mucho que le habia costado reunir aquella cantidad y cuán crecidos intereses era necesario pagar por ella. No fué suficiente, empero, y les fué preciso á los duques de Alba y de Huesca, padre é hijo, pedir prestado á algunos comerciantes de Amsterdam, empeñando sus bienes particulares. Con esto se completó la suma necesaria para dar la mayor parte de la deuda; y se abonaron las deseadas pagas.

La verdadera lenidad con que se habia tratado á los insurrectos les hizo tomar más ánimo del que les era necesario; y pocos dias despues volvieron á declararse en manifiesta insurreccion, por el resto, que era pequeño, de las pagas. Entonces no podia servir de disculpa la destructora hambre, y no se quiso tener consideracion con los sediciosos, para evitar que por tercera vez se insurreccionasen. Por estó D. Fadrique de Toledo, duque de Huesca, hizo entresacar á los cabezas del motin, y dispuso fuesen ahorcados, como en efecto lo fueron, delante de Alckmaar.

En el resto de aquel año nada ocurrió de notable: el rey, siempre que escribia, encargaba mucho la terminacion de aquella guerra tan costosa é insostenible. El ejército que España sostenia en los Países-Bajos no seria muy numeroso hoy; en aquella época lo era, sin embargo de que la principal causa de ser excesivos los gastos consistia, más que en lo numeroso del ejército, en la distancia que mediaba de España á Flandes y en las dificultades que para caminar se presentaban en aquella época, por corto que fuese el trayecto que se hubiese de recorrer, y mucho más cuando de España á Flandes, sobre haber muy largo camino este no estaba exento de peligros para los volantes y contadores reales, que eran los encargados de llevar, cuando se llevaban, los fondos ó las cambiales. Hé aquí una exacta relacion de las tropas que España sostenia en Flandes. La nota que de un manuscrito copiamos, lleva al pié del estado una media firma que dice: VAZQUEZ, *sargento mayor general*.



» Seis tercios españoles, el primero con diez compañías; once  
 » el segundo, doce el tercero y el cuarto, trece el quinto y trece  
 » el sexto. — Total, setenta y una compañías, con fuerza de 7,520  
 » hombres. — Más ocho compañías sueltas con fuerza de 830. —  
 » Total de españoles, 8,350 soldados.

» Ocho tercios walones, con ciento sesenta compañías, y fuer-  
 » za de 22,300 soldados.

» Seis tercios de alemanes (de Alemania la Alta), con sesenta  
 » compañías de doble fuerza, y total de hombres 15,000 sol-  
 » dados.

» Tres tercios de alemanes (de Alemania la Baja), con treinta  
 » compañías de doble fuerza, y total de hombres 8,500.

» Total de infantes. . . . . 54,150

» Más de los presidios de las fronteras. . . . . 3,000

---

57,150

» Entre caballos pesados con hombres de armas y caballos  
 » volantes 4,780, casi los 3,000; porque no se cuentan los gru-  
 » pos de aventureros que se retiran cuando quieren hacerlo.»

Ocupábase el duque de Alba en cumplir las órdenes del rey,  
 relativas á la pronta terminacion de la guerra, cuando llegó la  
 noticia oficial del reemplazo definitivo del expresado duque.

Para la pacificacion completa de aquellas provincias existia  
 en ellas un elemento absolutamente contrario: la existencia de  
 dos cabezas para un solo cuerpo, que de este modo y no de otro  
 debia considerarse al duque de Alba y al de Medinaceli. Cierta  
 es que la iniciativa la tomaba siempre el primero, el cual, pres-  
 cindiendo de su carácter más ó menos severo, ménos ó más du-  
 ro, tuvo el grande mérito de haber pacificado dos veces las pro-  
 vincias, despues de no haber una sola que no se mostrase en  
 abierta rebelion. Cierta es que Medinaceli hablaba más que ha-  
 cia, porque no era hombre el de Alba que se dejase dominar de  
 quien quiera que fuese; però siempre cuando dos mandan, se  
 dividen las opiniones y las voluntades; cada uno de ambos tiene  
 un partido, y el uno de estos sirve de rémora al otro y mútua-  
 mente se perjudican, y cada uno obstruye el camino y paraliza la  
 libre accion del otro.

El de Alba se hallaba en edad bastante avanzada y con muy  
 debilitada salud; que puede decirse estuvo en campaña desde la  
 edad de diez y ocho años. El mismo, despues de haber pacifica-  
 do las provincias de aquellos Estados, pidió su reemplazo; y cuan-  
 do este llegó, una nueva rebelion le hizo considerar como poco  
 decoroso á su fama de hombre público y de guerrero, el retirar-

se. El de Medinaceli no pudo oponerse á una determinacion tan justa y honrosa; pero llevaba pesadamente el compartir con nadie su autoridad, debiéndose advertir que no era hombre, ni como político ni como guerrero, para hacer sombra al de Alba.

En el comienzo de la nueva lucha, no se avinieron mal los dos gobernadores; más como aquella se fuese prolongando, el nuevo no se contentaba con gobernar de derecho, y el antiguo no pensaba en dejar el mando de hecho mientras hubiese en los Países-Bajos una sola aldea que no reconociese la soberanía de Felipe II. Y como siempre en tales casos sucede, del corazon salió el disgusto á los labios para los presentes, y para los ausentes á la pluma; por esto el duque de Medinaceli escribia á España desde Nimega lo siguiente:

«Mucha paciencia he necesitado desde que vine á estos paises; y ahora que el duque de Alba se mantiene lejos del teatro de la guerra, estoy determinado á dejarle en cuanto Zutphen sea tomada. El rey juzgará si es conveniente que un capitán general esté tan apartado de su ejército, y si es decoroso á mi reputacion que la direccion de la guerra y de las tropas se haya encomendado á D. Fadrique, que por la edad puede ser hijo mio. A bien que con irme yo nada sufrirán los negocios, porque el de Alba me da tan poca parte de las cosas, á lo ménos de los términos y resolucion dellas, que en las que se ofrecen no me instruye, y en las demás del gobierno, que lo ha de hacer, dice que no es llegado el tiempo, y que las ocupaciones destas revueltas no le dan lugar á ello.»

Razon tenia el de Medinaceli en decir que D. Fadrique de Toledo podia ser su hijo; pero olvidaba que la edad no decide en ciertas cuestiones, y que el duque de Huesca, ó D. Fadrique, era uno de los primeros generales de aquel siglo, con quien el de Medinaceli no podia compararse. D. Juan de Austria era casi un niño cuando fué á la guerra de la Alpujarra, y apenas tenia veinticuatro años cuando *por sí mismo* dispuso y mandó la célebre y memorable batalla de Lepanto. ¿Cuántos generales habria entonces que por la edad pudieran haber sido sus padres y aun sus abuelos? ¿Y hubieran hecho todos lo mismo que D. Juan?

El duque de Alba, por su parte, mostraba tambien su disgusto por la presencia é intervencion del de Medinaceli; y uno de sus más íntimos confidentes escribia, desde Nimega tambien, al secretario Zayas, entre otras cosas lo siguiente:

«El duque de Medina ayuda poco á la direccion de los negocios. ¡Pluguiese á Dios que el rey no se hubiera acordado de nombrarle, y que él no hubiera venido jamás á estos paises, ó que hubiera venido así que se le nombró! Porque desde que se

»supo su nombramiento, comenzaron las intrigas entre los consejeros, y nacieron todos los embarazos en que nos hallamos.....  
 »Si el duque de Medina se queda aquí, apostaría á que esto se pierde en ocho meses ó acaso en cuatro.»

Estos dos fragmentos de cartas justifican la medida adoptada por el rey, de relevar á ambos gobernadores, sustituyéndolos con uno que, sin dejar de ser muy valeroso, como lo demostró en Lepanto, era humano, prudente y conciliador.

La abierta pugna en que ambos duques estaban era nada ventajosa para la pacificación de Flandes que tanto deseaba el rey; y esto hizo que D. Felipe decidiese relevar con el de Alba al de Medinaceli. En efecto, al terminar el año fué nombrado gobernador y capitán general de Flandes el comendador mayor de Castilla D. Luis de Requesens, á la sazón gobernador del ducado de Milan.

D. Luis salió de Milan tan pronto como recibió la orden del rey, y despues de haberse enterado minuciosamente de la instrucción reservada que escrita de puño y letra del soberano le envió este en 21 de Octubre.

Ya habia comenzado Noviembre cuando llegó á Flandes don Luis de Requesens, y fué ostentosa y gratamente recibido por el duque de Alba. El rey habia mandado que este entregase el mando á su sucesor tan pronto como llegase; mas Requesens no queria tomarle hasta que el de Alba regresase á España, por justas consideraciones que aquel merecia. Aquel, sin embargo, se obstinó en cumplir la orden del monarca, y entregó el mando despues de haber enterado muy detalladamente á Requesens de la enorme deuda que sobraba aquella hacienda pesaba, de lo exhausto del tesoro y de todos los inconvenientes y obstáculos con que necesariamente habria de luchar; relacion que, en verdad, agradó muy poco al comendador mayor de Castilla.

El dia 18 de Diciembre salió de Bruselas y tomó la direccion de España el veterano duque de Alba, á los seis años de haber tomado posesion de aquel gobierno. Cierito que aparece severo, duro y un tanto sanguinario; mas no sabemos si estas circunstancias fueron exclusivamente hijas de su ánimo, ni sabemos más si la severidad y dureza fueron necesarias con una gente que se insurreccionaba lo mismo cuando se adoptaban medidas enérgicas y coercitivas, que cuando se publicaba un perdon general y se adoptaban medidas templadas y conciliadoras. De un modo ó de otro tuvo la indisputable gloria de no ser vencido y de vencer siempre, merced á su prudencia, inteligencia y verdadera sangre fria, aunque tuvo que luchar con el principe de Orange, que fué uno de los primeros generales de su siglo. Solamente la erección



de la estatua fué una.... no sabemos si debilidad hija de los años, ó un exceso de orgullo fundado en lo mucho que trabajó para pacificar la general insurreccion.

El célebre Strada dice que no iban fuera de camino los que decian del duque de Alba en Flandes, una cosa muy parecida á la que se dijo de Augusto César en Roma: de este dijeron: *que no debiera haber nacido, ó no debiera haber muerto*; y de aquel, *que jamás debiera ir á Flandes, ó no debiera haber salido de allí, y ménos en el tiempo en que salió.*

### GUERRA CON EL TURCO.

El nuevo Pontífice Gregorio XIII, émulo de su venerable antecesor, no cesaba en su empeño de procurar que la Santa Liga diese los frutos que de ella se debian esperar.

Felipe II no pudiendo desentenderse del compromiso que habia contraido, no se oponia á que se repitiese la expedicion que en 1571 produjo el glorioso é importante triunfo de Lepanto. La república de Venecia tampoco se mostraba contraria á la nueva expedicion, segun en público manifestaba; pero en secreto estaba procurando ajustar la paz con el enemigo comun de la cristiandad: con el turco.

Nadie con más fé ni con mejor deseo que D. Juan de Austria tomaba parte en la proyectada expedicion; y era, por decirlo así, el que á todos llevaba á remolque, á excepcion de Gregorio XIII.

Tratóse, pues, de reunir sesenta mil hombres de combate y trescientas naves; empero la república continuaba minando la Liga, hasta que concluyó por deshacerla, separándose de ella. La veleidosa y frivola república; la que habia perdido la isla de Chipre; la que habia visto sacrificar y martirizar á sus mejores caudillos en Famagusta, fué tan baja y tan en poco tuvo su dignidad y decoro, que ajustó la paz con el turco, aceptando unas condiciones tan deshonorosas como pudiera habérselas impuesto su enemigo si hubiera sido vencedor, en vez de ser vencido en Lepanto. Baste decir que, entre otras condiciones, se obligó á entregar á Selim II 300,000 ducados en cada año, por espacio de tres de estos, dejándole además lo conquistado.

Quando Felipe II recibió la extraña é inesperada noticia, sin salir de su ordinaria impasibilidad, dijo friamente: *La república ha obrado como comerciante: estima su propio provecho en más que el bien de la cristiandad.*

Pero al saber D. Juan que Venecia habia firmado la paz con el turco, no dió crédito á la inesperada noticia. Resistíase su nobleza á creer que una república tan ofendida y maltratada se estimase en tan poco.

Habíase hecho á la vela cuando su hermano le comunicó oficialmente la noticia, y tomó tal enojo y pesar, que hasta su salud se alteró. Tenia, empero, órdenes que cumplir, y no podia eludir el cumplimiento; por lo tanto, mandó quitar de la capitana el estandarte de la Liga y enarbolar el de España, y se retiró á Messina.

Disgustado y deseoso de no malograr el tiempo, conociendo el influjo que el cardinal Granvela tenia con el rey, le escribia en el mes de Marzo, entre otras cosas, lo siguiente:

«Que seria dar poca autoridad á las cosas de S. M. haber juntado una armada tan gruesa con tantos gastos, y deshacerla sin sacar ningun fruto dello, tanto más habiéndome S. M. mandado escribir diversas veces y mostrado particular voluntad y deseo de que se haga la empresa de Túnez y Biserta.»

Por fin accedió el rey á los deseos de su hermano; más no fué posible salir al mar hasta el mes de Setiembre, porque no habia un real en el tesoro. Despues de haber reunido ciento y cuatro galeras y casi otras tantas naves de diversos portes y construcciones, salió el príncipe lleno de placer y de ánimo, tomando rumbo á Túnez.

Antes de marchar dejó resguardadas las costas de Sicilia con cerca de cincuenta galeras, mandadas por Juan Andrea d'Oria, con tropa suficiente dentro de la isla. D. Juan llevó consigo veinte mil soldados regulares, sin contar los aventureros, que nunca pueden tenerse por regulares.

Llegó el bizarro D. Juan á la Goleta, de donde sacó dos mil quinientos infantes españoles, que, segun dice un historiador, y de él han copiado muchos, *hacian temblar la tierra con sus mosquetes*. Los reemplazó con gente ménos veterana, y se los llevó en direccion de Túnez.

Apenas se dió vista á Túnez, cuando se adelantó el alcaide de la Alcazaba y le hizo entrega de la ciudad que tenia por Muley-Hamet; por manera que sin disparar un tiro tomó D. Juan posesion de Túnez, en donde encontró más de cuarenta buenas piezas de artillería y grande abundancia de víveres y de municiones.

Captóse el jóven y bizarro caudillo el aprecio de los tunecinos, porque no consintió en que se hiciese esclavo á ninguno: lejos de esto, dió seguro á los que habian huido de la ciudad, lo mismo que á los que en ella habian permanecido. Esta bondad

de D. Juan hizo que muchos tunecinos reconocieran y juraran á Felipe II.

D. Juan de Austria puso de virey de Túnez á Muley-Hamet, hijo de aquel Muley-Hazem que fué colocado por el emperador, padre de D. Juan, en el trono de Túnez. Hazem tuvo otro hijo, tan desnaturalizado é infame, que hizo sacar los ojos á su padre. El que así procedió con el autor de sus dias, con nadie podia ser bueno; y nada de extraño tiene que fuese, como en efecto fué, ingrato con el emperador. Llamábase Muley-Hamid; y tan pronto como vió á D. Juan dueño de Túnez y al turco Uluch-Ali vencido en aquellos dominios, se presentó al bizarro hermano de Felipe II y le pidió le restableciese en el trono. D. Juan le retuvo prisionero, á fin de que no pudiese incomodar á su hermano Hamet, que era muy desemejante á Hamid.

Salió de Túnez el héroe de Lepanto y dispuso la construccion de una fortaleza que pudiera contener ocho mil hombres, la cual, situada junto al Estanque, sirviera para proteger á la Goleta. Encomendó la obra al inteligente ingeniero Gabriel de Cervellon, á quien dió el título de gobernador y capitán general, y entregó los ocho mil hombres que habia de encerrar el nuevo fuerte. De los ocho mil hombres, parte eran españoles y parte italianos, al mando todos del maestre de campo D. Andrés de Salazar; y dió, en fin, el gobierno de la isla á D. Pedro Zanoguera. Después D. Juan ocupó á Biserta, para que estuviera más resguardado Túnez. Para posesionarse de dicho punto, hicieron mucho los moros en favor de D. Juan; porque ellos mismos asesinaron á los turcos. El príncipe dejó de gobernador de Biserta al jefe de los moros, sin más precaucion que la de poner en el castillo trescientos españoles bajo las órdenes de D. Francisco Dávila.

De Biserta regresó D. Juan á la Goleta, dió el gobierno de esta á D. Pedro Portocarrero, y satisfecho, que bien podia estarlo, de haber dado felice cima á su empresa en brevisimos dias, se embarcó con rumbo á Palermo, de donde pasó á invernar á Nápoles.

D. Juan dió un gran ejemplo de moderacion en no coronarse rey de Túnez. Tuvo más de una persona que se lo aconsejara; el ejército estaba absoluta y completamente á su devocion, y él se encontraba muy capaz de reinar; sin embargo, derrotó al turco y dió la corona de Túnez al que entre los moros le correspondía. Tal proceder admira en un guerrero de las circunstancias de D. Juan, que apenas contaba de edad veintisiete años, edad de ambicion y de ilusiones, y que era hijo del gran emperador Carlos I. Pero si esto fué extraño por un estilo, no lo fué

ménos, por otro, el que la misma república que solicitó con el mayor empeño la formación de la Santa Liga, fuese la primera á destruirla; y entre cuantos en ella más ó ménos activamente tomaron parte, la más digna y colosal figura es la del héroe de Lepanto: la de D. Juan de Austria.

AÑO 1574.

## FLANDES.

Tomó posesion del gobierno y capitania general de Flandes el comendador mayor de Castilla, D. Luis de Requesens, casi al espirar el año 1573. Era un hombre de un valor muy acreditado en la Alpujarra, en Lepanto y en otros sitios; mas su carácter no era ni tan activo ni tan enérgico como se necesitaba en Flandes y en aquella azarosa época: por esto el nuevo gobernador imprimió un nuevo carácter á la guerra.

Presentáronsele desde luego los diputados flamencos, sabiendo que era tanta la afable benignidad de Requesens, cuanta era la severidad inflexible del de Alba; y así las arengas de los diputados, como los discursos de contestacion del comendador mayor de Castilla, hicieron entender que el establecimiento de la paz no seria cosa, ni difícil, ni mucho ménos irrealizable.

A pesar de la bondad y templanza de Requesens, corrigió y enfrenó con firmeza la licencia, que no era poca, de los soldados; y así esto como el haber mandado quitar la estatua del duque de Alba, le hizo ganar tanto prestigio como lugar en el corazon de los flamencos. Para completar la obra y acabar de captarse la popular voluntad, publicó un perdon general en favor de todos los rebeldes, siempre que volviesen á la obediencia del Sumo Pontífice, como católicos, y á la del rey como fieles y leales súbditos.

El día en que se derribó la estatua del bizarro duque de Alba, fué de indescriptible gozo para los de Bruselas; mas los verdaderos revolucionarios, los ambiciosos á quienes la paz no convenia, tradujeron por debilidad y por temor el indulto general, y con este motivo se vió entonces, como en casos análogos suele verse, cuáles flamencos se habian rebelado de buena fé, porque oyeron proclamar la independenciam de su patria, y quiénes habian sido *verdaderos revolucionarios*.

19 Todos los que se hallaban en el primer caso, se acogieron al perdón general y fueron muy bien acogidos y tratados; los que estaban en el segundo, que eran los más, seducidos por los ambiciosos y rebeldes próceres, tomaron más osadía y clamaban que el indulto era un lazo que se les tendía y una prueba de verdadera debilidad é impotencia.

D. Luis de Requesens, á quien no negamos ni podemos negar el valor que tuvo, era, empero, más diplomático que militar; y sus dotes de caudillo no eran, al ménos así nos parece, para sacar gran partido en el estado en que á la sazón los Países-Bajos estaban. Muy oportunamente dijeron algunos, según ya hemos en otra ocasión indicado, que el duque de Alba, ó no debió ir á Flandes, ó no debió salir del país cuando abandonó el gobierno de aquellos países.

Imperaban libremente los sublevados en Zelanda, sin exceptuar otra cosa en ella que á la capital, á Middelburg; pero en cambio estaba tan estrechamente sitiada, que apenas podía ya resistir. El dilatadísimo sitio había agotado casi las provisiones; y la fiel y valerosa guarnición ya no recibía más ración que dos onzas de pan de *harina de linaza* para cada hombre y para cada día: repugnante y nocivo alimento, que la imperiosa y fatal necesidad hacía grato, ya que no apetecible.

Requesens, que en vista de sus diálogos con los diputados y de sus providencias conciliadoras había llegado á creer que la paz se establecería, no tardó en comprender que los ambiciosos magnates eran un perpétuo y vivo inconveniente, que se oponía á la realización de sus proyectos y deseos.

Recibía un mensaje diario de los que fuera de Middelburg estaban, y sin embargo, sabían que hasta la harina de linaza estaba para acabarse, y determinó dar auxilio á los valerosos y heroicos sitiados. Al efecto dispuso dos escuadras que partiendo por el caudaloso Escalda, desde Amberes, siguiesen hasta donde el poderoso río se abre en dos brazos, en donde se separarían para ir al mismo punto por distintos derroteros. La primera había de ir al mando del bizarro Sancho Dávila, y la segunda á la del valerosísimo Julian Romero.

Los agoreros fallaron pronto contra aquella expedición; porque al partir el buque en que iba el capitán Bobadilla, que era de los mayores y mejores, hizo el saludo á la capitana, y al primer disparo se abrió completamente y fué á fondo, desapareciendo con soldados y marineros, sin que se salvaran más que Bobadilla y muy pocos soldados, ninguno sano.

Nunca con mayor razón pudo tomarse por sinestro presagio un azar ocurrido al acometer una empresa arriesgada. Tal como



fué el principio fué el fin: no hallándose en alta mar la escuadra española cuando se encontró con la del enemigo, y llevando esta muchas embarcaciones pequeñas muy á propósito para aquellas aguas, la mayor parte de las españolas encallaron en los bajos, no pudiendo ni defenderse de los enemigos ni ofenderlos. Acudió en socorro de los españoles el valeroso Romero, al ver el aprieto en que estaba su segundo, el vice-almirante Glimen; empero su navío se hizo pedazos y se fué á fondo, pudiendo aquel bizarro jefe salvarse nadando.

De este modo llegó hasta el dique de Berghen, en donde estaba Requesens; y Romero con su franqueza militar, muy propia además de su natural carácter, salió del agua y, como si nada le hubiera sucedido, dijo al comendador mayor entre risueño y enfadado: *Ya sabia V. E. al nombrarme almirante, que soy un mediano soldado de infanteria; pero no soy bueno ni mal marino, porque jamás lo fui.* Requesens le contestó con afabilidad: *Sé que sois muy valiente, lo mismo en tierra que en agua: culpe-mos del infortunio sucedido á la mala suerte, que vos y los vuestros habeis peleado hoy con el mismo arrojo y bizarría que mil veces en otras ocasiones lo habeis hecho.*

Las pérdidas sufridas por España consistieron en nueve navíos, sin contar más de trece que se sumergieron; murieron cerca de ochocientos soldados, entre españoles y walones; siete capitanes, buenos todos, y el entendido y valiente vice-almirante Glimen.

Mandaba la sitiada y apurada Middelburg el maestre Cristóbal de Mondragon; y al ver Requesens el desastre sufrido, le avisó para que pudiese capitular honrosamente; porque sabia que sin facultarle para ello, en Middelburg moriria Mondragon antes que rendirse. Con esto y con dar orden á Sancho Dávila para que se replegase á Amberes, se retiró Requesens.

El dia 18 de Febrero, en virtud de la orden del gobernador general español, capituló Mondragon bajo las siguientes condiciones:

«Mondragon y sus soldados saldrian con armas y banderas,  
 »cajas, ropa y bagajes, pero sin deshacer las fortificaciones ni  
 »llevar la artillería, ni tampoco las mercancías, que eran las que  
 »constituian la riqueza de aquel pueblo; y los que lo contrario  
 »hiciesen, serian castigados á discrecion por el principe de Orange;  
 »el dicho maestre Mondragon daba su fé y palabra de poner  
 »dentro de dos meses en manos del principe de Orange á Felipe  
 »de Marnix, conde de Santa Aldegundis, y á otros tres capitanes  
 »que estaban en poder de españoles; y de no hacerlo, el mismo  
 »Mondragon se obligaba á ponerse á disposicion del de Orange:

«los frailes, clérigos, comisarios y contadores saldrían con sus respectivos trages, papeles y criados, y el príncipe de Orange se comprometía á darles navíos en que fuesen con toda seguridad hasta la costa de Flandes.»

No podía esperarse que aquellos héroes, perdidos como ya estaban y luchando entre la vida y la muerte, sin esperanza de socorro y sin víveres ya, olvidasen tan honrosa capitulación: es verdad que sus mismos enemigos estaban admirados de tanto valor, abnegación y lealtad.

Al mismo tiempo que esto sucedía, recibió aviso Requesens de estar para atravesar el Mosa Luis de Nassau, hermano del traidor Orange, en unión de Cristóbal de Baviera, conde Palatino, con seis mil peones y tres mil ginetes. Era su objeto apoderarse de Maestrick primero, de Amberes despues; y en cuanto tal noticia circuló, todo el ducado de Brabante se llenó de terror.

El animoso Requesens se preparó á impedir aquella nueva invasión, y al efecto mandó salir de avanzada seis *cornetas* (compañías) de caballos, al mando de D. Bernardino de Mendoza. Este ilustre español, á quien tendremos que nombrar más de una vez, fué tan distinguido militar, como diplomático y escritor; escribió muy detenidamente, como testigo presencial, los *Comentarios de las guerras de Flandes*.

Llevaba la orden Mendoza de entrar en Maestrick; Sancho Dávila la recibió de seguir con la infantería á Mendoza: llamó el gobernador al maestro D. Gonzalo de Bracamonte, que estaba con su tropa en Holanda, y levantó banderas para hacer reclutas en Alemania y en la parte católica de Suiza.

Ni protestantes ni católicos pudieron darse vista por el pronto; que el invierno, como para despedirse, descargaba sobre la tierra todos sus rigores, si bien hubo algunas escaramuzas, que el desconcierto de los elementos no dejó llegar á batallas.

Apareció la risueña primavera; hallábanse los orangistas en Moock, ducado de Cleves, sobre el rio Mosa, y allí mismo se dió una gran batalla. Sostuviéronla por parte de España Sancho Dávila, D. Bernardino de Mendoza, españoles, y Juan Bautista del Monte, italiano.

Las pérdidas de los enemigos fueron tan grandes, que además de haber muerto sobre el campo de batalla cerca de dos mil trescientos infantes y pocos ménos de quinientos ginetes, murieron infinitos, al huir precipitadamente y ciegos por efecto del temor, en los pantanos y lagunas de que estaba lleno aquel terreno. El mismo Mendoza dice en sus *Comentarios*, que yendo al frente de su caballería vió lo ménos seiscientos hombres dentro

de un solo pantano. Asi es que, segun fundadas opiniones, apenas llegarían á mil los que de los enemigos se salvaron.

No consistió la importancia de esta batalla en el completo destroz de la fuerza enemiga; centuplicó el valor del triunfo la muerte sobre el campo de los tres caudillos enemigos, es á saber: del conde Palatino, de Luis de Nassau y de Enrique, hermano de este y del príncipe de Orange. Cayeron además en poder de nuestras tropas las treinta banderas y cornetas (estandartes) que llevaba el enemigo; toda la artillería, todos los bagajes y la caja de fondos; por manera que fué tan completa la victoria de los españoles, como la derrota de los enemigos.

Pero como jamás los gozos de esta desdichada vida son puros y sin mezcla de algun pesar que los acibare, una insurreccion de los tercios españoles vino á amargar el placer de un triunfo tan completo y memorable.

Los bizarros españoles habian de distinguirse en Flandes hasta cuando se manifestaban sediciosos. Manifestáronse en sublevacion; pero con tanta compostura, tan en orden, que ni una vez se oía, ni se notaba una accion poco decorosa.

Presentóse Sancho Dávila, y al preguntar á los soldados qué querian, uno solo, respetuosamente, dijo que pedian las pagas: á veces pasaba más de un año sin recibir una sola de aquellas. El maestre comenzó á exhortarlos y á pedirles se retirasen á sus pabellones; pero el mismo soldado, siempre respetuosamente, respondió que si el rey podia pedirles todos los dias y cada hora la vida, ellos bien podrian pedir una sola vez cada mes el sustento; y que ni así lo hacian, puesto que trascurrían los meses sin darles socorro y sin que ellos lo pidiesen.

El bizarro Sancho Dávila no pudiendo lograr que desistiesen, se retiró diciendo que no queria mandar á gente insubordinada. Ellos tomaron estas palabras por una verdadera dimision, y procedieron por sí mismos á nombrar un maestre que reemplazase á Dávila, al cual, segun costumbre, denominaron *el ELECTO*. En seguida formaron en el mayor orden y se dirigieron á Amberes, cuyas puertas les fueron abiertas por la guarnicion española. Esta siguió el movimiento iniciado por sus conmitones y trató de expulsar del castillo al gobernador español, el cual, hombre del temple de todos los jefes de aquella memorable época, contestó que sin una orden del rey ó de su lugar-teniente, no saldría con vida del castillo.

Respetaron los sediciosos el valor de aquel ilustre militar, y le dejaron en el castillo; pero expulsaron de Amberes á tres compañías de walones, dejando solamente la guarnicion española. Despues asistieron reunidos al santo sacrificio de la misa, y ju-

raron allí obediencia á su *Electo* y no desistir de su propósito hasta recibir todas sus pagas.

En seguida redactaron un bando, firmado por el *Electo*, prohibiendo todo hurto y desman so pena de horca, la cual fué colocada en la principal plaza; y como dos soldados, sin duda creyendo que el bando no se cumpliría, cometiesen hurto, fueron ahorcados sin conmiseracion. Este ejemplar castigo impuso lo bastante para que no volviese á ocurrir ni el más pequeño é insignificante robo.

Por fin D. Luis de Requesens arbitrando recursos y empeñando una parte de su recámara y bajilla, pagó á los insurrectos; y débesele tachar de poco enérgico, en no haber castigado la insurreccion, cosa que no sucedió posteriormente en tiempos de D. Juan de Austria y de Alejandro Farnesio. Cierto es que la insurreccion no lo pareció, en el orden y concierto con que fué consumada; empero fué al cabo insurreccion, y tan perjudicial á la causa del rey, que ella malogró los frutos que debían esperarse legítima y naturalmente del gran triunfo de Mook, y dió al enemigo más de mes y medio de tiempo para rehacerse y allegar recursos.

Pagados los insurrectos, los mandó Requesens marchar á Holanda, bajo las órdenes del valeroso Chiappino Vitelli; y al mismo tiempo todos los primeros jefes del ejército español se dirigian al mismo punto. El objeto principal era el de apresurar la rendicion de Leyden, sitiada desde la época del duque de Alba.

Para lograrlo, era forzoso posesionarse de otros puntos de Holanda; y como los caudillos del rey eran tan buenos, en poco tiempo diseminados por el país Romero, Lieques, Valdés, Bracamonte, Rodrigo de Toledo, Gaytan y otros, se posesionaron de varias islas, villas y aldeas, y construyeron hasta sesenta fuertes, llegando á un cuarto de hora de la sitiada Leyden.

En tanto que así se activaban las operaciones de la guerra, se recibió la noticia de haber muerto D. Pedro Melendez de Avilés, adelantado de la Florida, almirante de una respetable armada que se aprestaba en Santander para pasar á los Países-Bajos, y en combinacion con los buques españoles que estaban en los predichos países, apresurar la sumision de Holanda y Zelanda.

La muerte del almirante detuvo la marcha de la escuadra, y quedaron solos en Flandes los navíos que se pudieron salvar del desastre ocurrido al querer socorrer á Midbelburg. El comendador los mandó alejar de Amberes, temiendo que los insurrectos se apoderasen de ellos; y huyendo de Scilla, dieron en Caribdis, puesto que los orangistas, viéndolos casi abandonados, los apresaron todos sin dejar ni uno solo.

Tal vez convencidos unos y otros de que mutuamente vencerse, usando solamente de armas de buena ley era difícil, apelarón á las vedadas. Decimos esto, porque el príncipe de Orange trató por entonces, al ver la rapidez con que los españoles se posesionaban de Holanda, de hacer que asesinasen al comendador mayor. En cambio dicese que este, de acuerdo con la corte, trató de que se hiciese lo mismo con Orange. En prueba de uno y otro, insertaremos dos fragmentos de carta, si bien quisiéramos poder tachar de apócrifa la del comendador, por lo mucho que desdice de su humanidad, de su dulce carácter y honradísimas costumbres, circunstancias que no solo nosotros, sino todos los historiadores le conceden.

El comendador recibió el aviso de que se atentaba contra su vida, por el embajador de España en Lóndres. Hé aquí uno de los fragmentos de que antes hemos hablado: escribe el citado embajador á D. Luis de Requesens:

«De aquí ha partido uno nombrado el capitán Tomás, irlandés, que por otro nombre se llama ahí Mos de la Chaussé; habla buen francés, y está aposentado en esa villa en un meson que se dice del Yelmo dorado. Partió de ahí á los 13 de este para Alemania, y llegó aquí á los 18, y le dieron en corte cien libras en soberanos, y el mismo día los trocó por angelotes. Partióse á los 19 para ahí. Otra vez que vino de ahí aquí, le dió la reina otras cien libras. Esto sé de persona que ha estado en su compañía, y esta tal me ha dicho que por alguna murmuración que ha oído en el aposento de un grande á quien el capitán Tomás se llegaba, de que algunos enviaban á matar á V. E. (á quien Dios guarde), sospecha la dicha persona que el dicho Tomás es partido para ahí con este propósito tan malo; y mas entendió que decían por palabras generales, que si antes que el rey de España viniese ó enviase sus grandes fuerzas contra el de Orange muriese el gobernador de Flandes, que sería necesario á la reina recibir de mano del d'Oranges á Zelanda, pues hallándose él y su hermano Ludovico tan prósperos y armados, no podrían dejar de enseñorearse de todos los estados, por lo mucho que Anvers y otros pueblos desean recibirlos, y del todo echar los españoles de la tierra. Y esto me certifica que oyó á personas de estimación, y que tiene gran sospecha de que procuran tan malos deseos por mano del dicho Tomás ó de otro. Teniéndosele oído á sus tratos, podrá descubrirse por indicios algo de su pretensión, que no puede ser sino mala. Llámase acá Tomás Bac. Es hombre de mediana estatura, de treinta y cinco á cuarenta años, no flaco, y de barba algo roja; conocido por malo, etc..... etc.»

Esta carta la vió el rey D. Felipe, y puso al márgen de su mano: «Escribid al comendador mayor que procure de haber á este, y hacer dél lo que será justo hacer y muy justo.»—(La-fuente, T. XIV, pág. 18.)

Del corazón, carácter y costumbres de la infame verdugo de la hermosa é inocente María Stuard, de Isabel de Inglaterra hablamos, y de la ancha conciencia de los protestantes, todo puede esperarse y debe creerse; pero del bondadoso comendador Requesens, difícilmente se creerá: aún nos parece que si se le hubiera mandado, hubiese resignado el mando antes que mezclarse en una infamia. Sin embargo, hé aquí el fragmento que se supone sacado de una carta del comendador, y que á pesar de nuestra opinion, es del mejor origen; tan bueno, que no puede ser apócrifa la carta, puesto que existe en el Archivo de Simancas. Escribe el comendador á D. Gabriel de Zayas, secretario del rey, y dice:

«De hacer matar al principe de Orange, si Dios no lo hace, »  
 »no tengo esperanza; que tres meses ha que no ha vuelto el in- »  
 »glés que me la habia dado. No sé si ha sucedido desgracia, ó si »  
 »era trato doble; que no hallo hombre de quien pueda fiar que »  
 »emprenda esto, por mucho que prometa. No sé si ellos hallarán »  
 »los que buscan para acabarme á mí; y beso los piés á S. M. »  
 »por el cuidado que v. md. me escribe que tiene de que yo guar- »  
 »de mi vida, en la cual iria muy poco si no estuviese lo de aquí »  
 »á mi cargo; y envío á v. md. dos avisos que en un mismo día »  
 »tuve de Inglaterra, el uno de Guarax (el embajador de España »  
 »en Inglaterra), y el otro de un inglés de los que aquí se en- »  
 »tretienen, que dijo habersele enviado una dama de la misma »  
 »reina, que dice es católica, por donde verá v. md. la obligacion »  
 »que yo tengo á la reina, y de Alemania ha dias que tuve avi- »  
 »sos que hacian la misma diligencia, pareciéndoles que el mas »  
 »corto camino para acabar lo de aquí, era acabar al que estu- »  
 »viese encargado de ello, y yo no puedo guardar mal, no con- »  
 »viniendo mostrar que se teme esto, y habiendo de dar siempre »  
 »audiencias públicas, y salir fuera á misa y á otras cosas, y en »  
 »campana; y un arcabuzazo pasa muy bien entre alabarderos y »  
 »archeros, que es la guarda que yo tengo; pero confio en Dios »  
 »que él me guardará, y así me da esto mucho menos cuidado »  
 »que las otras cosas públicas de estos estados.»

No puede estar más explícitamente confesado el proyectado crimen; que crimen es para nosotros el homicidio, tratése contra protestantes ó católicos, y proyéctente nobles ó plebeyos, monarcas ó vasallos.

Repetimos que respetamos cuanto debemos la procedencia de

la carta en cuestion; pero es absolutamente opuesto su contenido á las costumbres, honradez y caballerosidad de D. Luis de Requesens.

Ni Orange ni el comendador murieron, y el segundo continuó activando las operaciones, para que cada vez fuese más estrechada Leyden.

Defendiala el señor de Nortwich, Juan Dufe, y la atacaba vigorosamente el maestre Francisco de Valdés; estando tan estrechamente sitiada, que no pudiendo ni soldados ni ciudadanos resistir á las infinitas miserias que los rodeaban, buscaban un término á tanto padecer, haciendo salidas de la plaza, empero inútilmente, porque los sitiadores los obligaban á encerrarse en aquella.

Seis mil personas contábanse ya muertas por falta de alimento, cuando llegaron á las líneas del sitio los tercios veteranos que se sublevaron porque se les debían las pagas *de tres años*: por manera que este importantísimo refuerzo llegó á quitar á los sitiados hasta la más remota esperanza.

Si el asalto se hubiera dado sin demora, Leyden no hubiera podido resistir, y de ella se hubiesen posesionado los españoles; mas el maestre Valdés estaba ciegamente enamorado de una ilustre dama holandesa, con quien tiempo adelante contrajo matrimonio, y aquella noche el valeroso español habia de cenar con su amada.

Dicha señora residia en Haya del Conde, y muy á menudo Valdés pasaba á verla, á pesar del sitio. Verificólo en la precitada noche, y durante la cena observó que la hermosa holandesa estaba pensativa y melancólica, fuera de lo ordinario. Trató el maestre con el interés que era natural de averiguar la causa de aquella visible pena, y ella, haciendo uso de la gracia ó del artificio en que muchas son maestras, representó á Valdés una terrible pintura de los males, desastres y miserias y calamidades que iban á sufrir los de Leyden, sobre tantas como ya los habian oprimido. Entonces el galante y enamorado Valdés la tranquilizó, asegurándola que en obsequio á sus deseos la prometia solemnemente no asaltar la plaza.

Al hacer Valdés este ofrecimiento, ni quiso ni creyó faltar á la lealtad, ni á su deber, seguro de que Leyden no podia ya resistir; pensó cumplir con su rey y con su dama intimando la rendicion á la plaza y recibéndola con honores y buenas condiciones, en gracia del valor y resistencia de sus defensores. Ignoraba, empero, que aquella promesa quitaba al rey la importante y disputada Leyden, ni más tuvo presente que á veces un hombre herido de muerte, y ya en la agonía, hace un esfuerzo supremo y

desesperado, y cuando muerto se le cree, quita á su contrario la vida. Tal sucedió entonces.

Aquellos hombres famélicos y en el mayor estado de desolacion y de ira, que habian pedido socorro en vano por medio de palomas, fieles y aéreos correos que hicieron grandes servicios en Flandes, aprovechando el tiempo que para discurrir les daba el enamorado Valdés, siendo como en realidad es tan sutil y perspicaz el ingenio que la miseria presta y facilita á los necesitados, discurrieron el último arbitrio para salir de su horrorosa é irresistible situacion, colocando en el mayor aprieto á sus contrarios.

Puestos de acuerdo, por medio de palomas, con los amigos de aquellos contornos, á una hora dada rompieron estos los diques, abrieron las esclusas y sollaron de pronto las aguas del poderoso Mosa y del caudaloso Issel, dando además franco paso á las mareas del Océano; y en un momento quedaron convertidos en un fuerte é imponente rio los campos de Delft, Rotterdam, Isselmonde y Leyden.

Asombrados los españoles de aquella inesperada inundacion, comenzaron á replegarse; buscando defensa contra las aguas que sin cesar crecian, cavaban con sus armas y sacaban tierra, improvisando espuestas con los petos, espaldares y yelmos; y formaban parapetos y trincheras, que pronto eran sobrepujados por el líquido elemento.

Mas cuando subió de punto el asombro, hasta casi rayar en terror, fué al ver la aparicion de la armada de los rebeldes, que de Flesinga, y al cargo de Luis Boissot, en socorro de los sitiados llegaba, navegando por la campiña convertida en caudaloso rio. Traia la armada tropas de desembarco con sus compañías de gastadores para romper los diques más inmediatos á los sitiadores y hacer las obras que fuesen menester; y las naves de que se componia la escuadra eran casi redondas, chatas, con dos piezas en la proa y seis á cada costado, hechas á propósito para tales casos; y el ser chatas y tener quilla las permitian navegar bien, aunque no hubiese mucho fondo, que en aquella ocasion tenia cerca de una vara de agua.

Excusamos decir que pasada la primera impresion, los españoles se batieron como españoles que eran; mas no pudiendo sostenerse en medio de un verdadero rio, siempre peleando y causando respetables pérdidas al enemigo, fuéronse replegando en direccion de Harlem y de la Haya. Rotas las líneas, la armada llegó á Leyden y socorrió la plaza con víveres y municiones.

Tal fué el fruto de la cena de Francisco de Valdés: Adan perdió por Eva la gracia, y por las descendientes de aquella, per-



dieron bastantes hombres el honor unas veces, la honradez otras y muchas su fortuna.

### PÉRDIDA DE TÚNEZ Y DE LA GOLETA.

Casi al terminar el primer tercio del año 1574, recibió el bizarro D. Juan de Austria orden de su hermano el rey para trasladarse á Lombardia. La marcha de D. Juan tenía dos objetos; observar á la república genovesa, que se mantenía en perpétua agitación y amenazaba sublevarse, y estar á la mira de nuestros amigos los franceses, de quienes se temía un golpe de mano, así por la parte de la misma Génova como por Blandes.

Distinguíose mucho y mereció no menor alabanza Felipe II por su modo de proceder en los asuntos de Génova, y el tiempo hizo conocer á los mismos genoveses el desinterés y lealtad con que procedió el rey de España en los asuntos interiores. La intrigante Francia hacia circular la voz de que Felipe II, que era como su padre el emperador protector de aquella república, quería agregar los dominios genoveses á sus estados: la intencion se comprende perfectamente; tratábase de hacer perder á Felipe lo que Carlos IX quería adquirir.

El rey de España, que nunca con mayor razon que entonces fué llamado el PRUDENTE, dió órdenes á su hermano para que interviniese y evitase el que se llegase á una escision, procurando avenir á los desavenidos, y limitándose á proteger como debía y convenia á un desinteresado protector.

La cuestion era entre los nobles antiguos y los modernos, que habian formado dos numerosos y temibles bandos. El bando de la nobleza antigua se denominaba *Portal de San Lucas*, y *Portal de San Pedro* el de la moderna. La primera lo esperaba todo del rey Felipe II; la moderna tenia todas sus esperanzas en Carlos IX de Francia.

Cumplió D. Juan de Austria puntualmente las órdenes de su hermano, y secundado perfectamente por los embajadores extraordinarios de España en Génova, D. Juan de Idiazquez y don Sancho de Padilla, haciendo verdaderos oficios de buen amigo y firme protector, aunque á costa de tiempo y diligencias los desavenidos se avinieron, los bandos se aquietaron y la republica se tranquilizó.

Fragmento de una interesante carta escrita por D. Juan de Austria á su hermano el rey, acerca de los acontecimientos de Génova:

«Tenemos á la vista (habla el Sr. Lafuente) una carta *desci-*  
 » *frada* de D. Juan de Austria al rey sobre los sucesos de Génova, y su conducta en ellos con arreglo á las instrucciones de S. M.  
 » Esta carta, copiada por nosotros del Archivo de Simancas (Estado, legajo 1097), tiene la siguiente particularidad, que prueba una de las cualidades y costumbres de Felipe II en estas materias. Se ven en ella las tachaduras y enmiendas que él hizo de su mano en el texto, y al márgen las adiciones y correcciones que puso de su puño y letra. Hacia todo esto para presentarla despues al Consejo en los términos que á él le convenia, omitiendo lo que no quería que el Consejo supiese, ó añadiendo lo que le parecia. Decimos esto con seguridad, porque tenemos tambien la copia, tal como se trasladó al consejo, con las enmiendas, correcciones y adiciones que habia mandado hacer el rey. Esto lo acostumbraba muchas veces.  
 » Por lo demás, uno de los párrafos mas interesantes de la carta es el siguiente: «Lo he comunicado con las personas de confianza y experiencia que me han parecido, y habiéndose tratado y platicado muy largamente sobre ello en mi presencia, aunque se han representado muchas dificultades é inconvenientes en este negocio por una parte y por otra como allá, se ha considerado tambien el estado en que al presente se hallan las cosas de Italia; lo que el duque de Gandia y D. Juan Idiazquez me han escrito, del poco fruto que se puede esperar de los officios que el legado de Su Santidad y ellos hacen; que los nuevos y el pueblo están cada dia muy mas duros é insolentes y que no vernán á ningua buen concierto; que no han querido el compromiso que los viejos ofrecian; las sospechas que hay de que franceses quieren meter el pié allí: que va por embaxador suyo el conde de Fiesco con permission de la república; la aficion y devocion que los que están agora en el gobierno han tenido y tienen á aquella corona; y en conclusion, el evidente daño que se puede esperar de dejar correr assi este negocio por el fuego grande que por allí se podria venir á encender en Italia, y que despues fuese dificultoso de matarle, mayormente si esto durase hasta el verano, y viniese la armada del turco; y que assi por todas estas consideraciones conviene no poner remedio en él, y que el mejor y menos sospechoso á todo el mundo será el dar á los viejos la permission que han pedido.....

» aunque confieso á V. M. que he venido en esto con mucha du-  
 » da y perplexidad, visto lo que va en el acertarse ó errarse, etc.»  
 —(T. XIV, pág. 44.)

El día 30 de Mayo falleció Carlos IX de Francia; y algun quor respetable sospecha que D. Juan de Austria aspiró al trono de Francia, cosa que, en efecto, demuestra la parte de carta que abajo insertamos, si bien nos parece semejante aspiracion muy exagerada. La carta es del leal y antiguo virey de Sicilia, don García de Toledo, que era hombre de toda la más íntima confianza de D. Juan, á quien en dicha carta contesta. Héla aquí:

« En lo de la muerte del rey de Francia, á mi juicio hay poco  
 » que decir mas de guardar la paz, que es lo que agora parece  
 » que nos cumple..... y si para ser rey de Francia tuviese V. A.  
 » el derecho conforme á los méritos, podriase luego coronar sin  
 » contradiccion ninguna; mas habiendo de ir esto por sucesion,  
 » podriamos echar los ojos á lo que va por eleccion y por méri-  
 » los, y cuando vacase lo de Polonia con el nuevo reino y heren-  
 » cia del que agora lo tiene, podriase tentar con el rey nuestro  
 » señor que encaminase y procurase la eleccion para V. A., que  
 » no seria mucho, cumpliéndole á él tanto salir con la empresa  
 » que salió tres dias há el rey de Francia, concurriendo en V. A.  
 » con mucha ventaja todas aquellas partes que parece movieron  
 » á aquellos electores á elegir el que es agora, que son valor,  
 » industria de guerra, defension de la patria, y no estar obligado  
 » á gastar las rentas de allí en otros reinos extranjeros sino en el  
 » suyo, á lo cual se añade el crédito y reputacion tan grande co-  
 » mo V. A. ha ganado con el comun enemigo de la cristiandad,  
 » y el mayor y más poderoso que tiene aquel reino. Para salir  
 » con cosas grandes, menester es emprenderlas, pues quando no  
 » salgan no se puede otra cosa sino estarnos como agora; y si el  
 » rey nuestro señor no está obligado al emperador, no veo in-  
 » conveniente que estorbe el tratado. . . . . »

La vacante del trono de Polonia á que el precedente fragmen- to alude, consistia en que siendo electiva aquella corona, poco tiempo antes habia sido elegido rey de dicho reino el duque de Anjou, hermano do Carlos IX; y como este acababa de fallecer sin dejar sucesion, heredaba el cetro de Francia el precitado du- que de Anjou, que subió al trono francés bajo el nombre de En- rique III, y dejó vacante la corona de Polonia.

Las pretensiones de D. Juan ningun resultado ostensible tuvieron: tanto fué su deseo de ser rey, como estuvo firme su herma- no en no consentir que lo fuese; pero el haberse desvanecido es-

tas esperanzas de D. Juan, no fué el mayor disgusto de los que por entonces tuvo aquel benemérito y esclarecido príncipe.

Hacia ya tiempo que D. Juan conocia, sin enmendarle, el grave desacierto que habia cometido en dar á D. Pedro Portocarrero el mando y gobierno de la Goleta: su ilustre alcurnia y sus parentescos, no su inteligencia y méritos, le dieron aquel importante cargo, y quizá cuando D. Juan comprendió el demérito y casi la nulidad de aquel hombre, y no le depuso, obraria bajo la presion de las sugerencias y diligencias de la córte.

Continuamente y en la frecuente correspondencia que sostenian el rey y su hermano D. Juan, se trataba de la conveniencia ó inconveniencia de dismantelar la fortaleza de Túnez; lo que no se ejecutó, en vista de la oposicion que mostró siempre D. Juan, fundada en grande copia de razones.

No estaba el fiel amigo del príncipe de acuerdo con este: hablamos de D. García de Toledo, quien le decia: «A lo que yo entiendo, y por lo que refieren algunos como testigos de vista de la flaqueza del fuerte, yo tengo aquello por muy peligroso, y si es verdad que en la Goleta no hay la gente que seria menester, tambien me hace temer mucho, y seria de opinion que es mejor estar fuertes en una parte, que flacos en dos.»

Y cuando más se cuestionaba y debatía este importante punto, algunos cortesanos, de esos que sin jamás salir de su elemento de vida, los régios salones, con su locuacidad é intrigas deciden de la suerte de los pueblos y de los hombres, sin saberlo á las veces, dieron un grande triunfo á la media luna, y un dia de luto y muchas víctimas á su propia patria España. No tardaremos en ver un suceso análogo, hijo de idéntica causa, al tratar del sitio de Amberes.

Existia en la córte un ingeniero italiano, llamado Giacomo Zittolimini, hombre de instruccion y de no comun inteligencia, que habia dirigido importantes obras en el fuerte de la Goleta.

Viéndose en la miseria, que es mala consejera y rara vez puede ser honrada, contra la voluntad del mismo miserable muchas veces, acudió al rey; emperó interpuesta entre este y el necesitado la muralla de carne á que antes hemos aludido y que es de todos tiempos y paises, no solamente nada alcanzó, si que tambien fué tratado con altanería, con desprecio y con escarnio.

Al extremo irritado, determinó tomar venganza; pero muy poco noble y digna de una persona bien nacida. Trasládose á Argel, y pasando á Constantinopla renegó de la sagrada fé de sus mayores, adoptó el nombre de Mustafa, y para alcanzar la sangrienta venganza que anhelaba, reveló á Selim II la manera de tomar la Goleta, cuya fortaleza tan bien conocia.

Puesto de acuerdo el turco con los vireyes y gobernadores de Argel y Trípoli, de Cairván y de Bona, salió el conocido Uluch-Ali de Constantinopla con doscientas treinta galeras, treinta galeotas y cuarenta buques de transporte, con más de treinta mil soldados de todas armas, y siete mil genizaros, bajo las órdenes de Sinan-Bajá.

Sitiada la Goleta, resistió heroicamente más de tres meses, á pesar de las instrucciones y noticias del infame Zittolimini, que los desprecios de la corte no pueden disminuir en un ápice su negra infamia.

Portocarrero era casi un autómatas; los demás jefes tenían por sí mismos y por aquel la inteligencia; VEINTE MIL turcos quedaron en los fosos sin vida, y esto dice cómo se batirían y cómo cumplirían su deber los españoles; mas se perdió la Goleta; que *el nuevo Mustafá, como ladron doméstico*, conocia el terreno interior y sabia los medios de vencer infaliblemente. El nulo Portocarrero quedó cautivo; y la Providencia, siempre equitativa y justa, no permitió que Zittolimini, ó Mustafá, gozase del fruto de la maldad, porque quedó acribillado de heridas en los fosos de la Goleta, y cuando se le encontró era ya cadáver.

No en vano dijo el experimentado D. García «que era mejor estar fuertes en una parte, que flacos en dos.» Para reforzar y socorrer la Goleta se sacaron progresivamente gente y auxilios de Túnez, quedando este sin defensa; por lo tanto, no tardó en pasar también á poder del turco. Quedó en Túnez cautivo el bizarro y entendido Gabriel Cervellon, y sálvose el caudillo don Pedro de Zanoquera, en virtud de capitulación especial.

Durante los tres meses, más largos que cortos, que duró el sitio de la Goleta, D. Juan de Austria hizo esfuerzos heroicos, llenó de ira y de enojo, para marchar á socorrer personalmente la Goleta, contra los consejos del inteligente D. García de Toledo, que miraba como imposible la salvación del fuerte. Los desencadenados vientos y deshechos temporales impidieron á don Juan el realizar su deseo, contra su decision, en la que se mantuvo inflexible á pesar de los consejos de D. García. Hicieron los turcos lo que debían de haber hecho los españoles: volaron la Goleta; de los últimos perecieron en dicho fuerte cinco mil, y cerca de veinticuatro mil, en total, de los primeros.

Carta de D. Diego de Mendoza al rey Felipe II, sacada de la biblioteca de la Academia de la Historia, relativa á la pérdida de Túnez y de la Goleta:

«S. C. R. M.—Entre los menores vasallos de V. M. que se habrán ofrecido en esta ocasion, yo, el menor de ellos, ofrezco

»lo poco de vida y hacienda que me queda, para que sin réplica  
 »mia V. M. lo mande emplear cómo y donde le pareciere que  
 »pueda más aprovechar á su servicio, aunque puede aprovechar  
 »poco; y porque la edad me representa muchos particulares,  
 »acordaré á V. M. dos. Uno, que cuando el emperador se resol-  
 »vió á mantener la Goleta, fué como cosa aventurada á discre-  
 »cion de los enemigos, porque no segundasen y tornasen á po-  
 »blar á Túnez. Otro, porque aunque habia este provecho, se lu-  
 »vo por plaza de más reputacion y memoria por quien la ganó,  
 »que de provecho que trujese ó daño que excusase, por ser el  
 »golfo y playa y el canal estrecho y incapaz. Para navíos arma-  
 »dos pudiérase hacer un fuerte en Puerto Farina, y dejése por  
 »ser sitio enfermísimo á causa del rio Magerda, que con vientos  
 »de mar vuelve su corriente á la madre y baña la tierra, de que  
 »viene la corrupcion y enfermedad. Tambien se dejó de hacer  
 »otro en Biserta despues que la cobró el emperador, por no tener  
 »entrada ni salida para navíos mayores y pequeñas barcas, y por  
 »cumplir lo asentado con Muley-Hazem. Ansi que la pérdida fué  
 »de reputacion, cosa que va y viene en pocos dias, porque unos  
 »acaecimientos olvidan otros, de lo cual sin buscar más, tene-  
 »mos ejemplo en V. M., que habiéndose perdido Tules y Tam-  
 »lila (Thionville), y el ejército con el conde de Alcaudete, hizo  
 »una paz tan honrosa, y la restitucion del duque de Saboya, ne-  
 »gocio tan desconfiado y tan grande.

»Fué tambien la pérdida de gente que nace y muere, y como  
 »mercadería se halla por dinero. V. M. tiene en su mano la me-  
 »jor del mundo, pero entiendo que quitada aparte alguna par-  
 »ticular, la demás no será aventajada, y las cabezas no de mu-  
 »cha importancia.

»Cuanto á la pérdida de la plaza, ya tengo escrito que fué te-  
 »nida por de más reputacion que provecho, y al que quisiese  
 »baxar el ánimo, por ventura le parecerá que se heredó la costa  
 »que se hacia en ella, y la obligacion de mantenella cesa.

»Quédanos haberse perdido plaza que escusaba la estada de  
 »los enemigos en Túnez, donde hacian cabeza de reino, por  
 »cuanto al aparejo de vender presas tienen á Argel, y quanto al  
 »de tener navíos y vituallas tienen á Bona, que es más á su pro-  
 »pósito, por el rio y por la comarca abundante.

»Ocasion es la que se ofrece de tomar pareceres, en lo cual  
 »no dexaré de acordar á V. M., como leal vasallo, que hay dos  
 »maneras de intenciones que siguen los reyes. Unas llanas y  
 »poco penetrativas, que desean mas honra para el dueño del  
 »negocio de la que él ha menester, y mas reputacion y prove-  
 »cho ó posibilidad. Otras intenciones hondas, sútiles y peligro-

»sas, que por ser mas aplicadas á su provecho que al ageno,  
 »desean tener al dueño del negocio en necesidad de sí mismos, y  
 »todas, las unas y las otras, paran en un fin, que es empeñar los  
 »ánimos con empresas costosas y difíciles de mantener y de em-  
 »prender, ayudándose de la color de honra, necesidades y repu-  
 »tacion, virtudes que cuando andan fuera de su lugar destruyen  
 »al que las usa.

»Todo lo que he escrito son verdades, y de lo que de ellas se  
 »me ofrece que traer á V. M. á la memoria es, lo uno, que el  
 »recatamiento es la parte más segura; lo otro, *que muchas em-  
 »presas juntas no son vianda de príncipes de poco dinero, por  
 »grandes que sean.* Bien podria discurrir sobre el echar de Tú-  
 »nez los turcos, sobre fortificar ó desamparar las plazas de Ber-  
 »bería, sobre hacer empresas en dos partes que el turco tiene  
 »descubiertas y á peligro, porque el lugar de las heridas no lo en-  
 »cubren las armas; sobre armarse en esta ocasion para enfrenar  
 »ánimos desasosegados, pero no tengo autoridad ni licencia pa-  
 »ra más de acordar, ni noticia de las fuerzas del enemigo, ni  
 »de V. M., ni del aparejo ahora del verano, ni toca á mí otra  
 »cosa más de lo que hago, que es ofrecer la persona, vida y ha-  
 »cienda (tal cual es todo). N. S. ensalce la de V. M. con su ma-  
 »yor acrecentamiento.»

AÑO 1575.

## FLANDES.

Despues del desastre de Leyden ocurrió una nueva insurreccion de los tercios que, por no hallarse con los anteriormente sublevados, nada habian pedido ni recibido. Habiendo visto que sus conmitones percibieron todas sus pagas, y que la insurreccion habia quedado impune, se animaron á seguir las huellas de sus compañeros; que este mal lleva consigo la falta de energía para castigar, cuando es razon, á los que delinquen.

Subleváronse, pues, los tercios españoles que no habian recibido ninguna paga; nombraron un Electo, cambjaron de capitanes, porque los que habia no quisieron apoyar á los sediciosos, y prendieron á Francisco Valdés, asegurando que se habia dejado sobornar por dinero. Esta segunda parte no era verdad; que Valdés fué caballero y honrado: se dejó sobornar por el cariño de su amada, no pudiendo prever que la armada enemiga nave-

gase por en medio de la campiña, y creyendo que Leyden se rendiría sin necesidad de dar el asalto.

Desgraciadamente en esta sublevacion ocurrió un choque que costó algunas vidas. Méenos en órden estos insurrectos que aquellos que les precedieron en tan mal camino, en tumulto se acercaron al señor de Hierges, gobernador de Holanda, y le obligaron á que mandase dejar libre el paso. Dirigiéronse en seguida á Utrecht y quisieron penetrar en la plaza. La guarnicion de esta, española tambien, se negó á dejar que penetrasen; asaltaron, y puesta en defensa la guarnicion, fueron los sediciosos rechazados, no sin experimentar pérdidas.

En Maestricht fueron pagados por mano de Juan Osorio de Ulloa, comisionado al efecto por el comendador mayor, quien siguió su sistema de dejar impunes las sediciones.

Terminado aquel incidente, recibió el comendador al conde de Schwazembemberg, representante del emperador Maximiliano II de Austria. El objeto de esta visita era relativo á la pacificacion de aquellas provincias: el comendador se hallaba á la sazón en Amberes, á consecuencia de haber circulado la noticia de cierta conspiracion fraguada contra el rey.

Nombráronse representantes de parte de Felipe II y de los estados generales, para establecer las bases de un acuerdo pacífico; pero era imposible el avenirse los rebeldes con el soberano, mientras existiese el ambicioso y sagaz príncipe de Orange y los demás magnates ambiciosos.

Viendo Requesens el mal resultado de las pacíficas gestiones, resolvió activar los preparativos de guerra. Las tropas estaban invernando, repartidas por los pueblos del ducado de Brabante; y en tanto el invierno terminaba, hizo preparar víveres, materiales de guerra y cuanto fué necesario para dirigirse á Holanda, á cuyo punto hizo marchar los tercios de Valdés y de D. Fernando de Toledo.

La primer plaza que tomaron por asalto los españoles, despues de bafirla la artilleria, fué Buren.

A la toma de Buren siguió la de la isla de Finart, en donde el sufrimiento y valor de los españoles se puso á ruda prueba. Aquellos, durante la baja marea, entraron en el agua para acercarse á la isla, llegándoles aquella al pecho; y á fin de que no humedeciese la pólvora ni mojase los víveres que llevaban para dos dias, tuvieron que colocar en las bocas de los arcabuces y puntas de las alabardas y picas una bolsa de dos senos, en donde llevaban las provisiones y la municion.

Dirigiéronse luego contra Ondewater, pequeña poblacion, pero muy fortificada y circunvalada de pantanos, canales y lagu-



nas. En el sitio de Ondewater lució mucho su inteligencia el señor de Hierges, y brilló el fabuloso valor de los españoles, á quienes para asaltar y tomar la plaza no detuvieron ni los infinitos proyectiles lanzados desde las murallas, ni los diluvios de aceite hirviendo, plomo y pez derretidos.

Fué tomado tambien Schvonhouven, y todos los fuertes que habian colocado los rebeldes en las orillas del Mosa, de Whaal y del Lick, despues de lo cual llamó el comendador á varios tercios de los que estaban en Holanda, porque habia concebido un proyecto, que él solo basta para honrar y hacer eterna la memoria del gobierno de Requesens.

Pensaba dirigirse contra Zierickzée, capital de Zelanda, con el objeto de poseer algun puerto para cuando llegase á aquellas aguas la armada que tenia pedida á Felipe II. La expedicion era tan arriesgada como expuesta, porque estaba Zierickzée casi metida en el agua, y en las horas de marea quedaba circundada por las aguas.

A pesar de todo, el comendador partió para Zelanda, despues de dar el cargo de maestre general al famoso Chiappino Vitelli; el de almirante al bizarro Sancho Dávila; al valeroso Mondragon la direccion de los walones y alemanes; á Juan Osorio de Ulloa la de los españoles.

Ulloa fué el primero que denodadamente dió el ejemplo y entró en el agua, siguiéndole al momento los españoles. Al pronto el agua solo llegaba á las rodillas; mas á los tres minutos llegaba á la cinta, y al cuello á los diez. Asombrados los mismos enemigos, les decian á voces que no fuesen á buscar tan bizarramente una muerte segura, perdiendo tan inútil y valerosamente la vida. Continuaban, sin embargo, batiéndose y ganando terreno, sin que arredrase á los más afortunados el ver sucumbir á sus amigos; porque iban por entre dos hileras de buques enemigos. Muchos llegaron á tomar tierra sobre el dique adonde se dirigian; empero no pocos perecieron, siendo tan desgraciados los doscientos gastadores que Requesens llevaba, *que solo llegaron diez al dique.*

Puestos ya en el dique, acometieron con ímpetu arrollador á los que defendian á aquel, los cuales asombrados de tan inusitado valor, pronto se pusieron en fuga, muriendo muchos, y entre estos su caudillo Boissot, jefe de los auxiliares franceses.

Guarnecieron los católicos á Duiveland y vadearon el canal de la isla de Schouwer, en donde está Zierickzée y á donde se habian detenido los fugitivos enemigos, despues de incendiar á Brouwershaven. Apoderáronse del puerto los españoles y de las poblaciones intermedias, venciendo dificultades incalculables, y

luchando con los enemigos y con las aguas, hasta llegar á bloquear á Zierickzée, sin que se pudiese establecer un sitio formal, por haber roto los rebeldes los diques de aquellas inmediaciones.

En Zelanda recibió Requesens el aviso de haber perdido á Krimpen, en Holanda, D. Fernando de Toledo, y la noticia de haberse sublevado la caballería volante de españoles, siempre por causa de las pagas; pero en esta ocasion comprendió el comandante que era necesario no ser tan negligente y castigar los desmanes de sus tropas, y castigó con alguna dureza, muy merecida, á los sediciosos.

Con este motivo regresó el gobernador general, Requesens, á Amberes, quedando en el bloqueo de Zierickzée Sancho Dávila, Cristóbal de Mondragon y Juan Osorio de Ulloa, luchando con todos los rigores y penalidades del erizado y crudo invierno, que en aquellos países y entre las revueltas aguas, era insoponible.

En el bloqueo pereció el valerosísimo y muy entendido general Chiappino Vitelli. No habia podido convalecer bien de una herida, y deseando cumplir con las obligaciones de maestro general, era trasportado de un punto á otro á brazo. Al pasar por un sendero muy pendiente y lleno de obstáculos, volcó la silla en que iba y falleció á consecuencia del golpe. No falta quien crea que los soldados que le llevaban volcaron de propósito la silla; porque Vitelli se distinguió siempre por su severidad en la observancia de la disciplina, y por su inflexibilidad con los abandonados, morosos y amigos de la licencia.

Fué Vitelli uno de los mejores generales de Carlos I y de Felipe II, así por su inexplicable valor, como por su inteligencia; fué inventor de varias de las evoluciones adoptadas en la táctica de aquellos tiempos, como, por ejemplo, los *tornos de caracol*, movimiento de la caballería que formando al dar una carga una especie de espiral, envolvía inesperada y brevemente á la infantería enemiga.

Requesens y el Senado de Amberes, á donde llevaron el cadáver, honraron su memoria con magníficas exequias; y todos los jefes, así como el mismo soberano, sintieron infinito la muerte de aquel grande varon, á quien España debia muchos triunfos y no pequeñas glorias.

## ESPAÑA.

En este año vino á España D. Juan de Austria. Dos objetos le trajeron; el primero el de pedir á su hermano el rey el nombra-

miento de su lugarteniente general en Italia, y el segundo se refería al suspirado tratamiento de infante de España, que tanto y tan justamente merecía.

Apresuróse Felipe II á complacer á su benemérito hermano en la primera petición; en cuanto á la segunda, eludió la cuestion sin negar ni conceder.

Investido de su cargo de lugarteniente general de Felipe II en Italia, se embarcó en Cartagena y tomó rumbo á Spezia. Cada día adquiría más partido aquel amabilísimo y valeroso jóven, que se multiplicaba, por decirlo así, para atender á Génova, á Sicilia, á Nápoles, y para tener todo preparado por si el turco fe-roz hacia alguna intentona por aquellas costas.

Deseaba ser rey, es indudable: y no es más dudoso el que lo merecía más que muchos que lo habian sido y lo eran. El Pontífice, pagado del buen carácter y bizarría de D. Juan y de los distinguidísimos servicios que habia prestado á la Iglesia, apoyaba siempre todo lo que tendiese á dar al jóven principe un cetro; por esto á la sazón protegía y daba calor al proyecto de los irlandeses y escoceses, que á D. Juan querian por rey, oprimidos como estaban por la malvada Isabel de Inglaterra.

Sostenian á este propósito el Pontífice y D. Juan una larga correspondencia, y era el intermediario de ambos D. Juan de Escobedo, secretario del principe; mas cuanto se trataba llegaba á noticia de Felipe II, que no queria ver rey á su hermano, por medio de D. Juan de Zúñiga, á la sazón embajador de España en Roma.

Este es uno de los puntos en que difícilmente podrá comprenderse la conducta de Felipe II. Su hermano siendo soberano podia servirle de más poderoso auxiliar que siendo súbdito: de su fidelidad tan probada nada podia recelar; habia visto su lealtad y modestia, cuando pudo y no quiso coronarse en Túnez, solo porque su hermano no lo queria; y sin embargo, ni aun se determinaba á concederle el tratamiento de infante, como si mirase esta concesion como un paso intermedio para adquirir una corona. No parece sino que tenia envidiosos celos de su bizarro é inteligente hermano, que era el verdadero y fiel trasunto del gran César Carlos I, padre de ambos.

No por esto dejó Felipe de hacer presente al Santo Padre que agradecia sus buenos oficios y la voluntad y aprecio que mostraba á su hermano D. Juan; pero en vez de consentir en que ciñese una corona, le mandó de nuevo ajustarse las armas y ceñirse el yelmo, como muy en breve veremos.



AÑOS 1576 Y 1577.

### FLANDES.

Mandó, en efecto, Felipe II á su hermano D. Juan ceñir el yelmo, ajustarse las armas y empuñar la gloriosa espada; porque le nombró su lugarteniente y gobernador y capitan general de los Países-Bajos.

Cuando el que lo era, D. Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, activaba la reunion de medios para rendir á Zierickzée, comenzó á notar muy quebrantada su salud, y agravándose la enfermedad, falleció inesperadamente en Brusclas el día 5 de Marzo. Ignoramos si esta prematura muerte seria originada por las diligencias de Orange ó de los suyos, puesto que la carta del embajador español en Inglaterra, que no há mucho hemos insertado, prueba evidentemente que el proyecto de asesinar á Requesens existia; y la repentina enfermedad y precipitada muerte son un tanto sospechosas. No hay, empero, motivo para asegurar cosa alguna sobre tan delicado punto: diremos por lo tanto que, aparentemente al ménos, murió de muerte natural, y que fué grande lástima que aquel esclarecido varon tan lleno de méritos, fuerte y sano de complexion, y jóven todavía, falleciese tan impensadamente.

No tuvo la fortuna de ver el éxito de la importante empresa de Zierickzée, que fué la que más honró su gobierno de los Países-Bajos; y el Pontífice Gregorio XIII, que lo mismo que su predecesor Pio V, apreciaba á D. Juan en todo lo que valia, propuso á Felipe II nombrase á aquel general de las armas en Flandes, sin perjuicio del nombramiento hecho por el Papa en favor de D. Juan, de caudillo supremo de una proyectada expedicion á Inglaterra.

No asintió por el pronto Felipe II á la proposicion de Gregorio XIII: le habian persuadido sus consejeros de que á la pacificacion de Flandes convenia que los flamencos fuesen gobernados por ellos mismos, y dió el gobierno general de aquellos estados al consejo de Flandes.

Pocos dias habian trascurrido desde que se adoptó esta determinacion, hasta que se tocaron los inconvenientes de una medida que tan buena parecia, y que, en efecto, fué muy bien acogida. Sin embargo, los consejeros, no todos afectos á España y

al rey, se dividieron en dos bandos ó partidos, que se denominaron el del rey *hispaniense*, y *patriota* el contrario, que era el que gozaba del aura popular, y con el cual se comunicaba por escrito el artero y rebelde príncipe de Orange.

Jamás había sido peor el estado de aquellas desdichadas provincias: lo que unos consejeros hacian, lo deshacian los del partido contrario; ni había orden, ni concierto, ni seguridad en nada.

Así las cosas, circuló la voz de que las provincias rebeldas estaban prontas á someterse, á condicion de que el rey sacase de Flandes las tropas extranjeras. Esto disgustó mucho á los españoles, italianos y alemanes, á quienes comprendía el proyecto de expulsion, porque decian que si accedía el rey, daría muy mal pago á sus grandes servicios; y estando en tal estado de disgusto los tercios, llegó la orden para pagar á los alemanes, á fin de licenciarnos.

El ver que se pagaba á los alemanes, hizo que los demás se sublevasen, sin atender á que se hacia aquello porque iban á ser licenciados. Los sublevados, muchos de ellos del tercio de Valdés, pasaron á Alort, de cuya plaza se apoderaron.

Los consejeros *patriotas* no quisieron ni necesitaron más para poner el país en armas y dar con esto fomento á la revolucion. Ni necesitaron dichos consejeros extralimitarse de sus facultades, porque el difunto Requesens, cuyo gobierno no fué el más acertado á pesar de su valor, inteligencia y lealtad, habia en sus últimos dias dispuesto impremeditadamente la creación de una especie de milicia ciudadana, para sujetar con ella á los cuerpos de caballería sublevados por las pagas: como si no hubiesen sido necesarios cien paisanos flamencos, para sujetar á un solo gineete de aquellos célebres españoles. Fué, empero, el resultado, que estaban armados unos pueblos, y otros autorizados para armarse; y los consejeros *patriotas*, con pretexto de la sublevacion reciente y de fingir que temian siguiesen otras á aquellas, hicieron que todas las ciudades, villas y aldeas se armasen.

No por esto trataron de sujetar á los sediciosos; porque todo convenia á los *patriotas* ménos el orden y la tranquilidad. Por esto los generales y jefes españoles, viendo el mal camino que los públicos asuntos tomaban, determinaron proceder por sí mismos, desentendiéndose del consejo. A este fin se reunieron en Amberes para conferenciar, mientras el consejo, por toda providencia, declaraba rebeldes á los amotinados. En cuanto á los consejeros *hispanienses*, se dirigieron á Felipe II para manifestarle que aquellas provincias iban á perderse completamente, porque la autoridad del consejo era insuficiente para restablecer el orden y domar la revolucion.

En tanto esto sucedia, una mañana apareció en el terreno ocupado por los nuestros en Zierickzée una vara clavada en el suelo, y en la punta superior estaba atado un papel. Era un escrito firmado por el jefe de los sitiados, dirigido al maestre Mondragon, en el cual decia aquel á este que le entregaria la plaza, siempre que permitiese á los sitiados salir con armas, banderas y bagajes.

En la misma vara puso Mondragon la respuesta, conformándose con la proposicion, siempre que pagase la plaza 20,000 florines por via de indemnizacion de gastos (21 de Junio). Aceptada la enmienda, el dia 2 de Julio fué evacuada Zierickzée, y penetró en ella el bizarro Mondragon, que ya contaba más de ochenta años de edad y peleó hasta los noventa y tres, porque le faltó la vida, y con él entraron en Zierickzée los valerosos sitiadores, despues de nueve meses de sufrimientos y de penalidades.

Cuanto sucedia en ventaja de la causa del rey, era hijo de la lealtad de los jefes españoles que procedian por sí. El gobierno del consejo era absolutamente nulo: tenian bastante que hacer los patriotas con atender á los consejos del rebelde Orange, y los hispanienses con vigilar á aquellos y dar parte al rey de cuanto ocurría.

A tal punto llegó el escándalo, que Orange creyó perdidos, merced á sus intrigas y diligencias, á todos los flamencos de valía que eran leales á España; porque llegó á Flandes la noticia de que el rey, viendo la ineficacia ó, más bien dicho, la nulidad del consejo, habia nombrado á su hermano para la lugar-tenencia y gobierno general de los Países-Bajos, y quiso ganar terreno antes de que D. Juan llegase.

Todo lo preparó á medida de su deseo, y en una mañana quedaron presos todos los magnates fieles al rey y á la causa de España. Guillermo de Horn, señor de Heez, apareció un dia en el consejo y prendió á todos los *hispanienses*, flamencos muchos de ellos, como Berlaymont y Mandsfeldt; prendió igualmente á Viglio, presidente del consejo; y á Luis del Rio, que era de los más decididos, le mandó á poder del mismo Orange.

En seguida los revolucionarios ratificaron la órden del armamento general del pueblo, nombraron capitán general de Brabante á Felipe de Croy, duque de Arschôt, hispaniense hasta entonces, pero que no lo seria muy cordialmente cuando el gobierno revolucionario le confirió tan importante cargo, y en casi veinticuatro horas quedaron sublevadas y en armas todas las provincias, excepto el Luxemburgo.

Reuniéronse en Gante los diputados de los estados generales,

y decidieron, además del armamento general, pedir auxilios á Isabel de Inglaterra y á Enrique III de Francia y, sobre todo, expulsar á los españoles, que eran como unos seis mil, contra millares de soldados y paisanos armados.

Viendo la fatal direccion que los asuntos públicos llevaban y el abandono en que estaban los españoles, Dávila y Valdés se fortificaron en Amberes; lo mismo hizo Romero en Lierre, y en Maestrick Montes de Oca. En tanto los sublevados de Alort no se movian, ni se decidian por nadie.

El que se consideraba ménos seguro era Montes de Oca, y el tiempo hizo ver que tenian razon para recelar. Los tercios alemanes de España se pronunciaron en favor de la revolucion, y los españoles, que eran pocos, tuvieron que retirarse al arrabal; pero atacando á los alemanes Montes de Oca, á pesar de la desigualdad de fuerzas materiales, y reforzado despues por D. Fernando de Toledo y D. Martin de Ayala, fueron reducidos los alemanes y quedó la ciudad por los españoles.

A la defeccion de los alemanes siguió la de los walones; y para poder apreciar debidamente la fidelidad, el valor y el heroismo de Romero, Valdés, Vargas, Mendoza y los demás jefes españoles, seria preciso escribir muchos pliegos, y aun así no se expresaria debida y justamente.

Llegó el supremo momento de ver en peligro la importantísima plaza de Amberes, cuya posesion lisonjeaba tanto á Felipe II, como bastante despues veremos. Como la revolucion estaba completamente desbordada, y los rebeldes procedian sin oposicion ni rémora, cargaron sobre Amberes con fuerzas inmensas.

Estaba defendida la plaza por tercios de alemanes y walones, no pronunciados todavia, y el castillo le mandaba el bizarrísimo y fiel Sancho Dávila con algunas banderas (compañías) de españoles. Esta circunstancia perjudicaba á los rebeldes; pero uno de los gobernadores de la plaza, el conde de Everstein, de acuerdo con los rebeldes sitiadores, y seguro de la dudosa fidelidad á España de los alemanes y walones, abrió las puertas de Amberes, y los revolucionarios penetraron en la plaza.

Era jefe de aquellos Felipe de Egmont, el único de los tres hijos del desventurado Lamoral, que desemejante á sus hermanos, odiaba con todo su corazon á España y á los españoles.

Sancho Dávila reunió en consejo á sus capitanes, decidido á resistir en el castillo hasta que la vida le faltase; empero decidieron la cuestión los sublevados de Alort, hasta entonces impasibles y mudos é inmóviles espectadores de cuanto ocurría.

Recordando antes de todo que eran españoles, y viendo el pe-

ligro que sus compatriotas del castillo de Amberes corrian, decidieron socorrerlos.

Oponiase á sus nobles deseos el paso de un crecido rio y la falta de barcas; mas nada arredrados por este fuerte inconveniente, á nado pasaron, y ya en la orilla, juraron sobre la cruz de las espadas no cenar aquella noche sino dentro de Amberes; y cumplieron puntualmente su juramento.

Estaban sin comer, y ni aun comer quisieron: vigorizaron el cuerpo con un vaso de vino cada uno, y sin tomar otra cosa llegaron á Amberes, acometieron, asaltaron y penetraron en la ciudad. Dentro de esta se verificó un rudo combate; mas como los españoles eran tan valerosos y fuertes, y como la razon centuplica el valor y las fuerzas, deshicieron todas las defensas interiores, facilitaron el paso y despejaron el terreno á la caballería de Alonso de Vargas, de D. Bernardino de Mendoza y de don Pedro de Tarsis. Tal fué el terror de los rebeldes bajo la presion del ímpetu arrollador de los españoles, que muchos enemigos con armas y caballos se arrojaron al agua. Uno de estos fué el traidor conde de Everstein, que pagó con la vida su infamia y su traicion.

El valeroso maestro de campo Julian Romero, prendió al jóven Felipe de Egmont. Consta que en aquella noche perecieron seis mil enemigos, muchos de ellos en los incendios, en la fuga y en las aguas. De españoles faltó muy corto número, aunque perecieron tres buenos capitanes.

Amberes sufrió un saqueo de tres dias, y con esto creció el odio que los flamencos tenían á los españoles; aunque consta que se *distinguieron* mucho en el saqueo, ya que no en la lucha, los alemanes y walones y *los mismos flamencos*, que sacaron el partido que de aquella calamidad no sacaron los españoles.

Tal era el estado de los asuntos de Flandes cuando hácia ellos caminaba el invicto héroe de la Alpujarra y de Lepanto.

Con el nombramiento recibió D. Juan lo orden de trasladarse de Milan á Flandes, sin embargo de lo cual D. Juan decidió pasar á la córte, aunque D. Juan de Idiazquez, embajador en Roma, de España, le aconsejaba no lo hiciese, por no disgustar al rey, que le queria en Flandes y no en España.

Aguijaba á D. Juan el deseo de ser infante, é impulsado por aquel hizo tan largo viaje hasta Madrid, á donde llegó felizmente el dia 22 de Setiembre, y en el mismo dia se trasladó al Escorial, en donde la córte se hallaba.

Nada adelantó el benemérito D. Juan, aunque Felipe II no negó la pretension; pero se mantuvo firme en su sistema de no conceder ni negar. La visita del príncipe se redujo á tratar de



los asuntos de Flandes, y del modo con que el nuevo gobernador debía proceder en aquellos dominios.

Al siguiente día se trasladaron á la corte el rey y D. Juan; se hicieron públicas rogativas por el feliz viaje del supremo caudillo, y este, disfrazado con el cabello y barba teñidos, y Juan de Escobedo, secretario de D. Juan, dado el rostro de negro y corto y ensortijado el cabello á manera de etiope, como criados, príncipe y secretario del general Gonzaga pasaron el largo camino, sin que nadie se apercibiese de quiénes eran aquellos criados.

En Paris supo D. Juan por el embajador, D. Diego de Zúñiga, cuanto en Flandes habia ocurrido, con lo cual, lejos de intimidarse aquel esforzadísimo jóven, apresuró su viaje y se dirigió al Luxemburgo, que era la única provincia que no se habia declarado en rebelión.

Gobernaba al Luxemburgo el señor de Navés, teniente del conde de Mandfeldt, á la sazón prisionero de los revolucionarios. D. Juan le manifestó quién era y los despachos reales que llevaba.

Comenzó á ejercer su cargo dirigiendo por escrito á todos los españoles la orden de no moverse ni hacer uso de las armas contra los estados. Fué obedecida aunque con disgusto la orden, porque el vencedor de Lepanto era muy querido de los españoles.

D. Juan remitió copias de sus reales despachos y autorizacion al consejo de Flandes, el cual, no existiendo en él los hispanienses, acordó no recibirle como gobernador si antes no confirmaba la paz que los estados, en nombre del rey, habian jurado en Gante con el príncipe de Orange, que era el autor de cuanto sucedia.

Entre las bases de aquella paz estaba un artículo relativo á la salida de Flandes de los españoles. El senador Juan d'Iskio fué comisionado para dar al príncipe la respuesta. Desempeñó su comision con un respeto que rayaba en timidez, y regresó al Senado haciendo mil elogios de la bondad y bellissimo carácter de D. Juan.

Disgustáronse los patriotas con el efecto que en Iskio habia producido la vista del príncipe, y mandaron á Juan de Funk, quien desempeñó su comision más á gusto del Senado, aunque muy respetuosamente y quedando muy pagado del simpático don Juan. Este pidió tiempo para decidir, y consultó el árduo punto con Escobedo y con Gonzaga, sus íntimos amigos y fieles confidentes. El segundo opinó que no debia accederse á la peticion de los rebeldes, por no mostrar flaqueza; el primero fué de con-

trario parecer, asegurando que era muy necesaria la paz, y que en aras de esta debia hacerse cualquier sacrificio.

Decidió D. Juan en favor de la paz, y esta se firmó en Gante y se publicó en Bruselas á 17 de Febrero de 1577, bajo el nombre de *Edicto perpétuo*, en cuyo tratado se aseguraba el mantenimiento de la religion católica y la obediencia al rey.

A consecuencia de la publicacion del Edicto perpétuo, fué recibido y aclamado D. Juan con verdadero júbilo, ménos por los españoles, que consideraban la mala manera que de pagar sus servicios tenian los que el Edicto habian firmado. Entregaban obedientes las fortalezas y castillos, mas no tan en silencio que no hiciesen públicas sus quejas; y el valeroso Sancho Dávila ni aun entregar quiso el castillo de Amberes por sí mismo, á pesar de una carta autógrafa que del rey habia recibido: comisionó á su segundo para hacer la entrega, y por no presenciarla se retiró.

A pesar de la obediencia que los españoles mostraban, llegó á temerse una sublevacion, y fueron menester todo el arte, inteligencia y persuasiva de Juan de Escobedo para evitar un terrible rompimiento, lo que supo hacer con grande ventaja de la causa del rey, hablando á tercio por tercio, compañía por compañía, y en algunas de estas á soldado por soldado.

Reunieronse, pues, todos en Maestrick, en donde se cangearon los prisioneros; y despues de recibir nada más que un *cuarto de paga* los españoles, salieron tristes y disgustados de Flandes y tomaron la vuelta de Italia, conducidos por el veterano conde de Mandfeldt, ya libre en virtud del Edicto perpétuo.

Mas en aquella ocasion ganó mucho crédito y muy justamente la prevision del cardenal Granvela, que ocho años antes, al saber la prision de los nobles flamencos hecha por el duque de Alba, dijo que si no habian preso al *taciturno* nada se habia adelantado.

No tardó mucho en recordar que aun vivia, ni fué duradera la paz: aquel hombre artificioso, artero y malvado, á pesar del cariño que todo el pueblo flamenco habia tomado á D. Juan de Austria, se ocupó de hacer circular voces que perjudicaban á la buena fama de este excelente príncipe, á quien suponía el infame Orange hipócrita y contrario á los intereses de los flamencos.

Tan bien supo Orange tender sus redes, que la revolucion siguió lo mismo que si el Edicto perpétuo no se hubiese firmado; porque dicho malvado hizo creer á los flamencos, entre otras cosas, «que no habia D. Juan restituido á las ciudades sus antiguos privilegios; que los tudescos no habian salido de Flandes; que los soldados españoles estaban ocultos en Luxemburg y en

»Borgoña; que habia establecido una inquisicion disimulada peor  
 »que la de España; y por último, que el austriaco, bajo cierta  
 »apariencia y capa de benignidad, aspiraba á adormecerlos pa-  
 »ra mejor esclavizarlos; que no olvidaran que fué él quien de-  
 »nunció á Felipe II el príncipe Carlos como fautor de los fla-  
 »mencos.»

No era necesario tanto, ni mucho ménos, para que los flamen-  
 cos perdieran al príncipe D. Juan el naciente cariño, y siguieran  
 en revolucion; pero no contentándose con esto el de Orange, y  
 temiendo con razon los resultados para él fatales que podian dar  
 el talento, la pericia y valor de D. Juan, comenzó á tenderle  
 asechanzas y atentar contra su persona.

Hallábase el excelso hijo del emperador Carlos I sin el apoyo  
 de los españoles, aislado, en continuo peligro su persona, y sin  
 atreverse á dar un paso. Esta violenta y precaria situacion le  
 hizo comprender la necesidad de tomar una decisiva y fuerte de-  
 terminacion. La pensó y la puso por obra.

Determinó pasar de Bruselas, en donde su vida corria conti-  
 nuo peligro, á Malinas, con el pretexto de arreglar los haberes  
 de los alemanes, quienes como extranjeros en Flandes, tambien  
 eran expulsados.

Llegó á Malinas, pasó á Namur, y se apoderó del castillo, se-  
 gun un elegante autor moderno, *por medio de una astucia más  
 ingeniosa que correspondiente á su gran nombre: segun nos-  
 otros, de la única manera que era posible en aquella violenta  
 situacion, y de un modo que en nada desdijo del noble proce-  
 der de que en todas ocasiones hizo uso el gran D. Juan de  
 Austria.*

Recuérdese que estaba aislado, expuesto á perecer uno y otro  
 dia, sin soldados ni más defensa que su escolta, que no era otra  
 cosa que la guardia de un prisionero con cadenas de plata; que  
 no tenia punto alguno en que poder defender y sostenerse, y  
 que de haberle pedido ó querido tomar, no se le hubiesen da-  
 do ni hubiesen permitido le tomase. *Teniendo todo esto en  
 cuenta, léase el medio de que se valió para tomar el castillo de  
 Namur, y dígasenos si tuvo aquel algo de poco noble ó des-  
 honroso.*

Puesto de acuerdo D. Juan con el gobernador del castillo de  
 Namur, se dirigió á caballo hácia aquella parte, como de paseo,  
 llevando consigo muy pocas personas, pero de las que eran ver-  
 daderamente fieles.

Desde que se divisó el castillo comenzaron á hablar de él, es-  
 pecialmente el general Berlaymont, hijo del conde de este título.  
 D. Juan dijo que veria de buena gana tan excelente castillo, del

cual hacia mil elogios Berlaymont, ya con la intencion de que el príncipe manifestase deseos de visitarle.

El castellano, ó gobernador, salió á cumplimentar á D. Juan, dejando por aquellos momentos el mando á su segundo: alabó el príncipe la estructura y fortaleza interior del castillo; el gobernador le invitó á examinarle interiormente, y el príncipe aceptó la invitacion.

Ya dentro del castillo, mandó ocupar los almacenes de municiones y las murallas á los que le acompañaban, y manifestó á todos que habia tomado posesion del castillo en nombre de S. M., sin hacer otra cosa que restituir al rey lo que era suyo y le tenían usurpado. Despues, volviéndose á los que le rodeaban, dijo: *Hasta aquí fui gobernador en el nombre; hoy comienzo á gobernar de veras.*

La primer diligencia de D. Juan fué escribir al Senado y á los diputados de las provincias, descubriendo todas las asechanzas y tramas contra él preparadas y urdidas, asegurándoles que procedería con toda la debida energía, y no volvería á ponerse en poder de los estados, en tanto que estos no rompiesen completamente sus relaciones con el príncipe de Orange.

Despues de esto, aunque con su persona en seguridad, considerándose prisionero porque no tenia fuerzas materiales para obrar ni para salir de su encierro de Namur, dirigió una sentida carta á los tercios que habian estado en Flandes, y que á la sazón se hallaban acantonados en Italia. Insertámosla á continuacion, porque atendiendo á su encantadora sencillez, á la época en que fué escrita y al objeto que D. Juan se proponia, puede decirse que la precitada carta no tiene rival. Héla aquí:

«A los magníficos señores, amados y amigos míos, los capitanes y oficiales y soldados de la mi infantería que salió de los estados de Flandes.

»Magníficos señores, amados y amigos míos: el tiempo y la manera del proceder destas gentes ha sacado tan verdaderos vuestros pronósticos, que ya no queda por cumplir dellos sino los que Dios por su bondad ha reservado. Porque no solo no han querido gozar ni aprovecharse de las mercedes que les truxé, pero en lugar de agradecerme el trabajo que por su beneficio había pasado, me querian prender, á fin de desechar de sí religion y obediencia. Y aunque desde el principio entendí como vosotros confirmastes siempre, que tiraban á este blanco, no quise dejar de la mano su dolencia, hasta que la ejecucion del trato estuvo muy en víspera. Y entonces me retiré á este castillo, por no ser causa de tan grande ofensa de Dios y deservicio á S. M. Y como los mas ciertos testigos de su malicia son sus

»propias conciencias, hánse alterado de tal manera, que toda la  
 »tierra se me ha declarado por enemiga, y los estados usan de  
 »extraordinarias diligencias para apretarme, pensando salir esta  
 »vez con su intencion. Y si bien por hallarme tan solo y lejos de  
 »vosotros, estoy en el trabajo que podeis considerar, y espero de  
 »dia en dia ser sitiado, todavía acordándome que envío por vos-  
 »otros, y como soldado y compañero vuestro no me podeis fal-  
 »tar, no estimo en nada todos estos nublados. Venid, pues, ami-  
 »gos míos: mirad quàn solos os aguardamos yo y las iglesias y  
 »monesterios y religiosos y católicos cristianos, que tienen á su  
 »enemigo presente y con el cuchillo en la mano. Y no os deten-  
 »ga el interés de lo mucho ó poco que se os dejase de pagar; es  
 »pues será cosa muy agena de vuestro valor preferir esto que es  
 »niñería á una ocasion donde con servir tanto á Dios y á S. M.  
 »podeis acrecentar la suma de vuestras hazañas, ganando per-  
 »pétuo nombre de defensores de la fé, y obligarme á mí para  
 »todo lo que os tocare, mayormente de lo que dejáredes de co-  
 »brar allá no perdereis nada, pues yo tomo á mi cargo la satis-  
 »faccion dello, y así como tengo por cierto que S. M. tomará  
 »este negocio con las veras y en la calidad que le obligan, y en  
 »la misma conformidad hará las provisiones, lo podeis vosotros  
 »ser que yo os amo como hermano; y las ocasiones que os es-  
 »peran no consentirán que padezcáis, porque no dudo que acu-  
 »direis al nombre y ser de cristianos, españoles y valientes sol-  
 »dados, y buenos vasallos de S. M. y amigos míos, hareis lo  
 »que os pido con la liberalidad, resolucion y presteza que de vos  
 »confio y conviene.... No me alargaré á encarecer mas este  
 »negocio; solo diré que este es aquel tiempo que mostrábades  
 »desear todos militar conmigo, y que yo quedo muy alegre, y  
 »que las cosas han llegado á este extremo de pensar que ahora  
 »se me ha de cumplir el deseo que tengo de hallarme con vos-  
 »otros en alguna empresa, donde satisfaciendo vuestras obliga-  
 »ciones, hagamos algunos servicios señalados á Dios y á S. M.  
 »Esta carta pase de mano en mano. N. S. guarde vuestras mag-  
 »nificas personas como deseais. Del castillo de Anamur, á 15 de  
 »Agosto de 1577.

»A los magníficos ordenadores.—Vuestro amigo, D. Juan.

»No escribo en particular, porque no sé las compañías ni ca-  
 »pitanes que habrán quedado en pié; pero esta servirá para re-  
 »formados y no reformados; y á todos ruego vengais con la me-  
 »nor ropa y bagage que pudiéredes, que llegados acá, no os  
 »faltará de vuestros enemigos.»

Habia despachado el principe un volante con pliegos para Es-  
 paña, dando cuenta al rey de lo que habia ocurrido y de los mo-

tivos que le habian obligado á ocupar á Namur; y Felipe II se apresuró á mandar á su hermano la aprobacion de cuanto habia ejecutado.

D. Juan, á pesar de su bondadosísimo carácter, se habia convencido de lo inútil é ineficaz que la bondad es con los malos: por esto despachó órdenes á los tercios veteranos para que regresasen inmediatamente á Flandes. Escribió tambien á los vi-reyes de Nápoles, Milan y Sicilia, para que activasen el cumplimiento de sus ordenes; llamó igualmente, y por orden del rey, á su muy querido sobrino Alejandro Farnesio, y en tanto todo esto se verificaba, los estados fatigaban á D. Juan con mensajes, y este les contestaba ambiguamente como quien está convencido de que no ha de observarse nada de cuanto se trate.

Fué muy extraño y debe admirarse la mano de la Providencia, que no intentasen los rebeldes sitiar el castillo de Namur, en tanto las tropas extranjeras respondian al llamamiento de don Juan; porque á haberlo intentado, hubieran podido darle un sério disgusto. Estaban afortunadamente bastante ocupados Orange y los suyos para pensar en otra cosa que en sus proyectos ambiciosos; el primero instaba á sus secuaces para que se posesionaran de Breda y de Bois-le-Duc, y los segundos en tanto, le elegian y nombraban conservador de Brabante, á consecuencia de cuyo nombramiento se trasladó á Bruselas el rebelde príncipe.

En medio de estas pruebas de adhesion que á Orange daban sus secuaces, y que eran otros tantos pasos adelantados para llegar al fin que se propuso desde antes de manifestarse abiertamente rebelde, los próceres flamencos, que tambien lo eran y que le miraban como compañero, no querian verle ni considerarle como superior. Para evitar su elevacion se decidieron por Francisco de Valois, hermano de Enrique III de Francia, duque que habia sido de Alençon y despues de Anjou.

A estos hacian oposicion los católicos, que se habian decidido por los estados generales, tales como Filipo de Croy, duque de Arschôt, que se pasó al partido de los estados al estallar la última revolucion. Arschôt y los católicos, que trataban á toda costa de restaurar la abatida religion de sus mayores, no querian por gobernador á quien no fuese de veras católico, y fijaron sus miras en el hermano menor del emperador Rodulfo, que habia ya fallecido Maximiliano II, llamado el archiduque Matías, el cual era sobrino, además, de Felipe II. Tambien le preferian porque sobre ser débil de carácter el archiduque, era casi un niño, que apenas tenia veinte años, y esperaban manejarle á su gusto.

Este partido fué el que ganó en su decision; porque animados con la proteccion que esperaban de Alemania, que tan inmediata

estaba á aquellos países, católicos y herejes se unieron para establecer un gobierno popular, ejerciendo unos y otros y profesando la religion que prefiriesen sin rémora ni obstáculo, jurando rechazar á todo extranjero y aceptar por gobernador al archiduque Matias. Orange fué elegido *lugarteniente* del gobernador, y por consecuencia el ambicioso principe obtuvo lo que deseaba: el mando absoluto, sin la responsabilidad del mandar. El archiduque aceptó y se trasladó á Flandes, sin que supiese nada su hermano el emperador.

Pero á este tiempo ya comenzaban á llegar de Italia los veteranos tercios. Aparecieron los primeros seis mil valerosos españoles, bajo la conducta del principe de Parma, Alejandro Farnesio, sobrino de Felipe II y de D. Juan de Austria, que llegaba al teatro de sus inmarcesibles glorias; siguieron despues otros y otros, y con ellos el celeberrimo D. Lope de Figueroa, D. Bernardino de Mendoza, los hermanos Juan Bautista y Camilo del Monte, Cristóbal de Mondragon, D. Pedro de Toledo, Francisco de Verdugo, Gaspar de Robles y otros infinitos y afamados caudillos y capitanes. Soló no regresó á Flandes el valerosísimo Julian Romero: estando adiestrando su tercio en Cremona, cayó del caballo repentinamente, y al ir á levantarle los suyos, le encontraron sin vida. Ignórase si fué un ligero vahido el que le hizo caer, y el golpe dado contra las piedras, quizá en una sien ó en otra parte delicada, le privó de la vida, ó si fué muerte repentina la que le arrebató del mundo y quitó á España y al rey uno de los mejores, más valientes y más beneméritos maestros de campo.

Agregáronse á estos los buenos caudillos flamencos como Berlaymont, Mandsfeldt y cuantos se habian mantenido fieles al rey: por manera que reanimado D. Juan, se encontró invencible con aquellos guerreros, y mandó poner en su estandarte una cruz, y debajo el siguiente lema: CON ESTA SEÑAL VENCÍ Á LOS TURCOS: CON ELLA VENCERÉ Á LOS HEREJES.

### FRANCIA.

En el año 1576 (Mayo) se firmó en Francia la paz llamada de *Monsieur*, que fué la quinta de las que se ajustaron entre católicos y protestantes.

Al celebrar la precitada paz, ningun cuidado tuvo Enrique III de su dignidad y decoro: la paz era absolutamente ventajosa á los enemigos de la religion y de la corona francesa, dejando á los

protestantes dueños de muchas ciudades, y árbitros de ejercer y profesar públicamente su secta.

Dícese que Enrique había sido valeroso é inteligente mientras fué duque de Anjou y rey de Polonia; mas sin duda la corona de Francia le abrumó de tal modo con su peso, que se hizo poco ménos que un imbécil. Sin voluntad propia, sin dignidad, sin energía y sin carácter, se dejaba gobernar por favoritos, y queriendo contentar á todos, á todos disgustaba. Para captarse el afecto de los católicos, *cantaba con los monjes las horas canónicas, se disciplinaba y tenia durante algunas horas una vida verdaderamente ascética*; pero en cambio, para contentar á los protestantes, *pasaba la noche en orgías y entregado al libertinaje*. De un rey de semejantes condiciones, poco podia esperar la Francia, ó mejor dicho, debia esperar muchos males.

El partido católico, que al conocer la paz de Monsieur se vió casi en manos de su enemigo, trató de reorganizarse y eligió por su jefe á Enrique, duque de Guisa. Este era mirado como enemigo del rey, porque tenia sus derechos al trono; y Enrique III, dominado como su hermano Carlos IX por Catalina de Médicis, madre de ambos, y aconsejado por esta mujer intrigante y artificiosa, determinó colocarse al frente de la Santa Liga. El, que habia firmado la paz de Monsieur.

Era su objeto, por induccion de su madre, el conocer los proyectos de Guisa y de sus hermanos, y creia lograrle formando parte de la Santa Liga, y teniendo, como jefe de ella, que saber todos los pasos que diesen el duque de Guisa y los suyos.

Pero no comprendia este desalentado rey que lo mismo le odiaban los católicos que los protestantes sensatos; el pueblo no podia ménos de aborrecer á un rey que se mostraba cobarde y afeminado, siendo el pueblo francés, como es en efecto, valeroso y muy pagado de los hechos heróicos, y que además le tenia empobrecido y aniquilado para sostener infinitas mujeres de muy problemática conducta, para enriquecer favoritos, y para otros objetos que el decoro de la historia, el respeto al público y la propia dignidad no permiten consignar en estas páginas. Para demostrar en pocas palabras á qué grado llevó sus dilapidaciones Enrique III, bastará decir que para sostener centenares de perros, se gastaba anualmente una fabulosa suma de millares de florines, que bastaban, ó hubiesen bastado, para sostener la pompa y decoro de la casa real.

En tal estado se hallaba la Francia al terminar el año 1577, y conviene que el lector le conozca, para comprender y apreciar los sucesos que referiremos despues. En tanto Felipe II, recluso y al parecer separado de todos los asuntos europeos, viendo



adelantar su obra predilecta en el Escorial, desde aquel rincón, como desde una atalaya, según oportunamente dice un elegante y erudito autor moderno, á toda Europa atendía y todo lo dirigía y manejaba á su gusto. Protegiendo eficazmente á los de la Liga, mantenía muy buenas relaciones con Enrique III y con Catalina de Médicis, su madre: preveía, observaba y esperaba; por entonces nada más hacia, aunque por su misma mano seguía la correspondencia con sus embajadores.

### PORTUGAL.

Reinaba en Portugal (1576) el bizarro y desventurado don Sebastian, cuya corona obtuvo por muerte de su abuelo don Juan III.

Era D. Sebastian hijo de doña Juana de Austria infanta de Castilla, hija del emperador y hermana de Felipe II; por consiguiente, D. Sebastian era sobrino carnal del rey de España. Importa mucho tener esto presente, para apreciar debidamente los sucesos que despues referiremos.

No fué D. Sebastian, como algunos han creído y vulgarmente se dice, un calavera; fué un príncipe de gran corazon, belicoso, caballeresco, amigo de encontrar, conocer y premiar el mérito, así en las letras como en las armas; y como conocia perfectamente la historia de su patria, anhelaba adquirir gloria para llegar hasta donde hubiese llegado el mejor soberano de sus antecesores.

Era, además, D. Sebastian afable y de excelente trato; agudo de ingenio, gran justador, perito en el manejo de las armas, y el mejor caballero de su reino para gobernar y regir un caballo por brioso y fuerte que fuese.

Quando más se agitaba en su fogosa imaginacion la idea de adquirir inmarcesible gloria, le pidió auxilio Muley Mohamet, rey de Fez y de Marruecos. Su tío Abd-el-Melik, ó Muley Moluc (vulgarmente llamado el *Maluco*), habia destronado á Mohamet; y no habiendo éste encontrado apoyo en Felipe II, á quien pidió auxilio, se dirigió á D. Sebastian ofreciéndole no escasa retribucion si le ayudaba á reconquistar el trono de que le habian despojado.

De ninguna oferta necesitaba quien estaba tan deseoso de encontrar una ocasion de adquirir bélica gloria. Acogió, pues, don Sebastian la proposicion del africano con tanto placer como entusiasmo, y le prometió cuanto aquel podia desear, contra la vo-

luntad de su abuela la reina doña Catalina, de su tío el cardenal D. Enrique, ambos regentes que sucesivamente fueron del reino durante la minoría de D. Sebastian, y de los más fieles y entendidos consejeros.

Desentendiéndose el rey de todo consejo, por sano que fuese si se separaba del camino que él se habia trazado, mandó á España un embajador extraordinario para pedir á su tío Felipe II le auxiliase en la empresa de Africa; que le concediese la mano de su prima la hija mayor del rey de España, y que le designara lugar y época para tener una entrevista ambos soberanos.

Concretándose el rey Felipe á la entrevista, despachó para Lisboa á D. Cristóbal de Moura, portugués, gentil-hombre de su cámara y hombre de toda su confianza, á fin de que arreglase la propuesta entrevista. Llegado Moura á la capital de la antigua Lusitania, acordó con el rey D. Sebastian que la precitada entrevista se verificaria en el próximo Diciembre (1576), y tendria lugar en el monasterio de Guadalupe (Extremadura).

Presentados al lector los antecedentes que acabamos de consignar, conviene á nuestro propósito el suspender la narracion de los sucesos ocurridos en Portugal, para volver á ocuparnos de ellos en el próximo año 1578, á fin de no truncar su relacion desde la desastrosa guerra de Africa, en que el bizarro D. Sebastian perdió con la vida el trono.

AÑO 1578.

## FLANDES.

La primer batalla que dió á los protestantes el bizarro don Juan, indignado como estaba de los últimos incendios, asesinatos y atropellos recién cometidos en algunos puntos por los herejes, fué la de Gembloux.

Iba de jefe de la caballería Octavio de Gonzaga, fiel amigo de D. Juan. Al divisar este al enemigo, que llevaba más de doce mil hombres entre infantes y ginetes, mandó salir á Gonzaga y á su segundo Gaspar de Olivera, para que picasen la retaguardia al enemigo, que no habia dado frente; pero encargando á ambos no empenasen la accion hasta que llegase el mismo D. Juan con el príncipe Farnesio.

Seguia la caballería formando diversos cuerpos; y el que man-

daba la italiana en ausencia del marqués del Monte, se empeñó y adelantó tanto, que Gonzaga tuvo necesidad de mandarle más de un aviso para que se replegase y no comprometiese su gente.

Recibió el aviso Pierrot di Sento, que así se llamaba el teniente del marqués, y porque no se le dieron bien ó porque él entendió mal, contestó airado: *Decid á quien os mandó que jamás volvi la espalda al enemigo, y que hoy aunque quisiera volverla no podria.*

Observaba Farnesio atentamente lo que sucediendo estaba, y y aunque D. Juan le retenia á su lado para que no pelease, el príncipe de Parma le pidió permiso nada más que para acercarse á observar; porque habia notado que de la caballeria enemiga solo se veian las picas vacilantes y agitadas, como si caminasen los ginetes por terreno quebrado y dificultoso. Y habia previsto bien Alejandro Farnesio: el enemigo, que no queria batirse y solo deseaba llegar á Gembloux y encerrarse en la plaza, acababa de entrar en un camino hondo y estrecho, que más parecia foso que camino.

Cerciorado Alejandro de lo que deseaba, arrebató su lanza al paje que la llevaba, vuélvese á este y le dice: *Id al general supremo y decidle que Alejandro Farnesio, recordando á un antiguo romano, se arroja en un hoyo para sacar de él con la ayuda de Dios y la buena estrella de la casa de Austria, una positiva y notable victoria.*

Dió en seguida sus órdenes y se arrojó sobre el enemigo, obligándole á salir del terreno quebrado á otro menos impracticable, en el cual el valeroso y entendido Farnesio obtuvo en Flandes su primer victoria, como se habia propuesto; pero tan notable, que fué desecho completamente y con grande pérdida todo el ejército enemigo; quedó prisionero su caudillo supremo; se tomaron las treinta y cuatro banderas que las huestes contrarias llevaban, los bagajes y la artillería de campaña. Muchos de los fugitivos no pararon hasta Bruselas; los que se encerraron en Gembloux tuvieron que rendirse.

Realzó el príncipe de Parma su valor, su mérito y su inteligencia, por la modestia con que habló de aquel notable hecho. Al dar parte al rey Felipe, y á Margarita de Austria, hermana del rey y de D. Juan y madre de Alejandro, no habló de sí propio una palabra, á pesar de que á él solo se debió la victoria; y sin embargo, en sus cartas al rey y á su madre decia: *Este notable triunfo y toda la gloria que de él resulta, débese á Dios, y despues á D. Juan de Austria.*

Fué tambien de mucha importancia el triunfo de Gembloux,

porque acababa de ser elegida por los rebeldes para su plaza de armas, y por consecuencia la habian abastecido y municionado, y municiones y dinero y víveres cayeron en poder del vencedor.

D. Juan que era despues de la victoria muy elemente con los rendidos, mandó dar libertad á los prisioneros, prévio el juramento de no tomar las armas contra España, algunos, jamás; otros por término de un año. Reservóse solamente doce de los principales prisioneros, como por via de rehenes, entre ellos al general Goigni, que perdió la batalla. Mandó que los doce fuesen trasladados al castillo de Namur; empero Goigni quiso ofrecer al vencedor sus respetos antes de partir. Accedió D. Juan, y el general rebelde pronunció un breve discurso, al cual el príncipe austriaco contestó solamente: *Ved del modo que Dios quebranta y abate la contumacia de los que se rebelan y vuelven contra la religion y contra el rey. Solo el suceso de esta batalla, en que tan grande ejército ha sido deshecho por tan pocos soldados, debe bastar para enseñaros cuán del agrado divino es la justa causa del rey, mi hermano y señor.* Goigni al despedirse, solo contestó: *Yo no tomé las armas contra la religion, y Dios sabe cómo y por qué las tomé.*

Despues hizo llegar D. Juan á su presencia á todos los jefes y oficiales de su ejército, para premiar á todos, con sus elogios y alabanzas, los méritos contraidos respectivamente en aquel memorable dia; y al llegar á su sobrino Alejandro Farnesio, héroe de aquella batalla, le dijo: *vos, príncipe, debéis saber, como os dije en Lepanto, que un capitan no es bien arriesgue su vida como un simple gregario; porque más que con las manos debe pelear con la direccion y con el consejo: ni el rey vuestro tío y mi hermano os mandó á Flandes para que expongais vuestra vida como soldado, sino para auxiliarme como general.* Esta cariñosa reprehension, que era un verdadero elogio, hizo que Farnesio, delante de todos los caudillos y capitanes, contestase á su tío: *yo procedi así en este dia, porque creo que no puede llegar á ser buen capitan el que antes no haya sido valeroso guerrero, y más aún cuando se está á las órdenes de tan gran general como V. A.*

Esta pronta é ingeniosa respuesta obtuvo un aplauso general de todos los que presentes estaban, y un estrecho abrazo que dió el cariñoso D. Juan á su sobrino. Y decimos con toda verdad que nos causa tristeza el hablar de D. Juan de Austria, á medida que vemos avanzar el momento de su temprana y prematura muerte. Es D. Juan una de esas figuras históricas á que se toma involuntariamente cariño, porque es forzoso identificarse con

ellas y experimentar hácia ellas tambien una verdadera simpatía, como si aun existiesen.

La rota de Gembloux aterrorizó y puso en movimiento á los rebeldes. El archiduque Matías, el principe de Orange, el Senado y todos los que estaban más comprendidos, abandonaron precipitadamente á Bruselas y se encerraron en Amberes.

Animado el ejército vencedor con este primer ensayo al comenzar la nueva campaña, prosiguió apoderándose de diversas plazas, entre ellas Tirlemont, Boubignes y otras del ducado de Brabante: Lovaina se entregó voluntariamente.

En tanto D. Juan habia comisionado á su sobrino Farnesio para tomar á Sichem, la cual se rindió, no sin haber opuesto una tenaz resistencia y sufrido el asalto. El principe de Parma mandó ahorcar del homenaje del castillo al gobernador y á los jefes de los sitiadores, y pasar á cuchillo á ciento setenta de estos últimos.

No por esto débese tachar á Farnesio de cruel, que no lo fué por cierto. Procedió en Sichem de la manera que hemos dicho, porque todos los que fueron castigados con la última pena pertenecian á los rendidos de Gembloux, que acababan de jurar que no tomarian las armas contra España ni contra el rey: á los demás hizo gracia de la vida.

Tambien rindió poco despues á Diest, en donde se mostró clementísimo hasta tal punto, que casi todos los rendidos se alistaron en las banderas de Farnesio. Tomada Diest, pasó Alejandro á incorporarse con su tío D. Juan, que iba á atacar á Nivelles.

Estaba situada Nivelles en la raya del Brabante; y tan estrechamente sitiada la tenia D. Juan, que estaba ya aquella plaza en tratos de capitulacion. En tan inoportuno momento se amotinaron los alemanes, que no sufrían el retraso en las pagas como los españoles, los cuales, cuando llegaban á exigir las, entraba por años la deuda.

D. Juan hizo separar á los sediciosos del resto del ejército, y por suerte condenó á varios al último suplicio; pero solo se ejecutó en uno, el más culpado, para que lo riguroso de la pena sirviese de ejemplar y de castigo. Terminado este desagradable incidente, se rindió Nivelles; despues se entregó Philippeville.

Esta plaza, poco importante para los que ante todo aprecian la antigüedad, pues apenas contaba veintitres años de construida, era, empero, importantísima por su misma construccion y por la posicion que ocupaba. Pequeña en su perímetro, pero extendida y formando cinco baluartes, estaba ceñida por anchas y fuertes murallas, con magnífico terraplen para guarnecerla de artillería de toda suerte de calibres, y la circundaba un ancho y profundo

foso: estaba además situada en el Henao y en magnífica posición para contener las correrías é intenciones de los franceses.

En el sitio de Philippeville lució su gran valor D. Juan de Austria, aunque ya estaba su salud muy quebrantada. Determinó rendirla sin gastar pólvora, y haciendo uso del lento, pero infalible trabajo de zapa.

Para evitar los sitiados que avanzase la destructora obra, arrojaban desde lo alto de las murallas arena calcinada, aceite hirviendo, pez derretida y cuanto á la mano hallaban, con tal que sirviese para arredrar y dañar á los sitiadores. D. Juan, que comprendió el riesgo que se corria de perder lo adelantado, si lograban los sitiados arredrar á los sitiadores, para evitarlo fué el primero á arrostrar el peligro; y expuesto á los fuegos que de las murallas arrojaban, fué el primero en el hábil manejo de la zapa; como si fuese un simple gastador. Animando además con sus palabras á los soldados, ¿quién habia de retroceder, cuando veia convertido en soldado tambien, manejando el rudo instrumento y sufriendo la lluvia de líquidos hirvientes, al supremo general de las armas y hermano del rey?

Este heroico comportamiento de D. Juan hizo que Philippeville se rindiese, mediante una capitulacion honrosa para los vencidos. Mas habia sido demasiado fuerte la fatiga para quien tenia, como D. Juan, tan quebrantada la salud. Fuéle, pues, forzoso retirarse á Namur para ponerse en cura, dejando á su sobrino Farnesio el cuidado de la guerra.

Pasó el príncipe de Parma, autorizado por su tio, á someter la provincia de Limburgo, y se dirigió contra la capital, que daba nombre á toda la provincia. Era difícil de tomar, porque estaba en la cima de una escarpada roca, á la orilla derecha del Vesdre; empero desplegando el de Parma su grande inteligencia, su infatigable actividad y su incalculable arrojo, rindióse Limburgo bajo honrosas condiciones: la guarnicion pasó entera al servicio del rey.

Todos los pueblos de la provincia se fueron sucesivamente sometiendo: solamente Dalhem resistia tenazmente. Alejandro, que tenia escrita una carta para el gobernador de Dalhem proponiéndole capitulacion, supo con enojo la tenacidad de los sitiados: en el acto llamó al señor de Cenray, y entregándole la carta, le dijo: *Haced que la artillería meta esta mi carta dentro de Dalhem.* Y así lo hizo Cenray: batir la plaza con la artillería, asaltarla, tomarla y entrar á sangre y fuego en ella, fué obra de muy pocas horas.

Las últimas operaciones, tan importantísimas y brillantes, dejaron francas á los españoles las provincias de Namur, Henao y

Luxemburgo, y con la posesion de la de Limburgo quedó cerrado á los rebeldes el camino de Alemania, de la cual tantos recorros les mandaban los protestantes.

Haciendo un esfuerzo Orange, muy digno de sus supercherías, hizo correr la voz de que en la ruina de una parte de lienzo de muralla en la plaza de Limburgo habian perecido los principales jefes españoles, incluso el príncipe de Parma.

La falsa nueva surtió momentáneamente un inútil efecto, que consistió en reanimarse un instante el abatido ánimo de los rebeldes, para caer en mucho mayor desánimo así que supieron que la nueva era una invencion de Orange, el cual nada ganó, ni su causa tampoco, en acudir á tan miserables medios.

Por aquel tiempo llegó á Flandes el bizarro Gaspar de Robles, baron de Villí, que regresaba de España á donde habia venido para dar al rey las gratas nuevas de los triunfos obtenidos por D. Juan. Era portador de una carta para este, escrita por su hermano Felipe II, cuya carta sirvió de mucho consuelo al doliente príncipe.

En ella le decia el rey que ya no andaria remiso ni tardío en auxiliarle para la guerra, convencido como estaba de la ineficacia de la bondad y clemencia; que le remitía por medio del baron 900,000 escudos, y que en lo sucesivo recibiría 200,000 cada mes, con los cuales habia de sostener en pié de guerra un ejército de treinta mil infantes y seis mil quinientos ginetes; sin que por esto dejase de remitirle todo lo demás que en su concepto pudiera ser necesario. Mandóle tambien un nuevo edicto, en el cual enumeraba todas las maldades y atropellos cometidos por los rebeldes, despues de lo cual mandaba á todos obedecer y respetar á D. Juan como á su lugarteniente; ordenaba á los diputados regresasen á sus provincias respectivas hasta que fuesen legal y legítimamente convocados, y concluía por mandarle se devolviese al patrimonio real todo lo usurpado y detentado, etc.

Pero este edicto sirvió para que el infame Orange dictase tácitamente una nueva y muy horrible persecucion contra los sacerdotes y seglares católicos. Cuantos estaban en los dominios en que el malvado rebelde mandaba, recibieron la órden de jurar defender y guardar la paz de Gante, y reconocer por gobernador general á Matías, archiduque de Austria, contribuyendo á arrojar de Flandes á D. Juan y á los españoles.

El clero católico y los seglares á quienes se exigió este juramento, conminándolos, si se negaban á jurar, con ser declarados traidores y enemigos de la patria, se negaron valerosamente á prestar semejante juramento. Esta fué la señal de ejecutar saqueos, muertes, profanaciones, ruina de templos, destruccion de

imágenes, y de cuantas maldades y horrores pueden imaginarse.

Superior el príncipe de Orange en maldad y en infamia, como lo era en categoría, á todos los rebeldes, apeló á un nuevo medio, tan digno como cuantos él empleaba, para adelantar lo que perdido llevaba. Con el objeto de malquistar á D. Juan con su hermano el rey, para que al ménos retirase el segundo al primero de Flandes, hizo circular por España la noticia de que don Juan de Austria estaba tratando su matrimonio con Isabel de Inglaterra, y *que él mismo, Orange, era el intermediario*; porque casado D. Juan con la reina protestante, se le aclamaría soberano de los Países-Bajos, y aquel príncipe conservaría á los flamencos sus privilegios, y les dejaría profesar libremente la religión reformada.

El ardid no podia ser más verdaderamente infernal, conociendo el carácter é ideas de Felipe II; pero es el caso que este no ignoraba que en efecto se trataba del predicho matrimonio, en cuyo proyecto nada tenia que ver el falaz Orange. No lo aprobaba el rey Felipe; era el Pontífice quien le fomentaba, esperando que el esposo, tan cordialmente católico, haria abjurar su error á la esposa, y esta mandaria ser católico á todo su pueblo.

Como esto no era otra cosa que una verdadera quimera, don Juan deshizo cuanto se habia tratado, firme siempre en no unirse á una protestante, y avisó á su hermano, como si hubiese sabido la fea intriga del príncipe rebelde: por consiguiente, aquella quedó destruida por su base.

Entonces volvió el Santo Padre á su primitivo proyecto de enlazar en matrimonio á D. Juan con la católica y hermosa María Stuard, reina de Escocia, y tanto fomentó el Pontífice este proyecto, que llegó á mandar á D. Juan las bulas en que le conferia la investidura del precitado reino.

Recibidas las bulas por D. Juan, mandó á España á su secretario y fiel amigo D. Juan de Escobedo, despues de pasar á Roma á besar el pié de Gregorio XIII y darle gracias por su bondad. La mision de Escobedo en la córte de España estaba reducida á dar detallada cuenta al rey de las ventajas obtenidas en Flandes, y á recordarle la proyectada empresa de Inglaterra; esto en público; y en secreto estaba encargado de preparar el terreno y explorar la voluntad del rey y de sus ministros respecto al proyectado matrimonio con la reina de Escocia.

Una noche salia Escobedo del alcázar real, situado casi en el mismo sitio en que hoy está el nuevo palacio, y al atravesar el callejon á que da el camarín de Nuestra Señora de la Almudena,



fué traidora y bárbaramente asesinado. De los pormenores que precedieron á este feroz homicidio, hablaremos más adelante.

En tanto las tramas y ardidés del *Taciturno* iban dando algun resultado. El duque de Anjou, Francisco de Valois, se preparaba á entrar con tropas francesas por el Henao, al mismo tiempo que llegaban de Alemania doce mil tudescos, mandados por el duque Casimiro, y pagados y sostenidos por Inglaterra.

Con tales elementos atravesó Orange el Mosa y estableció su campamento cerca de Nimega. D. Juan, aunque enfermo, que habia sabido la union de alemanes y flamencos junto á Malinas, determinó ir contra ellos. Opúsose fuertemente en el consejo á esta decision el príncipe Farnesio; mas le aprobó la mayoría, y por lo mismo que Alejandro se habia opuesto tenazmente, pidió á su tío le colocase en la primera fila de la vanguardia con una pica, como simple soldado. *En el consejo me opongo á lo que contemplo perjudicial; pero en el campo no reflexiono, y me bato como buen guerrero*: así decia el valeroso príncipe de Parma.

Diéronse algunos combates cerca de Malinas, sin que se declarase la victoria por una ni otra parte; pero la historia consigna que Alejandro Farnesio fué en aquel dia un héroe, y sobrepujo al grande valor de todos los capitanes del ejército real (Agosto). ¡Qué no haria el de Parma en aquella jornada, cuando él mismo, que en Gembloux, cuya accion él dió y ganó, adjudicó á su tío toda la gloria, dijo al tratar de este último combate, en carta á Margarita de Austria su madre: *Hoy pienso haber servido con mi espada y mi lanza* MÁS QUE MEDIANAMENTE á S. M! Pero de este suceso debemos hablar con más detenimiento.

Por aquel tiempo asomaba su amenazadora cabeza la discordia entre los jefes protestantes. Todos eran ambiciosos y todos querian mandar sin reconocer superior: Bossu queria ser antes que el conde Casimiro, y este antes que aquel, al mismo tiempo que el príncipe de Orange, contento en un principio con ser segundo del archiduque Matías, deseaba ser primero y considerado ante todos.

Encontrábase D. Juan con su salud muy quebrantada, triste y pensativo, á consecuencia de la muerte de su querido secretario Escobedo, y disgustadísimo al verse abandonado, sin que le mandasen de España tropas, y sin dinero para pagar á las que tenia.

Cuando esperaba contestacion de su hermano á las reiteradas cartas en que pedia tropas y auxilios, recibió, en efecto, contestacion; pero con gran sorpresa suya encontró en ella que se le mandaba negociar la paz con los rebeldes.

Con este motivo recibió proposiciones de los confederados:

mas tan altaneras y descabelladas, que indignado quiso romperlas, y hubiéralo sin duda hecho á no haberle contenido su sobrino Alejandro Farnesio. Desechólas, sin embargo, por inadmisibles y aun degradantes; y no pudiendo hacerse superior á los muchos y diversos disgustos que le oprimian, escribió á su hermano el rey una carta algo dura, lamentándose en suma de *que no recibia sino palabras en vez de dinero, y que no se hacia con palabras la guerra.*

Para completar su disgusto, no porque D. Juan diese entrada en su corazon al temor, sino porque es triste para el noble y honrado el tener una prueba más de la infamia de los hombres, le avisó por aquellos dias el valeroso y entendido D. Bernardino de Mendoza, á la sazón residente en Lóndres, que habia pasado á Flandes un cierto Mos de Racleff, *asesino de profesion*, el cual se fingia fervoroso católico; y para no inspirar sospechas iba en compañía de su esposa y de sus hijos. El tal Racleff pasaba á Flandes con el objeto de asesinar á D. Juan, por encargo de mister Walsinghen y del almirante Cobbe, enviados de Isabel de Inglaterra para negociar la paz. Mendoza con el aviso envió al príncipe el exacto retrato del asesino.

Un dia, estando D. Juan dando audiencia, vió entre los que esperaban al original del retrato mandado por Mendoza, que estaba, en efecto, en compañía de su mujer y de sus hijos. El príncipe, sin inmutarse y sin fijar la vista en el asesino, dió orden al capitán de su guardia para que al salir de palacio aquel hombre le prendiese y entregase al preboste general.

Cuando llegó el turno á Racleff, pidió un socorro á D. Juan, asegurándole que vivia en la miseria á consecuencia de ser verdadero católico, por cuya razon habia perdido sus bienes y sufrido con su esposa y sus hijos, pequeños todos, que le acompañaban, una muy cruel persecucion. D. Juan elogió mucho el proceder del malvado, y le prometió el socorro que pedia. Al salir aquel, fué detenido y puesto á cuestion de tormento; entregó una daga envenenada que llevaba, y confesó que no habia asesinado al príncipe en aquel primer dia por no haberle encontrado solo; pero que hubiera espiado la ocasion hasta encontrarla.

No se habia podido acordar cosa alguna respecto de transaccion con los rebeldes, porque los caudillos de estos todo lo querian ménos el establecimiento de la paz, la cual, una vez establecida, daba por tierra con todas sus ambiciones y todos sus proyectos.

El intermediario para arreglar el tratado de paz, que acababa de llegar de la córte, descubrió en secreto á Alejandro Farnesio

que el rey trataba de llamar á D. Juan, y nombrar á aquel gobernador de Flandes. Creyendo halagarle con esta idea, le suplicó influyese con su tío el rey para que la paz quedase definitivamente establecida; empero encontró á Farnesio muy poco dispuesto á aceptar negociaciones políticas, creyéndolas perjudiciales á la religion é indecorosas al rey. Estaba en esto Farnesio muy de acuerdo con su tío D. Juan de Austria.

Uno y otro acabaron de dar de mano á todo trato de paz, con la llegada de varios caudillos muy afamados. D. Pedro de Toledo, hijo de D. García, el benemérito virey de Sicilia, llegó con tropas; el veterano y famoso maestre de campo D. Lope de Figueroa, apareció con un tercio de gente escogida (españoles) que habia ido á buscar á Italia; el hijo de D. Sancho de Leiva (don Alfonso), virey de Navarra, se presentó con un brillante escuadron de nobles aventureros; D. Gabriel Cervellon, rescatado del turco feroz, tambien llegó con un tercio de dos mil italianos, por manera que la esperanza del triunfo renació en los belicosos corazones del tío y del sobrino.

Duró poco el contento en D. Juan, porque recibió de España varios nombramientos para los más importantes puestos de la milicia, y se creyó ofendido de que en la córte dispusiesen de la provision de unos cargos que él solo, como general supremo y vicario del rey, responsable del resultado de la guerra, debia proveer.

En tanto los rebeldes ganaban terreno: un ejército enemigo, casi todo de alemanes, habia pasado el Mosa y sentado sus cuarteles cerca de Nimega; el duque de Anjou se dirigia á Mons; el conde Casimiro iba por Gueldres á incorporarse con los de Nimega, y todo era movimiento y actividad en el campo protestante. Ahora vamos á ocuparnos del suceso que poco hace hemos someramente indicado.

Preparóse D. Juan para salir á campaña; mas no anduvo tan veloz como quiso, y Casimiro se incorporó á los de Nimega. Con este motivo reunió el príncipe el consejo de guerra, para determinar el plan de operaciones; y hallándose todos los caudillos conformes en que se marchase contra el enemigo, incluso don Juan, solamente el belicoso Farnesio se declaró contrario á aquella idea. Hé aquí el razonamiento que Strada pone en boca de Alejandro, al notar la admiracion que su inesperado parecer causó en todos los consejeros.

«Veo, señores capitanes, que os hace novedad el verme dis-  
»sentir en este punto, siendo yo un hombre á quien á las vezes  
»muchos tachan de confiado; de tímido (por lo menos hasta ago-  
»ra), nadie. Pero esto mismo os he de hacer pensar, que deven  
»de ser de mucho peso las razones que me obligan á dissentir

» de esta batalla contra toda mi costumbre. Explicarelas agora  
» con pocas palabras, aunque soy mas prompto de manos que  
» de lengua. Invadimos á un enemigo poderoso por el número,  
» por el sitio y la comodidad de recibir socorros, defendido; bien  
» cerrados en sus cuarteles; y que la misma naturaleza esta vez  
» le presta sus trincheras, cercándole con las vezinas selvas. Si  
» quando le diéremos vista él, seguro de nosotros, y por consi-  
» guiente despreciandonos, se está dentro de sus cuarteles y for-  
» tificaciones, sin querer salir de ellas, conque fuerza, conque  
» arte, le sacaremos á la pelea? Y si despues de haver hecho os-  
» tentacion de nuestro Exercito, y haverle como paseado delante  
» de los ojos del enemigo nos bolvemos, de que habrá servido el  
» haver llegado allá con tanto trabaxo, y el haver dexado ex-  
» puestas las Ciudades desnudas de presidios, y flacas, á las in-  
» vaciones del Frances? Direys, que si rehusan la batalla, será  
» indicio de que tienen menores fuerzas. Y porque antes no los  
» acreditará de inexpugnable, el haber nosotros intentado en va-  
» no, y el bolvemos con el desaire? Añado que nunca sin algun  
» riesgo se toca á retirar, y buelve el Exercito, por mas que es-  
» tudie los lances de la retirada la disciplina militar. Pero salga  
» de grado de sus cuarteles el enemigo á pelear, ó el valor de los  
» nuestros le acometa dentro de ellos: nos prometemos luego el  
» vencer? El Sabio Capitan en una balanza pone sus deseos y  
» fuerzas, y en otra las del enemigo: y considera despiertamente  
» con sigo mismo, como quien ajusta sus cuentas, que sacará él,  
» que el enemigo, del bueno, ó mal successo de la guerra? Ver-  
» daderamente, Señores, en el tiempo que corre, no tenemos no-  
» sotros tambien dispuesto el juego como los enemigos. Todas  
» nuestras fuerzas se ciñen en solo este campo que veis. Si el se  
» pierde, lo que Dios no permita, con que Soldados defendere-  
» mos esto, que nos quedó de Flandes, contra las armas vence-  
» doras? Ellos, aun perdida la batalla, no tienen que temer otro  
» tanto; porque desbaratado este Exercito que tratamos de inva-  
» dir, al punto resarcirán la quiebra, por una parte con las tro-  
» pas de Alanzon, por otra con las de Casimiro, y con los auxi-  
» lios de Alemania, que cada dia se hazen mayores. Pero demós  
» (lo que se deve esperar de la vovdad de Dios, y del valor de  
» nuestra gente,) que el Exercito Catholico, como le assiste me-  
» jor causa, le corresponda en el combate mejor effecto. Quanta  
» sangre, quanta pérdida de los mejores, costará vencer al ene-  
» migo á vista de sus Reales; teniendo el enteras sus fuerzas, y  
» recientes! Y si quebrantadas de esta suerte, como es fuerza,  
» aun supuesto que vengamos, nuestras fuerzas, el Francés aten-  
» to á la ocasion carga sobre nosotros; ó como me temo, que es-

«ta nuestra esperada Victoria se nos convierta en mucho mayor  
 »desdicha! Y que quedando en nosotros la fama de la Victoria,  
 »el fruto della pase á otros! Y por dezirlo en una palabra, que  
 »los vencedores en la batalla, sean en la guerra los vencidos!  
 »Por lo qual, amenazandonos en esta empresa, que tomamos  
 »voluntariamente, casi igual riesgo que venzamos, ó que nos  
 »venzan; juzgo cierto que la devemos dexar; y que por agora  
 »la razon dicta que reprimamos estos espíritus, grandes sí, pero  
 »útiles de ningun modo.»

Todos comprendieron que Farnesio decia la verdad; pero solo Cervellon, hombre de gran experiencia, hija de sus setenta años y de cincuenta y dos de milicia, estuvo de acuerdo con él. Y fué que estando D. Juan de Austria decidido á salir á campaña, ninguno quiso contrariarle, y ménos aún cuando con todo empeño le secundaba el fiel conde de Mandsfeldt, maestre de campo general, en edad, experiencia y carrera, igual á Cervellon. Mandsfeldt decia que era indecoroso para las armas reales el permanecer en la inaccion.

Hallábase D. Juan en Tirlémont, desde donde hizo salir á dos capitanes de confianza con los exploradores, á fin de que le enterasen de la posicion y fuerza material del enemigo.

Adquiridas las necesarias noticias, salió D. Juan de Tirlémont con doce mil infantes y cinco mil ginetes; y poco despues de treinta horas de marcha, dió vista al enemigo. Entonces fué cuando su sobrino Alejandro Farnesio, por lo mismo que se habia opuesto en el consejo á aquella expedicion, suplicó á su tío le colocase en la primera fila de vanguardia con una pica. Nególe D. Juan la peticion; mas tanto insistió Farnesio, que aquel por fin accedió, no sin mucho gusto, porque como gran general, sabia de cuánta importancia era el que tan gran militar como su sobrino fuese al frente de la vanguardia.

Tres horas invirtió D. Juan en provocar al enemigo, sin que abandonase su campamento. Entonces, irritado el caudillo español; llama á D. Alfonso de Leiva, jefe de un escuadron de caballos volantes, y le dice: *Alfonso: guiad vuestra gente á aquella senda angosta que veis entre la selva y la trinchera, con ademan de quien por desprecio del enemigo va á entrar en la aldea: él sin duda os saldrá al opuesto; entonces, retirándoos poco á poco, sacadle al campo.*

Al mismo tiempo dispuso que el marqués del Monte, jefe de la caballería, hiciese espaldas á Leiva con tres escuadrones de coletes.

Atento estaba á todo el conde de Bossu, general en jefe de los rebeldes. Era gran militar; pero tan ambicioso, que durante la



guerra perteneció varias veces alternativamente á los leales y á los rebeldes.

En cuanto Bossu vió salir á Leiva, mandó á un coronel inglés salir al encuentro de aquel; pero le encargó mucho *no se dejase engañar y se alejase del campamento*: parece que habia leido en el pensamiento de D. Juan.

Trabóse la escaramuza entre los de Leiva y los del inglés, el cual comenzó á llevar la peor parte; por lo cual el conde de Egmont salió á reforzar al semiderrotado inglés, y el marqués del Monte hizo frente á Egmont. Generalizada la pelea, y olvidado Leiva del mandato de su general, en vez de retirarse poco á poco, para sacar al campo al enemigo, comenzó á perseguir á este, que era quien poco á poco se retiraba.

Protegia D. Pedro de Toledo con sus arcabuceros á la caballería; y como es tan difícil al soldado español el permanecer frio é ímpasible cuando se pelea, los arcabuceros comenzaron certeramente el fuego por entre la arboleda, fueron avanzando, los enemigos huyendo, y los nuestros se posesionaron de la trinchera.

Creyéndose Leiva vencedor, envió un ayudante á D. Juan de Austria para advertirle de que la victoria estaba en la mano, si cargaba en su apoyo el grueso del ejército. Teniale prevenido y dispuesto el príncipe, con las haces formadas para entrar en batalla; pero vacilaba y estaba receloso, cuando llegó á la carrera Alejandro Farnesio y encargó á su tío mirase bien lo que hacia; porque la facilidad con que un general como el conde de Bossu habia abandonado el campamento, y el ver que este no tenia artillería ninguna, le habia hecho pensar que el verdadero campamento estaba más distante, y que la huida era una celada para destruir el ejército real.

Pero mientras esto sucedia, los que peleaban, ciegos por su mismo valor, habian seguido el alcance de los enemigos sin reparar que estaban como encerrados en el verdadero campamento de Bossu, fuerte y bien construido, atrincherado, defendido con mucha artillería, situado sobre una eminencia, y circunvalado por un río y por una espesa selva.

Habian llegado hasta allí de la parte del rey cinco mil arcabuceros españoles y unos seis á setecientos ginetes; mas hacia muy superior al enemigo, no solamente su mayor fuerza numérica, sino la artillería que desde la eminencia sin cesar disparaba sobre los españoles.

No pudiendo estos salir del alcance de la artillería, determinan atacar á la desesperada al campamento, y destrozarle; pero ya á este tiempo habia ido un mensajero á pedir socorro á D. Juan.

Este, irritado, contestó que no mandaría ni un soldado, puesto que si los que pedían socorro se veían apurados, lo debían á su misma desobediencia. Consultó, sin embargo, á Farnesio, Mandsfeldt y Gonzaga, que estaban á su lado, y todos opinaron unánimemente que el mandar tropas no serviría para socorrer á los que peligraban, sino para sacrificar más víctimas.

Los mismos que así opinaron, añadieron que tampoco era justo ni decoroso el abandonar á aquellos valientes, cuyo principal delito era hijo de su mismo valor y lealtad. Mas no se sabía de qué modo socorrerlos, hasta que el invicto Alejandro pidió á su tío la vénia para encargarse del socorro.

Ninguno se opuso, que era la empresa sobre difícil, arriesgadísima; y Farnesio montó á caballo, pasó á examinar por sí mismo el terreno; colocó en la entrada de unos vallados á los más escogidos arcabuceros, con el encargo de rechazar á balazos á la caballería enemiga cuando se acercase; despues encargó á Gonzaga que con el grueso de la caballería cargase con ímpetu á la enemiga, para que aprovechando la confusion de la inopinada carga, se retirase la infantería que tan bizarramente se estaba sosteniendo en medio de los reales enemigos, y que despues de reunida esta con la que él habia colocado en los vallados, comenzase á ceder, sin dejar de batirse, por el sendero colocado entre la selva y la aldea, estrecho, pero á propósito para poder marchar la caballería.

Dispuesto todo así, el mismo Farnesio quiso dirigir la difícil operacion, que se practicó tal como la habia concebido. El bizarro Gonzaga dió tan impetuosa carga que aturdió al enemigo, en términos, que no vió la desaparicion de los arcabuceros hasta que estos se habian reunido en los vallados con sus camaradas, despues de lo cual la caballería del rey, retrocediendo y avanzando alternativamente, desplegando los *tornos en caracol* para envolver al enemigo, y perdiendo unas veces tanto terreno como en otras ganaba, llegaron á tomar el sendero que habia indicado el príncipe de Parma, el mismo por donde Alfonso de Leiva habia penetrado llevado del ardor de la pelea.

Grande fué la ira de Bossu cuando comprendió que sus enemigos como por encanto habian desaparecido, y llegaban á su campo en el mayor órden. Por si esto no sucedia así, el bizarro D. Juan habia prevenido á sus caudillos para que tuviesen preparadas y firmes las huestes, por si los que habian de llegar lo verificaban en desórden, no fuesen á desordenar el resto del ejército, y el enemigo aprovechase el momento de confusion para derrotarlos. No sucedió, empero, lo que D. Juan temió y pudo suceder: los valerosos arcabuceros se retiraron en buen órden, y

la bizarra caballería española contuvo heroicamente al enemigo, cabiendo gran parte de gloria al valeroso Leiva, al marqués del Monte, y sobre todos, al sin par Alejandro Farnesio, que en aquel memorable día supo dar, como en Gembloux, una muestra de lo que muy pronto había de ser.

Entonces fué cuando este incomparable caudillo escribió á Margarita de Austria, su madre: *Pienso que en este día he servido más que medianamente á S. M. He librado á su ejército del destrozo, con tanta mayor providencia, cuanto el riesgo de perderse era más inevitable. Por lo ménos, todos los jefes veteranos, viendo á las tropas cogidas por engaño entre los enemigos, dudaron manifiestamente del suceso; y así, ninguno de ellos se quiso encargar de salvar á los que ya contaba por perdidos, y por esto cede en mayor gloria mia el haberme empeñado espontáneamente y haber salido con felicidad del suceso. Dispensad que así hable; porque al hacerlo con la arrogancia de soldado cuando hablo á mi madre, es solo para darla á entender que participo de vos con la sangre, también en los espíritus generosos.*

Pero cuando tan gozoso estaba Alejandro Farnesio y con tanto motivo pagado de sí mismo, un grave disgusto vino á acibarar su contento. La enfermedad de su amado tío el bizarro D. Juan de Austria, había en pocos días ganado tanto terreno, que se llegó á temer por su vida. Al mismo tiempo enfermó D. Gabriel Cervellon de la misma enfermedad que D. Juan, según los médicos, los cuales aseguraron la salvación de este, fiados sin duda en su florida juventud, y la muerte del primero, tal vez porque tenía más de setenta años. Solamente el médico Florentino Hipólito Pennoni, á quien el duque de Parma, Octavio Farnesio, había encomendado el cuidado de la salud de su hijo Alejandro, pronosticó desde luego y sin vacilar la muerte del jóven y la salvación del anciano; cosa que le hizo adquirir grande y merecido crédito.

Llegó el día de San Mateo, 21 de Setiembre, en el cual se cumplían veintiun años del fallecimiento del gran emperador, y su hijo D. Juan, tan enfermo de cuerpo como de espíritu, recordando el triste aniversario, determinó abandonar todos los humanos cuidados.

Convocó el Consejo de estado, y ante él trasladó á su querido sobrino Alejandro Farnesio el mando político y el militar, nombrándole gobernador de Flandes y capitán general de las armas, para en el caso que él falleciese, y mientras su hermano Felipe II nombraba el que había de desempeñar en propiedad el espinoso y delicado cargo.



«Vaciló Farnesio, sin determinarse á aceptar ni á desechar la determinacion de su tio; y porque no puede creerse que al resolver afirmativamente le movió la ambicion ó el deseo de mando, diremos que á su madre escribió que habia aceptado por parecerle casi una traicion al rey el dejar sin cabeza aquel gobierno y ejército, cuando tan pujante y enorgullecido y poderoso estaba el enemigo; y como aun así Octavio Farnesio, padre de Alejandro, no llevase bien la resolucion de su hijo, por el compromiso en que le colocaba, este le contestó en los siguientes términos:

«Pues V. A. ha querido avisarme con su prudencia de que  
 »he pasado de raya en encargarme de este officio, deviendo yo  
 »antes procurar que le administrase el consejo real de Flandes;  
 »digo que tambien á mi se me ofreció esto mismo, como significó á V. A. cuando le escribí de la enfermedad de D. Juan  
 »de Austria. Pero acordándome de que despues de la muerte del  
 »comendador mayor, toda la ruina de las provincias nació de  
 »haber puesto el rey el gobierno en manos del senado, mal que  
 »segun aquí convienen todos, no huviera padecido Flandes, si al  
 »punto se nombrara successor; fuera de esso, viendo claramente  
 »de antemano la inevitable pérdida de este Exercito Catholico  
 »co huerfano de General, por los encuentros de algunos Nobles,  
 »discordes entre sí, divertidos en varios assumptos y pretensiones,  
 »y por esso mas remissos en defender la causa del Rey; y  
 »lo que era mas considerable, por ver á uno, ó otro de estos Caballos  
 »del Exercito, vacilantes no obscuramente en el obsequio  
 »Real, y que quizá, si havia entre nosotros alguna novedad, se  
 »inclinarian hazia los Estados; yo por estos motivos, pidiendo  
 »antes las assistencias de Dios, me resolví á exponerme á qualquier  
 »riesgo de mi honor, que veia me amenazaba, si, ó el Rey  
 »olvidado de mí me passasse por alto, ó saliendome mal el empeño,  
 »me condenassen por el dicho del successo: antes que desamparar  
 »esto que queda en Flandes, que sin duda havia de dar en manos  
 »del enemigo, no habiendo quien le hiziesse bastante resistencia,  
 »por despedir de mis hombros el peso que se me imponia,  
 »mirando por seguridad con nimia circumspeccion; y concebí cierta  
 »esperanza de que, sabiendo unicamente Dios, que el aventurarme  
 »en esta dudosa empresa, era querer que mi rey en un tiempo  
 »en que necesitaba de mí me experimentase leal y firme servidor,  
 »y supiese que no ha de atravesarse peligro que mi lealtad  
 »no atropelle por su causa. Dios por su clemencia gobernará  
 »los asuntos de suerte que no haga yo cosa indigna de los  
 »cuerdos deseos de V. A. y de mi afecto al Príncipe.»

Difícil cosa sería, y muy prolija además, el querer explicar

hasta donde llevó el príncipe de Parma su cuidado y desvelo para aliviar la triste posición de su amado tío. Era, en efecto, dolorosísimo espectáculo el ver á aquel jóven, otro tiempo tan enérgico y fuerte, postrado y abatido por la violencia de la fiebre.

A la cabecera de la cama pasaba Farnesio los días y las noches, vigilando á los médicos y á los de la cámara para que nada faltase á su amado tío, y sin abandonar aquel puesto, escribía un diario de la enfermedad, sin olvidar ninguna de las efemérides, que día por día enviaba á Felipe II.

Padecía muy frecuentemente el bizarro D. Juan unos accesos en que el delirio llegaba á ser tan fuerte, que eran insuficientes seis hombres para impedir que saltase del lecho. En aquellos terribles momentos mandaba á grandes voces, como si al frente del ejército estuviese; nombraba por sus nombres á sus caudillos, y dirigía una batalla como si hubiese realmente de batir al enemigo. Era muy notable, según afirman autores antiguos y modernos, que resistiéndose á tomar medicamentos y no pudiendo reducirle ni por bien ni por mal á la razón, con solo repetirle las palabras JESUS X MARIA, se tranquilizaba y hacia cuanto le pedían.

De pronto mejoró notablemente, é hizo concebir lisonjeras esperanzas que, como casi todas las que en el mundo se conciben, desaparecieron demasiado prontamente.

El día 28 de Setiembre quiso hacer confesión general, como en efecto lo verificó, y recibió, pedido por él mismo, el Santo Viático. Así siguió entre la muerte y la vida, hasta que el día 1.º de Octubre, á la hora del mediodía, acabó los suyos, tan cortos como gloriosos, el héroe del Alpujarra, de Lepanto, de Túnez y de Flandes.

Por su mandado depositaron sus entrañas, puestas en espíritu de vino, bajo el altar mayor de la iglesia principal de Namur; pidió asimismo á su hermano Felipe II que hiciese depositar sus huesos junto á los del gran emperador Carlos I, padre de ambos.

Antes de pasar adelante, debemos defender de una terrible acusación á Felipe II. Los que se propusieron y los que se proponen deprimirle y acriminarle, ni han perdonado ni perdonan ocasión de presentarle como un ser repugnante, sin virtud alguna, y afeado por todos los vicios.

Cierto que en una época en que se supone existían teólogos que al ser consultados no vacilaban en afirmar que era lícito privar de la vida á un hombre si de su muerte pendía la salvación de otros, podía esperarse sin extrañeza la reiterada conmi-

sion del homicidios, siempre que *en conciencia* se pudiese probar que eran necesarios para la salvacion de otros hombres. Decimos esto, porque algunos han afirmado que el bizarro y malogrado D. Juan de Austria, de orden de su hermano Felipe II, fué envenenado: otros no lo expresan, pero lo dan á entender de una manera intencionada y con una reticencia mil veces peor que la afirmativa; y algunos se limitan á indicarlo, haciendo la salvedad de que no tienen *bastantes* datos para asegurarlo, y dejan al juicio del lector el defender ó acriminar á Felipe II. No tener *bastantes* datos es tener algunos, y *no existe ninguno*, nosotros sin vacilar lo aseguramos, que dé motivo para sospechar semejante infamia. Felipe II, segun los que aun muerto le odian, fué el verdadero asesino del principe D. Carlos, de doña Isabel de la Paz, de Juan de Escobedo, de D. Juan de Austria; y sabe Dios de cuántas inocentes víctimas de su tirania! Y para realizar más todo lo negro é inicuo de tan repetidos é infames crímenes, no le hacen asesino de personas indiferentes, sino *de su hijo, de su esposa, de su hermano!* ¿Qué tiene este rey para algunos, que ni aun muerto le dejan reposar, como á D. Pedro de Castilla? ¿Será que fué un declarado enemigo de los que lo eran del catolicismo, crimen que no puede perdonarse, cuando la *despreocupacion* es la *virtud* más notable del siglo? Pero lo mismo sucedió en los anteriores, y será que la *despreocupacion*, aunque ménos manifiesta, no era ménos abundante. Que depriman á Felipe II y quieran acriminarle los extranjeros, lo comprendemos perfectamente; que no hizo en verdad *méritos* para que le tuviesen afecto; ¡tempero los españoles! Nosotros, que lo somos ante todo, quisiéramos que hoy existiese Felipe II, rey que no solo supo sostener la gloria que le legara su padre Carlos I, si que tambien la aumentó mucho; y las glorias nacionales son para nosotros lo primero.

Del supuesto asesinato de su hijo, ya le hemos defendido y probado tambien la calumnia; lo mismo hemos hecho con el de su esposa; del de Juan de Escobedo hablaremos cuando llegite el momento oportuno; ahora vamos á tratar brevemente del de don Juan de Austria.

Cuando se supone un crimen cometido y se designa al que le cometió, lo primero que debe examinarse es qué ventajas puede reportar al criminal la comision del crimen. Nadie grava su conciencia sin que de ello le resulte un placer, la satisfaccion de una venganza ó una ventaja. ¿Tenia que tomar venganza Felipe II de su hermano? ¿Le podia reportar su muerte ventaja alguna?

En cuanto á lo primero, vistos y probados están los grandes servicios que D. Juan hizo al rey y al reino; en tan corta vida,

no pueden encontrarse más servicios ni más relevantes. ¿Le desobedeció alguna vez? ¿Dió alguna muestra de ser sedicioso? ¿No fué siempre leal, modesto y obediente? ¿Estorbaba al rey en el mundo su hermano? ¿Podía aspirar á la corona de Carlos I, ni podía caber, fuera de la imposibilidad moral y material, semejante pensamiento en hombre tan discreto, honrado, leal, noble y caballeroso como D. Juan de Austria? A todas estas preguntas la historia ha respondido en las anteriores páginas por nosotros. Es más: á Felipe II le era muy necesaria la vida de su hermano; porque siendo aquel, como en efecto era, poco guerrero, estando la Europa tan poco tranquila como en el siglo XVI estaba, y siendo tan poderosa España y tan envidiada por sus *enemigos naturales*, un general tan entendido, tan valeroso, tan fiel como D. Juan, que puede con razon llamársele invicto, puesto que jamás fué vencido, era para el rey y para el reino prenda de verdadera esperanza y de segura gloria. Así hemos visto que le confió todas las más grandes empresas en la Alpujarra, Lepanto, Africa, Italia y Flandes. Véase, pues, que á Felipe II le convenia prolongar la existencia de su hermano, á haberle sido posible, lejos de querer acortarla. Además de este raciocinio, que nos parece sumamente lógico, *no existe*, lo repetimos, *ningun dato que pueda ni aun infundir sospecha del supuesto fratricidio*.

¿Tuvieron los calumniadores un pretexto á la mano para suponer el envenenamiento de D. Juan, por los signos exteriores que sobre su cuerpo aparecieron; ni nosotros dudamos de que en realidad fuese envenenado; empero esta obra inicua procedió de los protestantes ingleses y flamencos, que le miraban como al verdadero antemural del catolicismo. La casi repentina muerte de D. Luis de Requesens, ¿de quién sino de ellos fué obra? Cuando D. Juan falleció, ¿no estaba preso el asesino procedente de Inglaterra que quiso quitar á D. Juan la vida? Después, ¿no trataron tambien de asesinar á Alejandro Farnesio?

Es necesario carecer de sentido común, ó sentir un verdadero prurito de calumniar á un gran rey, para achacarle un crimen que ni cometió, ni pudo cometer, si en algo estimaba su corona y la gloria de su patria.

El proyecto de asesinato, hijo de la propaganda protestante, existió tanto, que muerto D. Juan, su sobrino y sucesor Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, ordenó el suplicio de Racleff, á quien el lector ya conoce y á quien el magnánimo D. Juan no quiso sentenciar, que le sufrió en Namur, en unión de otros dos ingleses que, segun alguno dice, presentaron á D. Juan unos preciosos borceguies moriscos, envenenados. Ambos infames asesi-

nos fueron ahorcados por sentencia del príncipe de Parma, y descuartizados despues, fueron sus restos colocados en el camino de Namur.

¶ Era imposible el que no amasen al amable D. Juan cuantos le conociesen, y con mayor razon quien tan cercano deudo como el rey con él tenia. Solamente los sediciosos herejes le odiarian, porque era para ellos temible. El llanto del ejército fué tan general, que al publicarse la fatal noticia, diríase que en el campo real se habia perdido toda esperanza de salvacion, segun la insoponible pesadumbre que visiblemente abrumaba desde el primer general al último soldado.

¶ Trasunto verdadero y fiel de su padre, acababa D. Juan una batalla é iba corriendo por entre las filas y alabando uno por uno á los que más se habian distinguido, incluso los soldados, llamando por su nombre á cada uno; y cuando, escaso de recursos el Tesoro, no podia recompensarlos como queria, se quitaba del dedo un anillo, la daga ó el puñal del costado, ó una cadena del cuello, y por su mano recompensaba al que lo merecia.

¶ El Consejo de estado de Flandes acordó á D. Juan los honores reales. Veinticuatro horas estuvo de cuerpo presente con toda la pompa correspondiente al hijo de Carlos I, y cuando se trató de trasladarle á la iglesia mayor de Namur, ocurrió una acalorada cuestion entre los maestros de campo, que todos querian tener el honor de llevar el féretro de aquel jóven que no llegó á cumplir treinta y tres años, pero grande, célebre é inmortal varon.

¶ Los maestros alemanes alegaban la patria de D. Juan, que nació en Ratisbona, para ser preferidos; los maestros flamencos, presentaban como razon el haber muerto en Flandes el héroe de Lepanto; mas los españoles decian á los alemanes que el haber nacido D. Juan en Alemania habia sido pura casualidad, y que se habia educado y vivido en España, y á los flamencos, que Flandes era de España, y que los honores se dispensaban al valiente y difunto general en nombre del rey.

¶ Alejandro Farnesio, para evitar cuestiones y proceder en justicia, dispuso que el cadáver fuese sacado del pabellon real por los individuos de la familia, ó casa, de D. Juan de Austria, los cuales le entregarían á los maestros de campo cuyos cuarteles estuviesen más próximos al pabellon que habia ocupado el llorado príncipe, que eran los españoles, y estos á los maestros cuyos pabellones siguiesen á los de los españoles, que eran los flamencos, y estos á los siguientes, observando el mismo orden hasta llegar á los últimos, que harían la entrega al primer magistrado de Namur.

¶ Todo el ejército acompañó al cadáver, con las armas vueltas,

las banderas y cornetas (estandartes) arrolladas, las cajas, pifanos y bélicos instrumentos con sordinas: los maestros de campo llevaban sobre sus hombros los inanimados restos de aquel joven insigne y malogrado que hizo estremecer y casi derribó la orgullosa media luna, y las ocho cintas que del rico féretro pendían las llevaban los maestros generales; los pajes conducían los magníficos corceles de batalla, desherrados, con paramentos de terciopelo negro, y en ellos bordadas á realce las armas de la casa de Austria, así como los pajes de armas llevaban el rico yelmo, la pesada armadura, el acuchillado escudo y la temida espada del invicto hijo del César.

Detrás del féretro caminaba abatido y lloroso el guerrero más fuerte de su siglo, Alejandro Farnesio, sobrino de D. Juan y del rey; acompañábanle, en representación de las naciones que en el ejército real tenían tropas, el marqués de Villafranca, español; el conde de Mandfeldt, flamenco; Octavio de Gonzaga, italiano, y el conde de Reulx, aunque flamenco, por los alemanes.

Terminadas las régias exequias, Alejandro mandó depositar en la iglesia mayor de Namur el cadáver de su tío, hasta recibir contestación del rey; porque D. Juan le había pedido por escrito, poco antes de morir, que mandase enterrar su cuerpo junto al de Carlos I, su padre; que cuidase de Bárbara Blomberg, á quien por madre tenía, y de un hijo de esta, llamado Conrado, y que recompensase la fidelidad y buenos servicios de sus criados, á quienes él no había podido recompensar.

Dejó D. Juan dos hijas naturales llamadas Juana y Ana, que lo fueron también, la primera de una bella y noble dama de Sorrento llamada Diana Falanghi, y la segunda, de otra no ménos bella y noble, de Madrid, llamada doña María de Mendoza. De la educación de doña Ana de Austria se encargó doña Magdalena de Ulloa, como había cuidado de la de D. Juan; y de doña Juana de Austria se encargó la duquesa de Parma, Margarita, hermana de D. Juan y madre de Alejandro Farnesio.

Este se hallaba, á pesar de su grande ánimo, muy atribulado: no podía olvidarse de su amado tío, con quien se había educado y criado desde la edad, que eran de una misma, de trece años; ni más se apartaba de su memoria el fuerte desaire que iba á recibir si su tío el rey no confirmaba la elección de D. Juan respecto del gobierno de Flandes, y en el caso de confirmarla, el grave y terrible compromiso que iba á pesar sobre él estando en tan mal estado los asuntos públicos de aquellos países; agravado aquel con la invasión de franceses por el Henao.

No hizo Felipe II esperar mucho la respuesta, la cual recibió Alejandro con visible sobresalto. Comenzaba por aprobar la

eleccion de D. Juan, y mandaba las reales patentes nombrando al principe de Parma, Alejandro Farnesio, gobernador general de los Países-Bajos y supremo general de las armas; despues mandaba trasladar á España y á Madrid los restos mortales de don Juan, para cumplir su último deseo; aseguraba que tenia muy presente á Bárbara Blomberg, y que cuidaria de ella, como en efecto lo hizo con grande y verdadera munificencia; y que respecto á recompensar los méritos de los criados de D. Juan, encargaba al principe le remitiese una lista especificando lo que cada uno merecia, para recompensarle debida y proporcionalmente; todo lo cual se realizó con puntualidad.

En cuanto á Conrado, el hijo de Bárbara Blomberg, que estudiaba por disposicion de D. Juan en Borgoña, encontrándole poco dispuesto por su talento y costumbres al cultivo de las letras, dispuso el rey que se le dedicase á las armas, á las órdenes de Alejandro, y para su decoroso sustento le señaló Felipe H cincuenta escudos de oro mensuales.

Los honores que no pudo lograr el famoso D. Juan durante su vida, los obtuvieron sus mortales despojos. El rey vistió luto y le hizo vestir á la corte, retirándose él mismo durante el novenario á San Gerónimo del Paso. El entierro del ilustre finado se hizo en el Escorial, observando el ceremonial correspondiente á persona de la real familia; y al presentar en la real cámara los huesos hábilmente trabados del malogrado jóven, armado de punta en blanco y apoyado sobre el baston de general que tan dignísimamente manejó, el impasible Felipe II derramó lágrimas; y bien merecia este tributo el que gastó su corta vida en dar gloria al rey y al reino, sin dejar por esto su habitual modestia, ni faltar un momento á la más acrisolada lealtad.

Hé aquí unas interesantes lineas que de un autor extranjero copia el Sr. Lafuente. Habla del inolvidable D. Juan de Austria:

«Ilustró su nombre en la profesion militar con tres nobles empresas. En la primera enfrenó el atrevimiento morisco; en la segunda el orgullo mahometano; en la tercera el furor flamenco. En cada una con los sucesos sobrepujo con grandes ventajas la edad. Porque venció á los moros apenas salido de la infancia, humilló los turcos apenas entrado en la flor de la juventud, y reprimió los belgas con tal maestria de guerra, que un viejo y consumado capitán no la podia mostrar mayor.»

Hé aquí un exacto retrato físico y moral de Juan de Austria, hecho por *Wander Hammen*: «Fue de temperamento sanguíneo; señoril presencia, algo más o que mediana estatura, inclinado á lo justo, de agudo ingenio,



»buena memoria, alentado y fuerte, tanto, que armado nadaba  
 »como si no tuviera cosa alguna sobre sí; ligero, agradable, cor-  
 »tés, gran honrador de las letras y las armas; excelente hombre  
 »de á caballo. Tuvo la frente señoril, clara, espaciosa, los ojos  
 »algo grandes, despiertos y garzos, con mirar grave y amoroso;  
 »hermoso rostro y poca barba, lindo talle y airoso, liberalidad y  
 »gravidad en acciones y palabras, fé en las promesas, fidelidad  
 »en el servir á su hermano, discrecion y esfuerzo, celo de la re-  
 »ligion católica, reverencia á las cosas y personas sagradas, se-  
 »creto y presteza en ejecutar, crédito y autoridad aun con los  
 »enemigos, de manera que su nombre y reputacion disminuía su  
 »ánimo y osadía. Vencía con clemencia, gobernaba con benigni-  
 »dad, proveía y ordenaba con madurez; hallábase constante en  
 »los casos prósperos y adversos, experimentado en la milicia ter-  
 »restre y marítima, de gran conocimiento en los consejos; sabía  
 »elegir sus ventajas, media bien las fuerzas, y acomodaba la  
 »providencia á los casos y deliberaciones, según la variedad de  
 »los accidentes; presentábase á sus soldados con afabilidad, y or-  
 »denaba con agrado. Con esto, y con hablar á cada uno en su  
 »lengua materna, tenia obediente á sus órdenes y mandamien-  
 »tos tanta diversidad de gentes, tanta variedad de costumbres,  
 »tanta desproporcion de ánimos como se hallan en los ejércitos,  
 »compuestos de ordinario de diferentes naciones, etc.

Hasta en el supremo instante de la muerte mostró D. Juan de Austria su claro talento, y fué útil á su hermano y á su patria. Mostró su talento y prevision en no habilitar al Consejo, como antes de él acostumbraron los gobernadores de Flandes, para que le reemplazase mientras el rey elegía el sucesor del que iba á pasar á mejor vida; y fué útil al rey y á su patria por lo acertadísimo de su eleccion.

En efecto, solo Alejandro Farnesio, príncipe heredero de los ducados soberanos de Parma, Piacenza y Guartala, era digno de reemplazar á D. Juan de Austria, que parecia realmente irremplazable.

Concurrían en él, y no en otro general de su época, casi las mismas circunstancias que en su tío D. Juan: este era hijo del emperador Carlos I. y Alejandro era nieto de este mismo famoso soberano; el uno fué hermano del rey y el otro sobrino, hijo de su hermana Margarita. Uno y otro eran valerosísimos, iguales en talento, en afabilidad, en energía, en actividad, en inteligencia: D. Juan nació en Alemania, pero fué educado en España, á donde le trasladaron cuando aun no tenia uso de razon, y lo mismo sucedió á Alejandro, sin otra diferencia que la de haber nacido en Italia, y por último, eran de una misma edad; que tampoco





C. MUGICA, dib. y lit.

Lit. de J. DONON Madrid.

Alejandro Farnesio  
(Duque de Parma)





Farnesio había cumplido el año treinta y tres de la suya. Estaba este tan identificado con las ideas y pensamientos de su tío D. Juan, como quien había sido su amigo, confidente é inseparable compañero desde la edad de trece años. Con él estuvo en Lepanto, y si le auxilió poderosamente en la campaña de Flandes, el lector ya lo ha visto. Despues verá hasta dónde llegó el talento militar y aun político de Alejandro y cuán alto rayó su valor.

### PORTUGAL.

Al comenzar el año 1578 apresuraba con más afán que nunca el rey D. Sebastian su expedición á Africa, á pesar de los consejos de su tío Felipe II. Este mandó á Lisboa al duque de Medinaceli, con el expreso encargo de que disuadiese en su nombre al portugués de su temeraria y arriesgada empresa. Considerábala así el rey Felipe, y á esta consideracion se unia la inconveniencia que encontraba en hacer la guerra á Muley-Moluc, quien estaba protegido por el gran turco. Felipe II proyectaba á la sazón una alianza con el jefe del imperio otomano para asegurar de una invasion sus estados de Italia, y no le convenia darle motivo alguno de disgusto.

No quiso D. Sebastian escuchar á Medinaceli: le mandó hacer presente á su rey que estaba firmemente decidido á realizar su noble empresa, y que auxiliado ó sin auxilio la realizaria. Estaba ciego, y no podia ver que se dirigia en busca de su ruina; porque lejos de faltarle quien le aconsejase, la reina, su abuela, su tío D. Enrique, su tío el rey de España, sus ministros, sus consejeros, toda la córte, en fin, le decian unánimemente que desistiese de su temerario empeño; mas todos se esforzaban en vano.

A fuerza de fatigas, dispendios y actividad, se reunió un ejército de unos doce mil hombres, con más un tercio de dos mil españoles, mandados por D. Alonso de Aguilar; tres mil alemanes, y unos setecientos italianos: en total unos diez y ocho mil hombres, incluyendo quinientos voluntarios nobles, todos portugueses.

El rey D. Sebastian se reservó el mando en jefe del ejército; dió el cargo de la armada á D. Diego de Souza; el cargo de maestro general (que pudiéramos llamar jefe de estado mayor) á D. Duarte de Meneses, y encomendó la caballería al duque de Aveiro.

El rey llevaba en su escolta todo lo más florido y respetable de la nobleza portuguesa, incluso á D. Antonio, prior de Crato, hijo bastardo del infante D. Luis. A este personaje le supone en Lisboa el autor del drama lírico titulado *D. Sebastian, rey de Portugal*, intrigando para quitar el trono á su deudo; y es bueno advertir que en el expresado libro no hay una sola palabra de verdad histórica.

Ya dispuesto el bizarro pero desatentado rey para emprender la marcha, nombró regente del reino á su tío el cardenal D. Enrique; pero no habiendo aceptado este el cargo, nombró el rey una regencia trina, compuesta del arzobispo de Lisboa D. Jorge de Almeida, D. Francisco de Saa y D. Juan Mascareñas, al cual agregó luego á D. Pedro de Alcazoba.

Corría el mes de Junio cuando se dió á la vela la armada portuguesa, y llegó felizmente á la hermosísima Cádiz, en donde recibió y obsequió magníficamente al rey de Portugal el duque de Medina-Sidonia.

Ocho dias permaneció en la antigua y memorable Gades don Sebastian, y de nuevo embarcado, mandó desde el Estrecho á D. Duarte de Meneses adelantarse á dar parte á Muley-Mohamet de que se acercaba la escuadra portuguesa; despues desembarcó sin contratiempo en Arcila, y se preparó para sitiár á Larache.

El bizarro rey, ménos inteligente que valeroso, en vez de obrar con decision reunió su consejo y perdió lastimosamente quince dias, invertidos en consultar si seria más conveniente y ventajoso seguir por agua ó hacer por tierra el camino. Estos dias que malogró, que siempre el tiempo es precioso, y es preciosísimo en la guerra, le supo aprovechar Muley-Moluc, rey de Fez y de Marruecos. Preparó un ejército, fuerte de treinta mil infantes y *cuarenta mil caballos*, quintuplicando la fuerza numérica de que D. Sebastian disponia. Y este tenia la desventaja de contar con muy pocos ginetes, así como Moluc llevaba consigo la inmensa ventaja de que sus fanáticos secuaces iban á entrar en batalla decididos y despreciando la muerte, puesto que ocurriendo esta en la guerra contra cristianos, les habia de abrir infalible é inmediatamente las puertas del paraíso.

D. Sebastian, aunque era sumamente bizarro y belicoso, procedió engañado. Muley-Mohamet le habia asegurado que en el momento de verse apoyado por ejército extranjero, todos sus antiguos vasallos se pronunciarían en su favor y contra el tirano Moluc. Esta creencia inspiró también gran confianza al rey de Portugal, el cual á los veinte dias de haber desembarcado en Arcila, y á pesar de que el consejo despues de muchas dudas,

consultas é indecisiones creyó más conveniente hacer el viaje por agua, decidió seguir por tierra á Larache.

Llegó á los llanos de Alcazarquivir, tan á propósito para que maniobrase la numerosísima caballería enemiga, y el dia 3 de Agosto aparecieron en el mismo punto las huestes enemigas, sin que un solo vasallo de Moluc pensase en reconocer á su antiguo y destronado rey.

Estaba Muley-Moluc de mucha gravedad enfermo, sin embargo de lo cual, animoso y enérgico siempre, se hizo llevar en una especie de litera, y en ella recorrió las filas de los suyos y los arengó con el mismo ánimo y decision que si estuviese en la plenitud de su salud y de su vida. Sabia muy bien Mohamet el peligro que Moluc corria, y estaba seguro de que muerto aquel nadie le haria oposicion para la recuperacion de su corona.

Tan enfermo estaba Moluc, que falleció casi antes de comenzar el combate; pero los enemigos de Mohamet, que eran más de los que él creia, para evitar que recuperase lo que tanto anhelaba, ni aun al propio ejército dejaron traslucir lo que habia ocurrido; lejos de esto, los magnates africanos se acercaban á la litera y figuraban recibir las órdenes de Moluc como si vivo estuviese.

Creyéndolo todos así, comenzó la lucha al romper el alba del dia 4 de Agosto; dia de horror y de luto para Portugal, aunque sus guerreros hicieron cuanto fué posible y cuanto á buenos cumplia. Mas ni sirvió su gran valor, ni los heroicos esfuerzos de los dos mil leones castellanos, contra la innumerable morisma que por todos lados los circuia, ni era posible resistir al empuje de cuarenta mil caballos sobre una llanura tan á propósito para causar destrozos.

Digase en honor del desventurado D. Sebastian, que si fué poco inteligente, imprevisor y poco cauto, respecto á la parte de valor ningun soberano le pudo tener mayor que él. Ni un solo momento desmintió durante el sangriento combate su excelso ánimo, su incomparable serenidad y su inexplicable valor. Buscando siempre los sitios de mayor peligro, como si un particular soldado fuese, abatia con su pujante brazo y su temida lanza enemigos sin cuenta, y así deshacia un grupo de seis ó siete infieles, como hacia morder la tierra á un solo enemigo si por desdicha le hacia frente.

Empero iba viéndose solo; sus mejores y más bravos caballeros yacian sin vida unos, otros estaban mal heridos; él mismo tenia ya hecha astillas la lanza; rota por el primer tercio la matadora espada, roja hasta los gavilanes, y su generoso corcel, por cien partes desangrado, vacilaba con el estremecimiento fatal, precursor de la muerte.

Renovados el caballo, lanza y espada, llegóse al valeroso don Sebastian uno de sus caballeros, y con visible angustia le preguntó: *¿Señor, qué habremos de hacer agora?* — *Imitarme á mí,* respondió el animoso rey, y se entró á galope por el medio de un grueso peloton de enemigos. En aquel momento perdió el nuevo caballo, y recibió una bala que le penetró por el escote izquierdo de la armadura.

Dióle su mismo caballo el bizarro portugués D. Jorge de Alburquerque, y sin curarse el rey de su herida continuó haciendo prodigios de valor. Cuál sería este, cuando uno de los jefes africanos se llegó á él, y respetuosamente le dijo: *Señor, admirame tu gran valor; pero por Allah, que es locura buscar una muerte cierta y no reservarse para mejor ventura. Sígueme, pues, señor, que yo te pondré en salvo.* — *¿Y mi honra, moro? ¿No se dirá que huyó D. Sebastian!*

Cada minuto caía un nuevo caballero de los pocos que aun se sostenian; y uno de los amigos del rey que á su lado permaneció y pereció como bueno, le dijo: *Mi buen rey y señor, ¡qué remedio podremos tener!* — *El del cielo, querido Tabora* (era el caballero D. Cristóbal de Tabora), *si nuestros hechos le merecen.* LA LIBERTAD REAL HÁSE DE PERDER CON LA VIDA. Palabras dignísimas en boca de un soberano, que no ocurrieron á otros de su clase al dejarse hacer prisioneros.

Los moros en aquel funesto dia procedieron como moros: el que no es noble, ni puede proceder con nobleza, ni apreciar los hechos de los que lo son. Muerto el fiel Tabora y casi solo y aislado el bizarrísimo D. Sebastian en medio de un gran grupo de infieles, cayó del caballo con multiplicadas heridas, y ya en el suelo exánime, por efecto de la mucha sangre derramada, casi sin vida, durante muchos minutos más de cincuenta ismaelitas le alancearon, hiriéndole innumerables veces.

Tal fué el fin de D. Sebastian de Portugal, un rey tan valeroso como el que más lo hubiese sido; igual en ánimo á los más animosos; á ninguno inferior. No habia cumplido todavía los veinticinco años.

Quedó sin vida indudablemente sobre los llanos de Alcazarquivir, y es por consecuencia falso el que apareciese despues en Castilla y se diese á conocer en *Madrigal como pastelero*: Que algun aventurero especulador quisiese aparecer como rey de Portugal, aunque tantos riesgos correr podia, pudo ser cierto; empero que el pastelero fuese en efecto el rey, imposible: su muerte fué desgraciadamente demasiado cierta; mas pudo convenir á los populares escritores el convertir en rey al pastelero, para que el amigo de aquellos, Felipe II, le hiciese ahorcar por

falsario para asegurar en Portugal su dominio. Esta es otra de las calumnias levantadas á Felipe II, cuya referencia no es ahora del caso.

Por más triste y desconsolador que sea el referir los tristísimos y desastrosos resultados de la temeridad del bizarrísimo y desventurado D. Sebastian, que á nadie costó más cara que á él mismo, conviene consignarlos aquí:

Murieron en Alcazarquivir el obispo de Coimbra, D. Manuel de Meneses; el obispo de Oporto; los condes de Vimioso y de Vidigueyra; el baron de Albito, el hijo del duque de Braganza; el del conde de Sortela; el del conde de Silva; D. Francisco y D. Cristóbal de Tabora; el anciano Jorge de Silva, regidor de Lisboa, que á los setenta años mostró tanto vigor en la batalla como el más brioso y robusto jóven; infinitos nobles portugueses, espejo de valor y de hidalguía; el capitán de los tudescos Mos de Temberg; el maestré de campo de los de Castilla, don Alonso de Aguilar; el capitán Francisco Aldana; y quedaron cautivos D. Antonio, prior de Crato; el jóven duque de Varceolos, el maestré de campo general D. Duarte de Meneses, el embajador D. Juan de Silva, D. Fernando y D. Diego de Castro, D. Francisco de Portugal, D. Gonzalo Chacon, y otros muy ilustres caballeros.

Tampoco pudo contar el desastre su primer autor, el destronado Muley-Mohamet; porque al huir, lejos de imitar en el valor al desventurado D. Sebastian, se ahogó al atravesar el río Macazin.

Respecto de los que posterior y sucesivamente aparecieron figurando ser el rey D. Sebastian, hablaremos cuando conveniga para sacar limpio de mancha á Felipe II, y desmentir de incontrovertible manera á sus detractores. Por ahora nos limitaremos á decir que el cadáver del valeroso rey portugués fué presentado al sucesor de Moluc, que lo fué su hermano Hamet, por los mismos que bárbaramente le acabaron la vida; que fué reconocido por D. Duarte de Meneses y por los demás nobles cautivos, quienes sobre él derramaron tan tierno y sentido llanto, que no pudo ménos de conmoverse Muley-Hamet; que se le dió sepultura en Alcázar, y el día 10 de Diciembre de 1578 fué entregado al gobernador portugués de Ceuta, negándose noblemente el emir africano á tomar precio alguno por el rescate del real cadáver. Llevado despues á Lisboa, se le hicieron solemnes y régias exequias, colocándole despues para descansar eternamente al lado de sus ilustres progenitores. Sirva esto de aviso así á los que en dramas y novelas le han resucitado, como á los que han dicho que le hizo ahorcar Felipe II para no verse en el caso de devolérle la corona de Portugal.

81 Felipe II se mostró tan generoso que rescató á su costa á todos los portugueses que fueron cautivos en Alcazarquivir, por medio de D. Pedro de Venegas, á quien dió poderes y gran cantidad de metálico para negociar el predicho rescate. Pudo muy bien ser un acto de política, para congraciarse con sus nuevos vasallos; pero aunque así hubiese sido, los actos de política que dan por resultado la libertad de muchos cautivos, son siempre muy loables y dignos de ser imitados, y dan además á entender que está muy lejos de ser tirano ni avaro el que los ejecuta; porque la tiranía y la avaricia cuando llegan á dominar un corazón, se hacen superiores á todo otro sentimiento; y el soberano que de ellos se deja dominar, se cree más seguro en el trono atesorando, que derramando dinero, y manejando la espada más que empuñando el cetro.

82 Llegó á Lisboa la tristísima noticia del desastre de Alcazarquivir y de la muerte del jóven y bizarrísimo rey; y despues de dejar pasar los primeros momentos de desconsuelo y pena, fué elegido para suceder á D. Sebastian, muerto sin hijos, su tio el cardenal D. Enrique, anciano y achacoso.

Verificáronse, pues, la solemne proclamacion, y las exequias del difunto rey, de una manera solemne y magnífica. La municipalidad de Lisboa, con toda la córte, salió procesionalmente de la catedral, con sendas hachas de cuatro pábilos, siguiendo todo el pueblo, que mostraba muy á las claras su sincero dolor.

83 Un individuo de la municipalidad iba á caballo arrastrando por el suelo una negra bandera, viéndose á su lado tres ancianos, cada uno de los cuales llevaba en lo alto un escudo negro. El uno de ellos, al salir de la iglesia mayor, dijo en voz alta y dolorosamente: *¡Llorad, señores; llorad, ciudadanos; llorad, pueblo todo, por vuestro rey D. Sebastian que es muerto! ¡Llorad su malograda juventud, pues murió en la guerra contra moros por servicio de Dios nuestro Señor, y aumento de estos sus reinos!*

84 Dicho esto, rompió en muchos pedazos el negro escudo; y en otros dos templos, los otros dos ancianos repiliéron iguales palabras, rompiéron los respectivos escudos; y en cada una de las tres veces, á las palabras de cada anciano, seguian los lamentos, sollozos y alaridos de todo el inmenso pueblo que seguia al fúnebre cortejo.

85 Hallábase en el Escorial Felipe II cuando tuvo noticia del desastre que supo prever y que por consiguiente no le sorprendió, y de la elevacion al trono lusitano del anciano cardenal y achacoso D. Enrique.

En el acto comisionó al inteligente y fiel D. Cristóbal de Mora,



para que pasase á Portugal á dar el pésame por la desgracia al nuevo rey D. Enrique, y el parabien al mismo tiempo por su elevacion al trono.

El hábil Felipe II comprendió lo que muy pronto sucederia, siendo el nuevo monarca lusitano, anciano y estando muy enfermo; y Mora (ó Moura), que era hombre de tanto talento, tacto político y perspicacia como convenia, y que estaba muy relacionado en Portugal, como portugués que era, con el pésame y el parabien llevó la comision de explorar los ánimos de los lusitanos para en el caso de que el rey D. Enrique falleciese.

Al tratar de los sucesos ocurridos en el siguiente año, veremos el resultado de las secretas gestiones de D. Cristóbal de Mora.

### AÑO 1579.

### PORTUGAL.

Comprendiendo los que se creian con derecho á la corona del malogrado D. Sebastian que el reinado del achacoso y anciano D. Enrique no podia ser muy largo, comenzaron á gestionar secretamente á fin de asegurar la ambicionada herencia.

Cinco eran los aspirantes á la corona; y para que el lector conozca los derechos que cada uno de aquellos tenia, los expresaremos ahora:

D. MANUEL, rey de Portugal.

D. JUAN III, su hijo.

D. JUAN, príncipe, muerto en edad temprana.

D. SEBASTIAN, su hijo, muerto sin sucesion.

Extinguida la linea primogénita, quedaban con derecho á la corona los siguientes príncipes, procedentes todos del rey:

D. MANUEL,

Doña ISABEL, su hija, emperatriz de Alemania y reina de España.

D. FELIPE II, rey de España, hijo de esta señora, y nieto del rey D. Manuel, aspirante.

D. MANUEL, rey.

DOÑA BEATRIZ, su hija.

FILIBERTO MANUEL, duque de Saboya, su hijo, *aspirante*.

D. MANUEL, rey.

D. DUARTE, su hijo.

DOÑA MARÍA, nieta del rey.

RANUZIO FARNESIO, su hijo (y de Alejandro, príncipe de Parma), *aspirante*.

D. MANUEL, rey.

D. DOÑA CATALINA.

EL DUQUE DE BRAGANZA, su esposo, *aspirante*.

Era también *aspirante* D. Antonio, prior de Crato, hijo del

infante D. Luis, duque de Beja, aunque como en otra ocasión

hemos dicho, era bastardo.

D. Cristóbal de Mora exploró el terreno con la sagacidad y tacto que le eran peculiares, y encontró la opinión general contraria á los derechos de Felipe II, si bien tenía en su favor á muchos principales personajes del reino. Y sin embargo, los derechos del rey de España eran los mejores; porque la infanta doña Isabel, esposa del emperador y madre de Felipe, fué la *hija mayor del rey* D. Manuel; el pretendiente *duque de Saboya*, era *hijo de una hermana menor*; *Ranucio Farnesio*, era *hijo de una nieta del rey*, no de una hija, como Felipe; el duque de Braganza, pretendiente también, era *esposo de una nieta del rey* D. Manuel, y el prior de Crato, aunque hijo de varon, era *ilegítimo*, y no podía aspirar legalmente á la corona. Por lo expuesto se ve claramente que era el mejor derecho el del rey don Felipe II.

Quando más proyectos se formaban, circuló la noticia de que el rey D. Enrique, fué de cada uno de los aspirantes, como hijo de D. Manuel y hermano de D. Juan III y de las infantas doña Isabel, doña Beatriz, etc., había resuelto contraer matrimonio. El anciano monarca, sin recordar su edad ni sus achaques, no olvidó, empero, su estado, y solicitó del Sumo Pontífice la necesaria dispensa para casarse, sin más objeto que el procurar que no heredase Felipe II la corona. Sus consejeros fomentaban la ridícula y extravagante idea, y no agitaba ménos la tramitación y resolución de la dispensa el embajador portugués en Roma.

Quando más proyectos se formaban, circuló la noticia de que el rey D. Enrique, fué de cada uno de los aspirantes, como hijo de D. Manuel y hermano de D. Juan III y de las infantas doña Isabel, doña Beatriz, etc., había resuelto contraer matrimonio. El anciano monarca, sin recordar su edad ni sus achaques, no olvidó, empero, su estado, y solicitó del Sumo Pontífice la necesaria dispensa para casarse, sin más objeto que el procurar que no heredase Felipe II la corona. Sus consejeros fomentaban la ridícula y extravagante idea, y no agitaba ménos la tramitación y resolución de la dispensa el embajador portugués en Roma.

Como todos conocian el estado en que el rey se hallaba, que entre sus muchos achaques se contaba la tisis que le consumia, se llegó á sospechar que su intención era la de legitimar algún hijo que en su juventud hubiese tenido; cuya madre viviese aun.

Antes de que comenzase á circular por Lisboa la original noticia del proyectado casamiento del rey, ya la sabia Felipe II por su fiel negociador D. Cristóbal de Mora. Sabida aquella por el rey de España, dió aviso inmediatamente á su embajador en la corte de Gregorio XIII, para que procurase impedir el que se concediese la dispensa que necesariamente habria de solicitar el rey cardenal, que era sacerdote y arzobispo, como en efecto la solicitó.

El disgusto con que miraba D. Enrique á Felipe II, pasó á ser formal enojo, á consecuencia de las observaciones que por orden del segundo hizo al primero Fr. Hernando del Castillo, docto religioso de la orden de Santo Domingo.

Comprendió el rey de España que el hacer valer sus derechos pacíficamente seria difícil, y determinó prepararse para si llegaba el caso de apelar á la última razón de los reyes. Entonces fué cuando gastó sumas fabulosas en rescatar á los cautivos de Alcazarquivir, sin distincion de nobles ni plebeyos, sin embargo de lo cual comenzó á prepararse para la guerra.

La generosidad de Felipe surtió, empero, muy buen efecto; y quando de regreso entraron en Lisboa los rescatados cautivos, el pueblo le bendecia y victoreaba por calles y por plazas.

El fiel Mora en tanto ganaba terreno, y aumentaba el partido del rey de España; y es fama que sus servicios fueron en aquella ocasion relevantisimos; porque él, más aun que las armas, dió á Felipe II la corona lusitana.

Para que en todo fuese semejante la situacion de Portugal á la de Aragon en tiempo del rey D. Martin, quando obtuvo la corona aragonesa el memorable D. Fernando el de Antequera, don Enrique, quizá desconfiado de obtener la anhelada dispensa, decidió publicar una formal notificacion hecha á cuantos se creyerán con derecho á la corona, para que por medio de procurador le expusieran en el preciso termino de dos meses. Proponiase, segun ofreció, fallar en justicia y con arreglo á derecho. Felipe II prescindió del que pudiese asistir ó no á D. Enrique para declararse á sí propio juez en tan delicada materia, y acató la determinacion, á fin de que en el caso de tener necesidad de apelar á las armas, no se pudiese decir que por falta de derecho habia huido de la libre discusion.

Al presentar los suyos como aspirante á la corona, remitió á

la cámara portuguesa una comunicación, en cuyos principales párrafos, despues de probar su legitima descendencia y la de sus hijos del rey D. Manuel, como hijo de la emperatriz doña Isabel, hija de aquel soberano, decia: *videtur huiusmodi ut ne sup ojid iug*

«Por todas estas causas y razones tengo tanto respeto al ser de  
«mismo rey mi tio, y tanta obligacion a desejar que su vida sea  
«larga como vosotros mismos; mas estando las cosas de la suce-  
«sion de ese reino en el estado que vos sabeis, he querido con  
«mucha consideracion y maduro consejo saber el derecho que  
«Dios fué servido darme por sus ocultos juicios; y habiendo  
«mandado mirar este negocio en mis reinos y fuera dellos por  
«personas de ciencia y conciencia, hallan todos que la herencia  
«de los dichos reinos me viene á mí de derecho sin duda ninguna,  
«ni haber persona de las que hoy viven que con razon ni justi-  
«cia en manera ninguna me lo pueda contradecir por muchas y  
«claras razones, y particularmente entre todas por ser varón y  
«más viejo en dias, como es notorio y sabido.» Añadia que  
considerasen que no es rey extranjero el que os ha de here-  
«dar, sino tan natural como está dicho, pues soy nieto y hijo  
«de vuestros príncipes naturales, y de su misma sangre, y seré  
«tan padre de cada uno como todos lo vereis quando fuere Dios  
«servido; mas desde ahora os he querido rogar que con vuestra  
«mucha prudencia y larga experiencia vais mirando y apuntan-  
«do todas aquellas cosas en que yo os puedo haber honra y favor  
«no solo en conservar vuestros privilegios y libertades, pero en  
«aumento dellos en general y de cada uno en particular, como se  
«dixese la edicion y. onest. adung obus no. no. lo. H.

«Críticas y delicadas eran por demás las circunstancias; el pue-  
blo con su sálita veleidad, olvidado del rescate de los cautivos,  
no queria ni oír hablar de que el rey de España pudiera llegar  
á serlo suyo; D. Enrique, con la notable comunicacion, acabó de  
airarse contra su sobrino D. Felipe; amigos y enemigos de este  
comprendieron que Felipe no desistiría, porque conocian su ca-  
rácter, su teson, su energía, y sobre todo, su poder. El achaco  
so, y decrepito rey D. Enrique estaba decidido en favor de la  
duquesa de Braganza, con quien habia querido contraer matri-  
monio, á pesar de tener solamente catorce años de edad aquella  
señora; y firme en su propósito, mandó á los mejores juriconsul-  
tos portugueses diessen su dictámen acerca de los derechos de  
aquella señora. Satisfecho de su resolucion, disgustóse despues  
porque los letrados, incluso el más célebre entonces, llamado  
Barbosa, habian ya dado su parecer en favor de Felipe II, en  
opúsculos impresos y circulados clandestinamente, merced á la  
habilidad del inteligente Mora.

Era en efecto, como ya hemos demostrado, el mejor derecho el que asistía á Felipe II; mas, sin embargo, al enviar á Lisboa sus procuradores los aspirantes, aparecieron dos nuevos: Calalina de Medicis, cuyo derecho existía en su imaginación solamente, y Gregorio XIII, que solo alegaba le correspondía el reino en el caso de quedar vacante la corona, como feudo de la Iglesia.

Felipe II. contaba ya con la mayor parte de los magnates lusitanos; pero el pueblo se mantenía contrario, y no era en verdad extraño; porque Inglaterra, Francia y los protestantes flamencos y alemanes agitaban sorda y secretamente las masas y derramaban el oro á manos llenas, para impedir que Portugal se uniese á España.

Corría ya el mes de Octubre cuando llegó á Lisboa el duque de Osuna, en representación del rey Felipe, y con el expreso encargo de no hacer cosa alguna sin acordarla primero con el fiel é inteligente D. Cristóbal de Mora.

En tanto continuaba D. Enrique favoreciendo la candidatura de la duquesa de Braganza, y decidido á disponer de la corona en favor de aquella. Sin embargo, se acordó por el consejo que el rey nombraría cinco gobernadores, elegidos entre quince personas presentadas por los tres brazos del Estado, y el mismo rey elegiría por sí once jueces, de entre veinticuatro, los cuales habían de fallar *post mortem* sobre la sucesion á la corona, jurando previamente los tres estados conformarse con la eleccion de los jueces y no reconocer otro rey que el elegido por aquellos.

No agradó tal determinacion á los representantes de Felipe II, porque suponian que los jueces fallarian en favor de la duquesa de Braganza, y que todo era un amaño bien combinado. Creíase el rey de España cada dia con mayor derecho; porque los letrados y hombres más eminentes de Portugal al emitir su dictamen, habían dicho *que en aquel reino no habian lugar las representaciones, por sus leyes y costumbres; que la línea del rey don Juan se habia extinguido en D. Sebastian, y era forzoso volver á buscar la del rey D. Manuel, y buscar el pariente más cercano, varon y de más edad, y este era el monarca español.*

La primer providencia que adoptó Felipe fué mandar á sus representantes en Lisboa que protestasen contra la decision de que acabamos de ocuparnos, sin perjuicio de lo qual mandó al marqués de Santa Cruz dirigirse con una escuadra á las costas portuguesas.

El duque de Osuna presentó la protesta, cuyo principal párrafo decia:

“Por tanto les pedimos y requerimos una y muchas veces, y tantas cuantas de derecho podemos y debemos, que teniendo y

reconociendo á la Católica Real Magestad del dicho Rey D. Felipe nuestro señor por verdadero rey y señor destes reinos, como lo es, lo digan y lo publiquen así al pueblo, y todos se allanen á dalle y prestalle la obediencia debida, y á le rescibir y á jurar por tal Rey cada y cuando y en qualquier tiempo que S. M. viniere á tomar posesion dellos; y para ello le envien á llamar, sin que en manera alguna consientan ni den lugar que sea alzado por Rey y señor de estos reinos otro principe ni persona alguna del mundo, ni se haga auto ni cosa que sea contraria á lo susodicho; ni que pueda tener ni tienda en perjuicio del derecho de su Real Magestad. En otra manera protestamos que todo lo que se hiciere ó intentare en contrario de lo susodicho será ninguno y de ningun valor ni efecto, y que no causará perjuicio alguno al derecho de S. M. el Rey nuestro señor. Y protestamos asimismo contra las personas y bienes de los dichos señores Governadores á quienes hacemos el requerimiento, etc.

Impuso bastante temor la precedente protesta, porque no era á la sazón España nacion á quien se pudiera desagradar impunemente, mucho ménos cuando á su soberano le asistían la razon y la justicia. Por esto los consejeros que eran favorables á Felipe II, y otros que recibieron con sobresalto la protesta, hicieron desistir á D. Enrique de su afan en favor de la duquesa de Braganza, y avenirse á legar la corona á un hijo de D. Felipe; mas este se negó á aceptar todo lo que no fuese recibir el mismo la corona lusitana.

D. Cristóbal de Mora continuaba en tanto minando el terreno, distribuyendo á manos llenas el oro, y viendo, sin embargo, que la árdua cuestion habia de ser en último resultado decidida por las armas.

Pareciáse tambien la situacion de Portugal en 1579 á la de Aragon en tiempo de D. Martin, segun antes dijimos, en que uno de los pretendientes era discolo, revoltoso y hombre de carácter indomable. En Aragon fué el conde de Urgel; en Portugal, el prior de Crato.

No quiso este comenzar rompiendo lanzas, porque temia á don Felipe, quien, por otra parte, acababa de hacerle el inapreciable favor de sacarle de poder de los agarenos, rescatándole con una fuerte suma de dinero. Por esto se decidió á mostrarse sumiso y adicto al rey Felipe; pero procurando probar que no era bastardo, puesto que esta circunstancia le quitaba todo derecho, y sin ella el suyo era antes que el del rey de España. Y no solamente era pública su ilegitimidad, si que tambien todo el mundo sabia que su madre habia sido una mujer muy hermosa si,

pero de humilde cuna, y, lo que era peor aun en aquellos tiempos, era de raza hebrea.

El rey D. Enrique tenía muy poco afecto a D. Antonio, el prior de Crato, por su carácter discolo, turbulento é inquieto; y aprovechando la oportuna ocasión le mandó procesar; y terminado el proceso recayó la sentencia siguiente:

«Pronunciamos e declaramos entre o ditto infante (D. Luis duque de Beja) e a ditto doña Violante naõ se provar matrimonio de presente nem de futuro, nem nunca o aver, antes aver moy violenta presunçao de ser todo machinaçao e falsidade, e pronunciamos e declaramos o ditto Dom Antonio meu sobrinho por naõ legitimo, antes illegitimo; e sobre o ditto pretensõ matrimonio e legitimidade, conforme ao breve lle poemos perpetuo silencio, e por tanto tambien nos ha cometido per Sua Santidade o castigo das testemunhas que nesta causa achasemos culpadas, visto o que por estes autos se mostra contra Antonio Carlos e sua molher Guiomar Guãmez, mandamos que sejan presos, e da prisao se libren das culpas que contra elles ha; e quanto a dom Antonio meu sobrinho, fica a nos reservado poder proceder contra elle como for justicia pello modo que nos parecer conforme a o ditto Breve. — El Rey. — O Arcebispo da Lisboa. — O Bispo de Leiria. — O Bispo de Miranda. — G. Bispo capellaõ Mor. Gaspar de Figueiredo. — Paulo Alphonso Jheronimo Pereira de Saa. — Eytor de Pina. — Rodrigo de Matheos de Noronha.» — MS. del archivo del Ministerio de Estado. (Laf., t. XIV, pág. 110.) Y Traducción.

entre dicho infante (D. Luis) y la dicha doña Violante no se prueba el matrimonio de presente ni de futuro, ni nunca le ha habido, sino muy fuerte presuncion de ser todo maquinacion y falsedad, y pronunciamos y declaramos al dicho D. Antonio mi sobrinho por no legitimo, antes por illegitimo; y sobre el dicho pretendido matrimonio y legitimidad le ponemos perpetuo silencio; y por lo tanto tambien nos ha cometido Su Santidad el castigo de los testigos que hallasemos culpados en la presente causa, visto lo que de estos autos resulta contra Antonio Carlos y su mujer Guiomar Gomez, mandamos que sean presos, y en la prision se libren de las culpas que contra ellos resultan; y en cuanto a D. Antonio, mi sobrino, queda a nos reservado el poder proceder contra el como fuere justicia, de la manera que mas conforme nos pareciere al dicho breve. — El rey. — El arzobispo de Lisboa. — El obispo de Leiria. — El obispo de Miranda. — G. obispo capellan mayor, Gaspar de Figueiredo. — Pablo

» Alfonso Gerónimo Pereira de Saa, — Hector de Pina, — Rodrigo de Matheos de Noroña. — (T. del A.)

En virtud de esta sentencia, y de acuerdo con la reserva hecha por el rey en favor de su potestad real, declaró D. Enrique á su sobrino D. Antonio privado de todos sus honores, jurisdicciones y prerogativas y le extrañó del reino, como traidor á la patria y perturbador del orden público.

Por aquel tiempo y cuando estaba para espirar el año, se declaró en Lisboa una mortífera epidemia, y el anciano y achacoso rey determinó abandonar la corte. Pasó aviso á su protegida la duquesa de Braganza, para encargarla se pudiese de acuerdo con D. Felipe II, y decidido á terminar la enojosa é interminable cuestion de la sucesion á la corona, convocó las Cortes portuguesas para Almeirim, á donde determinó trasladarse.

En sus últimos dias, y deseando D. Enrique cumplir con su conciencia, se decidió en favor de su sobrino D. Felipe II, que á todas luces tenia el mejor derecho. Este naturalmente no queria composicion ninguna con la duquesa de Braganza, y ella por su parte al recibir el aviso del rey se disgustó con este y se creyó rebajada.

Abriéronse las sesiones, y el rey D. Enrique, casi moribundo, se presentó en ellas. El pueblo inquieto rodeaba el palacio en que se celebraba la sesion, manifestando sin rebozo que le era preferible qualquier rey al español, aunque siempre preferiria un monarca portugués. Mas como aquella cuestion no habia de decidirla el pueblo, sino la política primero, y en último extremo las armas, D. Antonio Piñeiro, obispo de Leiria, pronunció un elocuente discurso para probar el derecho del rey D. Felipe, y exhortar á los que presentes estaban á fallar en favor de aquel, que seria fallar en justicia. Todo el brazo eclesiastico votó por Felipe II, el estado noble, no por unanimidad, pero sí por una inmensa mayoría, votó del mismo modo; mas los representantes del pueblo, tampoco por unanimidad, pero tambien por una inmensa mayoría, pidieron rey portugués y se negaron á admitir al que no lo fuese.

El año terminó sin que hubiese fallecido el rey, aunque moribundo se le veia, intrigando los pretendientes, y Felipe II preparándose á la guerra, levantando ejército, nombrando maestros de campo (cuatro) y capitanes (setenta y dos).

Antes de pasar adelante, interesa mucho el insertar aqui la siguiente importante nota del erudito Lafuente, por lo mucho que interesa á los derechos de la corona de Castilla á la de Portugal, y para probar la justicia con que en el punto en cuestion procedió Felipe II.



«Hé aquí la indicada nota: «El primer paso para conseguir la sucesión de Felipe II á la corona de aquel reino, al ver que no habia medio legal de contradecir el derecho del rey de Castilla, y que el mismo D. Enrique se confesaba convencido de la justicia de su sobrino, pidieron y obtuvieron la facultad de sacar de los archivos algunas escrituras antiguas en que creían hallar el derecho de elegir rey, pero por más que registraron nada pudieron descubrir, con lo cual quedó más patente el del monarca castellano.

«Sabiendo como se recurrió despues á las supuestas leyes de las Cortes de Lamego, no solo para probar que la corona era electiva, sino para hallar en aquella legislación cuantas disposiciones ellos apetecian para ir contradiciendo una por una todas las razones legales en que los abogados y defensores de Felipe II fundaban su derecho. Como que las leyes de Lamego fueron fraguadas á gusto de sus inventores, allí encontraron la elección de la corona, allí la representacion lineal, allí todo lo que se proponian y les hacia falta para destruir cada uno de los fundamentos en que se apoyaba la legítima herencia del monarca castellano.

«Demostró ya entre otros la falsedad de las leyes de Lamego el infatigable investigador y entendido genealogista D. Luis de Salazar y Castro en su obra *Glorias de la casa Farnese* (páginas 417 y siguientes). Pero tenemos sobre esto un trabajo reciente, que á nuestro juicio no deja nada que desear en la materia. Es una extensa y erudita Memoria sobre la falsedad de dichas leyes de Lamego, que nuestro amigo y co-académico de la Historia el ilustrado D. Martin de los Heros ha presentado y leído á la Academia, cuyo trabajo, inédito hasta ahora, confiamos en que no tardará en darse á la estampa, y seria muy conveniente para que en todo caso y evento pudieran los más vacilantes convencerse del derecho que en el siglo XVI tuvo el rey de Castilla para serlo de Portugal, ya como sucesor legítimo más inmediato de los monarcas de aquel reino, ya tambien como feúdo que habia sido Portugal de las coronas de León y Castilla, y que extinguida la posteridad masculina habia de volver al señor del dominio directo, en cuyo caso se hallaba Felipe II como directo descendiente del rey D. Manuel y de la condesa doña Teresa y de su hijo D. Alfonso Enriquez.

#### FLANDES.

«Esperaba el nuevo general Farnesio á que pasasen los rigores

del invierno para tomar la ofensiva, desearo de acreditar su mando con algun hecho de armas que fuese notable y á propósito para aumentar su reputacion militar. Estaba decidido á sitiar á Maestrick; empero reservó su opinion para que expusiese la suya libremente el consejo de guerra.

De las diez y siete provincias que componian aquellos estados, tres de las más pequeñas, eran las que obedecian á Felipe II; por manera que al tomar el principe de Parma el mando de las armas, el ejército español solo era dueño del terreno que pisaba.

En tales circunstancias no era bastante dar al enemigo un golpe de poca importancia y escasos resultados: era preciso aterrarle e imponerle respeto, y para esto forzoso era quitarle una plaza de primer orden, puesto que no era posible ni fácil el darle la batalla y obtener una victoria decisiva. El consejo, más temeroso que Alejandro, se asombró del proyecto; mas aquel habia decidido irrevocablemente, segun acostumbraba, y el ejército dió vista á Maestrick.

A esta ciudad dieron los latinos el nombre de *Trajecto*; porque dentro de su perímetro corre el caudaloso rio Mosa, dividiéndola en dos partes, el cual se atraviesa diez veces por otros tantos puentes de arcos. Era la última plaza del ducado de Brabante, y era de las más importantes de aquellos dominios.

Su misma importancia, hacia que el rebelde Orange tuviese encargada la defensa de Maestrick á un excelente general llamado Schwatzenburg de Herlen; el cual tenia por lugarteniente á Sebastiano Tappino, excelente ingeniero, natural de Loréna.

El plan de sitio fué encomendado por el principe al general de la artilleria, conde de Berlaymont, hijo del magnate del mismo título que fué tan fiel amigo de la gobernadora Margarita de Austria.

Berlaymont, por desgracia, se obstinó en atacar de una manera que todos reprobaron, incluso Farnesio; más disimuló, porque no quiso coartar al general sus facultades, á fin de que no achacase á esto la culpa, si se experimentaba un desastre.

Despues de ejecutar los españoles mil heroicas hazañas, se dió, por fin, el asalto infructuosamente, como Alejandro temia, costando no pocas vidas aquella fatal jornada. Despues de malogrado el asalto, decia al rey Felipe el principe de Parma: *Desde el primer dia del cerco de Maestrick (8 de Marzo) hasta el 9 de Abril, hecha la cuenta por los tercios, se halla haber saltado cuatrocientos españoles, los más personas principales: en la enfermeria del ejército quedan casi otros tantos heridos; á Lieja han sido llevados por la misma causa ciento y treinta y*

*en los cuarteles se están curando á mis expensas cerca de doscientos.*

Fuertemente disgustado Alejandro, pero tenaz y firme en su propósito, estrechó el sitio, construyó fortines é hizo admirables obras de fortificación, acordonando la ciudad de suerte que la hubiera dejado herméticamente cerrada, á haber podido cubrirla por encima. Tanto fué esto así, que habiéndose acercado el general rebelde Francisco de La Nouë con socorro de víveres, municiones y doce mil soldados, asombrado retrocedió y escribió al rebelde Orange: *No sé por dónde podamos entrar en la sitiada plaza, no siendo aves, para entrar por encima; PORQUE MAESTRICK ESTÁ SITIADA CON OTRA MAESTRICK.*

Renováronse las hazañas, los choques y los esfuerzos, y el día de San Pedro (29 de Junio) rindióse Maestrick y penetró en la plaza el victorioso ejército español, á costa de la vida del valeroso conde de Berlaymont, que apuntando por sí mismo una pieza de artillería poco antes de darse el asalto, recibió un balazo de arcabuz que instantáneamente le privó de la vida, con gran sentimiento del príncipe de Parma, que le quería mucho por su fidelidad, inteligencia y valor. No le quería tanto el ejército, porque le tachaba de duro y severo observador de la disciplina militar.

El erudito Lafuente dice en una nota, que «todos convienen en »los horrores que en esta entrada ejecutó el ejército español.» Y poco antes: «Entró en ella (la plaza) el ejército español, no »siendo posible enfrenar el furor de los soldados, que en esta »ocasion se entregaron *como rabiosas fieras* á todo género de »crueldades y de desórdenes,» etc.; y despues: «al extremo de »no dejar con vida (dice un historiador) *sino trescientos de los »DIEZ Y OCHO MIL habitantes que tenia la ciudad.*»

No es posible decir más en ménos líneas; pero tampoco es ménos imposible el que las dejemos pasar sin aplicarlas algun correctivo. Imparciales siempre, como creemos haber demostrado en más de una ocasion, somos, empero, muy celosos defensores de la honra y buen nombre de nuestros compatriotas, que si alguna vez no fueron como debieron ser, siempre fueron modelos de valor, de abnegacion y de resignado sufrimiento.

En cuanto á que entraron en Maestrick como rabiosas fieras, diremos que fué, en verdad, terrible su primer ímpetu; pero nosotros añadiremos lo que omiten los mismos que refieren la furiosa entrada, á pesar de que los mismos autores que nos dicen lo que en esta pasó, nos manifiestan tambien lo que vamos á decir.

En el espacio de casi cuatro meses que duró aquel terrible sitio, fueron tan hostigados los españoles, que nada extraño fué el que estuviesen ganosos de venganza; porque mientras ellos atacaban á cuerpo descubierto y haciendo uso de las armas admitidas en buena guerra y entre nobles guerreros, algunos cobardes soldados, en union con las mujeres y muchachos, cubiertos con las almenas y con parapetos que expresamente colocaron, martirizaban bárbaramente á los españoles, sin que estos se pudiesen defender. Derramaban sobre ellos grandes calderos, llenos de pez derretida unos, otros de aceite hirviendo, asando vivos, como vulgarmente se dice, á los españoles; otros y otras arrojaban herradas de calcinada y menuda arena sobre nuestros valerosos guerreros, que penetrando por el cuello les ocasionaba tan irresistible tormento, que soltando las armas se arrojaban precipitadamente al Mosa, prefiriendo irse al fondo por el peso de la armadura, con tal de que el agua penetrase en sus cuerpos y apagase el incendio que los destrozaba; grandes aros de tonel y largos listones embreados y ardiendo, que cogiendo á tres y más guerreros á la vez, no pocas por los rostros, los hacia sufrir inexplicable tortura. ¿Y se pretende que los españoles entrasen sin deseos de destruccion en Maestrick? ¿Por qué omiten lo que de referir acabamos, los que tan solícitos se muestran para decir que los españoles se mostraron feroces? Además, los jefes hicieron pregonar un bando imponiendo pena de muerte á los que no obedeciesen la orden de cesar en el saqueo, y el bando fué obedecido; y si hubo algun desobediente, el bando puntualmente se cumplió, y el orden quedó restablecido.

En cuanto á la *milagrosa* salvacion de trescientos habitantes de los diez y ocho mil que la ciudad tenia, diremos que tal exageracion (el decoro de la historia no nos permite calificarla de otra manera) queda por sí misma destruida. Si los vencedores hubieran tenido la cruel paciencia de haber degollado DIEZ Y SIETE MIL SETECIENTAS personas nada ménos, no hubieran perdonado á trescientas, como no fuese para conservar testigos de tan bárbara ferocidad. Esta especie pudo tener origen en una catástrofe *en que ninguna parte directa ni indirecta tuvieron los españoles.*

Pocos dias antes de ser tomada Maestrick, el lugarteniente Tappino mandó que las inmensas riquezas que en la plaza se encerraban fuesen trasladadas á una poblacion no grande, llamada Wick que estaba unida á la ciudad por un largo y bello puente, y estaba considerada como un arrabal de aquella. El dia de la entrada de los españoles en la plaza, la mayor parte de sus pobladores huyeron en confuso tropel á refugiarse en Wick, por lo

cual no pudieron ser degollados dentro de Maestrick. Una verdadera y fatal casualidad hizo que á la cabeza de los fugitivos fuesen varios soldados de los vencidos que habian guarnecido la plaza; y al verlos los de Wick, ciegos por el terror, que en verdad ciega mucho, creyeron que se acercaban los españoles á apoderarse de los tesoros encerrados en Wick, y sin hacer reflexion alguna, cortaron el puente por la cabecera inmediata á la poblacion.

Entran en el puente los fugitivos, y acabándose de romper los costados extremos, aquellos comenzaron á caer al caudaloso y arrebatado rio, sin que pudiesen detenerse los que detrás iban, porque la apresurada multitud que les seguia, los impelia y hacia caer. Esta fué la verdadera catástrofe que hizo multiplicar las víctimas; fueron los mismos flamencos, no los españoles, los causantes de tantas y tan desastrosas desgracias, y aun así no creemos que á diez y siete mil setecientos llegase el número de muertos, porque en verdad son muchos; pero los autores que tantas veces se refieren al fidedigno y coetáneo Strada, pudieran haber manifestado todo lo que nosotros en justa defensa de los españoles consignamos, porque tambien Strada lo consigna como cierto y positivo.

En cuanto á los jefes rebeldes que en Maestrick mandaban, Schwatzenburg murió en la defensa, y Tappino fué herido de un golpe de piedra y de un balazo. Mandó Farnesio se le curase y conservase la vida como su valor merecia; pero no mucho despues murió á consecuencia de la herida de bala.

La toma de Maestrick impuso pavor á los protestantes, como esperaba el príncipe de Parma. Con este motivo se agitó un tratado que estaba pendiente, y mediante el cual se habian de concertar con Alejandro las más importantes ciudades de las rebeladas.

Favorecia á este proyecto la desavenencia que reinaba entre los rebeldes. Ni era posible el que estuviesen bien avenidos, cuando á muchos, ya que nó la cuestion politica, la religiosa los separaba. Insultábanse mutuamente y estaban no pocas veces para venir á las manos, porque los protestantes rebeldes llamaban á los católicos, rebeldes tambien, como por desprecio, los soldados del *Pater noster*. A esto dió lugar el llevar al cuello, como muestra de su catolicismo, cada soldado un rosario. Eran católicos todos los walones, que así llamaban á los naturales de las provincias de Artois, Namur, Henao, Lieja, Limburgo, Luxemburgo y cierta parte de la Flandes.

El proyecto de pacificacion estaba apoyado por los nobles católicos y enemigos de Orange, porque habian conocido que no el

patriotismo, sino la ambicion le habia hecho figurar entre los rebeldes.

El escollo contra el cual se chocaba eran las exigencias de los rebeldes, quienes no se contentaban sino con la aprobacion en todas sus partes del convenio de pacificacion aceptado en Gante por D. Juan de Austria. De aprobarse, las tropas extranjeras, españoles, italianos y alemanes, debian salir de aquellos paises; y tal salida la consideraba Alejandro perjudicial á los intereses del rey, lo mismo que á su seguridad. Aunque con disgusto notició al rey las bases que presentaban las provincias walonas para reconocer su soberana autoridad; y Felipe II, no ménos disgustado, pero comprendiendo cuán ventajoso era el que dichas importantes provincias le reconociesen, convino en que Alejandro Farnesio admitiese las siguientes condiciones: «Se ampliaria »la paz de Gante; con arreglo á ella en el término de seis semanas saldrian de los Países-Bajos todas las tropas extranjeras, y »no podrian volver nunca sin el expreso consentimiento de las »provincias; se levantaria un ejército de los naturales del país; »todos los funcionarios públicos jurarian profesar y conservar la »religion católica; se guardarian á las provincias sus privilegios; »el gobierno volveria á la forma en que le habia dejado Carlos V; el gobernador habria de ser un príncipe de la sangre; »y se suplicaria al rey enviara alguno de sus hijos para que se »criara en aquellas provincias y sucediera en ellas á su padre.»

Al mismo tiempo que esto sucedia, el príncipe de Orange, que tan en peligro veia su causa, hizo que en Utrecht se reuniesen los representantes de Holanda, Zelanda, Güeldres, Utrecht, Brabante, Flandes y Frisia, para que unidas formasen un cuerpo político, obligándose á no separarse jamás unas de otras, pero reservándose cada uno sus privilegios y derechos. Fijábase que en Holanda y Zelanda se profesaria, como hasta entonces, la secta protestante, y en las demás provincias existiria una verdadera libertad de cultos.

Este tratado fué denominado la *Union* de Utrecht, por la ciudad en que se habian reunido los representantes; y al autorizarle Orange, estaba muy seguro de que jamás podrian llegar á avenirse con Felipe II los que habian entrado en la *Union* de Utrecht, que era lo que deseaba, porque mientras no se abjurase el protestantismo, Felipe II no cederia.

Tambien al mismo tiempo se gestionaba con activa eficacia para acordar la pacificacion general de las provincias flamencas. Era el alma de este proyecto el emperador Rodolfo, hijo de Maximiliano y primo de Felipe II; y los representantes de cada una de las partes interesadas en la realizacion del proyecto se reunie-

ron en Colonia. Representaba al emperador Rodolfo el conde de Schwartzemberg; á Felipe II, D. Carlos de Aragon, duque de Terranova; al Sumo Pontífice, el arzobispo Rossano; y á los estados de Flandes, Felipe de Croy, duque de Arschôt.

Esta misma causa hizo fracasar los proyectos del emperador Rodolfo; porque lo primero que encargaba el rey Felipe en semejantes casos á sus representantes, era que en todo cediesen cuanto posible fuese, ménos en el punto concerniente á la religion, que habia de ser en todos sus dominios la católica en toda su pureza.

Esta firmeza del rey fué causa de que no se acordase nada en Colonia; empero trajo á su causa la ventaja de haberle reconocido el duque de Arschôt, representante de Flandes, muchos diputados, y los condados de Valenciennes y Bois-le-Duc.

En tanto, Alejandro auxiliaba al rey en todas sus negociaciones, y sin embargo, no cesaba en las operaciones de campaña; y cuando llegó el mes de Octubre, ya se habia apoderado de Malinas y de Villebrock. Perdió el rey al mismo tiempo algunos puntos de la Frisia, que tomó el rebelde conde de Renneberg; mas no duró mucho la pérdida, porque este conde tardó muy poco en reconocer á Felipe II y le entregó cuanto habia adquirido, *sin perder él nada al decidirse á jurar los estandartes reales.*

Agitábase por entonces la conquista de Portugal, y Felipe á ella solo atendia, y todo su cuidado y conato los colocaba en preparar la expedicion, por si llegaba el caso, como esperaba, de tener que romper las hostilidades.

Acercábase el momento de comenzar á realizarse el reciente tratado denominado de Arrás, por haberse firmado en la ciudad de este nombre, y con arreglo á una de sus cláusulas, habrian de marchar de Flandes los soldados extranjeros. Alejandro estaba visiblemente disgustado, así porque veia empeñado al rey Felipe en adquirir la corona de Portugal, que él pretendia para su hijo Ranuzio, que tenia derecho, pero sin considerar que era mucho mayor el de Felipe, como porque no recibia dinero ninguno, y se veia en el conflicto de tener que despedir á las milicias llamadas extranjeras, sin saber de dónde sacar recursos para pagarlas, al despedirlas; y era tan grande el atraso, que á algunos tercios se les debia cuanto habian devengado desde los tiempos del duque de Alba.

Con motivo de haberse dado la orden de marcha, porque el tratado de Arrás no podia ménos de cumplirse, sin que se tratase de pagar á nadie, todos los extranjeros en Flandes, ménos los españoles, comenzaron á mostrarse decididos á exigir lo que se

les debia, y más que todos los alemanes, que eran los primeros á amotinarse cuando de pagas se trataba.

Caminaba Alejandro á sosegar uno de los motines que habian estallado, cuando al llegar á Namur encontró unas cornetas de piqueros (lanceros) que de la plaza salian, y uno de aquellos, al inclinar la lanza para saludar al general en jefe, lo verificó con una bolsa vacía, colgada del cubo ó talon de la moharra.

Contúvose Alejandro, y mientras reprimia su enojo, pensó en lo perjudicial que á la militar disciplina seria el dejar impune el atrevimiento y la irreverencia del soldado. Hizole salir al frente con un pretexto, porque todo el escuadron pertenecia á los sediciosos, y cuando le tuvo delante, tiró de la espada y dando al soldado una cuchillada en el rostro, dijole airado: *Aprende á inclinarme la lanza con mayor respeto, y á no levantar bandera con este linaje de burlas, para alborotar á los que permanecen tranquilos.* Dió en seguida orden para que le ahorcasen; el escuadron permaneció inmóvil y atónito al ver el ánimo de aquel hombre que solo, puede decirse, entre doscientos ginetes que formaban la *corneta*, tan firme y resuelto se habia mostrado. En otra ocasion le veremos correr mucho mayor riesgo con indescriptible ánimo.

Dió, empero, el de Parma orden para que no ejecutasen la sentencia sin darle antes aviso, y en cuanto llegó á Namur tomó las noticias necesarias acerca de los antecedentes del atrevido soldado: supo que aquellos eran muy buenos, y aquel muy valiente. Puesto ya en capilla el guerrero, mandó Alejandro que un jefe le aconsejase la fuga, y que los centinelas que le guardaban se hiciesen los distraidos: el soldado no desaprovechó el consejo ni el descuido, y se fugó. Tiempo adelante volvió á ingresar en el ejército; ascendió, y llegó á ser uno de los capitanes en quien más confianza tuvo Alejandro.

Crecia el desasosiego en las huestes reales; el príncipe no podia emprender ningun hecho de armas, porque en las principales provincias estaba la paz establecida, y los tercios extranjeros despedidos; y tampoco podia mandarlos marchar, puesto que no era posible satisfacerles sus haberes. Tanto subió de punto el disgusto del príncipe de Parma, que pidió encarecidamente á su tío Felipe II le relevara del mando, y permitiese retirar á sus estados.

No accedió el rey; y para disminuir el natural disgusto de su sobrino, le remitió una fuerte suma de dinero, pero no suficiente para satisfacer la enorme deuda; mas el príncipe la completó, poniendo el resto de su propio peculio.

El dia destinado para la marcha de los extranjeros fué un dia



de luto, especialmente para los españoles, que eran los favoritos de Alejandro, y que amaban á este con verdadero delirio. Uno por uno, hasta el último soldado, se fueron despidiendo del príncipe, besándole la mano de rodillas, aunque él quiso impedir, pero no pudo, esta última demostracion. En cuanto supieron algunos meses antes que estaba su marcha decretada, hicieron acuñar una medalla con el busto de Alejandro Farnesio y una leyenda honrosísima para este; y cada jefe, cada oficial y cada soldado fué á despedirse de su amado general con la medalla al cuello, y con ella salieron todos de Flandes, y no se la volvieron á quitar.

Al despedirse un simple soldado, natural de Sevilla, dijo con el mayor despejo y aplomo: *Yo no me astijo, mi querido general, porque sé que nos ha de llamar muy pronto V. A., y que no tardaré en volver á veros.* El príncipe, hablando el general y no el hombre político, le contestó: *Así lo creo y espero.*

Pero era el caso que el gran general tenía que alejarse de aquellos sitios y continuar la guerra contra aquellas provincias que no habian entrado en el pacífico convenio. Para verificarlo, quedábanle los soldados del país, valientes en general, mas tardos y pesados, flojos é irresolutos. Era á la sazón la infantería española la mejor del mundo, y la seguia la italiana; pero ni españoles ni italianos habia ya en Flandes, fuera de algunos jefes, muy pocos, que habian quedado al servicio del príncipe.

Al terminar el año continuaba la guerra en las provincias no pacificadas; empero tan libiamente continuaba, que era más bien simulacro de guerra; y no solamente no se daba accion decisiva, sino que apenas los encuentros que se verificaban merecian el nombre de escaramuzas.

## ESPAÑA.

### ANTONIO PEREZ.

Ha llegado el momento de que nos ocupemos del villano y traidor asesinato del desventurado Juan de Escobedo, secretario y amigo del malogrado D. Juan de Austria. Puede decirse que apenas se encuentra un solo historiador, un solo hombre de letras que no designe á Felipe II como el primer autor del bárbaro y cruel asesinato. Nosotros no nos proponemos defenderle, porque no tenemos datos suficientes para hacerlo; mas tampo-

co vamos á condenarle, hablando en absoluto: si á presentar los hechos tales como fueron y á hacer las necesarias apreciaciones.

Cierto es, si no exageran los que lo aseguran, que en el siglo XVI hubo teólogos que no vacilaron para afirmar, al emitir su dictámen sobre una consulta que se les hizo, que era lícito matar á un hombre en circunstancias dadas, tales como las que hemos expresado en otro lugar. Nosotros comprendemos que habiendo en un país leyes, fiscales que las representen y personifiquen, por decirlo así, y las den voz para hacerse oír; letrados que defiendan á los presuntos delincuentes, jueces que en justicia sentencien, y verdugos que sean el brazo de la ley, no puede admitirse el asesinato, sean cualesquiera las circunstancias en que aquel se determine y los motivos por que se ejecute.

Pero ¿cuál fué la razon que pudo tener Felipe II para decretar el asesinato de Juan de Escobedo? Que servia fielmente á D. Juan de Austria, en sus proyectos de ser rey, ó tributario de su hermano, ó como esposo de una reina: esta es al ménos la causa que nos presentan como único motivo para haber puesto tan desdichado fin á los dias de Escobedo. Y si D. Juan trataba en efecto de llegar á ser rey, ¿desistiria de su propósito porque faltarian al príncipe otro y otros secretarios tan fieles, activos é inteligentes como el que habia tenido? ¿No pudo Felipe II, antes de apelar á medios tan indignos de un soberano, y tan impropios de quien blasonaba de ferviente católico, haber separado del servicio de su hermano á Escobedo, como hizo con Juan de Soto, antecesor de aquel? Si el motivo fué el único que se asegura, ¿por qué no mandó asesinar á Juan de Soto, como quieren decir que hizo con Escobedo, y se limitó á quitarle el empleo? Creemos que el lector encontrará fácilmente las respuestas á nuestras preguntas.

Está fuera de toda duda que *el autor del asesinato de Juan de Escobedo fué Antonio Perez*, célebre ministro de Felipe II. Si el rey tuvo alguna parte en el nefando hecho, como se deduce del proceso de Perez, y por lo que despues veremos, obra seria de Antonio Perez, que le pintaria los hechos á su gusto; y aun cuando se citen documentos de aquella época existentes hoy, sabemos lo que puede hacer un ministro, y un ministro tan sumamente hábil como Perez, si sobre él pesa por desgracia un atroz crimen cuya comision pueda un dia caer sobre su cabeza, teniendo, segun un dicho vulgar, impropio si se quiere de la historia, *al rey en el tintero*. Sin embargo, el proceso parece confirmar lo que no quisiéramos. Conozcamos ahora los motivos de

odio que contra Juan de Escobedo tenia el ministro semi-universal de Felipe II.

Antonio Perez, jóven, de bella figura, hombre de gran talento, de buen decir y de grandes cualidades intelectuales y físicas, se captó el afecto de doña Ana de Mendoza de la Cerda, princesa viuda de Eboli (habia muerto poco tiempo hacia Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli y duque de Pastrana), así como era doña Ana hija única de los condes de Mélito.

Debía Perez su grande y rápida elevacion á Ruy Gomez, y por su influjo fué nombrado ministro, para cuyo puesto era, por otra parte, muy apto; y apreciándole tanto el de Eboli, dicho se está que la casa de este seria la del jóven ministro, y que seria en ella admitido con la franqueza y familiaridad que eran muy naturales.

Llegó á tal punto el escándalo, que en el real palacio y fuera de él se murmuraba públicamente, en términos desfavorables é indecorosos para el príncipe de Eboli; porque ni doña Ana se recataba, ni Perez se retraia; aquella públicamente enviaba regalos á su amado, y este sin el menor disimulo, segun el respetable testimonio de D. Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla, se servia, públicamente tambien, de los objetos propios de la princesa, como si suyos fueran.

En estas circunstancias llegó por su mal á Madrid el sin ventura Juan de Escobedo, y apenas puso en palacio el pié, cuando oyó las festivas ocurrencias, las sarcásticas burlas y los improprios con que se lastimaba la honra del príncipe de Eboli; y lo mismo oia en todas las casas de los altos personajes á donde su elevada posicion le obligaba á concurrir.

Era Escobedo íntimo amigo del de Eboli, su protegido, y le debía su carrera, lo mismo que Antonio Perez; empero á ambos dividia inmensurable distancia. Escobedo era honrado y agradecido; por consecuencia los insultos dirigidos contra su amigo y protector, le herian en el alma. Para cortar el atroz escándalo, habló enérgicamente álla princesa y á Perez separadamente; mas aquella señora contestó con tal *desenfado* á Escobedo, que autoridades harto más respetables que la nuestra afirman que se expresó con *frases poco dignas y decorosas en boca de una dama*. Irritado Escobedo, amenazó á la infiel esposa con dar cuenta al rey de lo que pasaba; y puesta aquella de acuerdo con Antonio Perez, se acordó tomar venganza del importuno y severo censor, y la muerte de Escobedo quedó decretada por el tribunal del ilícito amor. Diráse que poco podian temer los amantes de que á Felipe II dijeran lo que ocurría; porque siendo tan públicos el escándalo y las murmuraciones, ya habria llegado á noti-

cia del rey lo que pasaba. Fuerte parece, aunque en verdad no lo es, el argumento; mas no debe olvidarse que los amantes sabian recatarse de Felipe II, lo mismo que los cortesanos se librarian mucho de usar de ciertas libres conversaciones delante del austero y severo monarca.

Restanos hablar de otra especie echada á volar por los *favorecedores* de Felipe II.

Dícese que el temor que tenian doña Ana y Perez de que el monarca llegase á traslucir lo que ocurría, era porque la de Eboli estaba en relaciones con el ministro y con el soberano á un mismo tiempo, con conocimiento del primero, que habia sido el intermediario, confidente é intérprete de los amores de Felipe y la princesa; y aun se añade que la causa mandada formar despues á Antonio Perez, fué por venganza que el rey tomó luego que descubrió la verdad.

Debemos decir primeramente que no hay autor ninguno que presente datos ó fundamentos suficientes para afirmar tan delicada especie. Unos ni la mencionan; otros la estampan sin apoyarla en datos ni fidedignos ni insignificantes; los extranjeros la toman por tema para hacer sobre ella muy curiosas variaciones, y nosotros decimos que al encontrar un hecho consignado en la historia sin hallar con él datos para admitirle como cierto ó para rechazarle como apócrifo, la prudencia y la cordura nos mandan suspender, por lo ménos, el juicio. Para nosotros la especie no es cierta, pues á haberlo sido, no hubiera ignorado Felipe II lo que pasando estaba, como nada ignoraba de lo que era para él de verdadero interés. Además, pudo este soberano como que era hombre al fin, haberse dejado arrastrar de una impetuosa pasión; pero es de los pocos monarcas de quienes nada puede decirse con certeza sobre tan delicado punto, y de los poquimosos tambien que á su muerte no dejó ningun hijo natural, que se sepa al ménos; y esto jamás se ignora cuando de tan elevados personajes se trata. En cuanto á que la causa formada despues contra Antonio Perez fué una venganza del rey, diremos dos palabras solamente.

Los que han formado tenaz y decidido empeño en acriminar á Felipe II, pierden á menudo hasta el sentido comun. Si nos le han presentado ya tan predispuesto al asesinato, que no perdonó, segun ellos, ni á sus más cercanos parientes, ¿por qué para vengarse de Antonio Perez no le hacen ser una vez más asesino, ya que tan poco trabajo les cuesta? Tratando de vengarse el rey, dicho expediente era más pronto, eficaz, seguro, y preferible á una causa de trámites lentos, y muchos de dudoso resultado, y que pudiera dar margen á revelaciones muy poco favorables á la

magestad real, y aun indignas de ella. Esto es tan lógico, que solo pueden no comprenderlo los que tienen la imaginacion preocupada por la ira y el encono. ¿En qué fundan uno y otro? Trátanse de franceses, en *San Quintin* y en *Gravelines*; si de algunos españoles que en el punto en cuestion sen émulos de los extranjeros, tal vez funden su encono en lo que fundan sus multiplicados aplausos á Carlos III. Quizá nos comprendan pocos, pero no hace falta en este momento ninguna aclaracion.

Desde que circuló por Madrid la triste noticia del feroz asesinato de Juan de Escobedo, perpetrado en la noche del 31 de Marzo de 1578 en el callejon de Santa Maria, la opinion pública marcó como asesino á Antonio Perez. Súpose que los ejecutores del nefando y punible hecho fueron *Juan de Meca, Miguel Bosque, Antonio Enriquez, Juan Rubio, y N. Insausti*, siendo jefe de todos ellos *Diego Martinez*, MAYORDOMO DE ANTONIO PEREZ. Y como de público se sabia todo lo que habia ocurrido entre el desgraciado Escobedo, Perez y la princesa, todos vieron en los predichos asesinos á los brazos que vibraron los golpes, y en el ministro de Estado de Felipe II la cabeza que determinó y decidió dar los golpes.

Créese que si entonces se supuso que el rey habia tenido parte en el crimen, fué porque los asesinos fueron premiados, y tres de ellos recibieron patentes de alféreces, mientras Cervantes, *simple soldado*, parecia de miseria, y pasaron á servir en los ejércitos de Italia; *pero sábese positivamente* que antes de cometerse el crimen, Antonio Perez, árbitro del favor del rey, de su firma y de sus sellos, *tenia las patentes reales FIRMADAS EN BLANCO*.

Por de pronto todo se redujo á la indignacion popular y á las generales murmuraciones; pero la familia del desventurado Escobedo clamaba venganza, y Mateo Vazquez, amigo de aquella y muy intimo secretario de Felipe la apoyaba, dicen tambien que por espíritu de venganza y por efecto de encono contra Perez. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que Vazquez instó al rey para que por los tribunales se esclareciese la verdad, á fin de que no quedase impune el horrible crimen.

Las gestiones de Vazquez surtieron el propuesto efecto, y el 28 de Julio de 1579, poco antes de la media noche, fueron reducidos á prision la princesa de Eboli y el ministro Antonio Perez: este quedó encerrado en la misma habitacion de D. Alvaro Garcia de Toledo, alcalde de la real casa y corte que ejecutó la prision, y la princesa fué en el acto trasladada en un coche á la fortaleza de Pinto.

Aquí habremos de suspender esta relacion, asi porque nos obli-

ga á ocuparnos de otro asunto la marcha que hemos adoptado, como porque la causa que llegó á entablarse contra Antonio Pérez duró muchos años, y será forzoso colocar su referencia en la época que más convenga y en la que ménos deba truncarse y suspenderse.

AÑO 1580.

## PORTUGAL.

Casi al comenzar el año (31 de Enero) falleció el achacoso rey D. Enrique, después de haber reinado en apariencia cerca de año y medio.

Encargáronse en el acto de la gobernacion del *reino cinco gobernadores y defensores de los reinos de Portugal*; y su primer acto fué remitir aviso á Felipe II por medio de un embajador extraordinario, rogándole no apelase á las armas hasta que se pronunciase sentencia definitiva acerca de la sucesion á la corona.

Sorprendido D. Felipe con la mision del embajador, le respondió con digna entereza *que ninguna razon habia para que esperase á que fuese declarado bueno su derecho, siendo este tan terminante y claro, y que tampoco reconocia ni podia reconocer como competentes á los que querian erigirse en jueces para decidir tan grave asunto.*

Agrióse, como no podia ménos de suceder, la delicada cuestion, y llegó el caso de que el rey Felipe dijese á unos nuevos embajadores *que si se le obligaba á apelar á las armas serian responsables de la sangre que se derramase los mismos que impidiesen el que fuese reconocido su derecho.*

Precisamente, de los cinco gobernadores tres eran sumamente adictos á Felipe II, y los otros dos si no estaban en el mismo caso, tampoco rechazaban sistemáticamente su dominacion; empero procedian con gran precaucion, porque temian la indignacion del pueblo, puesto que este sabia que entre ellos los habia afectos á Felipe, y pedia con insistencia, y no sin tumulto algunas veces, que fuesen relevados los gobernadores afectos á Felipe II.

Debe suponer el lector que todo cuanto el pueblo decia ó hacia, era inspirado por el prior de Crato, que era intrigante y bullicioso; y como lo que se llama pueblo, forzoso es decirlo, tiene tan escaso talento para escoger y suele siempre elegir en-

tre lo que más apariencia tiene, aunque en el fondo nada sea, ó sea muy malo, decidióse por D. Antonio, el prior de Crato, no por otra razón que por verle tan enérgico, activo y valeroso, aunque su conducta y carácter le hacian muy poco á propósito para empuñar el cetro, y porque era portugués, sobre todo.

Sabia muy bien Felipe II las intrigas de D. Antonio, y que se entendia directamente con todos los principales enemigos del rey de España y de las glorias y ventajas de esta nacion magnánima; esto es, con Francia, enemiga siempre, Inglaterra y Africa; y decidió apelar á las armas, convencido de que si no, todo serian dilaciones, y el resultado muy incierto y dudoso.

Portugal, que conocia por algunos de sus primeros hombres lo que era el rey Felipe, no dudó de que apelaria á la guerra, y comenzó á prepararse para la resistencia; empero mal podia resistir á la pujante España aun hallándose en circunstancias normales, y mucho ménos aun cuando tan reciente estaba el espantoso desastre de Alcazarquivir.

Preparados los tercios y cornetas, con el material de guerra correspondiente, aun quiso Felipe II apelar á la voz de la paz, con el doble objeto de captarse la voluntad de la gente de orden y pacífica, quitando al propio tiempo todo pretexto á los que quisieran tacharle de que habia apelado irreflexivamente á los desastres, antes de haber agotado las gestiones amistosas y pacíficas. Al efecto quiso conceder varias gracias y mercedes á los portugueses, asegurándoles la conservacion de todos sus fueros y privilegios, y por medio de su embajador en Lisboa, el duque de Osuna, remitió y publicó el siguiente documento, hablando en él el predicho embajador:

«Gracias y mercedes que el Rey mi Señor concederá á estos Reynos quando le juren por su principe y Señor, en las cuales se incluyen las que el Serenísimo Rey D. Manuel les concedió en el año 1499.

1. «Que S. M. hará juramento en forma de guardar todos sus fueros y costumbres, y privilegios y exenciones concedidos á estos reinos por sus Reyes.

2. «Quando oviere Cortés tocantes á este reyno, serán dentro dél, y que en otras ningunas se podrá tratar ó determinar alguna cosa que le toque.

3. «Que poniéndose Virrey, ó personas que debaxo de otro qualquier título gobiernen este reyno, serán portugueses; y lo mismo se entenderá si á él se uviere de embiar algun Visitador: mas que podrá embiar por gobernador ó virrey persona real, que sea hijo suyo, hermano, tio ó sobrino.

4. «Que todos los cargos superiores y inferiores de justicia,

» y de hacienda, y qualquier otro gobierno no puedan darse á  
 » ningun extraño, sino á portugueses.

5. » Que en estos reynos avrá siempre todos los officios que en  
 » tiempo de los reyes uyo, así de la casa real como del reyno, y  
 » serán siempre proveydos en portugueses que los exercitarán  
 » quando S. M. y sus sucesores vengan al reyno.

6. » Que lo mismo se entienda en todos los otros cargos y  
 » officios grandes y pequeños de mar y tierra, que agora ay y  
 » despues uviere de nuevo; y que las guarniciones de soldados  
 » en las plazas serán portugueses.

7. » Que no se alteren los comercios de la India, Guinea y  
 » otras conquistas destes reynos ya descubiertos ó que se descu-  
 » bran despues, y que todos los oficiales dellos sean portugueses  
 » y naveguen en navíos portugueses.

8. » Que el oro y la plata que se hiziere en moneda (que se-  
 » rá todo el que viniere al mismo reyno de su dominio) no ten-  
 » drá otra nota que las armas de Portugal, sin mezcla alguna.

9. » Que todas las Prelacias, Beneficios y Pensiones se darán  
 » á portugueses, cargo de Inquisidor mayor, encomiendas y ofi-  
 » cios de todas las Ordenes Militares, y en todo lo eclesiástico,  
 » como ya se dixo en lo seglar.

10. » Que no avrá tercias en las iglesias, ni subsidios, ni es-  
 » cusados, y que para ello no se podrán impetrar bulas.

11. » Que no se dará ciudad, villa, lugar, jurisdiccion ni de-  
 » rechos reales á persona que no sea portuguesa; y que vacando  
 » bienes de la corona, S. M. ni sus sucesores podrán tomarlos  
 » para sí, antes darlos á los parientes de los últimos poseedores,  
 » ó á otros beneméritos portugueses.

12. » Que en las Ordenes Militares no se inovará cosa al-  
 » guna.

13. » Que los Hidalgos vençan sus moradas con doze años de  
 » edad. Que S. M. y sus sucessores tomarán cada año duzientos  
 » criados portugueses que vençan la propia morada, y que los  
 » que no tuvieron fuero de hidalgos sirvan en las armadas del  
 » reyno.

14. » Que quando S. M. y sus sucessores vinieren á este  
 » reyno no se tomarán casas de aposentadorías como en Castilla  
 » se usa, sino como en Portugal.

15. » Que estando S. M. y sus sucessores fuera deste rey-  
 » no, traerán siempre consigo un Consejo que se llamará de Por-  
 » tugal, con una persona eclesiástica, un veedor de hacienda, un  
 » secretario, un chanciller mayor y dos oidores, que serán por-  
 » tugueses y con quienes se despacharán las cosas del reyno: y  
 » en la córte avrá dos escrivanos de Hacienda y dos de Cámara



» para lo que se ofreciere y todos los papeles serán en portugueses;  
 » y quando S. M. viniere á Portugal, vendrá con el propio Con-  
 » sejo.

16. » Que todos los corregidores y cargos de justicia se pro-  
 » verán como aora, proveedores, contadores y otros.

17. » Que todas las causas de qualquier calidad que sean se  
 » determinarán y executarán en este reyno.

18. » Que S. M. y sus sucessores tendrán capilla como los  
 » reyes passados en Lisboa, para que los officios divinos se ce-  
 » lebren.

19. » Que admitirá S. M. los portugueses á los officios de su  
 » casa al uso de Borgoña, indiferentemente que á los castellanos  
 » y otras naciones.

20. » Que la reyna se servirá ordinariamente de señoras y  
 » damas portuguesas, y que las casará en la patria y en Castilla.

21. » Que para que se aumente el comércio se abrirán los  
 » puertos secos de ambos reynos, y pasarán los navíos.

22. » Que se dará todo favor para entrar pan de Castilla.

23. » Que dará trescientos mil ducados, ciento y veinte para  
 » rescatar cautivos portugueses, ciento y cinquenta para depósi-  
 » tos, treinta para acudir al trabajo presente de la peste.

24. » Que para las flotas de la India, defension del reyno, y  
 » castigo de corsarios, S. M. mandará tomar asiento conveniente,  
 » aunque sea con ayuda de los otros estados suyos, y mayor cos-  
 » ta de su hacienda real.

25. » Que procurará estar en este reyno lo más que fuese  
 » posible; y si no uviere estorbo quedará el príncipe en él.—Al-  
 » meirim á 20 de Março de 1580.

Sin embargo de haber manifestado el rey sus intenciones, pa-  
 cíficas y favorables á Portugal, tenia su ejército pronto, dispues-  
 to y situado de manera que en un instante, con solo pronunciar  
 una palabra, podia penetrar en el vecino reino. Faltaba solo un  
 caudillo supremo, ya que sobran los maestros y capitanes ex-  
 celentes. Delicada era la eleccion, puesto que se trataba nada  
 ménos que de conquistar un reino, y de poco servian los robus-  
 tos y fuertes miembros, si la cabeza era mala.

Dudábase de la eleccion del rey, aunque el pueblo todo con  
 unánime pensar y una sola voz designaba al general en jefe, á  
 quien debia encomendarse la adquisicion de un nuevo reino; y  
 por aquella vez el soberano y los súbditos estuvieron de acuer-  
 do. De boca en boca circulaba el ilustre y respetable nombre  
 del veterano duque de Alba, y este fué el elegido y nombrado  
 por Felipe II.

Hallábase á la sazón desterrado el anciano y benemérito du-

que en la villa de Uceda, que era de su propiedad, ó más bien que desterrado, estaba preso. No ha faltado quien tache de ingrato á Felipe II, para no desaprovechar la ocasion, por haber desterrado al duque, que tantos servicios le habia prestado; por esta razon conviene que el lector sepa el motivo verdadero del destierro del duque.

D. Fadrique Alvarez de Toledo, duque de Huesca y comendador mayor de Calatrava, primogénito del duque de Alba, sostenia relaciones amorosas con una dama, de la reina, llamada doña Magdalena de Guzman. Procediendo el de Huesca como no podia esperarse de tan ilustre caballero, engañó á la no ménos ilustre dama bajo palabra de casamiento; y habiéndose despues negado á cumplirla, doña Magdalena presentó su queja al severo soberano. Este se disgustó á consecuencia del engaño; y como la dama moraba en el real alcázar, creció la indignacion real; porque se agregó al engaño hecho á la ilustre señora, el desacato hecho á la real morada y á la real persona.

En el acto mandó Felipe II que doña Magdalena fuese depositada en un convento de Toledo, y el de Huesca preso en el castillo de Tordesillas, creando además una junta que entendiese en el proceso que mandó comenzar contra el comendador mayor de Calatrava.

El duque de Alba, con mayor ligereza de la que de sus años, discrecion y cordura podia esperarse, se presentó un dia al presidente de la junta creada para entender en la causa de su hijo, y con arrogancia y cierto aire de amenaza le dijo que era inútil cuanto se estaba haciendo, porque su hijo se habia casado ya con doña María de Toledo, con su permiso y en virtud de cédula real (de fecha anterior á la queja de doña Magdalena).

Comenzaron á practicarse activas gestiones para averiguar la certeza del predicho casamiento, cuando se supo que el de Huesca, auxiliado por su padre, se habia fugado del castillo de Tordesillas, y estaba refugiado en la misma casa del duque de Alba. Entonces creció, como era natural, el enojo del rey, que mandó llevar preso á D. Fadrique, y ponerle en absoluta comunicacion en el castillo de la Mota, en Medina del Campo, y desterró á sus padres, los duques de Alba, á la villa de Uceda; y libraron bien, si se atiende al carácter del rey, á la época en que ocurrió el suceso, y á la gravedad del desacato.

*¿Y tiene el rey necesidad de un capitan encadenado para conquistar un reino?* Así exclamó el duque de Alba á los que le presentaron la patente real. En seguida, aunque agravado con los años y los achaques, se puso en camino; y al llegar á Vicalvaro mandó un mensajero á la córte para pedir al rey le per-



C. MUGICA, dib<sup>o</sup> y lit<sup>o</sup>

Inv. de J. DONOY, Madrid.

D. Fernando Alvarez de Toledo  
(Duque de Alba de Tormes)





mitiese besarle la mano antes de dirigirse á Badajoz, en donde estaba tiempo hacia reunido el ejército. El rey, sin atenuacion ninguna, le negó el permiso, y le mandó se dirigiese inmediatamente á Llerena; y el duque al recibir la negativa dijo: *¿Sigo, pues, encadenado? Malo es llevar así las manos para conquistar reinos.* Al mismo tiempo uno de los ministros del soberano, Juan de Idiazquez, decia á aquel admirado: *¡Señor, cuando fiais al duque de Alba tan importante empresa, mandáisle disgustado!*— *Yo sé bien la lealtad del duque,* respondió Felipe. Y decia bien el monarca.

El duque, como si muy satisfecho fuese, apresuró cuanto pudo la marcha, llegó á Badajoz y pasó muestra al ejército: constaba de unos veinticinco mil infantes, mil seiscientos caballos, ciento treinta y cinco cañones, y cincuenta barcas, trasportadas en carros. Con gran satisfaccion suya encontró el de Alba que era maestre general de la caballería D. Sancho Dávila, el antiguo capitan de la guardia del duque, en Flandes; era maestre general de la infantería D. Luis Enriquez, de la artillería D. Francisco de Alava, y almirante el ya célebre marqués de Santa Cruz, D. Alvaro de Bazan.

Corria aun el mes de Marzo cuando el rey, dejando el cargo de los negocios de España al cardenal Granvela, se trasladó á Badajoz, á donde de Lisboa acudió el duque de Osuna á enterarle personalmente del estado en que Portugal se hallaba.

Al llegar á Badajoz el rey recibió al duque de Alba con grande cariño, y en público le dió las mayores muestras de distincion y afecto; y allí tambien los gobernadores de Portugal mandaron sus emisarios al rey, lo mismo que le habian otros alcanzado en diversos puntos del camino. El objeto era en verdad irrealizable; porque sin acceder á lo que el rey pedia, trataban de evitar la guerra.

El ejército estaba pronto á verificar la invasion por Extremadura; mas para prevenirse á todo evento, dispuso el rey que guardasen las fronteras por Andalucía, Galicia y Castilla, los duques de Medina-Sidonia y de Feria; los condes de Benavente, Lemus, Monterey y Alba de Liste, y los marqueses de Alcañices, de Cerralvo, de Ayamonte, de Gibralféon y cuantos en las expresadas fronteras tenian lugares y vasallos.

Así que se supo en Lisboa la llegada de Felipe II á Badajoz, la multitud comenzó á agitarse á impulso de las activas diligencias del prior de Crato. Habíase decidido por este casi todo el clero regular, que entusiasmaba á las masas con pláticas y exhortaciones, causando no pequeño temor á los gobernadores, que estaban casi en su totalidad decididos por Felipe II; mas por no

irritarle, apenas se determinaban á proceder de un modo que pudiese parecer dudoso; y por miedo al bullicioso D. Antonio y á su temible partido, tampoco se atrevian á hacer cosa que pudiese creerse favorable á España.

Avanzó el ejército, y Yelves y Olivenza se entregaron voluntariamente al rey, al mismo tiempo que en Santarem, de acuerdo con D. Antonio, un zapatero proclamaba á aquel rey de Portugal, tremolando el pendon y dando las voces de costumbre. Sin más el prior de Crato se hizo consagrar por el obispo de la Guardia, con tanta solemnidad y ceremonia como si fuera un verdadero rey.

Juntaudo de rebato la gente que pudo, mal armada y peor disciplinada, fué sobre Lisboa, en donde apenas pusieron obstáculo á su entrada; por consiguiente penetró en la corte el día de San Juan (24 de Junio), y se hizo jurar solemnemente, jurando él á su vez guardar los privilegios de la nacion.

Su primer acto como soberano fué declarar á Felipe II y á sus partidarios enemigos del bien público; y ya, como monarca jurado, contrató empréstitos, levantó tropas, y activó sus gestiones con Inglaterra, Roma y Venecia á fin de que le auxiliasen, llegando al escandaloso exceso de querer desmembrar la corona arrebatandola una de sus más ricas y preciadas jóyas; porqué rogó encarecidamente á Catalina de Médicis le ayudase contra su tio Felipe II, en cambio de lo cual la cederia el Brasil.

No sosegaba el pseudo-rey y aprovechaba tan sin descanso el tiempo, que en dos ó tres dias cambió las autoridades civiles, las militares y los magistrados. Tambien, con una actividad muy digna de un verdadero rey cuando ve amenazada su patria, fortificó plazas, dispuso defensas, y cuanto le fué posible para prepararse á una formal resistencia.

Los gobernadores, que temian al genio pronto, ligero é irritable de D. Antonio, huyeron de Lisboa y se refugiaron en Setubal; pero á Setubal mandó fuerza armada, bajo las órdenes del conde de Vimioso. Este tomó la ciudad y comenzó á buscar á los refugiados, de los cuales tres se arrojaron por una ventana y con no pocos trabajos se salvaron llegando hasta el Algarbel. Desde allí publicaron é hicieron circular un manifesto en favor de los incuestionables derechos del rey de España á la corona de Portugal. Estos fueron los tres más comprometidos de los cinco gobernadores; los otros dos se salvaron con mayor dificultad, en union con D. Cristóbal de Mora, aunque este vió su vida en grave riesgo y fué allanada su casa. El mismo conde de Vimioso, jóven y muy parecido en caracter, altanería y ligereza á su señor el prior de Crato, hallóse presente al allanamiento de

la casa de Mora; y si contuvo con no pequeño trabajo á la multitud, para que no quitase bárbaramente la vida al fiel amigo de Felipe II, que guardaba á dos de los cinco gobernadores, fué porque el citado Mora, con toda la energía que era en él conatural, dijo á Vimioso que los embajadores portugueses que estaban en España responderían con su vida, de la suya y de la de todos los españoles refugiados en su morada.

Dió una imponente muestra el agente y amigo de Felipe II, de cuán grandes eran su corazón y su temple de alma. A la hora del medio día salió Mora de Setubal, tranquilo y sereno, por en medio de aquella misma plebe que tan amenazadora se le había mostrado.

Poco tardó el duque de Alba en llegar al punto abandonado por Mora, despues de haberse posesionado de los más importantes pueblos y fuertes, que dejó convenientemente guarnecidos.

Intimó el duque español la rendición á Setubal, y el pueblo no se mostró tan fuerte y decidido cuando vió reflejar los rayos del sol en las bayonetas españolas, como cuando vió solo é inermes á D. Cristóbal de Mora. Apenas se recibió en Setubal la intimación del de Alba, la ciudad le mandó una comision, que *muy reverentemente* le suplicó no hostilizase la plaza, puesto que los únicos soldados que podian oponer alguna resistencia eran los pertenecientes á las compañías auxiliares francesas é inglesas, y estas estaban prontos á retirarse tranquila y pacíficamente á Lisboa.

El duque suspendió el ataque, y los ingleses y franceses, con la guarnicion, hicieron el trisísimo papel de abandonar la plaza sin disparar un tiro, á vista del enemigo; es decir, que le temieron.

Tenia, empero, Setubal por defensa un magnífico y fuerte castillo, guarnecido con ochenta piezas de artillería. Era su alcaide ó gobernador D. Mendo de la Mota, y no se avino á evacuar la fortaleza.

Acababa de arribar el marqués de Santa Cruz, que habia estado hasta entonces esperando órdenes en el Puerto de Santa María; y el de Alba dispuso que batiесе desde el agua al castillo, al mismo tiempo que Próspero Colonna y el ingeniero Antonelli, en union con D. Francisco de Alava, atacaban al fuerte por tierra.

El día 23 de Julio se rindió el castillo, y quedó por Felipe II, lo mismo que la ciudad de Setubal, en donde fué solemnemente proclamado rey de Portugal, y á cuyo punto acudió gran número de magnates y de nobles á prestarle obediencia.

D. Antonio, á pesar de la pesadumbre que le oprimía al ver el feliz comienzo de la campaña para el rey Felipe, no desistió por esto, y situó en el camino de Lisboa la fuerza mejor del ejército de que disponia, para impedir el paso á su rival.

El consejo español estuvo dividido respecto del camino que se debería seguir para marchar contra la capital del reino; pero el duque de Alba, desentendiéndose de los encontrados pareceres, adoptó el más corto camino, si bien era el más peligroso y expuesto.

Determinó, pues, dirigirse por Cascaes, atravesando un desfiladero, cuyo paso era expuestísimo; porque estaba encerrado entre elevadas peñas y guardado por cuatro mil hombres, con cuatro cañones, á las órdenes de D. Diego de Meneses, que mandaba en jefe el ejército de D. Antonio.

El paso del desfiladero y la rendición de Cascaes y de su castillo, acabaron de aumentar el gran renombre que de tantos años tenía el duque de Alba como general valeroso, activo, enérgico é inteligente. El general Meneses tuvo la desgracia de caer prisionero: no sabemos si hubiera ganado la causa del rey de España con haber dado generosamente libertad al prisionero; empero el rígido y severo duque de Alba lo entendió de otro modo, y para amedrentar á los magnates y caudillos que quisiesen seguir la parcialidad de D. Antonio, hizo decapitar en Cascaes á D. Diego de Meneses.

Puede decirse que no anduvo desacertado el de Alba; porque en Lisboa se difundió tal pánico al ver la facilidad con que el consumado y veterano general habia pasado el desfiladero, rendido la plaza y el castillo, y hecho ejecutar al general en jefe del ejército de D. Antonio, que se hubieran decidido á entregar las llaves de Lisboa sin disparar un tiro, á no haberlo impedido la presencia en la corte del titulado rey de Portugal.

Continuó posesionándose el general español de cuantas fortalezas encontraba á su paso, y el pánico general alcanzó al mismo D. Antonio, quien mandó mensajeros al duque para hacerle pacíficas proposiciones.

El de Alba contestó atentamente, mostrándose dispuesto á escuchar; pero como no diese en su carta á D. Antonio más tratamiento que el de señoría, el carácter portugués se rebeló, y porque no le daba magestad, como por rey se tenia, cambió de parecer y determinó resistir en la corte.

Dió orden inmediatamente para que tomasen las armas cuantos estuviesen en edad y fuesen á propósito para el caso; y despues de reunir un ejército no pequeño, pero con gran parte de él compuesta de gente allegadiza, se adelantó hasta Belen, des-



pues de arengar á sus tropas y asegurarlas estaba resuelto á vencer ó morir.

Hasta Belen avanzó igualmente el duque de Alba; examinó por sí mismo las posiciones y defensas del enemigo, y despues de su exámen señaló para dar la batalla el dia de San Luis (25 de Agosto). Aquel ser privilegiado, predestinado para ser un gran caudillo, señaló con la más prolija minuciosidad á cada jefe y á cada oficial el puesto que debia ocupar y la manera con que habria de conducirse durante la batalla; y despues publicó un bando prohibiendo bajo pena capital saquear á Lisboa, segun el expreso encargo que del rey habia recibido.

Antes de romper la aurora se tocó diana, y el campo, reunido por tercios y cornetas, devotamente oyó misa. Cuando ya se divisaban claramente los objetos, hizo el duque á los suyos tomar posiciones, y segun sus deseos y diligencias logró que los portugueses acudiesen casi todos al puente de Alcántara.

Cargó Colonna, con su impetuosidad acostumbrada, contra el puente; pero con sobrada imprudencia. El bizarro Sancho Dávila, que estaba encargado por el duque de tomar las trincheras enemigas, logró su propósito posesionándose de las primeras y de las segundas, salvando despues á Colonna y facilitándole los medios de posesionarse del puente, que era el encargo que tenia.

Una brillante carga que dió el prior del orden de San Juan, D. Fernando de Toledo, hijo natural del de Alba, acabó de decidir la sangrienta cuestión: los portugueses se declararon en fuga, y aunque *su rey* estaba, segun sus palabras, decidido á vencer ó morir, ni venció ni murió, que emprendió la fuga y se encerró en Lisboa.

Despues de tan completa derrota, la resistencia hubiera sido inútil: considerándolo así la municipalidad de Lisboa, pidió al de Alba concediese á la córte las mismas condiciones que habian obtenido las demás ciudades sometidas.

Entró, pues, el ejército español en Lisboa; y á pesar de la formal prohibicion, los arrabales sufrieron un disimulado saqueo; mas esto no fué extraño, puesto que D. Antonio, que era portugués, logró fugarse, y de un punto en otro vagando, llegó á Aveiro, que tomó por armas, en cuyo punto autorizó con su presencia un formal saqueo.

El no haber capturado en Lisboa á D. Antonio, siendo tan necesaria su prision, hizo que se murmurase no poco del duque de Alba, que para prenderle no anduvo tan oportuno como pudo y debió.

El dia 11 de Setiembre fué jurado en Lisboa Felipe II, y el natural gozo de que estaban poseidos los españoles á consecuen-

cia de este fausto acontecimiento, se trocó en duelo: enfermó el rey de tanta gravedad, que se llegó á temer por su vida. D. Antonio se aprovechó de tal circunstancia para tratar de reanimar su partido, haciendo circular la voz del fallecimiento de su tio D. Felipe, por el cual vistió luto para dar mayor colorido de verdad á la falsa nueva.

El duque de Alba, que temiendo se verificase la muerte del rey tomó todas las necesarias providencias para asegurar al sucesor de Felipe II la corona de Portugal, mandó salir en busca de D. Antonio al valeroso D. Sancho Dávila. La marcha de este fué un continuado triunfo, y no encontró obstáculo hasta llegar al Duero, obstáculo que removió; merced al ardid de un capitán español llamado Serrano.

En las inmediaciones de Oporto batió á los restos del ejército de D. Antonio, y tomó la ciudad. Aquel desde entonces comenzó á llevar una vida errante y miserable, escondido en las montañas.

El rey convalació por fin, pero falleció su cuarta esposa doña Ana de Austria el dia 26 de Octubre, con cuyo triste motivo, unido al cuidado que exigia el estado del rey, cuya convalecencia era lenta, aquel tuvo abandonados todos los públicos asuntos.

Tenemos el disgusto de manifestar que por aquellos dias puso el rey en bando la cabeza de D. Antonio, ofreciendo la suma fabulosa para aquellos tiempos, y respetable hoy, de *cuarenta y cuatro mil duros* (80,000 ducados). Repugnante y reprobable medio, usado hasta muy poco tiempo hace, para apoderarse vivo ó muerto de un enemigo, que en aquella ocasion no dió ningun resultado. A pesar de la tentadora oferta y de haber estado errante y fugitivo más de medio año D. Antonio, fueron tan nobles todos los portugueses, sin distincion de partidos, que dieron asilo y protegieron al desgraciado, considerando el castigo que en su misma desgracia tenia, y haciendo que aquella le sirviese de égida, hasta que logró penetrar en Francia.

El dia 5 de Diciembre entró en Portugal Felipe II por Yelbes, que fué la primera ciudad portuguesa que le admitió y reconoció como rey.

En Villaboin visitó á los duques de Braganza, que habian sido tambien aspirantes á la corona, y se dieron muestras de mútuo cariño. Allí mismo ambos esposos juraron al rey, y este agració al duque con el elevado y honorífico cargo de condestable de Portugal, y con el Toison de Oro.

FLANDES.

En este año determinó Felipe II que de nuevo se trasladase á Flandes su hermana Margarita de Austria, duquesa de Parma, para que se encargase del gobierno de aquellos estados, en la parte civil, dejando el cargo de la militar al de Alejandro Farnesio, hijo de la expresada princesa.

Queríanse entrañablemente madre é hijo; mas, sin embargo, Alejandro llevó pesadamente aquella determinacion del rey, que en efecto parecia, aunque en realidad así no fuese, que estaba el soberano poco satisfecho del gobierno de su sobrino el príncipe de Parma.

Creyéndose ofendido, aunque se trataba de una madre á quien con delirio amaba, dimitió el encargo de la parte del gobierno que le habia el rey dejado, y se dirigió al cardenal Granvela, que segun parece fué quien aconsejó al rey tan extraña determinacion. De este modo la calificaba tambien Alejandro, manifestando cuán perjudicial era á la causa que se trataba de defender aquella distribucion de poderes, en vez de concentrarlos en una mano y voluntad. Despues de hacer muy sensatas reflexiones y de expresar sus sentidas quejas, terminaba por dimitir el gobierno militar, pidiendo permiso para trasladarse á España, ó para quedar en Flandes, si tal era la voluntad del rey, pero como simple soldado, al lado de su madre.

El rey se negó á admitir la dimision de su sobrino, sin hacer novedad en la determinacion que la habia motivado. Sospéchase si trataria de evitar el engrandecimiento de Alejandro; pero se sabé positivamente que no fué idea del rey sino consejo de Granvela lo que motivó aquella inesperada division de los poderes civil y militar.

Los walones inesperadamente aparecieron dispuestos á desatar aquel nudo, que cada dia más se entrelazaba. Sabedores de que el príncipe de Parma habia formado la irrevocable resolusion de abandonar el mando militar, manifestaron abiertamente su disgusto, diciendo que si de tal manera se descuidaban aquellas provincias, se verian obligados á abandonar las banderas reales para mirar cada uno por sí mismo.

La misma hermana del rey, Margarita de Austria, escribió á Felipe lo que en Flandes ocurría, dándole como acostumbraba muy prudentes y sanos consejos. Y el rey D. Felipe resolvió la cuestion con el mayor acierto, y con una circunstancia que, en



nuestro concepto, desvanece la sospecha de que trataba de impedir el engrandecimiento de su sobrino. Remitió el rey á este nuevas patentes reales; y al devolverle el cargo tal como desde un principio le tuvo, hizo consignar en aquellos documentos, *que lo hacia á petición de aquellas provincias*; circunstancia que, sin género de duda, le engrandecía y daba importancia en Flandes. Remitióle tambien con las patentes reales una larga carta, y al pié una *post-data* autógrafa en que decia: *Que en el Gobierno de las Provincias no echava menos cosa alguna él, pues cumplia con todas sus obligaciones; y solo tenia que advertirle, lo que ya otras veces le habia encargado, que fuesse en adelante mas parco de su vida, y se contentasse con las artes de General, en que tanto se esmeraba.*

Para dar Felipe II, por decirlo así, la última mano á su prudente y digna resolucíon, decia en carta á su hermana Margarita: «Que no por esso (por devolver á Alejandro el poder civil unido al militar) le parecia librarle de la estancia de Flandes como le habia pedido: no solamente *por no dar que dexir á muchos*, los quales atribuyrian su súbita partida á *contiendas y dissensiones entre madre é hijo*; sino tambien para que habiendo de domar á los rebeldes con la violencia de las armas, se les dexasse abierta la puerta para volver al obsequio arrependidos; y executando lo primero Alejandro, tan bien como otro qualquiera, fuese ella para lo segundo como el Ara, que atraxese á los fugitivos y los detuviese con los atractivos de su piedad. Porque tenia experiencia de que rara vez se propone sin buenos efectos la impunidad: y que de ordinario se desparatan las maldades con la esperanza del perdon. Que la afficcion y respecto que los Flamencos la tenian era summo, y su prudencia no menos. Por lo qual por mas contumazes que fuessen, no rehusarian el tenerla sequestra y Medianera: y ella ofreciéndoles su amparo, compondria á los reducidos, restituyéndolos á la obediencia y á la paz: y así que tomasse de buena gana este officio, y escogiesse á su arbitrio alguna ciudad acomodada, para assentar en ella este Tribunal de la Clemencia; persuadiéndose, á que en ninguna otra podia jamas dar mayor gusto á su Hermana, que en esta.» —(Strada, *G. de F.*, lib. III, dec. II, pág. 349.)

Accedió Margarita de Austria; pero no pasó mucho tiempo sin que regresase á Italia, pues siendo inútil su estancia en Flandes, hacia falta en Parma para cuidar de la educacion de sus nietos, los hijos de Alejandro.

Apenas habia recibido el gran Farnesio las patentes reales y la satisfactoria carta de su tío, cuando un fuerte disgusto acibaró



su justísima alegría. Tuvo aviso de que se trataba de asesinarle, como se había querido hacer con todos sus antecesores en aquel gobierno. El presunto asesino no era un hombre vulgar: las intrigas extranjeras habían logrado formar una conspiración para asesinar al príncipe de Parma y cambiar la faz de la parte de provincias que reconocían al rey.

Formada la conspiración y con extensas ramificaciones á todos los puntos de la dominación española en Flandes, se colocó á su cabeza el señor de Heez, que era el alma de la conjura, la cual debía estallar al pasar el de Parma muestra al ejército, cuyo gran general sería allí mismo cobardemente asesinado.

Nada intimidado el valeroso Alejandro, se dedicó á coger los hilos de aquella infame red; pero encontró la dificultad de prender á Heez, que era personaje de grande importancia. Encargóse de hacerlo el marqués de Rouvais, general de la caballería, recientemente reconciliado con el rey.

Fué, en efecto, preso el señor de Heez y encerrado en la fortaleza de Quesnoy, en donde despues fué degollado por orden del rey. La prisión y castigo de Heez impuso á los conjurados, quienes, al ménos por entonces, se dispersaron.

Trataba Orange de acudir á todos los medios imaginables para vencer á su contrario, y quiso no desaprovechar los momentos; porque sabía cómo sonreía al rey la fortuna en Portugal, y temía con razón descargase en Flandes todo el ejército que se había dirigido á Lusitania.

Convocó Orange en Amberes á los estados flamencos, ante los cuales, sin ambages, hizo entender á todos que solo había dos caminos practicables para salir de la fatal situación en que se hallaban: ó reconocer al rey Felipe II, ó acogerse á otro soberano, negando abiertamente la obediencia al rey de España.

Aunque á muchos pareció demasiado fuerte la segunda parte de la proposición del rebelde príncipe, concluyeron todos por aceptarla, y aquel propuso se reconociese por soberano de los Países-Bajos al duque de Anjou, Francisco de Valois, hermano de Enrique III de Francia.

Claro es que al proponer Orange al de Anjou, esperaba de él el logro de sus deseos; y además, estaba muy relacionado en Francia, como que en esta tenía su principado.

Reuniéronse de nuevo los estados de Flandes, y ante ellos declaró el jefe de la revolución que no habiendo guardado el rey de España á los flamencos los jurados privilegios, se le privaba de la soberanía de Flandes; y que los estados, libres por el perjurio del rey de prestarle obediencia, elegían por su soberano á Francisco de Valois, duque de Anjou.

Todo esto ocurría hallándose en Flandes el archiduque Matías, el cual viéndose tan escandalosamente desairado, renunció el gobierno que jamás tuvo sino en el nombre, y preparó su viaje á Austria fuertemente indignado y dispuesto á hacer guerra á los rebeldes, influyendo con el emperador Rodolfo, su hermano, para que no se le facilitase ningún recurso.

En todas las provincias se publicó á voz de pregon que el rey de España había cesado de ser soberano de Flandes: en consecuencia de esto, fueron abatidas sus armas y banderas, rotos sus sellos, quitados sus retratos y prohibida la acuñación de moneda con sus armas y efigie. No era posible llevar más allá los desmanes y desafueros; y la reprobable conducta de los rebeldes hacia presagiar calamidades sin cuento.

### CÓRTESES CELEBRADAS DURANTE EL DECENIO OCTAVO.

Como el reinado de Felipe II fué tan fecundo en importantes acontecimientos, hemos de propósito omitido la parte de que vamos brevemente á ocuparnos para no truncar la relación de aquellos, y á fin de que el lector encuentre reunida la parte más importante de las sesiones de Cortes, celebradas desde 1570 á 1580.

Desearios siempre nosotros de dar al lector noticias exactas en tan importante punto relativo á la legislación española, le diremos una vez más que seguimos fielmente al erudito é ilustrado Lafuente, quien, de los muchos historiadores que hemos minuciosamente reconocido, es el autor que más se ha detenido y ocupado del punto en cuestión, no solamente de la brillante y digna manera que de tan renombrado escritor puede y debe esperarse, si que también por su notable exactitud y la copia de datos que reúne.

En el año 1570 celebráronse Cortes en Córdoba. En ellas reclamaron los procuradores del reino que no impusiera el rey ningún tributo particular ni general, sin que estuviese otorgado por las Cortes.

Pidieron después la prorogación, por veinte años al menos, del encabezamiento de las alcabalas y tercias, en cuya petición aquellos diputados, como sus predecesores, insistieron cuanto fué dable, porque creían que de encabezar las rentas resultaban á los pueblos menos perjuicios. Ni esta petición ni la primera obtuvieron favorable despacho, aunque el rey las denegó con buenas palabras.

Propusieron despues que de los fallos del Consejo de Hacienda se pudiera apelar al Consejo Real, que era el que les inspiraba mayor confianza; que se suprimiera el número infinito de procuras, regidurías, etc., haciendo además otras peticiones relativas á los jueces y alcaldes, contra los abusos de los escribanos y otros puntos relativos á los procedimientos judiciales, así en la parte civil como en la criminal.

Pasaron despues á ocuparse de la inconveniencia que resultaba de sacar del reino dinero, pan y cabezas de ganado; de la venta de hidalguías; del abuso de tomar para sí el soberano la parte de oro y plata que le parecia de las flotas que para particulares venian de las Indias; del excesivo precio que tenian las habitaciones en la córte (¡qué dirian hoy!) y en los puntos á que el rey pasaba á residir y por donde en sus viajes transitaba, con otras peticiones que claramente indican cuánto habia cundido la inmoralidad en aquellos tiempos, aunque á primera vista nos parecen mucho mejores que los presentes.

La mayor parte de las peticiones fueron denegadas, aunque no rotundamente; y otras recibieron respuestas dilatorias, ó fué, para no negarlas resueltamente, aplazada su resolucion. Solamente al tratar del abuso de tomar el rey para sí la parte de dinero que queria de las flotas de las Indias, aseguró Felipe que esto ya no se hacia; así como al quejarse los procuradores de que el soberano habia nombrado los capitanes para la guerra contra los moriscos granadinos, correspondiendo el hacerlo á los ayuntamientos, manifestó el rey «que en lo sucesivo se haria como las Córtes deseaban, no habiéndose hecho así en la guerra de Granada, porque habia sido diferente la manera del servicio y socorro que las ciudades habian prestado.»

No fueron de mayor importancia en sus resultados las reuniones de las Córtes en 1571. Tratóse en ellas de las casas públicas llamadas *mancebías*; de varios puntos relativos á las carreras de medicina y cirujía; acerca de la vagancia; de la inconveniencia de dar á extranjeros cartas de naturaleza; de la necesidad de renovar la buena casta española de caballos, é insistieron los diputados en lo muy conveniente que era el proveer de armas al reino.

En estas Córtes y en la peticion relativa á la facultad de medicina, pidieron los diputados unánimemente que no pudiera graduarse en dicha facultad persona alguna, sin haber probado y obtenido el grado de bachiller en astrología; porque, segun las Córtes, por no *entender los movimientos de los planetas y los dias criticos, erraban muchas curas.*

En los años siguientes vióse claramente que ninguna de las peticiones cuya resolucion habia sido aplazada, se habia todavía

resuelto; porque en 1573 presentaron los procuradores de nuevo casi todas las que habian hecho los diputados en 1570.

En el referido año 1573 hicieron los diputados del reino la notable é importante peticion que sigue:

«Otrosí, porque de venir por procuradores de Córtes algunos  
»criados de V. M. y ministros de justicia, y otras personas que  
»llevan sus gages, se sigue *que les parezca que tienen poca li-*  
»*bertad para proponer y votar lo que conviene al bien del rei-*  
»*no; y aun otro gran inconveniente, que es, que siempre son*  
»*tenidos entre los demás procuradores por sospechosos, y cau-*  
»*san entre ellos desconformidad: A V. M. suplicamos..... man-*  
»*de que los susodichos no puedan ser ni sean elegidos para el*  
»*dicho oficio.»*

Esta peticion tan debatida en más modernos tiempos, y que, en efecto, tendia entonces como tenderá siempre á que los representantes de la nacion, que deben ser los padres de esta, puedan obrar libremente y sin trabas en el vasto círculo de sus importantísimas y loables atribuciones, fué una de las pocas que obtuvieron resolucion, y una respuesta breve y nada dudosa: *A esto vos respondemos que non conviene hacer en ello novedad.*

Renovóse tambien en estas Córtes la peticion ya presentada en otras sesiones (desde el año 1517), relativa á la inconveniencia de que se acumulasen bienes en las manos llamadas muertas. Esta peticion, que fué tambien, como la anterior, de las pocas que obtuvieron respuesta decisiva, la recibió tan explícita como aquella y con las mismas palabras, sin variar una sola.

Tratóse tambien de refrenar el inmoderado lujo, por los males que de él se seguian á la sociedad, y por lo mucho y muy directamente que contribuia á la relajacion de costumbres, pidiendo se prohibiese absolutamente el que ninguna desposada pudiese llevar á la boda más joyas, ni invertir más en trages, incluso aquellos adornos, que la vigésima parte de lo que importara su dote; porque muchas, sin poder ostentar el inmoderado lujo que otras, por no parecer ménos gastaban en trages y joyas todo el importe, ó poco ménos, del dote que les habia correspondido.

Se pidió por los diputados tambien la imposicion de penas á los sastres y otros artesanos, que inventaban las modas para inducir á hacer excesivos gastos y á quebrantar las pragmáticas publicadas para refrenar el perjudicial lujo.

Trataron despues del uso de coches y carrozas, que tanto se habia generalizado, *que hasta los hombres de mediana ó escasa fortuna hacian sacrificios para sostenerlos, á trueque de no ser tenidos en ménos que otros, ó más principales ó más ricos.* Esto se decia en 1573; no nos lamentemos, pues, de lo que podriamos



decir hoy. Pidióse resueltamente se prohibiese el uso de coches y carrozas, que estaba recientemente introducido, y el rey respondió: *Que ya se habia platicado sobre ello y se mandaria proveer lo más conveniente.*

Tambien pidieron se prohibiese platear y dorar objetos de madera y de falsos metales, excepto los objetos destinados al culto divino, las armas y las monturas llamadas *á la gineta*, etc., por la escasez que de ambos preciosos metales resultaba, habiendo tanta cantidad de ellos, por gastarlos en demasia é inútilmente.

Fué uno de los objetos preferentes para los diputados del año 1573 el fomento de la cria caballar; y para lograrlo, pidieron al rey que se dispensase de salir á los alardes con armas y caballos á los que tenian esta obligacion, con tal de que mantuviesen seis yeguas. Y como las expresadas Córtes creyesen muy útiles los ejercicios de equitacion y el montar á la gineta, se pidió, asimismo, por los diputados *se restablecieran las suprimidas corridas de toros con toda brevedad*, por lo mucho que la supresion perjudicaba á aquellos ejercicios. Esta peticion fué favorablemente despachada, lo que no sucedió en 1570, en cuya época tambien se hizo.

Ocupáronse las Córtes de remediar *las dilaciones y evitar las molestias y gastos que resultaban á los litigantes que pleiteaban* (por lo visto esto viene de muy antiguo, y es mal que parece inextinguible), tocando otros muchos é importantes extremos relativos á la buena y pronta administracion de justicia, así como tambien trataron del establecimiento de cátedras de la facultad de jurisprudencia en la universidad de Alcalá, y de que se concediesen á los que en aquella cursaban los mismos privilegios y prerogativas que á los estudiantes de Salamanca, Valladolid y Bolonia.

Pidieron, por último, aquellos diputados que en todos los caminos se estableciesen señales que indicasen claramente el que se debia seguir para dirigirse á cada poblacion, y que estas, en las entradas y salidas de ellas, y en las reuniones de caminos lo hiciesen igualmente, á fin de que los caminantes no se pudiesen extraviar ni sufrir perjuicios. El rey respondió *que su consejo lo veria y proveeria lo que más conviniese*; mas nada se hizo, y los caminos quedaron sin señales, *lo mismo que están en 1863*, aunque la sencilla y fácil innovacion era tan útil entonces, como lo ha sido despues, y será siempre para los que escasos de bienes y de medios, transitan y recorren á pié, solos y sin guia, largas distancias.

Las Córtes de 1576 fueron de tal duracion que se prolonga-

ron hasta el año 1578. Presentaron al rey setenta y tres peticiones. Oigamos sobre ellas al erudito Lafuente:

»De ellas la primera fué recordar al monarca «que sin junta del reino y otorgamiento de sus procuradores no se creasen ni cobrasen en él ningunas nuevas rentas, pechos ni monedas, ni otros tributos, particular ni generalmente:» y pedíanle que lo guardara así inviolablemente, y que en su virtud revocara los tributos é imposiciones con que sin este requisito habia sobrecargado los pueblos.

»Pedían en la segunda que en adelante, ya que hasta entonces se habia hecho faltando á las leyes, no se permitiera con ninguna ocasion ni motivo la enagenacion de las villas y lugares de la corona. — Suplicaban en la tercera peticion al monarca, que toda vez que sus muchas y forzosas ocupaciones no le permitian visitar personalmente el reino, añadiera al consejo dos magistrados más con el cargo de residenciar los tribunales, corregidores y otras autoridades, de modo que entendieran los encargados de la administracion de justicia y de la hacienda en las provincias que se habia de inquirir y saber cómo ejercia cada uno su empleo, y se habia de castigar al que no hubiese cumplido con su obligacion.

»Quejábanse de los inconvenientes y perjuicios que habia ocasionado la creacion de regidores perpétuos; proponian la manera de ir consumiendo dichos oficios, y suplicaban que en lo sucesivo no hubiese más regidores que los años y por eleccion, como antes se habia acostumbrado. — Clamaban contra el uso de los coches y carrozas, y solicitaban se prohibiera, como cosa, decian ellos, que no sirve «sino para dar ocasion y comodidad á los hombres para regalarse, y no usar ejercicios de tales.» Estas eran las ideas de los procuradores en aquel tiempo sobre esta materia, de las cuales participaba el rey, puesto que para disminuir el número de los carruajes de lujo, mandó que nadie pudiera usar coche ó carroza en las ciudades ni en cinco leguas en derredor sin llevar cuatro caballos propios, y no alquilados ni prestados, so pena de perder carruaje y caballos con todas sus guarniciones y adherentes.

»Celosos de la instruccion religiosa y moral de la juventud los procuradores, pedían se estableciesen en las iglesias metropolitanas y catedrales colegios ó seminarios para la educacion y enseñanza de los jóvenes que hubieran de profesar y ejercer el sacerdocio, con arreglo á lo decretado en la sesion XXIII del concilio general de Trento. — Deseosos de la buena aplicacion de la justicia, proponian que las magistraturas de las audiencias, chancillerías y tribunales supremos no se diesen á jóve-

» nes por aventajados que fuesen, y por mucho que hubieran  
» aprovechado en las universidades, sin haber acreditado antes  
» su moralidad y discrecion, y el buen uso de su ciencia y la  
» aplicacion práctica de sus conocimientos en los juzgados ó tri-  
» bunales inferiores.—Pruebas todavía más delicadas y escrupu-  
» losas exigian en los que hubieran de ser jueces eclesiásticos.—  
» Abusaban estos de la terrible arma de la excomunion, fulmi-  
» nándola contra muchos infelices por pequeñas deudas que no  
» podian satisfacer, aun cuando hubiesen dado y tuviesen fiado-  
» res: contra este abuso reclamaron tambien los diputados de las  
» ciudades, pidiendo que nadie pudiera ser excomulgado por deu-  
» das, y que los deudores fuesen llevados ante los jueces segla-  
» res, y no á los eclesiásticos.

» Mirando por el decoro y dignidad de ciertos cargos honrosos,  
» proponian, por ejemplo, que á los consejeros y oidores de las  
» audiencias y chancillerias se les diesen tales honorarios con que  
» pudieran vivir decentemente y como correspondia á la calidad  
» de su ministerio, lo cual no podian hacer con los que tenian.  
» Que los regidores y jurados de las ciudades y villas de voto en  
» Córtes no se ejercitarán en oficios mecánicos, tratos y granjerías  
» que desautorizaran sus personas. Que á las subvenciones de los  
» procuradores á Córtes contribuyeran no solo las ciudades que  
» los nombraban, sino toda la provincia, cuyos intereses represen-  
» taban. Que no pudiera una sola persona reunir dos ó más car-  
» gos ú oficios incompatibles. Las demás peticiones versaban  
» sobre asuntos subalternos de gobierno y administracion, de  
» cuyos pormenores no nos toca ni es de nuestro propósito dar  
» cuenta.

» Conócese que los representantes de las ciudades veian ya con  
» disgusto que la nobleza de Castilla iba dejando el uso de las  
» armas y los ejercicios de la caballería, que tan ágiles, diestros  
» y robustos los habian formado en otro tiempo para la guerra.  
» Por eso, y para que los nobles y caballeros no perdieran su vi-  
» gor y se afeminaran en la molicie, fué menester alentarlos con  
» el atractivo y lucimiento de los espectáculos. A este objeto se  
» encaminaba el haber pedido en las Córtes pasadas de 1570  
» y 73 que se restablecieran las corridas de toros, en que los no-  
» bles y caballeros, que eran los lidiadores ( puesto que entonces  
» no los habia mercenarios y de oficio), por lo menos no olvida-  
» ran el ejercicio de la ginetá. Y por eso en estas de 1576 se pro-  
» puso que en todos los pueblos cabezas de corregimiento se pu-  
» siesen telas públicas á costa de los propios, y se diera á los ca-  
» balleros lanzas para sus ensayos, y música para las fiestas y  
» regocijos. Por cierto que fué casi la única peticion á que res-

»pondió el rey, otorgándola explícitamente, y diciendo que mandaba se hiciese con toda brevedad lo que se pedía. A casi todas las demás contestó con su acostumbrada fórmula, cada vez, »si era posible, más vaga: «Mandaremos que se mire, y se verá lo que converná ordenar y proveer.»

Tales y tan importantes fueron las sesiones que duraron casi un entero bienio, aunque poco se adelantó con el celo de los procuradores, según muy pronto veremos.

Terminaron las Cortés de 1576 en fin de Diciembre de 1578, é inmediatamente se reunieron las de 1579, cuya duracion alcanzó al año 1582. Para no trincar la relacion de lo ocurrido en aquellas sesiones, y no habiéndonos propuesto tratar sino de las celebradas en el octavo decenio, ó sea hasta el año 1580 inclusive, al ocuparnos del noveno lo verificaremos con las Cortés de 1579, puesto que se prolongaron hasta dos años despues de haber comenzado á correr aquel.

## DECENIO NOVENO.

AÑO 1581.

### PORTUGAL.

Estaba para terminar el primer tercio del año, cuando fué solemnemente jurado por rey de Portugal Felipe II.

Celebróse la imponente ceremonia en el monasterio de la órden de Cristo, con asistencia de los duques de Braganza, del Consejo de Estado y Cámara de Castilla, de los diputados ó procuradores portugueses, y de todos los próceres del reino.

Despues de haber sido el rey jurado, juró á su vez guardar todos los fueros y conservar los privilegios, usos y libertades que á Portugal habian concedido los reyes sus predecesores; verificado lo cual tremoló al aire el pendon real, y un rey de armas proclamó al nuevo soberano diciendo: *Real, real, real por el rey D. Felipe, rey de Portugal* (16 de Abril).

Los primeros á rendir homenaje y besar la mano al nuevo monarca fueron los duques de Braganza, los cuales con toda la córte, procuradores y consejos, asistieron á un solemne *Te Deum* cantado en accion de gracias por la ascension al trono del nuevo

soberano. Al día siguiente fué jurado como sucesor de aquella corona el primogénito de Felipe II, llamado D. Diego.

El rey inauguró su reinado publicando un perdón general, que fué juzgado de muy diversa manera por españoles y por portugueses: aquellos le encontraron tan amplio, como á estos pareció estricto, sin embargo de que se incluyó en él á todos los secuaces de D. Antonio, sin exceptuar más que á este, al conde de Vimioso, al obispo de la Guardia y á pocas personas más, incluso los individuos del clero regular y secular que más se habían distinguido contra el rey D. Felipe.

No estuvo parco el nuevo soberano en otorgar mercedes, empleos, y rentas á los portugueses; por manera que fueron muchos los que se alegraron del cambio de dinastía.

Los representantes de la nación lusitana, contentos también del nuevo soberano, le presentaron una súplica en solicitud de que se casara con portuguesa; que el príncipe heredero se criase y educase en Portugal; que este reino quedase siempre y absolutamente separado de Castilla, y que retirase las guarniciones españolas. Los magnates, por su parte, tampoco descuidaban sus intereses, fatigando al rey con diarias peticiones. Aquel concedió tantas, que llegó á disgustar á los españoles; mas los portugueses se mostraban siempre insaciables.

Debemos consignar aquí un rasgo de Felipe II, que merece los mayores elogios.

La universidad de Coimbra se había distinguido en favor de D. Antonio, y sus más célebres doctores habían enseñado y escrito contra los derechos del rey Felipe á la corona lusitana. Aconsejéronle que en justo castigo á su desafección, suprimiese la universidad; lejos de hacerlo así el monarca, no solamente la conservó, si que también la protegió abiertamente, y distinguió y premió el talento de los doctores é individuos de ella.

Terminadas las sesiones de las Cortes, salió el rey de Tomar, en donde aquellas se habían reunido y se había prestado el reconocimiento y juramento de fidelidad al rey Felipe, y recorrió varios puntos del reino, hasta que se terminaron los preparativos que se hacían en la corte para recibirle solemnemente.

El día 27 de Julio entró en Lisboa Felipe II, en medio de toda su corte, pasando por debajo de arcos triunfales y entre vítores, aplausos y fiestas. Cuéntase que al presentar Ámbrosio de Aguiar las llaves de la capital, se dirigió á D. Cristóbal de Mora, diciéndole: *Tomadlas vos, que á vos se deben ellas*. Aludiendo á la habilidad con que el fiel é inteligente ministro del rey Felipe había facilitado diplomáticamente su militar conquista al duque de Alba.

Dejamos, pues, á Felipe II, sobre ser ya señor de tantos reinos y vasallos, rey de toda la península ibérica, como lo debieron ser todos sus predecesores y sucesores, porque el mismo Dios dispuso que así se dedujese de los límites naturales que á la península señaló, de todas las ricas colonias portuguesas, de sus posesiones de *Africa y de la India*, de los reinos de *Angola, Guinea y Bengala*, de *Goa, Brasil*, isla de *Ceylan, Macao*, las *Molucas* y la costa de *Malabar*.

## FLANDES.

En tanto obtenia Felipe II triunfos en Portugal y aumentaba coronas á sus coronas, Alejandro Farnesio, su sobrino, obraba en Flandes verdaderos prodigios, si se atiende á los escasos recursos de que disponia y el abandono en que estaba, puesto que Portugal absorbía toda la atención del monarca y de sus consejeros.

Habiase apoderado el príncipe de Parma de varias poblaciones, Courtenay entre ellas; empero en cambio, Malinas habia pasado á poder de los revolucionarios; y si bien Bouvais, jefe de los walones de Farnesio, habia hecho prisionero al temible Francisco de la Noüe, general protestante, este, en cambio, poco antes de perder la libertad, habia aprisionado á los condes de Egmont y de Selles, ambos hermanos.

Casi al comenzar el año estableció Farnesio el sitio de Cambray, poco despues de habersele entregado con la plaza de Breda su guarnicion; y sin embargo de haber tenido el príncipe más sucesos prósperos que adversos, su falta de medios materiales, y la invasion francesa que era á la sazón inminente, le tenían fuertemente disgustado é intranquilo.

Habia salido ya de aquellos estados la embajada de los rebeldes, que llevaba al duque de Anjou el acta de su elección hecha por la asamblea de los estados. Los mensajeros encontraron al citado Francisco de Valois en Plessis-les-Tours; le presentaron el acta, y él que fué siempre un ambicioso sin talento, valor ni fortuna, se apresuró á aceptar la ofrenda que le presentaban, porque agradaba mucho aquel simulacro de soberanía, á quien por ser rey hubiera dado la mitad de los dias de su vida.

Entró, pues, el de Anjou en los estados flamencos seguido de un ejército de doce mil infantes y cuatro mil caballos, llevando consigo gran número de nobles franceses, que no quisieron desaprovechar la ocasión de servir bajo las banderas del hermano de Enrique III.

Estaba encargado el cerco de Cambray al marqués de Bou-

vais, general de la caballería de Felipe II, valeroso y entendido militar, grande amigo de Alejandro, y tan decidido por la causa española, como quien habiendo servido hasta poco tiempo antes en las banderas rebeldes, anhelaba hacer olvidar con los hechos posteriores su pasada conducta.

El de Anjou, apenas dentro de los dominios españoles, mandó al vizconde de Turena y al marqués de Ventadour fuesen con tropas suficientes á socorrer á Cambray; pero el vigilante Bouvais sale al encuentro, derrota á los franceses auxiliares y hace prisionero á Turena, salvándose Ventadour con la fuga, recurso poco decoroso en militares de su esfera y hombres de su alcurnia.

Turena fué presentado por la noche á Alejandro, el cual le recibió con la benevolencia propia de su natural carácter y con una finura digna de su ilustre cuna; mas el jóven Turena, disgustado sin duda con verse prisionero, y por efecto quizá de su poco amable carácter, á la afabilidad del príncipe respondió con sequedad y casi grosería; porque al preguntarle Alejandro, tal vez por entablar conversacion, qué hacia el de Anjou, respondió con altanería y muy poco cortesantemente: *No sé; y aunque lo supiera tampoco lo diria*. Entonces Alejandro sonrió casi despreciativamente y le dijo: *Querido jóven, ese altivo carácter debísteis tenerle anoche, cuando un SOLDADO mio os hizo prisionero*. Palabras que hicieron enrojecer á Turena.

Poco despues fué levantado el cerco de Cambray, y sus ciudadanos vieron con tanto dolor como remordimiento, que la guarnicion walona fué relevada por otra francesa, y las armas imperiales, que por el archiduque Matias se veian en la ciudad, fueron reemplazadas por las de Francia.

Despues tomó el de Anjou, por entrega *y sin combatir*, á Cateau-Cambresis; y al instarle Orange para que avanzase, respondió que necesitaba volver á Francia, para regresar pronto con un grande ejército, con la proteccion segura y eficaz de su hermano el rey de Francia y con la alianza de Isabel de Inglaterra.

AÑO 1582.

## PORTUGAL.

En este año dieron no poco en que entender á Felipe II las islas Azores, pertenecientes á Portugal, distinguiéndose muy

particularmente la isla Tercera, que habia proclamado á don Antonio, el antiguo prior de Crato, y no queria reconocer á otro rey.

Fué á domar la altivez de los rebeldes el maestre de campo don Pedro de Valdés; pero fué rechazado con grande pérdida. Tampoco tuvo mejor fortuna el bizarro y veterano D. Lope de Figueroa; y los isleños, enorgullecidos con sus triunfos y animados por el turbulento D. Antonio, estaban cada vez más decididos por la resistencia.

No le faltaban al titulado rey de Portugal motivos de justa esperanza; porque Francia é Inglaterra, enemigas de la prosperidad de España y vivamente disgustadas á consecuencia de la reunion de la península ibérica, le habian prometido su más amplia y lata proteccion.

En Nantes reunió D. Antonio, merced á sus *generosos* auxiliares, una armada de sesenta buques, y con ella y acompañado del conde de Vimioso, el de Brissac (aquel portugués, este francés), Felipe Strozzi, Beaumont y el obispo de la Guardia (italiano, francés y portugués), tomó rumbo á las islas Terceras.

Felipe II mandó salir del puerto de Lisboa al famoso marqués de Santa Cruz con su escuadra, y dió orden al almirante Recalde, que con la suya se hallaba en las aguas de Vizcaya, para que se reuniese á Santa Cruz en la isla de San Miguel, única que en las Azores habia reconocido á Felipe II.

Llevaba D. Alvaro de Bazan buena y escogida tropa de desembarco, mandada por acreditados jefes como D. Lope de Figueroa, D. Pedro de Valdés, ambos ganosos de vengar el desastre sufrido en las Terceras, D. Cristóbal de Eraso y D. Francisco de Bobadilla.

Llegó, como era natural, á las islas D. Antonio antes que don Alvaro de Bazan, y se dirigió contra la isla de San Miguel, que sola entre las demás, á todas desafiaba, firme siempre en la lealtad á Felipe II. Cuando más seguro contaba su triunfo el antiguo prior de Crato, apareció en aquellas aguas la armada española; y al divisar el marqués de Santa Cruz al enemigo, se preparó para atacarle y le atacó al momento.

La armada francesa en que iba D. Antonio fué completamente destrozada por el invicto Bazan, aunque no sin haberse sostenido bastante tiempo y haber demostrado los que en las naves iban notable valor. Strozzi quedó en poder del capitan Vivero, y el conde de Vimioso tambien cayó prisionero, despues de herido, con otros ochenta nobles y muchos soldados. Como tres mil de los enemigos fueron muertos, y el conde de Brissac se salvó, huyendo á tiempo. Otro tanto hizo D. Antonio, que pudo ganar



la isla Tercera en donde olvidó su pena y la reciente desgracia, porque le recibieron como á rey, y el serlo era su sueño de toda hora.

Poco, empero, le duró su reinado; porque aconsejándole bien, le hicieron entender que si allí permanecía estaba expuesto a caer en manos del de Santa Cruz, cuya bizzarria, inteligencia y lealtad eran tan temibles para aquel verdadero rey de farsa. Determinó este ponerse en salvo, y se dirigió de nuevo á su *amada* Francia; mas no sin saquear primero, porque estaba muy escaso de metálico, á todos los que pudo, y muy particularmente en la isla de la Madera y en las Canarias, para evitarse graves disgustos con los soldados que aun le seguian y que reclamaban sus pagas.

En este año tuvo un nuevo y muy fuerte disgusto el rey don Felipe: el día 21 de Noviembre falleció su primogénito el príncipe D. Diego.

## FLANDES.

En muy mal estado continuaban los asuntos de los Países-Bajos para España, cuando comenzó el año 1582. La intrigante y astuta Catalina de Médicis y su imbécil hijo Enrique III, dominado por ella, como su hermano Cárlos IX, al mismo tiempo que hacian protestas de amistad á Felipe II y le mandaban embajadores, sordamente le hacian una espantosa é innoble guerra, más aun desde que aquel habia ceñido la corona de Portugal. Por esto favorecian cuanto era posible á D. Antonio, y por esto tambien auxiliaban con gente y con dinero á Francisco de Valois, hermano de Enrique é hijo tambien de Catalina.

No podia Francia, sin embargo, porque no tenia medios materiales, hacer la guerra á España noblemente y de frente; por esto se la hacia de una manera deshonrosa entre particulares, y baja, villana y repugnante entre personas de real stirpe. Las reinas madre y esposa de Enrique III, queriendo tambien contentar al temible príncipe de Parma, sobrino del rey y su vicario en Flandes, le enviaron una embajada rogándole creyese que el de Anjou (Francisco de Valois) habia procedido por sí y sin consejo de sus deudos; que la familia real francesa, emparentada tan estrechamente con la española, ni habia sabido la determinacion del de Anjou hasta que no era tiempo de evitarla, ni le habia auxiliado ni le auxiliaria contra un rey tan querido y

digno de serlo como Felipe II; y Anjou, que no tenia dinero ninguno, recibia de su madre y hermano cuanto necesitaba, y á vista y presencia de las autoridades francesas salian de Francia las banderas y cornetas para dirigirse á Flandes á hacer la guerra á Felipe II. ¡Qué miserable y repugnante es cierta clase de diplomacia!

Todo lo sabia y comprendia perfectamente Felipe II, así por sus excelentes embajadores, como porque era el primer político de su época; mas á la tenebrosa guerra, contestaba con otra de igual género; se preparaba en secreto, y aguardaba la ocasion de demostrar á sus enemigos el gran poder que tenia.

En tanto el insustancial duque de Anjou se habia trasladado á Inglaterra, y entregado á los placeres de la córte, solicitaba la mano de la *reina doncella*, tanto por su inextinguible afan de ser rey, como por robustecer su exiguo poder para realizar sus planes.

Strada explica detenidamente cuanto ocurrió en la córte de Isabel de Inglaterra, la cual muy poco pagada de la figura del *pretendiente*, le engañó, sin embargo, asegurándole de su cariño y de su decidida voluntad de darle su mano; tanto, que llegó el caso de sacar públicamente de uno de sus dedos un rico anillo y colocarle por su mano en uno de los del duque de Anjou.

No se casó, sin embargo, porque, como dijo el ilustrado don Bernardino de Mendoza, embajador de España en Lóndres, y refiere Strada, *aquella reina era cada año esposa, pero casada nunca*. El de Anjou, cansado de hacer un triste papel en Lóndres al lado de aquella reina veleidosa y ligera en cuanto á amores, abandonó á Inglaterra. Isabel, para contentarle, ya que disimuladamente le quitaba toda esperanza de ser rey de Inglaterra, le dió auxilios de gente y de dinero, y Anjou se dió á la vela con tan buenos elementos, arribando á Flessinga el dia 10 de Febrero.

Hallábase Alejandro Farnesio en el sitio de Tournay, cuando de Flessinga se trasladó el de Anjou á Middelburg, con ánimo de pasar, como en efecto pasó, á Amberes.

Fué el sitio y rendicion de Tournay de los más notables en aquella famosa guerra. La plaza era el verdadero refugio de todos los protestantes de aquellos paises, y para dar al sitio mayor renombre, estaba defendida Tournay por una mujer; porque siendo gobernador de aquella fuerte plaza el príncipe de Espinoy y no hallándose en aquella cuando fué sitiada, se encargó de la defensa con varonil ánimo la princesa su esposa, llamada Philippa Christina de Laling.

Mil elogios hacen los historiadores del valor, inteligencia y prevision de aquella dama, que tuvo, sin duda alguna, las mejores dotes de cuantas son envidiables en un buen general; pero todas las figuras del gran cuadro quedaban deslucidas ante la imponente del dignísimo sobrino y sucesor del inmortal D. Juan de Austria, Alejandro Farnesio, el cual en el sitio de Tournay fué á la vez general, maestro, capitán, soldado, ingeniero, artillero y cuanto fué menester.

A fin de no perder de vista los trabajos del sitio, se hizo colocar su pabellon, para descansar algunos ratos, tan cerca de la plaza, que en poco le cuesta la vida su extraordinario arrojo. El enemigo observó desde las murallas que llegaban á aquel pabellon muy á menudo los principales jefes del ejército de España; fijó la atencion, vió tambien que Alejandro entraba en él, y le juzgó con razon, su morada de campaña.

No fué más pronto el comprenderlo así, que el comenzar el enemigo á dirigir sus disparos al citado pabellon; y una de las balas fué tan certeramente dirigida, que destruyó aquel; porque no estando hecho de lienzo, sino de tabla, presentó blanco más á propósito para ser deshecho.

Los generales y jefes del ejército católico acudieron llenos de congoja, temiendo por la vida de su incomparable general; pero le hallaron vivo, aunque herido por las tablas en la cabeza y en un hombro; mas no de gravedad. Dióles gracias, y saliendo al campo, dijo: *vea el enemigo en nuestra decision que estoy vivo con el favor de Dios, y viviré para confusion y pesar de los enemigos.*

Dióse infructuosamente un asalto, que rechazó personalmente la princesa de Espinoy, costando respetables pérdidas á amigos y enemigos. La fuerza del ejército de España era walona; y cuando al príncipe de Orange le aseguraban de la decision é inteligencia con que asediaba el de Parma la importante plaza, sonriendo decia: *no es Tournay comida para walones.* Hé aquí explicado el por qué cuando se trataba de pactos y composiciones, lo primero que los protestantes exigian era la salida de Flandes de las tropas españolas; y con motivo del sitio de Tournay, quedó decretada su vuelta como muy pronto veremos.

Por fin se rindió la plaza, más que por la voluntad de la princesa, por los deseos y súplicas de los defensores, que si habian resistido al plomo y al acero, no podian hacerse superiores á la destructora hambre, que muchos dias habia ya que les estaba acosando. La princesa, empero, viéndose obligada á entregar á Tournay, no quiso hacerlo sin obtener honrosas condiciones, á lo que no se negó el valeroso príncipe de Parma; y al obtener

aquel notable triunfo, que se debió completamente á la inteligencia y valor de Alejandro, y no al ejército indeciso y pesado que mandaba, fué por primera vez saludado con el tratamiento de príncipe, clamando todos al hacer su pública entrada en Tournay: ¡Viva y venza Su Alteza el serenísimo príncipe! ¡Viva y venza el valerosísimo general!!

La princesa de Espinoy tuvo necesidad de entregar personalmente las llaves de la plaza; y Alejandro, galante con las damas y complaciente despues del triunfo, determinó que para hacer el triste paso ménos violento á la ilustre y valerosa señora, le representase para tomar posesion de Tournay el conde de Laligni, que militaba en el campo católico y era hermano de la princesa: rasgo fué este de Alejandro de exquisita delicadeza.

La de Espinoy, que era hija de María de Montmorency, hermana del desgraciado conde de Horn, el que fué degollado en union con el de Egmont, odiaba cordialmente á cuanto con España tenia relacion; era, por otra parte, mujer de *ánimo feroz*, como dice un historiador antiguo; y cuando su hermano, al presentarse á recibir las llaves, la quisiese consolar con buenas razones y cariñosas palabras, ella, volviendo el rostro para no ver á su hermano porque pertenecia al ejército enemigo, le dijo: *Si yo hubiera podido prever este trance, hubiese puesto fuego por cuatro partes á Tournay, y me hubiera arrojado sobre las llamas.* Queda dicho cuanto es posible respecto del carácter de la princesa de Espinoy.

Es muy digno de referirse lo que hace notar Strada acerca de Tournay. Entregóse la plaza el último dia de Noviembre, en que la Iglesia celebra á San Andrés, patron de Borgoña: tiempo antes, en el mismo dia de San Andrés, tomó Carlos I (V de Alemania), padre de Felipe II, á Tournay: en un dia de San Andrés, sesenta y ocho años antes, se posesionó de Tournay el emperador Maximiliano, abuelo de Carlos, y en otro dia de San Andrés se hizo dueño de Tournay Enrique de Inglaterra.

La lentitud del sitio y el haberse debido la rendicion de Tournay á la hábil pericia y valor del príncipe de Parma, quien para animar á los desanimados guerreros walones, tuvo que manejar la pala, la azada y la zapa más que la espada y la lanza, hizo ver la necesidad de que volviesen á Flandes las tropas llamadas extranjeras, especialmente las españolas, si no se queria renunciar al triunfo y abandonar aquellos estados á los revolucionarios.

Los mismos *nobles flamencos* se lo hicieron entender así á Alejandro, el cual deseoso de lo mismo, habia tenido empero la habilidad de disimular su ardiente deseo, para que tomasen los

flamencos la iniciativa, amaestrados por la necesidad, y en ningún caso pudiesen culparle del regreso de los españoles.

Todos los magnates flamencos fieles á Felipe II, suplicaron al príncipe intercediese con S. M., á fin de que decretase el regreso de las tropas auxiliares; y el sagaz Alejandro los oía como quien no cree en la necesidad que se le indica, y desea conocerla para convencerse. Solamente el maestro general de la caballería, el jóven y valeroso marqués de Rouvais, se mantenía firme en su propósito de no admitir en aquel ejército á ningún extranjero. Este personaje era muy importante en el ejército, porque pertenecía á la primera nobleza de Flandes; estaba muy estrechamente relacionado con los revolucionarios de más valía y más alta alcurnia; era *casi recién convertido*, y había hecho muchas conversiones, después de verificada la suya.

No convenia al príncipe el disgustar á Rouvais; porque si por efecto del disgusto volvía á las rebeldes filas de que procedía, aquella defeccion seria una gran pérdida para el ejército católico, porque toda la fuerza moral que le quitaria en aquel caso, se la daría al enemigo. Por esto, Alejandro Farnesio, que era tan bueno y hábil político como entendido guerrero, conociendo que la oposicion presentada por Rouvais á la vuelta de los españoles estribaba solamente en que temia perder el puesto de general de la caballería, que halagaba á su marcial y altivo carácter y á sus pocos años, y que, por otra parte, desempeñaba muy dignamente, un día de sobremesa cogió á Rouvais á solas y le dijo:

«Yo, Rouvais, os hablo agora, no como Gobernador de Flandes á un súbdito del Rey, ni como general supremo á capitán general de la caballería: hábloos como habla un amigo á otro amigo. Hubiéralo hecho antes á no haber reparado en que no era sazón, porque no recibirian bien los pueblos la vuelta de los españoles. Agora, mudados los ánimos de muchos y conspirando la mayor parte de los nobles voluntariamente á que vuelvan los españoles, no puedo, verdaderamente, sufrir que habiendo yo procurado que fuéseis vos el primero en la gracia del Rey, seáis el último de todos en una cosa de tanto servicio suyo. Cuanta necesidad tengays vosotros en el tiempo que corre de socorros de fuera, assaz lo muestra el aparato grande de enemigos de Francia y de Inglaterra: y vuestras Provincias de walones, que están en la frontera de franceses, lo está reconociendo mejor que nadie, y piden que se llamen tropas auxiliares de todas partes. De modo que ya no podeis vos solo sentir de todos sin ofension de todos. Aunque no dudo de que tambien vos soys del mismo parecer: pero si se ha de confessar la verdad, dos cosas son las que os detienen y atemorizan pa-

«ra no pedir lo mismo con los demás; mas estas mismas, ha-  
 «blando con toda llaneza y sinceridad, son las que principalmen-  
 «te os devian incitar: porque ni la buelta de los españoles os ha  
 «de quitar ó menoscavar un punto del puesto que gozays en la  
 «Milicia; y mientras yo governare aqui las Armas, despues de  
 «mí vos governareis la cavallería, y esto con tanta mayor honra,  
 «quanto será mayor crédito vuestro, el que concurriendo los fo-  
 «rasteros, mandeis á mas naciones juntas, y entre ellas á la que  
 «domina. Ni el fin de traer es dañar á persona alguna, excepto  
 «á los enemigos. A vos, por lo menos, tema lo que quisiere vues-  
 «tra conciencia por lo passado, no solamente no serán de per-  
 «juicio (porque no dudara yo dar en rehenes por vuestra segu-  
 «ridad á mi mismo hijo), sino que os han de acarrear nuevas  
 «creces en el valimiento y en el honor. Solo es menester que me  
 «oigais y sigais el fiel consejo que os doy. Yo tengo de dar cuenta  
 «al Rey desta mudanza de los walones, despachando un volante  
 «á España. Vos escrivireis á Su Magestad, rogándole que resti-  
 «tuya la milicia forastera. Yo haré un pliego de vuestra carta y de  
 «la mia: con lo que el Rey sabrá de vos antes que otro alguno la  
 «conformidad en que están los walones (cuyos postulados no es-  
 «pecificaré al rey), y de esta suerte dareis vos el primero este  
 «contento á S. M., y os anticipareis á disfrutar de su gracia.»

Rouvais agradeció mucho la bondad y el buen consejo de Ale-  
 jandro, y le puso en práctica; y fué tal y tan grande la habilidad  
 política de aquel en este árduo negocio, que las Asambleas de los  
 estados fieles y de los reconciliados, á pesar del tratado de Ar-  
 rás, decretaron: *Pídase al rey encarecidamente que envíe tropas  
 auxiliares, dejando á su prudencia el determinar las na-  
 ciones de que hayan de proceder y el número de que hayan de  
 constar.*

Cuando con más entusiasmo se celebraba en Amberes la en-  
 trada del duque de Anjou, un suceso muy triste para los rebel-  
 des hizo cesar el regocijo y las fiestas.

Al retirarse despues de mesa el príncipe de Orange del come-  
 dor á su cámara, un jóven vizcaino llamado Juan de Jaúregui, al  
 entregar á aquel un memorial, le disparó á quema-ropa un pisto-  
 letazo, y dándole en la cabeza, le atravesó los dos carrillos, ras-  
 pándole por encima de la lengua.

Preso el agresor, nada quiso declarar; mas por los papeles que  
 se le encontraron en un bolsillo, se descubrió que habia sido ani-  
 mado á cometer el homicidio por un comerciante fallido, vizcaino  
 tambien y residente en Amberes, llamado Gaspar de Anastre.

Jaúregui fué ahorcado y descuartizado; Anastre no fué habi-  
 do; pero cogieron á su cajero, y sin saber si habia tenido parti-

cipacion en el propuesto homicidio, le ahorcaron y descuartizaron tambien; y hubo más: uno de los papeles que Jaúregui llevaba consigo, declaraba que iba preparado para morir, á cuyo efecto habia confesado y comulgado por la mañana, porque creia hacer una obra meritoria en quitar la vida á aquel principe enemigo de Dios y del rey. Declaraba asimismo Jaúregui que se habia confesado con un religioso dominico llamado Timermann, y no fué menester más para que cogiesen al dominico y le ahorcasen y descuartizasen tambien los que se rebelaban por efecto de la *crueldad* de los católicos. Algun autor anónimo dice que el dominico fué quemado.

La opinion pública achacó el origen del funesto suceso al duque de Anjou, y estuvo en muy poco el que no se repitiese una escena muy parecida á la de las Visperas sicilianas. No ocurrió, sin embargo, porque el principe convaleció pronto, aunque estuvo mucho tiempo vendado y sin poder apenas comer, y desde entonces no volvió á hablar sin cierta dificultad.

El funesto suceso produjo diverso efecto en los que podian mirarse como rivales, por ambicion de poder y de mando: Orange comprendió del modo que habia de morir, y Anjou creyó que Jaúregui le habia enseñado el camino que debia seguir para no tener rival.

Favoreció mucho á la causa del rey la discordia que se introdujo en el bando rebelde. Los orangistas estaban muy disgustados con los franceses, porque lo estaba tambien su ídolo, el principe. Este, que fué quien propuso se llamase al de Anjou, llevaba con violencia el depender de aquel; porque se iba cansando de reconocer superior; el francés y los suyos no querian estar á tutela de los flamencos, y querian usar de un despotismo que aquellos no podian tolerar; y para manifestar su disgusto contra el de Anjou, decian que les habian engañado, ofreciéndoles recursos y socorros que se habian quedado en palabras.

En tanto el bizarro é inteligente principe de Parma, aprovechando la division de los enemigos, no les daba reposo ni sosiego. Entonces les quitó á Oudenarde, buena plaza, que fué sitiada y tomada en poco tiempo.

Llegó el mes de Agosto, y con él aparecieron en Flandes los valerosos españoles, los bizarros italianos y demás tropas auxiliares, con gran gozo del principe de Parma, que al ver llegar á sus leones de España, se creyó invencible.

Aunque la estacion iba siendo poco á propósito para continuar la campaña, porque el otoño se declaró muy lluvioso, aún tomó, sin embargo, Alejandro en aquel año varias plazas de segundo y tercer orden; y al ver la rapidez con que se maniobraba, se fe-

licitaban los magnates flamencos de haber aconsejado al príncipe que hiciese regresar á los españoles. En cuanto al bizarro marqués de Rouvais, acompañó á Alejandro al salir este á recibir á los españoles, que así lo hizo para demostrarlos el mucho cariño que les profesaba; pero notóle el príncipe triste y pensativo. Comprendió que estaba receloso, y despues de arengar á los recién llegados, que le victoreaban con verdadero frenesí, y le mostraban las medallas que siempre al cuello llevaban, para tranquilizar á Rouvais, dijo dirigiéndose á los maestros de la caballería: *Hè aquí, señores maestros, al nuevo y valeroso general de la caballería: haced, pues, que como á tal le saluden vuestras bizarras cornetas.* Hiciéronlo así; Rouvais quedó tranquilo y regresó contento á los reales, en donde dió mil gracias al de Parma. Desde entonces quedó la costumbre de saludar con las picas, hoy lanzas, á los generales que tienen el mando superior de la caballería, honor que hasta entonces no se dispensaba sino al general supremo ó en jefe.

El esforzado general español Francisco Verdugo, gobernador de la Frisia, realizó por aquel tiempo muy importantes conquistas en el territorio de su mando. Fué Verdugo uno de los mejores jefes del ejército en aquella época; que unia á una grande amabilidad y á una exquisita finura, un carácter enérgico y duro en campaña; y él mismo decía á los que se admiraban de aquella aparente contradicción: *Soy FRANCISCO para los amigos, y VERDUGO para los enemigos.*

En tanto, el gran Alejandro Farnesio, fuerte y animado con los refuerzos recibidos, batió gloriosa y completamente á franceses y flamencos delante de Orange y Anjou, quienes á uña de caballo tuvieron que abandonar el campo y encerrarse en Gante; porque Alejandro en seguida amenazó á Bruselas; y era sabido que el príncipe de Parma vencía siempre; pudo ser alguna vez rechazado, mas cargando de nuevo y con más ímpetu, siempre concluía por vencer.

Al terminar el año, el falso y doble Enrique III de Francia, aconsejado por la artera y astuta Catalina de Médicis, su madre, envió á su hermano el duque de Anjou ocho mil hombres á las órdenes del duque de Montpensier (este era suegro del príncipe de Orange) y del mariscal Byron, al mismo tiempo que protegía y facilitaba recursos al ex-prior de Crato para que hiciese la guerra á su cuñado Felipe II en las Azores, y mandaba á este embajadas y mensajeros para *asegurarle de su firme amistad y cariño.*



AÑO 1583.

## PORTUGAL.

Apenas habian trascurrido algunos dias, que dedicó Felipe II al luto y al dolor por la muerte del malogrado príncipe D. Diego, que fué en verdad desgraciado aquel rey en perder sus esposas y sus hijos, dispuso fuese jurado en Portugal el príncipe D. Felipe, su hijo, ceremonia que se verificó el dia 30 de Enero, en el palacio de la Ribera.

Trató despues el rey de regresar á España, y eligió para gobernador de Portugal al cardenal Alberto, archiduque de Austria, á quien mucho amaba, que era sobrino suyo, como hijo de su hermana la emperatriz María, esposa del emperador Maximiliano, que fué hijo de D. Fernando, hermano de Carlos I.

Hacia muy poco tiempo que habia fallecido en Lisboa el célebre D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba de Tormes, ilustre general, valeroso, inteligente y siempre leal, al cual acompañó y auxilió en los últimos instantes el famoso y venerable Fr. Luis de Granada, del orden de Santo Domingo, famoso en virtud y doctrina, que fué, es y será, como escritor sagrado, una de las más grandes glorias de la literatura española. Dícese que se motejó al rey Felipe, porque un dia despues de la muerte de tan benemérito español salió á comer en público. Nos consta, por documentos tan respetables como fidedignos, que Felipe II no solamente sintió cuanto debia la muerte de aquel ilustre y grande varon, si que tambien puede asegurarse que apenas se separó de su lado durante la breve enfermedad; que estuvo presente al fallecimiento, y que, puede tambien decirse, el duque espiró en los brazos del rey: tan cariñosas demostraciones, dispensadas por un soberano á un súbdito, no han sido ni muy frecuentes ni muy repetidas. Tenia el duque cerca de ochenta años, y coronó su dilatada y gloriosa carrera dando á su patria un nuevo reino.

Tambien falleció en Lisboa otro español, no ménos benemérito y célebre, relativamente, que el duque de Alba: hablamos del muy valeroso y entendido D. Sancho de Avila, general ya de los ejércitos españoles, y emparentado con las primeras casas de la grandeza española, en una de las cuales aun se conservan hoy, como preciosas reliquias, armas de aquel ilustre guerrero y trofeos por él alcanzados.

Después de haber Felipe II tomado juramento á su sobrino el archiduque Alberto de que administraría en justicia y le restituiría el reino cuando regresase, para cumplir lo ofrecido, nombró un consejo compuesto de portugueses, que auxiliase en su gobierno al archiduque, y en el cual figuraban el arzobispo de Lisboa, D. Jorge de Almeida, Pedro de Alcazoba y Miguel de Moura. Este último desempeñaba á la sazón el importante cargo de *escribano da Puridade*, que era, según algunos, parecido al de canceller en las funciones que desempeñaba.

Hecho todo esto, con grande aplauso de los portugueses, hizo el rey trasladar con toda solemnidad y pompa, de Ceuta á Lisboa, los restos del infortunado D. Sebastian de Portugal, los cuales fueron depositados en el panteon real, después de hacerles todos los correspondientes honores y muy ostentosas exequias.

El día 11 de Febrero salió de Lisboa Felipe II, y por Extremadura regresó al Escorial, desde donde se trasladó á Madrid. Su tránsito por España, lo mismo que su entrada en Madrid, fué triunfal y magnífica; los vítores y aplausos fueron infinitos, porque los españoles, al mirar á su rey, contemplaban en él á un soberano, no solo cuidadoso de conservar la inmensa monarquía que habia heredado de su gran padre, sino tambien tan decidido á aumentarla, que acababa de agregarla un entero reino.

El Sr. Lafuente, imparcial y parco al alabar á Felipe II, inserta en defensa de este una larga nota, que es, á nuestro parecer, importantísima. Como nos hemos propuesto no santificar á este rey, pero sí defenderle, porque ha sido uno de los más calumniados, y como pudiéramos mirar como parciales por haber manifestado francamente nuestro propósito al comenzar á ocuparnos de este reinado, transcribimos íntegra la nota que tan en armonía está, respecto de Portugal, con lo que nos hemos propuesto, así por esta razón, como por proceder aquella de tan gran autoridad literaria y de una persona tan poco pródiga de alabanzas al tratar de Felipe II. Dice así la nota:

«No podemos ménos de llamar aquí la atención de nuestros lectores hácia la ligereza con que algunos historiadores extranjeros hablan de los hechos históricos de España.

»M. Weis, en su *España desde el reinado de Felipe II hasta el advenimiento de los Borbones*, en el párrafo que dedica á la conquista de Portugal, dice: «A pesar de la amnistía que publicó (Felipe II) antes de entrar en Lisboa, *vertió torrentes de sangre para afirmarse en el trono que habia usurpado*. Gran número de portugueses distinguidos fueron condenados á muerte por haber hecho armas contra él. Cuéntase que perecieron de orden suya dos mil sacerdotes ó religiosos. Semejantes

»crueldades le atrajeron la odiosidad pública. Dos veces inten-  
 »taron asesinarle; y no creyéndose seguro en un pueblo reduci-  
 »do á la desesperacion, dejó el Portugal decidido á tratarle como  
 »á país conquistado, arruinarle para siempre é imposibilitarle de  
 »rebelarse con visos de éxito favorable. *Un virey insolente (un*  
 »*insolent vice-roi)* fué á residir á Lisboa, y á despertar los adormecidos odios en vez de trabajar por extinguirlos. No se hizo  
 »caso de la nobleza. No se cumplieron las brillantes promesas  
 »hechas á los señores portugueses..... En los diez y ocho años  
 »que siguieron á la reunion de ambos reinos, *no confirió Feli-*  
 »*pe II títulos honoríficos mas que á tres fidalgos*, que creó con-  
 »des de Sabugal, Atalaya y Panaguino. Todos los honores y dig-  
 »nidades eran para los grandes de España. El pueblo se vió ti-  
 »ranizado,» etc.

»No es posible aglomerar en un solo párrafo más inexactitudes  
 »y más injusticias. Con tono decisivo y con una sola plabra, cali-  
 »fica el escritor francés de *usurpado* un trono al que tenia Feli-  
 »pe II tan respetables, ya que no se quiera decir tan indisputa-  
 »bles derechos, unánimemente reconocidos por todos los letra-  
 »dos españoles, y por la mayor y más ilustrada parte de los ju-  
 »risconsultos portugueses. — *Que vertió torrentes de sangre*, di-  
 »ce el historiador francés. Esta es una exageracion injustificada.  
 »No diremos que Felipe II fuera tan indulgente con los vencidos  
 »como hubiera sido de desear, y acaso como hubiera podido  
 »y debido ser. Pero muy de otra manera le han juzgado los mis-  
 »mos escritores portugueses. «Despues de haber usado algun  
 »castigo con algunos culpados, dice Faria y Sousa, no como  
 »Sergio Galva en todos los que tardaron en saludarle por empe-  
 »rador..... perdonó á otros, dejando purificada en pocos la im-  
 »prudencia de todos los engañados, y todos fueron tan pocos,  
 »que queriendo reservar algunos, nombró la primera vez.....  
 »veinticinco solamente; y la segunda..... solamente cinco: al-  
 »gunos trescientos reservó Carlos V en el perdon del tiempo de  
 »las Comunidades.» De esto á *verter torrentes de sangre*, como  
 »dice Weis, el lector comprenderá si hay diferencia. Únicamen-  
 »te le hallamos riguroso, y hasta cruel, con los franceses que  
 »ayudaron al prior D. Antonio en su invasion de la isla Tercera;  
 »mas si aquello no fué por órden expresa del mismo Rey de  
 »Francia, como dijo el marqués de Santa Cruz, debió indignar  
 »mucho á Felipe que súbditos de un monarca que se decia ami-  
 »go, y de quien todos los dias recibia cartas afectuosas, hubie-  
 »ran ido de aquella manera á quitarle una parte de su reino.

»Que «dos veces intentaron asesinarle, dice Weis, y no cre-  
 »yéndose seguro en un pueblo reducido á la desesperacion, de-

»jó al Portugal,» etc. No hemos leído esta especie en ningún historiador extranjero ni nacional que merezca fé. — «Que un *virey insolente* fué á residir á Lisboa.....» Nada puede haber más injusto que llamar *virey insolente* al archiduque y cardenal Alberto. De muy diferente modo que el escritor francés le ha calificado el inglés Watson, que con ser protestante y nada amigo de Felipe II, dice del archiduque Alberto: «En el gobierno de Portugal, que habia desempeñado en calidad de regente, se habia grangeado la estimacion general.» (*Hist. de Felipe II*, lib. XXIV.) Y cuando Alberto fué enviado de gobernador á Flandes, recibiéronle los flamencos como no habian recibido á ningún gobernador, con fiestas, arcos de triunfo, y con todo género de demostraciones de regocijo, por las noticias que tenían de sus buenas prendas, y que no desmintieron sus actos, como se puede ver en todas las historias de Flandes. Este es el que M. Weis llama *virey insolente*.

»Que *despertó*, añade el escritor francés, los odios *adormecidos*. Esto es mostrarse completamente peregrino en la historia de la conquista y gobierno de Portugal. Si el archiduque Alberto se encargó de la regencia de Portugal aun antes de salir de allí el rey D. Felipe, ¿cómo podian estar adormecidos los odios de los portugueses para poderlos despertar él?

»Que no se hizo caso de la nobleza, y que en los diez y ocho años que siguieron á la reunion de ambos reinos, no confirió Felipe II títulos honoríficos más que á tres fidalgos. — «Las muchas mercedes que hizo Felipe, dice el portugués Faria y Sousa en su *Epítome de las Historias portuguesas*, p. IV, cap. I, esas ya en los ánimos de todos le dieran el título,» etc. Los consejeros que dejó el rey al archiduque Alberto eran todos portugueses á saber: D. Jorge de Almeida, arzobispo de Lisboa; Pedro de Alcazoba, y Miguel de Moura: á este último le hizo escribano da Puridade, cargo tan grande que nunca se habia dado sino á las personas más principales del reino, y desde el tiempo de D. Juan III no se habia vuelto á proveer. Y con que M. Weis hubiera leído á Faria y Sousa, hubiera podido añadir á los solos tres títulos que él supone, la siguiente nómina de otros que Felipe II dió á portugueses:

»A D. Manuel de Meneses, el de duque de Villareal, de que era marqués.

»A los primogénitos de la casa de Aveiro, el de duque de Torresnovas.

»A D. Antonio de Castro, el de conde de Monsanto.

»A D. Francisco Mascareñas, el de conde de Villadorta ó Santa Cruz.

»A Rui Gonzalez de Cámara, el de conde de Villafranca.  
 »A D. Fernando de Noroña, el de conde de Liñares.  
 »A D. Fernando de Castro, el de conde de Basto.  
 »A D. Pedro de Alcazoba, el de conde de Iduña.  
 »A D. Duarte de Meneses, el de conde de Tarouca.  
 »Y á D. Cristóbal de Moura, el de conde de Castel-Rodrigo.  
 »Es verdad que Felipe no cumplió á los portugueses todo lo  
 »que les habia prometido; pero tambien lo es que los nobles le  
 »pidieron cosas que no le era posible conceder; que cada uno á  
 »tuerto ó á derecho le pedia mercedes, y por último nombró pa-  
 »ra el despacho de tales memoriales al obispo de Leiria y á don  
 »Cristóbal de Mora, y al cabo sacaron hábitos, rentas y oficios,  
 »con una abundancia que produjo no pocas quejas de parte de  
 »los castellanos, de todo lo cual podria M. Weis informarse lar-  
 »gamente por la *Historia de la Union de Portugal* de Cones-  
 »taggio.

»No defendemos la política de Felipe II en el gobierno de  
 »Portugal: creemos que le faltó mucho para saberse captar las  
 »voluntades de los portugueses, para hacerles olvidar el senti-  
 »miento de la pérdida de su independencia y sufrir sin disgusto  
 »su anexion á Castilla. Pero hay una inmensa distancia de esto  
 »á las inexactitudes y á las injusticias con que le calumnia el  
 »francés M. Weis.

»Este escritor, sin embargo, ha sido condecorado por el go-  
 »bierno español en premio de su obra, que son dos pequeños  
 »volúmenes, y como muestra de aprecio, con la cruz supernume-  
 »raria de Carlos III, en 26 de Setiembre de 1844.»

Hasta aquí el Sr. Lafuente. Lástima grande es, por cierto, el  
 que no haya existido en España una orden denominada de FELI-  
 PE II, para haber agraciado con ella al calumniador del expresa-  
 do monarca. No calificaremos el hecho, porque si le calificáramos,  
 seguramente no se imprimiria la calificacion; nuestros lec-  
 tores le calificarán por nosotros, sin que se les opongan los obs-  
 táculos que á nosotros se nos opondrian.

Bochornoso es, en verdad, el que anden los premios tan en  
 completo desacuerdo con los verdaderos méritos, y que si estos  
 son alguna vez premiados, se considere el premio rebajado y co-  
 mo de escasa valía por haberse ya dado á quien no le merecia,  
 en ocasiones, y en ocasiones á quien era merecedor de castigo.

En cuanto al francés, está en su derecho no el calumniar, que  
 para esto jamás le hay, sino el vengarse, poco dignamente por  
 cierto, pero del modo que puede, de un rey nada *afrancesado* y  
 sí muy español, que en Gravelines y San Quintin hizo sentir á  
 Francia el peso de su poder, en justísima venganza de las injus-

ticias y sinrazones hechas á España por aquella nación durante los reinados de Francisco I y de Enrique II, y que los tuvo siempre á raya, lo mismo que á todos los extranjeros.

¿Qué ha hecho siempre la Francia con España? Véanse los reinados de Carlos IX, de Enrique III, y veremos despues el del *renombrado* Luis XIV, y más modernamente los *gloriosos* hechos del Imperio, hasta 1814.

### FLANDES.

El año 1583 comenzó en Flandés de muy aciaga manera para Francia.

El duque de Anjou, que fué hombre de escásísimo valor personal, cosa rara en los príncipes franceses, por lo comun esforzados y animosos, tenia además muy limitado talento, circunstancia perjudicialísima cuando se tiene mucha ambicion.

Sus consejeros, mal avenidos con hacer un papel poco decoroso, como naturalmente habian de hacerle cuando su príncipe le representaba muy secundario al lado del de Orange, trataron de dar un verdadero golpe de mano que produjese para su señor el mando omnimodo y absoluto, y para ellos la reconquista de su posicion.

Como el de Anjou, segun vulgarmente se dice, era materia dispuesta para todo, y lo mismo se le impulsaba para lo bueno que para lo malo, bastóle para aprobar y admitir el consejo, el que se le dijera que iba á ser soberano.

Cierto que hacia Francisco de Valois, al lado del ambicioso Orange, un papel indecoroso para el que, por entonces, era heredero de la corona francesa; pero la dificultad estribaba en que si el golpe se daba en vago, el desprestigio seguiria á la derrota, y el ridiculo, lejos de disminuir, creceria.

El proyectado golpe habia de consistir en apoderarse los franceses de las plazas en que estaban acuartelados, reservándose el de Anjou el posesionarse de Amberes, plaza en aquellos dominios quizá la primera en importancia considerándola militarmente, é importantísima como emporio del comercio y de la riqueza.

Preparóse el golpe para ser dado simultáneamente el dia 17 de Enero; y refiere Strada que el dia 16 los soldados franceses, que estaban considerados como amigos, invirtieron una parte del dia en reconocer las tiendas de los joyeros, con pretexto de querer comprar algunos objetos, para saber en cuáles tiendas habia

más riqueza, á fin de no errar al siguiente dia el golpe, cuando se tratase del saqueo.

En efecto, el dia 17, tres horas despues del medio dia, reunió el duque de Anjou las tropas que creyó necesarias para dar el golpe en Amberes, con pretexto de pasarlas muestra para dirigirse á la provincia de Güeldres. Estaban á la vista de Amberes; y cuando creyó el príncipe llegado el momento, señalando á la ciudad exclamó: *¡Ea, hijos míos, vuestra es Amberes!*

Sorprendieron, como era natural, á la desprevenida guardia de la puerta, que consideraban á los franceses como amigos, degollaron á los soldados y se esparcieron por la ciudad gritando *Misa y duque*, que era el grito de orden ó contraseña, y como si estuvieran muy seguros del triunfo, se dedicaron exclusivamente al saqueo.

Los de Amberes, pásada la primera impresion de sorpresa, y viendo que sus amigos, convertidos inesperadamente en implacables enemigos, robaban, mataban y violaban á mansalva, tocan á rebato, se arma cada uno del modo que puede, y sale á la calle decidido á castigar tan infames desafueros.

Allí no hubo distincion de personas, de clases ni de sexos; todos los de Amberes, mezclados, salieron á castigar á sus falsos amigos é improvisados enemigos, y lo hicieron cumplidamente. Más de mil franceses fueron degollados dentro de las calles y de las casas de la ciudad; cerca de mil doscientos fueron arrojados por la muralla al campo y á los fosos, y no será mucho decir que igual número, ciego con la fuga al ver tanto estrago, cayó con armas unos, y con caballos otros, encontrando su sepulcro en las arrebatadas aguas del inmenso Escalda.

Delante de la puerta principal de Amberes habia tal monton de cadáveres de franceses, que pasaba por encima de la puerta; y no fué mayor el estrago, aunque tan grande fué, porque el príncipe de Orange, que en aquella funesta jornada se mostró generoso, acudió con tropas de la ciudadela en donde se hallaba, y no permitió se quitase á ninguno la vida, limitándose á hacer hasta dos mil prisioneros, en cuyo número se contó al mariscal de Ferbache, que habia sido uno de los que aconsejaron al de Anjou aquella desacertada empresa. En cuanto á este príncipe francés, huyó despavorido y estuvo muchos dias errante con las reliquias de su destrozado ejército, sin tener para mantener á este, ni para mantenerse á sí mismo, y temeroso de presentarse en grandes poblaciones por dudar de qué modo seria recibido.

Sin embargo, ni fué el de Anjou depuesto del principado de Flandes, dado por los rebeldes, y siendo por consecuencia nula

tal concesion, ni fué, en apariencia al ménos, mal mirado; porque el de Orange, que era muy gran político, no quiso malquistarse con el rey de Francia, hermano del de Anjou, y hacérsele enemigo cuando tan pujante estaba el ejército español en Flandes. Temia asimismo que ofendido el de Anjou aceptase las proposiciones del príncipe de Parma, que entró en tratos con aquel en cuanto supo el suceso de Amberes, para entregarle las plazas y poblaciones de que podia disponer.

En vista de las poderosas razones presentadas por el príncipe de Orange, la Asamblea de los estados se convenció de que no convenia romper con el de Anjou, sino disimular y fingir. Llamáronle, por lo tanto; se verificó una reconciliacion tan sincera como son todas las que verifican los malvados; hicieron renovar al duque de Anjou su juramento de gobernar en adelante sin separarse de las leyes fundamentales del país, y le pidieron despues se retirara á Dunkerke, mientras se arreglaban definitivamente algunos puntos que pendientes estaban.

La empresa de Amberes dejó naturalmente muy enconados los ánimos de los flamencos contra los franceses: la necesidad les hizo reconciliarse con los labios y las demostraciones; empero el corazon quedó herido. Todo esto contribuia á que el invicto Alejandro Farnesio se regocijase, porque aquella disimulada desunion favorecia mucho á la causa que tan ardientemente defendia.

Combinóse con la expresada ventaja la vuelta de los españoles y demás auxiliares; y despues de esto colmó la alegría del príncipe de Parma una cariñosa carta que recibió por aquellos dias de su tío Felipe II, en la cual le decia que vencido el rebelde D. Antonio de Portugal en las islas Terceras, habia mandado marchar á Flandes á los veteranos y temidos tercios españoles, mandados por los famosos maestros Bobadilla, Iñiguez y Figueroa, todos á las órdenes del veedor maestro general D. Pedro de Tarsis. Agregó á tan fausta nueva otra no ménos grata: era esta que habia mandado depositar en el castillo de Milan *un millon de escudos de oro*, de los cuales recibiria el príncipe *trescientos mil* para las urgencias del momento.

El de Anjou casi prometió entregar á Farnesio las plazas de que disponia en Flandes, bajo ciertas condiciones; y era muy capaz de haberlo hecho. La reconciliacion lo impidió, y acaso los consejos de los nobles franceses; porque el de Anjou era, como vulgarmente se dice, del último que llegaba. Entonces Farnesio, comprendiendo que del francés poco partido podia sacar, determinó salir á campaña, cuando supo que Anjou, enfermo de pesar desde el suceso de Amberes, y siéndole muy desfavorable el cli-



ma de Flandes, repentinamente habia abandonado á Dunkerke y regresado á Francia.

Inmediatamente se dirigió á Dunkerke Alejandro Farnesio, y se apoderó de la ciudad, favorecido, si se quiere, por los mismos flamencos. Estaba Dunkerke guarnecida por franceses; y cuando el mariscal Byron acudió á socorrer á los suyos, sitiados por Farnesio, los mismos paisanos flamencos le impidieron llegar á las líneas del sitio.

En el mismo año tomó Alejandro á Nieuport, y se dedicó á desplegar todos sus recursos para la próxima primavera.

#### AÑO 1584.

### FLANDES.

Al comenzar el año estaba el de Parma enseñoreado del país de Waes, amenazando á Brujas, á Gante, y preparando una empresa cuya realizacion habia de ser la admiracion de Europa, y quedaria consignada en la historia para admirar tambien á las generaciones venideras.

Funesto fué, en verdad, para los rebeldes de Flandes el año 1584. Estaban visiblemente disgustados con los triunfos del príncipe de Parma y de sus delegados: habia aquel heróico caudillo tomado á Iprés, Rupelmonde y Alost, al mismo tiempo que el maestre Verdugo tomaba á Zutphen, y el príncipe de Chimay, que era hijo del duque de Arschôt, entregaba á Farnesio la plaza de Brujas, pasándose á las tropas del rey, sin otra condicion que la de entregarle el mando de la provincia de que era capital la expresada ciudad. Pero el golpe terrible para los rebeldes fué la defeccion del conde de Berghes, que se pasó al partido de Felipe II, siendo como era cuñado del príncipe de Orange. Este inesperado golpe dió mucha fuerza moral al partido del rey, y no fué de mayor importancia, por haber sido descubierto el intento del de Berghes, que quiso entregar la provincia de Güeldres que mandaba, como Chimay la de Brujas; mas habiéndose sabido lo que meditaba, se limitó á abandonar el partido rebelde y presentarse á Farnesio.

Confiaba, empero, el de Orange en que el duque de Anjou, fuese por su mucha ambicion ó por deseo de reconquistar lo perdido, regresase á Flandes con refuerzos de tropas y recursos que no vacilaria en facilitarle su hermano Enrique III, siquiera solo

fuese por hacer daño á Felipe II. Orange se tranquilizaba con aquella halagüeña esperanza; porque ignoraba que el *Mane Thescel Phares* que aterrorizó al rey Baltasar en medio á su opulencia y regocijo, estaba escrito para él y para aquel en quien tenia colocada su esperanza.

En efecto, el dia 10 de Junio de 1584 falleció el duque de Anjou en Chateau-Tierry, á la edad de treinta y tres años. La enfermedad que le llevó al sepulcro fué penosa, y presentó, segun algunos aseguran, síntomas de envenenamiento. No se dice quién pudo ser autor del supuesto crimen, ni falta nunca semejante sospecha cuando se trata de la muerte de algun príncipe, como si fuera en ellos bajeza é ignominia, dice el erudito y concienzudo Famiano de Strada, *el morir de muerte natural como los demás hombres*.

Este golpe fué gravísimo para los rebeldes flamencos, si bien la importancia que al difunto príncipe se habia dado consistia en sus estrechos vínculos con la casa real francesa: por lo demás, era frívolo, ligero, veleidoso, y en cuanto á sus prendas morales, su misma hermana Margarita de Valois las enumeró en estas breves palabras: *Si el dolo y la infidelidad hubieran desaparecido de la tierra, se hubieran hallado en todo su vigor en el corazon de mi hermano*.

Pero si fué gravísimo el golpe que recibió la causa de los sublevados con el fallecimiento del duque de Anjou, sufrió simultáneamente casi mortal otro, que dejó sin alma al cuerpo rebelde.

Un mes pasado de la muerte del de Anjou, y precisamente en igual dia del mes (10 de Julio), fué asesinado el rebelde príncipe de Orange. Al volver del comedor, como cuando le acometió Juan de Jáuregui, le disparó un pistoletazo á quema-ropa un jóven natural del condado de Borgoña, llamado Baltasar Gerard. Jáuregui tuvo la desgracia de romperse un dedo, porque reventó por la mucha carga la pistola, y aunque sacó el puñal para acabar con el herido príncipe, no pudo hacer uso de aquel, por la falta del índice derecho.

Gerard procedió con ménos arrebató y más sangre fria. Meditaba el hecho de mucho tiempo antes, y con objeto de consumarle, se procuró recomendaciones para entrar al servicio del duque de Anjou. Al fallecer este, se ofreció Gerard, que estaba ya al servicio del duque, á llevar el pliego en que se anunciaba al de Orange la fatal noticia.

Llegó á Delft (Holanda), en donde á la sazón residia el príncipe rebelde, y se introdujo fácilmente en el palacio de aquel, para entregarle el pliego que le habia dado M. de Caron; y al re-

gresar el de Orange del comedor, se aproximó Gerard para entregarle el precitado pliego, y casi apoyando el cañon de la pistola en el pecho del príncipe, hizo el disparo y le dividió el corazón. Cayó desplomado Orange y murió instantáneamente, pronunciando cuatro ó cinco palabras que fueron ininteligibles: no tuvo tiempo para más.

Tan á mansalva cometió Gerard el asesinato, que salió tranquilamente del palacio sin el menor obstáculo; mas calculando que sería difícil salvar el largo camino, en que habia centinelas, si en el palacio daban de pronto el grito de alarma, determinó arrojarle de la muralla al foso, y salvar este á nado; pero cuando iba á poner por obra su propósito, fué detenido por los que, repuestos de la sorpresa, salieron del palacio en su seguimiento.

Puesto á cuestion de tormento y bárbaramente torturado, no se pudo obtener de Gerard revelacion ninguna: siempre se mantuvo firme en declarar que nadie le habia inspirado ni aconsejado; que él de su propia voluntad habia decidido, hacia ya seis meses, castigar en este mundo las prevaricaciones é infamias de aquel príncipe malvado y apóstata.

Algunos han querido hacer que recaiga la culpa del hecho consumado por Gerard, en el bando de proscripcion y la promesa de cuantioso premio dados por el rey de España, fundándose en la declaracion de aquel; pero puede asegurarse, en virtud de datos irrecusables, cuya referencia seria por demás prolija, que la declaracion de Gerard fué la que hemos dicho, y que no se desmintió ni una sola vez. Es más: condenado, por los que apostrofaban por su *crueldad* á los católicos, á *quemarle la mano derecha, atencearle y descuartizarle por cuatro caballos cerribles* (no puede darse mayor barbarie), sufrió tan horribles suplicios con inaudito valor y sin exhalar una queja ni un gemido. Solo rompía el silencio para repetir, hasta que le faltó la vida: *Que no se arrepentia, porque estaba seguro de haber merecido el favor del cielo al consumir el hecho; y que si á mil leguas estuviera del príncipe, haria cualquier sacrificio y esfuerzo para salvar la distancia y asesinarle.*

Guillermo de Nassau, principe de Orange, llamado el *Taciturno*, fué hombre de muy claro talento, de buen decir, franco y liberal, inteligente, activo y gran sufridor de adversidades. Su ambicion le hizo rebelarse y sostener la rebelion en términos, que solo hubiera capitulado con el rey de España, si este le hubiera concedido la soberanía de Holanda y Zelanda, que era á lo que aspiraba. Sin él, la revolucion, ó no se hubiera realizado, ó no se hubiera sostenido; y la clara prueba de sus grandes dotes militares y políticos la da el largo espacio de diez y seis años en

que mantuvo viva la rebelion, defendiéndose del gran poder de España, y haciendo frente á generales como el duque de Alba, D. Juan de Austria y el príncipe de Parma: de D. Luis de Requesens nada decimos, porque sin dejar de ser respetable como general y como político, era muy inferior, en nuestro concepto, al príncipe de Orange. Este, al lado de sus buenas dotes, tuvo defectos que oscurecieron aquellas. Fué cruel en demasía, aunque lo callen sus apologistas, é hizo una guerra de destruccion para los mismos cuya independencía y libertad proclamaba; que no pocas veces, como el lector habrá visto, salian los pacíficos ciudadanos á su encuentro para saber lo que exigía y entregárselo inmediatamente, á fin de libertar á la ciudad respectiva de los desastres y horrores que iban en pos del príncipe *libertador*. En cuanto á creencias religiosas, diremos solamente que fué primero luterano, despues católico, despues recorrió todas las nuevas sectas, hasta que se decidió por la de Calvino, sin otra razon que la de ser aquella la más contraria á la religion católica, *porque era esta la que profesaba el rey de España*.

Tenia Guillermo de Nassau cincuenta y dos años cuando fué asesinado. Hiciéronsele suntuosísimas exequias, como á soberano; y como su hijo primogénito el conde de Buren se hallaba en España, desde que el duque de Alba le sacó de la universidad de Lovaina, los estados generales, reunidos en Amberes, confirieron la dignidad de grande almirante de la confederacion y gobernador de Holanda, Zelanda y Utrecht, que habia tenido el príncipe, á su hijo segundo, Mauricio de Nassau, reputado entre los suyos como jóven de grandes esperanzas, aunque solo contaba á la sazón diez y ocho años de edad.

### SITIO DE AMBERES.

Animado Farnesio con la enorme pérdida que acababan de experimentar los rebeldes, determinó darles un golpe que, aterrorizándolos, acabase de quitarles toda esperanza de salvacion. Determinó sitiar á Amberes.

Quando el príncipe de Parma presentó al consejo de guerra su proyecto, todos los consejeros le desaprobaron, ménos dos, uno español, que fué Cristóbal de Mondragon, y Camillo Capisucci, italiano; y estos dos confesaron que no le aprobaban porque les pareciese realizable, sino porque confiaban en la inteligencia y valor y buena estrella del príncipe.

La desaprobacion del consejo estaba tan fundada, como era

racional y justa. El perímetro de la vasta ciudad era inmenso; tenia muchas y muy buenas defensas artificiales, fortines, casamatas, dos murallas y dos fosos. Entre las defensas naturales contábase el caudalosisimo Escalda, verdadero brazo de mar que á corta distancia de Amberes se confundia con el Océano, y que al acercarse á la ciudad tenia para defensa de esta buenos castillos en ambas riberas, perfectamente artillados. Las fuerzas militares de España, recibidos ya los refuerzos, no eran escasas; empero estaban subdivididas en varias provincias y en diversas guardaciones; y las que estaban con el príncipe apenas bastaban para sitiár por tierra á Amberes: respecto de sitiársela por agua, era empresa irrealizable. El enemigo disponia de una muy buena y fuerte armada, y España apenas tenia algunas despreciables barcas. Estas y otras análogas consideraciones hicieron que el consejo mirase no solamente con sorpresa la propuesta del príncipe, sino como producto de una imaginacion enferma ó de una persona enagenada.

Cierto que la empresa era superior á las humanas fuerzas. Nosotros desde luego aseguramos que difficilmente se registrará en la historia un hecho más grande, glorioso é inaudito que el que á referir vamos; él solo dió tanta gloria y renombre al príncipe de Parma, que no solamente le colocó á la altura de los primeros generales antiguos y de la época, sino que le hizo superior á cuantos le precedieron, y dejó á sus sucesores poca esperanza de superarle.

Sentimos no poder detenernos cuanto quisiéramos y detallar los pormenores del eternamente célebre sitio de Amberes. En otra obra nuestra lo hemos hecho, porque en su parte histórica, solo nos ocupamos del sitio y toma de dicha plaza; mas en esta solo podemos referir la parte más importante de cada suceso, como quien se ocupa de todo en general y en particular de nada.

Alejandro Farnesio, desentendiéndose del parecer del consejo, llamó á su pabellon al ingeniero mayor y al sub-ingeniero, Giovanni Battista Piatti y Properzio Baroccio, italianos ambos, los cuales retrocedieron asombrados cuando el príncipe les manifestó que habian de ayudarle á echar un puente sobre el Escalda. La idea era, en efecto, superior á la capacidad humana: los ingenieros solo veian que por aquella parte el Escalda tenia una anchura de cerca de dos mil quinientos piés; que su corriente era arrebatadísima; insondable su profundidad, y en fin, que por aquella parte podia el Escalda sostener enteras armadas, como un fuerte y poderoso brazo de mar que era.

El príncipe sonrió al ver pintada en los rostros de los dos

eminentes ingenieros una sorpresa que participaba mucho de espanto, y tranquilamente desdobló un largo pliego en el cual por su misma mano estaba dibujado el proyecto del inconcebible puente. Apenas la inteligente vista de Baroccio y de Piatti examinó el modelo, comprendieron ambos cuán realizable era el magno proyecto, y felicitaron á su autor por haberle concebido y demostrado tan fácilmente.

Hé aquí lo que, al ocuparse prolija y detenidamente de este memorable sitio, dice el autor quizá mejor informado de cuantos acerca de la guerra de Flandes han escrito, Famiano de Strada:

«Nunca con más pesadas moles fueron enfrenados los rios, ni los ingenios se armaron con más osadas invenciones, ni se peleó con gente de guerra que en más repetidos asaltos hiciese más provision de destreza y de coraje. Aquí se echaron fortalezas sobre los arrebatados rios, se abrieron minas entre las ondas, los rios se llevaron sobre las trincheras, luego las trincheras se plantaron sobre los rios: y como si no bastara solo el trabajo de atacar á Amberes se extendieron los trabajos del general tambien á otras partes, y cinco fortísimas y potentísimas ciudades se cercaron á un mismo tiempo, y dentro del círculo de un año al mismo tiempo se tomaron.»

El modelo hecho por la misma mano del príncipe, con colores, y muy bien dibujado, fué pedido por el rey, á quien se mandó un ejemplar, y otros dos al Pontífice y á Margarita de Austria.

Preparáronse los ingenieros para dar principio á la colosal obra bajo la inmediata direccion del príncipe; mas oponiase á la realizacion de aquella magna empresa la falta de materiales. Esta falta hubiera sido suficiente para paralizar la realizacion de la importante idea, si la hubiese concebido otro que el gran Farnesio. Supo este que de los materiales que hacian falta habia abundancia en Termonde; y aunque esta ciudad estaba en poder del enemigo, esta circunstancia importaba muy poco: el príncipe mandó marchar al veterano Cristóbal de Mondragon, que en el corto espacio de tres dias sitió y tomó á Termonde, de donde se llevaron las maderas con toda la abundancia que era necesaria.

Costó bastante cara aquella conquista, pues en el sitio de Termonde perecieron el entendido y bizarro jefe de artillería é ingenieros D. Pedro de Tarsis y el valeroso maestre de campo D. Pedro de Paz, á quien los soldados llamaban Pedro de *Pan*, porque hombre de buena posicion por su familia, socorria de su propio peculio con franca y liberal mano á los soldados de su

tercio, en sus continuos apuros; y como les daba tan á menudo y tan desinteresadamente el pan de cada dia, le llamaban Pedro de Pan. Murió en el momento de estar por sí mismo dando puntería á un cañon. En cuanto al valeroso Tarsis, quizá moriria á manos de algun cobarde, que es tristísima muerte para un valiente. Hallábase reconociendo las fortificaciones, la vispera de tomar á Termonde, sin que se hubiese roto el fuego, pues no comenzó hasta la mañana siguiente, y un tiro suelto que salió por una aspillera le quitó la vida.

En el mes de Agosto comenzó la inconcebible obra del *punte-monstruo*, así denominado por los españoles; y al verlo desde Amberes y al comprender la intencion, el mismo gobernador de la plaza, que lo era Filipo de Marnix, conde de Santa Aldegundis, hombre de valor y de claro talento, dijo sonriendo: *Sin duda el espirituoso licor de la fortuna ha embriagado á Farnesio, cuando pretende enfrenar la arrebatada corriente de un rio de tan mala condicion.*

Al mismo tiempo que se comenzaba por la parte de Amberes la construccion del inmenso puente, hizo construir Alejandro varios fortines en las orillas del Escalda, para proteger los trabajos si el enemigo, como era muy natural, trataba de interrumpirlos; mas, por el contrario, crecian prodigiosamente. En cada ribera hizo construir el príncipe de Parma un castillo capaz de contener de cincuenta á sesenta guerreros, con su parapeto y defensas á prueba de mosquete.

Desde el castillo de cada orilla hizo colocar Farnesio varias hileras de grandes vigas, de media vara en cuadro cada una, enclavijadas y trabadas entre sí tan artificiosamente, que era imposible se dividiesen ó separasen. Sobre las citadas vigas se colocó el pavimento del puente, tambien con sus defensas á prueba de mosquete, y de este modo realizó su idea en una estension de *novcientos* piés por una parte y de más de *doscientos* por otra; pero casi *mil y trescientos* quedaban en la parte más céntrica del rio, sin poder colocar en ellos viga alguna por grande que fuese su longiitud: allí la profundidad del rio era casi insondable, que ya en la parte que ocupaban las últimas hileras de vigas tenia sesenta varas de profundidad. La corriente, además, era en el centro muy fuerte, arremolinada é intranquila, y era obra imposible el terminar el puente por aquella parte.

Al notar los de Amberes la paralización de la obra, redoblaron sus risas y subió muy de punto la hilaridad, aunque, sin cerrar el rio, sentian ya demasiado los tristes efectos de la parte de puente que construida estaba. Como el ancho del Escalda habia quedado, relativamente, muy estrecho, los proveedores

temian llevar por el Escalda víveres á la ciudad; y por la parte de tierra era imposible, porque estaba perfectamente sitiada.

Algunos especuladores, más determinados y resueltos que otros, ó más avaros de dinero que de su vida, se aventuraban á pasar; pero muchos perecian, porque los nuestros desde los castillos del puente y desde los fortines hacian fuego sobre las barcas; por manera que todos los dias moria algun proveedor ó quedaba mal herido, se intimidaban otros, y los víveres cada dia escaseaban más.

El príncipe de Parma sabia muy bien de qué modo podria cerrar el puente; mas carecia de barcas, y sin ellas era imposible lograr lo que tanto deseaba. Supo, empero, que en Gante, patria de su abuelo el gran emperador Carlos, habia muchas más de las que para su objeto necesitaba; y aunque la dificultad que se oponia á la realizacion de su deseo era nada ménos que estar la plaza de Gante en poder del enemigo, á buscar las barcas, dijo; y el sitiar á Gante quedó resuelto.

Estaban los ganteses decididos á resistir; mas sorprendióles el sitio sin tener provista la plaza; y apenas sitiada, ya se sintieron en su recinto las angustias producidas por la escasez de subsistencias. Quisieron socorrerla los de Amberes, y no hicieron otra cosa que agravar el mal; porque mandaron refuerzos de tropas, que por no estar completamente establecidas las líneas, pudieron penetrar en la plaza.

El aumento de tropas sin tener víveres, fué un mal mucho peor y de peores consecuencias del que hasta entonces habian sufrido los ganteses; seguia la escasez de recursos que naturalmente cada dia se aumentaba, porque se habian multiplicado los que tenian necesidad de gastarlos, hasta agotarlos en breve.

Conociéndolo así los de Amberes, quisieron remediar el daño mandando víveres. Reuniéronlos con la posible abundancia, mas las tropas del príncipe de Parma, que ya tenian perfectamente establecidas las líneas del sitio, se apoderaron del convoy, destrozaron las tropas que le escoltaban, y todo cuanto iba destinado á la amenazada plaza pasó á poder de Farnesio.

No era posible resistir más, y Gante se entregó: el de Parma fué sumamente benigno al arreglar las condiciones de entrega, en consideracion á que era la patria de su abuelo Carlos I, lo que hizo que muchos jefes y soldados pasasen á las filas del ejército real.

En Gante encontró el vencedor mucho mayor número de barcas del que necesitaba para cerrar el puente; pero se encontraba no pequeña dificultad para trasladarlas, puesto que tenia necesidad de sufrir en la traslacion los fuegos de la amenazada



Amberes. Para evitarlo en lo posible, hizo Alejandro romper el dique del Escalda, y dando libre paso á las aguas, por la campiña fueron llevados los barcos de transporte.

Faltaban aun bastantes; pero se hizo impracticable su traslacion, porque un jefe rebelde, llamado Tiligny, que era hijo de Francisco de La Noüe, general tambien rebelde, levantó precipitadamente un reducto frente á la cortadura de Boxcht, é impidió á los navíos el paso.

Bien pronto el animoso corazon y la imaginacion fecundísima de Farnesio remediaron el mal que tan grave aparecia. Ideó la colosal obra de abrir una anchísima zanja, de *catorce millas* de longitud, profunda proporcionalmente, y capaz para el objeto que se proponia. A fin de realizar en muy breve tiempo su propósito, él mismo se convirtió en obrero; y los que contemplaban al príncipe heredero de Parma, Piacenza y Guastala, sobrino del poderoso monarca español, y generalísimo de aquel ejército, manejando la azada y los más groseros instrumentos como si un simple gastador fuera, no pudiendo resistir á la fuerza de semejante ejemplo, todos se convirtieron en gastadores; y desde el primer maestro general al último soldado, todos trabajaban á una, y la zanja quedó hecha casi puede decirse en brevisimas horas. En seguida el improvisado canal se llenó con las aguas de la inundacion producida por la rotura de los diques y por las del rio Lys, que junto á Gante mezcla y confunde sus aguas con las del Escalda.

Al mismo tiempo hizo Alejandro construir un magnífico castillo para defensa del canal, que fué llamado el FUERTE PERLA, y aquel improvisado canal hecho para sitiár á Amberes, fué, concluida la guerra, de grande utilidad á los vecinos de aquellos contornos, y siempre llevó el nombre que al terminarle le dieron espontáneamente los españoles: llamáronle CANAL DE PARMA, en memoria del incomparable caudillo que le hiciera.

Corria el mes de Noviembre cuando el puente-monstruo quedó completamente cerrado, con espanto y admiracion de los sitiados. Las barcas con que se llenó el largo espacio intermedio del puente, fueron trabadas y unidas con fuertes cadenas y maromas, afirmadas con grandes vigas de barca á barca, con parapetos tambien á prueba de mosquete, y su pavimento fué formado de gruesos tablones.

Como treinta varas á vanguardia del puente, hizo colocar Farnesio una doble hilera de grandes barcas flotantes, en cuyo frente estaban colocadas sendas vigas erizadas de puntas de fierro, que formaban, por decirlo así, una empalizada metálica, para defender el puente si alguna nave enemiga se aproximaba. Pero

hemos dado ya por terminado el puente, y no estuvo acabada tan maravillosa obra hasta el principio del año 1585.

#### AÑO 1585.

En efecto, el día 24 Febrero, día muchas veces notable hasta entonces para los individuos de la casa de Austria, quedó terminada la imponente y maravillosa obra, cuya terminación fué celebrada militarmente, contrastando muy á las claras la alegría de los españoles con el duelo de los flamencos.

El espanto los tenía aterrados y la falta de esperanza de salvación, afligidos. En tamaño apuro el conde de Holak se dirigió contra Bois-le-Duc, á fin de abrir el camino por tierra para socorrer á los sitiados; pero los generales de Alejandro, que eran como este, relativamente, entendidos, valerosos, y estaban vigilantes, acudieron á impedir la empresa del rebelde Holak, al cual batieron completamente el maestre de infantería conde de Altapenne, y Giorgio Basta, que lo era de caballería. Pero el golpe no ménos imponente y perjudicial para los protestantes que la inconcebible construcción del puente, fué la rendición de la importante plaza de Bruselas, que se entregó por hambre al sin par general Farnesio.

Aun lamentaban esta gran pérdida los de Amberes, cuando la capital del ducado de Güeldres, la importante ciudad de Nimega, se entregó también al de Parma, y quedaron aquellos aislados.

Concentraron entonces sus tristes esperanzas en que los holandeses y zelandeses les mandasen una armada de socorro. Aquella estaba á las órdenes del almirante Trèlong; pero este se daba poca prisa á llevar el socorro, porque las dádivas del príncipe de Parma le tenían encadenada la voluntad.

Concibieron sospechas los zelandeses, depusieron á Trèlong y le reemplazaron con un hijo bastardo del funestamente célebre y difunto príncipe de Orange, llamado Justino de Nassau, al cual no era fácil ganar, como á ningún individuo de su ambiciosa familia.

Tomó rumbo al momento la armada, y avanzando por el Escalda, se apoderó Justino del fuerte de Liefkenshoek y de algunos otros ménos importantes. Y al mismo tiempo que esto sucedía, prevenían los de Amberes un golpe, que creían mortal á la grande obra de Alejandro, cuyo golpe debía darse en combinación con las armadas holandesa y zelandesa.

El lector recordará que al tratar de la pérdida de la Goleta, ocasionada casi, puede decirse, por la venganza de un italiano que fué en la corte desairado por los palaciegos, anunciamos otro desastre que tuvo igual origen; pues bien, llegó el momento de referirle.

Otro italiano, entendido ingeniero, llamado Fadrique (Federico) Giambello (ó Giambelli), se presentó en la corte de Felipe II con la pretension de pasar á Flandes á prestar en la guerra sus servicios al rey. Se anunció ofreciendo tan grandes cosas, que excitó la hilaridad de los cortesanos, ignorantes en el complicado arte que Giambello profesaba. Como la ignorancia es incrédula, porque su limitada inteligencia no puede admitir lo que es mayor que su exigua capacidad, cuanto más prometía el italiano, más se multiplicaban los sarcasmos y las ofensivas risas. Cansóse, pues, el ingeniero de sufrir insultos y de no lograr acercarse al monarca, y se despidió amenazante de la corte, asegurando que España lloraría con lágrimas de sangre la injusticia con que le había tratado.

Partió en efecto el rencoroso y vengativo Giambello, y se presentó en Amberes, ofreciendo lo mismo que en Madrid: sus promesas fueron aceptadas, é inauguró su carrera entre los rebeldes, demostrando todo lo que de diabólico é infernal tenía la ciencia, según él la profesaba.

Construyó cuatro enormes navíos de quillas chatas y altos costados, dando grande espesor á las maderas que formaban el vaso. En la parte cóncava hizo una caja de cal y ladrillo, de cinco piés de grueso y uno de elevacion, que había de servir de fundamento á una mina, á la que dió una altura de tres piés y cerró en forma de bóveda, por medio de piedras molares, sepulcrales y otras, cortadas de manera que se recibían y cerraban en ángulos agudos, para que el destrozo se esparciese en todas direcciones. El recipiente le llenó de una finísima pólvora que él mismo elaboraba, sirviéndose de un secreto que había inventado y á nadie comunicó, y agregó en abundancia balas de todos calibres, garfios, cuchillos, cadenas y cuanto halló á la mano que pudiese servir para dar mayor seguridad y efecto al destructor golpe que meditaba.

Forró despues la mina, por decirlo así, de vigas unidas por grapas de hierro, puso encima otro pavimento de ladrillo, y dejando expedito un pequeño sendero sembrado de pólvora y raspaduras de salitre, usó de dos artificios para dar fuego á las minas: uno consistía en la mecha de tiempo, y el otro en una especie de reloj, inventado por él mismo, que por medio de cuerda daba movimiento á unas ruedas que tardaban en girar el tiempo que

tenia perfectamente calculado, para que en el momento oportuno chocase una rueda de acero con un trozo de sílex, cuyas chispas habian de incendiar precisamente la pólvora y salitre del sendero.

Construyó además trece barcas que, sin mortífero artificio, destinó á dar luz clarísima, á fin de que las sombras de la noche no impidiesen el dar acertada direccion á los diabólicos navíos.

Dieron aviso á la armada de socorro que habia de concurrir con la salida de Amberes de los buques incendiarios, y se señaló la noche del 4 de Abril para dar el golpe. Hecha la señal por medio de fogatas desde la sitiada plaza, todo estuvo á punto en esta; mas la armada de socorro no apareció, porque no pudo estar pronta. Remediada la falta, se fijó para realizar la acometida el dia 8.

Cerrada era ya la noche cuando aparecieron sobre las aguas del Escalda tres de los brulotes destinados á esparcir la luz; luego cuatro, despues tres, y últimamente otros tres. Estaban vigilantes los españoles, y al ver aquella inusitada novedad, todos acudieron; guarneciéronse la plaza de armas, el puente, los castillos, y todos asombrados se admiraban de aquella rara y bella perspectiva, mirando y admirando aquellos buques, al parecer incendiados, que despedian luces, tan pronto rojas como amarillas, encarnadas y violadas. Y eran de ver aquellos vistosos y variados resplandores, que no solamente daban su color á las tranquilas aguas, si que tambien, reflejando sobre las lucientes armaduras de los españoles, estas despedian mil luces de colores distintos, presentando un cuadro bellissimo por su rara novedad, al paso que imponente, por ignorar de qué seria precursor aquel incendio en el agua.

Llegados los pequeños navíos á unos dos mil pasos del enorme puente, aparecieron los grandes, que encerraban las destructoras minas en su seno. Los ingenieros, discípulos del infernal Giambello, reconocieron los relojes en unos, el fuego de las mechas en otros, dieron direccion á los navíos, y saltaron á los esquifes.

No habiendo quien rigiese los gobernalles ó timones, no tomaron la misma direccion los cuatro destructores navíos: en cuanto á los lucientes, casi todos se estrellaron y deshicieron contra las barcas ferradas que guardaban el puente. De los cuatro grandes, el uno hizo agua en el centro del Escalda, despidió una grandísima humareda y se fué á fondo; dos, impulsados por un fuerte viento, fueron arrebatados y enclavados en la ribera hácia el lado de Flandes, y el cuarto tomó la misma direccion á impulso del fuertísimo viento que de la parte de Brabante soplabá.





C. MURCIA, Ab.º y Ar.º

# Puente Monstruo;

(Navios incendiarios.)

Las de J. DURAN, Ab.º y Ar.º



Los españoles, que vieron deshacerse los trece lucientes navíos y que iban viendo el paradero de los grandes, comenzaron á reír y burlarse de aquel vano alarde de los enemigos, que al parecer se reducía á susto y ridícula amenaza. Pero sosegado de pronto el viento, el cuarto navío, que era el mayor y más fuerte, tomó la dirección del puente, rompió y deshizo el obstáculo de las ferradas barcas y se avanzó imponente y amenazador. Por cierto que si un solo navío produjo el efecto que vamos á ver, si llegan al puente los cuatro, en aquella funesta noche desaparece del mundo todo el ejército que por el Escalda sitiaba á Amberes.

Vigilante y activo Alejandro Farnesio corría de una á otra parte, á todos animaba y todo lo precavia, cuando un alférez español se acercó á él y le suplicó se retirase diciendo: *Conozco á Giambello, ¡oh príncipe! y por vuestra vida, que veo muy cerca del peligro, suplico que os retireis.* Negóse Alejandro, y el alférez le cogió casi violentamente, aunque con respeto, y le llevó consigo; cosa que hizo creer que aquella inusitada libertad del alférez usada con un hombre á quien por su clase, su categoría y su carácter tanto se respetaba, fué una disposición providencial para salvar la vida de Alejandro, cuya muerte en aquella ocasión tan fatales consecuencias hubiera acarreado á los católicos.

Acompañaban al príncipe su inseparable marqués de Rouvais, general de la caballería, el marqués del Vasto, y los maestros generales Gaetano y el barón de Villi, Gaspar de Robles. Este y Rouvais permanecieron allí para que no quedase aquella parte sin jefes superiores; el del Vasto y Gaetano siguieron al príncipe.

Apenas había llegado Alejandro al fuerte llamado *Santa María*, en la ribera de Flandes, cuando estalló el cuarto navío produciendo tan horripilante detonación, que no parecía sino que el cielo se había hundido y estrellado contra la tierra; arremolinadas las aguas del Escalda, dejaron ver por algunos segundos las arenas del profundo fondo; saltaron verdaderos torrentes, subiendo algunos piés sobre los más altos castillos del puente, y en medio de tan inusitadas novedades, volaron por el espacio infinitas balas de todos calibres, cuchillos, clavos, bolas de piedra, tablones, vigas, cadenas, losas sepulcrales, piedras molares, y millares de destructores proyectiles.

Toda la parte de empalizada sobre la que cargó el infernal navío, con el castillo entero y aquella parte de puente desaparecieron instantáneamente con cuantos guerreros los guarnecían; los pesados cañones de las barcas y castillo fueron arrebatados por el aire, como las secas y leves aristas en día de fuerte é impetuoso huracan.

Pero el lastimoso y desconsolador espectáculo fué el que ofrecían los destrozados guerreros; unos casi deshechos por la violenta colision, al chocar unos con otros; muchos horriblemente mutilados; otros completamente denegridos, que no era posible reconocerlos, muertos sin otro proyectil que *el hedor pestilente* producido por los inflamados mixtos; otros, en fin, habian volado como ligeras plumas, y no se sabia hasta dónde habian llegado.

En tanto, los que se habian salvado estaban aterrados porque ignoraban la suerte que en aquella verdadera conflagracion habia cabido al príncipe de Parma; le buscaban con anhelante afan, y temian encontrarle, porque ignoraban cómo le encontrarían. Acababan de verle en el castillo que habia desaparecido, é ignoraban si habia tenido tiempo de salvarse.

Todos recordaban que pocos dias antes habian cogido á un espía, y que el príncipe le llevó consigo y despues de hacerle examinar toda la admirable obra, le dijo: *Anda, y vuelve libre á los que te mandaron á espiar; refiéreles lo que has visto, y díles que Alejandro Farnesio tiene hecha firme resolucion de que este puente sea su paso para Amberes, ó de no que le sirva de sepulcro.*

Estas palabras fueron tomadas por una tristísima profecía.

Hallósele, por fin, á más de mil pasos del sitio en que habia ocurrido el destrozo, tendido en tierra, sin sentido, herido en la cabeza y en un hombro; pero por fortuna levemente.

Vuelto en sí aquel hombre de ánimo sin par, exhorta á todos para que no se desanimen, diciendo: *Ea, pues, amados conmlitones míos, engañemos al enemigo: ved si nos teme, que despues de hecho el destrozo no se atreve á acometer, y permanece más temeroso y aterrado que nosotros; remedemos el daño, aparentemente al ménos, para que al aparecer el nuevo sol, crea que ha acometido en vano y que ha sido inútil su infernal invencion.*

En efecto, con tablas y aun con lienzos se reparó en pocas horas el terrible destrozo, tan perfectamente, que á la vista solo se notaba la desaparicion de un castillo; empero el puente aparecia intacto. Y produjo tal efecto en el ilusionado enemigo el ardid de Alejandro, que esperando á la aurora para ver el destrozo y acometer al puente, viéndole entero, no se determinó á moverse: rompió los diques del Escalda, inundó los campos, y por ellos llevó sus buques, evitando el marchar en direccion del puente.

Pero la satisfaccion de Alejandro fué contrapesada con el dolor causado por la muerte de su querido amigo y protegido, el



jóven y valeroso marqués de Rouvais, á quien él mismo, con no escasas lágrimas, hechas las militares exequias, dió por su mano honrosa sepultura. Tambien pereció el valeroso y veterano Gaspar de Robles, baron de Villi; pero no se encontró su cadáver hasta seis meses despues, al deshacer el puente, que estaba debajo del agua y como enclavado en una de las vigas que sostenian aquel. Encontrósele tan desfigurado, que solo se le reconoció por una rica cadena de oro con un medallon conocido de todos, que al cuello sobre la armadura llevaba. Ambos, marqués y baron, estaban en compañía del príncipe, y esta circunstancia comprueba más lo que hubiera sido de Alejandro, sin la providencial aparicion del alférez español. A *nueve mil pasos* de distancia se encontraron balas, cadenas, piedras sepulcrales, algunas de ellas sirviendo de losa funeraria á los desdichados guerreros. Baste decir que el navío que estalló, encerraba en su seno SIETE MIL QUINIENTAS LIBRAS DE PÓLVORA. ¡Qué hubieran hecho los cuatro navíos, si todos ellos hubiesen estallado!!!

Al ver Alejandro rotos los diques y la armada enemiga navegando por la campiña, reforzó el contra-dique de Convestein, y dió el mando de los defensores de aquel al veterano Cristóbal de Mondragon; el del puente al no ménos veterano conde de Mandfeldt, y él pasó al contra-dique para activar la obra de los castillos que habian de defenderle.

Entonces fué cuando concurrieron á una la armada de Amberes, mandada por el conde de Holak, y la de socorro, holandesa y zelandesa, por Justino de Nassau, bastardo del príncipe de Orange. Navegando por los inundados campos, atacaron los diques y contra-diques, pero fueron rechazados por Mondragon y Juan de Gamboa, perdiendo algunos buques que la artillería de los fuertes echó á pique.

No sabiendo ya los sitiados de qué medio valerse para destruir á sus enemigos, determinaron hacer un último esfuerzo. Reunieron ciento y sesenta naves, incluidas las de Holanda y Zelanda, y acometieron al contra-dique de Convestein.

Habia hecho el príncipe de Parma levantar tres grandes fortines, de los cuales al primero dió el nombre de *Santiago*, y le entregó á Camillo del Monte; el segundo llamóse *San Jorge*, y dió su mando á Alejandro de la Motta, y en ausencia de este al capitán español Benito Benitez, que contaba ya *treinta y cinco* años seguidos de campaña, al servicio de España, en Italia, Africa, Portugal, las Terceras y Flandes; el tercero, que recibió el nombre de *Pallade* (Pálas), quedó encomendado al maestro Juan de Gamboa. A derecha é izquierda se habian construido veintisiete fuertes; por manera que la línea presentaba un as-

pecto tan vistoso como imponente, tan aterrador como pintoresco.

Llegó el día en que, imprevistamente, los sitiados, viéndose ya en el último conflicto, de pronto rompieron los diques del Escalda é inundaron la campiña, convirtiendo todo aquel terreno en un vasto lago. Estaban los de Amberes de acuerdo con los holandeses; y estos habian ofrecido á aquellos que si inundaban los campos, ellos avanzarían con tropas embarcadas en barcos menores, y procurarían con máquinas á propósito forzar el puente, al mismo tiempo que los sitiados acometían al contra-dique, sus baluartes y defensas.

La armada entró en efecto, como ya hemos dicho, por la inundada campiña, mandada por Holak, al mismo tiempo que apareció otra por la parte de Brabante, bajo las órdenes de Justino de Nassau. En tanto la numerosa artillería, colocada en la derecha ribera, comenzó á descargar sobre el baluarte de Santa Cruz unos disparos tan certeros como mortíferos.

Las armadas gastaron algunos días en amenazar sin romper abiertamente, con el objeto sin duda de cansar al ejército español, que ni de día ni de noche reposaba, y que ya visiblemente se resentía de la continua fatiga.

Por fin, pasados como unos doce días, á la media noche, se vió aparecer una gran fogata sobre los muros de Amberes, cuya llama era la convenida señal; y en el momento, como por encanto, subieron al fuerte *Pallade* quinientos flamencos, mataron por sorpresa á algunos españoles que estaban dormidos, á un sargento, é hirieron gravemente al valeroso capitán Benitez. Los defensores que pudieron salvarse se refugiaron en el inmediato fuerte, y en el instante salieron de las naves y subieron como dos mil enemigos.

No fué más pronto el suceder este desastre que el acudir los capitanes Ortiz y Verdugo con sus compañías respectivas, los cuales rechazaron á los flamencos, despues de haber matado muchos de ellos al filo de las espadas. Cuando los que huían se arrojaban al agua, los arcabuceros los atravesaban con sus certeras balas, en tanto que la artillería del baluarte *Santiago* hacia un nutrido fuego sobre las naves, y echaba cuatro de estas á pique.

Los de Amberes se contentaron con hacer la convenida señal; mas no se movieron, esperando á ver cómo salían de la empresa sus auxiliares: tan antiguo es en el mundo el dejar comprometido al que en un complot es el primero, al cual todos dejan aislado.

Raro día de los subsiguientes pasó sin que los sitiados pusiesen en juego diversos medios para lograr su objeto: envia-

ron primero en diversas direcciones algunas naves ferradas, con agudas puntas en las proas á fin de romper el puente. No correspondió el suceso al deseo: las aguas, casi nunca tranquilas por aquella parte, desviaban las naves, y las hacian ir, mal de su grado, á distancia muy grande.

Viendo la inutilidad de tantas pruebas, un ingeniero tudesco, discípulo muy digno del destructor Giambello, ideó un medio á propósito para dar direccion fija á las naves. Trastornó absoluta y completamente la posicion y el uso de las velas, colocando á los costados de la proa, por la parte inferior, una enorme sábana de lona, que se extendia hasta cerca de la popa por debajo de la quilla, recogiendo en disminucion y atándola por ambos lados en el centro de la popa.

Imaginó el tudesco que de la misma manera que las velas infladas por el aire daban impulso á las naves, hinchadas por el agua recibirian idéntico impulso y bogarian línea recta, contrapesando el poder del viento, que era el principal objeto que se buscaba, y cierto, no se engañó. Cuando era la superficie del agua agitada por el viento y este iba á torcer la direccion de las naves, presentaba aquel mucha ménos fuerza que la opuesta por el agua, encerrada entre el follage de la fuerte lona.

Catorce naves prepararon con este artificio y con fuertes y aceradas puntas, esperando con estos arietes marinos y con las submarinas velas, el momento de abrir en el puente bastante brecha para dar paso á la armada de socorro.

El príncipe de Parma, que desde la fatal noche del 8 de Abril estaba siempre alerta, desde la misma tenia dispuesto que recorriesen el Escalda varias galeras, mandadas por un capitán inglés, que voluntariamente se ofreció para tan expuesto servicio. Las principales armas de sus soldados, eran acerados arpones y largos tridentes.

Velaba el capitán inglés, y de pronto vió aparecer las catorce naves, que á vanguardia llevaban algunas de iluminacion, como las trece de la memorable noche. El bizarro capitán comenzó por aferrar las que se suponía incendiarias, practcando aquella expuesta operacion con denodado valor y conocido riesgo, llevándolas despues á la orilla y ancorándolas á suficiente distancia para que no pudiesen ocasionar el menor estrago.

Hecho esto con sus valerosos soldados en muy breve tiempo, cargó con ímpetu y ánimo sobrehumano sobre las naves de velas submarinas; empero era imposible empresa la de acudir simultáneamente á las catorce. De todas ellas, sin embargo, una sola logró llegar al puente y chocar contra él, mas no pudo hacer el estrago que el enemigo suponía, á causa de la gran pre-

vision y acertada providencia de Farnesio. Desde el 8 de Abril estaban las barcas que formaban el centro del puente de tal modo arregladas, que en caso necesario podian rápidamente y á discrecion unirse y desunirse.

Los marineros al ver llegar la nave, con gran velocidad la abrieron paso; empero no atravesó aquella tan exactamente por la improvisada abertura, que no chocase con una de las barcas del puente, la cual hecha astillas se fué á fondo, sin que más daño recibiese aquel. En tanto, los ancorados navíos iban reventando á distancia, y á cada explosion correspondian los españoles con estrepitosas carcajadas y prolongados silbidos.

El mal éxito de esta última tentativa, decidió á los sitiados á tomar la última resolucion, llevando la guerra al centro del Escalda.

Tenian comenzado largo tiempo habia un enorme navío de colosales proporciones, con más de doscientas piezas de batir; y en el centro se veia un elevado castillo, que habia de ser ocupado por mil mosqueteros, llevando otros tantos sobre cubierta. Persuadido el enemigo de que estaba logrado el objeto, pusieron en la proa con gruesos y dorados caracteres: ESTE ES EL FIN DE LA GUERRA; mas los españoles, siempre oportunos y festivos, denominaron primero al colosal navío EL ARCA DE NOÉ, y despues de ver que no podia maniobrar, le denominaron GASTOS PERDIDOS.

Volaron, en efecto, al agua por la inundada campiña al monstruoso navío; y quedándose en el acto por falta de fondo enclavado, no hubo forma de hacer que se moviese, ni los marineros pudieron averiguarse con él.

Fuertemente irritados los de Amberes, más que por efecto de los cuantiosos gastos, por haber servido de burla á sus aborrecidos enemigos, pusieron en juego la armada que debió ayudar á la de los holandeses, y tomaron la resolucion de acometer con denuedo y brio al contra-dique de Convestein, que era el más importante punto.

Doscientas naves aparecieron sobre el Escalda, y de ellas ciento sesenta iban tripuladas por soldados veteranos. Mandaba la vanguardia el mismo gobernador Saint-Aldegundis; iba el centro á cargo del coronel Balfour, jefe de la legion auxiliar inglesa, y al del coronel Morghan la retaguardia, que era jefe de la legion escocesa.

Las cuarenta naves restantes iban ocupadas por gastadores, y por obreros algunas; otras llevaban fuegos arrojadizos, ramajes, vigas, sacas de lana y otros objetos necesarios para levantar improvisados parapetos y trincheras.

Préviamente se habían reconciliado los de Amberes con los holandeses, porque aquellos no podían triunfar sin el auxilio de estos: les persuadieron de que en la anterior acometida no habían hecho ninguna señal; que los soldados que guarnecían una fortificación de la plaza, llamada Tolosa, encendieron una hoguera á causa del rigoroso frío, la cual tomaron ellos por la fogata de aviso.

Hechos amigos, porque los malvados como á menudo se necesitan se unen fácilmente, ofrecieron los holandeses de nuevo su auxilio á los de Amberes, y pusieron á su disposición las dos armadas; la de Holak y la de Justino de Nassau.

Era aún muy de noche, cuando inopinadamente cargó toda la fuerza enemiga sobre el contra-dique de Convestein, así la de los flamencos, como la de los holandeses. Entre ambas armadas completaban doscientas y trece naves, de las cuales las mayores, que eran ciento y sesenta, encerraban en su seno las escogidas tropas y la artillería.

Encargóse Saint-Aldegundis de la parte de tierra, auxiliado por Morghan y Balfour; la parte naval fué encomendada á Holak y Nassau, ayudados también por los jefes de las tropas auxiliares de Valacria, Holanda y Zelanda.

Avanzó Holak, habiendo hecho que le precedieran algunos navíos llenos de inflamables mistos, á fin de que se intimidasen los españoles, creyéndolos iguales á los del 8 de Abril.

No ocultaban, empero, minas en su seno, si bien la apariencia, según ellos deseaban, fué suficiente para que el primer cuerpo del ejército real, que vió sobre el agua los navíos iluminados, se replegase desordenadamente: el fatal recuerdo de aquel suceso tan desastroso y terrible, no era para olvidado; y estaban fijos de indeleble manera en la imaginación de los soldados los horribos destrózos causados por los *brulotes* del 8 de Abril.

Esta momentánea fuga dió ánimo á los más resueltos enemigos para subir sobre el dique, deshaciendo la próxima trinchera: no obstante, repuestos del primer sobresalto los españoles, avanzaron con brio; y aunque no pudieron impedir que los de Holak se posesionaran del primer tramo del dique, hicieron tal riza sobre los rebeldes, que en muy poco tiempo perdieron estos ochocientos hombres. En este terrible choque murió un sargento mayor llamado Padilla, y quedó gravemente herido el maestro del mismo tercio, Juan de Gamboa.

Cargaron los enemigos de refresco, y ocuparon toda la línea desde San Jorge á Pallade; levantaron instantáneamente una elevada trinchera, y tras ella se colocaron los más escogidos mosqueteros de Morghan.

En tanto, millares de gastadores procuraban destruir los cimientos del contra-dique, mientras Balfour con los ingleses procuraba asaltar el castillo de San Jorge. Bien combinado estaba el golpe, que pudiera haber sido decisivo; mas se interpuso Camilo de Monte con un tercio italiano, y este importante refuerzo, más importante aun por lo oportuno, puso en balanzas el triunfo y la derrota.

Es imposible el aproximarse á describir todo lo horrible de aquel destructor combate; solo podemos asegurar, con la historia, que las brechas abiertas por los flamencos, eran tapadas por españoles é italianos con los cadáveres de los enemigos que derribaban.

El enemigo se mantenía, no obstante, ocupando toda la línea de San Jorge á Pallade; y á medida que ganaba terreno, le fortificaba de la posible manera: los gastadores, protegidos por los arcabuceros, iban clavando enormes estacas, que entretejan con fagina, y llenaban con sacos de arena, protegiendo esta operación los arcabuceros ingleses.

No estaban ociosos en tanto los gastadores: por algunas partes del contra-dique faltaba muy poco para que las aguas se juntasen, y la legion escocesa avanzaba á posesionarse del castillo de San Jorge, cuya guarnición estaba destrozada.

Reforzaron los italianos de Monte, auxiliados por un cuerpo de walones, el castillo, atravesando por una incalculable lluvia y tempestad de balas de todos calibres que fulminaban los de las naves, y el castillo de San Jorge ya no podía resistir.

En tan angustioso estado, dos compañías de españoles, únicos á propósito para los golpes decisivos, se entraron por el agua, y luchando con ella hasta el pecho, acometieron á los gastadores, los cuales abandonando la obra por defender su vida, trabaron con aquellos un horrible combate al arma blanca.

No pudieron fácilmente contarse los gastadores que los españoles derribaron: es histórico que las aberturas hechas en el contra-dique, las cerraron los españoles con cadáveres de gastadores. Estos, no obstante, se renovaban y multiplicaban; las dos compañías de españoles habían ya experimentado bastantes bajas, y no era posible acudir á tantas partes, ni les fué dable impedir el que pasase un barcon, sobre el cual subió Holak en persona, llevando la corta cantidad de víveres que en él cabía, y por desgracia, á un noble italiano llamado Ferrante de Spinola, á quien acababan de hacer prisionero.

Al mismo tiempo el fuerte Pallade estaba apuradísimo, atacado vigorosamente por dos mil quinientos hombres escogidos: Gamboa, su gobernador, estaba fuera de combate, y Mandfeldt,

no sabiendo el partido que adoptar debía, celebró consejo sobre el terreno, con los jefes que estaban á sus órdenes. Todos unánimemente achacaban la culpa del desastre que amenazador é inminente veían, á la ausencia de Alejandro Farnesio, que estaba en la parte opuesta del inmenso puente. Entonces ocurrió un incidente muy digno de referirse.

Presentáronse al conde de Mandfeldt el maestre Camilo Capiuccio y su sargento mayor Silvio Piccolomini, ofreciéndose en nombre de su tercio italiano á socorrer á Pallade y mudar la suerte del combate. Estaban aun hablando, cuando con idéntico objeto aparecieron el maestre Juan del Aguila, con los capitanes de su tercio Bartolomé de Torralva, Miguel de Cardona y Gonzalo de Castro.

Camilo repetía que él había llegado el primero; Aguila alegaba la primacía nacional en Flandes; y Mandfeldt, gozoso con aquella noble emulacion y casi decidido en favor de los españoles (á quienes aunque flamenco era por extremo aficionado y le admiraban en ellos la sobriedad, el valor y el sufrimiento), iba á fallar el noble pleito militar, cuando Aguila, sin dar tiempo y conociendo que aquel lastimosamente se perdía, tomó á Camilo de la mano, diciéndole: *Ea, fuerte varon, no demos tiempo á los rebeldes: caminemos unidos, y marchemos mezclados contra los enemigos, probando el valor de las naciones con el estrago de los traidores.*

Marcharon en efecto, aquellos valerosos guerreros á tiempo que Farnesio recibía la noticia del fatal estado en que se hallaban el fuerte Pallade, San Jorge y el contra-dique. Determina marchar; deja el gobierno del puente á Carlos de Mandfeldt, hijo del conde, y acto continuo vuela á toda brida á la opuesta ribera, que miraba á Brabante.

Oyó el veterano conde las aclamaciones que daban al príncipe; por ellas infirió su llegada, y ya no dudó de la victoria.

Llega, en efecto, el príncipe, y con la rapidez del rayo manda á Camilo del Monte colocar en el castillo de Santa María los cañones que había hecho sacar de los fuertes San Pedro y Santa Bárbara, y que hagan fuego sin intermision ni tregua sobre las naves. Al mismo tiempo ordena á Mondragon haga lo mismo desde Santa Cruz, y al maestre Vivero que con un tercio de piqueros acometa á los gastadores que están minando el dique.

En seguida, tirando de la temible y temida espada y con una voz solamente comparable al resonar del fragoroso trueno, dijo volviéndose hácia los jefes y soldados: *No cuida de su honor, ni estima en nada la causa de Dios y del rey, el que no me siga.*



Y sin esperar á ver el efecto que su lacónica y enérgica arenga habia producido, aplicó ambos punzantes acicates á los ijares del poderoso corcel, y esgrimiendo con tremendo brazo el reluciente acero, se confundió entre los enemigos, apareciendo y desapareciendo alternativamente, sembrando enemigos á derecha é izquierda.

No es preciso asegurar si un general que tal ejemplo daba, seria seguido por sus subordinados: baste decir que no era perdido ningun golpe, puesto que en un espacio relativamente pequeño peleaban muchos más de cinco mil hombres; que era el combate sobre el mismo contra-dique.

El príncipe, ya reunido con sus *guardias reales*, fué el primero á recuperar el ardientemente disputado terreno. Suelto el bien amaestrado corcel; con ambas riendas sujetas y ajustadas por el boton pasante; con un bróquel en la siniestra y en la diestra la tajante tizona, derribaba Farnesio enemigos sin cuenta; y apoyado por la bizarra fuerza que le seguia, muy pronto hizo quedar por suya la ocupada línea de Santa Cruz á Santiago.

Desde allí se dirige á San Jorge, á tiempo que el anciano conde de Mandfeldt (contaba á la sazón cerca de ochenta años) se habia posesionado de Pallade. Dos veces la tomó, y otras dos fué rechazado el veterano conde; empero á la tercera, el disputado terreno definitivamente quedó por suyo. Ocupáronle los primeros, en cumplimiento de su generosa oferta, los españoles Aguila y Torralva, y los italianos Capisuccio y Piccolomini.

Pudiéramos haber adjudicado, de nuestra propia autoridad, toda la gloria de este militar hecho á los españoles nuestros compatriotas; empero religiosos observadores de la verdad histórica, y declarados enemigos de cuantos por servir á sus mezquinas miras ó por adular á determinados partidos la barrenan y desfiguran, ingénuamente confesamos que fueron casi iguales en la gloria los españoles y los italianos: decimos casi iguales, porque los jefes de ambos tercios, Aguila y Capisuccio, subian ya al fuerte unidos en el valor y en la gloria, cuando el capitán Torralva, que llevaba muy pesadamente el que ningun extranjero subiese antes que un español, tomando la espada entre los dientes y apoyando ambas manos sobre los hombros de uno de sus soldados, de un salto salvó el espacio que aun le faltaba para subir, y llegó algunos segundos antes que los demás. El soldado, como primer escalon de la victoria, fué promovido á sargento, que entonces aun no existia la clase de cabos, y el valeroso Torralva fué ascendido á maestro de campo, y tomó posesion de su nuevo empleo despues de convalecer de *nueve* heridas que al acometer la gloriosa hazaña recibió.





Debemos confesar tambien que el valor de los enemigos tocó casi en los límites de lo fabuloso; y hubieran vencido sin duda, si el denuedo de aquellos no se hubiese estrellado contra el más que fabuloso valor de los españoles, y en el notabilísimo de los italianos.

Tres horas despues, que aun se sostuvieron con denuedo, los de Amberes y sus auxiliares se declararon, más que en retirada, en verdadera fuga.

En aquellos terribles momentos fué espantosa la carnicería, é inexplicable é incalculable tambien el número de desgracias; porque la mala fortuna, ciega y demente como la buena, se ceba y ensaña hasta que concluye con el objeto que de infeliz blanco sirve á sus iras.

Los que para refugiarse y ponerse á cubierto del plomo español, ya que se veian á favor de la fuga libres del acero, se acogian á las naves, se iban con estas á pique; porque no podian aquellas sostener la muchedumbre que de tropel, sin orden ni concierto, en ellas entraba.

Aun en este último extremo de la terrible batalla, quisieron los españoles superar á sus auxiliares. A este fin, despojándose varios de las cotas y yelmos, fueron á nado y trajeron prisioneros á los que aun ocupaban algunas naves de las que no habian ido á pique.

Completa fué la derrota del enemigo. Se apresaron veintiocho naves grandes, noventa piezas de artillería, todo el material de guerra, dinero y víveres que encerraba la numerosa armada de socorro. Esta no entró en accion; la parte activa la tomó siempre la armada flamenca: cuando pudo la holandesa, no se puso en salvo; cuando quiso, no pudo.

Del ejército del rey murieron setecientos hombres: de ellos cuatrocientos treinta españoles, porque siempre marchaban á vanguardia. De los enemigos perecieron dos mil trescientos, y de estos cerca de setecientos en la fuga y tragados por el mar.

Tan pronto como se declaró el triunfo por las armas de España, el nombre de Pallade fué cambiado por el de LA VICTORIA: el dolor de los de Amberes fué imponderable, como sucede siempre despues de recibir un gran placer, al experimentar un acerbo é irremediable dolor.

Habia llegado al colmo su alegría, porque Holak se presentó en la sitiada plaza: la muchedumbre le rodeó, hombres, mujeres, militares, paisanos, ancianos, niños, y el falso mensajero, con alegre rostro, exclamó: «Amigos míos, regocijaos, la victoria es nuestra. El fuerte contra-dique está roto, y franco el paso á la armada de socorro que en mi seguimiento viene, provista de

»abundantes víveres. Ved aquí en este barcon las primicias, y la  
»muestra de la victoria en este prisionero.»

» Aquella alucinada multitud no supo comprender la verdad; debió prever que si el estado de la batalla hubiese sido próspero para ellos, no sería el general en jefe el que acudiría en una miserable barca á refugiarse en la plaza, dejando sin jefe supremo á su ejército. Diéronle completo crédito los de Amberes, y bárbaramente inhumanos hicieron pedazos al valeroso y desgraciado prisionero, Ferrante de Spinola.

Perdida ya la última esperanza, y pudiendo apenas Marnix y Holak mantener en su error á la muchedumbre, llegó la tristísima nueva á Amberes, nueva que fué el golpe de gracia para los sitiados, de que Malinas, única plaza del ducado de Brabante que estaba aún por el enemigo, se habia rendido á las armas españolas, á consecuencia del desastre sufrido por los protestantes en el contra-dique de Couvestein.

Mostróse clementísimo el vencedor al imponer condiciones á la rendida Malinas; y animados con esto los de Amberes, al mismo tiempo que desanimados al ver que iba por todas partes en pos del príncipe de Parma la victoria, le enviaron una embajada para investigar lo que esperar podían si se entregaban.

Los más furibundos rebeldes, como Santa Aldegundis, que era como ya dijimos el gobernador, no querían rendir todavía la plaza, aunque estaban destituidos y desesperanzados de recibir socorros; empero el pueblo rodeó á aquel, amenazante, clamando por la entrega, y diciendo las mujeres que ni querían perecer de hambre, ni irritar más al príncipe á fin de no encontrarle airado.

El mismo conde de Santa Aldegundis, intimidado, ofreció pasar personalmente al campo español; lo verificó, en efecto, y fué muy bondadosa y cortesmente recibido por el de Parma. Tratóse de las condiciones de entrega, y en ninguna hubo dificultad, hasta llegar á la libertad de conciencia. Philipo de Marnix, Santa Aldegundis, hacia al príncipe la tentadora promesa de hacer volver al servicio del rey todos los dominios que aun estaban rebelados, incluso Holanda y Zelanda, bajo la seguridad de obtener la libertad de conciencia; mas Alejandro Farnesio, que no estaba por ella, porque era muy católico, se atrincheraba y sostenía apoyado en una carta autógrafa de su tío Felipe II, en la cual, entre otras cosas, decia este:

»En todos los tratados con las ciudades y castillos que vendrán  
»á vuestro poder, sea esto lo último: que en estos lugares se reciba la religion católica, sin que se permita á los herejes profesion ó ejercicio alguno, sea civil, sea forense; sino es que para  
»la disposicion de sus haciendas se les haya de conceder algun

»tiempo, y ese fijo y limitado. Y porque sobre esto no quede  
 »lugar á la interpretacion ó moderacion de alguno, desde luego  
 »aviso, que se persuadan los que hubieren de vivir en nuestras  
 »provincias de Flandes que les será fuerza escoger uno de dos,  
 »ó no mudar cosa en la romana y antigua fé, ó buscar en otra  
 »parte asiento luego que se acabare el tiempo señalado.»

Convencido Santa Aldegundis de que no era posible obtener lo que con más ahinco y eficacia pedia, y no siendo posible resistir más en Amberes, cedió de su empeño. En todas las demás condiciones encontró tan humano y condescendiente al príncipe de Parma, como no podia esperarse de la conducta observada por los de Amberes, ni de la contestacion que dió Alejandro á la primera embajada; pues á una larga y aduladora arenga, contestó de tan lacónica manera que solo dijo: *Al tratar de los pactos de la entrega, procuraré olvidar lo mucho que la ciudad ha delinquido en el espacio de un año que ha durado el sitio.*

Concedióse, pues, á los de Amberes un generoso perdon general, ámplio y sin restricciones; fueron restituidos á la ciudad sus fueros y privilegios; dióse á los herejes un plazo de *cuatro años* para arreglar sus asuntos y abjurar de sus errores ó abandonar la ciudad; concedióse plena libertad á los prisioneros de ambos campos; al obstinado Santa Aldegundis le alcanzó tambien el perdon y la libertad, sin más exigencia que la promesa prestada por el rebelde gobernador, de *no tomar las armas contra el rey Felipe durante un año.*

Ya corría el mes de Agosto cuando hizo Alejandro Farnesio su pública y triunfal entrada en Amberes; y pudo penetrar en la domada ciudad lleno de noble orgullo, porque, segun el lector ha visto, dificilmente se registrará en la historia un sitio de plaza más célebre, ni el nombre de un general que más firme, diestro y osado fuese para remover obstáculos y obviar inconvenientes.

Despues de tomada Maestrick, concedió Felipe II á su sobrino Alejandro el Toison de Oro; pero empeñado ya el gran general en los preparativos del sitio de Amberes, no quiso usar la insigne condecoracion hasta domar la que parecia indomable ciudad.

La víspera de entrar en ella, cruzóse en la capilla del castillo de Santa María, oficiando de pontifical el arzobispo de Cambray, Ludovico (Luis) de Berlaymont; y la noble insignia fué colocada en el cuello del invicto príncipe por el conde de Mandfeldt, delegado del rey de España, caballero de la orden y decano de los caballeros flamencos, y con el vellocino sobre la luciente ar-

madura, entró triunfalmente en Amberes el nuevo caballero del Toison.

Los soldados celebraron así el notable triunfo como la gracia concedida por el rey al general supremo, adornando el puente con ramos, flores y frutas, representando una farsa alusiva sobre el mismo puente. Alejandro dióles una magnífica cena, en la cual los condes de Mandfeldt y Arschôt, con los primeros magnates, generales y maestros, sirvieron los platos y copas á la tropa, quedando adoptada aquella costumbre para en un día de cada año, y fué elegido el de Noche-buena.

Fué tanta la alegría que recibió el impasible Felipe II, en quien al parecer ningun efecto produjo la nueva del triunfo de Lepanto, que habiéndola recibido á deshora, saltó del lecho, cubrióse con un ligero ferreruero, y dirigiéndose á la cámara de la infanta doña Isabel, *su muy dilecta hija*, como dice Strada, dió con los nudillos de la diestra sobre la puerta, y diciendo solamente *Nuestra es Amberes*, se volvió al lecho.

Después de haber Farnesio guarnecido y fortificado la recién conquistada plaza, mandó deshacer el puente y regaló todos los materiales á los ingenieros Giovanni Battista Piatti y Properzio Baroccio, que fueron, no autores de la grande é inconcebible obra, como algun moderno autor dice, sino directores de la ejecución, bajo la inspeccion del príncipe, que ideó el proyecto y la delineó por su mano. Y tanto es esto así, que al comunicar su determinacion Farnesio á Baroccio y Piatti, estos asombrados retrocedieron algunos pasos, y no se tranquilizaron hasta que el príncipe *sacó sus planos y con ellos convenció á los ingenieros* de cuán posible era la realizacion del casi inconcebible proyecto.

La revolucion habia sufrido muy mortales golpes en muy pocos meses: todas las principales provincias y plazas obedecian á Felipe II, y los confederados casi estaban reducidos á la nada.

Tan prósperamente caminaba la causa española en Flandes como en la Frisia, en donde D. Francisco Verdugo obtenia cada dia nuevos triunfos. Solamente el tercio veterano de D. Francisco de Bobadilla estuvo expuesto á quedar destruído de una manera tan horrible como miserable.

Preparábase este bizarro tercio con su maestro, á las órdenes de Cárlos de Mandfeldt, hijo del conde de este título, para marchar contra el rebelde conde de Holak, cuando en la distribucion que hizo Alejandro de sus tropas, después de domada Amberes, dióse contraorden al tercio de Bobadilla, y Cárlos le hizo acuartelarse en la isla de Bommel, con otros dos tercios de veteranos españoles, que componian cinco mil, bajo sesenta y una banderas ó compañías.

122 Holak, que, como viejo y experimentado general comprendió el partido que podia sacar de la mala colocacion de los brillantes tercios, preparó las huestes, y de pronto hizo romper los diques de los rios é inundar la isla. Bobadilla, que no podia esperar tan fatal y terrible novedad, hizo retirar la artilleria, los víveres y las municiones, y hacer parapetos ó diques; mas estos servian de muy poco, no solamente porque las aguas avanzaban rápidamente, que uno de los rios era el caudaloso Mosa, si que tambien porque desprovistos los bizarros españoles de útiles y de materiales, en los yelmos llevaban la tierra que sacaban con sus puñales para formar unos diques de tierra movediza, que las aguas con gran facilidad arrastraban.

123 Cuando aquellas abandonadas y valerosas tropas se encontraban desesperadas, replegadas ya cuanto podian y con el agua hasta la rodilla, temiendo que antes del dia les llegase á la cinta, apareció el rebelde Holak con una armada de cien buques de quillas chatas, de los que construian á propósito para bogar por los inundados campos.

124 La manera de vencer era tan innoble, cobarde y poco digna, como propia de un rebelde; y Holak, que veia ya á las indefensas víctimas doblar resignadamente el cuello ante el brazo del bárbaro sacrificador, dió parte de su triunfo á los estados generales, como si ya le hubiera obtenido; y merecia celebrarse, porque estaba en aquella isla la flor de la infanteria española: soldados de quince, veinte y más años de servicio que, segun ya hemos dicho, se decia de ellos que *hacian temblar la tierra con sus mosquetes*.

125 El animoso Bobadilla hace subir á los suyos á los sitios más altos y montañosos, y con la artilleria procura dañar á los rebeldes. Viendo esto Holak, establece el bloqueo, y deja que el hambre concluya lo que habia comenzado la rotura de los diques.

126 Ya se habian acercado á socorrer á los españoles Aguila y Mandfeldt; mas no habian podido llegar á la isla, y ya se concluian los viveres, las aguas crecian, y el insoportable frio, los hielos y las nieves casi no dejaban moverse á los españoles.

127 Holak mandó un trompeta para aconsejar á los que creia vencidos que se entregasen; pero Bobadilla contestó: *Los españoles saben morir, pero no entregarse á rebeldes*.

128 Vamos á referir un verdadero prodigio, que el piadoso Strada atribuye á milagro, y que nosotros, seguros de ser cierto lo que vamos á referir, no vacilamos en decir que si bien el prodigio pudo muy bien ser hijo de causas puramente naturales, si no fué absolutamente milagroso, fué seguramente providencial.

129 Hallábanse aquellos desventurados y valerosos españoles en lo

más crudo del invierno; y como hace todo el que guarda en su corazón algun destello de fé divina, comprendiendo que á su mal no habia remedio en la tierra, apelaron al cielo y á pedir el socorro á la *Patrona de las Españas*. En tanto Hoiak consultaba con los estados generales á dónde habia de depositar los cinco mil prisioneros que ya contaba entre sus manos.

Era el día 8 de Diciembre, vigilia de la festividad de la immaculada Concepcion, patrona de España; y estando sacando tierra unos soldados para elevar una fortificacion, encontraron un cuadro pequeño que representaba á Nuestra Señora bajo la misma advocacion que en el siguiente dia se celebraba.

Toman aquellos valerosos y piadosos varones por milagrosa la aparicion, avisan al bizarro Bobadilla, y llevan procesionalmente el aparecido cuadro al más próximo templo de la isla; le rodean con las banderas de los tercios, que eran sesenta y una, y piden á la imágen el remedio á su extremada cuita, con el ahinco que acude al cielo en los lances extremos de la vida el mismo que altivo en la prosperidad teme demostrar que es cristiano. La tierna é imponente ceremonia terminó por una solemne promesa de formar una congregacion piadosa y declararse esclavos de la Virgen, si salian con bien del extremo peligro en que se hallaban; que era en verdad muy triste posicion la de aquella gente valerosa, que ni podia abrirse camino, como sabia hacerlo, con las armas, ni defenderse de la fatídica y destructora hambre.

Así las cosas, llegó la noche, y de pronto comenzó á levantarse un fuerte viento frio y verdaderamente glacial, que en pocas horas hizo correr las aguas por los sitios pendientes, y las heló en los llanos y hondonadas, en donde no podian tener curso y estaban como estancadas. Hoiak, por no quedar con sus naves oprimidas y enclavadas entre las inmensas moles de hielo, tuvo que retirarse velozmente. No pudo huir sin que le persiguiesen y dañasen los tercios que llegaban de socorro y que estaban detenidos; y en tanto Bobadilla y los suyos fueron al templo á dar fervorosas gracias á su *Salvadora*.

Regresaron los cinco mil veteranos al campamento, excepto algunos que, más débiles, al tomar el primer alimento, les faltó la vida, llevando triunfalmente consigo á la aparecida imágen. Consta este prodigioso suceso, así como tambien que, cumpliendo los guerreros su promesa, formaron una congregacion en Boisle-Duc, titulada de los *Soldados de María*, en la cual los primeros inscritos fueron los maestros y capitanes.

Los rebeldes más comprometidos, aunque tan acosados y tan sin recursos, no esperando socorros de Francia, que tenia bas-

tante con cuidar de sí propia, como despues veremos, apelaron á Isabel de Inglaterra, y esta acordó con los estados generales las siguientes condiciones: «La reina enviaria un ejército auxiliar de » seis mil hombres, mantenidos á su costa durante la guerra, y de » cuyos gastos, terminada que fuese aquella, le indemnizarian » los Estados; los flamencos le darian en prendas la ciudad de Fle- » singa y el fuerte de Rammekens, en Zelanda, y la de Brielle en » Holanda; se mantendrian á las Próvincias Unidas sus derechos » y privilegios; el general y dos ministros ingleses serian admiti- » dos en la asamblea de los Estados; no se podria hacer tratado » alguno de paz ó alianza con España sin consentimiento de am- » bas partes, con otras ménos importantes condiciones, hasta el » número de treinta y una.»

Era á la sazón el *favorito* de la herética reina el célebre Roberto Dudley, conde de Leicester, quien halló tanta gracia en el corazón de Isabel, que le perdonó fácilmente el ser cuñado de la pretendiente al trono inglés, la desventurada y hermosa Juana Grey, que estuvo casada con el duque de Northumberland, hermano de Leicester; y este, á fuer de favorito, ó quizá por alejarle de la corte, fué nombrado por la reina general supremo del ejército auxiliar que habia de pasar á Flandes; y decimos quizá por alejarle, porque la *reina doncella* muy á menudo daba esperanzas á diversos pretendientes, y muy frecuentemente se cansaba de ellos. Hé aquí una interesante nota que á este propósito inserta el Sr. Lafuente:

«La extraña conducta de la reina Isabel de Inglaterra con sus » pretendientes y favoritos merece que demos aquí alguna noticia » acerca de este singular manejo. La belleza, el talento y la ilus- » tracion de Isabel, á quien un elocuente escritor llamó tan gran » reina como mala mujer, la atraieron multitud de adoradores y » de aspirantes á su cariño y á su mano. Sea que prefiriera el » celibatismo al matrimonio, sea que no quisiera sacrificar su in- » dependencia á ningun hombre y á ninguna razon política, sea » que le sirviese cualquiera de los dos pretextos para desligarse » de los pretendientes ó de enamorados perseguidores que no » amaba, es lo cierto que despues de entretener con esperanzas » y aun con formales promesas á muchos, no llegó á dar su mano » á ninguno; y en cuanto á su corazón, obtuvieron algunos sus » preferencias por el tiempo que ella quiso, en lo cual no ganó » fama de escrupulosa. Entre sus pretendientes y favoritos se » cuentan:

1.º »Felipe II de España. En otro lugar dijimos la manera » cómo se habia concertado y cómo se habia deshecho este ma- » trimonio, luego que enviudó Felipe de la reina María.

2.º »Carlos de Austria, su primo, hijo del emperador Fernando. Lisonjeaba la vanidad de Isabel esta boda, pero des-  
»hízose por diferencias en materia de religion; diciendo, sin  
»embargo, Isabel que no se sentia con deseos de casarse.

3.º »El rey Enrique de Suecia, en cuyo nombre fué á Ingla-  
»terra á hacer su pretension su hermano Juan, duque de Fin-  
»landia. Con este no tenia motivo de religion que alegar, porque  
»era protestante como ella, pero apuró su paciencia con evasi-  
»vas y dilaciones, hasta que Enrique desistió por desengañado.

4.º »Adolfo, duque de Holstein. Jóven; bello, soldado y con-  
»quistador este príncipe, agradó á Isabel, de quien fué tratado  
»con particular distincion. La amó, y fué amado de ella, pero  
»no se resolvió á darle su mano.

5.º »El conde de Arran, escocés, y cuyo padre era el pre-  
»sunto heredero de la corona de Escocia. Solicitaban con em-  
»peño este matrimonio los diputados del Parlamento de aquel  
»reino. El príncipe lo merecia por sus relevantes prendas, pero  
»la acostumbrada respuesta de Isabel, «que Dios no la habia  
»dado inclinacion al matrimonio,» hizo desistir á los embajado-  
»res escoceses; el conde de Arran cayó en una profunda melan-  
»colia, que acabó por hacerle perder la razon.

6.º »William Pickering, inglés y súbdito suyo, de no muy  
»elevada alcurnia, pero notable por su buen continente, su ta-  
»lento y su gusto por las bellas artes. Los cortesanos miraban  
»ya á este inconcebible favorito, como le llama un historiador  
»inglés, como el futuro esposo de la reina; mas no tardaron en  
»verle caido y aun olvidado.

7.º »El conde de Arundel, tambien inglés; con mejores lítu-  
»los al favor de la reina, gastó una inmensa fortuna en festejos  
»y galanteos, sacrificó á Isabel sus opiniones y su tranquilidad  
»con admirable perseverancia, pero desde que dejó de servir á  
»su política ó á sus caprichos, le rechazó y le trató hasta con  
»dureza.

8.º »El duque de Alenzon y de Anjou, hermano de Enri-  
»que III de Francia. Los tratos de matrimonio con este príncipe  
»llegaron hasta donde era posible que llegaran, menos á la rea-  
»lizacion. Ella puso su anillo en el dedo del duque en presencia  
»de los embajadores extranjeros y de la nobleza inglesa, en se-  
»ñal del futuro enlace, y aun hizo extender un acta de la fórmu-  
»la y ceremonias que se habian de observar por ambas partes  
»en la celebracion de la boda. Y sin embargo, una mañana que  
»el duque fué á ofrecer sus respetos á la que suponía ya su es-  
»posa, le recibió pálida y triste, y le dijo llorando que las pre-  
»ocupaciones de su pueblo ponian una inquebrantable barrera á



»su union, y ella estaba resuelta á sacrificar su felicidad á la  
»tranquilidad de su reino.

9.º »Roberto Dudley, conde de Leicester. Este favorito tuvo  
»tanta intimidación con Isabel, que dió lugar á que públicamente  
»se dijera que vivían en una criminal union. Despues de haber  
»enviudado Dudley, se creyó que pasaria á ser esposo de la rei-  
»na, y aun se citaba quién habia sido testigo de la solemne pro-  
»mesa de matrimonio. Para que no se extrañase tanto ver á un  
»súbdito esposo de su soberana, negoció la boda de Leicester  
»con la reina de Escocia María Stuard, sabiendo que no habia de  
»realizarse; pero una vez aceptado por aquella reina y por aquel  
»reino, y descompuesto despues el enlace, ya no habia por qué  
»admirarse de que una reina compartiera el trono y el tálamo  
»con el que antes otra reina no se habia desdeñado de admitir.  
»Esto parecia indicar una resolucion determinada de hacerle su  
»consorte. Y sin embargo, continuando por muchos años la pri-  
»vanza de Leicester, las esperanzas de boda fueron alejándo-  
»se poco á poco, hasta disiparse enteramente, y la reina Isabel  
»murió sin casarse, y Leicester tuvo el fin que luego ve-  
»remos.»

Algunos otros nombres pudiéramos agregar á los antedichos, pero no demos olvidar al inolvidable D. Juan de Austria, hermano de Felipe II, que fué uno de los que más agradaron á la veleidosa Isabel.

#### AÑO 1586.

Apenas habia comenzado el año, cuando el ejército auxiliar de Inglaterra salió de Lóndres, yendo á su frente el conde de Leicester, á quien acompañaban quinientos caballeros, entresacados de la flor de la nobleza de aquel reino.

Los protestantes recibieron al prócer inglés como al duque de Anjou y al archiduque Matías: creían siempre que iba con el nuevo auxiliar el definitivo remedio de sus cuitas, y le aclamaron libertador y le obsequiaron con frenéticos vítores, batiéndole las palmas. Pero apenas llegado á Flandes Roberto Dudley, los flamencos rebeldes se malquistaron con la reina Isabel, creyendo congraciarse con ella. La asamblea de los estados expidió á favor de Leicester el nombramiento de capitán general y gobernador supremo de los estados, contra lo que en las condiciones del contrato firmado se prevenia, y la reina inglesa se resentió de que los estados hubiesen ido más allá que ella misma en las

concesiones hechas á un súbdito suyo; que los soberanos, tratándose de poder, de todo y de todos tienen celos.

Pronto se desenojó la *reina doncella*, lo que hizo creer que en su enojo hubo más de ficción que de realidad; y muy pronto también fué forzoso á los ingleses desentenderse de los asuntos de poco momento, para dedicar toda la atención á los importantes.

El príncipe de Parma, nada desconcertado por los nuevos auxilios que los rebeldes acababan de recibir, mandó á Mandfeldt sitiár la plaza de Grave. Era esta una importante ciudad situada sobre el caudaloso Mosa, una de las pocas que estaban en poder de los protestantes que pudieran llamarse de verdadera importancia.

Antes de que los españoles formalizasen el sitio, acudió el conde de Holak, rebelde, á defender la amenazada plaza; mas no penetró en ella sin sostener una formal batalla, que se hizo más penosa y difícil para unos y otros á causa de la incesante lluvia que de las nubes se desprendía. Tanta fué aquella, que el río tuvo una fuertísima crecida; y Holak, no queriendo desaprovechar la ocasión de apelar al favorito recurso de los flamencos, hizo romper los diques é inundar los campos.

No mucho despues se cubrió momentáneamente de luto el ejército español. Alejandro Farnesio, siempre activo, vigilante y diligente, recorría las líneas y daba prisa para el arreglo de nuevas baterías, cuando de pronto con horrible estrepito vino con el caballo al suelo. Acudieron todos presurosos; pero antes de que llegasen, ya vieron de pié al bizarro príncipe, diciendo á un trompeta: *Id á Grave y decid al gobernador que se entregue á Alejandro Farnesio, el cual con el favor de Dios está vivo y sano, á pesar de sus deseos*. Porque la caída consistió en una cierta bala de cañon que le dirigieron de la plaza, y que afortunadamente solo mató al brioso corcel.

No admitido el trompeta, el príncipe dispuso el asalto, que fué dado sin fruto, aunque con mucho valor, y fué forzoso al príncipe mandar que diesen el *toque de recoger*, como entonces decían. Sin embargo, estrechando el sitio cada dia más, el gobernador de Grave, baron de Hemert, tuvo miedo ó fué ganado: sea de esto lo que quiera, es lo cierto que impensadamente entregó la plaza con buenas condiciones, sin embargo de lo cual el conde de Leicester le hizo pagar con la vida su cobardía, haciéndole decapitar en union de sus dos tenientes. Y creyóse, en efecto, que no fué ganado, sino cobarde: ninguna disculpa pudo encontrar para atenuar su falta, puesto que Alejandro, además de haber encontrado en la rendida plaza buenos cañones, cien

grandes barricas de pólvora y muchas municiones, halló también que había *viveres para mantener seis mil hombres de guarnición por un año.* (7 de Junio.)

Guarneció Alejandro á Grave con españoles y alemanes, y se dirigió contra Venloó, que estaba defendida por un célebre militar que comenzó su carrera por *guerrero de ventura*, y que se hizo muy notable por su fabuloso valor. En cambio, era tan poco de fiar, que perteneció alternativamente al ejército del rey y al de los rebeldes lo ménos seis veces, puesto que se pasaba y repasaba á medida que le parecían más ventajosas las proposiciones que le presentaban, ó los del rey, ó los rebeldes. Llamábase Martin Schenck, y era temido por su valor, su inteligencia y osadía; de un carácter duro y severo, y de un genio tan poco sociable y comunicativo, que jamás le vieron reír una vez, ni aun los individuos de su propia familia.

A pesar de la inteligencia y valor de Schenck, el de Parma se apoderó de Venloó, y mostróse este último tan galante en su triunfo, que habiendo caído en su poder la esposa y la hermana de Martin Schenck, las dió libertad y las hizo marchar libres en su propia carroza y escoltadas por españoles.

Poco despues de rendida Venloó, suplicó al de Parma el elector católico de Colonia acudiese en su auxilio. Era el elector hijo del duque soberano de Baviera; y el conde de Meurs, protestante, seguido de las tropas holandesas, que eran protestantes también, habia quitado á Ernesto, el elector, varias ciudades de la línea del Rhin. Alejandro Farnesio, que juzgaba una misma la causa del elector que la que él por obligacion defendia, determinó marchar en socorro de Ernesto.

La ciudad más importante de las que el de Meurs habia quitado al elector, era Nuis (Novesía), y sin embargo de que, segun la historia, el celebérrimo Carlos el Temerario la tuvo sitiada *un año con sesenta mil* hombres, y tuvo que retirarse desesperado de tomarla, en poco más de mes y medio la rindió el príncipe de Parma. El primero que al asaltar clavó el estandarte real sobre las murallas enemigas fué Alonso de Mesa, alférez valerosísimo, natural de Cádiz: queremos consignar este hecho porque de él resulta inmarcesible gloria á nuestra amada patria y á un paisano nuestro.

De Nuis pasó Alejandro á Rhinberg, ciudad también quitada por los protestantes al elector Ernesto. Pero queriendo aprovechar los flamencos la voluntaria ocupacion de Alejandro, que, al parecer, solo atendia al socorro del elector Ernesto, determinaron sitiár á Zutphen, y en efecto, sobre esta plaza cargó con todas sus fuerzas militares el de Leicester.

Defendía á Zutphen el valeroso y entendido Juan Bautista de Tarsis; y apenas tuvo Farnesio noticia de lo que ocurría, mandó en socorro de la expresada plaza al bizarro marqués del Vasto. Mas á pesar del valor é inteligencia de este, el resultado estaba muy en balanzas, sin que la victoria se decidiese por amigos ni por enemigos, hasta que apareció el inmortal Alejandro Farnesio, que, como muy bien dice un elegante autor moderno, *ó delante ó á su lado parecia que marchaba siempre la victoria.*

Fué obra de muy poco tiempo para el principe de Parma el introducir abundantes socorros de víveres, municiones y tropas en Zutphen y destrozár al enemigo; y sabiendo que se acercaba un gran cuerpo de tropas auxiliares, llegado de Alemania en socorro de los ingleses y rebeldes, negoció con el jefe que regresase á su patria con sus tropas.

La batalla costó muy cara á los ingleses, porque en ella pereció sir Philippo Sidney, sobrino de Leicester, valeroso guerrero, quien, como el caballero Bayard en Francia, pasaba en Inglaterra por *el caballero sin tacha.* El marqués del Vasto estuvo también en peligro de muerte, acometido *por la espalda* por un soldado inglés, cuando el valeroso general como un león se batía; pero viólo afortunadamente un piquero español, y sacando á escape su caballo, dió tan furibunda lanzada al traidor, que le dejó sin vida.

Estaban los flamencos muy arrepentidos de haberse puesto en manos de la reina inglesa, porque, á decir verdad, el conde de Leicester, no solamente era muy poco general para hacer frente á un Alejandro Farnesio, sino que valía infinitamente ménos que el general ménos apto, si es que habia alguno que no lo fuese, de los españoles. En cuanto á las tropas nuestras, la brillante infantería de arcabuceros decidió la batalla de Zutphen, destrozando á la caballería inglesa. Por otra parte, el auxilio dado por dicha nación á los flamencos, fué como el que dieron á España á principios del presente siglo, y parecido al que siempre dan los ingleses. El pacto firmado se redujo á un papel sin fuerza y sin valor; porque Leicester fué en Flandes un verdadero tirano que, despreciando las leyes flamencas, se aprovechó de su posición de *libertador* para destruir el comercio flamenco y derrotar la hacienda de aquellos que en sus manos se habian puesto.

Sufrían, sin embargo, en silencio, ó si la tiranía se hacia algunas veces ya insoportable, representaban con un respeto muy semejante al temor; manera de quejarse que no excita la compasión de los tiranos, antes, por el contrario, los hace más despóticos, crueles y altaneros.

Por fin, con gran gozo de los flamencos, llamó á Londres la

reina á su favorito para halagarle de nuevo; porque necesitaba de todos los suyos para realizar el infame é inicuo asesinato de la hermosa María Stuard, que estaba ya á la sazón *encausada*. Leicester mandó reunir la representacion de los estados generales en el Haya, y allí se despidió de aquella, *reservándose el cargo de gobernador supremo*, asegurando que en breve volvería, y dejando el gobierno provisional, á peticion de los representantes de las provincias, al Consejo de Estado.

AÑO 1587.

## FLANDES.

Nos vemos precisados á continuar la narracion de lo ocurrido en las célebres guerras de los Países-Bajos, porque de todos los demás sucesos concernientes á España de que debemos ocuparnos al mismo tiempo que de las expresadas guerras, toca tan mínima parte á cada año, que el referirlos uno por uno les quitaría toda su importancia é interés. Por esto preferimos, y creemos servir mejor á los que leyeren, referir los sucesos reunidos con sus detalles, colocándolos en el año en que tuvieron definitiva solucion.

Acababa de triunfar una vez más Alejandro Farnesio en el brillante hecho de armas ocurrido en Zutphen, cuando la satisfaccion de verse duque soberano de Parma, Piacenza y Guastala, la recibió contrapesada con el amargo dolor de la muerte de su amado padre Octavio Farnesio, cuñado de Felipe II y yerno del gran emperador Cárlos. Pidió el nuevo duque licencia al rey de España, su tío, para trasladarse á Italia á tomar posesion de sus dominios y ver el estado en que se hallaban los negocios de su casa; pero la pedida licencia le fué negada, como era natural: la retirada de Alejandro en aquellas circunstancias hubiera equivalido á conceder gratuitamente el triunfo á los rebeldes, y hubiera sido igual á someterse voluntariamente á perder cuanto á costa de tiempo, sangre y dinero se había ganado. Comprendiéndolo así el duque de Parma, se resignó sin insistir, y se dedicó de nuevo á los penosos cuidados de la guerra.

No habia llegado aún á Inglaterra el conde de Leicester, cuando sin esperar á más, entregaron á Alejandro las fortalezas inmediatas á Zutphen los coroneles ingleses que estaban en ellas de

gobernadores: llamábanse sir William Stanley y sir Riccardo de York.

Este suceso acabó de indignar á los flamencos contra Leicester, de quien eran hechura Stanley y York, y dirigieron á la reina Isabel un largo capitulo de quejas, sobre otros muchos que habian remitido en cuanto vieron ausente al tirano. Al mismo tiempo, en la asamblea de 6 de Febrero nombraron los estados á Mauricio de Nassau, hijo de Orange, gobernador y capitán general; pero protestando á la reina inglesa de que no era su ánimo despojar á Leicester del cargo y poder de que estaba investido, sino acudir provisionalmente al remedio que sus apremiantes y terribles males exigian. Tenian mucho temor á la enemistad de la inglesa, porque nada esperaban de Francia, y les horrorizaba, despues de haber delinquido tanto, el quedar á merced de España.

Las repetidas y fuertes quejas dadas contra Leicester, obligaron á la reina de Inglaterra á nombrar un comisario régio que, pasando á Flandes, se enterase del fundamento de las precitadas y fuertes quejas. Fué elegido para desempeñar aquella comision uno de los consejeros ingleses, que pasaba por muy prudente y recto, llamado lord Buckhurst.

Portóse con honradez é integridad el comisario; y cerciorado del fundamento y justicia de las quejas, y siendo hombre honrado antes que inglés, puso ante la vista de la reina la verdad, sin disimular cosa alguna, arrostrando intrépidamente el enojo y la cólera del favorito.

Conócese, pues, que la reina mandó á Flandes á lord Buckhurst por mera fórmula y suponiendo que daria su informe, con justicia ó sin ella, en favor de Leicester; y no crea el lector que esto es una mera suposicion; porque aquella mujer á quien algunos, sin que sepamos por qué, llaman gran reina, dió entonces una muestra más de que si fué, en efecto, grande, lo fué en la maldad, lo mismo que en los vicios.

Visto el leal informe dado por lord Buckhurst, no solamente no castigó á lord Leicester, sino que, por el contrario, se puso tan airada con el lord comisario, que despues de insultarle indignamente, le mandó cargar de cadenas. Pero esto hubiera sido muy poco; era forzoso aumentar el escándalo, y la *GRAN reina*, para no quedarse á la mitad del camino, *mandó de nuevo á Flandes al conde de Leicester*.

Contento Alejandro con esta novedad, tan favorable para su causa, determinó conquistar á Ostende y la Esclusa.

Era esta última plaza considerada como inexpugnable, así por su posicion natural, que tomaba el nombre de ser la esclusa de

los cinco puertos de la provincia de Flandes, como por sus defensas artificiales y su guarnicion. Contra dicha plaza marchó el conde de Altapenne con la infantería, y con la caballería el marqués del Vasto.

Seria obra poco ménos que interminable la de referir los prodigios que obró Alejandro en el famoso sitio de la Esclusa, á cuyo campo llegó en el mes de Mayo. Lo mismo que en Amberes, improvisó castillos, construyó puentes, cavó canales para distraer el curso de las aguas, y, en una palabra, él mismo en una carta dirigida á su tío Felipe II, al darle parte de la victoria, le aseguró que *el triunfo de la Esclusa le habia costado más trabajo que otro alguno*, sin excluir el de Maestrick, AMBERES, Nuis, Grave, Venlloo, y otros que el lector ya conoce.

De nada sirvió la presencia de Leicester, que llegó á Flandes durante el sitio. Con Mauricio de Nassau se dirigió á la Esclusa; pero tuvo que quedarse en el camino, porque el duque de Parma no le permitió pasar. Dirigióse entonces á Ostende; pero allá fué tambien Alejandro, y allí tambien le hizo retroceder; visto lo cual, el favorito de la *reina doncella* se retiró cobardemente á Holanda, dando una nueva muestra de su nulidad, y aumentando más y más su deshonra, hija legítima de la campaña de Flandes.

Corría el mes de Julio cuando se rindió la Esclusa, cuya guarnicion habia quedado reducida á seiscientos hombres, de dos mil quinientos que la componian. Alejandro, que fué tan humano con el vencido como duro y severo con los que resistian, concedió á los de la Esclusa honrosas condiciones al entregarse.

Poco despues se rindió tambien sin resistencia, la gran plaza de Güeldres, de la cual hizo entrega á Alejandro un coronel escocés que era su gobernador. Tal era el efecto que producía en los mismos amigos la incapacidad de Leicester, y en los enemigos la inteligencia, valor y fortaleza del duque de Parma.

Ni una aldea, cuanto ménos una ciudad, logró tomar el inglés; no entró en accion en que no fuese derrotado; y así en la historia inglesa como en la española figura su nombre tan tristemente, que hubiérale estado mejor el haber nacido en humilde cuna, ó haber estado siempre oscurecido en el centro de sus dominios.

En tanto Alejandro triunfaba y sometía rebeldes y puntos rebelados, Leicester solo pensaba en crearse una soberanía en Flandes, faltando á aquella misma que le habia encomendado la empresa y que durante tantos años le habia protegido. Pero es muy grave mal para un ambicioso el que la ambicion no corra parejas con el valor y la inteligencia.

Leicester, á pesar de no ser otra cosa que un ambicioso completamente nulo, puso, sin embargo, con sus ridículas pretensiones en combustion á Flandes, y los flamencos rebeldes hasta se descuidaron de su causa por atender á cortar los vuelos del inglés. Y hubiera sido de ménos importancia aquel asunto, á no haberse mostrado Leicester verdadero protestante; esto es, teniendo siempre en los labios multitud de textos de la Biblia, para torturarlos y profanarlos casi siempre, y en el corazon la iniquidad y la malicia. Se captó con esto el favor del clero protestante que le protegía decididamente, así como una parte del pueblo que, ilustrado ó sin ilustrar, es siempre manejable y dúctil, le defendía tambien porque estaba seducido por el clero.

Sin embargo, la nulidad del conde inglés se conocía cada momento más á las claras, y la ponían cada dia más de relieve las grandes dotes del sin par duque de Parma. Casi al terminar el año se retiró el inglés á Inglaterra llamado por Isabel, y desengañado así de que eran quiméricas sus pretensiones, como de que su permanencia en Flandes era para su nombre cada vez más deshonrosa.

Con este motivo, no pocos nobles dudosos, y algunos rebeldes, pidieron reconciliarse con Felipe II, porque vieron que era ménos perjudicial el someterse á su natural soberano que el entregarse en manos de extranjeros, que jamás auxilian de buena fé sino siempre por miras interesadas y para ellos provechosas. Leccion mil veces repetida, y de la cual se han aprovechado y aprovechan muy poco los soberanos y los gobiernos. Por otra parte, los indecisos y los arrepentidos daban una mirada retrospectiva, y hacían un paralelo entre las nulidades alemana, francesa é inglesa, el archiduque *Matias*, el duque de *Anjou* y el conde de *Leicester*, y el duque de ALBA, D. JUAN DE AUSTRIA y ALEJANDRO FARNESIO: tres figuras colosales, comparadas con tres verdaderamente raquíticas, con ménos talla política y militar que tres despreciables pigmeos.

AÑO 1588.

### PREPÁRASE LA ARMADA INVENCIBLE.

Hacia muy poco tiempo que Inglaterra toda habia consentido en la consumacion de un crimen execrable; de uno de esos crímenes que las naciones siempre expían, tarde más ó ménos lá



expiacion en llegar. Acababa, puede decirse, de ser jurídicamente asesinada *María Stuard*, hermosísima mujer, que fué reina de Escocia.

Tenia para Isabel la grave falta de ser nieta legítima de Enrique VIII, de quien era Isabel hija ilegítima: por consecuencia, pertenecía á la primera la corona que ceñía contra derecho la segunda; y para los ingleses era la simpática María rea de un imperdonable delito: era fervorosamente católica, y no podia reinar. No era esto, empero, bastante: nadie sabia ni podia prever el término que los asuntos europeos tendrian; España estaba en el apogeo de su poder y de su gloria; Francia sostenia, como despues veremos, su sangrienta lucha con los herejes hugonotes, y era muy fácil que estos sucumbiesen, porque la nacion de San Luis era en su mayor parte cordialmente católica. Viva María Stuard, podia llegar á empuñar el cetro de Inglaterra. España la protegeria fácilmente, y era muy poderosa: Francia, libre de los hugonotes, deberia al parecer protegerla tambien, puesto que estaba María emparentada con aquella casa real; que era viuda de un rey francés.

María Stuard, á quien un manuscrito inglés que trata de historia y llama hermana de Isabel, y á quien un autor antiguo, italiano por cierto, llama del mismo modo, pero explicando el por qué, era hija de Jacobo V, rey de Escocia, cuyo soberano fué hijo de Enrique VIII; y como este fué padre de Isabel y era tan inmediato el parentesco de esta con María, quizá el autor anónimo á quien antes nos hemos referido, llamó á aquella hermana de su infame verdugo. Nosotros la habremos quizá llamado y más de una vez la llamaremos con el mismo tierno dictado; pero será, con el autor italiano, por otra razon diversa que pronto explicaremos, y para poner más de relieve el negro crimen de la malvada Isabel.

No pertenece á nuestra historia y no es, por consiguiente, del caso el referir cuánto tuvo de desgraciada y azarosa la corta vida de la hermosa María, que lo fué tanto, al decir de antiguos escritores, que su hermosura no tuvo en Europa rival por aquella época. Nos limitaremos, pues, á decir que viuda del hijo de Enrique II de Francia, Francisco II, se casó con el conde de Darley, católico como ella é individuo de la familia Stuard, el cual poco despues fué asesinado, dejando un hijo que despues de la muerte de María fué rey de Escocia (Jacobo VI).

Supónese que en el asesinato del marido de María, que tambien tenia muy buenos derechos al trono de Inglaterra, tuvo muy directa participacion la pérfida Isabel, la cual propuso á la reina de Escocia para esposo al conde de Leicester, cuando trataba

esta última de casarse con Darley. Créese que la intencion de Isabel no fué otra que la de facilitar su casamiento con Leicester; porque unido este en matrimonio á María, Isabel tendria buen cuidado, por más de una razon, de *hacerle enviudar*; y viudo el conde de una reina, nada de extraño seria el que otra de igual esfera le eligiese para esposo. La de Escocia prefirió á Darley; este fué asesinado por los nobles conjurados, y uno de ellos, por medio de una série de feas intrigas, no pudiendo lograr que la reina viuda le aceptase por esposo, se conjuró de nuevo, y apoderándose de la persona de María, la encerró en un castillo.

Poseia dicha señora media sortija con un rico diamante, tambien por mitad partido, que años antes la habia entregado la infame Isabel, diciéndola: *que si alguna vez necesitaba de auxilio, la enviase aquella media sortija, de la cual ella guardaba otra mitad; y que al punto acudiria á socorrerla con el interés y cariño que podia y debia encontrar en una HERMANA*: por esto el autor á quien en un principio hemos aludido, la llama sarcásticamente hermana.

La incauta María, juzgando por su corazon el de su infernal hermana, logró fugarse del castillo y marchó disfrazada á Inglaterra. Cerca de Windsor mandó á Isabel la media sortija, y esperó; pero no tuvo que esperar mucho: la contestacion de su cariñosa hermana al ver la contraseña, *fué poner presa á María*.

Mandóla primeramente formar causa por el asesinato de Darley, porque este era súbdito inglés, como hijo de Lóndres; y aunque María Stuard no podia ser juzgada por tribunal alguno, porque era tan reina como su perseguidora, y ménos aún por una reina y un tribunal extranjeros para ella, la causa se formó, y *María Stuard, por los mismos jueces nombrados por su mortal enemiga, fué declarada inocente*.

Buscáronse nuevas calumnias, y la causa se alargó de suerte, que parecia interminable; porque á cada absolucion dada á la perseguida por el tribunal, sucedian nuevos cargos, hasta que *oportunamente* estalló una conspiracion de *ingleses* contra Isabel y en favor de María. Consideróse á esta, aunque encarcelada, como autora de la conspiracion; se la recluyó más; se nombraron nuevos jueces, y por último, el Parlamento inglés declaró *á la reina de Escocia rea de lesa magestad*.

De poco sirvió el que la inglesa no tuviese autoridad ninguna sobre la reina de Escocia, y no sirvió de más la inocencia de María: era preciso quitarla la vida, porque era legitima heredera del trono de Inglaterra, é Isabel era peor que bastarda; y

era preciso tambien que muriese, porque María y catolicismo eran una cosa misma; y acostumbrados los ingleses á vivir con la libertad hija de la secta herética, y especialmente el clero protestante que no podia avenirse á vivir de una nueva y más arreglada manera, nada les horrorizaba más que el temor de que les obligasen á ser católicos.

Isabel mandó el proceso de María, por pura fórmula, á Francia, y Francia se portó indignamente en aquella ocasion, no oponiendo todo su poder para impedir el asesinato de la desventurada reina, siquiera solo hubiese sido porque habia estado casada con un rey de aquella nacion, hijo del mismo padre del que en el trono á la sazón se sentaba. No se portó mejor Felipe II, ni el emperador, ni soberano alguno: todos dejaron consumir el bárbaro sacrificio de María, sin considerar, ya que no les moviese la fuerza de la justicia, el temor de que aquel conculcar los fueros de la categoría real, era sentar un muy fatal precedente para los soberanos. El día que cayese uno de ellos en poder de otro á quien conviniese la muerte del prisionero y tuviese más poder que este, ningun rey tenia derecho á intervenir ni querer evitarlo, habiendo visto impasiblemente el feroz asesinato de la hermosa y desventurada María. Esta oyó con tranquilidad digna de una soberana la lectura de la sentencia; firmó con pulso firme, y dijo: *Más impresion habrá causado á la hija de ANA BOLENA el firmar esta sentencia, que me hace á mi el escucharla y me hará, con la gracia de Dios, el sufrir su ejecucion.* Y en efecto, murió con un valor digno de una heroína, y proclamando á voces hasta el último instante su catolicismo; mas no quedó tranquila la infame Isabel, que desde aquel día no tuvo un solo sueño tranquilo, agitada por horrendas visiones que los remordimientos llevaban á su imaginacion durante las horas que destinaba en vano al descanso.

Este fué uno de los motivos que tuvo Felipe II para tomar venganza de la malvada Albion y de su digna reina; y hubiérale sido á la verdad mucho mejor el haber evitado la catástrofe, que el querer despues vengarla. Otro, que de antiguo reservaba, era el injusto despojo, que en otro lugar hemos calificado de robo, hecho en las naves que llevaban caudales á Flandes, en tiempo del duque de Alba; y entre otros muchos, las infames piraterías del célebre Drake, verdadero pirata, protegido por Isabel, no eran los que ménos movieron el ánimo de Felipe II á meditar en la venganza y en dar una dura lección á la inglesa, así como la no ménos reciente proteccion prestada por aquella á los rebeldes flamencos, al prior de Crato, y á cuantos creyó á propósito para dañar al rey de España.

Tratóse, sin embargo, de firmar un tratado de paz, cuyas negociaciones comenzaron por dos particulares, á quienes llama Strada Andrés de Lou y Agustin Grafigna, flamenco aquel, genovés este, y ambos negociantes.

El tratado habia de tener por primer objeto la pacificacion de Flandes; y fueron tan adelante las gestiones, que el mismo Federico II de Dinamarca tomó la iniciativa, escribió al rey Felipe sobre el asunto y este le contestó.

Acordóse el sitio en que habian de celebrarse las conferencias, y fué elegido el campo situado entre Ostende y Nieuport, y á él acudieron los representantes de Isabel de Inglaterra, que lo fueron el conde de Derby, lord Cobham, sir James Crost, y dos doctores en derecho civil, llamados Rogers y Dule: los de Felipe II fueron el conde de Aremberg, Richardot, Perrenotte, Garnier y Mas. Duraron las negociaciones mucho tiempo, y nada se resolvió, porque no fué posible avenirse á ciertas condiciones que Isabel presentó.

Pero ni esta reina ni Felipe negociaban de buena fé y con sinceridad, aunque faltó primero aquella; porque mientras los representantes de ambos discutian los artículos del tratado pacífico, el Drake salió de Plymouth, llegó á Cádiz, y de sorpresa y á guisa de bandido, incendió una magnífica flota, y corrió á toda vela para cometer todo género de desmanes en las costas portuguesas. Regresó el Drake á Inglaterra, y fué obsequiado y recibido tan honoríficamente como no merecia aquel verdadero pirata.

Tambien Felipe II, viendo la conducta observada por los ingleses, hizo continuar la guerra en Flandes, y en tanto preparaba la empresa que hacia largos años á toda hora meditaba. Cada dia se veia reclutar más gente de guerra y hacer mayores preparativos; Inglaterra, que ignoraba á dónde iria á estallar la terrible tempestad que se formaba, estaba alarmada, y el rey de España en tanto consultaba á sus generales, decidido á emprender la guerra contra los ingleses, sobre el punto por donde aquella debia comenzar.

El fiel ministro del rey, Juan de Idiazquez, opinó que por ninguna parte; porque veia más dificultades y riesgos en la proyectada guerra, que seguridades y ventajas. El duque de Parma creyó conveniente y aun necesario el asegurar primero un puerto holandés ó zelandés, para evitar el que estos diesen auxilio á sus correligionarios de Inglaterra y tener, al propio tiempo, un punto de retirada y refugio en caso de un fuerte temporal. Este prudente parecer de Alejandro Farnesio fué corroborado por el del entendidísimo y valeroso marino D. Alvaro de Bazan; mas

Felipe II, que habia tenido toda la tranquilidad y calma necesarias para meditar y madurar aquella grande empresa, perdió una y otra, y no queriendo admitir dilaciones, mandó que directamente se fuese contra Inglaterra.

En virtud de la predicha resolucion, á la que daba tanto calor el Pontífice Sixto V que ofreció contribuir con un *millon de escudos de oro* para los gastos de aquella guerra, nombró el rey general supremo á Alejandro Farnesio, duque de Parma, y encomendó la armada al célebre Bazan, marqués de Santa Cruz.

Subdividiéronse las fuerzas de tierra en la forma siguiente, segun Famiano de Strada (lib. IX, *Dec. II*):

«Veintiun tercios: tres italianos, regidos por los maestros de  
 »campo Camilo Capissucci, Gaston de Spinola y Carlos Spinelli:  
 »cuatro españoles, mandados por Sancho Martinez de Leiva,  
 »Juan del Aguila, Juan Manrique de Lara y Luis de Queralt; el  
 »tercio de este último era de catalanes, á quienes los demás es-  
 »pañoles, por chanza ó donaire militar, llamaban los *walones de*  
 »*España*, aludiendo al dialecto suyo que les hace hablar tan mal  
 »el castellano: cinco de Alemania, cuyos coroneles eran Juan  
 »Manrique, Ferrante Gonzaga, el conde de Arembérg, el de  
 »Berlaymont, y Carlos de Austria, marqués de Borgan: siete wa-  
 »lones, comandados por el marqués de Renty, el conde de Bos-  
 »su, Octavio de Mansfeldt, el marqués de la Motta, el de Bar-  
 »banzon, el de Belanzon y el de Werpe: uno de borgoñones, á  
 »cargo del marqués de Varambon, y otro de irlandeses al de  
 »William Stanley. Guiaban la caballería, el marqués de Favara,  
 »siciliano; Octavio de Aragon, hijo del duque de Terranova, y  
 »Luis de Borja, hermano del duque de Gandía, todos á las ór-  
 »denes del marqués del Vasto. — Esta relacion la tomó Strada de  
 »la misma que envió el principe Alejandro desde la armada al  
 »rey Felipe.»

Respecto de la armada, se reunieron más de ciento treinta buques entre navíos, galeras y galeazas, con más de mil setecientos cañones, y un número infinito de embarcaciones de transporte y de carga. Y era tal la fé y animacion con que aquella empresa se presentaba, que se inscribieron como voluntarios aventureros, entre otros españoles, el duque de *Pastrana* y el marqués de la *Hinojosa*; *Giovanni di Medici*, hermano del gran duque soberano de Toscana, entre los italianos; entre los alemanes un hijo de Fernando, archiduque de Austria, y Felipe de Lorena, hermano del duque de Aumale, entre los franceses. Pasaban de doscientos los aventureros que se alistaron, casi todos de la primera nobleza de España y de fuera de esta, entre los cuales figuraba un hermano del duque de Saboya, llamado Amadeo Carlos.

La inglesa que vió tales preparativos, aun sin seguridad de que hubiesen un dia de ser contra ella y su nacion dirigidos, formó dos ejércitos, uno para su propia defensa, á cargo de lord Hunsdon, fuerte aquel de treinta y seis mil hombres, y entregó otro de treinta mil á su amado favorito el conde de Leicester, el *gran general* de los Países-Bajos; preparó una armada, la mayor que pudo, menor con mucho que la española, y dió su mando á lord Howard, *nombrando vicealmirante al pirata ya conocido del lector, al DRAKE*; mas no fué este el único de su infame oficio que fué agraciado con mando en aquella ocasion: otros piratas, como Hawkins y Forbisher, fueron nombrados comandantes de muy buenos navíos.

Al mismo tiempo que todo se disponia, se fortificaban los puertos de Inglaterra y se dirigian mensajes á varios soberanos, sin excluir al gran turco, pidiendo auxilio. Tal era el angustioso estado de la que fué verdugo de la inocente María, y de aquella nacion que no fué destruida porque los elementos no quisieron, y por otras causas que no son ahora del caso.

La armada española, considerada por propios y extraños como invencible, recibió la denominacion de INVENCIBLE, y estuvo á punto de tomar rumbo á mediados de Junio. Dios, empero, habia decretado que aquella fortísima armada, realmente invencible por medios humanos, fuese destruida por otros contra los cuales de nada sirven los destrozos de la destructora artillería, ni el valor de corazones animosos, ni el discurrir y resolver de las privilegiadas imaginaciones y enérgicas voluntades.

El primer contratiempo que experimentó la armada, fué la imprevista y rápida muerte del incomparable marqués de Santa Cruz, que excitó general sentimiento y muy honda pesadumbre en el rey, que comprendió cuánto habia perdido con el fallecimiento de aquel grande varon. Alguno ha dicho que fué su cuchillo una aguda y violenta fiebre ocasionada por algunas severas palabras que le dirigió el rey. Autores respetables, lejos de asegurar esto, certifican del sentimiento de Felipe II por la muerte del marqués, y no se hacen cargo de la especie que á Felipe perjudica, sino como de un rumor que quizá partió ó procedió de los enemigos del rey de España.

Para reemplazar á Bazan fué elegido D. Alonso Perez de Guzmán, duque de Medina-Sidonia, tan diverso de su predecesor como está distante de la tierra el cielo: era completamente extraño á la ciencia de los marinos, y los que lo sabian se consolaban con que llevaba el duque dos tenientes, que lo habian sido asimismo del marqués de Santa Cruz, inteligentísimos, llamados Miguel de Oquendo y Juan Martinez de Recalde; empero esto

no era bastante, porque al fin no eran estos los que mandaban, y tenían que ir sometidos á las disposiciones de un ignorante.

Tomóse por mal pronóstico la muerte del gran marino, y poco tiempo despues ocurrió otro no mejor augurio, para los que eran de suyo agoreros.

Tomó rumbo la *Invencible* á Inglaterra á fines de Junio, y cerca del cabo de Finisterre fué dispersada por un fuertísimo temporal, á consecuencia del cual muchas naves, casi destrozadas, tuvieron que refugiarse en el puerto de la Coruña; y allí se perdió cerca de un mes para repararlas.

El dia 22 de Julio tomó de nuevo rumbo la armada, compuesta de diez escuadras, en las cuales se distribuian los *galeones*, *galeras*, *naos*, *carabelas*, *urcas*, *pataches* y *pinazas* que la componian en la forma siguiente:

- » 1.ª, de Portugal, en que iba el de Medina-Sidonia, con 10 » galeras y 2 zabras.
- » 2.ª, de Castilla: general Diego Flores de Valdés; 14 galeones » y navíos y 2 pataches.
- » 3.ª, de Andalucía: general Pedro Valdés; 10 galeones y » navíos.
- » 4.ª, de Vizcaya: vice-almirante Recalde; 10 galeones y 4 pa- » taches.
- » 5.ª, de Guipúzcoa: general Miguel de Oquendo; 10 galeones, » 2 pataches y 2 pinazas.
- » 6.ª, de Italia: general Martin de Bertendona; 10 naos rago- » cesas.
- » 7.ª, general Juan Gomez de Medina; 23 urcas de armada y » bastimentos.
- » 8.ª, general D. Antonio Hurtado de Mendoza; 22 pataches, » carabelas y zabras.
- » 9.ª, general D. Hugo de Moncada; 4 galeazas de Nápoles.
- » 10.ª El capitan D. Diego de Medrano, con 4 galeras.
- » Iban en la armada los tercios siguientes:
- » El de Sicilia: su maestre de campo D. Diego Pimentel, con » un sargento mayor y 25 capitanes.
- » El de la carrera de las Indias: maestre de campo Nicolás Is- » la, un sargento mayor y 23 capitanes.
- » El de Entre-Duero y Miño: maestre de campo D. Francisco » de Toledo, un sargento mayor y 25 capitanes.
- » El de Andalucía: maestre de campo D. Agustin Mejía, un » sargento mayor y 24 capitanes.
- » El de Nápoles: maestre de campo D. Alonso Luna, un sar- » gento mayor y 25 capitanes.



»Treinta y nueve compañías sueltas, levantadas en Castilla la Vieja.

»Un tercio de infantería portuguesa, mandado por Gaspar de Sousa, con un sargento mayor y 25 capitanes.

»Otro tercio de portugueses, que llevaba Antonio Pereira, con un sargento mayor y 4 capitanes.

»Muchos caballeros aventureros, mayordomos, domésticos, etc.

» Soldados. . . . .	19,295
» Gente de mar. . . . .	8,252
» Remeros. . . . .	2,088

Faltaba el ejército que había de conducir el duque de Parma.

El día 30 de Julio, preparada la armada inglesa en Plymouth, se avistó la española á la altura del cabo Lézard, que bogaba en forma de media luna, abrazando una extensión de SIETE MILLAS. Dícese, y es de creer, que la primera impresion experimentalda por los ingleses al ver el magnífico espectáculo que ofrecia á los atentos ojos la ciudad flotante que se acercaba, fué de admiracion, y aun casi de placer por el recreo que á la vista ofrecia. Pasado aquel primer entusiasmo de marinos, se prepararon los ingleses, y el duque de Medina-Sidonia reunió el consejo de guerra á bordo de la capitana.

Recalde, Oquendo y los más experimentados marinos opinaron que se debía atacar á la armada enemiga anclada como estaba y sin darla tiempo á tomar providencia alguna, aprovechando la favorable circunstancia de tener aquella contrario el viento.

Medina-Sidonia opuso al dictámen de los inteligentes las órdenes terminantes que del rey tenia, el cual había encargado que no se acometiese al enemigo hasta que llegase el duque de Parma con el resto del ejército. Como si desde el estrecho recinto de un gabinete se pudiese preceptuar, sin sujetar los preceptos á la necesaria rectificacion, sobre lo que ha de hacerse contra un enemigo que en el campo ó en plena mar se prepara y dispone de un modo quizá contrario al que piensan y prevén los que desde un gabinete deciden y decretan.

Como era el de Medina quien mandaba, hubo necesidad de obedecerle, no sin que Recalde y Oquendo dejasen de hacerle presente que á veces no es posible ejecutar en campaña, terrestre ó marítima, las órdenes que se reciben, y que el rey quedaria contento y satisfecho al saber que tan á poca costa se había obtenido un grande triunfo y logrado el objeto propuesto.

Mantúvose inflexible el duque, temeroso de la severidad del



rey, y la armada española pasó de largo, viendo lo cual el almirante inglés, lord Howard, decidió tomar rumbo en seguimiento de aquella y comenzar las hostilidades, no como quien provoca á una formal batalla, sino como quien pica la retaguardia á un enemigo que se retira.

La armada inglesa, ménos numerosa que la española, era, sin embargo, más fuerte. Sus navíos, ménos grandes y pesados, se movían y manejaban con mayor facilidad, y presentaban ménos blanco á la artillería.

Dos leguas pasadas de Plymouth volvió proas nuestra armada y comenzó no un combate formal, pero una lucha en que la armada inglesa llevaba la ventaja de conocer perfectamente aquella parte de mar y sus corrientes, así como la nuestra tenía la contra de no conocerlo tan bien, y de llevar á su frente á un hombre que podría ser muy apto para otras empresas, pero que era para la que le había el rey encomendado una verdadera nulidad. La categoría social le había dado el mando; pero ¿cuánto mas ventajoso hubiera sido para la nacion y para el rey el prescindir de esas verdaderas vanidades, y haber nombrado almirante á Recalde ó á Oquendo?

Habia comenzado mal la marítima expedición, y rara vez lo que mal empieza acaba bien. Despues de haber salvado de inminente peligro á la nave de Recalde la galeaza de Alfonso de Leiva y la capitana del de Medina, llegada la noche incendió un mal intencionado el navío en que iba Miguel de Oquendo. Acudió á socorrer á este el maestre D. Pedro de Valdés, y habiendo sufrido su nave algunas averías, quedó Valdés prisionero del Drake, el cual le mandó á Inglaterra, á la reina Isabel.

No hubo triunfo decisivo por ninguna de ambas partes; y aunque apenas pudo maniobrar la armada española por efecto de lo pesado de sus naves, demasiado grandes para bogar por aquella parte de mar tan llena de bajíos y de bancos, no dejó de experimentar pérdidas la armada inglesa, la cual no pudo impedir que la nuestra diese vista á Calais, y á su intermediacion hiciese alto y anclase.

Desde allí mandó el duque de Medina-Sidonia un aviso al de Parma, refiriéndole lo ocurrido é instándole para que cuanto antes se le reuniese. Cuando aun se esperaba la respuesta de Alejandro de Parma, el cual procuraba vencer las infinitas dificultades que á su partida se oponían, vieron los maestros á deshora acercarse ocho navíos, que en la apariencia al ménos eran semejantes á los brulotes que los de Amberes mandaron contra el famoso puente de Alejandro.

Faltó serenidad á los soldados que tanta habían en otras oca-

siones demostrado, y sin recordar otra cosa que el desastre sufrido sobre el Escalda en el sitio de Amberes, comenzaron á exclamar: *¡Los fuegos de Amberes! ¡La peste de Amberes!*

No pudiendo contener los jefes á los que se habian dejado seducir por una vana apariencia, el de Medina mandó cortar cables y levar anclas, para salir al centro del mar y poder defenderse del enemigo.

Ignoraban los nuestros que, en efecto, era apariencia y nada más lo que veian y les aterraba. El pirata convertido en vicealmirante, el Drake, queremos decir, dispuso presentar inesperadamente ante los maestros aquellos navíos, que no encerraban en su seno otra cosa que algunos mistos inflamables, para ver si lograba aterrar á los que tan presentes tenian el desastre de Amberes.

Ya en el centro del mar nuestra armada, repentinamente se levantó un terrible Sudoeste acompañado de fuertísima lluvia; comenzaron las olas á crecer y azotar las naves; los relámpagos que sin cesar enrojecian el espacio deslumbraban un momento, para dejar en seguida en más espantosa oscuridad á los pilotos, que no podian ni gobernar ni dirigir las respectivas naves; y como el huracan que cada minuto más crecia hacia chocar rudamente á unos buques con otros, hechas en ellos diversas roturas, por estas se introducía gran cantidad de agua cuyo peso no podian soportar las naves. Un cuarto de hora pasado, estaba la famosa armada en completa dispersion, despues de haberse hundido algunos buques con el peso del agua, y otros estrellado contra las costas de Flandes.

A todo esto la armada inglesa que estaba ancorada y no habia salido al mar, como no hubiera salido la nuestra sin el artificio del malvado pirata, cuando al romper del día vió el destrozo de la española y la dispersion de las naves que habian podido resistir al deshecho temporal, con una *nobleza é hidalguía* muy propia de piratas, acometió entera y descansada á la nuestra, menguada y deshecha.

Lograron los españoles reunir cuarenta naves apresuradamente, y en aquella solemne ocasion mostró el de Medina que si era ignorante en marina, era un hombre de un valor muy propio de la noble sangre que por sus venas circulaba. Unido á Recalde, Pimentel, Toledo y Moncada, hizo con estos verdaderos prodigios de valor durante todo un día, hasta que repitiéndose el horrible temporal de la vispera, muerto D. Hugo de Moncada, deshecho por la tormenta el galeon de D. Pedro de Toledo, llegada la noche, y con ella recrudecida la destructora tempestad, dió orden el duque para volver proas y bogar hácia España.

Cuentan autores españoles que un escritor inglés dice, tratando de este funesto suceso: «Primera vez que los españoles hu-  
yeron delante de sus enemigos.» Celosos nosotros de la gloria nacional, y defensores de nuestros valientes de todas edades, *no nos limitaremos* á transcribir las palabras del inglés sin decir que *no huyeron ante los suyos los españoles*, porque como él mismo confiesa jamás huyeron ante nadie, y no habiéndolo hecho ante enemigos más temibles, mal lo hubieran verificado entonces. Huyeron de la ira y saña de los elementos, los cuales, gobernados y regidos por quien es superior á las determinaciones de los reyes y á la voluntad de los mortales, se conjuraron tan espantosamente, que fué más que temeridad el resistir cuanto los españoles resistieron. Hubiérale valido más el callar al escritor inglés, pues á no haber hablado no tendríamos que repetir *que los suyos sacaron al mar á los nuestros con un engaño digno de un pirata, para que nuestra armada fuese destrozada y deshecha; y cuando en este estado la vieron, VALEROSAMENTE acometieron á los destrozados restos de la nuestra, con la suya ENTERA, COMPLETA Y DESCANSADA*. Si quien de tal manera procede puede sin sonrojarse cantar la victoria, no sabemos quién en materias de guerra deberá avergonzarse; y en cuanto á lo que en aquella época supieron hacer los españoles con los ingleses, examine el escritor que canta el *triumfo* de los suyos en el mar, la *brillante* campaña del conde Leicester en Flandes.

Las pérdidas fueron inmensas, aunque no hay cálculo posible cuando en los escritores coetáneos se observa una divergencia que imposibilita hasta de encontrar un término medio. El dolor ocasionado por la pérdida de ilustres guerreros y valerosos soldados, casi todos tragados por el mar, fué general y grandísimo. Solamente Felipe II recibió la noticia con su impasibilidad acostumbrada: *No envié, por cierto, mis naves á combatir con los elementos, sino con los hombres. Y aun doy á Dios las gracias porque nos ha dejado fuerza y potencia para soportar el daño y remediar las pérdidas; poco importa, en verdad, que se detenga el curso de la fuente, si corre y está vivo el abundante manantial que la surte*. Así dijo Felipe II al noticiarle la destrucción de su INVENCIBLE: otros autores la refieren de otra manera y con otras palabras; pero si en la forma hay discordancia, en el fondo hay completa identidad, como siempre sucede cuando se refiere lo que es positivo.

Recibió Alejandro Farnesio la noticia cuando estaba ya para embarcarse, despues de haber vencido inmensas dificultades para construir buques de transporte capaces de trasladar veintiseis mil hombres que habia de llevar consigo. La infausta nueva

le detuvo y le permitió atender de nuevo á los apremiantes asuntos de Flandes.

Por nuestra parte, siempre imparciales, francos y explícitos, no vacilamos para cargar toda la responsabilidad del espantoso desastre sobre Felipe II, que en aquella ocasion nada tuvo en verdad de *Prudente*. El estuvo muy distante de asemejarse á su padre, porque nada tuvo de guerrero, abstraído siempre y entregado como estuvo á las combinaciones políticas y al diario pensamiento de conservar y aumentar sus dominios. No siendo, como no fué, guerrero, debió ceder ante el dictámen de los dos primeros militares de la época, Alejandro Farnesio á quien ninguno aventajó como general, así como ninguno llegó al marqués de Santa Cruz como marino. Uno y otro opinaron que no debía emprenderse operacion ninguna mientras no se ganase un puerto de la Flandes septentrional, á fin de que pudiese guarecerse la armada caso de tormenta, que parece estuvieron animados de espíritu profético: por no haberlo hecho así, fué deshecha la armada por el temporal y acometidos sus restos por la inglesa, y por la misma razon todas las operaciones de Alejandro se hicieron de necesidad más tardas y difíciles.

El segundo desacierto del rey consistió en reemplazar á un don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, con un duque de Medina-Sidonia, valeroso caballero en verdad, pero absolutamente ignorante en asuntos de marina.

El tercer desacierto, en nada inferior á los anteriores, fué el hacer salir al mar la armada, sin esperar á que el duque de Parma, terminadas sus operaciones preparatorias, estuviese en disposicion de unirse al de Medina; y cuando de alguno de los ultrajes recibidos que el rey trataba de vengar habian pasado bastantes años, poco importaba el haber dilatado algunos meses más la venganza.

A estos desaciertos se unió la pérdida, irreparable en verdad, del marqués de Santa Cruz, y la debilidad de Jacobo VI, rey de Escocia, hijo de la infortunada María. Puesto con él de acuerdo Felipe II, la artera Isabel supo persuadir al hijo de su víctima de que si el rey de España lograba vencerla, despues trataria de apoderarse tambien de Escocia, y quedaria destronado. Aquel rey, no sabemos si llamarle imbécil ó mal hijo, escuchó al asesino de su madre, y quizá tambien aunque indirectamente, de su padre el conde de Darley, y se volvió atrás de lo que tenia tratado con Felipe II. A no haber sido así, la ruina de Isabel y de los suyos hubiera sido infalible. El mismo favorito de la reina inglesa dijo que era ménos temible la invasion de millares de españoles que *la de dos mil escoceses*. Auxiliado por estos el

rey Felipe, y dueño, mediante el convenio con Jacobo VI, de los puertos de Escocia, el triunfo de España era segurísimo. En suma, sucedió en aquella ocasion lo que siempre acontece cuando se proyecta una empresa que ha de fracasar, en cuyo caso los sábios yerran, los perspicaces no prevén y todos son errores é imprevisiones.

Dijose que el duque de Parma habia retardado de intento su partida, porque era contrario á la expedicion, con otras especies calumniosas que ofendieron al leal y benemérito Alejandro. El las desmintió noblemente, y el rey su tio le hizo completa justicia: precisamente el de Parma miraba el resultado de aquella expedicion como el complemento de su gloria, y se contó seguramente vencedor y posesionado de la misma Londres; porque la reina, ciega con su favorito, le encomendó la defensa de su persona y de la isla; y ¿quién era el de Leicester para oponerse al duque de Parma? El lector ya lo ha visto en Flandes. Fué un verdadero dolor el que una série de errores y de fatales accidentes hiciese fracasar aquella empresa, sin lo cual la soberbia Albion hubiera pagado entonces todos sus desmanes, y á fé que no tenia pocos ni pequeños que pagar.

Viendo con dolor Alejandro que habia como el humo desaparecido la gloria que ya creia alcanzada, volvió su atencion á los cuidados de la guerra de Flandes. Dividió en tres cuerpos su ejército, destinando uno á la recuperacion de Bona, ciudad del elector de Colonia; el otro á que pasase al ducado de Güeldres para recuperar á Warthendonck, á las órdenes de Carlos de Mandfeldt, hijo del veterano conde Pedro Ernesto, y él se reservó el tercero, compuesto casi en su totalidad de españoles, de los cuales jamás se separaba porque tenia en ellos justa y completa confianza.

Alejandro con su cuerpo de ejército se dirigió contra Bergh-op-Zoom, ciudad del ducado de Brabante, en cuyo sitio experimentó un descalabro de los que sufren los caballeros cuando por desgracia tienen que tratar con los que no lo son.

Un inglés prometió al de Parma entregarle el castillo de Bergh-op-Zoom, y este último aceptó las condiciones de la entrega, creyendo, aunque era capitán tan experimentado, que el mencionado inglés procedia lealmente con él. Mas el que se proponia hacer traicion á los suyos, no podia dejar de ser traider con los demás. El villano inglés tendió hábilmente un lazo al duque de Parma; y gracias á las precauciones que este tomó, aunque no sospechaba del que voluntariamente y por precio habia ofrecido la entrega, que impidieron el que tuviese el suceso peores consecuencias. Sin embargo, costó algunas pérdidas, y la pri-

sion del conde de Oñate y del marqués de la Hinojosa, que quedaron en poder del enemigo (Octubre).

En tanto Cárlos de Mandfeldt tomó bizarramente á Warthendonck, al mismo tiempo que el primer cuerpo de ejército rindió á Bona; y poco despues el de Parma se dirigió contra Geertruidemberg (Monte de Santa Gertrudis). En el sitio de Warthendonck se hizo uso por primera vez de las *bombas*, que por haber sido inventadas en Venlloo, se llamaron entonces maquinas venlonenses.

#### AÑO 1589.

#### FLANDES.

En muy breve tiempo sitió y tomó Alejandro á Geertruidemberg, con gran gozo suyo y no menor alegría de su tío Felipe II, porque dicha ciudad era la primera de los dominios holandeses que se recuperaba, despues de haber estado rebelada por espacio de doce años. Y tuvo mucho más de notable aquel fausto suceso así por lo desalmado de sus defensores, en su mayor parte ingleses y el resto holandeses, que hacian la guerra á muerte ó á vida, sin cuartel, y se alababan de no obedecer á España, ni á Inglaterra, ni á los mismos estados generales, como porque acudió en socorro de la plaza el hijo del difunto Orange, Mauricio de Nassau en persona, y tuvo que resignarse á ver cómo el duque de Parma tomaba posesion de Geertruidemberg, sin poder impedirlo.

Al acercarse la primavera tuvo Alejandro que encargar el cuidado de la guerra al jóven Cárlos de Mandfeldt, dándole minuciosas instrucciones y el plan detallado de cuanto debia ejecutar durante su ausencia. Aquejaba á aquel fuerte varon la hidropeisia, y tuvo necesidad de pasar á tomar las aguas de Spá.

Este accidente fué causa de que aquel año fuese poco fecundo en gloriosos sucesos, porque si bien el general encargado cumplió hasta donde pudo las órdenes del duque de Parma, ni podia reemplazar á este, ni los soldados tenian en él la confianza que en su invicto y verdadero caudillo.

Concurrió tambien á entorpecer la marcha de Cárlos de Mandfeldt la rebelion del más brillante tercio español, tercio temible, más que por su fuerza numérica, que era mucha, porque los soldados que le componian eran muy veteranos y aguerridos.

La rebelion tuvo su origen en la falta de pagas, y en una inoportuna contestacion dada por los contadores reales que llegaron á Flandes con dinero, á algunos curiosos. Si el de Parma hubiérase hallado presente, seguramente no se hubiera rebelado el *tercio viejo*, que así era denominado por su respetable antigüedad; pero en su ausencia se realizó la rebelion, que fué la más fuerte, sostenida y terrible de cuantas en aquellos paises ocurrieran.

Ya Carlos de Mandfeldt mandó sitiar en sus cuarteles á los sediciosos; pero no se determinó á mandar romper el fuego, porque consideró á tiempo la mucha sangre que se derramaria, si se hostigaba y hostilizaba á aquellos verdaderos leones.

Dispuestas y puestas en orden las tropas, Mandfeldt dió parte al duque de Parma de lo que ocurría. Era el duque sumamente severo y duro en puntos de disciplina, y de haber sucedido estando él en el campo la rebelion, no hubiera demorado ni un momento el castigo. Mostrábase tan arrojado en semejantes lances Alejandro, que habiéndose amotinado cierto dia cuatro mil alemanes y comenzado á batirse unos con otros, desobedecieron y desoyeron á sus jefes, y arrancando á un alférez de la mano la bandera coronela, la arrojaron al suelo y la pisotearon. En tal estado el tercio aleman, Alejandro, solo, penetró á caballo por entre las balas, espadas y picas, repartiendo cuchilladas á derecha é izquierda; y cogiendo despues por las golas, uno por uno, á los que le parecieron más culpados, los sacó de entre la multitud arrastrando y mandó que fuesen ahorcados. Este golpe de inusitado arrojó dejó helados y extáticos á aquellos hombres poco antes frenéticos, y al rudo y estrepitoso fragor de las armas sucedió el pavoroso silencio de la muerte. Mas templado poco despues el de Parma, allí mismo formó el consejo, y allí mismo tambien fueron juzgados, sentenciados y castigados los verdaderos delinquentes.

Del mismo modo hubiera probablemente procedido á hallarse presente al sublevarse el tercio viejo; mas no por hallarse ausente dejó de mandar con su acostumbrado rigor cuanto convenia tratándose de asuntos de insubordinacion é indisciplina. En el acto dispuso que los sediciosos fuesen juzgados breve y sumariamente, y castigados con todo el rigor de las severas leyes militares.

Los que resultaron más culpables y complicados en el movimiento sedicioso, fueron ahorcados, y despues se expidió la orden para disolver el tercio: aquel tercio tan escogido, tan bizarro, tan antiguo, que no habia otro en el ejército que lo fuese más. Pero debemos dar algunos detalles de aquel memorable suceso.

Pertenecian á él como soldados voluntarios el príncipe de Asculi y el duque de Pastrana, é interpusieron su poderosa mediación y sus atendibles ruegos cerca del duque de Parma, para evitar la disolución del tercio; pero lo hicieron en vano. Ni sirvió más el interés con que habló en favor de aquel veterano y valeroso tercio el maestre veedor general, D. Juan Bautista de Tarssis, ni las eficaces diligencias practicadas por el maestre que mandaba el tercio, D. Sancho de Leiva, que habia sido extraño al movimiento sedicioso, que era hombre de mucha influencia y de grandes relaciones, y, sobre todo, que estaba lleno de méritos: el de Parma se mantuvo inexorable, y la disolución del tercio se llevó á cabo con toda su triste y dolorosa solemnidad.

Espectáculo conmovedor fué aquel, de muchos años no ejecutado, y que por consiguiente deseaban verle, y lo sentían, los que no pertenecian al castigado tercio. Los veteranos que le formaban, que ninguno bajaba de veinte años de campañas, estaban profundamente afligidos; los capitanes no encontraban consuelo unos, otros, según su carácter, estaban airados y dispuestos á cuanto pudiese ocurrir; el maestre, inculpable como los capitanes y alféreces, luchaba entre cumplir su penoso deber y evitar este mismo cumplimiento, del que resultaba para él un innecesario bochorno; los jefes, oficiales y tropa de los demás tercios deseaban ver la triste y fúnebre ceremonia, porque afortunadamente la desconocian, al mismo tiempo que por su patria y por su profesion, heridas ambas en lo más vivo del honor, hubieran querido evitarla á costa de una parte de su sangre; pero el tercio no habia de ser disuelto en el campamento real.

El delito, militarmente hablando, habia sido muy grande, siendo doloroso que la comisión de aquel recayese en soldados tan veteranos, tan valerosos y tan beneméritos. La sedición no habia quedado en conato; fijaron *pasquines* los sediciosos; esparcieron por los cuarteles de otros tercios cédulas cuyo contenido era parecido ó igual al de los pasquines, tendiendo á insurreccionar á otros; y cuando acudieron á sosegarlos D. Sancho de Leiva, maestre del tercio, y Escobar, sargento mayor del mismo (segundo jefe), no los obedecieron. Lejos de esto, diez y ocho compañías, de las veintitres del tercio que en campaña estaban, salieron tumultuosamente de sus tiendas á la media noche, se dirigieron en verdadero motin á la plaza de armas, dando voces de *¡al arma!* y con furioso estrépito de cajas, pífanos y cornetas, dando además infernales gritos, procuraron generalizar la sedición. Los que de nuestros lectores sean ó hayan sido militares, comprenderán todo el valor del delito cometido por los sediciosos.



Diego de Avila y el sargento mayor Ortiz colocaron inmediatamente su tercio en órden de batalla, suponiendo que eran los que se acercaban enemigos. Por otra parte acudió el tercio de D. Francisco de Bobadilla; Cárlos de Mandfeldt por otra, con los walones habia tomado otro de los caminos que á la plaza de armas guiaban, y tambien acudieron con el sargento mayor Escobar las cinco compañías del sedicioso tercio que no habian tomado parte en el movimiento.

En tal estado las cosas, y sabiendo ya todos que los alborotadores no eran enemigos, se acercó á aquellos su maestre de campo, D. Sancho de Leiva, y comenzó á exhortarlos para que volviesen á entrar en la senda de su deber y del honor; pero fué rechazado con amenazas. Llegó á arengarles tambien el general, que lo era accidentalmente en jefe, Cárlos de Mandfeldt, pero escoltado por el tercio español de D. Juan de Manrique, porque no querian á Mandfeldt los españoles, especialmente desde el desastre ocurrido en la isla Bommel. El resultado fué el mismo, y el jóven general tuvo que tomar á buen partido el retirarse desairado é insultado; y no parando en esto el escándalo y el desafuero, tuvieron la osadía los sediciosos de mandar una comision de ellos mismos para atraer á las cinco compañías del tercio que no habian querido hacer causa comun con ellos, y que estaban ya como enemigos suyos en aquella especie de sitio, con su maestre y sargento mayor; y mandaron tambien comisiones á los demás tercios españoles, con idéntico objeto.

No hubieran ido en balde las comisiones expresadas, á no haber sido por el celo y lealtad de los jefes y capitanes, y de muchos de los mismos soldados; porque algunos, y aun compañías enteras, se preparaban á unirse con los sediciosos. Los primeros, haciendo uso algunos de las armas blancas, lo impidieron, y sobre todo, el tercio de D. Juan de Manrique, que se mantuvo firme y caló las picas y encaró los arcabuces, contuvo á los que se preparaban para reunirse á los sediciosos; y estos, para colmar su delito, disparando, aunque al aire, los arcabuces, avanzaron contra el general y los que le escoltaban, con ánimo de prenderle *por lo ménos*, y segun decian, reemplazarle con otro general.

No era posible llevar más allá el militar delito, pues la intencion no pudo estar más patente. Contuviéronse, empero, en su camino porque vieron avanzar contra ellos al tercio de Manrique, *formadas las haces*, al de Bobadilla y á los demás que se dirigian á cogérles en el centro y dejarles circuidos. Entonces se detuvieron, y D. Sancho de Leiva, acompañado de Escobar, del príncipe de Asculi y del duque de Pastrana, *soldados del tercio*,

y de otros jefes, españoles todos, muy queridos de los sediciosos, se acercaron á estos con el fin de convencerlos, para que no agravasen ya más su enorme delito.

Así pasó lo poco que restaba de la noche, y al toque de diana todo era silencio en el campamento; cada tercio estaba en sus pabellones, y en los suyos los sediciosos tambien, como si todo lo sucedido hubiese sido un triste sueño, quizá pesarosos porque irian comprendiendo la grave falta que sobre ellos pesaba.

Leiva por la mañana puso presos á ocho soldados que habian sido los jefes del molin, los cuales, juzgados primero y probado el delito, fueron ahorcados tres y agarrotados cinco.

Dióse parte al duque de Parma, creyendo el maestre de campo, quien habia procedido de acuerdo con Mandsfeldt, que Alejandro se daria por satisfecho con el castigo de los ocho soldados; mas no fué así: el delito habia sido gravísimo, y no se ahogaba su gravedad con la muerte de aquellos ocho que más culpados parecian, puesto que todos, ménos las cinco compañías, habian hecho armas é insultado al general y á sus jefes naturales. Alejandro Farnesio, comprendiendo, como gran general, que los tercios tan valerosos, veteranos y escogidos, tenian tanto de ventajoso como de perjudicial, segun los que los componian procediesen, determinó disolver el tercio, con lo cual le castigaba dura y severamente, y quitaba la ocasion de motines, sin perjuicio de castigar con el último suplicio á los que, además de los ocho ya ejecutados, resultasen reos de mayor gravedad.

Considerando que la fuerte medida no debia ponerse por obra sin adoptar ciertas precauciones, dió orden desde el punto en que se hallaba para que D. Sancho de Leiva saliese del campo con su tercio y embarcándole, le condujese por el Mosa á Namur, desde donde deberia pasar á colocarse entre Gante y Bruselas, en donde se reuniria con el señor de la Motta, para ejecutar los movimientos que se le preceptuasen.

Al mismo tiempo que Leiva recibió esta orden, llegó igualmente al de la Motta la de pasar al mismo sitio con su tercio, acompañado de Gaetano, que llevaria consigo cuatro *cornetas* (compañías-escuadrones) de caballos, para sosegar cualquier movimiento que pudiese intentar el castigado tercio.

Comunicadas las predichas órdenes, comisionó al maestre veedor general D. Juan Bautista Tarssis para que entregase la orden escrita á D. Sancho de Leiva. Aquel, sin embargo, se determinó á representar al de Parma, abogando por que no se deshiciese aquel *seminario*, como él mismo decia, *en el que tantos bisoños de España habian aprendido el valor y pericia en*

los combates; mas el duque le contestó: *Que aquella misma causa le impulsaba á deshacer el SEMINARIO en que los bisoños de España podrian aprender á ser sediciosos y contumaces; que no faltaria en el ejército real otro tercio en el cual colocar el NOVICIADO de valor bélico, en union con el de la militar obediencia.* Con esto y con dirigir una larga carta al príncipe de Asculi (que era pariente de Leiva) y al duque de Pastrana para que, como soldados del tercio que iba á quedar extinguido, comprendiesen la imprescindible necesidad de ejecutar aquel castigo, dispuso la ejecucion.

Viendo Tarssis que el duque de Parma era inexorable, se dirigió á cumplir sus órdenes; y ya encontró esperando al puntual y valeroso Leiva con su tercio, que positivamente ignoraba lo que muy en breve iba á sufrir.

Pasó Tarssis revista al tercio veterano; pagó sus atrasos uno por uno á los individuos de aquel; aventajó á todos los que por sus hechos anteriores habian obtenido *ventajas*, y despues entregó á D. Sancho la carta del duque de Parma. La expresada carta entre otros extremos, segun Strada, decia:

«Que havia parecido conveniente al bien público, y al presente, repartir su tercio debajo de otras banderas, en especial por los presidios de la provincia de Flandes. Que esto mandava él en nombre del Rey: y esperaba de su respeto y pndimiento á la Real Magestad, que cuidaria con todo esfuerzo de que se executasse con el mayor sosiego y compostura de los soldados. Que no havia querido determinarle en qué fortalezas ó tercios havia de acomodarlos, sino dexarlo á su discrecion. Que escogiesse y distribuyesse á su arbitrio. Que solamente á los Capitanes de Infantería y á los otros oficiales, les reservasse la eleccion del lugar, como en las cartas para los Capitanes (al mismo tiempo se las entregó Tassis á cada uno) se les dava á entender.»

Terrible fué la lucha que durante algunos momentos sostuvo el bizarro y leal maestro entre su deber y su honor, mancillado, aunque indirectamente, con la disolucion de su tercio. El poderoso disgusto salió al rostro; pero pronto llamó á los capitanes y les leyó el fatal papel que en la mano conservaba, y muy pronto tambien todo el tercio se apercibió de lo que ocurría, y el disgusto, el pesar y la lucha entre el deseo de obedecer y el de no consentir en la disolucion del tercio, se hizo general.

Por fin, poco despues el maestro rompió el terrible silencio, y dirigiéndose á su alférez que llevaba siempre la *bandera llamada del maestro*, como despues se llamó *bandera coronela*, le dijo con valor, pero visiblemente conmovido: *Ea, pues, alférez,*

*batid la bandera y plegadla; pues de hoy más nunca irá por el camino de la gloria delante del tercio viejo.*

Cuánto sufriría aquel guerrero al pronunciar aquellas dolorosas palabras, queda á la consideracion del lector.

El alférez del maestre arrancó el velo de la bandera, y con visible y mal disimulada ira, hizo piezas contra el duro suelo el asta. Cada capitán repitió al respectivo alférez la orden dada al suyo por el maestre, y todos los alférezes obedecieron, aunque no todos al mismo tiempo, que algunos vacilaron y miraron á derecha é izquierda con torva mirada, como quien desea buscar y no encuentra medios de resistir el cumplimiento de lo que no considera justo.

Pero acudiendo pronto cada capitán á su alférez, todos obedecieron por fin, unos con ira demostrada al hacer millares de pedazos las astas de las banderas, otros con lágrimas, que hasta aquellos soldados inmutables siempre ante el peligro, la sangre y los destrozos, las vertieron en aquel funesto día de dolor y de luto.

Los más veteranos, que los habia en el tercio de más de setenta años de edad, pasaron al castillo de Amberes á descansar de tantas fatigas como sufridas llevaban; otras compañías se repartieron por Nieuport, Dunkerke, Termonde y otros puntos; casi todos los piqueros y los voluntarios, como Asculi, pasaron á formar parte de los tercios de Bobadilla y Manrique; casi todos tambien de los capitanes y alférezes fueron colocados en un tercio de nueva creacion, cuyo mando se dió al jóven D. Alfonso de Idiazquez, hijo de D. Juan, ministro de Felipe II, y D. Sancho de Leiva, varon lleno de valor, de méritos y libre de toda mancha en la sedicion que habia motivado el castigo, quedó, sirviéndonos del estilo moderno, en el estado mayor del duque de Parma, mientras se le daba mando de armas.

AÑO 1590.

## FLANDES.

Encontrábase algun tanto aliviado el duque de Parma de su dolencia, cuando tuvo el disgusto de saber que el enemigo, Mauricio de Nassau, se habia apoderado de la plaza de Breda, por engaño. Esta circunstancia le dolió más aun, siendo así que debió satisfacerle, puesto que su superioridad estaba demostrada

al ver que un solo triunfo obtenido despues de tantos años, por los rebeldes, habia sido hijo del engaño y no del valor ni de la inteligencia.

Hízose constar que el engaño habia sido apoyado por el descuido con que los de la guarnicion descansaban por la noche, y formado consejo de guerra fueron decapitados los jefes principales, á excepcion de tres que resultaron libres de toda culpa.

## CÓRTESES CELEBRADAS DURANTE EL DECENIO NOVENO.

En el año 1581 continuaban abiertas las mismas Córtes de 1579, y los diputados, ó procuradores, comenzaron en ellas á disgustarse de que el rey no respondiese á sus peticiones. Por esto pidieron, además de una resolucion definitiva, que se examinasen todas las peticiones hechas en Córtes, desde el año 1576. Las demás, hechas nuevamente, fueron las que á continuacion se expresan:

«Supresion de las nuevas rentas, pechos y tributos, y que en adelante se guardara lo dispuesto por las antiguas leyes y por el ordenamiento del rey D. Alfonso; quitar las aduanas nuevamente establecidas; no acrecentar oficios de regidurías, escribanías, tesorerías y otros, y consumir los acrecentados; que los regidores no fueran perpétuos, sino añales; que el rey visitara personalmente las ciudades y villas del reino; que la casa del príncipe se pusiera al uso de Castilla, como tantas veces se habia pedido; que se arrendaran todas las rentas reales y no hubiera administradores de ellas; que se hicieran nuevas ordenanzas y leyes sobre el descubrimiento y explotacion de las minas.—Insistian otra vez en pedir la desamortizacion eclesiástica, y despues de recordar que desde los primeros tiempos del emperador venian incesantemente reclamando lo mismo, añadían: «Y porque hasta agora no se ha puesto remedio en esto, y la experiencia ha mostrado cuán justo y necesario y conveniente es lo que por el dicho capítulo se pedia, porque las iglesias y monasterios y obras pías van ocupando la mayor parte de las haciendas del reino: Suplicamos á V. M. que para que esto cese y no venga á mayor daño, se provea lo susodicho en forma y de manera que se guarde y cumpla inviolablemente.» Aquí ya no contestó el rey como otras veces «que no convenia hacer novedad,» sino que por su mandado se iba mirando con el Consejo lo que convendria proveerse, y se haria con Su Santidad la instancia que fuere necesaria y el negocio pidiere.»

Las demás peticiones fueron tantas, que se acercaron á ciento: unas tendian á limitar las facultades y atribuciones de los ministros y de la inquisicion, á fin de que no se extralimitasen de sus facultades, y otras se dirigian á mejorar el estado de la real hacienda, como entonces se decia, que estaba en verdad muy malparada.

Cuentan que un dia escribió el rey á Francisco de Garnica, su tesorero mayor, lamentándose del estado en que se hallaba la hacienda, á cuyo propósito le decia estas textuales palabras: *Mirad lo que con razon sentiré, viéndome en cuarenta y ocho años de edad y el príncipe de tres, dejándole la hacienda tan sin orden como hasta aqui; y demás de esto, qué vejez tendré, pues parece que ya la comienzo, si paso de aqui adelante, con no ver un dia lo que tengo de vivir otro, ni saber cómo se ha de sostener lo que tanto hé menester.*

Y seguramente, segun muy respetables autoridades, los arbitrios buscados y las comisiones nombradas para procurar el arreglo de la hacienda, de nada sirvieron. Entre los arbitrios ya citados se contaban la suspension de las consignaciones mandadas librar á los negociantes y prestamistas, y la modificacion de los intereses de los préstamos ya hechos, con otras medidas relativas al mismo objeto que causaron no pequeños trastornos, quejas y disgustos entre los acreedores, y que lejos de mejorar el estado de la hacienda, le pusieron peor de lo que antes estaba.

Terminaron en 1582 las Córtes ó sesiones que tuvieron principio en 1579; y sin embargo del largo periodo de tiempo que abiertas se mantuvieron, celebráronse tambien en 1583.

En ellas se trató de lo perjudicial que era el no residenciar á los provisores y jueces eclesiásticos, para evitar los agravios que recibian, de no hacerlo, los litigantes, clérigos ó legos; tratóse igualmente de abreviar los interminables trámites judiciales, en lo que tan poco se ha adelantado desde entonces hasta hoy mismo. Propusieron tambien aquellas Córtes *el establecimiento de pósitos en las villas cabezas de partido para auxiliar á los labradores pobres*; proposicion verdaderamente filantrópica y que tan directamente tiende á matar una usura de las más inmorales, porque enriquece á algunos á costa del sudor, de la salud y la vida de otros hombres ménos afortunados. Pidióse igualmente se diese mayor ensanche al uso de coches, carrozas y otros puntos relativos al lujo y ostentacion, anatematizados por otras Córtes.

Respecto del ramo de guerra, hé aquí unas líneas que, segun muy bien dice un elocuente autor moderno, *dan una triste idea de la disciplina militar de aquel tiempo*:

«La gente de guerra y soldados que se hacen en estos reinos  
 »(decian los procuradores), como van juntos y en capitanía, se  
 »atreven á hacer tantos desafueros, mayormente en lugares pe-  
 »queños, que en muchos dellos se ha visto que por no los sufrir  
 »los vecinos han desamparado los lugares, y dejado sus casas y  
 »haciendas y recogidose en montes y en otras partes, y quieren  
 »mas perder sus haciendas y bastimentos que tienen en sus ca-  
 »sas, que ver las insolencias y desafueros que hacen, lo cual pa-  
 »rece que se podria remediar con mandar que hasta el puerto  
 »donde se han de embarcar, fuesen su camino derecho, por lu-  
 »gares grandes que fuesen de docientos ó trecientos vecinos ar-  
 »riba, y no se pudiese juntar una capitanía con otra, y que hi-  
 »ciesen cada dia jornada de siete ó ocho leguas, y para esto se  
 »les diese una paga adelantada, y otra cuando se embarcasen.  
 »Suplican á V. M. se sirva de lo proveer y mandar asi so gra-  
 »ves penas contra los que no la guardaren; y tambien se man-  
 »de que los capitanes no estorben á las justicias ordinarias pren-  
 »der á los soldados que delinquen.»

En suma, en estas Córtes se adelantó muy poco: los diputados presentaron ochenta y una peticiones, y solo doce de ellas fueron otorgadas; y á pesar de esto la promulgacion de las concedidas se diferia tanto, que algunas no lo fueron hasta despues de dos años pasados.

No volvieron á reunirse las Córtes hasta el año 1586; y como los procuradores habian llegado á disgustarse visiblemente á consecuencia de la morosidad con que se miraba cuanto ellos creian útil y conveniente al bien de la nacion, comenzaron por decir al rey lo siguiente, á la cabeza de las peticiones:

“ . . . . .  
 »Los procuradores á Córtes enviados á las que se mandan cele-  
 »brar, siempre vienen á procurar el servicio de V. M. y el reme-  
 »dio que de las cosas públicas y particulares destos reinos los  
 »súbditos y naturales dellos han menester, y esperan por fruto  
 »de las Córtes. Cerca de lo cual se dan memoriales en particu-  
 »lar, y capítulos generales, *habiendo precedido trato y confe-*  
 »*rencia del reino junto y de sus comisarios, para que no se su-*  
 »*plique cosa que no sea justa y necesaria, y en la forma que*  
 »*conviene.* Por lo cual justamente dispuso la ley 8.<sup>a</sup>, tit. VII, li-  
 »bro 6.<sup>o</sup> de la Recopilacion, *que antes que las Córtes se disuel-*  
 »*van, se responda á todas las peticiones generales y particula-*  
 »*res que los procuradores dellas dieren á V. M., cuya decision*  
 »*de tal manera no se guarda, que de las peticiones particulares*  
 »*apenas se determina alguna, y los capítulos generales quedan*  
 »*todos por responder hasta otras Córtes, y entonces salen muy*

» pocos proveidos, y casi todos con diversas respuestas suspen-  
 » didos: por lo cual no se sigue el fruto necesario para el bien  
 » público, ni el que se solia conseguir. Suplicamos á V. M. man-  
 » de que en todo se guarde y cumpla lo que la dicha ley dispo-  
 » ne. Y que si para la determinacion de algunas cosas fuere nece-  
 » sario particular declaracion ó informacion, se oya sobre ello á  
 » los comisarios del reino, que están enterados de hecho y razon  
 » de todo lo que se suplica: porque el no se haber hecho asi se  
 » cree ser la causa de que se denieguen ó suspendan muchas co-  
 » sas que realmente son útiles y necesarias: con lo cual el reino  
 » gozará del beneficio de las Córtes, y el trabajo de sus procura-  
 » dores será de efeto para la república.»

Respondió el rey que en adelante mandaria responder con la brevedad que hubiere lugar.

Tratóse despues de la imposibilidad en que los contribuyentes se hallaban de abonar las cantidades que se les repartian, no omitiendo el recordar que no se podian imponer nuevos tributos, segun las leyes del reino, sin estar aquellos votados por las Córtes. El rey disculpó lo ya hecho con la gran penuria de la hacienda y no menores necesidades del Estado. Pero se adelantaba poco ó nada; porque á pesar de la contestacion del rey respecto á la primera peticion hecha en las Córtes de 1586, solo otorgó una tercera parte de aquellas, y las concedidas no se promulgaron hasta el año 1590.

Hiciéronse otras muchas peticiones, cuya enumeracion fuera tan inútil como prolija, relativas á la reforma de abusos en la administracion de justicia y en la de la hacienda; y para oponer un dique al torrente de la inmoralidad, se trató de los males á que daba lugar la perjudicial costumbre de salir á la calle las mujeres de todas clases y condiciones con el rostro tapado.

De las Córtes celebradas en 1588, que fueron las últimas del noveno decenio, nos ocuparemos en el siguiente, puesto que no terminaron hasta el año 1592, y por consecuencia llegaron hasta el último decenio del siglo XVI.

Antes de terminar la parte de que acabamos de tratar, en la cual no queda muy bien parada la memoria de Felipe II, debemos dar cuenta al lector de un documento que le favorece, y del cual hablan con grande elogio hasta aquellos historiadores que más severos se muestran al juzgar al hijo de Carlos I, porque comprenden que si la medida de que trata el documento en cuestion se hubiera llevado á cabo en todas partes de España, *habria sido de gran provecho para la justa y equitativa distribucion de los impuestos, como lo era ya para la instruccion pública y para el debido conocimiento geográfico del territorio*



*español, de su historia, de sus producciones y de sus necesidades.*—(Laf., T. XIV, cap. XXIV, pág. 420.)

Hé aquí el citado documento:

Memoria de las cosas de que se han de hacer y enviar relaciones, para la descripción general de España.

1. «Primeramente, se declare y diga el nombre del pueblo »cuya relacion se hiciere, cómo se llama al presente, por qué se »llama así, y si se ha llamado de otra manera antes de ahora.

2. »Las casas y números de vecinos que al presente en el »dicho pueblo hubiere, y si a tenido mas ó menos antes de ahora, y la causa porque se aya disminuido ó vaya en crecimiento.

3. »Si el dicho pueblo es antiguo ó nuevo y desde que tiempo acá está fundado, y quien fué el fundador, y quando se »ganó de los moros, ó lo que dello se supiere.

4. »Si es cibdad ó villa, desde qué tiempo acá lo es, y si »tiene voto en Cortes, ó que cibdad ó villa habla por él, y los »logares que ay en su jurisdiccion, y si fuere aldea, en que jurisdiccion de cibdad ó villa cae.

5. »El Reyno en que comunmente se cuenta el dicho pueblo, »como es dizir, si cae en el Reyno de Castilla, ó de Leon, Galicia, Toledo, Granada, Murcia, Aragon, Valencia, Cataluña ó Navarra, y en que provincia ó comarca dellos, como seria en tierra de Campos, Rioja, Alcarria, la Mancha y las demás.

6. »Y si es pueblo que está en frontera de algun Reyno extraño, que tan lexos está de la raya, y si es entrada ó paso para él, ó puerto ó aduana.

7. »El escudo de armas, que el dicho pueblo toviere, si toviere algunas, y por qué causa ó razon las oviere tomado, si algo dello se supiere.

8. »El señor y dueño del pueblo, si es del Rey ó de algun señor particular ó de alguna orden de las de Santiago, Calatrava, Alcántara ó San Juan, ó si es behetría y quando y cómo »vino á ser cuyo fuere, si dello se toviere noticia.

9. »La Chancillería en cuyo distrito cae el tal pueblo, y á donde van los pleitos en grado de apelacion, y las leguas que »ay desde el dicho pueblo hasta donde reside la Chancillería.

10. »La Governacion, Corregimiento, Alcaldía, Merindad ó Adelantamiento en que está el dicho pueblo, y si fuere aldea, »quantas leguas ay hasta la cibdad ó villa de cuya jurisdiccion »fuere.

11. »Item el Arzobispado ó Abadía y Arciprestazgo en que  
»cae el dicho pueblo cuya relacion se hiciere, y las leguas que  
»ay hasta el pueblo donde reside la catedral y hasta la cabecera  
»del partido.

12. »Y si fuere de alguna de las órdenes de Santiago, Cala-  
»trava, Alcántara ó San Juan, se diga el priorato y partido de-  
»llas en que cayere el dicho pueblo.

13. »Asi mesmo se diga el nombre del primer pueblo que  
»hubiere, yendo del lugar cuya relacion se hiziere hácia la par-  
»te por donde el sol sale, al tiempo de la dicha relacion, y las  
»leguas que hasta él hubiere, declarando si el dicho pueblo está  
»derechamente házia donde el sol sale, ó desviado algo al pare-  
»cer, y á qué mano, y si las leguas son ordinarias, grandes ó  
»pequeñas, y por camino derecho, ó torcido, de manera que se  
»rodee alguna cosa.

14. »Iten, se diga el nombre del primer pueblo que hubiere  
»yendo desdel dicho pueblo házia el Mediodia y las leguas que  
»hubiere, si son grandes ó pequeñas, y por camino derecho ó  
»torcido, y si el tal pueblo está derecho al Mediodia ó desviado  
»y á que parte.

15. »Y asi mesmo, se diga el nombre del primer pueblo que  
»hubiese caminando para la parte por donde el sol se pone, al  
»tiempo de la dicha relacion, y las leguas que ay hasta él, y si  
»son grandes ó pequeñas y por camino derecho ó no, y si está  
»derecho al Poniente, ó desviado á alguna parte como queda di-  
»cho en los capítulos antes deste.

16. »Y otro tanto se dirá del primer pueblo que hubiese, á  
»la parte del Norte, diciendo el nombre del y las leguas que ay  
»hasta él, y si son grandes ó pequeñas, y por camino derecho ó  
»torcido, y si el pueblo está derecho al Norte ó no, todo como  
»queda dicho en los capítulos precedentes.

17. »La calidad de la tierra en que está dicho pueblo, se  
»diga si es tierra caliente, ó fria, sana ó enferma, tierra llana ó  
»serranía, rasa ó montosa y áspera.

18. »Si es tierra abundosa ó falta de leña, y de dónde se  
»proveen, y si montosa de qué monte y arboledas, y qué ani-  
»males, cazas y saluaginas se crian y se hallan en ella.

19. »Si estubiese en serranía el pueblo, se diga cómo se  
»llaman las sierras en que está y las que estubieren cerca dél,  
»y cuánto está apartado dellas, y á que parte le caen, y de don-  
»de vienen corriendo las dichas sierras y házia donde se van  
»alargando.

20. »Los nombres de los rios que pasaren por el dicho  
»pueblo, ó cerca dél, y qué tan lexos y á qué parte dél pa-

» san, y quan grandes y caudalosos son y si tienen riberas de  
» huertas y frutales, puentes y barcos notables, y algun pes-  
» cado.

21. » Si el pueblo es abundoso ó falto de aguas, y las fuen-  
» tes y lagunas señaladas que en el dicho pueblo y sus términos  
» hubiere, y si no ay rios ni fuentes, de donde beven y adonde  
» van á moler.

22. » Si el pueblo es de muchos ó pocos pastos, y las dehe-  
» sas que en términos del sobre dicho pueblo hubiere, con los  
» bosques y cotos de caza y pesca, que asi mesmo hubiere siendo  
» notables, para hazer mencion dellas en la historia del dicho  
» pueblo por honra suya.

23. » Y si es tierra de labranza, las cosas que en ella mas se  
» cogen y dan y los ganados que se crian, y si ay abundancia de  
» sal para ellos y para otras cosas necesarias, ó de donde se  
» proveen della y de las otras cosas que faltaren en el dicho  
» pueblo.

24. » Si hay minas de oro, plata, hierro, cobre, plomo, azo-  
» gue y otros metales, y minerales de tinturas, y colores, y  
» canteras de jaspes, mármol, y de otras piedras estimadas.

25. » Y si el pueblo fuere marítimo, qué tan lexos ó cerca  
» está de la mar, y la suerte de la costa que alcanza, si es costa  
» brava ó baxa, y los pescados que se pescan en ella.

26. » Los puertos, baías y desembarcaderos que hubiere en  
» la costa de la dicha tierra, con el ancho y largo dellos, entra-  
» das y fondo y seguridad que tienen, y la provision de agua y  
» leña que alcanzan.

27. » La defensa de fortalezas que hubiere en los dichos  
» puertos para la seguridad de dellos, y los muelles y atarazanas  
» que hubiere.

28. » El sitio donde cada pueblo está puesto, si es en alto ó  
» en bajo, y en asiento llano ó áspero, y si es cercado, las cercas  
» ó murallas que tiene, y de qué son.

29. » Los castillos y torres fuertes, y fortalezas que en el  
» pueblo y en la jurisdiccion dél hubiere y la fábrica y materiales  
» de que son.

30. » La suerte de la casa y edificios que se usan en el pue-  
» blo, y de qué materiales son y si los ay en la tierra, ó los traen  
» de otra parte.

31. » Los edificios señalados que en el pueblo hubiere, y los  
» rastros de edificios antiguos de su comarca, epitaphios, letreros  
» y antiguallas de que hubiere noticia.

32. » Los hechos señalados y cosas dignas de memoria que  
» hubieren acaescido en el dicho pueblo ó en sus términos, y los

» campos, montes y otros lugares nombrados por algunas bata-  
 » llas, robos, ó muertes, ó sucesos notables que en ellos ayan  
 » acaescido.

33. » Las personas señaladas en letras, armas y en otras co-  
 » sas que aya en el dicho pueblo ó que ayan nascido y salido dél,  
 » con lo que se supiere de sus hechos y dichos señalados.

34. » Y si en los pueblos hubiere algunas casas ó solares de  
 » linages antiguos, hazerse há memoria particular dellos en la di-  
 » cha relacion.

35. » Qué modo de bivar y que grangerías tiene la gente del  
 » dicho pueblo, y las cosas que alli se hacen ó labran mejor que  
 » en otras partes.

36. » Las Justicias Eclesiásticas ó seglares que hay en el di-  
 » cho pueblo y quién las pone.

37. » Si tiene muchos ó pocos términos, y algunos privi-  
 » legios ó franquezas de que se pueda honrar, por habérsele con-  
 » cedido por algunos notables servicios.

38. » La Iglesia Catedral ó Colegial que hubiere en el dicho  
 » pueblo, y la vocacion della, y las parroquias que hubiere, con  
 » alguna breve relacion de las prebendas, calongias y dignidades  
 » que en las catedrales y colegiales hubiere.

39. » Y tambien si en las dichas iglesias uviere algunos en-  
 » terramientos y capillas ó capellanías tan principales que sea  
 » justo acer memoria dellas y de sus instituidores en la dicha re-  
 » lacion, con los hospitales y obras pias que ay en el dicho pueblo  
 » y los instituidores dellas.

40. » Las reliquias notables que en las dichas iglesias y pue-  
 » blos uviere, y las ermitas señaladas, y devocionarios de su ju-  
 » ridicion y los milagros que en ella se uvieren echo.

41. » Las fiestas de guardar y dias de ayuno y de no comer  
 » carne que en el pueblo se guardaren por voto particular, demás  
 » de los de Iglesia, y la causa y principio dellos.

42. » Los monesterios de frayles y monjas y beatas que uvie-  
 » re en dicho pueblo y su tierra, con lo que se supiere de sus  
 » fundadores, y el número de religiosos y otras cosas notables  
 » que tubieren.

43. » Los sitios de los pueblos y lugares despoblados que  
 » uviere en la tierra, y el nombre que tubieron y la causa por que  
 » se despoblaron, con los nombres de los términos, territorios,  
 » heredamientos y dehesas grandes y notables que aya en la co-  
 » marca, porque comunmente suelen ser nombres de pueblos  
 » antiguos despoblados.

44. » Y generalmente se digan todas las demás cosas nota-  
 » bles y dignas de saberse, que fueren á propósito para la histo-

»ria y descripción de cada pueblo, aunque no vayan apuntadas  
»en esta memoria.

45. »Y hecha la relación, la firmarán de sus nombres las  
»personas que se uvieren hallado á acerla, y sin dilación la en-  
»tregarán ó embiarán con esta instrucción al comisario que se  
»la uviere embiado, para que él la embie á S. M., como queda  
»dicho.»

Al mismo tiempo que se ponía en circulación el precedente notable documento, el maestro Pedro de Esquivel, catedrático de matemáticas, recorría la península, comisionado *ad hoc* por Felipe II, para levantar el mapa general de España. Falleció Esquivel antes de dar cima á su importante misión, y los trabajos hechos por aquel ilustrado profesor de la universidad de Alcalá pasaron á poder del no ménos ilustrado D. Diego de Guervara. También este murió, y entonces el rey, siempre decidido á que se terminase la comenzada obra, escribió á su secretario Gonzalo Perez *para que cobrase aquellos instrumentos y papeles*, á fin de que se encargase de terminar la carta general de España el entendido Antonio de Herrera.

## ULTIMO DECENIO.

AÑO 1591.

### ESPAÑA.

Ha llegado el momento de que nos ocupemos del célebre proceso formado contra el ministro Antonio Perez, porque en el año de que vamos á ocuparnos tomó tales proporciones y dió márgen á tan graves acontecimientos, que nos ha parecido conveniente no tener por más tiempo en expectativa al lector, puesto que ya conoce el comienzo y origen de tan ruidosa causa.

Hemos dicho en otro lugar que nos parecía difícil que Felipe II hubiese tenido parte en el villano y cruel asesinato del infortunado Escobedo, y para creerlo así hemos aducido razones, en nuestro concepto, de bastante fuerza. Sin embargo, el suceso ha quedado envuelto en tan profundo misterio, se encuentran en sus detalles y accidentes tales contradicciones, que el lector, con nosotros, alternativamente, dará parte de culpa al rey y le creerá

libre de ella. Cuantos más pormenores se den al ocuparse de este tenebroso y complicado asunto, más se envuelve uno mismo en un verdadero dédalo, cuya salida se cree encontrar á cada paso, y del cual difícilmente se logrará salir: es, al revés de todos los sucesos de la humana vida, ménos inteligible cuanto más se profundiza.

El secretario Mateo Vazquez era quien daba siempre calor á los procedimientos. El rey no se oponia á los deseos de Vazquez, al mismo tiempo que tranquilizaba á Antonio Perez y le inspiraba confianza para que no temiese el definitivo resultado de su inesperada desgracia.

Ya sabe el lector que á instancias del que habia tomado la iniciativa para residenciar á Perez, habia tomado parte en el asunto, que tan de cerca le tocaba, el hijo de Escobedo. Felipe II, para cortar el proceso, comisionó al obispo de Córdoba, D. Antonio Pazos, presidente del Consejo de Castilla, á fin de que hablase al hijo del sacrificado Escobedo para que desistiese de la acusacion, cosa que el prelado logró sin gran dificultad. Trató despues el rey de la reconciliacion de la princesa de Eboli con Vazquez, á lo que aquella se negó resuelta y altivamente: viendo el mal resultado de las diligencias practicadas para la predicha reconciliacion, limitóse el rey á procurar la de Perez y Vazquez, y aunque hizo intervenir en ambos asuntos á Fr. Diego de Chaves, su confesor, tampoco pudo recabar de Perez su asentimiento á los deseos del rey, si bien se infiere que la de Eboli trabajaria para impedirlo. Poco despues de terminar las activas y eficaces, aunque inútiles, gestiones de Fr. Diego, ordenó el rey la prision de Perez y de la de Eboli: *dicese* que al sacar á esta de su casa, estuvo el rey á verla salir; y para lograrlo, se colocó en el pórtico de la iglesia de Santa Maria, frente á la cual tenia la princesa su morada.

Dejaron á Perez en la casa de D. García de Toledo, alcalde de casa y córte, á la cual muy á menudo iba Fr. Diego de Chaves á visitar al preso y consolarle de parte del rey; empero como á pesar de los consuelos y visitas el orgullo herido, el temor del resultado y otras causas tuviesen muy disgustado al preso, llegó á resentirse su salud, y al cabo de cuatro meses se le permitió, aunque en calidad de preso, volver á su casa.

Un dia, inopinadamente, se le presentó D. Rodrigo Manuel, capitan de la guardia del rey, á mandarle prestar pleito-homenaje de amistad á Mateo Vazquez, habiendo de asegurar el arrestado que ni él ni individuo alguno de su familia le harian daño jamás; y como la de Eboli no tuvo tiempo de aconsejarle, Perez accedió á todo. A consecuencia de esto se le permitió salir á

misa, aunque despues de bastante tiempo, ir á paseo y recibir visitas, pero no hacerlas él.

Si, como algunos dicen, la principal causa del arresto de Perez y del comienzo del proceso fué la oposicion de aquel á reconciliarse con Vazquez, cosa que parece tan extraña que raya en inverosímil, debió ser puesto inmediatamente en completa libertad. Continuó, sin embargo, arrestado; y para que todo fuese extraordinario en aquel incomprensible y misterioso asunto, Perez, contra quien se habia comenzado á instruir un proceso, y que estaba en una prision más ó ménos estrecha, continuaba siendo ministro del rey y tenia la secretaría en su prision, á donde acudian los empleados de su ministerio á despachar diariamente los respectivos negociados; y mientras el rey estuvo fuera de la córte, con motivo de la guerra de Portugal, *el preso se entendió directamente con la córte de Lisboa y con los consejos de España*; recibia visitas, veia cuando queria á la princesa de Eboli, y deslumbraaba con su lujo, *mayor que el de otro hombre alguno de la córte*, por rico é ilustre que fuese.

No tardó mucho el hijo de Escobedo en mostrarse airado contra Perez, pidiendo de nuevo contra él. El rey dió comision secreta al presidente del consejo de hacienda, D. Rodrigo Vazquez de Arce, para formar á Perez proceso reservado.

Examináronse testigos bajo palabra de sigilo, y declararon como tales el conde de Fuensalida, D. Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla; D. Pedro de Velasco, capitán de la guardia española; su hijo D. Alonso de Velasco, D. Fernando de Solís, don Luis Enriquez, de la cámara del príncipe cardenal; D. Luis Gaitan, mayordomo del príncipe Alberto, y Luis de Ohera, comisionado del gran duque de Florencia. Segun las deposiciones de estos testigos, todos elevados personajes, á quienes no era fácil sobornar, resultaban contra Perez los graves cargos siguientes:

«Que habia hecho granjería con los destinos públicos; que  
 »D. Juan de Austria, los príncipes de Italia y los vireyes, y otros  
 »elevados personajes le hacian cada año cuantiosos donativos  
 »para que los mantuviera en sus cargos; que los pretendientes  
 »preferian dar á Antonio Perez lo que habian de gastar estando  
 »mucho tiempo en la córte, y salian mejor librados; que no ha-  
 »biendo heredado hacienda de su padre, contaba con una fortu-  
 »na inmensa, y vivia con más esplendidez y boato que ningun  
 »grande de España; que mantenía veinte ó treinta caballos, co-  
 »che, carroza y litera, y multitud de criados y pajes; que su  
 »menaje de casa se valuaba en ciento cuarenta mil doblones;  
 »que se habia mandado hacer una cama igual á la del rey;  
 »que tenia juego en su casa, á que asistian el almirante de Cas-

»tilla, el marqués de Auñón y otros personajes, y en que se  
 »atravesaban millares de doblones; que su trato con la princesa  
 »de Eboli era escandaloso, y recibía de ella por vía de regalo  
 »hasta acémilas cargadas de plata; que se atribuía á la princesa  
 »y al secretario de Estado la muerte de Escobedo.»

Ya ve el lector que resultaban de tales declaraciones muy graves cargos contra Antonio Perez. Respecto de la muerte de Escobedo no hablaban los testigos más que en términos generales; pero no debe perderse de vista que no podían estar iniciados en secreto de tanta importancia los declarantes: que de él solo podían conocer los detalles las personas puramente necesarias á la comision del crimen, y que solo estas, ó alguna de ella, como despues se verificó, podía prestar una declaracion que diese verdadera luz para aclarar, más ó ménos, tan oscuro y tenebroso asunto.

Dice algun autor que de muchos de los cargos que resultaban contra el encausado pudo este justificarse, como despues lo hizo en Aragon. No negaremos nosotros, porque no es posible, que Perez pudiese justificarse; pero no sabemos de qué. Casi todos, si no todos, se referian á concusiones y prevaricaciones, y de esto difficilmente podria justificarse un funcionario público, por elevada que su posicion fuese, en un tiempo en que las dotaciones eran tan sumamente modestas, no teniendo bienes de fortuna al subir al poder, y siendo á los pocos años poderoso, ¿cómo Antonio Perez tenia carroza, literas, coches, treinta ó más caballos, deslumbraba con su lujo, tenia su palacio casi mejor alhajado que el del rey, gastaba más que los grandes y señores de vasallos que tenian pingües rentas, y poseia alquerías y bienes rústicos y urbanos?

El que se justificase en Aragon no hará que variemos nuestro juicio: Perez tenia sobrados medios materiales y grandes relaciones que poner en juego para justificarse. A un personaje de su posicion, si no se le puede confundir pronto y con seguridad, se le auxilia poderosamente; porque el favor de los reyes casi siempre es un verdadero flujo y reflujo, va y viene, y el que hoy aparece derrotado, mañana de nuevo se encumbra; y es bueno favorecer á los perseguidos, que mañana pueden cambiar de posicion y servirnos por los méritos de nuestras diligencias hechas cuando en desgracia estuvieron. Por otra parte, ¿quién de nuestros lectores al leer éstas líneas no recordará algun reo de gravísimos crímenes que ha salido incólume, honrado y absuelto, á pesar de ser positiva y seguramente criminal? Los que en tal caso se hallen, ó se hayan hallado, encontraron los medios de desfigurar los hechos; y los jueces, á pesar de su conviccion



moral, contraria á la inocencia del reo ó reos, no han encontrado méritos legales para condenarle ó condenarles, y no le han condenado; porque ni podian ni debian.

Dícese que Perez se justificó con las autorizaciones que tenia del rey para obrar como obró. Esto podria ser respecto de cierta clase de cargos; pero de ningun modo respecto de las concusiones, puesto que imposible es sin duda el que Felipe II autorizase á Perez para vender los destinos y empleos públicos, ni para poner en contribucion á los altos funcionarios si querian sostenerse en sus elevados puestos, á no ser que se quiera suponer al rey partícipe de los forzosos donativos y del producto *de las ventas*, cosa que nadie ha dicho y que muy difícilmente se podria creer su certeza; y aun siendo cierto, difícilmente tendria el encausado pruebas formales para acreditarlo. Continuemos y abreviemos la relacion de lo ocurrido en este célebre proceso.

Tiempo adelante se verificó la visita de residencia que entonces se hacia á los tribunales, secretarias y demás establecimientos reales y del gobierno, para examinar la conducta pública de los funcionarios y el modo con que habian hasta la fecha desempeñado sus respectivos cargos.

La visita de las secretarias fué encomendada al comisario general de la Santa Cruzada, é inquisidor D. Tomás de Salazar; y á consecuencia de la expresada visita, salió Perez condenado por sentencia del visitador, quien quizá tendria en casos análogos facultades para imponer pena pecuniaria, á satisfacer una multa de 30,000 ducados; pero á esto se agregó la suspension de oficio por diez años, dos de reclusion, y ocho de destierro, despues de terminada aquella.

En virtud de la sentencia fueron á prender al reo, ya de noche, al palacio en que habitaba, llamado del Cordon, propio del conde de Puñonrostro. Iban dos alcaldes; uno permaneció fuera, otro intimó á Perez, y este, con pretexto de pasar á otra pieza á vestirse, mientras ocupaban los papeles de los escritorios, saltó por una ventana y se refugió en la parroquia de San Justo.

Cerróse inmediatamente la puerta por donde entró Perez, pero vióle penetrar en el sagrado asilo la ronda que guardaba el palacio; y no pudiendo lograr los alcaldes que se abriesen las puertas de la iglesia, derribaron una con palancas y despues de un registro largo y escrupuloso, hallaron al refugiado en un desvan.

En Aragon se ampliaron las declaraciones, hallándose el monarca celebrando Cortes en dicho reino, y entonces ya se difundió bastante luz para aclarar las tinieblas en que el asunto estaba



siempre envuelto, en su parte principal. Uno de los declarantes fué Antonio Enriquez, á quien Perez, como debe aún recordar el lector, dió la patente de alférez en premio del villano asesinato de D. Juan de Escobedo. Enriquez, que fué uno de los que consumaron el crimen, debia indudablemente saber quién dispuso la consumacion. Rara vez un ministro habrá premiado con una patente de alférez á un asesino, á no tener necesidad de contentarle, y Perez que, ya lo hemos dicho antes de ahora, tenia las patentes firmadas en blanco, al premiar á Enriquez y á otros, los alejó de España y mandó á donde de los que llegaban, pocos y rara vez volvian.

*Indicase como causa ú origen de la declaracion de Enriquez, que quiso vengarse de Antonio Perez, porque este quiso atosigar á un hermano de aquel.* Aun en el caso de ser esto cierto, siempre resulta el conato de un nuevo crimen contra Perez: el de haber querido envenenar, ó atosigar, á un hermano de Enriquez: quizá algun otro crimen aparecerá despues.

Sin embargo del supuesto deseo de venganza, la declaracion de Enriquez no pudo ser improvisada; porque en ella *descubrió detalladamente todas las circunstancias y todos los cómplices del infame crimen*, crimen en que tan mezclado estaba el ex-ministro de Felipe II.

La declaracion de Enriquez fué un mortal golpe para el preso, el cual determinó procurarse la fuga, á cuyo efecto le prepararon dos yeguas herradas al revés, para que por la pista de aquellas le buscasen por el camino contrario al que iba á seguir.

Descubrióse el intento, y doña Juana Coello, esposa de Perez, en union de sus hijos, fué arrestada. Pidiéronle los papeles de su esposo, y ella resistióse á hacer la entrega; pero Perez la dirigió un billete escrito, segun se dice, con sangre á falta de tinta, indicándola los cofres de papeles que podia entregar.

A consecuencia de la entrega, fué devuelta la libertad á doña Juana y sus hijos, y se hizo trasladar á Madrid al preso, del castillo de Turégano en que se hallaba cumpliendo su condena.

Diéronle por cárcel la casa de D. Benito Cisneros, disminuyendo tanto el rigor con que en el castillo se le hacia cumplir su condena, que recibia visitas y aun salia algunas veces á la calle.

Como la dicha condena era solamente por sentencia dada á consecuencia de la visita girada y del exámen de los hechos de Perez como funcionario público, continuaba su curso la causa relativa al villano asesinato de Escobedo.

El mayordomo de Perez, Diego Martinez, estaba preso y ne-



gaba todos los cargos; y su amo muy frecuentemente escribía al rey pidiéndole se terminasen pronto las actuaciones. Escribía el ex-ministro *reservadamente* al rey, y este entregaba las cartas para que se uniesen á los autos, y por esto dice un autor moderno que *estaba conocida la intencion que el rey tenia de perder á Perez*. Poco fundamento tiene, en nuestro sentir, tan grave y trascendental aseveracion: escribiendo al rey su antiguo favorito *reservadamente*, pudo hacer recuerdos al monarca que no le estuviesen muy bien; cuando el último mandaba unir las cartas al proceso, nada habria seguramente en ellas que pudiese perjudicar á la fama del soberano; y es bien extraño que estando Perez encausado por tan feo delito, y escribiendo á quien, segun suponen algunos, le mandó cometerle, no le hiciese algun recuerdo más ó ménos explícito, alguna alusion ménos ó más directa, para que *en gracia de su obediencia al superior mandato*, le sacase en paz y á salvo. Pudo *consentir* Felipe II, en virtud de lo que se le hizo creer; pero seguramente, no *mandó*.

En resúmen, y para no molestar al lector con detalles que importan poco, diremos, como há tiempo dijimos, que Felipe II, quizá en virtud del dictámen de teólogos que tenian *originales ideas* y sostenian doctrinas bien extrañas, por cierto, en materias de moral y de derecho, pudo consentir en la muerte de Escobedo, *como quien firma una sentencia dada por un tribunal*, por haber presentado á aquel como reo de graves crímenes, prefiriendo la manera con que se hizo á la ejecucion por mano del verdugo, por la inconveniencia que habia en dar el público escándalo de ejecutar de orden del rey al secretario de su hermano. *Pero los crímenes que al rey se presentaron como perpetrados por Escobedo fueron forjados por Perez de acuerdo con la princesa de Eboli, en venganza de la dignidad y enojo con que ambos fueron reprendidos por aquel cumplido y honrado caballero, y de la amenaza de descubrir al rey su inmoral vida y relajada conducta*. Esto es lo que tan probable parece, que puede tenerse por cierto; y lo corrobora el siguiente mandamiento del rey, que presentó al acusado el juez de la causa:

«Presidente.—Podeis decir á Antonio Perez de mi parte, y si  
 »fuesse necesario enseñarle este papel, que él sabe muy bien  
 »la noticia que yo tengo de haber hecho matar á Escobedo, y las  
 »causas que me dixo para ello havia; y porque á mi satisfaccion  
 »y á mi conciencia conviene saber si estas causas fueron ó no  
 »bastantes, ya Yo le mando que os las diga, y dé particular ra-  
 »zon dellas, y os muestre y haga verdad lo que á mi me dijo,  
 »que vos sabeis, porque Yo os lo he dicho particularmente, para  
 »que habiendo Yo entendido lo que assi os dixere y razon que

«os diere dello, mande ver lo que en todo convenga. En Madrid  
á 4 de Enero de 1590.—Yo el Rey.»

Despues de expedido este mandamiento, se estrechó la prision de Perez; este recusó á Rodrigo Vazquez, juez de la causa, y el rey nombró un conjuez, individuo del consejo y cámara de Castilla, llamado Juan Gomez; y como á las reiteradas preguntas hechas al reo acerca de los motivos que hubo para asesinar á Escobedo, aquel se obstinase en atenerse á lo ya declarado, se le pusieron grillos, y se arrestó de nuevo á doña Juana Coello, esposa de Perez.

Pocos dias pasados, se expidió la orden para dar tormento al reo, segun la bárbara costumbre casi hasta nuestros dias conservada; y aunque este protestó alegando su calidad de hidalgo, no se atendió á la protesta y Perez sufrió la tortura. La inutilidad de esta feroz é inhumana prueba, está demostrada con solo decir que por ley era forzoso que el reo, *fuera del tormento*, RATIFICASE lo que durante él habia confesado.

Perez nada declaró materialmente durante el tormento; mas para que este cesase, ofreció declarar: el tormento paró y declaró, en efecto, la causas políticas que habian motivado la muerte de Escobedo, añadiendo que no lo habia declarado antes así, por cumplir con órdenes repetidas que, firmadas por el rey, habia recibido, para que jamás revelara el secreto.

Debemos advertir que entre los motivos que el infame ministro, que infame podemos y debemos llamarle, presentó al rey para que consintiese en la muerte de Escobedo, como justicia cumplida por otras manos que por las del ejecutor ó verdugo, le persuadió, con datos que él forjaria en su empeño de vengarse y satisfacer los terribles deseos de venganza de la princesa de Eboli, de que el leal y caballeroso D. Juan de Austria, realizada que fuese la proyectada expedicion á Inglaterra, *habia resuelto pasar á España por Santander y emprender la conquista de este reino, destronando á Felipe II*. Siendo esto verdad, naturalmente el viaje de Escobedo, secretario é íntimo confidente de D. Juan, habia de tener por objeto el preparar el terreno en España para coronarse aquel, como fué despues Cristóbal de Mora á Portugal, para preparar la coronacion de Felipe II; y siendo cierta la infame calumnia, Escobedo era reo de muerte, aunque era conveniente que ni se instruyese expediente para no desperdiciar á los dormidos, ni se ejecutase públicamente, porque faltando lo primero no podia verificarse lo segundo, al secretario de su hermano.

*Cierto y positivo* es que Antonio Perez hizo tan negra y villana injuria á D. Juan y á su secretario, como lo publicó en su

*Memorial*; y *positivo y cierto* es tambien que tal aseveracion está reputada como una indigna y miserable calumnia; y el erudito é ilustrado Lafuente tambien de calumnia la califica.

Despues de haber declarado Perez, se sintió enfermo; y á instancias del Dr. Torres, su médico, se concedió á aquel la asistencia de un criado, primero, y despues se permitió á su esposa y á su hijo pasar á la prision para cuidar á su esposo y padre. Conócese bien que la enfermedad no fué cierta, y que el médico estaba ganado; porque á los pocos dias estuvo Perez perfectamente bueno para escaparse de la prision, disfrazado con un traje de su esposa, y de esta suerte salió de la poblacion para reunirse con un cierto *Gil de Mesa* (cuyo nombre debe el lector tener muy presente), que era pariente y paisano suyo, y con un genovés llamado Majorini. Unido con ellos, mudando caballos, que todo estaba de antemano bien preparado y dispuesto, se refugió en Aragon, á cuyos fueros pensaba acogerse, como oriundo que era de aquel país.

Con motivo de la fuga de Perez fué decretada la prision de doña Juana Coello, su esposa, y de sus hijos, á quienes se llevó á la cárcel en medio de las procesiones del Jueves Santo: asi se refiere como para dar fuerza, sin indicarlo claramente, á la crueldad ó al rigor con que Perez y los suyos fueron tratados. Nosotros hemos visto, no muchos años hace, en medio de la procesion del Corpus, cuya festividad si no es más solemne, es igual á la del Jueves Santo, llevar públicamente algunos presos á la cárcel; porque así obra la justicia cuando los reos hacen méritos para que de este modo se proceda. Doña Juana obró al contribuir á la libertad de su esposo como era natural, y aun, podemos decirlo, justo; empero la justicia debió obrar del modo que lo hizo, porque la esposa del reo y este tambien abusaron de la confianza con que procedieron el rey y los jueces, creyendo cierta la enfermedad del delincuente.

Expidiéronse requisitorias que alcanzaron á Perez en Calatayud, con órden de prenderle vivo ó muerto. Refugióse el reo en un convento de dominicos, allí fué á prenderle el delegado del rey, y allí tambien impidió la prision D. Juan de Luna, diputado aragonés, apoyado por una *manga*, como entonces se decia, de arcabuceros. Téngase esto presente para cuando necesitemos hablar con una imparcialidad de que no todos hacen uso, refiriendo los hechos tales cuales fueron, y *no se olvide que se impidió á mano armada en Aragon la prision de un encausado, cuya inocencia ó culpabilidad no estaba aún decidida, siendo la órden contra un fugitivo, y procediendo aquella del REY DE ARAGON.*

Ya en Calatayud el prófugo, escribió al rey, mandando copias

del escrito al cardenal Quiroga y á Fr. Diego de Chaves, confesor de Felipe II, manifestando los motivos de su fuga y pidiendo le enviasen á su esposa y á sus hijos.

Gil de Mesa, el pariente de Perez, que era su íntimo confidente, se dirigió á Zaragoza á pedir en favor del reo el privilegio de la MANIFESTACION. Este consistia en dejar un acusado de tener por juez al rey, si se *manifestaba* (presentaba) personalmente ó por medio de apoderado al justicia mayor de Aragon, ó á alguno de sus tenientes. *Manifestado* el reo, su juez único, de cuyo fallo no habia apelacion, era el justicia mayor; y el mismo rey no podia ser ya sino parte acusante, ó contraria al encausado. La cárcel destinada á los que se *manifestaban* llamábase cárcel de la *Manifestacion*, ó prision de los *Fueros*.

Admitido Mesa como apoderado de Perez, este fué trasladado á Zaragoza y puesto en la precitada cárcel; y ya entró en la capital de Aragon bajo muy buenos auspicios; porque como era muy sagaz y hacia años que meditaba en acogerse á los fueros aragoneses (llevaba ya doce años de encausado), habia sabido preparar el ánimo de aquellos hablándoles en ventaja y con elogio de sus fueros y privilegios, que era la conversacion que mejor sonaba en los oidos de los hijos de Aragon. Cuando Perez llegó á Zaragoza, estaba seguro de que Aragon iba á desafiar al poder real, costase lo que costase.

Felipe II entabló al momento querrela formal contra Perez, ante el justicia mayor, acusándole de la muerte de D. Juan de Escobedo, de haber falsificado cifras, de haber revelado secretos de Estado, y de haberse fugado de una cárcel en que estaba preso en virtud de mandamiento real, y con arreglo á la legislacion entonces vigente en Castilla.

Claro es que ni el justicia ni los aragoneses debieron dar auxilio á Perez; y si los proclamados y encomiados privilegios hubieran de haber servido para que Aragon protegiese á cuantos facinerosos lograsen llegar al reino é interesar á los aragoneses en su favor, jamás podria hacerse cumplida justicia en el resto de la monarquía, y hubiera llegado á ser el glorioso reino de Sancho Abarca y Sancho Ramirez un semillero de criminales y bandidos.

Hallábase á la sazón en Zaragoza D. Iñigo de Mendoza y de la Cerda, marqués de Almenara, con la mision de lograr que fuesen admitidos los vireyes nombrados por el rey, fuesen ó no aragoneses, con tal de que fuesen españoles; y el rey, aprovechando la estancia del marqués en Zaragoza, encargó el cuidado de activar, en su representacion, la causa del ex-ministro.

A los crímenes de que este era acusado, se habian agregado

otros, tales como el *haber sido envenenados* por mandado de Perez, Pedro de la Hera y Rodrigo Morgado. Estos son los crimenes á que aludimos al tratar de la declaracion del alférez Enriquez; y como dificilmente se le acumularian tantos sin que la ejecucion de algunos de ellos pudiera probarse, se ve claramente que el ex-ministro tenia notable propension á desprenderse de una manera segura de cuantos le estorbaban.

Tambien se agregaron á todo lo dicho nuevas declaraciones relativas al escandaloso trato del ex-ministro con la princesa de Eboli: por manera que la causa general se subdividió en varias piezas, de cada una de las cuales se sacó testimonio y se remitiéron selladas al marqués de Almenara, así como de la sentencia que recayó, terminado el ruidoso proceso, que fué la que al pié de la letra copiamos á continuacion:

«En la villa de Madrid, córte de S. M., á 10 dias de Junio del año 1590.—Visto por los señores Rodrigo Vazquez de Arce, presidente del Consejo de Hacienda, y el licenciado Juan Gomez, del consejo y cámara de S. M., el proceso y causa de Antonio Perez, secretario que fué de S. M., dijeron: que por cuanto la culpa de todo ello resulta contra el dicho Antonio Perez, le debian condenar en pena de muerte natural de horca, y que primero sea arrastrado por las calles públicas en la forma acostumbrada; y despues de muerto sea cortada la cabeza con un cuchillo de hierro y acero, y sea puesta en lugar público y alto, el que pareciere á dichos jueces, y de allí nadie sea osado á quitarla, pena de muerte; condenándole en pérdida de todos sus bienes, que aplicaron para la cámara y fisco de S. M. y para las costas personales y procesales que con él y por su causa se han hecho; y así lo proveyeron, mandaron y firmaron de sus nombres—El licenciado Rodrigo Vazquez de Arce.—El licenciado Juan Gomez.—Ante mí, Antonio Marquez.»

Entonces Perez, abandonando el sentido suplicante con que habia escrito al rey varias cartas, adoptó el amenazador, manifestando que estaba dispuesto á enseñar las órdenes y documentos escritos que al entregar los papeles se habia reservado, de cuya publicacion resultarian comprometidas respetables personas, y el compromiso alcanzaria al mismo rey. Comisionó además al P. Gotor para que pasase á la córte y, como que habia visto los billetes que Perez conservaba, procurase convencer á Felipe II de que interesaba á su honra y decoro el desistir de la demanda y dar libertad al encausado. Consta que, sin embargo de esto, Felipe II *obra al revés de lo que Perez decia*; luego no tendria por qué temer la publicacion de los ya di-

chos documentos, ó la legitimidad de estos seria muy cuestionable.

En resúmen, todo lo que dicen y pueden decir los autores imparciales, lo mismo que aquellos que peor tratan á Felipe II, es que Perez podia probar y aun probó, si se quiere, que el rey consintió y *mandó*, si se quiere tambien, la muerte de Escobedo. Esto, lo hemos repetido cien veces, pudo muy bien ser; pero si fué, Antonio Perez por vengarse y por servir á la princesa de Eboli, forjó las calumnias que hicieron reo de lesa magestad al desventurado secretario de D. Juan de Austria, acumulando á este y á aquel el descabellado proyecto de *conquistar á España y destronar al rey*; y *Perez fué un mal caballero, porque faltó de muy indigna manera á la verdad, y abusó de la confianza del leal y caballeroso D. Juan de Austria*. Este, creyendo á Perez más digna persona de lo que en realidad era, y sabiendo el ilimitado favor que el rey le dispensaba, le pedia influyese, para alcanzar los suspirados honores de infante, primero; despues, para disponer á Felipe en favor del proyectado matrimonio de D. Juan con la infortunada y hermosa María Stuard, y últimamente cuando quiso ser rey de Túnez, pero tributario de su hermano. Y Perez tenia cariño, como todos se le tenian, á don Juan; mas cuando se trató de tomar venganza de Escobedo, todo lo olvidó; tergiversó el sentido de las confianzas que se le habian hecho, adulterando palabras, alterando los hechos, desfigurando unos é inventando otros, hasta presentar al objeto de su venganza como reo de Estado, de lesa magestad, merecedor de la muerte; pero de una muerte secreta, porque de instruirse proceso, habria de quedar muy malparada la sangre real, porque el proceso y el castigo deberian indispensablemente alcanzar al hermano del rey, si no se descubria, como se descubriria, la calumnia.

Varios historiadores, como para probar la culpabilidad del rey en el asesinato de Escobedo, hablan de un documento firmado por el rey, haciéndole hijo del temor á las revelaciones con que el P. Gotor le habia amenazado en nombre de Perez; pero tambien dicen que Felipe II, á pesar de los escritos y amenazas de Perez, *obraba en sentido contrario al que el ex-ministro deseaba*, y una de las dos cosas no puede ser cierta. Nosotros creemos que no lo es la primera; y despues de transcribir el precitado documento que el Sr. Lafuente inserta *íntegro* en su tomo XIV, página 342, cosa que no hemos visto en las demás obras históricas que hemos examinado, el lector creerá lo que más justo y lógico le parezca respecto del origen ó fundamento que tuvo el escrito en cuestion:



## DOCUMENTO IMPORTANTE.

*«In Dei nómine.*—Sea á todos manifiesto que Nos D. Felipe,  
 » por la gracia de Dios, rey de Castilla, de Aragon, de Leon, de  
 » las Dos-Sicilias..... etc., atendido y considerado que en virtud  
 » de un poder que como rey de Castilla mandé despachar en fa-  
 » vor del magnífico y amado consejero el Dr. Hierónimo Perez  
 » de Nueros, nuestro abogado fiscal en el reino de Aragon..... se  
 » dió demanda y acusacion criminal contra Antonio Perez en la  
 » córte del Justicia de Aragon sobre la muerte del secretario Es-  
 » cobedo, descifrar falsamente y descubrir secretos del Consejo  
 » de Estado, y otros cabos que se contienen en el proceso que so-  
 » bresto está pendiente..... y habiendo sido preso por mi parte,  
 » se hizo la probanza necesaria, y despues por la del dicho Anto-  
 » nio Perez se dió su cédula de defensiones y se procuró probar-  
 » las, y asi como son públicas las defensiones que Antonio Perez  
 » ha dado, lo pudiera ser la réplica dellas, y fuera bien cierto que  
 » no hubiera duda en la grandeza de sus delitos, ni dificultad en  
 » su condenacion por ellos; y aunque Mi deseo en este negocio  
 » fué encaminado como en los demas á dar la satisfaccion general  
 » que yo pretendo, y esto ha sido la causa acá de su larga prision,  
 » y de ahí haberse llevado estas cosas por la via ordinaria que se  
 » han seguido; pero que abusando Antonio Perez desto y temien-  
 » do el suceso, *se defiende de manera que para responderle seria*  
 » *necesario de tratar de negocios mas graves de lo que se sufre*  
 » *en procesos públicos, DE SECRETOS QUE NO CONVIENEN QUE ANDEN*  
 » *EN ELLOS, y de personas cuya reparacion y decoro se debe esti-*  
 » *mar en mas que la condenacion de dicho Antonio Perez, he te-*  
 » *nido por menor inconveniente dejar de proseguir en la córte*  
 » *del Justicia de Aragon su causa que tratar de las que aqui*  
 » *apunto; y pues la intencion con que procuro proceder es tan sa-*  
 » *bida quanto cierta, aseguro que los delitos de Antonio Perez*  
 » *son tan graves, quanto nunca vasallo los hizo contra su rey y*  
 » *señor, asi en las circunstancias dellos como en la conjetura,*  
 » tiempo y forma de cometellos; de que me ha parecido es bien  
 » que en esta separacion conste, para que la verdad en ningun  
 » tiempo se confunda ni olvide, cumpliendo con la obligacion que  
 » como rey tengo. Por tanto, en aquellas mejores vias, modos,  
 » formas y maneras..... etc., mando que se separen y aparten de  
 » la instancia y acusacion criminal y pleito que en mi nombre  
 » tienen en la córte del dicho Justicia de Aragon contra el dicho

»Antonio Perez sobre la muerte del dicho secretario Escobedo,  
 »y sobre todos los demás cargos que se le han impuesto por mi  
 »procurador ó procuradores fiscales tocantes á la fidelidad de su  
 »oficio, y á otras cualesquier causas y cabos, demanda contra él  
 »dada en el dicho proceso arriba intitulado, y que en él no ha-  
 »gan mas parte ni instancia, ni diligencias, sino que del todo se  
 »aparten y separen dél, la cual separacion y apartamiento quie-  
 »ro y es mi voluntad que los dichos mis procuradores hayan de  
 »hacer y hagan con cláusula, protestacion y salvedad de que  
 »queden á mi y á mis procuradores *en cualquier tribunal del*  
 »*reino* salvos é ilesos todos y cualesquier derechos que contra el  
 »dicho Antonio Perez me pertenezcan ó me puedan pertenecer  
 »civil ó criminalmente como contra criado y ministro mio, ó co-  
 »mo á rey contra su vasallo, assi en nombre del rey de Castilla  
 »como de Aragon, de ambas partes y de cada una dellas *tam*  
 »*conjunctim quam divisim*, y en otra cualquier parte y manera  
 »que pueda tener derecho contra dicho Antonio Perez, por via  
 »de acusacion ó en otra cualquier manera á mí bien vista, pe-  
 »dirle cuenta y razon de los dichos delictos..... el cual derecho  
 »quiero que me quede salvo é illeso..... y para que conste de  
 »mi voluntad, y de lo que en este negocio passa y de las causas  
 »que á la separacion me mueven, y de la manera que soy servi-  
 »do que se haga, quiero que este poder quede inserto á la letra  
 »en la separacion que por mí se hiciere, y puesto en el proceso  
 »que por mí se ha activado y llevado contra el dicho Antonio  
 »Perez, en testimonio de lo cual mandé despachar la presente  
 »con nuestro sello real comun pendiente sellada.....» etc.

Ni el fondo de este documento ni la forma revelan ni aun in-  
 dican temor de lo que el encausado pudiera manifestar, como  
 algunos indican. Lo que de él puede deducirse es que el pruden-  
 te soberano quiso evitar una escision en Zaragoza, conociendo  
 como debia conocer á aquellos naturales, sus fueros, el carácter  
 intrigante del astuto Perez y el de su apoderado Gil de Mesa,  
 como despues se probó y haremos ver al lector; y en fin, los  
 elementos de que Perez disponia para ganar á la gente alborota-  
 dora, si la pacífica y verdaderamente fuerista no tomaba la de-  
 fensa del procesado. Esto, el mismo sentido del documento pre-  
 inserto lo indica claramente; porque *no desiste el rey de la de-*  
*manda; se refiere al reino de Aragon;* pero protesta y se reserva  
 el derecho de continuar los procedimientos contra el delincuente;  
 y lo mismo puede suponerse que se reserva la accion de perse-  
 guirle judicialmente en Castilla que en Aragon, si pasado tiem-  
 po fuese posible sin provocar una colision entre las autoridades  
 y el pueblo. Por lo demás, creemos, separándonos de lo que

otros creen, que Felipe II no pudo dejar de prever que hostigando al reo, este podría revelar secretos, si existian, que no favoreciesen al soberano. Ni el proceder de este, que algunos suponen imprevisor, fué desacertado, si tenia la conciencia de que solo el ex-ministro podia salir malparado, probadas que fuesen sus calumnias é injurias contra el hermano del rey y su difunto secretario, así como el haber urdido toda la negra é inicua trama, que, segun todas las probabilidades y datos históricos, fué obra exclusiva de Perez.

El historiador moderno de más crédito, que nada parcial se muestra hácia Felipe II, al tratar del asesinato de Escobedo y hablando de Antonio Perez dice: «La acusación pública de este crimen recayó desde luego sobre el primer secretario de Estado Antonio Perez, y tampoco se vió libre el mismo monarca de la sospecha ó de haberle ordenado, ó de haberle autorizado ó consentido. Dos eran las causas que servian de fundamento á este juicio: la una política, la otra personal; en aquella podia creerse más interesado el rey, sin dejar de estarlo tambien su primer ministro; en esta *el principal, EL SOLO INTERESADO en acabar con Escobedo era el primer secretario de Estado.*»

Y consiendiendo la causa política en las calumnias lanzadas contra Escobedo para excitar contra él la indignacion del rey, y vengarse el calumniador á mansalva y sin responsabilidad, haciendo pasar á su enemigo por reo de lesa magestad, dedúcese claramente que la causa política era obra de Perez, y que si en ella tenia el rey algun interés, Perez y solo Perez le habia hecho nacer. De la segunda, ó sea la causa personal, nada necesitamos decir, puesto que respecto de ella *el solo interesado en acabar con Escobedo era Perez.*

Desde el dia en que, de acuerdo aquel con la princesa de Eboli, se decretó la muerte del inocente Escobedo, se buscó la ocasion de acabar con este. *Sábase positivamente* que en dos banquetes trató de envenenarle el refugiado de Aragon; y que no habiendo podido lograr su infame y criminal propósito, pagó los asesinos que en el callejon de Santa María cometieron el villano homicidio.

En virtud del documento antes citado, quedaron por entonces paralizados los procedimientos contra Perez por el asesinato del secretario de D. Juan de Austria; pero se mandó proseguir la causa del envenenamiento del clérigo D. Pedro de la Hera y de Rodrigo de Morgado.

Poco despues llegó á Zaragoza la orden de la córte para que se entablase el juicio de *enquesta* (juicio de *residencia*) contra

Perez, agregando á los cargos que ya se le habian hecho, el haber tratado de pasar á Francia, á los estados del príncipe de Bearne.

La resolucion de entablar contra Perez el juicio de enquesta, no estaba fundada; y aquel la recusó con motivo, basando la recusacion en que no habia sido oficial real en el reino de Aragon. En cuanto á los envenenamientos del clérigo y de Morgado, no podia hacer lo mismo; pero apelaba á las argucias y arterias para descargarse tambien del gravísimo cargo.

Como los procedimientos se hacian interminables, parece que, segun se asegura, la junta de Madrid que entendia en el proceso de Perez, aconsejó al rey que *mandase ejecutar por cualquier via la sentencia contra el que andaba huido*; y parece tambien, segun igualmente se dice, que el rey puso cara á tomar el consejo.

No negaremos la certeza de lo antes dicho; pero si diremos que difícilmente se opondrian dificultades á la realizacion del consejo, cuando el que habia de mandar la ejecucion contaba con todo el poder de rey y con todos los infinitos medios é inmensos recursos de todo género de que un soberano puede disponer; y sin embargo, no se verificó la *ejecucion*.

Que habia decidido empeño en que Perez sucumbiese, es innegable; porque habiendo fallado, ó por lo ménos, sido inútiles para el caso todos los procedimientos, se apeló á otro que se tuvo por infalible. Pero está mismo indica que se temian poco las revelaciones del acusado, puesto que estando en Aragon tan protegido y en libertad de hablar, no por esto se desistia ni se suspendia la persecucion.

Tratóse, pues, de hacer que entendiese en la causa de Perez la Inquisicion, en cuyo caso los fueros de Aragon de nada servirian para protegerle. Hizose cargo al encausado de haber profirido, en sus momentos de ira, frases de tal naturaleza que sonaban á blasfemias, y que al tratar de fugarse habia preferido dirigirse á Bearne, cuyo príncipe profesaba la herejía y aquellos dominios solo eran un verdadero receptáculo de herejes.

La informacion fué remitida por D. Alonso de Molina, inquisidor de Zaragoza, al cardenal Quiroga, que lo era general: este la trasladó á Fr. Diego de Chaves, comisario calificador del tribunal del santo oficio, quien despues de examinarla y ver las deposiciones de los testigos, calificó las proposiciones de Perez, y las de su secretario el genovés Magiorini, de escandalosas y ofensivas á los oidos piadosos, y sospechosas de herejía.

A consecuencia de la calificacion, el consejo de la Suprema mandó al tribunal de la inquisicion de Zaragoza trasladar á Pe-

rez y á su secretario, de la cárcel de los manifestados á la del santo oficio.

En virtud de la orden del consejo de la Suprema, los inquisidores de Zaragoza expidieron el mandamiento á los lugartenientes del Justicia mayor para que entregaran al alguacil del santo oficio las personas de Antonio Perez y Giovanni Francesco Magiorini, bajo las penas establecidas si desobedecian, y anulando para aquel caso el privilegio de la manifestacion.

Era Justicia mayor de Aragon D. Juan de La Nuza, y hallábase en la sala del consejo con sus tenientes, que formaban la corte del Justicia, al cual habia prevenido el marqués de Almenara del mandamiento que iba á realizar (24 de Mayo, 1591).

Dió el Justicia cumplimiento á la orden, sin presentar dificultad ninguna; y Perez con su secretario fueron extraídos de la cárcel de la Manifestacion, y llevados en un coche á la Aljafería, en donde estaba la del santo oficio.

Apercibióse el pueblo de lo ocurrido, y sin esperar á más, salió en tumulto y comenzó á recorrer las calles gritando: *¡Contra fuego! ¡Viva la libertad!*

¿Se habian quebrantado los fueros? De ningun modo: el tribunal de la inquisicion, justo ó injusto, bueno ó perjudicial, era entonces superior á todos los tribunales; de no ser así, el Justicia mayor no hubiera seguramente obedecido el mandamiento. Dícese que le habia *ganado* el marqués de Almenara; pero permítanos el historiador que así lo dice hacer una observacion. Era el tribunal del santo oficio tan superior á todos los tribunales y tan poderoso, que en ocasiones dadas su poder era mayor que el del mismo soberano: por otra parte, los Justicias de Aragon eran demasiado independientes y estaban bastante apoyados para que el ganarlos no fuese muy difícil, ya que no digamos imposible.

Dícese tambien que el pueblo no se fijaba para defender á Perez en la creencia de que era inocente, cosa, por cierto, bastante dificultosa de creer. Se le compadecia porque era muy perseguido, y por las huellas que aún llevaba del tormento, *género de prueba judicial aborrecido y desconocido en Aragon*. Podia no estar á la sazón en uso; pero sabido es que D. Juan I, el Cazador, hizo dar tormento á la reina Sibila y á otros personajes, cosa que tal vez recordará el lector. Quisiéramos poder detenernos más al ocuparnos de sucesos tan importantes y trascendentales como el de que venimos tratando; mas nuestra voluntad está coartada, porque tenemos prefijado un límite que no podemos rebasar.

Odiaba el pueblo al marqués de Almenara, más que por otras razones que algunos presentan como fundamento del odio, por-

que aborrecian la mision que debia cumplir en Zaragoza, relativa á hacer que fuesen admitidos en el reino vireyes que no fuesen aragoneses. Por consiguiente, al primer punto á que se dirigieron los amotinados fué á casa del marqués.

Desde el momento en que comenzó la sublevacion, se cerró la casa y se armaron los criados para defenderla; y los amotinados abandonaron su empresa, en virtud de la palabra que los dió el Justicia mayor, de arrestar al marqués.

Se comelió la imprudencia de sacarle, aunque muy escoltado, por en medio de las turbas; y el mismo Justicia mayor, con sus dos hijos y sus tenientes, servian de escudo al marqués para librarle del furor de la desenfrenada muchedumbre.

Aquel pueblo tan entusiasta por sus fueros, tan afecto á sus autoridades, que eran hijas de aquellos, dejaron caer al respetable La Nuza, al Justicia mayor, al pasar muy cerca de la Seo; y aquella autoridad sagrada para los aragoneses fué pisoteada y quedó tan maltrecha, que en el suelo hubiera dejado de existir La Nuza, si no le hubieran levantado con no pequeño trabajo sus hijos y los tenientes.

Al mismo tiempo, deshechos todos los obstáculos, alcanzó la furibunda plebe al marqués, y entre mil insultos y denuestos, le golpearon y dieron algunas cuchilladas, sin valerle el ser en Zaragoza representante del rey.

Otra turba, tan grande ó quizá más numerosa, habia acudido á la Aljafería; y amenazando de muerte á los inquisidores y oficiales del santo tribunal, trataban tambien de violentar las puertas y aun incendiar el edificio, si no entregaban los presos que acababan de ser encerrados.

Estaban perplejos los inquisidores sin saber qué resolucion tomar, cuando recibieron en muy poco tiempo varias cartas del arzobispo de Zaragoza, en las que los aconsejaba que no vacilasen y cediesen á la imperiosa necesidad; porque de no entregar los presos, podian ocurrir infinitas desgracias.

Con intencion de aconsejar lo mismo á los inquisidores acudieron á la Aljafería personas muy autorizadas, tales como el conde de Aranda, el de Morata y el duque de Villahermosa: tambien se presentó allí el obispo de Teruel, á la sazón virey de aquel reino, y se presentaron, en fin, muchos canónigos, el Zaldemina y algunos oidores ó magistrados. En virtud de sus exhortaciones, cedieron unos inquisidores y otros vacilaron; pero Molina de Medrano, hombre de carácter duro y enérgico, dijo que jamás con su acuerdo se daría semejante muestra de debilidad, y que por su parte seria mejor ser quemado con la Aljafería, ó perecer sepultado entre sus ruinas.

Pero se reiteraron las instancias del virey y de otras personas notables; el tumulto crecía; las amenazas se multiplicaban; era gente la que amenazaba muy capaz de cumplir lo que ofrecía, y la mayoría de los inquisidores decidió. Los presos fueron entregados al virey y al Zalmedina, protestando antes el santo tribunal contra la violencia que se le hacía, y para manifestar que, aunque fuera de la cárcel inquisitorial, quedaban presos los delincuentes á nombre del santo oficio.

Triunfó la revolucion, y el rey y las autoridades fueron escarnecidas y menospreciadas; el respetable Justicia mayor maltratado y pisoteado; el representante del soberano y señor natural de los aragoneses, vilmente asesinado por la desenfrenada muchedumbre. Decimos que fué asesinado el marqués de Almenara, porque el dia 7 de Junio, catorce despues del motin, á consecuencia de las cuchilladas y golpes que recibió, unidas á una violenta fiebre, hija de los insultos y tropelías y de la manera soez é indigna con que fué tratado, falleció en la cárcel.

Y sin embargo, alentados los del motin, que no merecen el nombre de patriotas ni de fueristas, llevaron en triunfo á los encausados, y demostrando á Perez un vivísimo cariño, porque el amor y el odio de lo que malamente se llama pueblo, nace, crece y se extingue con una facilidad prodigiosa, le pidió encarecidamente se asomase al balcon tres veces al dia para saber positivamente que vivía *y que los fueros no habian sido quebrantados.*

Ni eran patriotas ni fueristas, hemos dicho, sino hombres venales, de esos que en todos tiempos y en todas las grandes poblaciones están predisuestos á insurreccionarse, porque de la insurreccion pueden sacar algo y perder nada; que nada puede perder quien nada tiene. Aquella revolucion, en algunas novelas que se llaman históricas tan poetizada y enaltecida, fué hija del muchísimo dinero que Perez habia acumulado; y siempre se vió alternativamente entre las dos turbas, la que asesinó al marqués de Almenara y la que se dirigió contra la Aljafería, á GIL DE MESA el pariente y paisano de Antonio Perez que le auxilió para que se fugase de Castilla, *que era quien sin rebozo y sin disfraz las dirigia, y á quien ellas sumisas prestaban obediencia.*

Creerá el lector que viendo á Perez fuera del poder de la inquisicion, el motin calmaria; mas no fué así: era preciso libertar al preso por completo, y hasta entonces solo se le habia sacado de una cárcel para trasladarle á otra, si bien el tribunal bajo cuyo poder estaba era ménos temido.

Los amigos de Perez, que contaba algunos entre la alta aristocracia de Zaragoza, llamaron *gente de la montaña*, por si el

santo oficio trataba de apoderarse nuevamente de los presos. Los amotinados recusaron á los diputados, porque eran tenidos por afectos al rey, y al mismo tiempo dos de los lugartenientes del Justicia fueron tachados de *poco patriotas*, porque habian sido amigos del asesinado marqués de Almenara. Llamábanse Torralba y Chalez, y fueron denunciados ante un tribunal compuesto de diez y siete jueces llamados *Judicantes*, cuyo tribunal, débil ó revolucionario, condenó á los dos tenientes á privacion de oficio y destierro del reino, por el *grave* delito de haber sido amigos del difunto marqués: al ménos no se les atribuia otro crimen más que el susodicho y su adhesion, falsa ó supuesta, al rey.

El soberano se mostró tambien débil; que no es bien hecho contemporizar con la revolucion cuando se desborda: evitar las escisiones y no dar á ellas motivo, es lo más conveniente y justo; pero ceder á la fuerza jamás debe hacerse, y es más glorioso y digno sucumbir defendiendo el principio de autoridad ultrajado y escarnecido, que demostrar una impotencia que alienta á los verdaderos alborotadores. Estos jamás tienen opinion fija, ni distinguen lo bueno de lo nocivo; se mueven impulsados por una mano oculta, sin saber lo que quieren, agitados por otra visible que tiene poco que perder y quiere ganar mucho, como la de Gil de Mesa; pero rara vez la verdadera indignacion, el verdadero deseo de reprimir desmanes y evitar desafueros del poder arbitrario, se demuestra á voces ni por medio de escándalos, violencias y atropellos.

Limitóse, pues, el rey á mandar á Aragon cartas reales, asegurando en ellas que jamás habia tenido intencion de violar los fueros del reino, los cuales no podian ser atacados al entregar al tribunal de la inquisicion á dos delincuentes sospechosos por delitos contra la fé.

Los inquisidores, en tanto, viendo menospreciada su autoridad y expuesta su vida, trataron de intimidar á los amotinados dando una muestra de energía. Aquellos y sus auxiliares de la montaña guardaban las cárceles por la noche para impedir que Perez fuese trasladado á la Aljafería, y otros pasaban la noche pululando por las calles y disparando trabucazos á todo el que era ó parecia individuo ó ministro del santo oficio. Por esto y por lo antedicho, los inquisidores determinaron publicar una bula expedida por Pio V contra los que impedian el libre ejercicio del santo tribunal.

Publicaron, en efecto, la predicha bula los inquisidores por mandado del consejo de la Suprema; los que la publicaron fueron silbados y aun apedreados, y, *no los zaragozanos*; los amotinados y *ganados* por Gil fijaron pasquines insultantes é infa-



matorios por las esquinas, y se repartieron profusamente romances satíricos y punzantes, cuyo autor, según voz pública y general creencia, era Perez.

Creóse en Madrid una nueva junta para entender en la causa del ex-ministro tan defendido en Aragon y tan poco merecedor de defensa, porque fuera del asesinato de Escobedo tenia probados no pequeños crímenes, y se tomaron infinitas declaraciones á las muchas personas que fugitivas de Aragon por temor á los revolucionarios, habian fijado su residencia en la córte.

Tambien se creó una junta de trece letrados en Zaragoza, la cual dió su dictámen reducido á decir: «Que no podia anularse el derecho de Manifestacion, pero sí podia suspenderse, y que por lo tanto podian los inquisidores reclamar á Antonio Perez y trasladarle á la Aljafería, debiendo relajar al preso, ó de no hacerlo así devolverle al Justicia mayor.»

La debilidad de Felipe II se trocó en energía luego que recibió el dictámen de los trece letrados de Zaragoza, que naturalmente debian ser fueristas. Dícese que fueron débiles al fallar; pero pudo muy bien ser que su fallo fuese dictado por la conciencia; porque estando apoyados por lo que se llama mayoría, que siempre parece mayor el número de las personas que gritan por mucho más numeroso que sea el de las que callan, y por centenares de trabucos, en medio de una capital que estaba en plena revolucion, ¿no corrian mucho mayor riesgo fallando como fallaron, que haciéndolo por completo en favor del preso?

Visto el parecer de los trece letrados, que se eligió un número impar para que no pudiese haber empate, Felipe II escribió desde el Escorial al virey de Aragon, al Justicia mayor, á los diputados del reino, á los jurados de la capital y á varios personajes, exhortándolos á mantenerse fieles y adictos al real servicio, y encargándoles que viesen la mejor manera de hacer salir de Zaragoza á la gente de la montaña.

El dia 17 de Agosto, apoyados en el dictámen de los *trece*, expidieron los inquisidores nuevo mandamiento de prision contra Perez y Magiorini, mandando verificar la traslacion de aquellos á la Aljafería.

Esta determinacion reavivó á los amotinados, esto es, á Perez, y por consecuencia á Gil de Mesa, á quien, si no sucumbia, le iba muy bien con el motin; y es sabido que Perez no se ocupaba en otra cosa durante el dia y parte de la noche que en escribir papeles incendiarios que se repartian entre la plebe y la gente del campo. En cuanto á las personas de valía pocas le eran ya adictas, puesto que la mayor parte habia respondido al llamamiento del rey.

Recomenzó el motin y se renovaron los atropellos y desgracias: los FUERISTAS disolvieron á trabucazos la ronda, hiriendo á varios de los individuos que la formaban; y téngase muy presente que era la ronda del país, que la mandaba el *Zalmedina*, el cual tuvo que apelar á la autoridad del gobernador, y *gobernador* y *Zalmedina* tuvieron que huir para no ser asesinados. Y todo esto por defender á un ex-ministro tachado de concusionario, envenenador y prevaricador, que si no hubiera sido lo primero y lo último, quizá no hubiera ocurrido el motin, porque le hubiera faltado el primer elemento para encontrar cierta clase de defensores.

Pocos dias despues fué incomunicado Perez en la cárcel de la Manifestacion, á consecuencia de haber encontrado limada casi por completo la reja del aposento en que preso estaba; y aunque el motin habia en parte cesado por no haberse verificado la traslacion á la Aljafería, los amotinados continuaban preparados y puestos en armas.

Llegó el dia de Nuestra Señora de las Mercedes (24 de Setiembre), cuyo dia se habia prefijado para verificar la traslacion antes expresada, acordada entre los inquisidores y *las autoridades del país*. Unos y otros encontraban justa y arreglada á derecho la providencia, y para cumplirla salió de la corte del Justicia uno de sus tenientes, que era el relator del proceso, acompañado del virey, de dos diputados del reino, dos jurados de la capital, con los condes de Sástago, Aranda y Morata. Iban, además, acompañando á los precitados todos *los señores de vasallos, los nobles y mucha gente principal y de valía*, sirviendo á todos de escolta seis compañías de arcabuceros.

Reunidos llegaron á la cárcel de la Manifestacion, y cuando se estaba haciendo la entrega de los presos con la mayor tranquilidad y con arreglo á las órdenes superiores, *los amigos de Perez*, D. Martin de La Nuza, D. Diego de Heredia, D. Manuel Don Lope, D. Juan de Torrella y *Gil de Mesa* que era el cabecilla, comenzaron á alterar la plebe en la plaza del Mercado, clamando por los conculcados fueros. Y ¿tendrian los que gritaban y los desarrapados que los seguian más cuenta con los fueros que el Justicia mayor, sus tenientes, los diputados y los jurados? El proyecto y propósito se reducian á dar libertad al preso, y no se sosegarian las turbas *ni serian respetados los fueros*, mientras tal objeto no se lograra.

En efecto, el motin del Mercado creció, avanzaron los amotinados y comenzó el primer choque, pereciendo en él como una docena de personas de una y otra parte.

Ganando cada vez más terreno los sediciosos, la respetable

persona del virey, los grandes, los títulos, se vieron precisados á huir *por los tejados*, y los foragidos prendieron fuego á algunas casas, de las cuales una ardió, hasta no quedar más que los cimientos, con todo cuanto dentro contenia.

Permanecian aun en la cárcel de los manifestados el secretario de la inquisicion, llamado Lanceman de Sola, el mismo que muy minuciosamente refiere el hecho, acompañado de un lugar-teniente, un diputado, un jurado, el alguacil y treinta arcabuceros, y los amotinados pidieron que se asomase el preso de modo que pudieran verle y asegurarse de que estaba allí.

Por condescender y no dar pábulo á la escandalosa sublevacion, consintieron en que el intrigante y delincuente Perez se asomase á una reja; y *Gil de Mesa*, el primero, al ver al reo pidió se le entregasen, y todos clamaron al instante lo mismo.

Negáronse los que le guardaban, como era natural y justo, á acceder á la inesperada demanda de Gil y de los suyos; pero toda aquella inmensa turba de gente perdida, la que tenia que perder estaba de parte del Justicia, forzó las puertas principales y las interiores, á pesar de ser fuertísimas y ferradas, el secretario y los que le acompañaban tuvieron que seguir el camino de los que por tejados les precedieron, y los arcabuceros, que eran treinta solamente, al invadir la innumerable muchedumbre la cárcel no pudieron, ó no quisieron, hacer uso de las armas.

Sacó, pues, Gil de Mesa en triunfo al verdadero asesino de D. Juan de Escobedo y al acusado de otros cien crímenes, y le llevaron en medio de un tropel y de una gritería difíciles de explicar; y despues volvieron á la cárcel, ya desamparada y sin puertas, á buscar á Magiorini que no se determinó á salir, ignorando si seria cogido por las autoridades al verle desamparado de los alborotadores.

Poco despues en una silla de posta marchó el reo por la parte de Santa Engracia, rompiendo los amotinados la cadena que cerraba la ciudad.

Supónese que los seiscientos arcabuceros, ganados sin duda, nada quisieron hacer, puesto que no hubo en la cárcel resistencia al acercarse por la primera vez las turbas. Esto lo expresa el mismo Lanceman de Sola, diciendo en su carta á D. Juan Hurtado de Mendoza: «Una cosa certifico á vuestra merced; que todos los soldados que tenian el reino, la ciudad y los señores, hicieron tan poca resistencia, que más fué apariencia que cosa de efecto, y algunos se pasaron á la banda contraria.»

Sin embargo de la *stojedad* de la tropa al atacar los amotinados la cárcel, en el Mercado y en otras partes presentó alguna

resistencia, resultando en aquel dia *once muertos y ocho heridos* en la parroquia de San Pablo; *dos muertos y nueve heridos* en el hospital general; *dos muertos y cinco heridos*, algunos mortalmente, en la parroquia de San Gil.

¿Qué hubo de patriótico y sublime en el motin de Zaragoza? Nada. Los que quieren santificar los desórdenes en su perpétuo afán de deprimir al poder legítimamente constituido, lean nuestras páginas, que nadie podrá seguramente desmentir los hechos que en ellas se refieren.

Gritaban los amotinados *¡viva la libertad!* es cierto; empero este grito, á fuerza de darle cuando se quiere oprimir al que ménos puede, ha venido á quedar desautorizado y, permítasenos la expresion, como evaporado y sin fuerza ni eficacia. *¡Vivan los fueros!* gritaban tambien; ¿y quién los atacaba? El señor natural de Aragon que queria se juzgase á un acusado, que lo era por tribunales legítimos, que lo estaba de muchos y muy graves crímenes y que se habia refugiado en Zaragoza *sin ser aragonés!* Dicen que era *oriundo* de Aragon; pero de esta palabra puede sacarse tanto partido, que á cualquiera se le hará ser oriundo de donde convenga.

¿Y tendrian más cuenta con los fueros y más amor á la integridad y conservacion de los mismos los desarrapados que acaudillados por Gil de Mesa gritaban, que el Justicia, sus tenientes, los dipulados, los jurados y casi todas las personas de valía que Zaragoza en su perímetro encerraba? Allí no hubo más libertad ni más contrafuero que el propósito de libertar á Perez, ni más patriotismo que el dinero desparramado á manos llenas por Gil y facilitado por Perez; y cuando una sublevacion no es tan santa y justificada como, v. gr., la de 1808, cuando España se vió mandada por españoles *afrancesados* á quienes por ahora no debemos ni queremos calificar, es un deber del escritor, y un deber sagrado, el desenmascararla y desnudarla de todo cuanto pueda hacerla ménos repugnante é injustificada, ya que no falten escritos que la ensalcen y justifiquen.

¿Qué habia de hacer Felipe II despues de las ocurrencias del 24 de Setiembre? Esto preguntamos á los que le increpan y vituperan. ¿Qué habia de hacer, repetimos, despues del inaudito escándalo de haber visto toda Zaragoza á la autoridad del virey fugitivo por los tejados de la ciudad, y con ella á las autoridades y á los representantes de aquel país, y á los de la misma ciudad que clamaba en favor de unos fueros que nadie atacaba ni ofendia? Fuera rey, ó fuera dictador, ó lo que quiera que fuese, la autoridad suprema de una nacion que se encontrase en tamaño conflicto, no podia agregar á tantos escándalos uno nuevo y ma-

yor, dejando impune el grave atentado, sobre tantos otros, de forzar las puertas de una cárcel y arrebatarse de ella á unos encausados.

Si los fueros establecidos y conservados como objeto sagrado y único á propósito para engrandecer un país y hacerle respetable, hubieran de servir de escudo á fugitivos criminales, valiera mil veces más extinguirlos y dejar á las autoridades la libertad de accion que necesitan, para poner freno á los delincuentes y salvar á la sociedad de una desmoralizacion que la conduciría infaliblemente á su ruina.

Felipe II, pues, no podía dejar impune el criminal escándalo; empero disimulando quizá su justo enojo, ó realmente porque no creyó prudente airarse por el momento, se limitó á expedir una carta á la ciudad de Zaragoza, que á la letra dice:

«El Rey.—Magníficos y amados y fieles nuestros: Habiendo »sabido el successo que tuvo lo que se ofreció en 24 deste, y »teniendo presente lo que conviene para la prevencion de lo »porvenir, y escusar la multiplicacion de inconvenientes, me ha »parecido advertiros por medio de mi lugarteniente general lo »que dél entenderéis en respeto de guardar la sala de armas; á »lo que os explicare en mi nombre sobre este punto, acudireis y »atendereis como á cosa no menos precisa que importante, que »demás de lo que conviene para vuestro bien, seré dello muy »servido. Datt. en Sant Lorenzo á XXX de Setiembre, MDXCI. »—Yo el Rey.—M. Clemente, Protonot.»

Temieron en Zaragoza la indignacion del rey y no temieron ménos á los amotinados, que si bien el objeto que se proponian estaba cumplido y el que los agitaba é impulsaba ya no tenia de ellos necesidad ninguna, habian comenzado los del motin á sacar partido del movimiento, y era muy posible que se renovasen los trastornos para continuar en el camino de los atropellos y de los robos.

El virey pidió al soberano la traslacion de la audiencia á otro punto en que esta y él mismo estuviesen más seguros; pedian al virey, al propio tiempo, las parroquias, ó distritos, que se hiciera salir de Zaragoza la poca tropa que en la ciudad habia, y se dejase á los mismos distritos, ó barrios, la defensa de la poblacion.

Preparábanse ya á repartir armas á los vecinos, cuando llegó la órden del rey para que lejos de hacerlo así, se recogiesen las armas y guardaran en lugar seguro y bien custodiadas; y pasaron algunos dias en ese estado angustioso y de penosa ansiedad que no es de revolucion sino de aparente tranquilidad, semejante á la calma del mar, ó al silencioso descansar de los ele-

mentos, cuando más se aproxima y es más inminente el desarrollo de una horrible tormenta.

El día 15 de Octubre recibieron los jurados una comunicacion de la córte, en la que se anunciaba la determinacion del rey de mandar tropas á Zaragoza, que eran las mismas que preparadas estaban para marchar á la guerra de Francia, al mando de don Alonso de Vargas. El objeto de mandar aquel ejército era, segun palabras textuales, el restaurar el respeto al santo oficio, y *restablecer el libre uso y ejercicio de los fueros aragoneses*.

La determinacion del rey, aunque habia asegurado más de una vez que era su intencion *guardar los fueros y no consentir que nadie los quebrantase*, causó general disgusto. Todos clamaban que era contra fuero el mandar á Aragon tropas de Castilla, y reclamó el vecindario, y nobles y plebeyos creyeron conculcados los privilegios del país si en la capital penetraba Vargas con sus tropas.

La revolucion es, en efecto, una bola que con fuerte impulso se arroja por una pendiente llena de sendas y plagada de cortaduras y derrumbaderos, que casi siempre va á parar á donde no piensa el mismo que la arroja, sin que sea posible fijar el sitio en que se detendrá.

No sabemos qué partido podia adoptar el poder real en tan críticas circunstancias. Las autoridades clamaban á toda hora temiendo á la inseguridad en que estaban y el peligro que corrian; y si el rey mandaba tropas para protegerlas y restablecer el órden, clamaba la multitud que se quebrantaban los fueros. ¿Qué son estos entonces, si cuando las autoridades están vilipendiadas, escarnecidas é inseguras; si cuando la gente de órden ve amenazados sus hogares y expuestas sus personas, el gobierno, sea cualquiera su forma política, no puede hacer uso de los medios materiales que para restablecer el imperio de la ley tiene todo gobierno, sea cualquiera el sistema por que una nacion sea regida?

La generalidad, no ya los venales amotinados que libertaron á Perez, trató de ponerse en armas y se apoderó sin dificultad de las que el rey habia mandado depositar en lugar seguro, al mismo tiempo que varios hidalgos pedian á los diputados y al Justicia saliesen á la defensa de los fueros.

El virey, que era el más directamente comprometido, mandó á D. Alonso de Vargas un emisario para rogarle no se acercase á la ciudad hasta recibir nueva órden del rey; y al mismo tiempo y con pocas horas de diferencia despachó á la córte dos correos, para suplicar encarecidamente al soberano revocase la órden que habia puesto en combustion á Zaragoza; pero añadia que en

el caso de persistir S. M. en que el ejército avanzase, se dignase avisarle con tiempo, para encerrarse con la audiencia y consejos en la Aljafería.

En el estado de confusión en que la capital se hallaba, consultó la diputación con sus letrados, y con algunos más por extraordinario, los cuales decidieron que la entrada de las tropas sería contra fuero.

Apyados en este dictámen, la diputación, unida á la córté del Justicia, declararon ser contra fuero la entrada de ejército formado en Zaragoza, y su obligación de repeler la fuerza con la fuerza. A esta decisión siguió la órden del armamento general del reino y la convocatoria á todas las ciudades y villas, á los títulos y caballeros, para que acudiesen con sus hombres de armas y soldados, artillería, caballos, arcabuces, etc.

No se limitaron á esto: llamaron á la temible gente de la montaña, y á guisa de nación que amenazada por el extranjero recuerda á otras potencias limitrofes sus pactos y alianzas, Aragon reclamó el auxilio de Cataluña y Valencia, que si bien entonces formaban un reino, habian en otro tiempo sido estados independientes, y formaban, por decirlo así, y para casos análogos, una verdadera confederación con los aragoneses.

La resistencia no podía ser mayor ni más manifiesta; los súbditos se preparaban á luchar á mano armada con su señor natural, y daban á entender los amotinados que en habiendo fueros en un país, podian quedar impunes todos los desmanes y los más inauditos crímenes. Si el rey quedaba derrotado en la infanda lucha, ¿qué sucedería á semejante desastre? O tendría que sufrir el soberano las condiciones que se le quisieran imponer, y quedar escarnecido y desautorizado, ó quizá al vencimiento seguiría la independencia de Aragon y el separarse este hermoso reino del resto de la monarquía, destruyendo la grande obra del rey católico y presentando un fatal ejemplo á los demás reinos de que aquella estaba formada. Eran las circunstancias por el extremo críticas, y pocas veces el rey y sus ministros, durante el largo reinado, se habian visto en mayor conflicto y en tan gran perplexidad.

D. Alonso de Vargas esperaba órdenes, y el virey instaba al rey para que convocase las Córtes aragonesas en Calatayud, las cuales, prorogándolas de dia en dia, podian contribuir á encontrar un remedio que tan necesario era y tan distante parecia.

En tanto en Zaragoza se nombraban los individuos que habian de componer el consejo de guerra, se daba el cargo de maestre de campo general á D. Luis de Bordají; se encomendaba la artillería á D. Pedro de Bolea y la caballería á D. Diego

de Heredia. La gente de la montaña quedó al cuidado y gobierno de D. Martín de La Nuza, una de las pocas personas decentes que tomaron parte en el movimiento llamado malamente popular que dió por resultado la libertad de Antonio Pérez. En tal conflicto puso al rey y al reino el funesto ex-ministro de Estado.

Por desgracia, había ya fallecido el sensato y caballeroso La Nuza, el Justicia mayor, autoridad que fué en otro tiempo el ídolo de los aragoneses, á quien pisotearon, atropellaron y vejaron los llamados defensores de los fueros. Hábiale sucedido su hijo, D. Juan de La Nuza también, Justicia mucho más manejable que su padre, así por su falta de carácter como por la irreflexiva precipitación, hija de la falta de experiencia y de los pocos años.

El rey, prudente cuanto pudo ser, no mandó avanzar á Vargas: deseando que la terrible crisis terminase sin trastornos y sin sangre, mandó entrar en Zaragoza al marqués de Lombay, D. Francisco de Borja y Centellas, el cual llevaba una larga y minuciosa instrucción para proceder de modo que se restableciese la tranquilidad.

Las palabras de Lombay estaban de acuerdo con las de Vargas, al contestar este á una comisión del virey y de los diputados de Aragón, que avanzaron hasta Frescano, en donde Vargas estaba esperando órdenes; y este último, lo mismo que Centellas, aseguraba que el primer objeto del rey era la conservación íntegra é incólume de los fueros.

Creyendo suficientes para tranquilizar los ánimos las palabras del de Lombay y de Vargas, este avanzó con sus tropas en dirección de Zaragoza, y el Justicia con el diputado D. Juan de Luna y Juan de Metelí, jurado, se adelantaron á detenerlas en su camino.

Comenzaba entonces á ser crítica la situación de los diputados, jurados y demás personas comprometidas en el movimiento. Ni Cataluña ni Valencia habían respondido al llamamiento de Aragón; y lo que es más extraño aún y puede admitirse como prueba de que no era la defensa de los fueros el verdadero objeto de la revolución, casi ninguna ciudad importante del reino, fuera de Teruel y Albarracín, secundó de una manera activa y fuerte á los de Zaragoza.

El Justicia mayor, desemejante á su padre en la prudencia y en el ánimo, tuvo bastante carácter para comprometerse de una manera que le costó bien cara, y en el momento decisivo fué tan débil, ó poco valeroso, que al frente de la tropa que acaudillaba abandonó su puesto vergonzosamente, dejó desamparado



el estandarte de San Jorge, veneranda enseña aragonesa, y hasta arrojó la cota que por defensa llevaba. Dió despues por disculpa, hallándose en Epila á donde fué desde Utebo, lugar de la derrota, la poca é indisciplinada gente (dos mil) que llevaba; mas esto debió mirarlo antes de salir de Zaragoza, para no perder la reputacion y la vida.

Como Luna y Meteli acompañaron á La Nuza en su fuga, sus soldados se desbandaron, y D. Alonso de Vargas penetró en Zaragoza con sus tropas el día 12 de Noviembre, sin que ningun castigo, atropello ni desman señalase la entrada del general castellano en la capital de Aragon. Aquel escribió al rey dándole parte y excitándole á que diese un perdon ámplio y general, sin más excepciones que las puramente precisas, ya que el escándalo y la desobediencia tan grandes habian sido.

Todos los principales caudillos de la revolucion huyeron y se mandaron tropas en su busca, así como en persecucion de Perez, á quien se suponía aún en Aragon. El Justicia y algunos otros se presentaron á las autoridades del rey.

Hasta aquí hemos dado toda la razon y la justicia á la autoridad real: sentimos no poder aplaudir despues la conducta de Felipe II; pero nuestro deber y nuestra imparcialidad no nos permiten atenuar ni desfigurar los hechos.

Creemos al Justicia mayor de Aragon merecedor de un ejemplar castigo; porque se aumentan los grados de un crimen, cuanto son mayores la importancia y autoridad de la persona que le ha cometido. Felipe II era rey legítimo de Aragon, reconocido y jurado por todo el reino, y al empuñar el Justicia las armas y el estandarte para combatir al frente de tropas rebeldes á las del rey, que iban á castigar verdaderos crímenes cometidos en Zaragoza, aunque no por todos ni por muchos zaragozanos, delinquirió lo bastante para ser severamente castigado. Debíó, empero, ser juzgado y castigado instantáneamente, y no despues de haberle dejado funcionar durante algunos dias en el pleno ejercicio de su elevado cargo. Si era delincuente, no se debió consentir en que un solo dia, un solo momento, funcionase como primera autoridad del reino; si no lo era, no merecia castigo: además, bastábale haberse presentado, para que, aun en el caso de ser criminal, como en nuestro concepto lo era, la pena se atenuase. Nunca debe abusarse de la agena confianza, y la clemencia, cuando recae sobre corazones nobles y elevados, como debia serlo el del jóven La Nuza, que obraria probablemente más que por voluntad por falta de ánimo para resistir á la revolucion, es agradecida y produce muy buenos resultados.

Presentóse, pues, el Justicia, tomó de nuevo posesion de su



elevado cargo y continuó funcionando con su córte durante algunos dias.

Era la hora del medio dia, pasados algunos de haberse restablecido el órden, cuando al salir del palacio de la diputacion don Juan de La Nuza con sus tenientes, se aproximó á aquel el capitán D. Juan de Velasco, seguido de sus arcabuceros, y le intimó se diese á prision en nombre del rey. En el mismo dia fueron presos el duque de Villahermosa y el conde de Aranda. Dícese que lo fueron *con el mismo artificio y engañosa traza* que el Justicia. Nada de artificio ni de traza engañosa encontramos, puesto que se verificó la prision en pleno dia y en medio de la calle. Lo reprobable es, sin duda alguna, el no haber verificado las prisiones en el acto de presentarse los que despues fueron presos, ya que no se les indultó.

La Nuza fué primero llevado á la morada del general Vargas, despues á la del maestro de campo Bobadilla, y en la noche del mismo dia se le notificó la sentencia de muerte. Protestó el sentenciado, diciendo que no podia ser su juez el rey *sino en union del reino*; mas no fué oido.

Acto continuo se erigió el cadalso en la plaza del Mercado, los tercios se pusieron sobre las armas, excepto el que formó el cuadro en torno del patíbulo, y se tomaron las boca-calles con artillería.

Al rayar el alba fué sacado de la prision en un coche D. Juan de La Nuza, y despues del pregon de costumbre, por el cual se publicaba la sentencia en que se mandaba cortar á aquel la cabeza, confiscar sus bienes y derribar sus casas y castillos por haber levantado banderas contra el rey y su ejército, la sentencia fué ejecutada.

Diremos una vez más que no encontramos motivo para decir cuanto se ha dicho sobre este desgraciado incidente, como hemos repetido al tratar de otros análogos; porque en el siglo XIX se ha procedido del mismo modo que en el XVI y en los anteriores; y como la repeticion de lo que no debe hacerse no puede santificar ni aun justificar un hecho que en sí no sea bueno, no diremos que Felipe II obrase bien; nos limitaremos á decir que, bien ó mal hecho, el hacer armas contra el poder legítimamente constituido, siempre ha costado la cabeza. Dirásenos que los fueros debian ser respetados; pero á esto contestaremos que habiendo llegado las cosas al extremo que en Zaragoza llegaron, no habia otra alternativa que dejar á Aragon en libertad de sublevarse siempre que lo creyese necesario, exponiéndose á perder más pronto ó más tarde el reino, ó hacer un ejemplar castigo que intimidase al vulgo para lo porvenir. Lo que sí nos parece muy reprobable

ble, y hasta poco noble, es el no haber ejecutado el castigo inmediatamente, y el haber dado motivo para que el reo, de haber hecho armas contra el rey, se creyese perdonado y restituido para siempre al libre ejercicio de su autoridad. Dicese que al saber la desgraciada ocurrencia Antonio Perez dijo *enérgicamente*: ¡*Fué ajusticiada la justicia!* Valiérale más no haber dado margen, primero con sus crímenes, y con su dinero despues, á que *la justicia fuese ajusticiada*.

En cuanto al duque de Villahermosa y al conde de Aranda, solo podemos decir que fueron llevados al castillo de Búrgos el primero, y el segundo al de Coca, despues de haber estado en el de la Mota de Medina, y ambos murieron en las respectivas prisiones, antes de que se hubiese terminado la causa y pronunciado sentencia contra ellos.

Murieron tambien, en virtud de sentencia judicial, D. Diego de Heredia, D. Juan de Luna, el baron de Bárboles, D. Miguel de Gurrea, primo del duque de Villahermosa; D. Antonio Ferriz de Lizana, D. Juan de Aragon, pariente del conde de Sástago; D. Martin de Bolea y otros caballeros, así como varios artesanos, labradores y gente de inferior condicion. D. Martin de La Nuza, que figuró siempre con Gil de Mesa á la cabeza de las turbas, y acaudilló despues la gente de la montaña, fué tambien sentenciado á la última pena; empero, lo mismo que su compañero *Mesa*, tuvo el *apreciable* don que han tenido otros más modernos revolucionarios, de comprometer á los demás y saber ellos salvarse á tiempo. Cuando quisieron prenderle, estaba en Francia, como Perez, Magiorini y Mesa.

Las casas de D. Juan de La Nuza y de los demás nobles ajusticiados fueron derruidas, y Zaragoza permaneció durante muchos dias aterrorizada y cubierta de luto.

Como el pueblo tiene don especial para lanzar epigramas, decir chistes é inventar proverbios, aun en medio de las más aciagas y tristes circunstancias, segun un manuserito que á la vista tenemos, entonces tuvo origen el vulgar refran que dice: *Tambien al verdugo ahorcan*; porque *Juan de Miguel*, ejecutor de la justicia en Zaragoza, fué tambien ahorcado por su ayudante.

Pero hemos avanzado más de lo que debiamos, por no interrumpir la narracion de unos sucesos que no es posible referir separados.

AÑO 1592.

## ZARAGOZA.

Al terminar el año anterior se publicó el perdón general para todos los demás que habían delinquido y quedado prisioneros al huir el Justicia y los dos que le acompañaban de Utebo á Epila. Se exceptuaba del perdón á los clérigos y frailes, así como los capitanes y alféreces que hubiesen tomado parte en el movimiento, y á ciento diez y nueve personas á quienes tampoco alcanzaba el perdón.

Mudados todos los ministros del santo oficio, se activaron las causas de ciento y treinta personas, de las cuales algunas fueron relajadas, entregadas al brazo seglar y ejecutadas, y la mayor parte condenadas á destierro y á otras penas menores. Antonio Perez fué también sentenciado *por convicto de hereje é incurso en excomunión mayor*; mas como se hallaba ya en Francia, fué quemado en estátua, y sus hijos y nietos por línea masculina fueron inhabilitados para poseer dignidades, beneficios eclesiásticos, etc., así como se les prohibió usar alhajas de oro, plata, pedrería, andar á caballo, llevar armas, con otros pormenores relativos al vestir.

Quisiéramos no parecer lo que en verdad no somos, esto es, defensores de la tiranía. Sin embargo, sin querer ser ni aparentar que somos más imparciales que otros, tenemos el sentimiento de manifestar que muy pocas veces y en muy pocos autores encontramos verdadera, equitativa y justa imparcialidad. Desaprobamos de todo corazón el rigor usado en Zaragoza, no solamente porque nos parece más útil y conveniente en casos dados la clemencia, si que también porque no hubo mucha nobleza en hacer confiar á todos en el perdón y desplegar el rigor pasados bastantes días, y cuando los delincuentes se creían seguros. Pero no por esto podemos aprobar lo que otros autores dicen:

*El hijo consumió la obra del padre. Las armas de Castilla ayudaron á matar los fueros de Aragón, como en expiación de haber abandonado á las comunidades castellanas las armas aragonesas.*

Así se dice al tratar de los tristes acontecimientos ocurridos en Zaragoza en el año 1591. Nosotros encontramos un abismo

de distancia entre la revolucion castellana de 1520 y la aragonesa de 1591; y cuenta que no puede arrastrarnos el espíritu de amor patrio, porque no somos castellanos ni aragoneses.

Una parte de los castellanos sublevados entonces, cometieron crímenes que afearon lo que de noble y grande tuvieron en su comienzo las célebres comunidades; empero su origen fué verdaderamente patriótico, y Aragon y Navarra, y Cataluña y Valencia, y toda España, en fin, debió resentirse y ofenderse de lo mismo que Castilla se ofendió y resintió.

Gravada la península entera con impuestos onerosos é insupportables para satisfacer la insaciable avaricia flamenca; postergados los más hábiles y dignos españoles al verdadero aluvion de extranjeros que por nuestra patria pululaba; el reino entero á merced de personas que ni conocian las necesidades de aquel, ni lo que le convenia ó era nocivo; sin cariño hácia un país que no era el suyo y sin más objeto que explotarle y empobrecerle para enriquecerse en poco tiempo, era forzoso oponer un dique al impetuoso torrente de allende, y hacer entender á los que oprimian á los españoles y conculcaban sus leyes, que el español es naturalmente generoso, liberal y magnífico, pero mal sufrido cuando se trata de vejarle y oprimirle. ¿Y qué pudo haber de comun ó de análogo entre lo que de referir acabamos y la revolucion de Zaragoza en 1591?

Un ex-ministro fugitivo de Castilla acusado de concusionario; de haber tomado dinero á manos llenas por dar los más pingües empleos y por conservar en ellos á los que una vez los obtenian; acusado de haber hecho asesinar á D. Juan de Escobedo; de haber envenenado á un clérigo, á un pariente del alférez Enriquez, y á Morgado, con todos los demás delitos de que el lector tiene ya noticia. Y porque el delincuente, aunque subió al poder sin fortuna, tiene ya bastantes bienes para desparramarlos en obsequio de su vida y de su libertad; porque cuenta con un hombre activo, que no comeria poco con aquellas revueltas, que reparte entre los que en todas partes son materia dispuesta para todo, y entre los que infelizmente comprometen su vida por ganar algunos miserables reales; porque sabe agitar desde la prision con escritos á las turbas, y Gil de Mesa con palabras para hacer que la revolucion estalle, sin más objeto que salvar á Perez, hemos de llamar *fuéristas* á los que pisotean y atropellan al Justicia mayor y hacen huir por tejados y desvanes á sus primeras autoridades, y acuchillan y atropellan al representante del rey! ¿Cuál fué el objeto de la revolucion castellana, y cuál el *de una parte* de los zaragozanos que se sublevaron? ¿Puede compararse esta revolucion con aquella? ¿No deberemos hacer abstraccion y

separar completamente á los *verdaderos fueristas*, á los aragoneses verdaderos amantes de su patria, de los hombres venales que conculcaron las leyes y atropellaron al Justicia y á las demás autoridades? Dirásenos que despues tomaron parte en la revolucion algunas personas de valia, que no pudieron ser venales: así fué, en verdad, responderemos; mas eso se debió á la habilidad del astuto y sagaz Antonio Perez, cuya tendencia fué siempre, como muy claramente de los hechos se deduce, á mezclar y hacer una cosa misma de su defensa y de la conculcacion de los fueros. El dinero podia acabarse, y con él desaparecer los defensores, ó sin que sucediese aquello, ser vencidos estos, porque llegasen á decidirse contra ellos en defensa de la razon y de la justicia las personas de valia que en Zaragoza moraban. Si al venerable La Nuza no hubiera sucedido su hijo, tan poco semejante á su padre, quizá las cosas no hubieran llegado al extremo que desgraciadamente llegaron. Creemos firmemente que si el anciano Justicia no hubiese fallecido, el estandarte de San Jorge no se hubiera empuñado para hacerle tremolar contra el estandarte real; y de un modo ó de otro, Felipe II se vió en el caso de castigar ejemplarmente el hecho de haber violentado el sagrado de una cárcel, libertado á un criminal encausado, asesinado ó acuchillado por lo ménos á su representante Almenara, hecho armas contra su ejército, con todos los demás delitos de que el lector ya tiene conocimiento, ó resignarse á ver cada día y por cualquier motivo un nuevo movimiento, y quizá, como más de una vez hemos dicho, á perder aquel reino. Y debió castigar tambien, como rey de Aragon, á los que atropellaron al Justicia mayor é hicieron fuego al Zaldmedina y al gobernador, que tales eran los que se llamaban fueristas, ultrajando solo con esto á los aragoneses verdaderos patrios. En lo que no hizo bien Felipe II fué en dar cierto aire de innoble y poco franco al castigo, por las razones que ya hemos expuesto, así como tampoco debió castigar á tantos, ni hacer tantas excepciones al publicar el perdon.

Llegado el mes de Junio, celebráronse Córtes en Zaragoza. Presidiólas en nombre del rey D. Andrés de Bobadilla, arzobispo de Zaragoza; mas como pocos dias despues falleciese este prelado, fueron nombrados por Felipe II para representarle el que á la sazón hacia de Justicia de Aragon, el Dr. D. Juan Bautista de La Nuza, y Juan de Campi, regente, en union con el Dr. Gerónimo Perez de Nueros, abogado fiscal.

Antes de que se cerrasen las sesiones se trasladó el rey á Zaragoza, acompañado del príncipe D. Felipe, el cual fué jurado; y él á su vez juró, segun costumbre.

En las Cortes de Zaragoza se otorgó al rey un servicio de seiscientas mil libras jaquesas; se modificaron los fueros; se ampliaron las facultades del rey para el nombramiento de los diez y siete Iudicantes; quedó de nombramiento real el elevado cargo de Justicia mayor de Aragón, pudiendo el rey nombrarle y deponerle libremente, con otras determinaciones análogas, á las que se dió solemnemente el carácter de perpetuidad, á excepcion del nombramiento de virey que no fuese aragonés, pues aunque se dió al rey facultad de nombrarle de donde quiera que fuese, se restringió aquella facultad expresando que solo tuviese valor hasta la reunion de las próximas Cortes.

Terminadas las sesiones, el rey dió orden para que evacuase á Zaragoza el ejército castellano, aunque dejó alguna fuerza dentro de la Aljafería, por si acaso de nuevo se turbaba el orden, y despues regresó á Castilla.

En cuanto á Antonio Perez, segun datos sacados de la biblioteca de la real Academia de la Historia y de diversos autores, salió escapado de Zaragoza en la tarde del 24 de Setiembre de 1591, despues de libertado por los amotinados.

«Durante la noche anduvo nueve leguas en direccion de las  
» Cinco-Villas, y habiendo despedido á los que le acompañaban,  
» se quedó en un monte solo con Gil de Mesa. Allí estuvo escondido tres dias, sin más alimento que pan y vino: de noche salia  
» á buscar agua. Noticioso de que el gobernador habia enviado  
» gente en su busca, retrocedió del camino de Roncesvalles que  
» ya habia tomado para refugiarse en Francia. En este conflicto  
» le avisó y aconsejó D. Martin de La Nuza que se volviese á Zaragoza, donde se prometia salvarle mejor que en la montaña.

» Entró Antonio Perez en Zaragoza el 2 de Octubre y estuvo escondido en la casa del D. Martin, hasta que aproximándose  
» D. Alonso de Vargas con su ejército y no creyéndose seguro, se volvió á salir (10 de Noviembre) dos dias antes que entraran  
» las tropas, burlando la vigilancia de la inquisicion.

» Logró pasar el Pirineo y llegó á Bearne el dia 24 de Noviembre, donde se presentó á la hermana de Enrique de Borbon, despues Enrique IV, á quien anticipadamente habia escrito pidiéndole asilo y amparo por medio de su amigo y confidente  
» Gil de Mesa. Recibióle muy bien en Pau la princesa Catalina.  
» Los agentes de Felipe II, noticiosos de su ida á Francia, le hicieron proposiciones de arreglo para ver de traerle á España;  
» pero él, con noticia del rigor con que se castigaba en Zaragoza á sus favorecedores, no se determinó á regresar á España.»

Por si alguno de nuestros lectores dudase todavía de si fué ó no fué el ex-ministro en más de una ocasion malvado, le hare-

mos ver que, para que nada le faltase, quiso tambien anegar en sangre á su propia patria trayendo á su seno la guerra, con cuantas calamidades son á aquella inherentes. Proseguimos copiando datos innegables:

» En el mes de Febrero de 1592 Antonio Perez y sus amigos consiguieron que la princesa Catalina les ayudase con algunos capitanes y gente de guerra. Hicieron una entrada en Aragon por uno de los valles del Pirineo y llegaron hasta la villa de Biescas: pero acometidos por la gente de Huesca y Jaca y por D. Alonso de Vargas con una parte de su ejército, fueron rechazados y obligados á volverse á Bearne con gran pérdida. Allí fueron cogidos algunos de los amigos de Perez, y ajusticiados despues en Zaragoza. En verdad que no podrán tacharse de injustos estos castigos.»

Hallábase á la sazón en guerra Felipe II con el rey de Francia (Enrique IV), que era muy sagaz y excelente político, y comprendió el gran partido que podria sacar del proscrito español. Este, miserable como estaba, deseaba entrar al servicio del francés; avistáronse en Tours, y como ambos deseaban una cosa misma, fácilmente se entendieron. El partido que el rey de Francia podria sacar de un ex-ministro de Estado, poseedor en otro tiempo de todos los secretos y de la confianza del rey de España y tan resentido con él á la sazón, el lector sabrá evaluarle.

No queremos ni debemos seguir á Antonio Perez en su vida de proscrito, porque ni hace á nuestro propósito, ni nos agrada referir la vida de un hombre que no supo ser español antes que agraviado.

Vivió al lado de Enrique IV, siendo su hombre de confianza y disfrutando de una pension de *cuatro mil escudos*, sirviéndole no solo con sus *revelaciones*, sino tambien en negociaciones delicadas; y demostró tanto talento y actividad, que un dia Enrique IV, comiendo con el ex-ministro español, dijo á este: *Por fuerza vuestro rey os querria mucho cuando érais su ministro; á lo que Perez contestó prontamente, á pesar de estar hablando con un rey: Señor, los reyes á nadie quieren.*

Contrajo Perez el nuevo *mérito* de trabajar cuanto le fué posible para estrechar la alianza de Francia é Inglaterra *contra España*; y cuando vió que todos sus esfuerzos se habian estrellado contra la paz establecida entre Enrique y Felipe en Vervins, tuvo tan poca delicadeza que pidió, pero no logró, ser comprendido en la paz. Por causa de un hombre como Perez, sufrió Zaragoza los crueles dias de pesar y de luto y las calamidades que antes hemos descrito.



Muerto Felipe II, con más imprudencia de lo que debía esperarse de un hombre tan sagaz como Perez, renunció este la pensión que Enrique IV le daba; y para congraciarse con Felipe III, pasó á Londres con el objeto de negociar la paz entre España é Inglaterra. Villeroy, empero, ministro de Enrique, dió á dicha última potencia muy malos informes de Perez, el cual, viéndose perdido, acudió al rey de Francia para que le devolviese la pensión, gracia que no pudo alcanzar; ni alcanzó tampoco el perdón del hijo de Felipe II, aunque puso por medianeros á varios importantes personajes españoles.

El resto de su vida lo pasó miserablemente, acompañado siempre de Gil de Mesa, que al ménos fué fiel en su amistad, y de Manuel Don Lope, ambos aragoneses y caudillos del motín de Zaragoza en 1591.

En 1611 pidió se le permitiese presentarse ante la inquisición de Zaragoza, ó ante el tribunal del santo oficio que se le prefijara; pero tampoco se accedió á esta petición; y en dicho año, sintiéndose gravemente enfermo, hizo escribir á su amigo Gil de Mesa, por no poderlo verificar por sí mismo, una declaración en la que aseguraba haber sido siempre cristiano católico y que moría como tal en el seno de la Iglesia.

El día 3 de Noviembre de 1611 falleció, siendo de edad de setenta y dos años. Despues (año 1613) en virtud de diligencias practicadas por la viuda é hijos del difunto ex-ministro, fué rehabilitada *su buena fama y memoria*, y se declaró á sus hijos y descendientes legítimos, hábiles para ejercer cualquier cargo público y honroso.

## FRANCIA.

Debemos ahora volver á atrás la vista, puesto que á pesar de nuestros deseos y voluntad no siempre podemos seguir un orden exactamente cronológico, aunque rara vez nos sepáramos de él, porque no siempre la relacion de los sucesos puede ser interrumpida año por año. En el de que vamos á ocuparnos, coronó el gran Alejandro Farnesio su carrera militar con la brillantísima campaña de Francia. Despues de haber sido siempre vencedor, jamás vencido; despues de haber hecho que volviesen á la obediencia del rey casi todas las provincias que encontró rebeladas; despues de haberse mostrado superior á todos los generales de su siglo en infinitas ocasiones y muy especialmente en el memorable sitio de Amberes, faltábale vencer al célebre Enrique IV,

gran caudillo entre los grandes caudillos, para coronar de imitable modo su brillantísima carrera militar, antes de que terminase su gloriosa y corta vida. Esta, por desgracia, tocaba ya á su término; y no será por cierto la llorada muerte del duque de Parma el suceso que con ménos disgusto y sentimiento escribamos. Duélenos, en efecto, que tan eminente varon, valeroso y humano, hábil y grande en todos conceptos, no hubiese sido eterno; y al recordar los hechos, carácter y circunstancias del gran Farnesio, podemos decir con un manuscrito anónimo: *Algunos hombres no debían nacer, y otros no debían morir*. Pero pasemos á tratar de la campaña de Francia.

Cuando en el año 1584 falleció Francisco de Valois, duque de Anjou, antes de Alençon, los franceses católicos temieron que la corona de San Luis pasase á ceñir las sienes de un hereje. Enrique III no tenía hijos, y el de Anjou había muerto soltero. Quedaba, pues, como más inmediato heredero de Enrique III, el príncipe Enrique de Borbon, que por ser hijo de Juana d'Albret se titulaba rey de Navarra, aunque solo era en realidad príncipe de Bearne.

Enrique de Borbon era hereje y entusiasta caudillo de los hugonotes; y como el pueblo francés, además de una buena parte de la nobleza, era cordialmente católico, no quería admitir á un rey hereje. Además, los reyes de Francia al empuñar el cetro juraban mantener y defender la religion católica, y sin prestar este juramento no podían ceñir la corona. En este conflicto, los católicos eligieron para suceder á Enrique al cardenal de Borbon, declarándole primer *príncipe de la sangre*.

Aprobó Felipe II esta determinacion; y manifestándose francamente protector de la santa liga, celebró con los Guisas, que eran los jefes del partido católico, un tratado, cuyos principales artículos eran los siguientes:—1.º El cardenal de Borbon sucedería á Enrique III en el trono, si el último fallecía sin dejar hijos.—2.º Se excluía de la sucesion á todo príncipe hereje, ó fautor de herejía.—3.º Se restauraría la religion católica romana, y se mantendría sin consentir el ejercicio de ninguna secta.—4.º El rey Felipe II protegería al cardenal de Borbon, y á la familia Guisa y á cuantos formaban la santa liga.—5.º El cardenal de Borbon devolvería al rey de España todas las plazas que le habían quitado los herejes y le auxiliaria para acabar de someter á los rebeldes de Flandes.

Tales eran los principales artículos que Juan Bautista de Tarsis y Juan Moreo firmaron en representacion del rey de España.

Enrique III continuaba con su política indecisa y vacilante,

desagradando y agradando alternativamente á los católicos y á los hugonotes; y al mismo tiempo que dió grandes esperanzas á los herejes de Flandes al ofrecerle la soberanía de los Países-Bajos, no se determinó á aceptar aquella, enemistándose más, por lo primero, con los católicos, y con los hugonotes por lo segundo.

Excomulgó el Pontífice Sixto V al príncipe bearnés, y este, con los Borbones y el príncipe de Condé, publicó un manifiesto tan insolente é insultante en respuesta al anatema de la Iglesia, que en él se leyeron con general escándalo los más infames epítetos aplicados al vicario de Jesucristo, llamándole hasta sacrílego, tirano y *verdadero Antecristo*.

El manifiesto fué la mecha aplicada á la preparada mina: comenzó la *guerra de los tres Enriques* (el III de Francia, el de Bearne y el de Guisa), OCTAVA de las civiles que sufrió la Francia á consecuencia de las contiendas religiosas.

El mayor enemigo del rey de Francia era él mismo, que cada día se hacia más odioso, así por sus relajadas costumbres, como por su afán de enriquecer á sus innumerables favoritos á costa de sacrificar al pueblo; y al mismo tiempo que hacia gala de su licenciosa y repugnante vida, continuaba disciplinándose y cantando las horas canónicas. Esta escandalosa hipocresía no impidió á los doctores de la Sorbona el declarar *que era lícito quitar al monarca el gobierno, puesto que no sabia cumplir con su deber, del mismo modo que se podía quitar la administracion de bienes á un tutor sospechoso*.

El estado de combustion, de intranquilidad y de alarma en que Francia se hallaba, era insostenible; y los católicos solo se ocupaban de encontrar un arbitrio para quitar el cetro al imbécil monarca.

Este, sabedor de que se hallaban en Paris muchos millares de paisanos secretamente armados y dispuestos á proclamar al duque de Guisa, prohibió á este penetrar en Paris. El de Guisa, sin curarse de la prohibicion, entra solo en la capital, y es recibido con los gritos de *¡Viva el duque de Guisa, el defensor de la Iglesia!*

Fuése derecho el noble duque á visitar á Catalina de Médicis; la manifestó que su intento al quebrantar la órden no era otro que el de justificarse de las calumnias contra él lanzadas, y aquella mujer simulada y astuta consiente en presentarle á Enrique III.

Comenzó el rey por reprender al duque por su desobediencia, y este dió sus disculpas; mas comprendiendo las consecuencias de su temeridad al notar las miradas, como de inteligencia, dirigidas por el rey á sus favoritos que estaban al frente de los guar-

dias denominados los *Cuarenta y cinco*, al despedirse se acercó á Enrique III, y con toda la energía de que era capaz le dijo en voz sumisa: *Advierto á V. M. que si no salgo salvo é ileso del Louvre, mi muerte no impedirá la vuestra y la ruina de cuantos ahora os rodean.*

Fuese buena ó mala la intencion del rey, que buena no seria segun despues veremos, él mismo acompañó al duque de Guisa, dándole las mayores pruebas de cariño y de afecto.

Era imposible, empero, el contener al pueblo tan vejado y oprimido, al ver en medio de Paris á su ídolo, el de Guisa. Dióse el grito de alarma, y comenzó la jornada llamada *de las barricadas*, que duró casi dos dias, en la que fueron vencidas las tropas reales, incluso cuatro mil escogidos suizos que formaban la guardia del rey. Estos más bien que vencidos, fueron pasados; porque volvieron las culatas, gritando: *¡Tambien somos católicos!*

Entonces el duque de Guisa fué tan noble y leal, ya lo hemos anunciado tiempo hace, que pudo colocar sobre sus sienes la corona y no lo hizo: lejos de hacerlo, y sabiendo cuán poderosa era su voz si queria hablar al pueblo, le hizo deponer las armas, y aseguró la diadema en la frente de Enrique III, el cual á morir con honor y dignamente prefirió la huida, dirigiéndose á Chatres.

El cardenal de Lorena, hermano del duque de Guisa, dijo á este: *Malo es comenzar estas cosas; pero es harto peor comenzarlas y no concluir las.* El duque de Parma pensó del mismo modo, aunque al recibir la noticia, se expresó con distintas palabras diciendo: *El que al acometer ciertas empresas se decide una vez á desnudar la espada, debe arrojar muy lejos de sí la funda.*

Ambos, el de Lorena y el de Parma, dijeron bien: firmóse el *edicto de union*, negociado por la pérfida Catalina de Médicis con el noble duque de Guisa. Este, que no podia suponer en el rey ni en su madre Catalina, las infames y traidoras intenciones de que se avergonzaria toda persona honrada; por inferior que fuese su posicion social, acudió al palacio de Blois, para donde fué convocado por el rey, como individuo del Parlamento. Allí, para eterna vergüenza de la memoria de tan funesto rey, el mismo que le salvó la vida y le aseguró la corona fué villanamente asesinado. El noble y valeroso Enrique, duque de Guisa, pereció á manos de los *Cuarenta y cinco*, convertidos en sicarios de su señor. Este horrible y repugnante hecho hizo verdaderas las palabras del cardenal y del duque de Parma.

Pero era poco todavía el haber dictado el feroz y traidor ase-

sinato: el ingrato, imbécil y degradado rey, fué bastante miserable y cruel para acercarse al inanimado cadáver de su salvador, y dándole con el pié, dijo contemplándole casi con miedo: *¡Dios mio!.... ¡Qué grande es! ¡PARECE MÁS GRANDE MUERTO QUE VIVO!!!* Quizá el *libertino eremita* dijo lo que no quiso; porque, en efecto, el sacrificado duque fué más grande para los católicos, en diverso sentido del que quiso expresar su asesino, despues de muerto.

Pocos dias despues hizo asesinar tambien, por mano de los más bajos criados del Louvre, al cardenal de Lorena, hermano del duque de Guisa.

Hallábase á la sazón enferma la reina Catalina, y su hijo Enrique fué á visitarla. Dijole aquella que se hallaba un tanto aliviada, á cuyas palabras el rey contestó con diabólica sonrisa: *Tambien yo estoy mejor; habiendo hecho morir al bello rey de Paris, he vuelto á ser rey de Francia.* Entonces la diabólica mujer repuso: *Vous avez bien TAILLÉ; mais il faut COUDRE MAINTENANT. Habeis CORTADO bien; pero ahora os resta COSER.*

Los asesinatos de los Guisas, lejos de haber sido *un buen corte*, fueron el golpe de gracia para el envilecido Enrique III, que *no tuvo tiempo para coser*. El pueblo públicamente y á voz en grito solo le llamaba *villano Herodes*; los doctores de la Sorbona declararon absueltos á todos los franceses del juramento de fidelidad prestado á *Enrique de Valois*, EN OTRO TIEMPO REY; los sacerdotes y religiosos predicaban en los templos, en las plazas y en las calles contra el asesino de los Guisas; Paris ofreció á la Europa católica el inusitado y conmovedor espectáculo que presentaba una procesion de CIEN MIL niños de ambos sexos, vestidos de blanco, que apagaban con los piés los cirios que en las manos llevaban, exclamando: *Permita Dios que así perezca y se extinga cuanto antes la dinastía de Valois.* Y no tardó muchos dias en fallecer Catalina de Médicis, de odiosa y funesta memoria; ni faltó quien desde el púlpito puso en duda *si la Iglesia católica* debería rogar por ella, concluyendo por decir: *En fin, puede rezársele un Pater noster y un Ave Maria por caridad, Y POR SI LA SIRVE DE ALGO.*

Cuando Enrique III, en medio de la deshecha tormenta que sobre su cabeza se agitaba y rugía, desfogaba su impotente saña haciendo trasladar presos al castillo de Amboise al cardenal de Borbon, al príncipe de Joinville, primogénito del desventurado duque de Guisa, y á los duques de Nemours y de Elbeuf, los católicos nombraban lugarteniente general del reino al duque de Mayenne, hermano menor de los Guisas.

Viéndose, empero, Enrique aislado y expuesto, juntó el ejército que le fué posible reunir, y le unió al del hereje Enrique de Borbon, que no vaciló en auxiliarle, como que de él esperaba la corona de Francia.

Reunieron entre ambos cerca de cuarenta mil hombres; con ellos sitiaron á Paris, y el desalentado rey desde su campamento, á guisa de inspirado profeta, predecia la ruina de la populosa ciudad (como posteriormente otro rey, francés tambien, no soberano de Francia, amenazaba á la bella Barcelona desde sus reales), cuyo fin seguramente no habia de ver. La maldicion de los inocentes niños que al cielo pedian la extincion de la casa de Valois estaba para cumplirse.

A deshora se presenta un fraile de Santo Domingo en los reales, y dice á la vanguardia que le es necesario hablar al rey, porque tiene que entregarle una importante carta que lleva de Paris. Admítele el monarca, dobla la rodilla el humilde religioso, le entrega la carta, y al comenzar el primero á leer esta, el segundo, con un buido cuchillo de dos filos, hiere á Enrique III en el vientre, y levantando el arma matadora, le destroza las entrañas.

Seria inútil decir que el regicida quedó hecho pedazos en el acto por los guardias del rey, mezclándose la sangre del sacrificador con la de la víctima. Llamábase aquel Jacobo Clemente, y era tan poco atendido entre sus compañeros, que le consideraban nulo para todo; y la historia le califica de *hombrecillo sutil y de ninguna sustancia*.

En cuanto al rey de Francia, á pesar del destrozo hecho por el mortífero cuchillo, aun vivió cerca de dos dias, durante los cuales se confesó y reconcilió diversas veces, y espiró cristianamente, dejando la corona al príncipe de Bearne, Enrique de Borbon, cuarto de su nombre.

Tenia este soberano grandes prendas y excelentes dotes para ascender al trono y empuñar muy dignamente el cetro; y los católicos que le conocian, le rechazaban por hereje, pero sinceramente deseaban su conversion para poder admitirle como rey, puesto que de él esperaban el remedio de todos los males en que el último de los Valois habia sumido al reino.

Era además Enrique IV un gran general; y pudiéramos llamarle el mejor de su siglo, á no existir entonces el duque de Parma, que no reconoció superior, porque él lo fué á todos. Baste decir que Enrique IV remedió más de una derrota y la convirtió en triunfo, con solo sus breves y enérgicas palabras y con el ejemplo de su valor. En una de las diversas batallas que sostuvo contra el ejército de la liga, al ponerse el suyo en fuga, dijo

solamente con poderosa voz: *Si no peleais, volved el rostro al ménos para verme morir*; y la fuga se contuvo instantáneamente.

Paris se negó resueltamente á admitir á un rey hereje, y este estrechó el sitio. El hambre llegó á ser tan horrorosa y destructora, que desaparecieron todos los caballos, mulas y caballerías menores, y nada quedó de que no se echase mano para alargar la penosa y mísera existencia. Cuéntase que *treinta mil* personas fueron víctimas del hambre, y ni aun sufriendo tanta desolacion y tanto estrago, querian admitir los de Paris á Enrique IV.

El rey proclamado por los católicos bajo el nombre de Carlos X (el cardenal de Borbon), acababa de fallecer, que era bastante anciano, y parecia que este suceso allanaria las dificultades que se oponian á la admision del heredero de Enrique de Valois; pero ni aun así querian los católicos admitir al de Borbon. Quizá este hubiera abjurado de sus errores, que no estaba distante de hacerlo; mas aunque amable y llano de carácter, no era este á propósito para que se le obligase á hacer por fuerza cosa alguna.

En tanto Felipe II, con más ambicion de la racional y justa, y con ménos prudencia de la que se le atribuia y muchas veces tuvo, soñaba con quiméricos é irrealizables proyectos. Trataba de estorbar á toda costa el que el de Bearne fuese reconocido y admitido como rey; y sabiendo que el Pontífice Sixto V habia entrado en negociaciones con el bearnés, mandó instrucciones al duque de Olivares, embajador español en Roma, á fin de que procurase deshacer cuanto en tal sentido se tratase ó dispusiese.

Nada, empero, se lograba; y fuesen las intenciones de Felipe el verificar un rompimiento con Roma, ó bien fuesen sus amenazas dirigidas á intimidar á Sixto sin intencion de realizar cosa alguna, es lo cierto que al punto que llevó el monarca español las cosas, no sabemos si con intencion ó sin ella, el rompimiento se hubiera verificado, á no evitarlo la muerte de Sixto V, que falleció en 27 de Agosto de 1590.

Ciñó la tiara Urbano VIII, el cual se mostró más favorable á los proyectos de Felipe II, y este no descansaba de dia ni de noche, redactando por su misma mano largas y minuciosas instrucciones que hacia dirigir al duque de Olivares y al embajador en Paris D. Bernardino de Mendoza.

La situacion de la capital de Francia era terrible, y el remedio ni aun se vislumbraba. Eran siete los pretendientes á la corona que tan malparada habia dejado Enrique de Valois. Pretendiala el príncipe Carlos de Lorena, para su hijo el marqués de Pont, que lo era tambien de la princesa Claudia, hermana

mayor de Enrique III; el segundo aspirante era el duque de Mayenne, de la casa de Lorena, y también llamado CÁRLOS, que ejercía por la liga el cargo de lugarteniente general del reino; era el tercero CÁRLOS, duque de Guisa, hijo del asesinado Enrique, y nieto del que también por su catolicismo fué muerto de un pistoletazo, traidoramente disparado por la espalda, según el lector recordará; llamábase también CÁRLOS el cuarto, y conociase por el cardenal de Vendôme, y era sobrino del difunto cardenal de Borbon, rey elegido por los católicos; CÁRLOS Manuel, duque de Saboya, era el quinto, y fundaba su derecho en que descendía de la princesa Margarita, hermana de Enrique III y esposa del IV del mismo nombre; este era el sexto pretendiente y el que más derecho tenía á la corona, y el sétimo era Felipe II, esto es, su hija Isabel, que lo era también de doña Isabel de Valois (la de la Paz), hermana de Enrique III.

Como para ceñir la corona francesa la hija de Felipe II necesitaba ser anulada la ley sálica, comprendía aquel monarca que tanto en Francia como en la córte del Pontífice tendría que luchar con graves dificultades. Los hombres políticos y pensadores creyeron ver en todas las diligencias hechas por el rey de España unas intenciones no muy disimuladas de entablar la pretension en favor de su hija, para acabar por reinar él mismo en Francia.

Si ha de creerse á lo que algun historiador extranjero en sus páginas consigna, los católicos de Paris remitieron á Felipe II un mensaje en el cual se leía el siguiente párrafo:

«Podemos asegurar á V. M. que los deseos y votos de todos los católicos son de veros, señor, tomar el cetro y la corona de Francia y reinar sobre nosotros, como nosotros nos echamos de buena gana en vuestros brazos; ó bien que coloquemos aquí alguno de vuestros hijos, ó nos deis otro, el que sea de vuestro mayor agrado, ó elijais un yerno, al cual con todo el mayor afecto, devocion y obediencia que puede desearse de un pueblo bueno y fiel, recibiremos por rey y le obedeceremos.»

El partido que esto escribía era el de los *exaltados*, ménos numeroso que el de los *templados*, denominados *políticos*. Estos, que eran franceses ante todo, por lo que cordialmente los aplaudimos, estaban decididos por Enrique IV, y eran de los que deseaban sinceramente su conversion, sin lo cual, á fuer de católicos, estaban resueltos á no admitirle por rey.

Felipe II, empero, cuyas ideas ambiciosas no le permitían ver claro, trabajaba sin descanso para lograr que fuese excluido del trono Enrique IV, como hereje, y con él todos los príncipes que fuesen protestantes, fautores ó sospechosos de herejía.



Entre las contrariedades que experimentó el rey Felipe al tratar de llevar á cabo su no muy acertado propósito, no fué la menor el cambio de Pontífices, que en ménos de un año fallecieron tres, además de Sixto V (Urbano VIII, Gregorio XIV é Inocencio IX), y no todos le auxiliaron como lo hizo Urbano durante su breve y fugaz reinado.

A Inocencio IX sucedió en la sede pontificia Clemente VIII, el cual fué decidido protector de las miras y proyectos de Felipe II. Pero como era forzoso poner un término á la angustiada y tristísima posicion de los católicos de Paris, y hacer ver que no en vano el rey de España habia aceptado el elevado cargo de protector de la santa liga, el rey Felipe mandó á Alejandro Farnesio trasladarse á Francia con suficiente ejército, para libertar á los famélicos sitiados.

El duque de Parma vaciló entre obedecer y retirarse. La razon que para vacilar tenia no era otra que la justísima consideracion de que durante su ausencia se iba á perder cuanto en Flandes se habia ganado á fuerza de años, y de sudor y de sangre, y de vigiliias y cálculos y trabajos de toda especie. Sin embargo, los enemigos podian decir que la verdadera razon que detenia al de Parma era el temor de verse frente á frente con Enrique IV, que era, con sobrada razon, tenido por un gran capitán. Pudieran creer, en efecto, que habiendo sido Alejandro hasta entonces invicto, no queria ser vencido al oponerse al famoso bearnés y medir con él sus armas. El justo orgullo y la noble emulacion de guerrero y de militar pudieron más en el ánimo del gran Farnesio que toda otra consideracion, y se decidió á marchar á Francia.

Erale costoso, empero, esta ausencia; porque aquellas provincias que habia encontrado casi en su totalidad rebeladas, las habia sometido de la gloriosa y brillante manera que el lector sabe. Catorce, de diez y siete que eran, habia subyugado, por fuerza de armas unas, otras en virtud de su talento político y de su amable y conciliador carácter; que era muy diferente Farnesio en la guerra que en la paz.

Faltábale solamente someter á Holanda y Zelanda cuando abandonó á Flandes, seguro de que iba á perder todo lo ganado, sin ganar cosa alguna en Francia, fuera de la gloria que pudiera adquirir, y ya habia adquirido mucha. La orden de su tío Felipe II y su pundonor militar le hicieron partir al frente de un ejército brillante y aguerrido, en el que iban los más veteranos é invictos tercios españoles, llevando de sargento mayor general á D. Juan Manrique de Lara, y de maestre general de la infantería á D. Antonio de Zúñiga, caballero de Santiago.

El general Cárlos de Mandsfeldt quedó encargado de reunir y hacer marchar la artillería, que sin esta importante arma partió de Flandes para Francia el ejército español, por no detenerse más.

Reunióse el duque de Parma al de Mayenne en Condé, y ambos se dirigieron camino de Paris, cediendo el segundo al primero el mando en jefe de ambos ejércitos, el de España y el de la Liga. Al acercarse á Paris, el gran Enrique IV, á quien sinceramente alabamos y alabaremos, á pesar de su mucho valor y no menor inteligencia, no se determinó á esperar al héroe de Flandes, y levantó el sitio.

La Europa entera estaba en expectativa al ver que en el campo de Marte iban á encontrarse frente á frente como enemigos los dos más célebres capitanes del siglo. Ambos ilustres no ménos por su sangre, real en ambos, que por su saber, pericia y valor, así como por el ciego cariño que respectivamente les profesaban sus tropas, tenían en suspenso el juicio de los españoles y franceses, en balanzas toda esperanza de triunfo decisivo, y en expectativa á todo el mundo político.

Enrique IV, por su carácter más ligero que el duque de Parma, preparó y provocó á su contrario á la batalla; empero Farnesio eludió el aceptarla con su peculiar habilidad para casos dados, sin que pudiese tachársele de pusilánime ni decir de él cosa que no estuviese bien á su fama.

Por fin el de Parma se prepara, en apariencia al ménos, para aceptar la batalla. El ejército francés con su gran caudillo está esperando el momento de la lucha con anhelo, y Alejandro comienza á tomar posiciones.

La caballería de España aparece por unas colinas; avanza, retrocede, cambian de sitio unos y otros cuerpos, y tanto es el subir y bajar, el cambiar de posición y el no sosegar en parte alguna, que los soldados franceses comenzaron á burlarse; y como tan cerca estaban unos de otros, gritaban los de Enrique IV y decían á los del duque de Parma *si tenían gota los caballos, que tan lenta y penosamente se movían*; otros preguntaban *si habían pasado á Francia para celebrar saraos y no para batirse, bailando á caballo*; otros, en fin, clamaban: *¡si así estais para bajar al llano, en toda la vida acabareis!* Solo el rey Enrique IV no se burlaba: no comprendía la operación, pero respetaba á Farnesio.

En cuanto al duque de Parma, no parecía por las colinas, ni era fácil pareciese: mientras Enrique IV comenzaba ya á impacientarse por la aparente lentitud de los españoles, Farnesio estaba tomando á Ligny.

Desesperado el rey de Francia al recibir el triste aviso, vuela con sus mejores tropas; pero todo lo habia previsto el caudillo español. Enrique se encontró detenido en su camino por una parte del ejército contrario, en tanto picaban su retaguardia los que subian y bajaban por las colinas; y al lograr hacerse paso y dar vista á Ligny, fué para ver la rendicion de la plaza y la ruina de sus defensores. Dicese que el bearnés lloró por los suyos de compasion, y de despecho por el vencimiento.

De Ligny pasó á Corveil Alejandro, cuya ciudad tambien rindió y tomó por asalto; y ya sin dificultad ninguna penetró en Paris, dando feliz término á todas las calamidades, y proveyendo á la corte de muy abundantes medios de subsistencia.

El triunfo del gran caudillo fué muy celebrado, y los oprimidos de Paris recibieron al vencedor de muy satisfactoria manera; empero cada dia se encontraba más debilitado por la enfermedad que le aquejaba, y cada dia tambien ganaba terreno la fatal hidropesía.

Socorrido Paris, regresó el duque de Parma á Flandes, y halló, con no pequeño sentimiento, su pronóstico verificado. Durante su ausencia todo habian sido escisiones y motines, siempre por la misma causa; por falta de pagas. Además, ausente el gran caudillo á quien tanto respetaban y amaban los soldados, la licencia creció, y los flamencos tuvieron que rechazar á algunas guarniciones.

De aquí resultaron algunos triunfos á Mauricio de Nassau, si bien ninguno fué de verdadera importancia, hasta que mostrando en sus pocos años que habia de ser un gran general tiempo adelante, tomó á Zutphen y á Deventer.

La posicion del duque de Parma era casi afflictiva. A su falta de salud se agregaban grandes disgustos que, lejos de permitir el dedicarse á cuidar de aquella, la empeoraban cada dia. Erale forzoso estar en continua accion para reprimir sediciones que si no estaban justificadas, porque nunca pueden hallar justificacion, eran disculpables. De España no mandaban á Flandes ni un solo ducado; los soldados no encontraban arbitrio alguno ya para comer, y Alejandro, conociendo la precaria posicion de aquellos valientes tan pródigos de propia sangre y tan poco avaros de su vida, tenia empero necesidad de dictar diarios castigos, porque la severidad militar y el rigor de la disciplina así lo ordenaban y prescribian.

Entonces no era el no mandar recursos descuido del rey ni de sus ministros. Era que estaba agotado el tesoro, pues á las empresas de Portugal y las Terceras habia sucedido la de Francia, que consumió muchísimo dinero, tanto que si fuera posible es-

támpar aquí la cifra á que ascendió, se tendria por fabulosa é inventada.

El duque Alejandro, sin embargo de todas las contrariedades y de su falta de salud, decidido á cumplir su deber y sus compromisos hasta el último momento, marchó contra Nimega, en donde encontró á su amado hijo primogénito y heredero, Ranuzio Farnesio, principe de Parma; y es notable que el jóven principe, sin nociones del arte de guerra y sin haber salido hasta entonces del palacio de sus padres, tomó por el pronto una pica, y como soldado voluntario peleó en la vanguardia, con un valor muy digno de quien tal padre tenia. Pronto, empero, fué caudillo, y asombró por su pericia é inteligencia, inconcebibles en quien empezaba su vida (tenia veintiun años), y en quien habia ignorado hasta poco tiempo antes toda nocion de guerra.

Al frente de Nimega hallábase el achacoso Alejandro, cuando recibió orden de su tio el rey para trasladarse de nuevo á Francia. Encontrábase, en efecto, los católicos franceses en grande estrechura: Enrique IV estaba auxiliado por Inglaterra y por toda la parte protestante de Alemania; por ende, sus fuerzas materiales eran grandísimas y el ejército de la liga tenia grandes probabilidades de ser vencido siempre; porque temia, y el que teme jamás vence.

Llamábase con mucha prisa al duque de Parma, porque los de Rouen estaban en el mismo extremo apuro que antes habian estado los de Paris; y la pérdida de aquella plaza seria para la liga un golpe de muerte.

Si Alejandro sintió su viaje anterior á Francia, mucho más sintió el segundo; pero se resignó y señaló dia para la partida del ejército, despues de haber levantado en Italia gente de guerra á sus expensas, para reforzar los tercios que habian de marchar sin dejar á Flandes desguarnecida.

Deshechas las negociaciones, por no haberse podido avenir, que á la sazón estaban entabladas entre España y los flamencos, partió el ejército á marchas dobles y llegó cerca de Rouen, cuando esta plaza estaba para rendirse. La gloria de Alejandro en esta segunda campaña fué igual á la que adquirió al frente de Paris: el sitio fué levantado, libertada la plaza, y la liga vencedora.

Cuéntase que lleno de ira Enrique IV, por no haber podido obtener ventajas una ni otra vez sobre el duque de Parma, al desfilarse por cerca de Aumale cargó con algunos escuadrones, á muerte ó á vida, con un valor muy digno de un jefe inferior, pero muy impropio de un soberano, cuya vida no debe exponerse con temeridad, por las consecuencias que puede acarrear su muerte.

Salió á recibirle la caballería española é italiana, cargando con tal ímpetu á los que cargaban, que estos tuvieron que retirarse precipitada y desordenadamente, y el rey Enrique fué herido y estuvo muy próximo á ser hecho prisionero. El duque de Mayenne, al felicitar á Alejandro por aquel notable triunfo y por la bizarría de sus ginetes, le dijo: *¡Lastima es que hayais perdido la buena ocasion de apresar al bearnés!* — *¡Qué quereis!* respondió tranquilamente Farnesio; *al entrar en batalla con el REY DE NAVARRA, creia habérmelas con un buen general, y no con un capitán de caballería: nada tengo de qué reprenderme.*

Desde Rouen pasó el duque de Parma á Caudebec, en cuyo sitio fué herido de bala de mosquete. Su hijo, que como ayudante le acompañaba, se sobresaltó; pero el padre le prohibió severamente hablar palabra, y continuó disponiendo el sitio como si nada hubiera ocurrido: la sangre, que comenzó á correr en abundancia, hizo que los de su séquito se aperciesen de la desgraciada ocurrencia.

La cura fué dolorosa, porque el plomo fatal se habia quedado en el brazo, y para extraerle fué preciso hacer tres incisiones; y no fué tan breve la convalecencia como el bizarro duque deseaba, porque la fiebre se declaró con mucha intensidad y le hizo guardar durante algunos dias el lecho.

Sin embargo, vuelto á las armas y á la gloria, tomó á Caudebec; pero su ausencia del campo, mientras estuvo en cura, dió tiempo á Enrique IV para concertar un magnífico plan estratégico, haciendo tomar todos los desfiladeros, en donde el grueso del ejército se habia perfectamente atrincherado.

Tan seguro estaba Enrique IV de la ruina del duque de Parma y de su ejército, que escribió á su amiga y auxiliar la reina de Inglaterra, enemiga mortal de Alejandro, como de todo católico, las siguientes líneas: *Ya está el PÁJARO enjaulado; y como Dios no le mande alas desde el cielo, no haya miedo que escape de esta.*

Cierto que hubiera sido bien triste la realizacion del pronóstico de Enrique IV; que al fin de su carrera hubiese sucumbido un tan gran general como Farnesio, siempre hasta entonces vencedor, jamás vencido. Pero no conocia Enrique al pájaro que enjaulado creia. Jamás brillaban más esplendorosamente las grandes dotes de Alejandro y la inagotable fecundidad de los recursos de su imaginacion, como en las grandes crisis y extremos conflictos.

Mientras Enrique IV tenia por su mano la puerta de la jaula para que el creído prisionero no pudiese volar, este determinó atravesar el anchuroso Sena, y fortificando de pronto el camino,

á medida que avanzaba, y guarneciendo la ribera por unos mientras los otros pasaban el río, el INMORTAL *Alejandro Farnesio* salvó su ejército, sin perder ni uno de los bagajes, ni un cañon, ni el más insignificante objeto de cuantos consigo llevaba el ejército, y recorriendo su camino como quien marcha á un simple paseo militar, fué recogiendo frutos y ganados para abastecer abundantemente á Paris, en donde entró triunfalmente en medio de frenéticas aclamaciones. Cuenta la historia, y puede sin recelo creerse, que no es fácil decidir quién se admiró más del valor, pericia y astucia de Farnesio, si el ejército de la liga ó el enemigo, si Enrique IV ó el duque de Mayenne.

Pero aquella llama esplendorosa y deslumbradora era el revivir fugaz de la luz próxima á extinguirse. La falta de salud tenia casi postrado al invicto y nunca bastantemente alabado duque de Parma. Los de Paris querian detenerle para obsequiarle como nunca hasta entonces se habia obsequiado á ningun rey ni á general ninguno. Modestamente lo rehusó todo, dando cordiales y sentidas gracias, manifestando á los de Paris la necesidad que tenia de atender á su muy quebrantada salud.

En seguida repasó el Sena, respetándole hasta los enemigos; porque su fama era tal y tan elevada estaba, que llegaron aquellos á persuadirse de que era imposible el vencerle.

Detúvose en Guisa, en donde le visitaron y obsequiaron las duquesas de Nemours y de Montpensier; y desde Thierry escribió al rey su tío le enviase sucesor, porque su salud estaba cada dia más quebrantada.

Trasladóse, pues, á Flandes el sin par caudillo, y allí le alcanzó la contestacion de Felipe II, no accediendo á nombrarle sucesor, y concediéndole licencia para tomar nuevamente las aguas de Spá, que los médicos por segunda vez le habian prescrito.

Necesitaba entonces, más que nunca, el rey Felipe á su sobrino Alejandro. Iba próximamente á reunirse el Parlamento en Francia por invitacion de los coligados, para elegir definitivamente rey. Nadie era, en efecto, más á propósito que el duque de Parma para representar á su tío en el Parlamento, por su prudencia, su talento, su fidelidad, su astucia y su justísima é incalculable fama.

Fiel y obediente hasta su última hora, se preparó á cumplir las órdenes de su tío el rey; pero molestábale y contrariábale sobremanera la falta de recursos y la ninguna esperanza de recibirlos. A los gastos inmensos que tenian agotado el tesoro, se unió el verdadero *robo*, perdonemos la severidad histórica, hecho por los ingleses, que no cansados de ser piratas bajo

el reinado de la *reina doncella*, se apoderaron de un inmenso galeon que de las Indias venia sin otro cargamento que barras de purisimo oro.

En tal conflicto, Alejandro negoció por su cuenta 300,000 ducados, con los cuales dió algunas pagas á las tropas que habian de marchar y que, en efecto, tomaron la vuelta de Francia, y el príncipe se trasladó á Arrás para activar los preparativos de la expedicion.

El espíritu de aquel hombre heróico era tan superior á las fuerzas corporales, que las consumia y aniquilaba. Su misma actividad y su incesante velar y pensar y ejecutar agravaron la enfermedad que tiempo hacia minaba su existencia, y al comenzar el mes de Diciembre conoció que estaba próxima su última hora.

Con aquella inquebrantable firmeza de alma que le habia hecho siempre desafiar los más inauditos peligros, hizo testamento; recordó perfecta y distintamente todos los más importantes y urgentes despachos, los pidió y firmó, y despues de adoptar todas las disposiciones más apremiantes para que su muerte no perjudicase á la causa que con tanta constancia, lealtad y gloria habia defendido, dijo con perfecta tranquilidad y completa entereza: *Ya hice todo cuanto me restaba en los asuntos del mundo; cuidemos ahora del alma.*

Pidió en seguida los Santos Sacramentos, y durante las siguientes veinticuatro horas que aun vivió en este verdadero valle de duelo y de lágrimas no habló de asunto ninguno terreno, sino con los sacerdotes que le rodeaban las ocupó en conversaciones piadosas con la mayor y más inalterable tranquilidad.

Cuando comprendió que solo restaba muy poco tiempo para que llegase el trance fatal, quiso despedirse de los principales caudillos y de sus particulares amigos, lo que verificó tan sin conmoverse, que no parecia sino que se preparaba á un breve viaje, para regresar muy pronto. Viendo el inconsolable dolor de los que le rodeaban, quiso consolarlos con cristianas y sentidas razones, pudiendo asegurarse que en aquella hora suprema el más tranquilo de todos era el hombre sin par cuya vida estaba próxima á extinguirse. En efecto, pocos minutos despues dejó de existir el primer general de Europa en el siglo XVI (2 de Diciembre de 1592); el valeroso y noble Alejandro Farnesio, duque soberano de Parma, Piacenza y Guastala; el que siempre venció y jamás fué vencido; el que fué idolatrado de los suyos, y temido y respetado, pero no odiado, por sus enemigos. Solo tenia cuarenta y siete años de edad.

El desconsuelo del ejército fué tal y tan grande, que hasta en-

tonces no habia tenido igual. Hizo olvidar al que demostraron las tropas al espirar el famoso D. Juan de Austria, y solo se oian gemidos y lamentos; los tostados rostros de aquellos varones siempre impávidos y como insensibles ante la sangre, los horrores y la muerte, veíanse surcados de amargas lágrimas, y todos creían que habian con Farnesio abandonado á su querido ejército la fortuna y la victoria.

Su cuerpo fué inmediatamente trasladado á Bruselas, en donde se le hicieron honores reales y unas exequias dignas de un príncipe soberano, de un general supremo y de un sobrino y representante del poderoso rey de España. Sobre la losa sepulcral se puso el siguiente epitafio, dictado por él mismo: *ALEJANDRO FARNESIO, vencidos los flamencos y librados del cerco los franceses, mandó que se pusiese su cadáver en este humilde lugar, á 2 de Diciembre de 1592.*

Nada podriamos decir de este verdadero héroe que el lector no sepa ya, si ha leído las gloriosísimas campañas de Flandes y de Francia. Sentimos muy de veras el tener prefijado un límite que no podemos traspasar, por cuya razon hemos referido únicamente lo más indispensable, omitiendo todo detalle. Una y otra campaña han dado materia á respetables autores para escribir bastantes volúmenes, y nosotros hemos tenido necesidad de reducirlas á muy pocas páginas.

Hemos dicho, empero, lo bastante para que se pueda juzgar del gran valor, de la fecundidad de imaginacion, de la impavidez, de la lealtad y de todas las elevadas y brillantes dotes del incomparable Farnesio. Aunque cuanto hemos referido prueba hasta dónde rayó su ánimo, más de una vez temerario, añadiremos un hecho que tal vez no tendrá igual en la historia.

Cuando Alejandro sitiaba una plaza, dedicaba todas las horas del dia y de la noche, sin descansar apenas, á estudiar los medios más oportunos y conducentes al fin que se proponia. En una ocasion y en los momentos de comenzar á establecer las líneas de sitio, mandó poner la mesa, que era ya muy pasada la hora de comer, en el mismo campo y á tiro de la plaza. Observáronlo los enemigos y comenzaron á hacer disparos, de los cuales uno tuvo fatalmente tan acertada direccion que mató á un capitán de los que servian al príncipe, hirió á varios, y los manteles presentaron el triste y repugnante espectáculo de ver mezclados con los manjares y el servicio de mesa la sangre humana y los sesos del desventurado capitán, cuya cabeza quedó deshecha por la mortífera bala de cañon.

Todos los caudillos que comian con el príncipe, involuntariamente se pusieron en movimiento; él solo permaneció impávido,



y sus primeras palabras fueron: *Mudad los manteles y la vajilla, y traed otros manjares y viandas*. Los caudillos que al ver al príncipe firme en su sitio se habían detenido, entre ellos el muy valeroso y veterano conde de Mansfeldt, le rogaron se retirase hasta ponerse fuera de tiro y no expusiese de tal modo su vida. Alejandro, empero, repitió la orden á los sirvientes, y contestando á los que le aconsejaban dijo: *Por vida del rey mi tío y señor, que aquí he de acabar de comer: quien quiera, retírese libremente; mas no dirá jamás el enemigo que intimidó é hizo retroceder á Alejandro Farnesio un solo paso*. Y allí, en efecto, acabó de comer y los disparos cesaron: quizá tan inaudito valor impuso á los mismos rebeldes.

Este notable hecho le hemos tomado de un manuscrito anónimo, muy digno de aprecio por su procedencia: Strada, autor coetáneo y tal vez el mejor enterado de cuantos sobre las guerras de Flandes han escrito, le refiere también idénticamente igual en el fondo, y con muy poca diferencia en las palabras.

Nuestros elogios pudieran creerse parciales, porque profesamos al héroe Alejandro todo el verdadero cariño que puede tenerse á una persona que no existe y á quien no se ha conocido sino por la historia, y esto nos ha hecho estudiar muy detenidamente su gloriosa vida. Así, pues, para dar valor á nuestras palabras dirigidas á rendir á la memoria del héroe de Flandes y de Francia un merecidísimo tributo, copiaremos del erudito Lafuente las siguientes líneas:

«Gran capitán (dice un historiador católico), y de nombre tan claro sin duda alguna, que su fama puede colocarle *entre los más célebres de la antigüedad*.

»La muerte de Alejandro (dice otro historiador religioso) se recibió como grave herida de la república cristiana..... Perdian los flamencos un justísimo gobernador, los italianos un restaurador de la antigua gloria de sus armas, los franceses al libertador de la religión católica, dos veces reducida al extremo. »Ni los enemigos tuvieron por lícito alegrarse de la muerte del duque, porque era temido, no aborrecido de ellos.

»Así murió (dice un escritor protestante) Alejandro Farnesio, duque de Parma. Se granjeó la admiración de su siglo y la de los posteriores, por su prudencia y su gran sagacidad. Su talento para los negocios políticos, y más para los de la guerra, le valió la gran reputación de que goza..... Menos por la fuerza de las armas que por su moderación, su prudencia y habilidad en manejar los corazones, restituyó á la obediencia del rey de España una gran parte de los Países-Bajos; y si Felipe hubiera seguido sus consejos en todas las ocasiones como lo siguió en

» algunas, es muy probable que hubiera recobrado toda aquella  
 » hermosa porción de Europa, la Inglaterra habria quizá sido  
 » conquistada, y la Francia oprimida despues bajo el peso enor-  
 » me que hubiera entonces tenido la potencia española..... El  
 » duque de Parma, siempre fiel y sumiso á su soberano, cumplió  
 » tambien siempre con la más escrupulosa exactitud todas las  
 » obligaciones que contrajo con los pueblos de Flandes que so-  
 » metió por la fuerza de las armas.»

AÑO 1593.

## FRANCIA.

A pesar de la notoria y reconocida impasibilidad de Felipe II, el sentimiento y la impresion que en él hizo la temprana muerte de su sobrino Farnesio fueron grandísimos. De una parte el natural cariño que debia tener, y que en realidad tenia, á un tan cercano pariente, á quien desde niño tuvo á su lado; de otra el inmenso vacío que el jóven héroe dejaba en la confianza del rey, cuando más necesitaba de su talento, de su valor y de su lealtad, eran motivos más que suficientes para que el dolor fuese grande en el corazon de Felipe II y saliese, fuera de lo usado, hasta el casi siempre inmutable rostro.

Seguramente el rey de España al saber la muerte de su amado sobrino, comprenderia que sus proyectos relativos á la corona francesa se habian hecho punto ménos que irrealizables.

Francia, aniquilada por tantas guerras de religion, solo desca-  
 ba paz y tranquilidad; y á medida que el tiempo transcurria y se multiplicaban los trabajos y disgustos, el partido *templado* se aumentaba con las numerosas bajas que sufría el *exaltado*.

Aunque no llegase á realizarse el principal proyecto de Felipe II, si llegaba á verificar el matrimonio de su hija Isabel Clara Eugenia con el duque de Guisa, hijo del asesinado, y este ascendia al trono francés, la influencia de Felipe en los consejos y destinos de la Francia seria tan grande como infalible; porque al de Guisa, si pasaba á ser yerno del rey de España, solo las armas y el poder de este podian darle la corona; y el sagaz Felipe II no procedería de una manera decisiva, sin solemnizar primero los pactos que le agradasen con el jóven Guisa.

Esto no convenia á ningun francés ni lo queria ninguno, y sinceramente los aplaudimos; porque del mismo modo que cor-

dialmente odiamos no solamente la dominacion, sino la menor influencia extranjera, comprendemos que imitándonos en esto los extranjeros respectivamente, están muy en su derecho.

Hasta el duque de Mayenne, lugarteniente del reino y jefe de la liga, temia y no queria la realizacion de los planes del rey Felipe, y comenzó, para evitarlo, á entenderse con Enrique IV, instándole para que abrazase el catolicismo, en cuyo caso los católicos depondrian las armas y le proclamarían.

*No es tiempo todavía*, contestaba Enrique; y siendo forzoso poner un término á la precaria y angustiosa situacion en que los franceses vivian, el dia 26 de Enero se abrieron los Estados generales.

Por medio de un *trompeta* recibieron un pliego que remitian los prelados y magnates que militaban en el campo del rey francés, pidiendo en nombre de este y en el suyo lugar seguro para tratar de adoptar los medios conducentes al logro de una paz estable. Los Estados aceptaron la proposicion y se señaló á Surrena para celebrar las conferencias.

Oyóse tambien á los representantes de Felipe II; pero era difícil que ninguno de sus proyectos encontrase eco en una asamblea puramente francesa, que ni queria príncipe extranjero, ni dominacion extraña, y hacia muy bien. Además, al reclamar Felipe el cetro de Francia para su hija Isabel Clara, como nieta de Enrique II de Francia, tuvo el poco tacto de responder por los labios de sus embajadores, al preguntar la asamblea con quién casaria á la precitada princesa, que pensaba darla por marido al archiduque Ernesto; por manera que la reina de Francia seria española, y austriaco su esposo. Parece apenas creible que un rey y unos embajadores (D. Bernardino de Mendoza, D. Juan Bautista de Tarssis, el duque de Feria, y Diego de Ibarra) tan consumados en política, procediesen con tamaño desacierto.

Visto el mal efecto que en la asamblea produjo la inesperada é inadmisibile proposicion, presentáronse otras; empero cortó todas las cuestiones el arzobispo de Bourges, declarando que Enrique IV estaba decidido á abjurar el protestantismo.

Fué la noticia recibida con grande regocijo, porque todos reconocian en Enrique grandes prendas para ser soberano; y mayor fué el júbilo cuando las palabras del prelado de Bourges se vieron confirmadas, por la pública retractacion que de sus errores hizo Enrique en la iglesia de San Dionisio (Saint-Denis) el dia 25 de Julio.

En el momento se pronunciaron en favor del rey muchas ciudades que se le habian mostrado antes enemigas, y el Parlamen-



to de Paris declaró que *conforme á la ley sálica habia pasado la corona de Francia á Enrique de Borbon, á quien Dios habia vuelto á traer al seno de la Iglesia católica.*

No por esto desistió Felipe II de sus miras, cosa indisculpable en su talento y prudencia. El duque de Mayenne, cuyo papel no es, ciertamente, muy brillante en la historia, á pesar de que Enrique habia seguido su consejo de hacerse católico, huye de Paris con su familia y se reúne al anciano conde de Mandfeldt, que por muerte del inolvidable duque de Parma era gobernador de Flandes, y á la sazón formaba un ejército expedicionario en Soissons.

La fuga de Mayenne dejó en plena libertad al gobernador de Paris, el cual se dirigió á Enrique IV para ofrecerle las llaves de la capital. Pero hemos avanzado demasiado, y los sucesos subsiguientes no corresponden al año 1593.

#### AÑO 1594.

### FRANCIA.

El día 22 de Marzo á las cuatro de la mañana entró en Paris Enrique IV, burlando la vigilancia del duque de Feria que mandaba las tropas de Felipe II, las cuales pocas horas despues se retiraron. El rey pasó á la iglesia catedral y dió públicamente gracias á Dios por haber ceñido realmente la corona de San Luis.

El nuevo rey, que nuevo en verdad podemos llamarle, muy pronto se hizo querer del pueblo. Era discreto, afable, de muy buen decir, poco amigo de la cortesana etiqueta, generoso, puntual en el cumplimiento de sus palabras, y en cuanto á su valor, demasiado probado le tenia.

Felipe II, á quien sin duda los años habian debilitado la razon, desconociendo la imposibilidad de llegar al logro de sus deseos, ofreció la mano de su hija Isabel Clara al primogénito del duque de Mayenne; y este, iluso más de lo razonable, desconociendo tambien que era imposible arrancar la corona de las sienas de Enrique IV *católico*, se unió á Felipe II para continuar la guerra, viendo lo cual Enrique, la declaró á España; y aunque Felipe temiese que aquel, rey ya de Francia, resucitase pretensiones á la Navarra, como hijo que era de doña Juana de Al-

bret, no era seguramente la manera de evitarlo el sostener la absurda pretension de arrancarle el cetro de Francia.

### FLANDES.

El conde de Mandfeldt, que por el pronto sucedió en el mando al duque Alejandro Farnesio, cedió el honroso puesto al hermano del emperador de Austria, el archiduque Ernesto, sobrino de Felipe II.

Entró el nuevo gobernador en Bruselas el dia 30 de Enero, y fué su primer cuidado el tratar de la paz; porque era príncipe de muy dulce carácter, y por ende muy poco amigo de la guerra.

Invitó á los diputados de Flandes para que asistiesen á unas conferencias; pero no fué escuchado, y sus buenos deseos concluyeron muy pronto con su vida, pues falleció prematuramente, apenas llegado á los Países-Bajos.

Sucedióle en el mando el conde de Fuentes, verdadero reverso de la medalla; porque al contrario que el archiduque Ernesto, como gran general, se decidió por la guerra, y publicó su primer decreto tan fuerte y amenazador, que rebosaba castigos y muertes y esterminio.

Realizó, empero, el de Fuentes una cosa de que habia en Flandes muy grande necesidad, que fué poner á raya el ejército, cuya indisciplina, muerto el gran Farnesio, y con su sucesor ocupado en los descabellados proyectos relativos á Francia, habia llegado á muy lamentable extremo.

Tambien el conde de Fuentes tuvo que atender á la guerra de Francia, dejando á los bizarros y veteranos Mondragon y Verdugo el cuidado de Flandes. Peleó el de Fuentes con acierto y con gloria contra el gran Enrique IV, quitándole la plaza de Dourlens y otras.

Al terminar el año fué reemplazado en Flandes el conde de Fuentes por el cardenal archiduque Alberto, gobernador en otro tiempo de Portugal, sobrino de Felipe II, y á la sazón arzobispo de Toledo.

### AÑOS 1595 Y 1596.

En 1595 obtuvo Enrique IV la absolucion del Sumo Pontífice Clemente VIII, con lo cual le recibieron por rey los que aún va-

cilaban, que eran pocos y permanecian atrincherados en escarpados hijos de su severidad en materias de religion.

Entonces fué quando el duque de Mayenne, jefe de los católicos franceses, desistió de la guerra; y, sentimos tener necesidad de decirlo, no fué ciertamente porque cediese á las instancias y reflexiones de los que en otro tiempo le habian seguido, formando parte de la liga, sino porque Enrique IV le hizo cesion de varias plazas y le dió una fuerte suma de dinero.

Aquel hombre tan poco á propósito para jefe de una grande empresa, se presentó á Enrique IV y le dió magestad y le habló con toda la imaginable humildad. El rey Enrique, que fué de muy festivo humor, hizo bajar con él al duque de Mayenne á un hermoso jardin, y se puso á pasear con gran velocidad, porque era muy ágil y activo: el duque le seguía jadeando, porque estaba sumamente obeso, y sufriendo una molestia indecible. Al ver el rey que el de Mayenne estaba casi próximo á desfallecer, le hizo sentar, diciéndole risueño: *Descansad, duque; esta ha sido mi única venganza, por lo mucho que contra mí habeis hecho.* Es indudable que á vuelta del rasgo de buen humor, poco propio, si se quiere, de un soberano, habla muy en favor del corazón de Enrique IV la venganza, única, en efecto, que tomó del duque de Mayenne, y mostró el primero al proceder con el segundo del modo que lo hizo, mucha nobleza de alma.

En el año 1595 continuaron, porque rara vez cesaban, las escursiones de los turcos en las posesiones de España en Italia. En este año el bajá Zigala, tomó, saqueó é incendió á Reggio, en venganza de lo cual D. Pedro de Leiva, almirante de Sicilia, y D. Pedro de Toledo, que lo era de Nápoles, hicieron lo mismo en Patrás, recogiendo abundantísimo y rico botin, que llevaron contentos á Italia.

Ya en el año 1596 (Abril), despues de haber renovado Enrique IV su alianza con Inglaterra y hecho con Holanda una alianza defensiva, le quitó el archiduque Alberto, sucesor del duque de Parma, la plaza y puerto de Calais. Tambien tomó otros puntos el archiduque, entre ellos Guines y Ardres, en cambio de lo cual el rey Enrique tomó á la Fère, y el mariscal de Biron hizo prisionero al marqués de Barambon, que salió á impedir las tropas que hacian los franceses en el Artois.

Continuó la guerra con Francia, triunfando casi en alternativa franceses y españoles, sin que en el resto del año ocurriese por una ni otra parte ninguna victoria que pudiese llamarse decisiva.

Encontrábase Felipe II á la sazón gravado con los años y la falta de salud, y ya comenzaba á sentir verdaderos deseos de

poner término á la guerra de Flandes. Al reemplazar al conde de Fuentes, partidario acérrimo de la guerra, con el archiduque Alberto, lo hizo por considerar á este mucho más á propósito que al primero para llevar á cabo sus proyectos pacíficos.

No era, emperó, el archiduque hombre de poco espíritu: lejos de esto, ya le hemos visto batirse y obtener notables triunfos contra el belicoso Enrique IV. Era, sin embargo, el carácter del archiduque dulce y afable, y llevaba consigo la gran recomendacion de su acertado y humano gobierno en Portugal.

A pesar de los proyectos pacíficos, llevó el archiduque á Flandes refuerzos de tropas españolas é italianas, y fué recibido con júbilo general, cosa que hasta entonces no habia sucedido con ningun gobernador. Los leales al rey le recibieron con entusiasmo porque sabian que era tan apto para la paz como para la guerra, si habia necesidad de continuarla, y porque, además, llevaba consigo cantidad de metálico para pagar á cada uno sus atrasos, y cortar de raiz la causa de las fatales sediciones. Los rebeldes recibieron tambien con júbilo al archiduque, porque le devolvía al conde de Buren, primogénito del príncipe de Orange, que á la sazón tenia cuarenta y un años, y fué traído á España de la universidad de Lovaina, teniendo trece solamente: por manera que estuvo ausente de Flandes, y como prisionero en España, veintiocho años.

No solamente Felipe II dió libertad al de Buren, si que tambien le devolvió los bienes que poseia en los Países-Bajos; y como uno y otro se atribuía á la poderosa mediacion del archiduque, los flamencos, que jamás olvidaron al rebelde príncipe, padre del conde de Buren, recibieron al nuevo gobernador con grande regocijo. No pudo, sin embargo, el archiduque establecer la paz á pesar de sus vivos esfuerzos; y aunque, segun opinion general, esto se debió á las diferencias en materias religiosas, la principal causa, en nuestro concepto, de haberse frustrado los proyectos y diligencias del archiduque Alberto fueron las incesantes intrigas de Francia, y las de la protestante y maquiavélica Inglaterra.

Despues de esto fué cuando el bizarro y entendido archiduque Alberto quitó Calais á Enrique IV, y tomó á Ardres, Hulst y otros pueblos y fortalezas.

A mediados del año 1596, el anciano y achacoso Felipe II determinó dar un nuevo golpe á Inglaterra, en venganza de la artera guerra que sin cesar aquella le hacia.

Entre otras muchas ofensas habíanle hecho una inolvidable, algunos años antes (1591), mandando contra las Azores al conde de Cumberland con el noble objeto de apoderarse *de las naves*

*que venian de Indias.* El bizarro marqués de Santa Cruz destrozó la armada inglesa, echó á pique muchos navíos, y milagrosamente pudo escapar Cumberland; por consiguiente no pudieron robar los ingleses los galeones de Indias.

En Junio de 1596 dispuso Felipe un desembarque en Irlanda; pero sabedora de todo Isabel anticipadamente, dispuso ciento cincuenta naves, al mando del almirante Howard, con quince mil hombres entre soldados y marineros, aquellos á las órdenes del conde de Essex, y ganando por la mano á España, se dirigieron á Cádiz. Reunióseles otra armada holandesa, bajo las órdenes del vice-almirante Warmond, con tropas bajo el mando de Luis de Nassau, sobrino del difunto Orange, y acometiendo unos y otros rara vez cara á cara, sorprendieron á la armada española, reprehensiblemente descuidada, sin darla tiempo para ponerse en defensa. Batiéronse, empero, como siempre, valerosamente los españoles; pero la sorpresa y el desórden en que los encontraron eran muy malos elementos para vencer, y la armada fué deshecha.

El conde de Essex, que por su alcurnia y posicion social no debia ser un Drake, desembarcó en la ciudad y permitió un saqueo, en el cual, *para no dejar cosa alguna, se llevaron las campanas de los templos, las REJAS, BALCONES Y HASTA LAS ALDABAS DE LAS PUERTAS* de las casas. Hé aquí á Inglaterra.

#### AÑO 1597.

En el mes de Marzo tomó á Amiens el maestre español don Hernan Tello de Portocarrero, valiéndose de un ardid para tomar la fuerte plaza, ó mejor dicho, para abrirse paso; porque el ardid no evitó el que despues se batiesen los españoles segun su costumbre. Hé aquí cómo describen el referido suceso:

«Disfrizó Hernan Tello una parte de sus soldados tiznando-  
 »les los rostros y poniéndoles vestidos andrajosos de los al-  
 »deanos del país, debajo de los cuales llevaban ocultas sus ar-  
 »mas. Estos habian de llevar sobre la cabeza sacos llenos de  
 »nueces, manzanas, legumbres y otros frutos, como acostum-  
 »braban todos los días los villanos de la tierra. Detrás habia  
 »de ir un carro de mieses, debajo de las cuales llevaria el fingi-  
 »do carretero gruesas vigas que á su tiempo impedirian bajar el  
 »rastrillo del puente. Hizose todo así. Al llegar á la puerta, uno  
 »de los supuestos aldeanos fingió tropezar, y cayendo se derra-  
 »maron las nueces y manzanas que llevaba en el saco; y cuando



» vieron á los soldados del cuerpo de guardia festivamente entre-  
 » tenidos en recogerlas, sacaron sus pistolas y cuchillos y los  
 » maltrataron y destrozaron lastimosamente. Al primer tiro, que  
 » era la señal convenida, acudieron los que se hallaban á cierta  
 » distancia emboscados, penetraron en la ciudad, derramaron el  
 » terror y la consternacion, y la sometieron con muerte de algu-  
 » nos centenares de los sobrecogidos habitantes.»

Gran disgusto ocasionó á Enrique IV aquella pérdida, y por lo mismo puso todo su empeño en recobrar á Amiens, lo que logró, aunque con mucho trabajo y pérdida. En la defensa pereció el ingenioso y bizarro maestro Portocarrero.

A pesar de la guerra sin tregua que se hacian Felipe II y Enrique IV, ambos deseaban ardientemente la paz. Ni España podia resistir los inmensos gastos ocasionados por la eterna guerra de Flandes y la costosa y ya antigua de Francia, ni esta potencia, mucho ménos rica entonces que España y no ménos aniquilada por la dilatadísima guerra de los hugonotes y por la que con Felipe sostenia, podia soportar los gastos ordinarios y extraordinarios que sobre su tesoro pesaban. Debía á la sazón Enrique IV, segun datos fidedignos, *noventa y nueve millones, doscientas treinta y tres mil doscientas noventa y dos LIBRAS.*

La situacion de ambos monarcas y de uno y otro reino, hizo que los dos comenzasen á pensar en la paz.

En tanto Mauricio de Nassau aprovechando la ausencia del archiduque, que alternativamente atendia á Flandes y á Francia, no desperdiciaba el tiempo. En el año 1597 se apoderó de Turnhout, primero, y despues de Rhimberg, Meurs, Groll y Brevost. Cada dia se hacia más sensible y notable la llorada muerte del inolvidable duque de Parma.

Quiso Felipe II vengar el acto vandálico de Isabel y de su digno caudillo el conde de Essex; pero casi se notó visiblemente que la Providencia, quizá para castigo de la Europa, no quiso que el monarca español realizase sus proyectos contra la maquiavélica nación que no le pudo vencer jamás en buena ley.

La armada que mandó preparar á las órdenes de D. Martin de Padilla, con catorce mil hombres de desembarco, muchos de ellos católicos irlandeses fugitivos de la odiosa tiranía de los ingleses, fué deshecha y destrozada como la *Invencible*, por una terrible é irresistible tempestad. Diez y seis naves se perdieron en el golfo de Vizcaya, y con el resto de buques sumamente quebrantados, logró llegar al Ferrol el almirante Padilla.

En el mismo año 1597 murió en Ultramar el *famoso* Drake, que por ser almirante nunca dejó de ser pirata; porque los ingleses procedian en América del mismo modo que en Europa, y

sentimos mucho que no sea de nuestro propósito el ocuparnos más latamente de la historia particular de Inglaterra en sus relaciones, *inclusas las amistosas*, con España, para presentarla tal como siempre fué. Pero lo haremos al ocuparnos del siglo XIX, hasta donde lo permitan nuestro primordial objeto y los límites que se nos han prefijado.

#### AÑO 1598.

Deseando, como ya hemos dicho, los reyes de España y de Francia poner un término á la costosa y dilatada guerra que entre ambos sostenían, decidieron tratar de la paz, pero ninguno quería ser el primero en proponerla.

Clemente VIII allanó esta dificultad declarándose mediador entre ambos; digno papel de un Pontífice, y en su nombre tomó tan loable encargo el cardenal Alexandro di Medici, en union con el nuncio de Su Santidad en Francia y con el general de la orden de San Francisco.

Como Felipe II y Enrique IV deseaban lo que se les proponía, sin dificultad accedieron á las proposiciones de los representantes del augusto mediador. »Señalóse, pues, la ciudad de Vervins para conferenciar, y á Vervins acudieron en representacion de Enrique IV Silleri y Belliévre, y en la del archiduque Alberto, representante del rey de España, Juan Richardott, Juan Bautista de Tarssis y Luis de Verrier.

Comenzaron las conferencias el dia 8 de Febrero, y no dejaron de surgir dificultades para establecer la paz, despues de tan dilatada y encarnizada guerra. El Sumo Pontífice las allanó todas, cumpliendo muy dignamente su mision de paz y correspondiendo á lo que debía esperarse de quien era sobre la tierra vicario de Jesucristo.

En virtud de las activas gestiones de Clemente VIII, se firmó la paz, llamada *de Vervins* por la ciudad en que se acordó, el dia 2 de Mayo. Fueron sus principales bases las siguientes:

«Ratificacion de la paz de Cateau-Cambresis, firmada en 1559; »olvido de todo lo pasado; alianza, amistad y buena correspondencia para lo futuro; libertad á los prisioneros de guerra de »ambas partes; mútua restitucion de plazas. Reserva hecha por »Felipe II para proseguir por via amigable y tela de juicio los »derechos que su hija la infanta doña Isabel pudiera tener á algunas provincias de Francia.»

Parece á primera vista que la paz de Vervins perjudicó á Es-

paña, porque, en efecto, Francia solo devolvió á Cambray, mientras que Felipe II tuvo que devolver á Doulens, Chatelet, la Chappelle, Ardres, etc. Mas como se habia acordado la devolucion de plazas mutuamente quitadas, y España tenia tomadas más que Francia, necesariamente habia de restituir más.

## ESPAÑA.

De propósito hemos omitido el tratar de un episodio histórico ocurrido en este último decenio del siglo XVI, porque nos ha parecido más conveniente terminar la relacion de los asuntos de verdadera importancia, sin interrumpirlos más que lo puramente preciso.

Cuando se acerca el término del largo reinado de Felipe II, conviene, puesto que ningun asunto de grave interés nos resta referir, disculparle de una última calumnia que contra su memoria han lanzado algunos. Vamos á tratar del *Pastelero de Madrigal*.

Pocos dias hace llegó á nuestras manos un fragmento de novela publicada recientemente, en que dando á las palabras un tono decisivo y de autoridad, se dice, poco más ó ménos, que nadie puede asegurar cuál fué el fin del desventurado rey D. Sebastian de Portugal. Ignoramos el fundamento en que el autor de la obra en cuestion apoya sus palabras; nosotros, y antes que nosotros lo han dicho verdaderas autoridades históricas, *aseguramos* que todos cuantos hayan estudiado bien y concienzudamente la patria historia, sabrán como nosotros que D. Sebastian *pereció* temeraria, pero gloriosamente, victima de su entusiasmo y de su valor, en los llanos, para Portugal funestos, de Alcazarquivir.

Esta verdad la hemos probado plenamente al tratar de aquel desgraciado suceso, y la prueba se apoya en datos auténticos, fidedignos, oficiales. Todo lo que en contrario se diga, podrá convenir á los novelistas para crear un personaje simpático en el *Pastelero de Madrigal* y en otros *héroes* de fortuna que hasta las muertes y calamidades explotan, y para hacer más odiosa la memoria de Felipe II, suponiendo que en dicho pastelero hizo ahorcar al verdadero rey de Portugal, para afirmar en sus sienas la corona lusitana. Esto es absolutamente falso: D. Sebastian, acribillado de heridas, fué reconocido por sus mismos allegados, prisioneros en poder del ismaelita vencedor: por consi-

guiente, mal pudo resucitar y aparecer en Madrigal. En cuanto á quien fué el célebre pastelero, lo veremos ahora.

Tal como en otro tiempo se dijo del desventurado D. Rodrigo, último rey de los godos, circuló la voz de que D. Sebastian, salvado milagrosamente y semivivo en Alcazarquivir, vagaba errante, haciendo penitencia en expiacion de sus pasados errores.

No habia esperanza alguna de que los portugueses respondiesen á otro grito que al de D. Sebastian, si pudiera haberle dado; porque las descabelladas y últimas intentonas del prior de Crato habian encontrado impasible al pueblo portugués. Habíase desacreditado ante los suyos, como llegó á desacreditarse con los extraños; empero quiso, antes de abandonar toda esperanza, realizar una última tentativa.

Despues del memorable desastre de la *Invencible*, suponiendo quebrantado, ó mejor dicho, destruido el poder marítimo de España, pidió auxilio á Isabel de Inglaterra para *reconquistar su reino*. La reina inglesa, pronta siempre á hacer cuanto fuese ó pareciese perjudicial á España, aceptó la proposicion, á pesar del dictámen de sus consejeros, entre los cuales solo el conde de Essex, el que arrancó hasta las aldabas de las puertas de Cadiz, fué favorable al proyecto del de Crato.

— Aceptada la idea de este, firmó con la reina doncella un tratado, segun el cual, si D. Antonio hubiese llegado á triunfar, los portugueses habrian perdido mucho más que ganado. Cuantiosas sumas de dinero, plazas y puertos, privilegios mercantiles, todo cuanto se exigió á D. Antonio, otro tanto otorgó y firmó, como hacen siempre los que están desprovistos de derecho: en fin, aquel tratado fué *verdaderamente inglés*.

— Cuando se trataba de perjudicar á España, no podia estar ocioso el Drake; y á este encomendó Isabel el mando de la armada. Sir Enrique Norris fué nombrado general de las tropas de desembarco, y la expedicion dió vista á la Coruña el dia 4 de Mayo de 1589, habiendo salido tres semanas antes (13 de Abril) de Plymouth.

El pirata Drake quiso dar un golpe *de los suyos* en la Coruña; pero el marqués de Cerralbo, que era á la sazón gobernador de aquella plaza, le rechazó á cañonazos, haciéndole perder mucha gente y algunos buques que fueron á pique, á impulso de los proyectiles españoles.

— Escarmentado el pirata, tomó rumbo á Portugal.

— Llegaron los ingleses á Peniche; Norris desembarcó poco despues, avanzó hasta las inmediaciones de Lisboa, y estableció en las alturas de Belen su campamento, al mismo tiempo que el pirata Drake llegaba con la escuadra á Cascaes.

La atrevida intentona de Norris fué hija de las seguridades que le diera D. Antonio, respecto del mucho amor que le tenían los portugueses, comparable solamente, según él, al odio que profesaban á Felipe II. A esto agregó el prior de Crato que presentarse él en Portugal y proclamarle todo el mundo, sería obra de un instante.

Pronto quedó tristemente desengañado Norris: ni los antiguos amigos de D. Antonio se movieron; solo acudieron algunos de la hez del vulgo, vulgo *de todas clases*; de esos que para huir de la justicia, ó para vivir sobre el país, acuden á cualquier bandera que ondee y necesite de apoyo.

Hallábase de gobernador en Portugal el archiduque Alberto; y en cuanto supo la inesperada novedad, tomó intantáneamente las más oportunas medidas para que no se alterase el orden, y mandó salir contra Norris al bizarro y entendido conde de Fuentes.

Este batió con sus tropas, acosó y persiguió á los ingleses, y Norris tuvo que salir de Portugal con no pequeña dificultad, perdida más de la mitad de su gente, cuando apenas se había cumplido un mes de su llegada. El pirata no tuvo mejor fortuna: solo logró apoderarse del castillo de Cascaes, porque le entregó el gobernador, que despues fué justamente decapitado, y coger algunos barcos con trigo, porque en tomar lo ageno era perito. Pero aunque perdidos y diezmados, los ingleses no quisieron dejar de ser ingleses, y para demostrarlo, Norris incendió varias casas de los arrabales de Lisboa, y el pirata *voló el castillo de Cascaes*.

La proteccion que Inglaterra dió á D. Antonio se cambió en odio, viendo que habia engañado á la reina, porque nadie en Portugal se levantó en su favor, ó quizá, y esto es lo más probable, porque vieron los ingleses que ningun partido se podía sacar del miserable proscrito. Abandonado de todos se retiró á Francia, en donde hubiera seguramente perecido, si no le hubiese señalado Enrique IV una pension, que si bien muy pequeña, al fin le proporcionaba el pan de cada día, muy amargo en verdad para quien habia disputado una corona, aunque sin derecho á ceñirla; y más que por los años, por el pesar que á toda hora le corroía, falleció en Francia el dia 26 de Agosto de 1595.

Como se habia visto claramente que D. Antonio, aunque portugués, no habia logrado conmovér á los lusitanos, quienes siempre recordaban con dolor y cariño á su malogrado D. Sebastian, la raza de especuladores de mala ley, cuyos individuos tienen una fecundidad verdaderamente prodigiosa, no quiso desaprovechar la oportuna ocasion de sacar partido, así del cariño de los

portugueses hácia su perdido rey, cómo de la voz que muy de propósito tiempo hacia circulaba, de que no habia D. Sebastian muerto, sino que andaba errante.

Entre los que trataron de explotar la credulidad del vulgo y su amor hácia D. Sebastian, figuró un cierto *Gabriel de Espinosa*, portugués y avencidado en Castilla, el cual habia fijado su residencia en Madrigal, ejerciendo el oficio de pastelero: por esto es conocido, más que por su nombre, por el de *Pastelero de Madrigal*.

El linaje de Gabriel era humilde; su talento, limitado; su educación, correspondiente á su linaje, y nada tenia de comun el original con esos tipos que han presentado algunos novelistas en la persona del pastelero, para hacer á este personaje interesante y simpático.

No hubiera Gabriel seguramente dado tanto que decir, ni hecho que Felipe II saliese de su impassibilidad acostumbrada, á no haber sido su amigo y confidente un cierto Fr. Miguel de los Santos, portugués tambien y religioso del orden de San Agustín, que fué el confidente y consejero del vulgar Gabriel.

La imaginacion de Fr. Miguel era fecunda; y aunque le pintan más que hombre de talento, hombre de travesura, no careceria tanto de aquel cuando se dice que habia obtenido altos empleos en su orden religiosa, y cuando supo forjar una trama que puso en verdadero movimiento al achacoso y anciano Felipe II.

Estaba Gabriel de Espinosa tranquilo en Madrigal vendiendo sus pasteles, cuando apareció en aquella villa Fr. Miguel, á quien el archiduque habia desterrado de Portugal por ser de los más tumultuosos partidarios de D. Antonio, y el rey habia nombrado vicario de las monjas que de la misma orden agustina residian en Madrigal. Y en mala hora llegó á la tranquila villa el revoltoso agustino, para desgracia de Gabriel y grave perjuicio de una de las monjas, doña Ana de Austria, que en aquel convento apaciblemente vivia. Esta monja era sobrina del rey, como hija natural del inolvidable D. Juan de Austria: el lector recordará que dicho bizarro príncipe dejó dos hijas naturales, doña Ana, la monja agustina, y doña Juana, que se casó con un príncipe italiano.

Doña Ana de Austria era poco parecida á su gran padre: señora de muy limitado talento y sumamente sencilla, era empresa facilísima la de hacerla creer cualquier absurdo. Llevaba no muy á gusto, además, la vida de religiosa; porque del mismo modo que á D. Juan su padre le destinaron al estado eclesiástico, que él, guerrero por instinto, rechazó, doña Ana su hija fué mon-

ja porque la hicieron por fuerza retirarse á la vida claustral, y ella no tuvo la energía de su padre para negarse á vivir en el retiro.

En Gabriel y en doña Ana fijó su consideracion Fr. Miguel para forjar una farsa que creyó muy provechosa, sin considerar cuánto arriesgaba en el caso de que su proyecto fracasase.

Surgió en su mente la idea de hacer al pastelero rey, porque encontró en el rostro y figura de aquel, bastante semejanza con el desventurado D. Sebastian. Dirigióse, pues, á Gabriel; le reveló su proyecto, y el pastelero, que era seguramente más osado que discreto, aceptó el papel de rey fugitivo y proscrito. La primera parte del drama estaba para Fr. Miguel arreglada á medida de su gusto: la segunda era mucho más fácil de arreglar, porque este desgraciado religioso, abusando de su sagrado ministerio de una manera horrible, comprendió por las confesiones de doña Ana que esta estaba mal avenida con la vida claustral. La sencilla señora llegó á rogarle en el sagrado del confesonario pidiese á Dios por ella, para que Su Divina Magestad la inspirase lo que más conviniese á su santo servicio, ó la quitase de la mente las fatales ideas que la hacian disgustarse con la vida de monja.

Comprendió Fr. Miguel lo que le tocaba hacer para realizar su diabólico y descabellado proyecto, y fingiendo haber tenido revelaciones acerca de doña Ana al celebrar el santo sacrificio de la misa, la aseguró que Dios la tenia destinada para ser esposa del rey D. Sebastian, que milagrosamente habia salvado su vida, con el cual unida llegaria á ser reina de Portugal.

Creyó la inocente doña Ana lo que le decia una persona en quien no podia suponer el punible abuso que de su sagrada posicion y respetable carácter hacia; y cuando pareció ocasion oportuna, Fr. Miguel la presentó al pastelero Espinosa, convertido en rey desheredado.

Entre ambos acabaron de trastornar el juicio á la inocente religiosa, la cual llegó á enamorarse realmente del pastelero, quien no carecia de finura en sus modales; y aunque de limitadas luces, era buen actor y estaba perfectamente aleccionado por fray Miguel.

La farsa iba tomando grandes proporciones: su autor hacia venir uno y otro dia gente de Portugal para que reconociese á su resucitado rey, el cual recibia continuos regalos de la futura reina, que para obsequiar á su amado se desprendia de sus más preciosas joyas.

Era imposible que la trama no se descubriese, cuando el nudo se enlazaba en una villa como Madrigal, en donde cuanto se

hacia era sabido de todos y, como sucede en las poblaciones pequeñas, las noticias circulaban y se extendían rápidamente. Por otra parte, los portugueses que Fr. Miguel hacia venir á España, aunque pocos, eran suficientes para que su presencia chocase en Madrigal, desde donde salió la noticia de la *resurrección* de D. Sebastian y circuló por toda España, y salió de ella, llegando hasta la misma Lisboa.

Gabriel, á quien la sencilla monja daba el tratamiento de magestad, así como los que concurrían inocentemente á aquella farsa, marchó á Valladolid para regresar muy en breve; pero inesperadamente fué preso como hombre sospechoso. Se le formó proceso por uno de los oidores ó alcaldes de la chancillería de Valladolid, llamado D. Rodrigo de Santillan, y en muy pocos días fué descubierta toda la trama.

Una de las providencias adoptadas por Santillan fué la de ocupar todos los papeles de doña Ana, entre los cuales, que naturalmente no serían muchos, encontraron las cartas amorosas de Gabriel, y algunas apuntaciones que la habían dado á guardar, creyéndolas más seguras en la celda de una monja.

Cartas y apuntaciones fueron bastante testimonio para descubrir toda la trama, y causa de que se hiciesen algunas prisiones; porque Fr. Miguel no se limitó á perderse, sino que perdió á muchos. Los cómplices, sin embargo, libraron mejor, excepto algunos que sufrieron el tormento; pero todos salieron con vida, excepto los dos primeros actores de la escandalosa farsa. Fr. Miguel fué sentenciado á la última pena, y despues de degradado y entregado al brazo seglar, fué ahorcado en la plaza Mayor de Madrid, el día 19 de Octubre de 1595.

El desventurado pastelero, que no rechazó la mala tentación de fingirse rey, sin duda creyendo realmente que llegaría á sentarse en el trono mediante su semejanza con D. Sebastian y el amor que á este, aun despues de muerto, tenían los portugueses, fué arrastrado en un seron, ahorcado en Madrigal, y sus cuartos y cabeza fueron colocados en los caminos públicos.

En cuanto á doña Ana de Austria, creemos, en verdad, que fué tratada con demasiado rigor. Si creyó que Gabriel de Espinosa era real y verdaderamente el proscrito D. Sebastian, como está en efecto probado, y como podía esperarse de su sencillez unida al respeto que á Fr. Miguel tenía y á la gran opinión que de él había formado, pequeño, por cierto, por no decir ninguno, era su delito. Fué, sin embargo, condenada á pasar á un monasterio de Avila y á sufrir en él reclusión rigorosa en una celda, por espacio de cuatro años, en cuyo tiempo había de ayunar á pan y agua todos los viernes. Condenósele asimismo á no po-



der ser jamás prelada, y á perder el tratamiento de excelencia que el rey la habia concedido.

Tal fué el fin del sangriento y original drama inventado por Fr. Miguel de los Santos para perderse á sí propio, arrastrar en su ruina al pastelero Gabriel de Espinosa, y perjudicar y ocasionar graves disgustos á otras muchas personas, de las cuales solo el pastelero fué quien no procedió engañado.

Tocaban ya á su término el reinado y la vida de Felipe II: habia descansado no poco su espíritu (que bien necesitaba de descanso cuando el cuerpo tan flaco y martirizado estaba por las enfermedades) con la paz de Vervins, que segun dijimos se firmó en 2 de Mayo de 1598; faltábale, empero, buscar un término tambien á la eterna guerra de los Países-Bajos.

Este pensamiento hizo surgir otro en la mente del anciano y achacoso rey. Si muchos años antes, cuando otros pensaron lo mismo y le dieron un buen consejo no le hubiera desechado, tal vez Flandes nada hubiera padecido, ni España se hubiera aniquilado para sostener una guerra tan cara de sangre, de vidas y de dinero. Por desgracia, en el mundo se adquiere la experiencia á medida que ménos falta va haciendo: á medida que la vida pasa y se acerca á su fin, se adquiere la experiencia que antes nos hubiera salvado, y que nos sirve para comprender nuestros pasados errores y darnos mayor remordimiento, con el recuerdo de lo que hicimos y el conocimiento de lo que debimos hacer. La proximidad de la muerte hace ver muy claro; porque más inmediatos á otra vida en que todo es real y cierto, al revés que en esta caduca y perecedera en donde todo es falso y aparente, la eternidad á que nos acercamos nos imprime, por decirlo así, cierto carácter nuevo, que rompe en mil pedazos la venda que nos ha tenido en el mundo exterior y visible privados de la vista, cuya tupida trama nos ha ido parcamente aclarando á medida que en la edad avanzamos, pero sin quitarla de los ojos por completo; que seria mayor felicidad de la que nos es dado gozar en este valle de duelo, la de ver un solo dia los objetos tales como son en sí, y conocer exactamente la nada de las cosas humanas.

Viendo, pues, Felipe II acercarse el momento en que las ambiciones desaparecen y se extinguen todos los más ardientes deseos, comprendió la conveniencia de ceder la soberanía de Flandes, como debiera de haber hecho en otro tiempo trasfiriéndola á D. Juan de Austria, su hermano, ó despues al duque de Parma su sobrino.

Fué contrario á esta resolucion del rey el belicoso conde de Fuentes; empero el favorito de Felipe, D. Cristóbal de Mora, el

que le dió la corona de Portugal y allí ganó el título de conde de Castel-Rodrigo, la apoyó vigorosamente, y quizá la haría nacer él mismo, y decidió al soberano. Este veía por una parte que la guerra sostenida por espacio de más de seis lustros, de nada había servido, y creyó que una persona que fuese simpática á los flamencos, que viviese entre ellos y les gobernase segun sus leyes, podría quizá extinguirla. Por otra parte, la poca disposicion que manifestaba el príncipe de Asturias para el gobierno del Estado le hacia ver que si era aquel poco apto para cuidar de una monarquía en cuyo centro pudiese residir, lo seria más, sin duda alguna, para atender a tan apartados dominios. Por una y otra razon resolvió definitivamente abdicar la soberanía de los Países-Bajos, como en efecto lo hizo, en favor de su hija la infanta doña Isabel Clara Eugenia y del archiduque Alberto, que despues de la necesaria dispensa del Sumo Pontífice, trocaría la púrpura cardenalicia por el anillo nupeial. Las cláusulas de la abdicacion fueron las siguientes:

«En caso de recaer la soberanía en hembra, casaría esta con  
 » el rey de España ó su heredero; que los sucesores de la infanta  
 » no contraerian enlace sin consentimiento del monarca español,  
 » so pena de volver los estados al dominio de España; que los  
 » nuevos soberanos impedirian á sus súbditos el comercio de las  
 » Indias; que no permitirian el ejercicio de otra religion que la  
 » católica; y que de no cumplirse cualquiera de estas condiciones  
 » volvería la soberanía de Flandes á la corona de España.»

La noticia de la abdicacion fué recibida de diversa manera por los arrepentidos y por los rebeldes recalcitrantes. Aquellos demostraron un frenético regocijo; estos, viendo que la nueva monarquía lejos de quedar como estado independiente no seria otra cosa que feudataria de España, se decidieron á hacer la guerra al archiduque como se la habian hecho á Felipe II; al ménos tal fué el pretexto que tomaron para seguir rebeldes.

Esta resolucion probó dos cosas á la vez: la primera, que los remedios tardíos suelen ser por lo comun ineficaces; y que los muchos años habian hecho pasar, para no volver, el tiempo en que el remedio adoptado por Felipe II pudo ser eficaz. La segunda, que los verdaderos revolucionarios siempre encuentran razones para no abandonar su camino, y ménos aquellos que estaban agitados por la inextinguible ambicion de la numerosa familia de los Nassau, que desde la rebelion del de Orange, asesinado en Delft, pensaron en ser soberanos; y de ellos esperaban los rebeldes lo que no podian esperar de España, ni de ningun príncipe feudatario de esta.

Recibió copia del acta de abdicacion el archiduque Alberto, y

se preparó para venir á España; mas le detuvo en Flandes una de las acostumbradas sediciones de algunos tercios extranjeros, movimientos que siempre tuvieron el mismo origen; la falta de pagas.

## MUERTE DE FELIPE II.

Hacia ya largo tiempo que el rey de España sufría crueles y acerbos dolores. Estos primeramente fueron producidos por la gota, enfermedad que pudiéramos llamar hereditaria y que le aquejaba hacia más de veinte años.

Trece llevaba ya de soportar resignadamente tan terrible enfermedad, cuando comenzaron á ser los dolores tan intensos, que el rey vivía en un casi continuo martirio. Así pasó cinco años, sobre los trece, y á los dos siguientes, que completaron los veinte de padecimientos horribles, comenzó á debilitar y demacrar su cuerpo una verdadera consuncion, que le redujo á ser casi solamente el siempre fuerte espíritu encerrado en una cárcel de huesos y de piel.

Como si tantos sufrimientos fuesen pequeños ó leves, acometióle tambien el humor hidrópico, y la hinchazon le cogió primero las piernas, despues todo el vientre, ocasionándole una sed tan insoportable como inextinguible.

Casi un año antes de su muerte, pudiendo apenas abandonar el lecho, se ulceró de tal suerte, que necesitaban sostener en alto la finas sábanas de la cama, por medio de un artificio de aros de madera, para que no le tocasen aquellas al cuerpo; que eran tales los crueles dolores que le ocasionaban las multiplicadas úlceras, que no podia resistir ni aun el contacto del finísimo y delicado lienzo.

Hacia poco tiempo que habia regresado á España una comision mandada por el doliente rey á Alemania, para reunir una coleccion de sagradas reliquias, destinadas á enriquecer la grande y magnífica que ya en el Escorial existia. Celebróse la colocacion con una procesion solemnísima; y el rey, que, contra su costumbre, se hallaba fuera de su sitio predilecto que parecia como su centro verdadero, á pesar de hallarse en el triste estado que ligeramente hemos descrito, resolvió pasar al Escorial.

Hicieron al soberano cuantas reflexiones parecieron más oportunas y convincentes, para hacerle desistir de su idea; pero todas fueron hechas en vano. Su fiel amigo el conde de Castel-Rodrigo, D. Cristóbal de Mora, que disfrutaba de toda la gracia

del rey, porque este fué muy constante en apreciar cordialmente á las pocas personas que lograban su confianza, le instó mucho para que desistiese de pasar al Escorial, empeño que graduaba el fiel confidente de temerario, por el estado en que se hallaba el rey y por lo mucho que iba á sufrir al verificar la traslacion.

Felipe II, empero, para quien ni los años ni las enfermedades eran bastante poderosos á amortiguar el fuerte espíritu y la habitual energía, contestó resueltamente á Mora: *Haced que dispongan la marcha, porque me han de llevar vivo, á donde he de quedar muerto y está mi sepulcro.*

Comprendió que nada haría al soberano variar de propósito, se mandó hacer en breve tiempo una silla-cama, á propósito para proporcionar al real enfermo toda la posible comodidad, hasta donde aquella podia ser compatible con su estado y con las molestias que el viaje imprescindiblemente habia de ocasionarle.

En aquel aparato salió por fin Felipe II de Madrid para no regresar á él, el dia 30 de Junio: la silla-cama era llevada por hombres robustos; y el cuidado era tal para caminar, que *se invirtieron seis dias para andar poco más de siete leguas*, que no eran ocho completas las que separaban á la corte del real sitio; y sin embargo, conociase lo mucho que el rey sufría, aunque en tantos años de duros y acerbos padecimientos, su incomparable fortaleza no le dejó exhalar ni una exclamacion, ni una queja. Fué un verdadero modelo de paciencia y de cristiana resignacion; y lo mismo lo fué en la traslacion penosa, dando sin duda por bien sufridos sus padecimientos al verse dentro del sagrado recinto, cuya ereccion no fué el suceso que ménos eternizó su memoria.

En efecto, viósele revivir al llegar al suntuoso monasterio, y saludar afectuosamente á la comunidad, que salió procesionalmente á recibir al semi-moribundo monarca á quien tanto debia. Hízose el rey conducir al templo y en él oró largo rato; asistió á la colocacion de las reliquias; visitó las bibliotecas alta y baja, y se hizo llevar de un punto á otro, recorriendo todo el edificio como quien desea despedirse de todos los objetos que más caros le han sido durante la vida; pero siempre tendido en su ambulante lecho, y siempre atormentado por los acerbos dolores.

Cinco dias despues de su llegada se le agravó notablemente la fiebre; hízose esta despues intermitente; declaradas las tercianas, lograron los facultativos cortarlas, pero remanecieron cotidianas, y al terminar un acceso comenzaba otro: por manera que unido el nuevo y peligroso padecimiento á todos los demás que le afli-

gian, parecia imposible que el término de la vida estuviese distante.

Los pasados dolores con haber sido tan acerbos habian sido nada, comparados con los que le ocasionaba un maligno tumor que apareció sobre la derecha rodilla, y que en pocos momentos se hizo de espantoso tamaño.

Dijéronle los facultativos que era indispensable practicar una dolorosa y expuesta operacion, noticia que recibió con su impasibilidad acostumbrada; porque la flaqueza del cuerpo se estrechaba contra la extraordinaria fortaleza del espíritu.

Determinó el monarca hacer primero confesion general, y despues de hacer que le acercasen varias reliquias que adoró y besó repetidas veces con gran devocion, mandó á los facultativos que sin consideracion alguna obrasen segun les aconsejase su ciencia.

Llamábase Juan de Vergara el elegido para practicar la expuesta y difícil operacion; y hubiérase el hábil cirujano llevado toda la gloria que merecia, si la atencion de los circunstantes no se hubiera separado de Vergara, para admirar la inexplicable paciencia y el inaudito valor con que inmóvil, tranquilo y sufrido, sin dar un signo visible de dolor ni aun de disgusto, resistió Felipe II el expuesto y doloroso trance.

Treinta y cinco dias llevaba el rey de luchar con los dolores de la gota, de las úlceras y de todos los miembros de su cuerpo; de aniquilarse con la irresistible fuerza de la cotidiana calentura: de padecer el horrible tormento de la sed hidrópica, el sudor de la tisis; los insomnios continuos; y como si todo esto no hubiera sido bastante, las fétidas úlceras produjeron una innumerable multitud de gusanos, los cuales á medida que los quitaban del lecho los que al soberano asistian, se reproducian con maravillosa fecundidad.

Este lamentable estado en un hombre que habia conmovido al mundo con su poderosa palabra; tanta y tan repugnante miseria en quien tantas coronas ceñia y las apoyaba sobre dos mundos, prueba hasta la más completa evidencia la nada de nuestro miserable y pobre ser, y hace preguntar en qué funda el hombre su insano é insensato orgullo. No parece sino que Dios quiso que Felipe II con tan terrible é inaudito padecer purgase en esta vida los defectos y faltas que hubiese cometido, de las cuales ningun hombre, y ménos un rey, está libre, para premiar en la perdurable é infinita sus grandes hechos y su celo, verdaderamente grande é inquebrantable, en favor de la religion verdadera.

Aún sufrió otros diez y ocho dias en aquel lamentable estado,

y en él permaneció casi dos meses; pero siempre resignado, tranquilo, sin exhalar una queja, una palabra de impaciencia, ni aun un débil suspiro.

Todavía podremos asegurar al lector una cosa tanto ó más admirable que lo ya referido. En medio á tanto y tan horrible sufrir, aun atendía á los más urgentes asuntos del Estado, y despachaba con su fiel amigo y secretario íntimo D. Cristóbal de Mora.

Comprendiendo él mismo que su fin no podia estar distante, pidió al Sumo Pontífice la bendicion apostólica, para partir con ella desde esta vida á la eterna. El cardenal legado despachó un correo á Roma; mas creyendo que instaba el tiempo, el mismo legado se la concedió á nombre del Pontífice. Llegó, sin embargo, la confirmacion de Roma, cuando aun vivia el monarca, el cual, satisfecho al recibirla, mandó acercarse á su confesor y le pidió le leyese en el ritual romano el ceremonial del último sacramento de la Iglesia.

Despues de haberse enterado pidió le administrasen la Extremauncion, y mandó que llamasen al príncipe D. Felipe, su hijo y heredero, para que presenciase aquel acto.

Reuniéronse en torno del real lecho los consejeros de Estado, que eran á la sazón D. Cristóbal de Mora, conde de Castel-Rodrigo; D. Juan de Idiazquez, comendador mayor de Leon; el conde de Fuensalida, comendador de Castilla y mayordomo mayor del rey; el conde de Chinchon; el marqués de Velada, ayo del príncipe; el arzobispo de Toledo, limosnero mayor del rey; el conde de Alba de Liste, los gentiles-hombres de cámara don Enrique de Guzman, D. Pedro de Castro, D. Fernando y don Antonio de Toledo, D. Francisco de Rivera y otros varios personajes.

En tan solemne momento todos estaban más afectados que el paciente. Llegó su hijo, y con voz entera y serena le dijo: *He querido, hijo mio, que os hallásedes presente á este acto, PARA QUE VEAIS EN LO QUE PARA TODO.* Palabras que dirigidas por aquel de cuya mano se desprendia el más poderoso cetro de Europa, al que iba á recogerle y empuñarle, encierran profundísima filosofía y una completa enseñanza de lo que debe ser un rey, si quiere afrontar sia temor y con tranquilidad el instante supremo.

Administró el último sacramento al real enfermo D. García de Loaisa, arzobispo de Toledo. Terminado el acto, dió el rey muy sanos y sábios consejos á su hijo, al cual fué forzoso retirar de allí, porque se conmovió extraordinariamente, haciendo un admirable contraste la sensible debilidad del jóven lleno de vigor

y de vida, con la fortaleza del anciano agobiado por los dolores, por las enfermedades y por tan dilatados é inagotables sufrimientos.

El solemne y triste acto tuvo lugar el día 1.º de Setiembre, y todavía aquel hombre extraordinario resistió trece días. El undécimo del mes hizo llamar á sus hijos para despedirse de ellos. Su primer encargo fué que perseverasen siempre firmes en la fé, y gobernasen con prudencia y en justicia los estados que les dejaba (hablaba con el príncipe y con su hija, la futura soberana de Flandes). Despues entregó á su confesor la instruccion que San Luis, rey de Francia dió al partir de este mundo á su sucesor, para que la leyera al príncipe y á la infanta doña Isabel Clara: dió á ambos en seguida su bendicion, y los despidió para siempre: este fué el único momento en que la conmocion del rey salió al exterior.

El día 13 su leal amigo D. Cristóbal de Mora fué comisionado por los médicos para anunciarle que el instante fatal estaba muy próximo. Cumplió Mora el doloroso encargo, que oyó el rey con su tranquilidad acostumbrada, así como la exhortacion que le dirigió el prelado de Toledo. Despues mandó le leyesen la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, segun San Juan; y terminada la lectura le acometió un fuerte desmayo, que tomaron los que presentes estaban por la muerte; tan largo y grande fué el accidente. Volvió por fin por breves momentos el soberano á la vida; tomó en la mano el mismo crucifijo que tuvo en las suyas al espirar el gran Carlos I, su padre; alhaja que habia hecho sacar de una rica caja en que guardada la tenia. Besó repetidas veces la sagrada imágen, oyó devota y tranquilamente la recomendacion del alma, que leyó el prior del monasterio de San Lorenzo, y como si hubiera esperado aquella alma grande y magnánima á salir de la miserable y corrompida cárcel para presentarse con la recomendacion de la Iglesia al que derramó su sangre por redimir al linaje humano, al terminar el prior la última palabra hizo el rey un leve y casi imperceptible estremecimiento, y salió de esta vida para pasar á la eterna. Eran las cinco de la mañana del 13 de Setiembre de 1598. Tenia Felipe II setenta y un años y casi cuatro meses de edad, y llevaba más de cuarenta y dos de reinado.

Tal fué el fin del poderoso Felipe II; y no tememos aventurar mucho al decir, contra lo que opinan sus detractores y manifiestan los que hablan simplemente por lo que oyen, que el hombre que tan tranquilamente esperó el fin de su vida, podria haber incurrido en errores, á los que los reyes están muy sujetos porque no pueden ver ni oír muchas veces por sí mismos, pero ni

como hombre ni como soberano tendria remordimientos que en tan terrible trance le acosasen, por malas acciones deliberadamente ejecutadas.

Los hijos que tuvo este memorable rey fueron los siguientes: de su primera esposa doña María de Portugal, al desgraciado príncipe *D. Carlos*, que falleció en 24 de Julio de 1568. De María de Inglaterra no tuvo hijo ninguno. De doña Isabel de Valois, ó de la Paz, tuvo á *doña Isabel Clara Eugenia*, á quien quiso mucho y dejó los dominios flamencos; á la infanta *doña Catalina*, que casó con el duque de Saboya. De doña Ana de Austria, al príncipe *D. Fernando*, que murió de siete años, en el de 1578; á los infantes *D. Carlos* y *D. Diego*, que murieron en su niñez, y á *D. Felipe*, que heredó la corona y habia nacido el mismo año en que murió su hermano *D. Fernando*: por manera que al espirar Felipe II, tenia Felipe III casi veintiun años de edad. No dejó ningun hijo ilegítimo, y fué su moralidad severa para los demás, lo mismo que para si propio.

Nos ocuparemos del reinado de este soberano, cuando termine la dominacion de la casa de Austria.

AÑO 1598.

### FELIPE III.

Apenas hubo espirado Felipe II, cuando fué reconocido por rey su hijo Felipe, tercero de su nombre. Los prelados, grandes y caballeros de la corte que se hallaban presentes á la muerte del fundador del magnífico monasterio de San Lorenzo, rindieron allí mismo pleito-homenaje al nuevo soberano, despues de lo cual fué proclamado en la corte y en toda España.

El nuevo rey no anunciaba tener ni el talento, ni la laboriosidad, ni la firmeza de carácter que su padre habia en alto grado poseido. Tenia, empero, prendas muy apreciables: era afable, cariñoso; tenia sensible y tierno corazon, y al revés que su padre, casi siempre se encontraba en Felipe III al hombre, y muy pocas veces al rey, del mismo modo que en Felipe II se encontró siempre al soberano y casi nunca al hombre.

Como al fallecimiento del anterior monarca contaba ya su hijo veintiun años de edad, los hombres pensadores de la corte habian tenido ocasion de observarle y prever, en virtud de sus observaciones, que seria muy desemejante á Felipe II. Este, que



no fué quien ménos le observó, y que sabia sin duda observar con mucho fruto, dió á entender en más de una ocasion lo poco satisfecho que estaba de su heredero. No echaba en él de ménos ninguna de las prendas necesarias á un buen hijo, dócil, respetuoso, sumiso, obediente y cariñoso; pero en cambio no encontraba ninguna de las que son necesarias á un buen rey.

No mucho tiempo antes de morir, hablando Felipe II con su fiel amigo y consejero D. Cristóbal de Mora, conde de Castel-Rodrigo, le dijo con imponderable sentimiento: *¡Ay, D. Cristóbal!.... me temo que le han de gobernar. Dios que me ha concedido tantos estados, me niega un hijo capaz de gobernarlos!*

Difícilmente se equivocaria un Felipe II, cuando sus palabras eran fruto de una diaria y constante observacion. Cuanto habia hecho para evitarlo, habia sido completamente inútil y perdido: la educacion del príncipe Felipe fué tan esmeradísima como puede suponerse; y cuando apenas habia cumplido catorce años, ya el rey su padre le nombró presidente de un consejo de Estado. Reuniase este dos veces por semana, y en él se trataban todos los más árdulos é importantes puntos concernientes á gobierno y administracion, con el objeto de acostumbrar al príncipe á tratar de los más importantes negocios públicos; pero todo fué en vano. El príncipe era cada dia más dócil y excelente como hombre; empero cada dia tambien mostraba más á las claras el tedio que le inspiraban el trabajo y los negocios de Estado, y su poca capacidad, además, para ocuparse de ellos con fruto.

La imperfeccion de la raza humana, como la de todas las cosas que en el mundo existen, causa muy doloroso sentimiento. Felipe III, apacible, veraz, franco, expansivo y piadoso, que todo esto era, con las dotes de rey que poseyó su padre, hubiese llegado á ser el mejor soberano de España, que hubiera hecho de esta nacion la más feliz y poderosa de la tierra; mas era hombre al fin, y no podia faltar á su condicion de hombre. Era, puede decirse, perfecto en un sentido; forzosamente habiase de mostrar imperfecto en otro y, por desgracia, en el más importante y perjudicial en un soberano. Ni el rey su padre le escaseó los medios de adquirir una vasta y sólida instruccion, ni le prodigó ménos los ejemplos y los importantes consejos; mas todo fué en vano.

Apenas verificada la proclamacion en 13 de Setiembre, hizo ver que la profecia de Felipe II habia sido exacta. Anuncióse en seguida la privanza de D. Francisco de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, que comenzó á ser el rey de hecho.

El marqués, apenas ascendido al poder, nombró virey de Portugal á D. Cristóbal de Mora, conde de Castel-Rodrigo. Este nombramiento fué tan oportuno como conveniente; porque nadie

mejor que Mora conocia el carácter portugués, los deseos y necesidades de aquellos naturales y la mejor manera de gobernarlos en paz y justicia. Créese, sin embargo, que el marqués de Denia al hacer tan acertado nombramiento lo que ménos tuvo presente fué la aptitud del nombrado, sino el deseo de alejarle de la corte para evitar el que adquiriese el cariño y la confianza del nuevo rey. Felipe II habia dejado muy encomendado á Mora el cuidar de Felipe III y aconsejarle bien, así como á este último mandó que mirase, respetase y atendiese á Mora como á un segundo padre.

En seguida el de Denia cambió el alto personal, sin consideracion á méritos ni servicios, sustituyendo á los fieles, inteligentes y probos consejeros, con los que más á su devocion estaban. Siempre deseoso de asegurar su naciente poder, multiplicó el número de sus amigos y criaturas, fué espléndido para aumentar sueldos y pródigo para añadir destinos á destinos, y aumentar plazas con que favorecer á sus protegidos. Por manera que comenzó el valido por acabar de hundir la semi-hundida hacienda.

Trató en seguida de que se verificase el matrimonio del rey. Felipe II, que, hasta donde pudo ir la prevision humana, trató de no dejar al morir suelto cabo ninguno que pudiera entorpecer la marcha del gobierno en los primeros años del reinado de su hijo, no solamente dejó ajustada la paz con Francia y dado el único corte que fué posible á la cuestion flamenca; quiso tambien dejar acordado el matrimonio de Felipe III con la princesa Margarita, archiduquesa de Austria. Quiso el padre de Felipe III, previendo lo que habia de ser su hijo como soberano, que el poder de España estuviese apoyado por el de Austria, y asegurada la alianza entre ambas potencias por medio del expresado matrimonio.

Como habia quedado estipulado tambien el matrimonio de la princesa Isabel Clara, hermana de Felipe III, con el archiduque Alberto, decidióse que se verificasen en un dia ambos matrimonios. El archiduque, que gobernaba en Flandes y se hallaba á la sazón en Bruselas, se dirigió á encontrar á la archiduquesa Margarita, para escoltarla en su viaje á España.

Celebráronse los desposorios por poderes en Ferrara, dando la bendicion nupcial el mismo Pontífice. La reina de España fué obsequiadísima en las primeras capitales de Italia, y se dirigió á la península española con rumbo á Valencia. A esta bella ciudad pasó Felipe III á recibir á su esposa, despues de haber celebrado Cortes, como en su lugar diremos, siempre acompañado de su inseparable marqués de Denia.

Salió, en efecto, de Madrid el soberano, con un séquito tal y tan brillante, que no se habia visto igual muchos años habia. Pero no le acompañaba aquel imponente cortejo que llevaba siempre consigo su abuelo Carlos I: aquellos célebres generales y capitanes que hacian estremecer el orbe entero, de cuyos heroicos hechos el mundo estaba lleno, y cuya inteligencia, corazon y brazo eran el peso decisivo en la balanza en que, segun las costumbres de la época, se pesaban los más importantes sucesos europeos. Era, por el contrario, una numerosa corte, casi en su totalidad afeminada y dada solamente á la molicie y á la ostentacion; eran grandes, caballeros y cortesanos de nueva creacion, hechuras del de Denia. Segun la historia, *en tres meses, tratando solo de Santiago, Calatrava y Alcántara, dió más hábitos Felipe III que su padre en DIEZ AÑOS.*

Duélenos, en verdad, el no poder desentendernos de la ingrata tarea que nos espera; mas no es posible. En los reinados de Carlos I y de Felipe II, á vuelta de algunos episodios históricos que disgustan ó que no satisfacen, hay mil hechos gloriosos y honrosísimos que referir. Se encuentran magníficos hechos de armas, brillantes combinaciones políticas, mucho de grande y nada de raquítico y mezquino. Por desgracia, la dinastía austriaca en España, á la manera del niño cuya precocidad le hace pensar y decidir como hombre apenas llegado á la pubertad y fallece sin llegar á la edad viril, así la casa de Austria se desarrolló de pronto y de pronto pereció: no se observó en el gobierno de los soberanos que á ella pertenecieron la armónica gradacion que en todas las cosas humanas se observa. Carlos I, que puede ser llamado el primero de los soberanos austriacos si se considera el fugaz reinado de su padre Felipe I, fué el niño que de pronto se hizo hombre en pensamientos y en obras, y murió en Felipe II; con aquel nació y con este terminó la casa de Austria: los tres restantes soberanos que á esta dinastía pertenecieron fueron de peor á peor, y hubiera valido mucho más á España el que no hubiesen existido.

Salió de la corte el rey y detúvose algunos dias en Denia. El marqués de este título, su favorito, ostentó para obsequiar al soberano toda su opulencia. Costábale poco el hacerlo: obsequiaba al soberano con dinero ageno, y al mismo tiempo satisfacia el propio orgullo, mostrando ante sus alónitos paisanos y vasallos su poder y su valimiento con el monarca.



AÑO 1599.

## ESPAÑA.

Ya habia comenzado el año cuando llegó á Denia Felipe III, el cual se divertia y gozaba de todos los festejos como si no hubiese asunto político ninguno que debiera llamar su atencion, y como si la hacienda española estuviese muy floreciente.

Todo eran saraos, espectáculos, banquetes, mascaradas, torneos, y de todo gozaba tranquilo el rey sin curarse de otra cosa alguna, que era lo que el marqués de Denia deseaba. A los que más le obsequiaban, les concedia premios, como en más feliz tiempo hicieron sus predecesores con los que más relevantes servicios hacian al Estado y á la corona; y este era un grande y verdadero incentivo para que los festejos, los obsequios y diversiones se multiplicasen.

Parece que el conde de Miranda se excedió tanto en el susodicho punto, que gastó más de *ochenta mil ducados*. A tanto gasto correspondia un grande premio, segun la manera de proceder de Felipe III, el cual creyó que los importantes y dispendiosos obsequios no quedarian bien recompensados sino con la *presidencia del Consejo de Castilla*. Ocupabala á la sazón, desde el reinado de Felipe II, el digno y próbo D. Rodrigo Vazquez de Arce; empero sus muchos años de servicio y sus constantes y grandes méritos eran nada, comparados con los recientes del conde de Miranda, que consistian en lo que acabamos de referir; mas el no estar vacante el puesto era pequeño inconveniente, pudiendo destituir á D. Rodrigo.

En efecto, rubor causa el tener que consignarlo; el mismo Felipe III escribió al presidente de Castilla las siguientes líneas: *El conde de Miranda me ha servido muy bien en esta jornada (ya sabe el lector á qué clase de servicios alude el rey) y en otras muchas ocasiones, de que estoy muy satisfecho. He puesto los ojos en él para darle el oficio que vos teneis: MIRAD QUÉ COLOR QUEREIS SE DÉ Á VUESTRA SALIDA, QUE ESE MISMO SE LE DARÁ.*

Imposible parece que un hijo de Felipe II, nieto de Carlos I y sobrino de D. Juan de Austria, tan poca dignidad tuviese y tanto se dejase dominar por un favorito. D. Rodrigo Vazquez de Arce dió al rey una dura y severa leccion de dignidad y decoro, contestando: *Señor, muy bien es que V. M. premie los ser-*

*vicios de los grandes de Castilla, para que con esto los demás se animen á servirle. El color que mi salida ha de tener ES HABER DICHO VERDAD, Y SERVIR Á V. M. COMO TENGO OBLIGACION.*

La destitucion y el destierro fueron la respuesta á la dicha contestacion de Vazquez, el cual se retiró á la villa de Carpio, que era suya, en donde disgustado de la ingratitud del monarca y de la nada de las cosas humanas murió muy pronto, víctima de una profunda é invencible melancolía.

No fué este el único ejemplo de la aparente ingratitud de Felipe III, que ni fué ingrato ni desconocido á los servicios que se le hacian; empero tuvo el peor de los defectos que puede tener un hombre, mil veces peor en un soberano. Aunque comprendiese que obraba mal, no tenia resolucion para decir no, y ménos aún cuando se dejaba dominar por cualquier persona; advirtiéndole que á tan débil rey se le dominaba facilísimamente.

La muerte que por aquellos dias ocurrió de D. García de Loaisa, arzobispo de Toledo, dió no poco que decir: porque se atribuyó generalmente á los desaires que habia recibido, á pesar de haber sido maestro del rey y haberle educado desde su más tierna infancia.

El sábio y virtuoso Loaisa fué reemplazado por D. Bernardo de Sandoval y Rojas, *tio del marqués de Denia*, el cual fué agraciado con una de las primeras y más importantes dignidades, como era entonces la mitra de Toledo.

Todos los hombres pensadores veian resucitados los tiempos de D. Juan II y de Enrique IV, y en el marqués de Denia consideraban á un nuevo D. Alvaro de Luna, ó al marqués de Villena.

Ya por este tiempo era el favorito sumiller de corps, caballero mayor; habia recibido el señorío de diversos pueblos, una escribanía vendida en Sevilla por valor de *cientos setenta y tres mil ducados*, la encomienda mayor de Castilla, con *diez y seis mil ducados* de renta, y porque no pareciese ya demasiado, no tomó tambien la de Calatrava, *pero la tomó su hijo* con *diez mil ducados* de renta, y últimamente no sabiendo ya el rey, recién ascendido al trono, cómo obsequiar á su favorito, le nombró *duque de Lerma*, que es el título por que se le conoce en la historia, y con el que en lo sucesivo le designaremos.

No solamente tomaba el valido dignidades, honores y rentas; tambien admitió donativos, como sucedió cuando se presentó al rey para anunciarle que habia llegado á Sevilla la flota de Luis de Fajardo (ó Faxardo) con el dinero de América, y el rey en albricias regaló al de Lerma  *cincuenta mil ducados* (550,000 reales).

## FLANDES.

En tanto continuaban en España los regocijos y las fiestas, el gobierno de Flandes estaba encomendado al cardenal Andrés, obispo de Constanza, hermano del archiduque Alberto y á quien este habia nombrado para que le reemplazase durante su permanencia en España.

Dió además el cargo de las armas, como capitán general, al marqués del Guadalete, almirante del reino de Aragon, D. Juan de Mendoza; y entre los encargos que le hizo, le mandó que á toda costa se procurase un medio de atravesar el Rhin, con el objeto de penetrar en las provincias del Norte, ó por lo ménos, acampar en el territorio del ducado de Cleves-Berg.

En cumplimiento de estas órdenes movió el marqués del Guadalete su ejército, á la sazón compuesto de ménos de veinte mil infantes y cerca de tres mil ginetes, y llegado al Rhin se extendió por el territorio de Orsoy.

Pasó poco despues á sitiár á Rhinberg, y no se hizo esperar mucho la rendicion, contribuyendo á apresurarla el haber volado el castillo, á consecuencia del incendio fortuito de un depósito de pólvora; y con aquel volaron el gobernador y su familia.

A este triunfo siguieron otros muchos, porque peleaba en favor del de Guadalete el temor que tenian los enemigos. La catástrofe del castillo de Rhinberg y la rendicion de la plaza los habia desalentado: así fué que el almirante de Aragon, ó marqués del Guadalete, se posesionó de los países neutrales de Cleves y acampó en Westfalia, que era ya territorio aleman.

Vieron los príncipes más inmediatos á Westfalia, en la accion del marqués, una verdadera violacion de territorio; y el elector Palatino, el duque de Cleves y el landgrave de Hesse acudieron al emperador de Austria, el cual intimó á Mendoza la evacuacion de aquel territorio.

Negóse el general español á cumplir el mandato del emperador, apoyado por el cardenal Andrés, hermano del archiduque Alberto y sustituto suyo como ya hemos dicho; y vista la resuelta negativa, se confederaron los príncipes del círculo de Westfalia para con las armas obligar á Mendoza á que abandonase aquel país. Sin embargo, todo fué vano alarde; porque Mendoza permaneció en el mismo punto algunos meses sin que nadie le inquietase, hasta que le convino mover su campo para dirigirse á sitiár la isla y ciudad de Bommel.

Acudió á la defensa Mauricio de Nassau; pero sin embargo el sitio se prolongó muchos meses, verificándose infinitos encuentros y escaramuzas para evitar las obras que de una y otra parte se hacian, á fin de guarnecer con fuertes y fortines ambas riberas del Waal y del Mosa. Distinguióse mucho entre las nuevas obras de fortificacion la imponente y magnífica que hizo construir el cardenal gobernador, á la que de su nombre denominó San Andrés.

El ejército rebelde, menor en un principio que el de España, fué reforzado con varios cuerpos que el rebelde La Noüe habia reunido en Francia, hugonotes todos; y poco despues, al cabo de muchos meses de preparativos, apareció el ejército de los confederados alemanes, mandado por el inexperto general conde de la Lippa.

Apenas llegado el tal ejército, se disolvió: todo eran rencillas entre los jefes, desórdenes entre los soldados; y como aquellos conocian la nulidad del general, no le respetaban ni él se atrevia á mandar, y cada uno se retiró por donde pudo, regresando á sus casas los soldados.

Esto ocurrió cuando estaba ya para terminar el año, al mismo tiempo que los archiduques Alberto é Isabel Clara se acercaban á Flandes. Despues de celebradas las bodas con la mayor ostentacion y de haber sido festejados y obsequiadísimos, se embarcaron en Barcelona. Visitaron á Génova, Milan, Saboya, Borgoña y Lorena, y entraron en Bruselas en el último tercio del año, siendo recibidos con festejos, aplausos y alegría.

En Brabante fueron jurados los príncipes como soberanos de aquellos paises, y poco despues comenzaron á disgustarse los flamencos. Los príncipes habian establecido su casa y córte á la usanza española, cuyas costumbres, usos y trages habian adoptado los archiduques. Los flamencos miraban esto como muy mal presagio, porque muy justamente deseaban que los soberanos de Flandes se adaptasen á los usos flamencos; mas el archiduque, sin dejar de conocer lo que á él y á su esposa convenia, era satélite del sol de España y no podia hacer lo que hubiera hecho á ser soberano independiente. No hay más precaria posición ni más expuesta vida que la del jefe supremo de un estado, que tiene necesidad de estar sujeto y supeditado á otro más poderoso que él.

## CATALUÑA Y ARAGON.

Despues de una sucesion, que parecia interminable, de saraos, cacerías, banquetes, torneos, toros, cañas, fuegos de artificio y

cuanto puede inventarse para pasar alegremente el tiempo, como si este no fuese necesario para atender al gobierno de dos mundos, pasaron los reales desposados de Valencia á Cataluña. Embarcáronse los archiduques, como el lector ya sabe, para trasladarse á Flandes, y el rey se detuvo en Barcelona para celebrar Córtes (Junio).

Fué jurado el nuevo soberano y juró á su vez: las Córtes le concedieron un servicio de un millon de ducados (once millones de reales); cien mil ducados á la reina y *diez mil al duque de Lerma*. De Barcelona pasaron los reyes á visitar el venerando monasterio de Montserrat, y de allí regresaron á Valencia, para pasar á Aragon; pero esto no se verificó sin que el rey volviese á honrar la casa del antiguo marqués de Denia, en donde pasó muy agradablemente algunos dias, obsequiadísimo por el favorito, que bien podia obsequiar al rey á quien tanto debía, mucho más cuando poco gastaba de suyo para hacerlo.

Estando en Denia se le presentó una embajada aragonesa, para suplicarle se dignase pasar á Aragon á celebrar Córtes. El rey contestó que sí pasaria á aquel reino como ya lo tenia pensado; pero si bien dió palabra de visitar á los aragoneses, no hizo lo mismo respecto de la celebracion de Córtes.

No fué necesario que complaciese el rey á los aragoneses en dicha peticion, para que le recibiesen con verdadera alegría, le aclamasen con verdadero frenesí y le tomasen mucho cariño. En efecto, Felipe III anunció su llegada á Zaragoza de una manera que no podia ménos de ser muy grata á los aragoneses.

El rey manifestó que no queria entrar en la capital de aquel reino hasta que fuesen quitadas de los caminos las cabezas y miembros de los ajusticiados en 1591, á consecuencia de los motines ocasionados por Antonio Perez. Mandó además Felipe III dar honrosa sepultura á aquellos desfigurados restos de los ajusticiados delinquentes, y borrar de los muros las inscripciones infamantes que recordaban los pasados disturbios.

Hecho todo esto, penetró en Zaragoza entre las aclamaciones de un pueblo loco de entusiasmo por el jóven rey que tan *justo* y piadoso se mostraba.

Ya en Zaragoza publicó un perdon general, tan amplio y sin restricciones que solo quedaban exceptuados tres, entre los cuales era uno Manuel Don Lope, que con Gil de Mesa fué cabeza de todos los movimientos y causa de la muerte del marqués de Almenara, de los atropellos del Justicia mayor, del Zalmedina, etc.

Juraron al nuevo rey los aragoneses, y él juró tambien mantener y guardar los fueros de aquel reino. Pidiéronle despues,



viéndole tan predispuesto á las concesiones, la extincion del tribunal inquisitorial, á lo que el rey contestó «que miraria para más adelante la conveniencia de lo que le pedian,» y que volveria á Zaragoza á celebrar Córtes, ya que no podia entonces detenerse á verificarlo. No quisieron despedir al rey los aragoneses sin hacerle algun donativo. Ascendió este á doscientos mil ducados, con diez mil á la reina y con *seis mil al duque de Lerma*: hicieron tambien donativos de menor importancia á algunos otros personajes de la córte.

El dia 22 de Setiembre salieron de Zaragoza los reyes, y antes de regresar á la córte visitaron los sitios reales, en donde el de Lerma les procuró toda suerte de fiestas y recreos, hasta que ya entrado el mes de Diciembre pasaron á Madrid. La córte no quiso ser ménos que las capitales de otros antiguos reinos de España, y obsequió con verdadera ostentacion y magnificencia á su nueva soberana. El rey confirmó al marqués de Denia el ducado de Lerma; y queriendo hacer extensivos sus dones á toda la familia de aquel, dió á su hijo el marquesado de Cea, el condado de Ampudia á su nieto, y á su tio Sandoval, el arzobispo de Toledo, le hizo donacion del Cigarral. Dió además á la duquesa de Lerma la magnífica carroza que al pasar la reina por Italia le habia regalado el duque de Mantua; y no pareciéndole todo esto suficiente, hizo que la reina despidiese á la duquesa de Gandía, como él despidió á D. Rodrigo Vazquez de Arce, para dar á la de Lerma el importante cargo de camarera mayor.

El rey, tan humano y bueno como demostró en Zaragoza y en todas partes, se dejó, empero, llevar á tal extremo en su afecto al de Lerma, que tuvo la verdadera debilidad de escribir en cierta ocasion al asistente mayor de Sevilla las siguientes líneas:

«D. Diego Pimentel, mi asistente de Sevilla: Ya habreis entendido cómo la marquesa de Denia fué por mar á Sanlúcar á hallarse al parto de la condesa de Niebla su hija; y porque su vuelta á Castilla ha de ser por ahí, me ha parecido avisarlo, y encargaros mucho, como lo hago, tengais particular cuidado de que entienda esa ciudad de mi parte que de toda la buena acogida y demostracion que hiciesen con ella quedaré yo muy servido por la estimacion que hago de la persona de la marquesa, y lo bien que su marido me sirve,» etc.

AÑO 1600.

Comenzó el nuevo año de muy buena manera para el duque de Lerma, que recibió del rey el adelantamiento de Cazorla; y en

tanto el duque se enriquecía, compraba villas y lugares y formaba una renta que la historia califica de escandalosa, el rey pedía misericordia á las Córtes; porque la hacienda real, como entonces se decía, estaba agonizando, y completamente exhausto el público tesoro. Puede decirse que el año trascurrió sin suceder novedad alguna de verdadero interés, fuera de las sesiones de Córtes, de las cuales más adelante nos ocuparemos.

Ocurrió, empero, una novedad que alarmó y puso á Madrid en verdadero movimiento. Comenzó á circular la voz de que el de Lerma trataba de trasladar la corte á Valladolid; y como quererlo el de Lerma y determinarlo el rey habian de ser una cosa misma, pusieron en alarma cuantos de la corte vivian, tales como los comerciantes é industriales y cuantos podian ser perjudicados con aquella determinacion. Siendo Madrid, como siempre fué, un punto que dejando de ser corte por sí propio es nada, el quitar de él aquella era igual á perder á cuantos con ella especulaban; y la noticia era en verdad tan alarmante como perjudicial su realizacion, para que los muchos á quienes afectaba la oyesen con tranquilidad y sangre fria.

Concluyó, sin embargo, el año sin que se hiciese novedad en el importante asunto, aunque cada dia tomaba más cuerpo la alarmante voz y circulaba con más viso de probabilidad.

## FLANDES.

Mientras la corte se ocupaba de si convenia ó no convenia su traslacion, conveniencia que el de Lerma fundaba en lo que despues diremos, en Flandes no pasaban muy tranquila vida los archiduques.

Comenzaron de nuevo las insurrecciones en el ejército, siempre por falta de pagas; y en tanto Mauricio de Nassau, viendo al archiduque Alberto ocupado en restablecer el órden y en buscar recursos para pagar á sus tropas, tomó algunas plazas del ducado de Güeldres.

Alaban mucho algunos historiadores á Mauricio de Nassau, y le ponderan como gran general. No negaremos nosotros que fuese buen jefe; pero sí haremos observar que en lo que más se pareció á su padre, el príncipe de Orange, fué en la astucia. Alguna vez, muy rara, se le vió en campo abierto; empero, por punto general, siempre se aprovechó de descuidos, de circunstancias y de obstáculos, venciendo más veces por efecto de la

posicion en que su contrario se hallaba, que por los verdaderos rasgos de inteligencia, valor y aun osadía, que caracterizaron los triunfos de los generales de Felipe II.

Sus triunfos en Güeldres fueron hijos de los motines del campo contrario: en seguida tomó el célebre fuerte de San Andrés, construido por orden del cardenal de este nombre; pero ¿cómo le tomó? Hallando en los alemanes y walones, *no habia españoles*, que le guarnecian hombres venales, y comprando la entrega por una suma de dinero, previamente convenida.

El archiduque Alberto, que se veia tan sin recursos como casi siempre se hallaron sus antecesores, pidió á los estados un servicio; porque no era posible detener el pago de las tropas. Los estados indicaron la conveniencia de hacer un acomodamiento con los rebeldes, porque estaba el país esquilado á consecuencia de tan dilatadísima guerra. Nada se adelantó, empero, aunque se nombraron plenipotenciarios de una y otra parte, que se reunieron en Berg-op-Zoom.

La protestante Inglaterra vigilaba siempre atenta, para impedir todo acomodamiento: mas lo hacia segun su antigua y peculiar táctica, demostrando siempre lo contrario de lo que deseaba. Por esto mientras procuraba que no se aviniesen los reunidos en Berg-op-Zoom, ella mandaba á Boulogne sus representantes, para tratar tambien de un acuerdo pacífico con España y los archiduques; y por una cuestion de pura etiqueta se disolvió la reunion, y nada se hizo relativo á la paz.

Llegado el mes de Junio salió á campaña Mauricio de Nassau, y despues de haber tomado algunos fuertes que estaban casi abandonados, puso sitio á Nieuport por agua y por tierra.

Apenas lo supo el archiduque se trasladó con su esposa á Gante, y mandó se reuniese el grueso del ejército en Brujas. La presencia de la archiduquesa animó muchísimo al ejército real, é hizo recordar los felices é inolvidables tiempos de la inmortal doña Isabel I. Isabel Clara, la archiduquesa, se presentó armada y á caballo en el campamento real; pasó revista á las tropas; las arengó con energía, y las aseguró que serian puntualmente pagadas, porque de un día á otro debía llegar el dinero de España; «pero, añadió, en el caso de que así no fuese, yo empeñaré todas mis joyas y toda mi plata, para satisfacer lo que tan de derecho se os debe.»

La varonil presencia y las enérgicas palabras de la digna nieta de Carlos I animaron al ejército. En pocos dias se recuperaron casi todos los fuertes perdidos; pero el archiduque, émulo del valor de sus predecesores, no supo imitarles en la prudencia y cautela.

Decidió, pues, Alberto dar una batalla general, contra el parecer de los principales cabos, entre los cuales el maestro don Gaspar de Zapena, hombre de grande inteligencia y valor, manifestó resueltamente toda la imprudencia que semejante decision encerraba. A pesar de todo, el archiduque se mantuvo inexorable: ni contó con que su ejército era mucho menor en fuerza numérica al de Mauricio; ni ménos se hizo cargo de que sus soldados llegaban fatigados de haber tomado en pocos dias muchos fuertes, mientras que los de Mauricio estaban descansados y preparados, y ni aun tomó en consideracion que aquel habia elegido á gusto y sin estorbo las mejores y más estratégicas posiciones.

Como el archiduque no reconocia superior, se dió la batalla; y para que nada en ella faltase, como siempre sucede cuando una empresa se ha de errar, sobre todas las desventajas antes citadas se levantó un fuerte viento que azotaba de cara á los nuestros, y cuyo ímpetu hacia volar las arenas de las Dunas, candentes como expuestas todo el dia al abrasador sol canicular, y los cegaban é impedian el atacar y defenderse.

Excusado es decir que el archiduque perdió la batalla, que costó la libertad al marqués de Guadalete, almirante de Aragon, y la vida á varios capitanes y algunos maestros de campo, entre ellos al valeroso y cauto Zapena, el cual á fuer de buen español, aunque se opuso en el consejo á la batalla, peleó como un héroe en el campo. Tambien el archiduque salió herido de alabarda; y esto hace el más cumplido elogio de su valor, porque el que en un combate queda herido de arma blanca, y más si es como Alberto jefe supremo, poco temor ha tenido de perder la vida.

Tal fué la batalla y derrota de Nieuport, llamada tambien de las Dunas, en la que se perdió artillería, municiones, etc. Al presentarse Alberto á su esposa, herido y ensangrentado, y al referirla el resultado de la funesta batalla, aquella verdadera hija de Felipe II dijo con tranquila voz y sereno semblante: *Siento la muerte de los valientes y leales que han perecido, y vuestra herida tambien; por lo demás, las pérdidas materiales poco importan, puesto que os veo con vida.*

Apenas se vió vencedor Mauricio, á consecuencia de haber tenido todas las ventajas de su parte, determinó cargar de nuevo sus fuerzas sobre Nieuport, para aprovechar el entusiasmo de sus tropas por efecto de la reciente victoria. Más ligero y activo que él D. Luis de Velasco, general de la artillería española, se introdujo en la plaza, y su brillante defensa hizo que el rebelde levantase el sitio y se retirase. Esta es una nueva prueba de que Mauricio de Nassau no fué tan gran general como algunos dicen: fué más bien que hombre entendido, sin que dejase completa-

mente de serlo, previsor y cauto, que supo aprovechar las ocasiones y circunstancias. ¿Quién despues de la completa derrota sufrida por los nuestros en las Dunas, á la vista de la sitiada Nieuport, no toma esta plaza? Pues Mauricio, á pesar de su notable triunfo y aunque cargó inmediatamente sobre Nieuport, con solo haber entrado en la plaza el general Velasco se retiró. Al pasar por cerca de Ostende quiso tomar el castillo de Santa Catalina; pero tampoco lo consiguió.

En la defensa del citado castillo pereció el valerosísimo maestro de campo, walon de nacimiento, pero al servicio de España, Claudio Warlotta (ó Barlotta), que habia hecho toda la campaña desde los antiguos tiempos del duque de Alba. Mandó siempre un tercio de gente escogida por su valor, que ni daba cuartel ni le admitia: era como los modernos cuerpos denominados *de la muerte*; y tales hombres se reunian en el precitado tercio, que Warlotta, cuando ocurría algun caso muy expuesto y de consecuencias decisivas, tenia costumbre de decir: *Allá voy yo con mis PERDIDOS*; así llamaba á sus soldados.

## CÓRTESES CELEBRADAS EN EL ÚLTIMO DECENIO

DEL SIGLO XVI.

Las Córtes convocadas para el año 1588, duraron hasta el 1593; por esto nos ha parecido conveniente el tratar de ellas en el último decenio del siglo.

Habiase observado que la minuciosidad y prolija atencion con que Felipe II examinaba por sí mismo todas las consultas y documentos, corrigiendo unos, comentando otros, y anotando casi todos, perjudicaba al pronto y deseado despacho de los más apremiantes y urgentes. Por esta razon la primer peticion de las Córtes reunidas en 1588 fué dirigida á que el rey se descargase del peso de todo asunto poco importante, fiándole á la integridad, lealtad y celo del Consejo respectivo, y se reservase los asuntos de Estado. Pero la vida de Felipe II parecia consistir en aquel minucioso exámen de todos y cada uno de los papeles, en el cual invertía diariamente muchas horas; que no hubo ciertamente soberano más laborioso, si bien muchas veces trabajaba inútilmente y algunas con muy poca utilidad. Como le era imposible desprenderse del hábito adquirido, que le agradaba y distraia más que la mejor diversion, contestó á los diputados que agradecia su buena intencion y que mandaria mirar y proveer

en ello lo que más conviniera al buen servicio del reino; pero continuó examinando por sí mismo todo lo importante, lo mismo que lo indiferente.

Representaron despues acerca de otros puntos á los cuales atribuian tambien la lentitud en el despacho de los negocios, y pidieron asimismo que se abreviase la duracion de las Córtes, por lo costoso que era á los pueblos y á los mismos procuradores el que se prolongasen demasiado; y aunque el rey contestó que *se procuraria se hiciese como se pedia*, aquellas Córtes duraron casi cinco años.

Tratóse luego de evitar la imposicion de tributos sin anuencia de las Córtes, y sobre este punto estuvieron muy enérgicos los procuradores, así como al manifestar la miseria en que gemian los pueblos. Este importante punto le habia mirado el rey con el detenimiento y atencion que merecia; pero los especuladores que en todos tiempos quieren sacar partido hasta de la miseria general y de las públicas calamidades, le fatigaban y hostigaban uno y otro dia con proyectos, más á propósito para realizar el bien y provecho de los proyectistas, que para obtener el remedio del mal.

Cítase con elogio el arbitrio que para el desempeño de la pública hacienda propuso al rey el docto Pedro Simon de Abril, que copiamos á la letra, y que existe en el archivo de Simancas:

«Deseando hacer á V. M. algun servicio con mis estudios, y  
 »viendo que el desempeño de la hacienda y estado de V. M. era  
 »el total bien de la república, púseme á estudiar con todo her-  
 »vor y afficion alguna traza y manera con que sin sentirse y sin  
 »perjuicio de nadie se hiciese: y hallé que la causa de este em-  
 »peño avian sido las guerras de Alemania y Flandes, las cuales  
 »han sido y son contra herejes y rebeldes y por defension de la  
 »Iglesia y verdad cathólica; y que por esta razon era justo se hi-  
 »ciese este desempeño con hazienda de la Iglesia, si se pudiese  
 »hacer sin perjuicio de persona particular. Echada bien la cuen-  
 »ta, saqué en resolucion, que dilatándose las provisiones de las  
 »cosas de gracia, y corriendo de vacío como fuesen vacando, los  
 »obispados un año, los beneficcios curados medio, y todo lo de-  
 »más tres años, por tiempo de veinte años, sin echarse de ver se  
 »venia á sacar cada año 1.000,000 en los reinos de V. M., con  
 »que se fuese descargando cada año quanto cupiese lo que está  
 »cargado. . . . .»

El proyecto de P. Simon de Abril habia sido presentado al Consejo de Hacienda, el cual le habia recibido como uno de tantos, y casi con risa. Por esto quizá terminó su exposicion diciendo:

«Yo sé que no an de faltar gentes que este mi trabajo y estudio que yo e puesto en servicio de V. M. le desacrediten, ó á lo menos traten de desacreditallo; y assi suplico á V. M. por las entrañas de Jesuchristo crucificado que oyga á todos, y mas á si mismo, y considere que en toda la masa de la república no hay parte de que tan sin perjuicio y con tanta justicia se pueda echar mano para un negocio tan urgente; y mire quán fatigado está el pueblo pagando tanta renta á la Iglesia. . . . .»

Por otra peticion pidieron las Córtes que el subsidio eclesiástico, que ascendia anualmente á 420,000 ducados, se invirtiera en el pago, provision y armamento de sesenta galeras, objeto al cual estaba destinado. Quejábanse de que se habia distraido y dedicado á otros usos, por lo cual habian osado los enemigos hacer acometidas en las costas españolas.

Pidieron tambien los procuradores el desestanco de la pólvora y su libre fabricacion; porque desde que estaba estancada era de inferior calidad.

Tambien tratóse en dichas Córtes de la importacion de ciertos artículos de lujo, ó no necesarios, que venian del extranjero.

Hé aquí cómo se expresaron los procuradores:

«En las Córtes de 1548, en Valladolid, se suplicó á V. M. no entrasen en estos reinos buxerías, vidrios, muñecas y cuchillos y otras cosas semejantes que entran de fuera dellos, para sacar con estas cosas inútiles para la vida humana el dinero como si fuésemos indios; pero si entonces se fundó esta peticion en cosas desta calidad y de poco precio, en estos tiempos ha llegado á ser una gran suma de oro y plata la que estos reinos pierden, metiéndoles cosas de alquimia y oro bajo de Francia, en cadenas, brincos, engarces, filigranas, rosarios, piedras falsas y vidrios teñidos..... y de pastas falsas, y á veces trayéndolas leonadas, otras azules que llaman de agua marina, que á los principios venden en grandes sumas con la invencion y novedad, y á los fines ellos nos dan á entender lo poco que valen por el barato que hacen: y luego traen otra invencion y novedad que venden á subido precio, y asi toda la vida hay que comprar y en que gastar infinito dinero, y al cabo todo ello no es nada ni vale nada, y sacan con ello el oro y plata que con tanto trabajo se adquiere y va á buscarse á las Indias y partes remotas del mundo. Suplicamos á V. M. se sirva de mandar no entren estas mercaderías en el reino, ni se dé lugar á que buhoneros franceses y extranjeros las vendan en tiendas de asiento, ni por las calles, ni anden en estos reinos con estos achaques; y porque so color desto y de andar vendiendo alfileres, y

» peines, y rosarios, hay infinitos espías, y quitan la ganancia á  
» los naturales.»

El rey tomó en consideracion lo expuesto por las Córtes, y mandó se cumpliese exactamente, so pena de perder los mercados el género, y otro tanto de lo que este valiese.

### CÓRTE DE 1593.

Terminadas las Córtes de 1588 en 1592, y publicados en el año inmediato sus capítulos, se abrieron las de 1593, que fueron las últimas de las celebradas en el reinado de Felipe II.

Noventa y una peticiones hicieron los diputados, comenzando por lamentarse del poco exacto cumplimiento, y aun de la derogacion muchas veces, de las leyes y pragmáticas que se publicaban y pocas veces se observaban y cumplian, cosa muy antigua en España, y en la cual poco hemos ganado desde el siglo XVI. El rey decretó á gusto de las Córtes y como convenia.

Pidióse despues que los productos de las rentas de la Cruzada, el subsidio y excusado, se invirtieran precisa y exclusivamente en la defensa de la fé y del reino; que se cumpliera puntualmente lo decretado en otras Córtes, respecto de armar navíos en corso para defensa de las costas; que no se consintiera que los contadores reales hiciesen agravio á los pueblos en sus privilegios y franquicias, con otras peticiones, dirigidas todas á cortar abusos y á mejorar el estado de la hacienda y de los pueblos.

Observóse en estas Córtes ménos independencia que en las antiguas, y cierta tendencia á dejarse supeditar por la corona. Casi al finalizar las de 1593, ya en el año 1598, suplicaron al rey los diputados que en las épocas en que el reino estuviese reunido en Córtes, no se publicara ley ni pragmática alguna sin consultarlas, puesto que ellas, como formadas por personas que conocian las circunstancias y necesidades de los pueblos que representaban, podrian hacer oportunas observaciones, ó modificaciones convenientes.

En el tono suplicatorio, y en pedir lo antedicho diciendo *que al ménos* cuando estuviesen reunidas las Córtes no se publicasen leyes ni pragmáticas sin consultarlas, se echa de ménos la antigua energia, y se ve que pedian como quien teme y recela del mal despacho de lo que pide. Y por si esto no era bastante, la peticion terminaba con las siguientes líneas: «Al Consejo le queda la misma facultad, despues de haber oido al reino, para hacer, sin embargo, lo que tuviere por más conveniente.» Es de-



cir, que las Cortés de 1593 se contentaron con ser un cuerpo meramente consultivo, y á pesar de su larga duracion, que terminaron en el mismo año en que falleció el monarca (1598), fueron tan poco importantes en resultados, por el corto número de sus peticiones que fueron atendidas, como cuantas se celebraron en el mismo reinado.

En el mismo año (1598) y reinando ya Felipe III se reunieron de nuevo las Cortés, y en ellas pidió el rey auxilios para la exhausta hacienda, al propio tiempo que deslumbraba el fastuoso lujo de la corte y se enriquecía el favorito.

Concedieron las Cortés al rey un servicio de diez y ocho millones, que deberian ser entregados en el espacio de seis años. Esta concesion tuvo lugar en el último del siglo (22 Marzo 1600), y por entonces quedaron sin decidir los arbitrios que habian de ser elegidos para que se reuniese la expresada cantidad con el menor gravámen posible para los pueblos.

La conducta que en aquella ocasion hizo el fatal valido observar al monarca, fué indigna de un rey y á todas luces indecorosa. Le hizo visitar personalmente varias ciudades de Castilla, para con su presencia é indicaciones comprometerlas á que no negasen el subsidio. Entonces Felipe III hizo al de Lerma regidor perpétuo de Valladolid *con el primer voto en el regimiento*; y despues de haber recorrido Castilla, se obtuvo tambien de Andalucía el voto favorable al nuevo impuesto que iba el rey á pedir.

Por aquel tiempo, y estando abiertas las Cortés, que duraron desde 1598 hasta entrado el primer año del siglo inmediato, comenzó á circular la voz del cambio de capitalidad; y el de Lerma basó su trascendental determinacion en el justo empeño que pusieron las Cortés en buscar un remedio á la gran miseria que reinaba en Castilla, sin comprender el favorito, calificado de inepto por la historia, que el llevar á Castilla la corte serviria para redoblar la miseria, y no para hacerla desaparecer, ni aun para atenuarla.

La primera causa de la pública miseria consistia en el continuo gravar con tributos á los pueblos durante todo el siglo XVI; porque el buen estado de la pública hacienda, el prolijo cuidado de nivelar los gastos con los ingresos, desapareció con el memorable Fernando V. Tanto fué su esmero en cuidar del punto en cuestion, que le valió la fama de miserable y avaro; se creyó que el asiduo afan de economizar tenia por objeto el atesorar para sí propio, y á su muerte se vió que era el bien del reino y no el suyo el que le hacia ser económico; porque no le encontraron ni aun la precisa cantidad para hacer las exequias reales.

Con la venida á España de Carlos I, su nieto, comenzaron las exacciones, una sobre otra, para procurar inútilmente saciar la avaricia del aluvion de extranjeros que se apoderaron de España como de país conquistado, sin tener el trabajo ni correr los riesgos de la conquista. Esto, unido despues á tantos años de guerra como de siglo, ya en África, ya en Alemania, ya en otras partes; los continuos viajes del emperador, y más modernamente la costosísima guerra de Flandes y todas cuantas el lector ya conoce, contribuyeron muy eficazmente á la miseria de los pueblos, quienes sobre las cargas ordinarias tenian que levantar tambien las extraordinarias, cada año mayores, y esto en una sucesion de aquellos que casi formaron la centuria, desde la muerte del rey Católico.

Otra causa, cuyo remedio jamás estuvo al alcance de los mortales, se unió tambien á la anteriormente expuesta, para que la miseria llegase á un terrible extremo. Consistió en varios años seguidos, de escasisima cosecha unos, y otros de verdadera esterilidad; y á esto se agregó un nuevo mal que jamás falta en años de escasez: la infame y sórdida avaricia de los vendedores, en todas épocas y paises iguales, que ni respetan la desgracia, ni consideran la afliccion de las familias, ni paran mientes en otra cosa que en elevar los precios de los articulos, para multiplicar sus ganancias; y no debe haber libertad de comercio, cuando las familias se ven oprimidas y diezmadadas por las cadenas de la imperiosa necesidad.

Llegó la de Castilla á tal extremo, que muchos hombres y mujeres, no siendo bastante fuertes para hacerse superiores á la desgracia que les oprimia, sucumbieron víctimas del vicio: los hombres se hicieron ladrones, y las mujeres cedieron á las lisonjeras ofertas de los que especulan con la miseria, tendiendo asechanzas y lazos á la más probada virtud, porque nada respetan, ni conocen más religion que su voluntad, ni más ley que su capricho.

En la peticion de las Córtes relativa al remedio de tamaños males, se lamentaban los diputados de lo elevado de los precios de algunos articulos, además de los de primera necesidad, subidos á consecuencia de la escasez y por la malicia y poca conciencia de los vendedores. Con tal motivo hacian los diputados el siguiente paralelo:

«Doce años há valia la vara de terciopelo *tres ducados*, y hoy vale *cuarenta y ocho reales* (15 reales más); una vara de paño fino de Segovia *tres ducados*, y ahora vale *cuatro y más*; un par de zapatos valian *cuatro reales y medio*, y ahora valen *siete*; valia un sombrero de fieltro guarnecido *doce reales*, y aho-

»ra cuesta *venticuatro*; el sustento de un estudiante en Salamanca, con un criado, costaba *sesenta ducados*, y hoy más de *ciento y veinte*; dábase de jornal á un albañil *cuatro reales y dos* al peon, y ahora dáse el doble.» Y terminaban el considerando que precedía á la peticion, con las siguientes líneas:

«Las hechuras de los oficiales, el hierro y el herraje, las maderas y lencerías, y hasta las yerbas y frutos agrestes que se cogen sin sembrarlos para uso de los hombres y animales, todo vale tan caro que á los ricos no solo consumen sus haciendas, sino que á muchos obliga á empeñarse, y á los pobres pone á perecer de miseria y de desnudez. . . . .»

Y el duque de Lerma, rey absoluto á la sazón de España, en vez de disminuir los impuestos hasta casi extinguirlos por algunos años en la lastimada Castilla; en vez de hacer tantas economías cuantas fuesen necesarias en los gastos reales para que la disminucion de impuestos apenas se sintiese; en vez de arbitrar medios para acopiar subsistencias en los puntos no castigados por la esterilidad para socorrer á la afligida Castilla, se llenaba de oro, multiplicaba sus dominios y por consecuencia sus rentas; aumentaba cada día el número de sus criaturas gravando inmensamente el presupuesto, por creerse así más seguro en el mando; hacia recorrer al rey de un punto á otro de Castilla, á guisa de quien pide limosna, para sacar una nueva contribucion de 18 millones, y como remedio heróico, añadido á los antes expuestos, determinó la traslacion de la córte, para que sin aumentarse las subsistencias, acreciese la miseria con la gran affluencia de personas que necesitaban de aquellas. Es decir, que no pudiendo sostenerse las que en la capital de Castilla la Vieja residian, llevó el de Lerma, para remediar el mal, algunos millares más de aquellas, y de ellas un gran número de las que por su posicion social no podian reducir sus gastos. Supónese que el de Lerma adoptó este descabellado pretexto para basar en algo una determinacion tan trascendental como la que meditaba; y si bien necesitó ser muy estúpido para creer en realidad que la traslacion de la córte podia remediar la miseria de Castilla, tampoco fué muy avisado si creyó que los hombres pensadores se persuadirian de que aquella impremeditada medida tenia por objeto el remedio de la miseria de los afligidos castellanos. Otra tambien adoptó, pero no debemos ocuparnos de ella hasta más adelante, y muy pronto veremos el desdichado fruto que en ménos de cuatro años dió la funesta administracion del duque de Lerma.

En estas Córtes, últimas de las celebradas en el siglo XVI, clamaron los diputados contra un acuerdo tomado tres años antes,

estando ya tan agravado Felipe II que por él tuvo que firmarle Felipe III, siendo aún príncipe de Asturias. Creemos deber consignar lo expuesto por las Cortes en aquella ocasion y con el referido motivo, por ser una útil leccion para todos los tiempos y para ciertos partidos políticos.

En 1598, reinando aun, aunque muy doliente y achacoso, Felipe II, se instituyó una milicia popular, cuya creacion se hizo extensiva á todas las ciudades y villas de España.

Habian de ingresar en dicha milicia todos los jóvenes de diez y ocho á cuarenta y cuatro años de edad; podrian los milicianos usar de las armas que quisiesen, siendo de las que estaban permitidas por la ley; se les concedia el estar libres de toda carga concejil, si querian rehusarla; no se les podia echar alojados, ni gravar con bagajes, ni prender por deudas, ni obligar á embarcarse ni á salir de la peninsula, como voluntariamente no quisieran hacerlo, con otras exenciones y privilegios.

Las Cortes reunidas en el mismo año en que esta milicia fué creada, al terminar sus sesiones, casi al comenzar el siglo XVII, pidieron enérgicamente su supresion, porque con tal milicia *se inquietaba la juventud, se distraia ella del trabajo, se hacian los jóvenes vagabundos y viciosos, y llevaba tal institucion consigo otros mil inconvenientes*. Y no solamente hablaron tan cuerdamente los diputados, si que tambien los mismos pueblos representaron y protestaron muchas veces contra la referida institucion, por su excesivo coste *y por los daños que causaban á la moral de la juventud, á la agricultura y á la industria*.

Al terminar el siglo XVI, quedaba Castilla espirando de miseria, mientras el favorito se enriquecia, mientras el rey acumulaba en él los honores y las rentas, mientras llegaban á España los galeones de Indias cargados de oro y de plata, y en tanto se daban al válido CINCUENTA MIL ducados de albricias por anunciar al rey simplemente el feliz arribo de una flota.

FIN DEL TOMO IX.

## APÉNDICE.

(TOMADO DEL ERUDITO LAFUENTE.)

### I.

#### RENTAS Y GASTOS DEL ESTADO.

Relacion general que se hizo de las consignaciones que hay el año de 1560 y el de 1561 y 62, y lo que dellas se ha de cumplir, la cual se hizo en Toledo, primero de Octubre de 1560.

(Archivo general de Simancas.--Negociado de Estado, leg. 139.)

*Dentro dice:* Relacion de las consignaciones que se presupone tiene V. M. este año y los dos venideros, y lo que en ello se ha de proveer, hecho cada tercio de por sí y el tiempo en que se ha de cobrar el dinero: fecha en Toledo, á primero de Octubre de 1560.

*El dinero y consignaciones que se hace cuenta terná Vuestra Magestad hasta fin deste año 1560.*

De lo que vino de Nueva España, últimamente están en Sevilla en dinero de contado 165,000 ducados, porque la resta se tomó para cumplimiento del dinero que se embió á Cataluña y á Ibiza para lo de la cal de Oran: converná que se escriba á los oficiales de Sevilla que invien aquí los dichos 165,000 ducados. . . . . 165,000 ducados.

- Hay mas 70,000 ducados de los metales que se dejaron de fundir este verano de lo sacado de las minas, los 50,000 de la de Guadalcanal que han escrito los oficiales de las dichas minas se inviarán á la casa de Sevilla, y los 20,000 de Aracena, que tambien han de ir á ella, y decirlo asi á D. Francisco de Mendoza y escribir á los oficiales de Sevilla que lo acaben luego de labrar y lo invien con lo demás á esta córte. . . . . 70,000 ducados.
- Hay mas 133,000 ducados del tercio segundo del servicio ordinario y estraordinario que se presupone será recogido el dinero dél y trahido á esta córte en fin deste mes de Octubre. . . . . 133,000 ducados.
- Hay mas 18,000 ducados que se presupone que valdrán los diezmos de la mar hasta fin de este año 1560, demás de otros 22,000 ducados que están consignados, 10,000 al príncipe nuestro señor, 8,000 á la señora princesa, 4,000 al reino. . . . . 18,000 ducados.
- Del finca del almozarifazgo mayor deste año de 60, restan 24,000 ducados y están ya corridos los dos tercios dellos. . . . . 24,000 ducados.
- Segund lo que se ha escrito de Tierra Firme, vernán para Vuestra Magestad en todo Octubre ó hasta mediado Noviembre 100,000 ducados. . . . . 100,000 ducados.
- Presupónese que lo que se ha sacado de las minas este mes de Setiembre y lo que se sacará en los tres venideros hasta en fin de 1560 valdrá horro de costas 90,000 ducados demas de los 70,000 que van puestos atrás de lo de los metales. . . . . 90,000 ducados.
- De D. Francisco de Mendoza se presupone que se cobrarán en todo este año de 1560, 60,000 ducados á cuenta de la venta de Estremera y Valderacete. . . . . 60,000 ducados.
- Hay mas el tercio postrero deste año del servicio ordinario y estraordinario que monta 133,000 ducados y se verná á

cobrar por Hebrero del año que viene. **133,000 ducados.**  
 Subiéndose los juros de 10 á 14 se ahorran 20 quentos de renta, y en lugar destos convenia tratar de vender desde luego otros 20 para de principio de 1561 en adelante, que á razon de 14,000 el millar montarian 280 quentos, que son 670,666 ducados, y la órden desto se podria enviar á Sancho de Paz y que entre este dinero en su poder para que tenga cuenta á parte dello y sino se hallare quien lo compre á 14 se le podrá escribir que avise para que se le ordene lo que ha de hacer, y á cuenta de los dichos 670,000 ducados que se presupone se sacarán de los juros se cargan este año 1564 390,000 ducados que se hace cuenta se habrán de 250,000 ducados de juro (1) que se podrán vender este año á razon de los dichos 44,000 el millar á cuenta de los dichos 20 quentos. . . . . **349,000 ducados.**

**1.700,090 ducados.**

Monta lo que va cargado que se presupone se habrá en todo este año de las consignaciones y ventas de los juros 1.142,000 ducados, los 793,000 dellos en consignaciones. . . . . **793,000 ducados.**  
 Y los 349,000 restantes que han de salir de los juros. . . . . **349,000 ducados.**

*Lo que se ha de proveer del dinero que hay este año de 1560.*

De los 165,000 ducados que hay en Sevilla de contado de lo venido de la Nueva España se han de proveer las cosas siguientes:

---

(1) Al margen dice, de mano de Su Magestad: «Ojo á lo que se ha de escribir de los 25,000 ducados.»

Para la despensa ordinaria y extraordinaria de Vuestra Magestad de los meses de Octubre y Noviembre.. . . . .	12,000 ducados.
Para la cámara en estos tres meses postreros. . . . .	6,000
Para las limosnas de los dichos tres meses. . . . .	600
Para otras cosas dependientes de la cámara y socorrer criados pobres de las casas de Borgoña y Castilla. . . . .	34,900
Para la casa de la Reina nuestra Señora de los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre. . . . .	12,000
Para el príncipe nuestro Señor se pone á buena cuenta un tercio. . . . .	11,000
Para el Sr. D. Juan de Austria á cumplimiento deste año. . . . .	3,000
Para los tres mil infantes (1) que han de ir á Italia y se les han de dar dos pagas, una para juntarlos y que caminen y otra al tiempo del embarcarse y para las vituallas y sueldo de navíos, se ponen. . . . .	30,000
A Oran parece que se deben enviar 20,000 ducados (2) á cuenta de lo que se restase debiendo á la gente de aquella plaza hasta fin de 560, demás de lo del trigo y cebada (3). . . . .	20,000
Para comprar 4,000 fanegas	

(1) Al márgen dice: «Ojo á lo que va apuntado adelante sobre lo que toca á esta gente, donde se trata de lo de Perpiñan.»

(2) Al márgen dice: «Estos se podrán quedar en Sevilla para que se provean de allí questán mas á mano.»

(3) De mano de Su Magestad: «Estos se reserven para lo que despues Yo determinare.»



de trigo y 4,000 de cebada (1) que se han de enviar á Oran con el dinero y ropa para el cumplimiento del pan deste año, 4,600 ducados. . . . .	4,600 ducados.
Para las obras de Mazarquivir (2) por lo que toca á este año. . . . .	10,000
Para cumplimiento de 14,000 ducados (3) que se apuntaron para las obras de Cataluña, faltan 3,000 que se han de proveer luego. . . . .	3,000
Item se han de enviar con los dichos 3,000 ducados á Cataluña otros 500 para los gastadores y maestros que se han de llevar á Oran para lo de la obra. . . . .	500
Para cumplir lo que se debe el año 1559 de los juros (4) de lo tomado de Indias los años 56 y 57 se han de proveer á Peralta. . . . .	16,000
	<hr style="width: 100%; border: 0.5px solid black;"/>
	160,000

Son cumplidos los dichos 163,000 ducados que restan en Sevilla en dinero decontado de lo que vino de la Nueva España. . . . . 163,000

De los 70,000 ducados que hay en dinero decontado de lo de las minas que se han de traer aquí se han de cumplir las partidas siguientes:

- 
- (1) Al márgen dice: «Idem en Sevilla.»
  - (2) «Idem en Sevilla.»
  - (3) Al márgen dice: «Escribir á los oficiales que los cambien si se puede hacer sin mucho daño, y sino que venga aquí el dinero.»
  - (4) Estos se tomaron para en cuenta de la paga de la infantería de Flandes y sus vituallas, y en lugar dellos se libraron á Peralta otros 16,000 ducados en el finca del almozarifazgo.

Para el gasto de la despensa de Vuestra Magestad del mes de Diciembre. . . . .	6,000 ducados.	
Para pagar el tercio último á la casa del Príncipe nuestro Señor á cumplimiento de la deste año sobre 11,000 ducados que van puestos atrás. . . .	5,350	
Para el tercio segundo de 1559 de los del consejo. . . . .	16,000	
Para gastos de correos que se restan debiendo deste año. .	6,000	
Para pagar lo que Eraso ha tomado prestado para socorrer las guardias alemana y española, capillas é otras cosas que Vuestra Magestad ha mandado proveer, 27,000 ducados que se han entregado al tesorero. . . . .	27,000	
Para lo del pozo de Almaden deste año porque conviene enviarles dineros. . . . .	9,650	
	<hr/>	
	70,000	
	<hr/>	
Son cumplidos los dichos 70,000 ducados de las minas. . . . .		70,000 ducados.
Los 133,000 ducados del tercio segundo deste año de 1560 del servicio ordinario y extraordinario que se presupone estará recogido el dinero y en esta córte en fin de Octubre, se consignan para en cuenta de los 200,000 ducados con que conviene socorrer á las guardas del reino para mudarlas. . . . .		133,000 ducados.
Los otros 67,000 ducados restantes á cumplimiento de los dichos 200,000 se podrán proveer de los 100,000 ducados que se esperan para este mismo tiempo de Tierra Firme ó de lo que se sacare de los juros que se han de vender de lo mas pronto dello. . . . .		67,000 ducados.
Los 60,000 ducados que se presupone que		

ha de pagar en todo este año D. Francisco de Mendoza de la segunda paga de su venta, serán menester para los 100,000 florines que se han de inviar decontado ó por cambio ó crédito á Flandes para la paga de la renta de un año de tres que Vuestra Magestad ofreció de pagarla á los Estados, que con los intereses vernán á montar estos 100,000 florines los dichos 60,000 ducados, poco mas ó menos, y base de mirar que forma se podrá tener para inviarlos con mas brevedad. . . . . 60,000 ducados.

Los 133,000 ducados del tercio postrero del servicio ordinario y estraordinario de 1560, se reparte en esta manera, presuponiendo que se verná á cobrar por Hebrero 1561:

100,000 ducados para lo que se resta debiendo de los gajes de la casa de Vuestra Magestad hasta en fin de 1560, con lo cual y con los 34,000 ducados que van puestos atrás, se podrá ir proveyendo y entreteniendo sin anticipar ninguna cosa para esto. . . . .	100,000
Para el tercio postrero del consejo del dicho año 1560. . .	6,000
Para los descargos de su Magestad Cesárea, que haya gloria, á cuenta de lo deste año 1560 de mas de 12,000 ducados de los derechos de 11 y 6 al millar. . . . .	27,000
	<hr style="width: 100%; border: 0.5px solid black;"/>
	133,000

Son cumplidos los dichos 133,000 ducados. . . . . 133,000 ducados.

De lo primero que se obiere de las ventas del juro que se ha de vender este año 1560, se ha de proveer con la más brevedad que ser pueda, habiéndose de

- despedir la gente de Perpiñan que se acordó 133,000 ducados, los 80,000 para pagar los que se han despedir, y los 50,000 para socorrer los que se han de entretener, y memoria si toda esta gente ó alguna della podria servir para lo de Italia inviando alli otra de nuevo, porque por esta via podria D. Garcia de Toledo encaminar que se ahorrasen pagas y habria mas brevedad en la embarcacion y sino se han de despedir por agora ni ir á Italia bastarian 80,000 ducados ó 100,000, y si viniere de las Indias este dicho año mas de los 100,000 ducados que van apuntados atrás, podrian servir para esto y lo restante tomarse de lo que saliere de los juros. . . . . 133,000 ducados.
- Desto mismo que se obiere de ventas de juros se han de proveer en fin de Diciembre deste año 83,000 ducados que montan los intereses de la renta que se ha de dar por sus deudas, asi al Fucar como á otros mercaderes, y lo de las factorias de los tres meses postreros 1560, lo cual se ha de proveer. . . . . 83,000 ducados.
- Item, se han de proveer de lo que se obiere de las dichas ventas de juros deste año otros 133,000 ducados para lo que monta la renta del año 1560 de las partidas tomadas de Indias los años de 56 y 57. . . . . 133,000 ducados.
- Para los descargos de Su Magestad Cesárea del año 1560, se han de proveer 60,000 ducados sin los 20,000 de Aragon; para en cuenta de estos van apuntados atrás en el tercio postrero del servicio de 1660, 17,000 ducados y 12,000 de los 11 y 6 al millar son 29,000 ducados; restan 31,000, y estos se podrán proveer de lo que sobrare de los 100,000 ducados de Indias, cunpliéndolo de las guardias ó de lo de las ventas de juros. . . . . 31,000 ducados.

Memoria de que se le toman á Costantin Gentil 90,000 ducados que tenia consignados en el dinero que está en Sevilla de la Nueva España, demas de 170,000 que tiene librados en el servicio ordinario y extraordinario y del casamiento conforme á asientos tomados con él con moderacion despues que se trata esta plática, para que se vea lo que se podrá hacer con él desto de ventas de juros ó de lo que verná de las Indias en este año ó otra cosa (1). . .	1.008,000 ducados.
Monta lo que se ha de proveer este año 1.008,000 ducados. . . . .	1.008,000
	<hr/>
	1.008,000 ducados.

Y resta 134,000 ducados en consignaciones que se presupone estarán cobradas en fin de Diciembre que se cargan por dinero de contado para el año venidero. 134,000

## II.

Como prueba de la minuciosidad con que Felipe II atendia á las cosas al parecer más pequeñas, insertamos los documentos siguientes:

### I.

Memoria de mano de S. M. de los dias en que se ha de usar de los ornamentos. (*Dióse la copia al padre prior en Julio de 1565.*)

(Archivo general de Simancas, leg. 2.º del Escorial, en el negociado Obras y bosques.)

(*Dentro.*) Memoria de los dias en que han de servir los ornamentos que agora ay y los que se están haciendo, quando vengán.

En las fiestas de Nuestro Señor y de los confesores y otras al-

(1) Al márgen dice: «Ojo.»



gunas las que pareciere de las que ha de haber blanco, sirva lo blanco y amarillo.

En las fiestas de Nuestra Señora, de las sanctas vírgines y otras algunas de las que está en el ordinario que haya blanco, sirva lo blanco todo.

En las fiestas de la Cruz y de Pentecostés, y de los apóstoles evangelistas y mártires, sanctos y sanctas, sirva el colorado todo.

En los dias de las sanctas que son mártires y vírgines juntamente, sirva lo blanco todo.

En los dias de las sanctas que no son vírgines ni mártires, sirva lo amarillo todo.

En los domyngos y ferias desde Pentecostés hasta el Adviento, y desde la Epiphanía hasta la Septuagésima, sirva lo verde.

En los domyngos y ferias del Adviento, y desde la Septuagésima hasta Cuaresma, y en las vigalias en que no hay señalada otra color, y en los dias de aflicion, sirva lo morado.

— En la Cuaresma y oficios de finados, sirva lo negro.

## II.

(Archivo general de Simancas, Obras y bosques: Escorial, leg. 2.º)

AL MÁRGEN DE CADA PÁRRAFO DICE  
DE LETRA DEL REY:

*Son buenos para lo que aqui dice y asi se pueden enviar, y en lugar de unas armas de iluminacion questán raspadas en las primeras ojas dellos, se podrán poner por Fr. Andrés (1) las mias en lo mas baxo, y un JHS, en lo mas alto y unas parrillas, las armas del monasterio á los lados, ó esto al un lado y el leon de San Hieronymo al otro.*

EN LA CARPETA:

Para Francisco de Villalva.

Dado todo por escrito al Prior y Vicario en principio de Marzo de 1565.

(Dentro.) El dominical y el cantoral de canto llano es solamente de las missas de las dominicas y sanctos de todo el año, conforme al canto de la orden de San Hieronymo, que en poco ó en nada se diferencia, que puede bien servir para San Lorenzo, y segun me dijo el procurador de allá tienen dél necesidad, y aunque la orden de San Hieronymo tiene el canto toledano, esto es

(1) Llamábase Fr. Andrés de Leon.

*Este misal no es apropiado y assi no le enbiaré; si lo fuere para mi capilla servirá en ella.*

*Este es romano y será bueno para allá; y en obra de un hora que oy tube de tiempo me parece que le he concertado y que está bueno desde el principio hasta el officio de resurreccion, y desde aquí le falta todo lo demás del dominical qués buen pedazo; del cantoral y comun y todo lo demás hasta el cubo no le falta nada, antes está bien cumplido; faltan por todo él algunas imagines y letras grandes iluminadas; lo qual y lo que falta podrá iluminar Fr. Andrés de la misma forma que lo demás, porque no sean diferentes lo uno de lo otro y buscar quien lo escriba de la misma letra por la misma causa.*

*Ay otros dos quadernos deste libro que me parece que son duplicados de otros los primeros de los psalmos; y que por estos deben estar herrados se devieron de hazer enmyenda dellos los questan en el libro ó*

en lo que toca á la manera de cantar los psalmos y hinos y epístolas y evangelios y passiones: en lo que toca al canto de los officios de las missas es romano, y assi pueden servir aquel dominical y cantoral mientras se hace la libreria de canto.

El misal romano puede servir para missas rezadas, para cantadas no tan bien de causa del canto de los prefacios que no es conforme al canto de la orden y lo mismo de los otros missales.

El Breviario grande de mano que está por encuadernar cierto es romano y tiene escrito el officio propio de Sant Hieronymo en su dia. Tengo sospecha que este breviario le faltan algunos cuadernos, no sé quáles ni cuántos si no lo mirase de espacio, que está muy desconcertado, y requiere dias para concertarse y ver las faltas.

aquellos fueron para otro efecto. Todavía estos quadernos podrian servir para unos de los libros que tienen para los novicios en sus sillus.

Tambien hay un calendario ques de otra letra y sin iluminacion que no es de este libro, y este podrá servir para poner al principio del libro de los evangelios que allá les dexamos, ó de otro libro de los que se han de hacer de nuevo que parece ques de buena letra y le podria iluminar Fr. Andrés entretanto.

Digo que lo que falta del breviario ha de ser de la misma letra y iluminacion y pergamyno que lo demás, con su divisa de la Reyna cathólica en todas las ojas, y todo lo demas porquel libro sea conforme en todo (y despues le enquadernarán como les pareciere mas al propósito); y preguntad á Fr. Francisco para qué podrá servir allá este libro, si será para el Semanero en el coro para las visperas y otras horas.

### III.

#### BIBLIOGRAFÍA.

(Archivo general de Simancas, obras y bosques: Escorial, leg. 1.º, Febrero de 1567.)

*En la carpeta dice de letra del secretario Hoyo:* De lo que el prior de San Lorenzo escribió sobre lo del libro que allá ha hallado menos, y lo que S. M. dice cerca dello; Febrero, 1567.



(*Dentro.*) Visto y examinado el memorial y cotejado con los libros que tenemos puestos en los estantes, hallamos por nuestra cuenta que toda la suma de los libros que V. M. ha enviado son quatrocientos y setenta y tres, salvo que falta un libro griego, que es Teodoro Gaza y Didimo sobre la Odisea en un cuerpo, el qual venia en el arca intitulada Octava, y en lugar deste que falta viene Aldo Manucio, del qual no se hizo cuenta allá en el memorial, y este vino en la misma arca Oclava, y asi contando el Aldo Manucio en recompensa del Teodoro Gaza que falta, queda justa y cabal la cuenta del número de los libros quatrocientos setenta y tres.

Vienen de sobra los dos cartapacios blancos de los quales no se hizo mencion en el memorial que de allá se envió, y asi están fuera de los quatrocientos y setenta cuerpos de libros.

Por bajo tiene escrito de letra del rey: «Responded á esto que acá se ha buscado este libro que dicen que falta, ques Theodoro Gaza y Didimo sobre la Odisea, y no se halla de manera que ha ido allá, porque sino acá estuviera.

»Lo que podria ser que porque en algunos cuerpos de libros hay dos ó tres autores, podria ser que estos no estuviesen al principio, y que tuviesen otro título, ó quel título destes estén en griego y no en latin, y esto creo, y ques el mismo que aqui dicen que hallan, y que el título que está en latin es el del impresor, que se llamaba Aldo ó su hijo Aldo Pio Manucio; y ahora podria ser que tambien oviese alguna carta deste mismo impresor al principio del libro, y que despues estuviese el título dél en griego al principio del libro, y que todo fuese un mismo libro: miren allá todo esto y avisen de lo que en ello hallaren.»

## IV.

(Archivo general de Simancas, obras y bosques: Escorial, leg. 3.º)

*Dentro de una carpeta, cuyo epigrafe es de letra del secretario Hoyo, y dice:*

«Lo que S. M. ha proveydo para la provision de los gastos de la fábrica del monesterio de los años de 63, 64, 65 y 66,» hay una cuartilla de papel escrita á lo largo de mano de Felipe II, en que dice lo siguiente:

«Al que fuere y yo señalare agora por pagador destas obras de Madrid se le han de librar en buenos partidos por aqui cerca ocho mil ducados por todo este año que viene de 63 (entiéndese en el crecimiento del encabezamiento general), con que pague

algunos criados míos y oficiales que han venido de Flandes é Italia; que es menester que sean bien pagados (conforme á la nómina que tiene dellos), y si sobrare algo á fin del año, aunque sea poco, se ha de gastar en las obras de aquí (y porque para la obra del monesterio querria que no faltase cosa cierta con que se la pudiese dar mucha priesa), quiero que sirva para esto lo que deve el conde de Medellin y que dello se haga luego el despacho para este año y los que vienen, porque cobre el monesterio en cada feria de Octubre lo que el conde es obligado á pagar, y desta manera con los treinta y un mil doscientos veinte y tres ducados, que se han de cobrar en esta feria de Octubre, labrarán el año que viene de 63, y con otro tanto que cobrarán en la feria de Octubre de 63 labrarán el año de 64, y así los otros dos años (y por esto no se le ha de dejar de dar al monesterio lo que tengo mandado, porque todo es menester), y de todo esto se hagan luego los despachos como se dice:

En feria de Octubre de 1562. . .	31,223
En feria deste 1563. . . . .	31,223
En feria deste 1564. . . . .	31,223
En feria deste 1565. . . . .	31,223

---

124,892

NOTA. En el respaldo hay una larga nota de letra del secretario Hoyo sobre lo que conviene hacerse para que se paguen los salarios de los criados con los guardas del Pardo, siendo de opinion que los 2.387,000 maravedis que importaban se pagasen anticipados por tercios, principiando á consignarlos para desde 1.º de Setiembre de 1562.

## V.

Discurso sobre la conveniencia de que las ferias sean en Medina del Campo.

(Archivo general de Simancas, Estado, leg. 144.)

Los partes de adonde se traen las mercaderías así del reyno como fuera dél para hacer el comercio y contratación de las ferias son las siguientes:

De Flandes lenzerías, tapizerías, paños, zera é otras mercaderías de muchas suertes.

De Francia, lenzerías, merzerías y papel y otras mercaderías.

De Barcelona paños y coral.

De Valencia paños y sedas labradas y muchas suertes de espezería.

De Cuenca de Huete mucha suma de paños.

De Toledo paños y sedas labradas y en madexa y bonetería, gran suma de todas estas mercaderías.

De Cibdad-Real paños.

De Segovia y Villacastin gran suma de paños.

De Granada mucha suma de seda labrada y en madexa.

De Yepes y Ocaña los jabones y otras suertes de espezería.

De Córdoba guardamazies y jaeces, y bonetería y otras mercaderías.

De Sevilla jabon y azúcares y otras muchas suertes de mercaderías en suma.

De Lisbona la espezería y otras mercaderías, y de Portugal lenzería.

De todas estas partes de adonde estas mercaderías del reyno se traen, son mas cercanos de Medina del Campo que de Rioseco ni de Villalon, y como las dos ferias principales son las de Medina del Campo, todas estas mercaderías acuden allí como á casa propia; zierto es que en todas las costas que en estas mercaderías se pudieren escusar es gran bien del reyno, porque tanto mas barato se podrán vender quantas mas orras estuviesen de costas.

Ansi mesmo está claro las costas que se hazen en ser la contratacion en mas de un pueblo, porque como se hazen cinco ferias en tres pueblos al año, las mercaderías y gentes de contratacion hazen otras tantas mudanzas, en que se hazen grandes costas; como en Medina del Campo son las dos principales ferias en donde estan mas de asiento las mercaderías, salen de allí de feria de Mayo para ir á feria de Agosto, y en esta yda, en liar las mercaderías y en carretajes y en posadas y tiendas y otras costas que hay, se gastan mas de diez mil ducados, y acabada la dicha feria para volver á la de Octubre, se gastan otros tantos; del fin de la de Octubre para volver á la de Villalon, por ser en tiempo rrecio y aber malos caminos, las mercaderías rreciben gran daño, y se gastan mas de doce mill ducados, y acabada esta feria, se van á la de Pasquilla, que es en Rioseco, por estar en el passo, y en esta y en volver á Medina del Campo á la feria de Mayo se gastan otros doce mill ducados: ansi, que en estas cinco mudanzas que de las ferias se hacen, se gastan mas de quarenta y quatro mill ducados.

---

## INSTRUCCION

dada de orden de Felipe II á sus embajadores en Paris, cuando la vacante del trono de Francia por muerte de Enrique III.

«Lo que S. M. manda que se advierta y procure en el estado presente de las cosas de Francia para ponerlas en camino de algun asiento y remedio. . . . .

»Lo primero, limpiar las riberas y pasos que el de Bearne habia tomado para quitarle las vituallas, y fortificar aquellos puestos, y poner en ellos cabezas y personas enteramente confidentes á los de la Liga católica, para que otra vez no pueda suceder otro inconveniente como el pasado. Al mismo tiempo se acuerde y exhorte á los de Paris y á todos los señores y villas Católicas de Francia que están concordados y á una en escluir al de Bearne, y estirpar las heregias atendiendo al bien comun de sola la causa católica, sin tirar á sus particulares con que se podrian luego dividir y destruir.

»Es muy de considerar para procurar el remedio la desigualdad que ha habido en el partido Católico en lo de nombre de Rey, y lo que esse lleva tras sí, pues el Cardenal de Borbon que tubo esse nombre estaba preso, y muerto él, contrasta el cuerpo de católico, sin cabeza que tenga nombre de Rey, contra el de los herejes que la tienen con nombre y pretensiones de Rey, que es lo que quizá ha ayudado en parte á que los Católicos ó Políticos que siguen al de Bearne no le acaben de desamparar, no viendo destotro lado Rey católico á quien arrimarse.

»Punto es esse tan en beneficio de todo el Reyno de Francia, que no puede dejar de ser rescibido y admitido por tal, y en que todos los desapasionados echarán fácilmente de ver quan lejos está de querer otra cosa que su bien quien esto les aconseja, y asi con seguridad se les puede proponer.

»Pero antes de echar esto en público, por justificado que es, conviene para quitar toda sombra y celos al de Umena (asi llamaban los españoles al duque de Mayenne, tambien llamado Mayena) conferirselo primero en las causas en que se funda, y decirle confidentemente de parte de S. M. que le han certificado que

él desconfía del primer lugar, y que pues así es, conviene tomar resolución en esto, y en quien quiera que haya de ser Rey que al dicho Umena le quede el segundo lugar y cargo de Teniente general asentado y asegurado, como quien tan merecido le tiene, en que hará S. M. todo lo que bien le estubiere y él quisiere para asentarle, y también para que saliendo de prisión el duque de Guisa presente (el hijo del ACUCHILLADO), se tenga mucha cuenta con honrar y adelantar su persona de la forma que á él le pareciere, como lo merece la memoria y muertes de su padre y abuelo, padecidas por la causa católica.

» Allanado este paso con el de Umena, se podrá proceder de común acuerdo á lo demás, grangeando también al legado, para que por todo se atienda á esto que tanto importa. Tratar de hacer junta de estados generales de todo el Reyno para la elección de Rey, sería cosa larga y trabajosa por el peligro de los caminos, y de incierta y dudosa salida por la muchedumbre de votos, pretensiones, aficiones y pasiones.

» Llevarlo por vía de Paris, y que aquel parlamento y consejo como metrópoli del Reyno eligiese á quien conviniese, sería el mayor atajo para que después las demás villas y parlamentos del Reyno siguiesen el mismo ejemplo, como fué en la elección del cardenal de Borbon; y aun por resplandecer tanto la fé católica allí se podría esperar que el elegido por este medio sería el mas seguro y verdadero Católico, que es lo que ha de pretender por todos los que lo son.

» Con el reciente beneficio del socorro recibido y con la esperiencia clara confirmada por tantas pruebas de buenas obras estos años, no haría mucho Paris en querer, llegando á este punto, saber el voto y parecer de S. M. en él, pues es muy puesto en razón que habiendo sido el solo amparo y defensa de lo sano y católico de Francia, se ponga Rey que le sea grato en el Reyno, conservado por su mano, y así sin ningún mal sonido se les podrá echar en los oídos por los medios mas á propósito que allá se descubrieren.

» Si metidos en esta plática mostrasen gana de saber quién desea S. M. que sea Rey, se les podrá responder al principio con generalidad, diciendo que el que mejor fuera para establecer la religion Católica, que como esse es su fin principal, ese le agradaría mas que mas pudiese ayudar á ello.

» A este título, que es muy bueno, se debe escluir de este lugar el cardenal de Vandoma (Cárlos de Borbon), así por la sospechosa crianza de su niñez, como por haber seguido agora con ser cardenal la parte del primo y no del tío; y ser conocido fautor del partido de los herejes, con que por la misma razón han

de quedar escludidos tambien todos sus hermanos, y mucho mas el sobrino que dicen se cria en la Rochela, y en fin todos los de la casa de Borbon, pues todos ellos han tomado las armas por los herejes.

» De aquí se podrá pasar á insinuarlos diestramente los derechos de la señora Infanta (doña Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II y de doña Isabel de Valois, llamada de la *Paz*), no solo á todos los estados que como bienes dotales se juntaron por matrimonio y por hembras á la casa de Francia, que agora han de salir de justicia á su derecha linea, pero aun á mucho mas, siendo como fué invencion todo lo de la ley Sálica, como lo saben muy bien los mas leidos y entendidos dellos. Pero irase en todo esto con el tiempo que conviene para no encerrar la materia, sino descubrir tierra y ánimos.

» Si el tiempo y progreso deste negocio diere lugar á poderse consultar á S. M. la persona á quien allá mas se inclina, esto será lo mejor, y avisarle en diligencia cómo toman lo que toca á la señora Infanta, ó quien tiene mas apariencia de poder salir con ello, y mas parte entre los católicos y los fundamentos y fuerzas, valedores y amigos de cada uno de los que pueden concurrir.

» Mas sino uviere este espacio, y las cosas obligasen á nombrar Rey con mas brevedad, y quisieren elegir al Marqués de Ponts (este era hijo de una hermana de Enrique III, llamada Claudia, y por consiguiente primo hermano de la infanta Isabel Clara por parte de madre), bien podrá venirse en él de parte de S. M.; y aun si acaso, lo que no se cree que terná tanto lugar, echaren mano para esto del duque de Guisa, tambien se podrá admitir lo uno y lo otro; entre otras razones, porque por uno destes caminos quedará el duque de Umena mas seguro en lugar que se le debe de segunda persona en Francia, y la mayor autoridad y el manejo de las armas, en que se ha de hacer el esfuerzo posible por convencerle.

» A cualquiera que se haya de elegir, pues para alcanzar la Corona y para conservarse en ella le importará tanto la ayuda y favor de S. M., con las dificultades que le quedan, se le ha de hacer ratificar la capitulacion de la Liga que pasó entre S. M. y el Cardenal de Borbon y los demás católicos, porque á su tiempo haga cumplir las condiciones della y ponerla en ejecucion en todos sus puntos y partes.

» Que en particular se haga cumplir, luego tras la eleccion, á S. M. lo de Cambray, como está capitulado.

» Y pues tambien se asentó con el dicho cardenal de Borbon, que viniendo él á la Corona hubiese de satisfacer á S. M. todos

los gastos hechos en beneficio de la Liga, se encargue el nuevo Rey en cumplir esta condicion, pues los gastos han sido tan grandes y tan en su beneficio, que mediante ellos le alcanzará esta buena suerte.

»No habiendo dinero pronto para poder luego pagar esta suma, que es grande, antes siendo verisimil que adelante habrá menester el que asi fuere elegido asistencia de otras ayudas, será justo que se den á S. M. algunas prendas y plazas entretanto, y estas se habrá de procurar á su tiempo que sean vecinas á sus Estados Bajos y á propósito para contra Inglaterra lo mas que se pudiere.

»No menos es justo que se prende el nuevo Rey en no casarse sino á gusto y voluntad de S. M., pues lo de la mujer y parientes que tomare puede importar tanto para la Religion y bien de Francia y para la seguridad de los Principes vecinos.

»Tambien será bueno sacar para en caso de empresa contra Inglaterra puertos seguros en Francia, y otras asistencias de vituallas y marineros para la armada de S. M.

»Todas estas son condiciones generales que se han de procurar sacar á cualquiera que haya de entrar en la corona, pero si acaso fuese su hijo del Duque de Lorena, se presenta otra cosa particular que mirar, y es del inconveniente que seria andando el tiempo juntarse el Ducado de Lorena con la corona de Francia, pues cuando olvidadas con él las buenas obras que al presente recibe aquella casa, de mano de S. M., quisiese atravesarse y embarazar aquel paso, podria hacer harto desabrimiento.

»Ofrécese dos caminos para preservar esse daño y no incurrir en él; el uno que á trueque de la ayuda y asistencia para alcanzar el reyno que S. M. les ha de dar, tanto de algunos derechos que se les podrian comunicar como de los demás medios, quedase á S. M. el Estado de Lorena para poderse con esto dar la mano el condado de Borgoña y Paisés Bajos. El otro medio, que cuando esso no se pudiese encaminar, sea á lo menos lo de Lorena del hermano segundo y sus descendientes, sin poderse juntar á Francia, para que asi se quiten celos tan justos á los vecinos, lo cual se ha de procurar mucho en el caso referido por uno de esos caminos, insistiendo en ellos por sus grados.

»El juzgar cuándo se ha de tratar con las partes de las condiciones referidas, tanto de las generales como de las particulares respectivamente, si será antes de la eleccion que estará la codicia mas viva de comprarla á cualquier precio, ó si despues de la eleccion que estará la necesidad mas presente para desear no decaer de aquel grado y tener fuerzas con que defenderse del oposito y enemigos que de fuera le han de quedar; eso es cosa

que podrán resolver mejor los presentes, pero el verdadero tiempo parece el mismo en que se anduviere en la negociacion, haciendo por un cabo oficios que la misma parte conozca que lo son para su grandeza, y por otro recogiendo las prendas á que aquel beneficio obliga.

» Si en alguna ocasion de estas hablasen allá en casamiento de la Señora Infanta, no conviene asi luego escluirle, ni admitirle, por ser por muchos respetos de tanta consideracion, sino responder diestramente, diciendo que de aquella materia no se tiene luz ninguna ni se sabe cuál seria la voluntad de S. M., especialmente queriendo á su hija tan tiernamente como la quiere, y estando Francia tan revuelta y tan poco llana y segura para el dueño que se le diere; y por otra parte se podrá dar lugar á que las partes, interesadas de suyo, ó guiadas por medios disimulados y confidentes, entiendan que su bien consistiria en caberles esta suerte, y mediante ella adquirir los derechos de la Señora Infanta, que son tantos y tales, y por el mismo caso el amparo y fuerzas de S. M. del todo en su favor como en cosa que le seria propia; y haciendo los de allá instancia en que se les sepa la voluntad de S. M. poniéndoselo todo en las manos, se podrá ofrecer de preguntarla, y avisarse ha á S. M. muy particularmente de todo lo que al propósito se ofrezca para ver lo que convendrá.

» El Legado Gaetano ha mostrado tanto celo al acertamiento de las cosas, que agora que se les ha de acabar de dar asiento y remedio, es de creer que acudirá á ello muy bien, especialmente si de Roma le acuden como se espera diferentemente que hasta aqui, y asi convendrá usar de su medio y tractar confidentemente con él en lo que no tubiere inconveniente.

» Los demás instrumentos y medios por dónde y con quien se ha de tractar y negociar para encaminar los intentos D. Bernardino de Mendoza y Juan Bautista de Tarssis los conocen, y saben los umores y designios de cada uno, y como se podrán mejor llevar, y estan informados del tenor de las capitulaciones de la liga.

» Mas lo que ha de dar fuerza y vida á la negociacion, es el calor de las armas y ejército de S. M., y la reputacion del socorro y efectos que habrá hecho, y la autoridad y presencia del Duque en aquel Reyno, y el valor y prudencia y destreza con que él lo sabrá apoyar, sin salir de Francia hasta haberse dado el asiento y remedio referido, ocupándose entre tanto que se vea ser en beneficio de Paris, y su mayor seguridad, y daño del enemigo, para que por esta via no solo se quiten celos del tiempo que se detuviere, sino que les vayan creciendo los cargos y obligaciones, con evidente provecho del partido y causa católica,







## ÍNDICE GENERAL DEL TOMO IX.

Continúa el año 1571.

	<u>Páginas.</u>
D. Juan de Austria reúne el consejo de guerra.—Llega la armada real á la Gumenizza.—Pasa por Cefalonia y toma rumbo hácia la Albania.—Llega á las Curzolares.—Da vista la vanguardia á la armada enemiga.—Enarbola D. Juan el pendon de la Santa Liga.—Armada turca. . . . .	5
Caudillos enemigos.—Opinion de los jefes cristianos, contraria á la batalla.—Palabras de D. Juan.—Breve y magnífica arenga dirigida por el de Austria á los suyos.—Cobardía de Uluch-Ali.—Enmienda su falta.—Sale al mar Ali-Bajá.—Queda aterrado al ver la armada de los cruzados. . . . .	6
Asómbrase tambien D. Juan al ver la armada enemiga.—El viento, contrario hasta entonces á los nuestros, repentinamente cambia.—Manda D. Juan cortar los espolones á las galeras.—Avanzan de descubierta seis galeazas venecianas.—Dispone el jóven caudillo la batalla.—Encomienda la escuadra de socorro al intrépido y entendido D. Alvaro de Bazan, primer marqués de Santa Cruz.—Avanza la armada turca. . . . .	7
Espectáculo general que presenta el golfo.—Vacilacion de los amigos y de los enemigos.—Piedad religiosa de D. Juan de Austria.—FAMOSA BATALLA DE LEPANTO. . . . .	8
Descripcion. . . . .	9
D. Alvaro de Bazan.—Sumérgese Pertew-Bajá en las aguas del Mediterráneo.—Logra ganar un esquife.—Es herido de muerte Ali-Bajá. . . . .	10
Presentan á D. Juan la cabeza de Ali.—Humanidad del héroe de Lepanto.—Completo destrozo de los agarenos.—Buques de estos apresados y destrozados.—Turcos que murieron.—Cautivos.—Cristianos muertos.—Personas principales que perecen en Lepanto. . . . .	11

Quedan prisioneros los hijos de Alí-Bajá.—Mensaje de su hermana Fátima, dirigido á D. Juan.—Carta de este á aquella, notable y sentida.—Generosidad del jóven héroe. . . . .	12
Despojos de guerra cogidos al enemigo.—Desgracia de un solo español.—MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. . . . .	13
Versos de Lope de Vega en loor de Cervantes. . . . .	14
Queda levemente herido el valerosísimo D. Juan.—Consejo.—Acuérdase sitiarse á Santa Maura.—Revócase el acuerdo.—Decídese que se dividan las escuadras para invernar.—Presa incalculable tomada en Lepanto por los soldados.—Dirígese D. Juan á Corfú.—Llega á Messina.—Gozo con que es recibido.—San Pio V, Pontífice. . . . .	15
Palabras del Evangelio de San Juan, que aplica al héroe de Lepanto.—Gozo de toda la cristiandad por el notabilísimo triunfo.—Impasibilidad de Felipe II al recibir la faustísima nueva. . . . .	16

## Año 1572.

## FLANDES.

Trastornos ocurridos en Holanda y Zelanda.—Anúnciase la guerra entre Francia y España.—El almirante Coligny. . . . .	17
Sus palabras.—Trata de seducir á Chiappino Vitelli, maestro general de España.—Lealtad de este.—Manda el duque de Alba á su hijo el de Huesca sitiarse á Mons.—Emboscada de enemigos.—Valor é inteligencia del de Huesca.—Es herido el bizarro Vitelli.—Luis de Nassau y el conde de Genlis. . . . .	18
Este presenta al duque de Huesca la batalla.—Valor de Vitelli, aunque herido.—El príncipe de Orange atraviesa el Rhin y el Mosa con once mil peones y seis mil ginetes.—Es rechazado en Amberes.—Fatal situación de los flamencos.—Crueldades y desmanes cometidos por el ejército de Orange. . . . .	19

## LOS HUGONOTES.

Catalina de Médicis.—Los Guisas.—Personajes franceses hugonotes. . . . .	20
Decreto despótico é injusto expedido por el rey de Francia.—Adoptan los protestantes franceses el nombre de <i>hugonotes</i> .—Etimología de esta palabra.—Política adoptada por Catalina de Médicis en la lucha religiosa. . . . .	21
Determinanse penas contra los protestantes.—Conferencias denominadas <i>Coloquio de Poissy</i> .—El cardenal de Lorena y Teodoro de Beza.—Acuden los católicos de Francia á Felipe II.—Decreto expedido en Francia, favorable á los hugonotes.—Antonio de Borbon, hereje, se hace católico por cálculo. . . . .	22
Imprudencia del duque de Guisa.— <i>Matanza</i> de Vassy.—Párrafos tomados de D. Modesto Lafuente. . . . .	23

Batalla entre católicos y protestantes.—Apodéranse los hugonotes del condestable Montmorency.—Sitia á Orleans, en donde están los herejes, el duque de Guisa.—Un traidor alevoso le asesina por la espalda.—Es castigado de muerte el asesino.—Coligny es denunciado por todos como causa del asesinato.—Circunstancias del nuevo duque de Guisa, hermano de su predecesor.—Es declarado mayor de edad Carlos IX de Francia. . . . .	24
Viaje del rey y de su madre, la de Médicis.—Entrevista de ambos con Isabel de Valois, hermana é hija de aquellos, y mujer de Felipe II.—Incidente ocurrido en el concilio Tridentino. . . . .	25

## Año 1572.

## GUERRA CON EL TURCO.

Repónense los turcos de las pérdidas sufridas en Lepanto.—Política del gobierno turco para disimular la terrible derrota.—Premio dado por Selim II á Uluch-Ali. . . . .	27
Dirigese á Candía la nueva armada turca. . . . .	28
Razon que explica la apatía de los soberanos de Europa respecto de los turcos.—Apatía del mismo Felipe II.—Única razon que puede explicar la causa de dicha apatía.—Felipe II y D. Juan, su hermano. . . . .	29
El primero de ambos, considerado como guerrero.—Diferencia observada entre Felipe y su padre el emperador.—Paralelo que el pueblo establece entre el rey y su hermano. . . . .	30
Lealtad de D. Juan hácia su hermano.—No se conforma aquel con las órdenes de este, en la Goleta.—Consejos dados al rey en favor de su hermano, respecto de dar á este la corona de Túnez y la soberanía de los Países-Bajos.—Ningun consejo acepta Felipe, en dicho sentido dado. . . . .	31
Quebrántase la salud de D. Juan.—Continúan los recelos de Felipe II respecto de D. Juan de Austria.—Viene este á Madrid.—Visita en las inmediaciones de la córte al célebre ministro Antonio Perez.—Objeto de la visita.—Habla el ministro al rey.—Este nada resuelve. . . . .	32
Parte D. Juan á Corfú.—Reúnese con su escuadra á la veneciana.—Choque sin significacion ni resultados entre cristianos y turcos.—Retíranse los segundos á Modon y á Navarino.—Heróica resolucion de D. Juan.—El consejo no la aprueba. . . . .	33
Regresa aquel príncipe á Messina.—Fallece San Pio V y asciende al trono pontificio Gregorio XIII (antes cardenal Buoncompagno).—Trasládase D. Juan á Nápoles.	

## GUERRA DE FLANDES.

Continúan las cuestiones acerca del impuesto de la décima.—La rebelion levanta en Holanda la cabeza.—Apodérase de	
---	--

Brielle el rebelde conde de la Marca (en la isla de Wome). Derrota aquel al conde de Bossu.—Sigue Zelanda el ejemplo de Holanda.—Sublévase Flessinga, puerto llamado <i>llave del Océano</i> .—Rebélese toda Holanda, excepto Amsterdam.— Proclaman los rebeldes presidente al príncipe de Orange.— Sublévanse Zutphen y Güeldres.—Palabras del obispo de Namur.—Luis de Nassau se apodera de Mons y de Valen- ciennes. . . . .	34
Quéjase el duque de Alba al rey de Francia y á Catalina su madre, á consecuencia del apoyo dado por Francia á los re- beldes flamencos.—Artera conducta del rey francés.—Lle- ga á Flandes el duque de Medinaceli, como sucesor del de Alba. . . . .	35
Este continúa en el mando.—Medidas que adopta, que apa- recen como debilidad.—El duque de Huesca y Vitelli toman la vuelta del Henao.—Es nuevamente herido Chiappino Vi- telli.—Su valor y fortaleza.—Aparece el conde de Genlis.— Es destrozado por el duque de Huesca. . . . .	36
Perecen en la batalla mil trescientos franceses y quedan prisioneros el conde de Genlis y sesenta nobles, con más de quinientos entre oficiales y soldados.—Sale de Bruselas el du- que de Alba y se incorpora al ejército de su hijo.—Avanza el príncipe de Orange en socorro de Luis de Nassau, su her- mano.—Horrores que el de Orange va sembrando por su ca- mino.—Llega á Jemmapes.—Admirase el príncipe rebelde al examinar el orden y cálculo admirables con que ha esta- blecido el de Alba su campamento.—Intenta Orange en va- no forzar las defensas del campamento real. . . . .	37
Replégase el príncipe y toma la vuelta de Malinas.—Los en- camisados.—Peligro que corre el rebelde Orange.—Libra- le de él una perrita que consigo llevaba.—Huye sin tener tiempo para vestirse.—Pasa con los suyos á Holanda.— Llega á Delft.—Luis de Nassau pide al de Alba capitula- cion.—En virtud de esta se retira á Dillemburg.—Queda Mons por Felipe II.—Vuelven á la obediencia de este las ciudades sublevadas.—Saqueo en Malinas. . . . .	38
Deciden los duques de Alba y de Medinaceli sitiar á Maestrick y á Nimega.—Sancho Dávila y Cristóbal de Mondragon so- meten á casi todas las ciudades de Zelanda.—Valor y sufrim- iento de ambos caudillos y de sus soldados.—El duque de Huesca recorre el ducado de Güeldres, reconquista á Zut- phen y se dirige contra Naerden.—Es reducida esta ciudad á escombros.—Degüello. . . . .	39
	40

#### LOS HUGONOTES.

Determinacion de los jefes del partido católico.—Prepárase la boda de Enrique de Navarra, hugonote, con Margarita de Valois, hermana del rey, católica.—Negra infamia de Car- los IX de Francia. . . . .	41
Saint-Barthelemy (San Bartolomé): horrible degüello y des- trozo hecho en los hugonotes.—Cárlos IX y el almirante	

Coligny.—Este es asesinado.—Nuevos horrores. . . . .	42
Continúan los destrozos.—Siguen el ejemplo de Paris las ciudades de Troyes, Meaux, Bourges, Orleans, Lyon, Tolosa, Rouen, Auverne y Bayona.	

AÑO 1573.

FLANDES.

Famoso sitio de Harlem (Holanda). . . . .	43
Detalles de este célebre sitio.—Impiedad de los sitiados.—Perecen Bartolommeo de Campi y La Cressoniere, jefes de ingenieros.—Determina el de Huesca levantar el sitio.—Da parte á su padre, el de Alba, de la resolucion que va á adoptar. . . . .	44
Contestacion dura y severa que manda el de Alba á su hijo el de Huesca.—El principe de Orange hace un extremo esfuerzo para socorrer á los de Harlem.—Batalla.—Su duracion.—Vence el de Huesca y coge á Orange <i>toda la artilleria, todas las banderas, trescientos carros de municiones y todos los viveres</i> .—Mueren en la batalla casi tres mil enemigos.—Disparos hechos por los españoles contra la plaza.—Los de Harlem piden capitulacion.— <i>Es tarde ya</i> , responde el de Huesca. . . . .	45
Ríndense en 12 de Julio los sitiados.—Palabras del duque de Alba, dirigidas por escrito al rey.—Castigos ejecutados en Harlem.—Nuevo párrafo de una carta del de Alba á Felipe II. . . . .	46
Pérdidas del ejército de España durante el largo sitio.—Sedicion militar.—Orígen de la sedicion.—Orden en medio del desórden. . . . .	47
Entregan los sediciosos una representacion al duque de Huesca.—Manda el rey á Flandes socorro de dinero.—Lenidad con que son tratados los sediciosos.—Nueva sedicion.—El de Huesca la sosiega y hace ahorcar á los jefes del motin delante de Alekmaar.—Ejército existente en los Países-Bajos. . . . .	48
Llega á Flandes la noticia del reemplazo definitivo del duque de Alba.—Inconvenientes que surgieron de mandar en aquel país el de Alba y el de Medinaceli á un mismo tiempo. . . . .	49
Fragmento de carta escrita por el segundo.—Reflexion hecha acerca de aquel.—Fragmento de una carta del duque de Alba, dirigida al secretario Zayas. . . . .	50
Es nombrado definitivamente para reemplazar al de Alba y al de Medinaceli, el comendador mayor de Castilla, D. Luis de Requesens.—Este llega á Flandes.—Toma posesion del gobierno y capitania general.—Sale de Bruselas en direccion de España el duque de Alba.—Elogio de este gran general. . . . .	51
Palabras de Strada. . . . .	

## GUERRA CON EL TURCO.

Proyéctase una nueva expedición.—Bajeza y poco decoro de la república veneciana.—Palabras de Felipe II. . . . .	52
Enojo y pesar de D. Juan de Austria.—Manda quitar de la capitana el estandarte de la Santa Liga y enarbola el de España.—Fragmento de carta que dirige al cardenal Granvella.—Toma rumbo D. Juan á Túnez al frente de una armada de ciento cuatro naves.—Llega el bizarro D. Juan á la Goleta.—Entrégale Muley-Hamet la ciudad. . . . .	53
Nombra D. Juan á Muley virey de Túnez.—Sale de Túnez el héroe de Lepanto, y dispone la construcción de una fortaleza capaz de contener ocho mil hombres, junto al Estanque, para proteger á la Goleta.—Ocupa D. Juan á Biserta.—Regresa á la Goleta.—Terminada la breve y gloriosa campaña, regresa á Palermo, de donde pasa á Nápoles.—Moderación de D. Juan de Austria. . . . .	54

## Año 1574.

## FLANDES.

Preséntanse á D. Luis de Requesens los diputados flamencos.—Créese cercana la paz.—Enfrena el nuevo general la licencia del ejército.—Publica un perdón general en favor de los rebeldes que vuelvan al seno de la Iglesia católica y á la obediencia del rey.—Derribase la estatua del duque de Alba, por órden de Requesens, con grande gozo del pueblo. . . . .	55
Los sublevados de buena fé, que procedieron engañados, se acogen al perdón: los <i>verdaderos revolucionarios</i> siguen en su mal camino.—Horrible miseria en Middelburg, ciudad de Zelanda.—Requesens dispone dos escuadras para socorrer á Middelburg, y da el mando de ellas á los valerosos Sancho Dávila y Julian Romero.—Desgracia ocurrida al buque en que iba el maestre D. Francisco de Bobadilla. . . . .	56
Mala suerte de las escuadras.—Palabras de Romero.—Contestación de Requesens.—Pérdidas de España.—Capitula Middelburg.—Capitulación. . . . .	57
Luis de Nassau y el conde palatino se preparan á atravesar el Mosa, con seis mil infantes y tres mil ginetes.—Prepárase Requesens á impedir la invasión que amenaza.—Salen seis cornetas al mando del escritor, diplomático y guerrero D. Bernardino de Mendoza.—Actividad en adoptar providencias.—Gran batalla junto á Moock.— <i>Grandes pérdidas</i> del enemigo. . . . .	58
Mueren en la batalla <i>los tres caudillos enemigos</i> , á saber: LUIS DE NASSAU, hermano del príncipe de Orange; CRISTÓBAL DE BAVIERA, conde palatino, y ENRIQUE DE NASSAU, hermano de Luis y de Orange.— <i>Gaen en poder de los nuestros todas las banderas, cornetas (estandartes), artillería, bagajes y cajas de</i>	



<i>fondos</i> .—Consta que ganaron esta batalla D. SANCHO DÁVILA, D. BERNARDINO DE MENDOZA (españoles) y JUAN BAUTISTA DEL MONTE (italiano).—Sedición de algunos tercios españoles, por falta de pagas.—Orden en medio del desorden.—Nombran los sediciosos un ELECTO. . . . .	59
Bando publicado por aquellos y firmado por el <i>Electo</i> , prohibiendo el hurto y todo desman so pena de horca.—Paga Requesens á los insurrectos, empeñando su vajilla y recámara.—Marchan aquellos á Holanda, á las órdenes de Chiappino Vitelli.—Trátase de la rendición de Leyden.—Diseminanse los caudillos del rey y se posesionan de varias islas, villas y aldeas.—Constrúyense hasta sesenta fuertes, llegando el último á un cuarto de hora de Leyden.—Fallece D. Pedro Melendez de Avilés, almirante de la escuadra anclada en Santander y destinada á Flandes.—Una mala disposición adoptada por Requesens, hace caer en poder de los orangistas las naves españolas salvadas cerca de Middelburg. . . . .	60
Trata Orange de hacer que asesinen á Requesens.—Carta dirigida á este por el embajador español en Lóndres, relativa al proyectado asesinato. . . . .	61
Líneas escritas por Felipe II, al mismo propósito.— <i>Dícese</i> que Requesens, quizá por orden superior, trataba de hacer que asesinasen á Orange.—Carta del comendador mayor. . . . .	62
Este continúa activando las operaciones para rendir á Leyden.—Horrores del hambre en la plaza.—Francisco de Valdés, jefe español, debe asaltar y no lo verifica.—Aventura amorosa que perjudica al rey y al ejército. . . . .	63
Extrema resolución de los sitiados, de acuerdo con sus amigos de fuera de la plaza.—Asombro de los sitiadores.—Quedan rotas las líneas y es socorrida la plaza, por culpa de Valdés. . . . .	64

PÉRDIDA DE TÚNEZ Y DE LA GOLETA.

Recibe el bizarro D. Juan de Austria orden de su hermano el rey, para trasladarse á Lombardía.—Objeto de esta orden.—Noble modo de proceder de Felipe II con los genoveses.—Intrigas de Francia.—Cuestion genovesa. . . . .	65
Fragmento de una interesante carta de D. Juan de Austria dirigida al rey, su hermano, acerca de los acontecimientos de Génova. . . . .	66
Fallece Carlos IX de Francia.—Carta de D. García de Toledo, antiguo virey de Sicilia, á D. Juan de Austria.—Pretensiones de D. Juan al trono de Polonia. . . . .	67
Resultados de la locuacidad é intrigas de los cortesanos.—Giacomo Zittolimini.—Maltratado por los palaciegos, jura tomar venganza.—Pasa á Constantinopla, reniega, y propone el asalto de la Goleta, cuya fortaleza perfectamente conocia. . . . .	68
Sale Uluch-Alí de Constantinopla con doscientas treinta galearas, treinta galeotas, cuarenta buques de trasporte, etc.—	

- Debilidad é ignorancia de Portocarrero, defensor de la Goleta.—No le es posible á D. Juan el socorrer la Goleta.—El infame renegado Zittolimini muere en el sitio, y en la muerte le acompañan VEINTE MIL TURCOS, aunque se pierden la Goleta y Túnez.—Carta de D. Diego de Mendoza á Felipe II. . . . . 69

## Año 1575.

## FLANDES.

- Nueva sedicion de algunos tercios, tambien por causa de las pagas.—Nombran los sediciosos un Electo y nuevos capitanes. . . . . 71
- Desgracias ocurridas á consecuencia de la sedicion.—Son pagados en Maestrick los sediciosos.—Recibe Requesens al conde de Schwazembemberg, representante de Maximiliano II, emperador de Alemania.—Nombranse representantes por parte de Felipe II y de los estados generales, para tratar de un arreglo pacífico.—Intrigas del malvado Orange para que la paz no se establezca.—Cesan las conferencias, y Requesens activa los preparativos de guerra.—Toman los españoles por asalto á Buren.—Posesionanse de la isla de Finart.—Valor de los españoles.—Dirigense contra Pude-water. . . . . 72
- Es tomada Schvonhouven, y todos los fuertes de las orillas del Mosa, del Whaal y del Lick.—Piensa el comendador mayor en dirigirse contra Zierickzée, capital de Zelanda.—Parte en direccion de Zierickzée D. Luis de Requesens.—Famosos jefes del ejército: Sancho Dávila, almirante; maestre general, Chiappino Vitelli; jefe de los walones y alemanes, Cristóbal de Mondragon; de los españoles, Juan Osorio de Ulloa.—Gran valor y ejemplo que da este último.—Aombro de los enemigos.—Acometen los españoles á los que defienden el dique.—Guarnecen á Duiveland.—Vadean el canal de Sohouver, ya en Zierickzée. . . . . 73
- Pierde Requesens á Krimpen (Holanda).—Sublévase la caballería volante.—Son castigados los sediciosos.—Regresa Requesens á Amberes.—Perece lastimosamente el bizarro y muy entendido maestre general Chiappino Vitelli.—Su elogio.

## ESPAÑA.

- Viene á España D. Juan de Austria.—Objetos de su venida. . . . . 74
- Es nombrado lugarteniente general de Felipe II en Italia.—Deseos de ser rey, aunque tributario de su hermano, que abrigaba el jóven y valeroso príncipe.—Reflexiones acerca de la ambigua conducta del rey. . . . . 75

Años 1576 y 1577.

FLANDES.

Es nombrado D. Juan gobernador, capitán general y lugarteniente del rey en Flandes.—Muerte en Bruselas del comendador mayor de Castilla, D. Luis de Requesens.—Sospéchase si fué de veneno.—Suspéndese la marcha de D. Juan á Flandes, y el rey á instancia de sus consejeros, da el gobierno general de los Países-Bajos al consejo de Flandes.	76
Dividense en dos bandos los consejeros.—Nuevas alteraciones.—Los consejeros revolucionarios ponen al país en armas.—Favorece esta medida una resolución imprudente tomada por Requesens en los últimos días de su gobierno y de su vida.—Resolución de los generales de Felipe II.—Reúnense en Amberes.—Los consejeros leales se dirigen por escrito al rey, para demostrarle lo insuficiente que es la autoridad del consejo para domar la revolución.	77
El rebelde gobernador de Zierickzée pide capitulación.—Accede Mondragon.—Pasa dicha plaza á poder del rey.—Llega á Flandes la noticia del nombramiento de D. Juan.—Intrigas y osadía de Orange.—Prende á todos los consejeros llamados <i>hispanienses</i> , por su adhesión al rey.—Continúa creciente la revolución.—Sublévanse casi simultáneamente todas las provincias, excepto el Luxemburgo.—Reúnense en Gante los diputados de los estados generales.	78
Deciden pedir auxilio á Isabel de Inglaterra y á Enrique III de Francia.—Trátase de expulsar á los españoles.—Fortifícanse sus caudillos en diversas plazas fuertes.—Pronúncianse los alemanes que estaban al servicio del rey, en favor de la revolución.—Peligro de Amberes.—Cargan sobre esta plaza grandes fuerzas de los rebeldes.—Traición del conde de Everstein.—Penetran los revolucionarios en la plaza.—Heróica resolución de D. Sancho Dávila.—Noble resolución de los españoles sublevados en Alost.	79
Deciden socorrer á sus compatriotas de Amberes.—Valor de aquellos guerreros.—Sin detenerse ni aun á comer, porque juraron hacerlo dentro de la plaza, llegan á Amberes, acometen, asaltan y penetran dentro de aquella.—Rudo combate dentro de Amberes.—Percece el traidor conde de Everstein en la fuga.—Queda preso Felipe de Egmont, hijo de Lamoral.—Vencen los españoles.—Saqueo, en que se distinguen los alemanes, walones y <i>los mismos flamencos</i> , aunque cargaron el odio sobre los españoles.—Llega al Escorial D. Juan de Austria.—Objeto de su viaje.	80
Trasládase á Madrid con el rey su hermano.—Sale para Flandes, disfrazado.—Llega felizmente.—Remite copia de sus patentes reales al consejo de Flandes.—Resolución y exigencias de los consejeros rebeldes.—Consulta el príncipe con su secretario D. Juan de Escobedo y con su íntimo amigo el general Octavio de Gonzaga.	81
Decide D. Juan en favor de la paz.— <i>Edicto perpétuo</i> .—Es re-	

cibido D. Juan y aclamado como gobernador general.— Disgusto de los españoles por su salida de Flandes.—Téme- se una sublevacion de aquellos, que ven mal pagados sus servicios.—Sosiégalos el elocuyente Escobedo, recordándoles su proverbial lealtad.—Cangéanse los prisioneros.—Dase á los españoles, á cuenta de atrasos, <i>un cuarto de paga</i> .—El artificioso y malvado Orange renueva sus infernales intri- gas.—Merced á estas continúa la revolucion. . . . .	82
El mismo maquiavélico rebelde tiende asechanzas á D. Juan y trata de que le asesinen.—El hermano del rey, despro- visto y sin la salvaguardia de los soldados españoles, se en- cuentra aislado y con su persona en continuo peligro.—Ar- didid que pone en juego para apoderarse del castillo de Namur. . . . .	83
Tierna y sentida carta que dirige á los jefes, oficiales y tro- pa españoles que se hallaban ya en Italia, llamándoles en su auxilio.—Da cuenta D. Juan al rey de cuanto ha ejecu- tado. . . . .	84
Escribe á los vireyes de Nápoles, Sicilia y Milan, y llama á su querido sobrino, su compañero de juventud, de armas y su auxiliar en Lepanto, el célebre Alejandro Farnesio, príncipe de Parma.—Nombran los rebeldes á Orange con- servador de Brabante.—Los próceres protestantes que eran rebeldes, temiendo la elevacion de Orange, se deciden por Francisco de Valois, duque de Anjou, hermano del rey de Francia.—Los próceres rebeldes, pero católicos, quieren un gobernador que sea sincera y verdaderamente católico, y se deciden por Matías archiduque de Austria y hermano del emperador Rodulfo, sobrino del rey y de D. Juan. . . . .	86
Aviéndose todos á nombrar gobernador al archiduque.—Dan al príncipe de Orange el cargo de lugarteniente del gober- nador.—Comienzan á llegar á Flandes los veteranos tercios españoles.—Célebres caudillos.—Lema que el valeroso don Juan hace escribir en su estandarte.	

## FRANCIA.

Paz llamada de <i>Monsieur</i> , entre católicos y protestantes.—Po- co decoro y ménos dignidad de Enrique III. . . . .	87
Carácter de este, su nulidad y su equívoca y ridícula conduc- ta.—Trata de reorganizarse el partido católico.—Elige por jefe al duque de Guisa.—Colócase el débil rey al frente de la santa liga.—Su objeto al adoptar una resolucion tan ex- traña en el que firmó la paz de Monsieur.—Odio merecido que le profesa el pueblo. . . . .	88
Conducta política de Felipe II.	

## PORTUGAL.

El rey D. Sebastian.—Pídele auxilio Muley Mohamet, rey destronado de Fez y de Marruecos.—Ofrece el lusitano au-	
--	--

xiliarle. . . . .	89
Opónese la reina doña Catalina, abuela del rey, y su tío el cardenal D. Enrique.—Manda D. Sebastian un embajador extraordinario á España, para pedir auxilio á su tío Felipe II.—El rey despacha á su ministro D. Cristóbal de Moura, para acordar una entrevista con su sobrino.—Acuérdase aquella.	

## Año 1578.

## FLANDES.

Batalla de Gembloux.—Detalles. . . . .	90
Inteligencia y valor de Alejandro Farnesio.—Mensaje que manda á su tío D. Juan de Austria.—Arrójase el de Parma sobre el enemigo.—Completa y notable victoria.—Modestia de Alejandro.—Importancia del triunfo de Gembloux. . . . .	91
Clemencia de D. Juan de Austria con los vencidos.—Palabras de aquel, dirigidas al general Goigni, rebelde prisionero.—Contestacion de Goigni.—Premia y elogia D. Juan uno por uno á todos los jefes y oficiales de su ejército.—Elogio en forma de reprension que, por su temeridad, dirige á su sobrino Farnesio.—Pronta y oportuna contestacion de este, que premia su tío con un estrecho abrazo, y con aplausos todos los circunstantes. . . . .	92
Terror y fuga de los jefes rebeldes á consecuencia de la rota de Gembloux.—Apodéranse los españoles de Tirlemoni, Boubignes y otras plazas del ducado de Brabante.—Entrégase Lovaina.—Comisiona D. Juan á su sobrino para tomar á Sichem.—Toma esta plaza Alejandro.—Rigor justificado de este jóven caudillo con parte de los vencidos: clemencia con los demás.—Rinde á Diest.—Se incorpora al ejército de su tío.—Parten contra Nivelles.—Sitia D. Juan.—Motin de los tercios alemanes.—Castigo.—Ríndese Nivelles.—Entrégase Philippeville.—Importancia de este último suceso. . . . .	93
Quebrántase la salud de D. Juan de Austria, á pesar de lo cual luce su gran valor y trabaja como general y como soldado al frente de Philippeville.—Infernales arbitrios de que se valen los sitiados contra los sitiadores.—Gran valor y sufrimiento de D. Juan y de los suyos.—Ríndese Philippeville.—Retírase el héroe de Lepanto á Namur, para atender á su curacion.—Deja á su sobrino el príncipe de Parma el cuidado de la guerra.—Sométense varios pueblos.—Resiste Dalhem, y es sitiada por Alejandro.—Sus palabras, dirigidas al señor de Cenray.—Este bate la plaza, asalta, penetra á sangre y fuego y se posesiona de ella en poco tiempo.—Quedan francas á los españoles las provincias de Namur, Henao y Luxemburgo.—Queda cerrado á los rebeldes con la entrega de Limburgo, el camino de Alemania. . . . .	94

Miserables artificios y supercherías del príncipe de Orange.— Llega á Flandes el valeroso Gaspar de Robles, señor de Villí, maestro de campo español.—Es portador de una interesante carta de Felipe II para su hermano.—Barbarie de Orange.—Saqueos, asesinatos, profanaciones, ruina de templos y violencias de toda especie cometidas por los rebeldes y consentidas por Orange. . . . .	95
Infernales intrigas de Orange contra D. Juan de Austria.— Deshácelas fácilmente el calumniado y heroico caudillo español.—Proyectos del Sumo Pontífice respecto de D. Juan.—Manda este á España á D. Juan de Escobedo su secretario.—Pasa este primero por Roma y visita á Gregorio XIII.—Mision de Escobedo en España. . . . .	96
Prepárase Francisco de Valois, duque de Anjou, para entrar en Flandes.—Atraviesa Orange el Mosa, y sienta sus reales junto á Nimega.—Determina D. Juan, aunque enfermo, salir contra los rebeldes.—Opónese Farnesio.—Palabras del mismo.—Discordia entre los protestantes.—Orden de Felipe II para negociar la paz con los rebeldes. . . . .	97
Disgustos del bizarro y doliente D. Juan.—Es preso un inglés comisionado para asesinar al de Austria.—No se negocia la paz.—Secreto que descubre á Farnesio el intermediario del tratado pacífico. . . . .	98
Llegan á Flandes nuevos caudillos españoles.—Ganan terreno los rebeldes.—Prepárase D. Juan para salir á campaña.—Discurso de Alejandro, príncipe de Parma, pronunciado ante el consejo de guerra. . . . .	99
Salen exploradores.—Pide Farnesio marchar en la vanguardia.—Palabras de D. Juan y disposiciones que toma.—El conde de Bossu. . . . .	101
Trábase la lucha.—Detalles de la batalla. . . . .	102
Toma á su cargo el príncipe de Parma la parte principal y más expuesta de la batalla, para salvar al ejército.—Ira del conde de Bossu. . . . .	103
Cartas de Farnesio á su madre Margarita de Austria.—Agrávase la enfermedad de D. Juan de Austria.—Pronóstico del médico Hipólito Penonni.—Prematura y sentidísima muerte del jóven y bizarro héroe de Lepanto, Alpujarra y Flandes.—Poco antes de morir convoca al Consejo de Estado. . . . .	104
Carta del duque de Parma á su padre Octavio Farnesio . . . . .	105
Detalles de los últimos momentos y piadosa muerte de don Juan de Austria.—Desmientese una calumnia lanzada contra Felipe II. . . . .	106
Elogio de D. Juan.—Honores reales acordados por el Consejo de Estado. . . . .	109
Encargos hechos por D. Juan, á su hermano el rey de España, que cumple puntualmente el rey.—Honras que este manda celebrar por aquel, como á infante de España.—Viste luto y mándale vestir á la córte.—Palabras en loor del célebre y malogrado caudillo, escritas por el erudito Lafuente.—Retrato físico y moral de D. Juan de Austria, hecho por <i>Wander Hammen</i> . . . . .	111
Talento y lealtad de D. Juan, demostrados hasta su último	

instante.—Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, Piacenza y Guastala. . . . .	112
---	-----

PORTUGAL.

Apresura el rey D. Sebastian su partida para Africa.—Reúñese un corto ejército.—Un tercio de españoles al mando de D. Alonso de Aguilar marcha en auxilio del portugués.—Cargos militares en el ejército expedicionario. . . . .	113
Brillante escolta del rey de Portugal.—Este nombra regentes para gobernar el reino que se dispone á abandonar.—Parte la armada y llega á Cádiz.—Adelántase D. Duarte de Meneses á dar parte á Muley-Mohamet de la llegada de la escuadra portuguesa.—Malogra el tiempo D. Sebastian.—Engaño de Muley-Mohamet. . . . .	114
Llega el ejército á los llanos de Alcazarquivir.—Muere Muley-Moluc, rey de Fez y de Marruecos.—Avistanse los ejércitos.—El mahometano es inmensamente mayor.—Inútil valor de D. Sebastian.—Detalles de la horrible batalla. . . . .	115
Un caudillo moro quiere salvar al rey de Portugal.—Palabras dignas de este, dichas á D. Cristóbal de Tabora.—Cobarde infamia de los moros al ver herido al rey.— <i>Muerte cierta y positiva</i> de D. Sebastian. . . . .	116
Nobles portugueses muertos en la batalla.—Perece Muley-Mohamet, causa primera de todos los desastres —Entrega del cadáver del joven y malogrado rey. . . . .	117
Generosidad de Felipe II.—Solemnes exequias del rey de Portugal.—Es proclamado rey el anciano cardenal D. Enrique, tío de D. Sebastian.—Comisiona Felipe II á su ministro don Cristóbal de Mora para que dé el pésame al nuevo rey de Portugal por la muerte de su sobrino, y el pláceme por su ascension al trono.—Mision verdadera que lleva Mora á Lisboa. . . . .	118

Año 1579.

PORTUGAL.

Cópiase el árbol genealógico de los pretendientes al trono lusitano. . . . .	119
Trata de casarse el anciano y achacoso D. Enrique.—Prepárase á la guerra Felipe II.—Habilidad de Mora.—Notificación hecha por D. Enrique á cuantos se creyesen con derecho á la corona lusitana. . . . .	121
Felipe II remite un escrito al presentar el derecho que le asiste.—Decidese D. Enrique por la duquesa de Braganza.—Dispone que den su dictámen los mejores jurisperitos de Portugal.—Estos, merced á la habilidad de Mora, habian ya dado su dictámen por medio de opúsculos impresos, en favor del rey de España. . . . .	122

Gana terreno entre los magnates D. Cristóbal de Mora.—Disposicion que adopta D. Enrique.—Protesta contra aquella Felipe II por medio de sus embajadores.—Presenta la protesta el embajador duque de Osuna. . . . .	123
Impone temor la protesta.—D. Antonio, prior de Crato. . . . .	124
Forman á este causa por mandado de D. Enrique de Portugal.—Sentencia escrita en portugués.—Traduccion de aquella. . . . .	125
Castiga el rey de Portugal á su sobrino D. Antonio, prior de Crato.—Peste en Lisboa.—Córtes portuguesas en Almeirin.—Decídese el rey D. Enrique en favor de su sobrino Felipe II.—Abrense las sesiones.—Inquietud del pueblo.—Votan en favor del rey de España el brazo eclesiastico y el de la nobleza, pero no el popular. . . . .	126
Importante nota del ilustrado Lafuente. . . . .	127

## FLANDES.

Determina Farnesio, contra el parecer del consejo de guerra, sitiar á Maestrick.—Estado de la rebelion flamenca.—Nombre antiguo de Maestrick, y razon por la que los latinos se le dieron.—Caudillos rebeldes, defensores de la plaza.—El príncipe de Parma encomienda la disposicion del sitio al conde de Berlaymont, general de la artillería.—Procede contra lo que el príncipe y los primeros caudillos creen más conveniente.—Asalto infructuoso.—Pérdidas respetables. . . . .	128
Estrecha Alejandro Farnesio el sitio de Maestrick.—Acércase el rebelde Francisco de La Noüe.—Palabras que dirige á Orange.—Ríndese Maestrick.—Muere el conde de Berlaymont.—Defensa de los españoles, hecha por el autor contra otros historiadores. . . . .	129
Catástrofe horrible, ocasionada por los mismos flamencos. . . . .	130
Muerte de Schwartzemburg.—Es herido Tappino.—Humanidad de Farnesio.—Temor de los protestantes.—Trátase de arreglo pacífico.—Soldados del <i>Pater-noster</i> .—Por qué los denominaban así.—Apoyan el proyecto de pacificacion los nobles católicos. . . . .	131
Exigencias de los rebeldes.—Quieren renovar el tratado de D. Juan de Austria.—Exigese el cumplimiento de aquel, por el cual deben salir de Flandes los españoles.—Alejandro, en cumplimiento de su deber, aunque con visible disgusto, traslada al rey las bases del convenio.—Disgústase tambien el rey, pero manda algunas condiciones agregadas á las que ha recibido, para firmar la paz.—Nuevas é infames intrigas del príncipe de Orange.—La <i>Union de Utrecht</i> .—Gestiónase sobre la pacificacion general de Flandes. . . . .	132
Reúnense el conde de Schwartzemberg, representante del emperador Rodolfo, el duque de Terranova, D. Carlos de Aragon, por Felipe II, el arzobispo de Rossano, por el Sumo Pontífice, y el duque de Arschót, Felipe de Croy, por las provincias flamencas.—Firmeza del rey de España en sostener la religion católica.—Disuélvese la asamblea de Colonia.—Reconoce al rey D. Felipe el duque de Arschót.—Re-	



conócenle igualmente muchos diputados de las provincias de Flandes, y los condados de Valenciennes y de Bois-le-Duc.—El rey atiende con predileccion á la conquista de Portugal.—Trátase de realizar el *tratado de Arrás*.—Disgusto de Alejandro Farnesio.—Prepáranse para marchar los soldados, extranjeros en Flandes.—Disgusto de las tropas alemanas é italianas. . . . . 132

Dirigese Alejandro á Namur á sofocar una sedicion militar.—Encuéntrase un cuerpo de caballería de los sublevados.—Insultante gracia de un piquero.—Castígale por su mano Alejandro, en medio del cuerpo sublevado.—Palabras del príncipe de Parma.—Este, viéndose sin recursos y sin las mejores tropas, pide al rey le releve del mando.—No accede el rey y remite recursos metálicos á Flandes. . . . . 134

Demuestran los españoles, al ausentarse, su mucho amor al príncipe Alejandro.—Palabras de un soldado sevillano, dirigidas al príncipe.

ESPAÑA.

ANTONIO PEREZ.

Reflexiones hechas acerca del villano y traidor asesinato de D. Juan de Escobedo, secretario de D. Juan de Austria. . . . . 135

Pruébase que el autor del infame crimen fué Antonio Perez, primer ministro, ó secretario de Estado de Felipe II. . . . . 136

Cualidades y circunstancias de Perez.—Quién fué su protector.—Escándalo dado por el ministro y por la princesa de Eboli.—Llega á Madrid Escobedo.—Su amistad con Ruy Gómez de Silva.—Perez y la princesa acuerdan tomar venganza de Escobedo. . . . . 137

Especie divulgada contra Felipe II.—Reflexiones acerca de aquella. . . . . 138

La opinion pública designa á Antonio Perez como asesino de Escobedo.—Quiénes fueron los ejecutores del crimen.—Son estos premiados por Perez.—Quién hizo que comenzase el proceso contra Perez.—Este es arrestado, y la princesa de Eboli llevada á la fortaleza de Pinto. . . . . 139

Año 1580.

PORTUGAL.

Fallece el rey D. Enrique, el cardenal.—Encárganse de la gobernacion del reino cinco gobernadores.—Ruegan estos á Felipe II no apele á las armas.—Respuesta del rey.—Nueva respuesta á nuevos embajadores. . . . . 140

Decídese el pueblo por el prior de Crato.—Este resuelve apelar á las armas.—Prepárase Portugal á la resistencia contra

España.—Dispone Felipe II su ejército, pero antes apela á la voz de la paz.—Documento publicado en Portugal por el duque de Osuna, embajador español. . . . .	141
Es elegido caudillo supremo de la expedicion á Portugal el veterano y desterrado duque de Alba. . . . .	143
Motivos del destierro del duque y de su hijo el de Huesca.—Palabras del de Alba al recibir las patentes reales. . . . .	144
Al pasar cerca de la córte, pide licencia para besar la mano al rey.—Este se la niega.—Palabras del duque.—Idem del ministro D. Juan de Idiazquez.—Idem del rey.—Llega á Badajoz el de Alba y pasa muestra al ejército.—Bizarros y entendidos jefes de aquel.—Felipe II encomienda el gobierno de España al cardenal Granvela, y él se traslada á Badajoz.—Portugal manda embajadores al rey, para evitar la guerra.—Providencias adoptadas en las fronteras portuguesas.—Intrigas del prior de Crato. . . . .	145
Avanza el ejército español.—Se entregan Yelbes y Olivenza.—Proclamacion de D. Antonio en Santarem, hecha por un zapatero.—Aquel se hace consagrar por el obispo de la Guardia.—Declara D. Antonio á Felipe II y á sus partidarios enemigos del bien público.—Cambia todas las autoridades civiles, militares y los magistrados.—Huyen de Lisboa los gobernadores, y se refugian en Setubal.—Trabajos que pasan y peligros que corren aquellos.—Riesgo de D. Cristóbal de Mora. . . . .	146
Valor del mismo.—Intima el duque de Alba la rendicion á Setubal.—Sale una comision de la plaza.—Suspende el duque el ataque.—Abandonan de no muy buena manera los ingleses y franceses auxiliares á Setubal.—Entrégase la plaza; pero resiste el castillo, ó su gobernador, D. Mendo de la Mota.—Arriba el marqués de Santa Cruz con la armada.—Es batido el castillo por agua y por tierra.—Ríndese aquel.—Proclaman rey de Portugal en Setubal á Felipe II.—Acude á prestarle obediencia gran número de nobles y de magnates. . . . .	147
Sitúa D. Antonio lo mejor de su ejército en el camino de Lisboa.—Resolucion valerosa del duque de Alba.—Dirígese por Cascaes.—Cae prisionero el general Meneses (portugués) en la accion.—Es decapitado aquel en Cascaes, para escarmiento de los partidarios de D. Antonio.—Temor de los lisbonenses.—Desean abrir las puertas al de Alba, mas D. Antonio los detiene con su presencia.—El último quiere entrar en tratos con el primero.—Comienza y se deshace la negociacion.—Avanza hasta Belen D. Antonio. . . . .	148
Dirígese el de Alba al mismo punto.—Examina por si mismo las posiciones y defensas del enemigo; señala y detalla á cada jefe y capitán el puesto que debe ocupar en la batalla y la manera con que ha de proceder.—Publica un bando prohibiendo rigorosamente el saqueo en la córte de Portugal, segun expreso encargo del rey.—Tócase diana, oye misa el campo español, toma el ejército posiciones, y atrae el duque á los enemigos al puente de Alcántara.—Valor de Colonna.—Bizarria é inteligencia de D. Sancho Dávila.—	

Brillante carga dada por D. Fernando de Toledo, prior de San Juan, hijo del de Alba.—Huyen D. Antonio y los suyos.—La municipalidad de Lisboa pide al de Alba las mismas condiciones que á las demás ciudades portuguesas se habian concedido.—Entra el duque y su ejército triunfalmente en Lisboa.—D. Antonio, siendo portugués, autoriza en Aveiro el saqueo hecho por sus tropas.—Poca diligencia del duque de Alba para hacer prisionero á D. Antonio.—Es jurado y proclamado en Lisboa Felipe II. . . . . 149

Enferma de gravedad el rey.—D. Antonio hace circular la noticia de la muerte del rey.—El duque de Alba toma providencias para asegurar la corona al sucesor de Felipe.—Reiterados triunfos de D. Sancho Dávila contra D. Antonio.—Los restos del ejército del pseudo-rey son batidos por Dávila junto á Oporto.—Convalece el rey y fallece su esposa doña Ana de Austria.—Es puesta en bando la cabeza de D. Antonio —Nobleza de los portugueses.—Entra Felipe II en Yelbes.—Visita en Villaboin á los duques de Braganza, antiguos pretendientes.—Juran estos al rey.—El duque es agraciado con el Toison de Oro. . . . . 150

FLANDES.

Determina el rey que doña Margarita de Austria, su hermana, y madre de Alejandro Farnesio, se traslade á Flandes encargada del gobierno civil, dejando el militar á Farnesio.—Este se resiente y escribe á Granvela.—Dimitte el principe de Parma.—No acepta el rey la dimision.—Manifiestan su disgusto los walones por la dimision del principe.—Margarita de Austria escribe al rey su hermano, en el mismo sentido que los walones. . . . . 151

Devuelve el rey el gobierno general á su sobrino el principe.—Fragmento de la carta que al segundo remite el primero, y palabras satisfactorias de la patente real.—Fragmento de una carta del rey á su hermana. . . . . 152

Descúbrese que tratan de asesinar á Alejandro Farnesio.—Elevada alcurnia del principal conspirador.—Encárgase el marqués de Rouvais de encontrar todos los hilos de la trama.—El señor de Heez, principal en la conspiracion, es preso y llevado á la fortaleza de Quesnoy.—Es degollado.—Convoca Orange en Amberes á los estados flamencos.—Manejos del expresado principe.—Destituyen al rey y eligen soberano á Francisco de Valois, duque de Anjou, antes de Alençon, hermano de Enrique III de Francia. . . . . 153

Disgústase por el desaire el archiduque Matías, y se retira á Alemania.—Nuevos escándalos.

CÓRTESES CELEBRADAS DURANTE EL DECENIO OCTAVO.

Córtés de 1570 en Córdoba.—Reclamacion hecha al rey.—Diversas peticiones. . . . . 154



Córtes de 1571.—Asuntos de que se ocuparon. . . . .	155
Peticiones hechas sucesivamente y repetidas en otras Córtes. —La concesion de la mayor parte es aplazada ó denegada. . . . .	156
Importancia de las peticiones hechas en 1573.—Duracion de las Córtes reunidas en 1576. . . . .	157
Trátase de las setenta y tres peticiones hechas por las Córtes al rey. . . . .	158
Terminan en 1578, y se reunen inmediatamente las de 1579, que no terminan hasta 1582.	

## DECENIO NOVENO.

## Año 1581.

## PORTUGAL.

Es solemnemente jurado rey de Portugal D. Felipe II.—Jura á su vez el soberano guardar los privilegios, etc., de su nuevo reino.—Proclamacion.—Juran al rey y rinden ho- menaje, los primeros, los duques de Braganza. . . . .	160
Es jurado sucesor el príncipe D. Diego.—Perdon general.— Generosidad del rey al otorgar en Portugal mercedes.— Rasgo de Felipe II, digno de elogio.—Sale el rey de Tomar y recorre el reino.—Entra en Lisboa.—Palabras de Ambro- sio de Aguiar al presentar las llaves de la córte. . . . .	161

## FLANDES.

Apodérase el príncipe de Parma de Courtenay.—Pasa Malinas á poder de los rebeldes.—Estos hacen prisioneros á los condes de Selles y de Egmont, hermanos.—Los del rey co- gen prisionero al rebelde general Francisco de La Nouë.— Establece Farnesio el sitio de Cambray, despues de haberse posesionado de Breda.—Los mensajeros de los rebeldes en- cuentran al duque de Anjou en Plessis-les-Tours.—Acepta aquel la soberanía de Flandes.—Entra en Flandes con doce mil infantes y cuatro mil caballos.—Siguenle muchos nobles franceses. . . . .	162
El marqués de Rouvais, sitiador de Cambray, derrota á los franceses y hace prisionero al vizconde de Turena.—Nota- bles palabras de Farnesio, dirigidas á Turena.—Levántase el sitio de Cambray.—Toma Anjou, por entrega, á Cateau- Cambresis.—Regresa aquel á Francia.	

## Año 1582.

## PORTUGAL.

Guerra en las islas Azores. . . . .	163
La isla Tercera proclama á D. Antonio.—Es rechazado D. Pe-	

- dro Valdés, y despues D. Lope de Figueroa.—Reune D. Antonio una armada de sesenta buques, auxiliado por Inglaterra y Francia.—Salen contra aquella el marqués de Santa Cruz y el vice-almirante Recalde, que estaba en las aguas de Vizcaya.—La isla de San Miguel permanece fiel á Felipe II.—Dirigese D. Antonio contra la isla de San Miguel.—Ataca á la armada rebelde el marqués de Santa Cruz.—Destroza este á la armada francesa, de D. Antonio.—Caen prisioneros los generales Pietro di Strozzi, italiano, el conde de Vimioso, portugués (herido y despues muerto), con otros muchos nobles.—Perecen tres mil rebeldes.—Huye D. Antonio. . . . . 164
- Refugiase en la isla Tercera.—Dirigese á Francia, despues de saquear en la isla de la Madera y en las Canarias.—Fallece D. Diego, príncipe de Asturias.

## FLANDES.

- Fea política de Francia é innoble guerra hecha á España.—Falsía del rey francés y de Catalina de Médicis, de funesta y odiosa memoria. . . . . 165
- El duque de Anjou en Inglaterra.—Pretende casarse con Isabel.—Cánsase de hacer un papel ridículo, y se dirige á Flessinga y de allí á Middelburg.—Pasa á Amberes.—Sitia Farnesio á Tournay.—Célebre sitio.—Defiende la plaza la princesa de Espinoy. . . . . 166
- Alejandro Farnesio, en el sitio de Tournay.—Su elogio.—Peligro que corre.—Su valor.—Asalto sin resultado ventajoso.—Ríndese la plaza. . . . . 167
- Entusiasmo general al entrar en Tournay el invicto Alejandro.—Entrega las llaves la princesa de Espinoy.—Fina delicadeza del príncipe de Parma.—Palabras de la defensora de la plaza.—Coinciéncias notables.—Trátase de que vuelvan á Flandes los españoles. . . . . 168
- Los magnates flamencos son los primeros que solicitan la vuelta de los españoles.—Conducta del príncipe de Parma con el marqués de Rouvais.—Palabras que á este dirige aquel. . . . . 169
- Peticion de las Asambleas de los estados fieles.—Disparan un pistoletazo al príncipe de Orange.—Queda herido.—El agresor es ahorcado y descuartizado. . . . . 170
- Crueldad de los protestantes.—Achácase al de Anjou el frustrado asesinato de Orange.—Discordia entre el bando rebelde.—Toma Farnesio á Oudenarde.—Vuelven á Flandes los españoles.—Quita el de Parma varias plazas á los rebeldes. . . . . 171
- Tranquiliza Farnesio á Rouvais.—Ríndele la caballería honores como á su general, por mandado del príncipe de Parma.—Triunfos de D. Francisco Verdugo, gobernador español en la Frisia.—Circunstancias de este gran caudillo.—Sus palabras.—Bate completamente Alejandro Farnesio á franceses y flamencos.—Escapan á uña de caballo Orange y Anjou.—Enciérranse ambos en Gante.—Continúan las arterias de Enrique III de Francia, y de su madre la de Médicis. . . . . 172

## Año 1583.

## PORTUGAL.

- Es jurado heredero de la corona lusitana el príncipe D. Felipe. — Nombra Felipe II gobernador de Portugal al cardenal Alberto, archiduque de Austria. — Fallece en Lisboa el célebre D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba de Tormes. — Muere también en la corte lusitana el valeroso y fiel D. Sancho Dávila (ó de Avila). . . . . 173
- Toma Felipe II juramento á su sobrino el archiduque gobernador. — Nombra el consejo de portugueses. — Hace el rey trasladar con toda solemnidad, de Ceuta á Lisboa, los restos del rey D. Sebastian. — Sale el monarca de Portugal y regresa á España. — Pasa del Escorial á Madrid. — Defensa de Felipe II hecha por el Sr. Lafuente contra un autor francés, injusto y poco veraz. . . . . 174
- Razones por las que los autores franceses se muestran enemigos de Felipe II — Conducta observada por Francia, generalmente, con España.

## FLANDES.

- Descabellado proyecto del duque de Anjou y de sus consejeros. — En qué consistía el proyecto. — Preparase la ejecución. — Lo que á este propósito refiere Strada. . . . . 178
- Entran en Amberes por sorpresa y como enemigos los franceses. — Sale el pueblo en masa á castigar la insolencia. — Horrible destroz de franceses. . . . . 179
- Razones de política que tiene Orange para mostrarse generoso con Anjou. — Vuelven á Flandes los españoles. — Carta de Felipe II á su sobrino el de Parma. — Doble conducta del de Anjou con Farnesio. — Este determina salir á campaña. — Enferma de pesar el de Anjou, abandona á Dunkerke y se retira á Francia. . . . . 180
- Dirigese á Dunkerke Farnesio. — Apodérase de la ciudad. — Bairon quiere socorrer la plaza, y los paisanos flamencos lo impiden. — Toma el de Parma á Nieuport.

## Año 1584.

## FLANDES.

- Posesiónase Farnesio del país de Waes. — Amenaza á Brujas, á Gante y prepara una grande empresa. — Toma á Iprés, Ruppelmonde y Alost. — El maestre Verdugo toma á Zutphen. — El príncipe de Chimay, hijo del duque de Arschót, entrega Brujas á Farnesio. — El conde de Berghes se pasa á las filas españolas. . . . . 181

Fallece el duque de Anjou en Chateau-Tierry.—Palabras de Margarita de Valois, hermana de Anjou, que describen el carácter del difunto duque, de bien fatal pero exacta manera.—Es asesinado el príncipe de Orange.—Detalles de este suceso. . . . .	182
Valor y constancia de Baltasar Gerard, el asesino del impío y rebelde Orange.—Circunstancias de este príncipe. . . . .	183

## SITIO DE AMBERES.

Determina el de Parma sitiar á Amberes.—Asombra el gran proyecto al consejo de guerra. . . . .	184
Dificultades que aquel presenta, alguna al parecer insuperable.—Enseña el gran caudillo á los ingenieros Piatti y Barroccio un modelo para echar un puente firme y sólido sobre el inmenso Escalda. . . . .	185
Notables palabras de Strada.—Falta de materiales para construir el puente.—Los hay en Termonde, que está en poder del enemigo, y Alejandro hace sitiar á Termonde, la toma en tres días y se provee de los materiales necesarios.—Mueren desgraciadamente en Termonde el jefe de artillería y de ingenieros D. Pedro Tarssis, y el maestre de campo don Pedro de Paz. . . . .	186
Comienza la inconcebible obra del <i>punte-monstruo</i> .—Palabras de Santa Aldegundis, rebelde gobernador de Amberes.—Breve explicacion del puente.—Tiene DOS MIL CUATROCIENTOS piés de extension.—No es posible cerrar el centro.—Paralizase la obra y regocijanse los de Amberes. . . . .	187
Perjudica, sin embargo, á los sitiados el comenzado puente.—Carece de barcas el de Parma para cerrar el inmenso puente.—Sabe que hay sobra de ellas en Gante, que está en poder de los rebeldes y marcha contra Gante.—Trabajos de los sitiados.—Ríndese Gante.—Benignidad de Alejandro.—Reune muchas más embarcaciones de las que necesita.—Dificultades para trasladarlas. . . . .	188
Rompe el de Parma los diques del Escalda y lleva las barcas por la inundada campiña.—Impide Tiligny, jefe rebelde, la traslacion de las últimas.—Alejandro improvisa un canal al que surten de aguas el Escalda y el Lys, rotos los diques.—Lleva por el canal las barcas, despues de improvisar un fuerte castillo para defensa del canal.—Este se denomina CANAL DE PARMA, y aquel el FUERTE PERLA.—Queda completamente cerrado y construido el puente-monstruo.—Prevision de Farnesio para defender el puente. . . . .	189

## Año 1585.

Espanto y terror de los enemigos.—Dirigese el rebelde conde de Holak contra Bois-le-Duc.—Es aquel completamente batido por el conde de Altapenne y Giorgio Basta.—Ríndese y entrégase Bruselas al de Parma.—Hace otro tanto Nime-

ga, capital del ducado de Güeldres.—Toma rumbo la armada holandesa para socorrer á los de Amberes.—El rebelde Justino de Nassau, bastardo de Orange, toma el fuerte de Liefkenshoek. . . . .	190
Federico Giambello.—Infernal invencion de este diabólico ingeniero. . . . .	191
Navíos iluminados, y brulotes ó navíos incendiarios. . . . .	192
Providencial salvacion del príncipe de Parma.—Estalla uno de los minados y enormes navíos.—Inconcebible efecto que produce.—Horrible destrozo que causa. . . . .	193
Creen muerto á Farnesio.—Palabras dichas por este algunos dias antes, que los desconsolados españoles toman por proféticas.—Encuéntranle herido, pero vuelto en sí recobra toda su energía.—Admirable fuerza de ánimo de aquel grande varon.—Recompone aparentemente el destrozo del puente.—Temor de los enemigos. . . . .	194
Sentida muerte del bizarro y entendido marqués de Rouvais.—Perece tambien el veterano y valeroso Gaspar de Robles, baron de Villí.—Signos de la explosion y destrozo, encontrados á <i>nueve mil pasos de distancia</i> .—Refuerza Alejandro el contradique de Couvestein.—Las armadas auxiliares de los rebeldes se acercan por la inundada campiña, y atacan los diques y contradiques.—Son rechazadas por Mondragon y Gamboa.—Vuelven y acometen al contradique de Couvestein.—Nuevos fortines construidos por el de Parma, llamados Santiago, San Jorge y Pallade (Palas). . . . .	195
Rompen imprevistamente los sitiados los diques del Escalda.—Aparece por los campos la armada del rebelde Holak.—Llega tambien por la parte de Brabante la armada del rebelde Nassau.—Queda en amenaza la acometida.—Sorprenden los flamencos el fuerte Pallade.—Destrozo de los defensores.—Son rechazados los flamencos con gran pérdida. . . . .	196
Nueva invasion contra el puente, hija de un tudesco discípulo de Giambello.—Ingeniosa invencion de velas submarinas.—Vigilancia del príncipe de Parma.—Valor é inteligencia de un capitan inglés al servicio de España.—Insignificante destrozo del puente. . . . .	197
EL ARCA DE NOÉ.—Nueva acometida contra el contradique de Couvestein.—Numerosísima armada enemiga. . . . .	198
Memorable ataque.—Detalles. . . . .	199
Ganan terreno los enemigos.—Los españoles é italianos cierran las brechas hechas en el contradique con los cadáveres de los enemigos.—El ataque de estos es impetuoso y sostenido.—Apuro del fuerte Pallade. . . . .	200
Celebra consejo el conde de Mandfeldt.—Noble pleito militar entre los maestros de campo D. Juan del Aguila (español) y Camilo Capisuccio (italiano), y de los sargentos mayores Bartolomé de Torralva y Silvio Piccolomini (ó Piccolimini).—Valor de ambos.—Aparece Farnesio, que se hallaba en la parte opuesta del inmenso puente.—Vuelve con el sin par caudillo é ánimo á los españoles.—Rápida manera de determinar y proceder del de Parma.—Inusitado valor y energicas palabras de este verdadero héroe. . . . .	201



Valor y constancia del veterano conde de Mandsfeldt.—Idem de Águila y Capisuccio.—Torrálva es el primero de todos que pone el pié entre los enemigos.	202
Fuga de los rebeldes.—Destroza horrible hecho en aquellos.—Completa derrota de los flamencos.—Pérdidas del ejército del rey.—Cambia Alejandro el nombre de Pallade en el de <i>Victoria</i> .—Engaña Holak á los rebeldes.—Sus palabras.	203
Alegría y barbarie de los de Amberes.—Desaparece el engaño.—Entrégase Malinas.—Clemencia de Alejandro con los de Malinas.—Anímase con esto los de Amberes á entregar la plaza.—Proposiciones hechas por Santa Aldegundis.—Encargo del rey á Farnesio.	204
Generoso y amplio perdón.—Hace su pública entrada en Amberes el victorioso y heróico duque de Parma.—Crúzase solemnemente de la insigne orden del Toison de Oro.	205
Celebran los soldados este suceso y la rendicion de Amberes.—Costumbre militar que data de aquel dia.—Alegría de Felipe II.—Guarnece y fortifica á Amberes el de Parma.—Manda deshacer el puente-monstruo y regala á Piatti y Baroccio todos los materiales.—Triunfos de D. Francisco Verdugo en la Frisia.—Extremo apuro del veterano tercio de D. Francisco de Bobadilla con otros dos de aquellos, tambien españoles.	206
Aprovecha Holak la apurada situacion de los cinco mil españoles.—Innoble y poco valerosa manera con que aquel jefe rebelde se propone triunfar.—Intima la rendicion.—Dignas palabras con que contesta Bobadilla.—Suceso verdaderamente providencial.	207
Salvados los tercios, hacen una piadosa promesa.—Apelan los rebeldes á Isabel de Inglaterra.	208
Tratado entre aquellos y esta.—El conde de Leicester.—Extraña conducta de la inglesa con sus amantes.—Número de príncipes con quienes debió casarse, sin llegar á verificarlo.	209

## Año 1586.

Sale de Lóndres el ejército auxiliar de Inglaterra.—Reciben los rebeldes con grande alegría á Leicester.—Malquístanse aquellos con Isabel de Inglaterra.—El por qué.	211
Desenójase la reina <i>doncella</i> .—Alejandro Farnesio manda á Mandsfeldt que sitie á Grave.—Cree el ejército que su invitado caudillo (el príncipe de Parma) ha perecido.—Salen felizmente de su error.—Enérgicas palabras de Alejandro.—Asalto.—Replégase el ejército español.—Entrega el gobernador rebelde la plaza de Grave.—Es aquel decapitado por Leicester.	212
Dirígese Alejandro contra Venlío.—Defiéndela el aventurero Martin Schenck, valeroso é inteligente rebelde.—Apodérase el de Parma de Venlío.—Galantería y humanidad del vencedor.—Súplica del elector de Colonia.—Manda el de Parma socorro al de Colonia.—Toman los españoles á Nuis (Novesia).—Valor del alférez Alonso de Mesa, gaditano.	

Alejandro de Nuis á Rhimberg.—Sitian los rebeldes á Zutphen.	213
Defiende esta plaza Juan Bautista de Tarssis.—Manda Farnesio al marqués del Vasto socorrer á Zutphen.—El de Parma introduce abundantes víveres y todo género de socorros en Zutphen, rompiendo las líneas de Leicester.—Perece el inglés sir Philippo Sidney, sobrino de Leicester.—El marqués del Vasto, amenazado traidoramente de muerte, es salvado por un piquero español.—Arrepentimiento de los rebeldes al notar de qué modo protegen sus nuevos protectores los ingleses.—Nulidad de Leicester.—Su despotismo é injusticia.—Llama la reina á su favorito para que regrese á Londres.	214
Motivo inicuo de la llamada.	

## Año 1587.

## FLANDES.

Fallece Octavio Farnesio, duque soberano de Parma, Piacenza y Guastala, y herédale su hijo el valeroso Alejandro.—Pide el nuevo duque permiso al rey su tío para pasar á sus estados.—El rey no se le concede.—Convéncese Alejandro de las razones que le da el soberano.—Entréganse al duque de Parma las fortalezas inmediatas á Zutphen.	215
Dirigen los rebeldes á la inglesa un largo capítulo de quejas contra Leicester.—Nombran gobernador y capitán general á Mauricio de Nassau, hijo de Orange.—Isabel de Inglaterra manda un comisario régio á Flandes, para cerciorarse del fundamento de las predichas quejas.—Lord Buckhurst.—Informa este contra Leicester.—La reina castiga al honrado y leal comisario, le hace prender, y manda marchar de nuevo á los Países-Bajos á su amado Leicester.—Determina Alejandro sitiar á Ostende y la Esclusa.	216
Prodigios verdaderos ejecutados por Alejandro y los suyos en el famoso sitio de la Esclusa.—Leicester y Mauricio de Nassau se dirigen con sus tropas á salvar la Esclusa.—Impídeles el de Parma pasar adelante.—Dirígense á Osteude.—Háceles retroceder Alejandro.—Retírase Leicester cobardemente á Holanda.—Ríndese la Esclusa.—Entrégase Güeldres.—Raquítica figura de Leicester como personaje histórico.	217
Piden muchos nobles dudosos, y algunos rebeldes, reconciliarse con Felipe II.	

## Año 1588.

## PREPÁRASE LA ARMADA INVENCIBLE.

Crimen execrable cometido por Inglaterra.	218
MARÍA STUART, reina de Escocia y de Francia.—Causas del	

odio que la profesaba la infame Isabel de Inglaterra.—Circunstancias de la hermosa María. . . . .	219
Palabras de una carta de Isabel á su <i>hermana</i> la reina de Escocia (María Stuard).—Preso esta última por los nobles rebeldes, fúgase del castillo y se dirige á Inglaterra.—Recuerda á su <i>hermana</i> las palabras de su carta, y la remite la contraseña que acompañaba á aquella.—La traidora Isabel contesta poniendo preso á María.—Mándala formar causa por una verdadera calumnia.—Los jueces INGLESES la declaran inocente.—Búscanse nuevas calumnias.—Es nuevamente absuelta María.—Hácese estallar una conspiración de INGLESES contra ISABEL.—Achácase la culpa á la inocente y hermosa María.—El Parlamento la declara rea de <i>lesa majestad</i> .—Era preciso quitarla la vida, y es sentenciada á muerte. . . . .	220
Notifícasela la sentencia.—Valor con que oye la notificación.—Nobles y dignas palabras de María.—Muere con un valor digno de una heroína.—Motivos que tuvo Felipe II para tomar venganza de la malvada Albion. . . . .	221
Trátase de paz entre España é Inglaterra.—Sitio de las conferencias.—Representantes de ambas naciones.— <i>Hazaña</i> digna de un bandido, ejecutada por el pirata Drake.—Deoreta el rey de España la expedición contra Inglaterra.—Opinión contraria del ministro D. Juan de Idiáquez.—Prudente opinión de Farnesio y del marqués de Santa Cruz. . . . .	222
Sixto V, Sumo Pontífice.—Ejército español: subdivisione de las fuerzas de tierra.—Armada.—Nobles voluntarios y aventureros. . . . .	223
Providencias que adopta la inglesa.—Angustia de la malvada Isabel.—Dase á la armada española el nombre de <i>Invencible</i> .—Fallece el incomparable marino D. Alvaro de Bazan, primer marqués de Santa Cruz.—Miguel de Oquendo y Juan Martínez de Recalde. . . . .	224
Primer desastre de la armada cerca del cabo de Finisterre.—Toma de nuevo su rumbo.—Distribucion de la armada en diez escuadras. . . . .	225
Soldados, gente de mar y remeros.—Llega la <i>Invencible</i> á la altura del cabo Lézard.—Abraza la armada española una extension de <i>siete millas</i> .—Los ingleses preparáanse en Plymouth.—Reune Medina-Sidonia el consejo á bordo de la capitana.—Sábía opinion de Recalde y Oquendo.—Empéñase Medina en atenerse estrictamente á las órdenes del rey. . . . .	226
Pasa de largo la armada española.—Síguela el almirante lord Howard.—Vuelve proas nuestra armada dos leguas pasadas de Plymouth.—Desventajas de la escuadra española y ventajas de la inglesa.—No se decide por ninguna la victoria.—Avisa Medina-Sidonia al de Parma, para que apresure su marcha.—Da el primero con la armada vista á Calais.—Ancla la armada.—Estratagema del pirata Drake.—Surte el efecto, y el duque de Medina-Sidonia manda cortar cables y levar anclas. . . . .	227

Terrible y deshecho temporal que destroza completamente la armada, que era sin duda alguna para las fuerzas humanas invencible.—Miserable cobardía de la armada inglesa para hacer creer que triunfó.—Valor de los españoles, del duque de Medina y de los caudillos todos. . . . .	223
Algunas líneas dedicadas á un <i>escritor inglés</i> .—Pérdidas.—Notables y magníficas palabras pronunciadas por Felipe II al saber el desastre.—Detiene su marcha Alejandro Farnesio. . . . .	229
Responsabilidad del rey, y parte que tuvo en el mal éxito de la expedición.—Desaciertos notables.—Circunstancias que aquella tuvo en su contra y que debieron considerarse á tiempo. . . . .	230
Calumnia lanzada contra el duque de Parma.—Deshácese aquella.—Divide Farnesio en tres cuerpos su ejército.—Destino que les da.—Dirigese contra Bergh-op-Zoom.—Traicion de un inglés. . . . .	231
Quedan prisioneros el conde de Oñate y el marqués de la Hinojosa.—Toma Carlos de Mandsfeldt á Warthtendock.—El primer cuerpo del ejército de España rinde á Bona.—Dirigese el duque de Parma contra Geertruidenberg (monte de Santa Gertrudis).—Hácese uso por primera vez de las bombas.	

## Año 1589.

## FLANDES.

Toma Alejandro á Geertruidenberg.—Encarga aquel á Mandsfeldt el cuidado de la guerra, y para mejorar su salud pasa á tomar los baños de Spá.—Rebelion del más brillante y veterano tercio español. . . . .	232
Origen de la rebelion.—Providencias que adopta el jóven Mandsfeldt.—Severidad de Alejandro.—Refiérese con dicho motivo un notable suceso.—Disposiciones que adopta dicho caudillo para contener y castigar la rebelion.—Castigos rigurosos, pero justos. . . . .	233
Nobles soldados del tercio que interponen en favor de este sus ruegos.—Decide el duque de Parma la disolucion del tercio.—Explicanse la rebelion y la gravedad del militar delito. . . . .	234
Pónese en armas el ejército contra los temibles insurrectos.—Diversos detalles. . . . .	235
Termina el motin.—Ordenes que recibe el bizarro maestre del tercio.—Interpónese en favor de este D. Juan Bautista de Tarssis, maestre veedor general del ejército. . . . .	236
Contestacion del duque de Parma.—Dirigese Tarssis, encargado de la disolucion del tercio, á cumplir su triste mision.—Carta del duque de Parma á D. Sancho de Leiva, maestre del tercio.—Sentimiento de este valeroso guerrero.—Abate la bandera coronela. . . . .	237

Imítase este triste hecho por todos los alféreces del tercio.—  
Queda este disuelto y distribuidos sus individuos.—Detalles  
del suceso.

**Año 1590.**

**FLANDES.**

Alvíase el duque de Parma.—Mauricio de Nassau se apodera  
de Breda *por engaño*. . . . . 238

**CÓRTESES CELEBRADAS DURANTE EL DECENIO NOVENO.**

Fragmento de una carta de Felipe II á Francisco de Garnica,  
su tesorero mayor.—Penuria y afflictivo estado del Tesoro.—  
Terminan las Córtes en 1582, y ábrense en seguida las de  
1583.—Utilidad de lo que en ellas se trató. . . . . 240

Indisciplina de las tropas en España.—Nuevas Córtes en 1586.  
—Manera que los diputados tuvieron de encabezar las pe-  
ticiones. . . . . 241

Respuesta del rey.—De lo que se trató en aquellas sesiones —  
Córtes en 1588.—Medida dispuesta por Felipe II, cuya adop-  
cion honra mucho su reinado. . . . . 242

Curiosa é interesante *Memoria*, relativa á la *descripcion de Es-  
paña*. . . . . 243

Insistencia del rey para hacer que se levante el mapa general  
de España.

**ÚLTIMO DECENIO.**

**Año 1591.**

**ESPAÑA.**

*Célebre* proceso de Antonio Perez. . . . . 247

Comisiona el rey á D. Antonio Pazos, obispo de Córdoba, pa-  
ra que procure templar al hijo de Escobedo y disponerle  
en favor de Perez.—Logra su objeto el prelado.—Trátase  
de hacer lo mismo con la princesa de Eboli, que resuelta-  
mente no accede, así como Perez, por instigacion de aquella.  
—Permitese al preso pasar á su casa, para restablecer su  
salud.—D. Rodrigo Manuel, capitán de la guardia del rey,  
exige á Perez pleito-homenaje de amistad á Mateo Vazquez.  
—Permitese al preso salir á misa, á paseo y recibir visitas;  
pero no hacerlas él. . . . . 248

Preséntase á Europa el raro espectáculo de ver á un ministro  
*encausado y arrestado*, sin embargo de lo cual desempeña  
su ministerio y tiene en su arresto mismo la secretaria y ofi-

- cinas del ministerio.—El hijo de Escobedo vuelve á mostrarse parte contra Perez.—El rey da á D. Rodrigo Vazquez de Arce comision secreta para formar á Perez proceso reservado.—Examinanse bajo palabra de sigilo varios testigos de la primera nobleza.—Graves cargos que por declaracion de aquellos resultan contra Perez. . . . . 249
- Motivos visibles que hay para creer ciertos los referidos cargos.—Reflexiones acerca de la llamada *justificacion* hecha despues en Aragon por Perez. . . . . 250
- Continúan las observaciones ó reflexiones.—Gírase una visita de residencia.—Encomiéndase aquella á D. Tomás de Salazar.—A consecuencia de ella es multado Perez en 30,000 ducados, y castigado con *suspension de oficio por diez años, dos de reclusion*, y terminada esta, *ocho de destierro*.—Trátase de prender al reo en su casa, llamada *del Cordon*.—Escápase Perez y se refugia en la iglesia de San Justo.—No se da entrada en aquella á los alcaldes de córte, y estos hacen apalancar una puerta.—Registran y encuentran en un desvan al fugitivo.—Ampliáanse en Aragon las declaraciones y se aclaran los hechos. . . . . 251
- Declara el alférez Enriquez, que fué uno de los asesinos pagados, segun se deduce, por Perez.—Nuevos crímenes de que es aquel acusado.—Los amigos y parientes de Perez preparan la fuga de este, á cuyo fin le llevan dos yeguas herradas al revés.—Descúbrese el intento.—Son arrestados la esposa y los hijos de Perez.—Pídense á aquella los papeles de su marido.—Niégase á darlos.—El la indica los cofres que puede entregar, por medio de un billete escrito con sangre, segun se dice, á falta de tinta.—Entrega doña Juana dos cofres de papeles.—Es puesta en libertad con sus hijos.—Sacan á Perez del castillo de Turégano, en donde cumplia la condena, y trasládanle á Madrid. . . . . 252
- Papel dirigido por el rey al presidente que entendia en el proceso de Perez.—Estréchase la prision de Perez.—Este recusa al juez Rodrigo Vazquez.—Felipe II nombra á Juan Gomez en calidad de adjunto.—Decrétase el tormento.—Súfrele Perez y ofrece declarar.—Calumnias del ex-ministro contra el noble D. Juan de Austria y su secretario Escobedo. . . . . 254
- Enferma, ó finge estar enfermo, Perez.—Concédesele la asistencia de un criado.—Permítase tambien que pasen á cuidarle su esposa y su hijo.—Escápase el delincuente disfrazado con un traje de su mujer.—Reúnese á su paisano y pariente Gil de Mesa y á un genovés llamado Magiorini.—Decrétase la prision de la esposa del fugitivo.—Alcanzan las requisitorias á Perez en Calatayud.—El diputado don Juan de Luna impide á *mano armada* la prision del fugitivo.—Escribe Perez al rey. . . . . 255
- Gil de Mesa dirigese á Zaragoza, y pide en favor de Perez el privilegio de la *Manifestacion*.—En qué consistia este.—Es trasladado Perez á Zaragoza.—Entabla el rey querrela formal contra el rebelde súbdito.—Acusaciones contra el mismo.—Nombra Felipe II su representante en la capital de

Aragon, al marqués de Almenara. . . . .	256
Nuevos crímenes de que acusan al procesado.—SENTENCIA.— Escribe al rey en son de amenaza el sentenciado.—Observaciones. . . . .	257
Documento importante. . . . .	259
Hácese nuevas reflexiones, todas contrarias al ex-ministro Perez. . . . .	260
Cópianse algunas líneas del Sr. Lafuente.—Siguen las observaciones.—Ordena el rey que se entable contra el reo el juicio de <i>enquesta</i> . . . . .	261
No estando fundada esta resolución, protesta Perez.—Trátase de que entienda en la causa de aquel el tribunal de la Suprema.—Cargos que se hacen al procesado. . . . .	262
Los inquisidores de Zaragoza expiden mandamiento para que les sea entregado el preso.—Cumple el <i>Justicia mayor</i> la orden.—Extraen á Perez y su secretario Magiorini de la cárcel de la <i>Manifestacion</i> , y trasládanlos á la Aljafería.—Amotínase lo que se llama pueblo, movido por el dinero de Perez é instigado por Gil de Mesa.—Observaciones. . . . .	263
Prepárase á la defensa el marqués de Almenara en su palacio.—Quieren apoderarse de él los amotinados.—Ofrece el <i>Justicia mayor</i> , para calmar á aquellos, prender al marqués.—Préndele, en efecto, para librarle del furor de la turba.—Acomete esta al marqués; dale de cuchilladas, y atropella y hace rodar por el suelo á la <i>primera autoridad ARAGONESA</i> , al <i>Justicia mayor</i> .—Sálvanle de una muerte segura sus tenientes y sus hijos, que le acompañaban.—Corre la turba á la Aljafería y amenaza de muerte á los inquisidores, si no entregan los presos.—Vacilan aquellos.—Personas muy autorizadas procuran conciliar los extremos. . . . .	264
Crece el tumulto y se multiplican las amenazas.—Son entregados los presos al virey y al Zalmedina.—Protestan los inquisidores contra la violencia.—Muere en la cárcel el marqués de Almenara.—Verdadero móvil y único origen de la revolucion.—Llaman los amigos de Perez á la temible <i>gente de la montaña</i> . . . . .	265
Nuevas tropelías.—Debilidad del tribunal de los <i>Judicantes</i> .—Conducta no muy enérgica del rey.—Publican los inquisidores una bula expedida tiempo antes por Pio V. . . . .	266
Créase en Madrid una nueva junta para entender en la causa del ex-ministro Perez.—Nueva junta creada en Zaragoza.—Su dictámen.—Truécase en energía la debilidad de Felipe II.—Expiden los inquisidores nuevo mandamiento de prision contra Perez y Magiorini. . . . .	267
Recomienza el motin y renuévanse los atropellos.—Los llamados <i>FUERISTAS</i> , disuelven á trabucazos la <i>ronda del país</i> , mandada por el Zalmedina, <i>autoridad aragonesa</i> .—Ponen á Perez incomunicado.—Motivo de esta medida.—Trasladan á Perez de cárcel.—Motin en el Mercado.—Choque sangriento. . . . .	268
Las autoridades y personas notables tienen que huir, para salvarse, por los tejados.—Piden los amotinados la entrega del preso.—Niéganse los que le custodian.—Fuerzan las	

puertas de la cárcel.—Libertan á Perez y á Magiorini.—Sale por el lado de Santa Engracia en silla de posta el ex-ministro.—Párrafo de una carta de Lanceman de Sola.—Desgracias que ocurrieron. . . . .	269
Reflexiones acerca de los sucesos de Zaragoza. . . . .	270
Carta de Felipe II dirigida á la ciudad de Zaragoza.—Pide el virey al soberano la traslacion de la audiencia á punto más seguro.—Orden del rey respecto del armamento de los zaragozanos. . . . .	271
Dirígese á Zaragoza el general D. Alonso de Vargas con tropas escogidas.—Armase Zaragoza.—Mensaje del virey al general Vargas.—Despacha aquel dos correos á la córte. . . . .	272
Consulta la diputacion con sus letrados.—Dictámen de estos.—Publicase por la diputacion y la córte del Justicia.—Zaragoza pide auxilio á Aragon, á la gente de la montaña, á Cataluña y á Valencia.—Nómbrase en Zaragoza un consejo de guerra.—Distribucion de cargos para entrar en campaña. . . . .	273
Nuevo Justicia mayor.—Su débil carácter.—Manda el rey al marqués de Lombay entrar en Zaragoza.—Avanza Vargas despues de algunas conferencias.—Salen las tropas de Zaragoza con el Justicia, un diputado y un jurado.—No responden al llamamiento de la capital las ciudades del reino, ni Cataluña ni Valencia.—Comprométese en la rebelion el débil Justicia. . . . .	274
Abandona su campo y huye de Utebo á Epila.—Acompañanle en su fuga, y todos abandonan el estandarte de San Jorge, el diputado D. Juan de Luna y el jurado Juan de Meteli.—Desbándanse sus soldados.—Penetra Vargas en Zaragoza.—Mándanse tropas en busca de los rebeldes caudillos fugitivos.—Proceder del rey, poco loable.—Preséntase el Justicia en Zaragoza. . . . .	275
Desempeña de nuevo su cargo.—Es preso al salir de su audiencia.—Son presos igualmente el duque de Villahermosa y el conde de Aranda.—Notificase por la noche al Justicia la sentencia de muerte.—Protesta sin efecto.—Ejecucion del Justicia. . . . .	276
Fallece el duque de Villahermosa en su prision del castillo de Búrgos, y el conde de Aranda en el de Coca.—Dase cuenta de otros castigos.—Origen del vulgar adagio que dice: <i>tambien al verdugo ahorcan</i> . . . . .	277

## Año 1592.

## ZARAGOZA.

Excepciones marcadas en el perdon general concedido á los sublevados de Zaragoza.—Causas sustanciadas por el Santo Oficio.—Es sentenciado en rebeldía Antonio Perez por hereje convicto é incurso en excomunion mayor.—Reflexiones acerca del movimiento de Zaragoza.—Pruébase que en nada se pareció al de los comuneros de Castilla. . . . .	278
--	-----



- Córtes en Zaragoza.—Fallece D. Andrés de Bobadilla, arzobispo de Zaragoza.—Representantes del rey en Córtes.—Trasládase Felipe II á Zaragoza, acompañado de su hijo el príncipe de Asturias.—Este es jurado, y jura á su vez. . . . . 280
- Otorgan las Córtes aragonesas al rey un servicio de 700,000 libras jaquesas.—Modificanse los fueros.—Da orden el rey para que evacue á Zaragoza el ejército.—Pormenores dados acerca del fugitivo Perez.—Infame conducta de este, traidora á su patria. . . . . 281

## FRANCIA.

- Prepárase Alejandro Farnesio para adquirir nueva gloria. . . . . 283
- Antecedentes cuyo conocimiento es indispensable.—Enrique de Borbon.—Artículos de un tratado hecho entre Felipe II y los Guisas.—Fatal política de Enrique III de Francia. . . . . 284
- Excomunion lanzada contra Enrique de Borbon.—Escandalo-  
so manifiesto publicado por los Borbones y Condé.—*Guer-  
ra de los tres Enriques*.—Repugnante hipocresía de En-  
rique III.—Declaracion de los doctores de la Sorbona.—Pro-  
hibese la entrada del duque de Guisa en Paris.—Penetra el  
de Guisa á pesar de la prohibicion.—Doblez y falsía de Ca-  
talina de Médicis.—Presenta esta al duque en el Louvre. . . . . 285
- Firmeza del duque, que le salva la vida, y temor del rey fran-  
cés.—Jornada de las BARRICADAS.—Nobleza y lealtad del  
duque de Guisa.—Notables palabras de su hermano el car-  
denal de Lorena.—Otras no ménos célebres de Alejandro  
Farnesio.—Firmase el *edicto de union*.—Infame y villano  
asesinato del duque de Guisa. . . . . 286
- Repugnantes palabras del estúpido y menguado Enrique III.  
—Asesina tambien al cardenal de Lorena, hermano del di-  
funto Guisa.—Breve y diabólico diálogo entre la infernal  
Catalina de Médicis y su digno hijo Enrique III.—Llaman  
los franceses públicamente á su rey *villano Herodes*.—De-  
claracion de los doctores de la Sorbona.—Célebre y conmo-  
vedora procesion.—Muere la fatídica Catalina de Médicis.—  
Efecto que produce su muerte.—Original rasgo de un pre-  
dicador.—Desfoga su impotente saña Enrique III.—Los ca-  
tólicos nombran lugarteniente general del reino al duque de  
Mayenne, hermano del de Guisa y del cardenal de Lorena. . . . . 287
- Junta Enrique III el ejército que puede reunir y le une al del  
hereje Enrique de Borbon.—Reunen entre ambos cuarenta  
mil hombres.—*Profecía* de Enrique III.—Este, que profeti-  
za en falso, es asesinado por Jacobo Clemente.—Perece el  
regicida.—Deja la corona Enrique III á Enrique de Borbon,  
cuarto de su nombre.—Buenas circunstancias del nuevo  
rey. . . . . 288
- A pesar de aquellas, Paris se niega á admitirle como rey, por  
ser jefe de los herejes.—Los católicos proclaman al carde-  
nal de Borbon, bajo el nombre de Carlos X.—Intrigas del  
rey de España en la córte romana, para evitar que el Pon-

- tífice reconozca á Enrique IV.—Agriase la cuestion entre Roma y España.—Fallece Sixto V.—Ciñe la tiara Urbano VIII.—Muéstrase favorable á los proyectos de Felipe II.—Terrible situacion en que se halla Paris.—Pretendientes á la corona francesa. . . . . 289
- Párrafo de una carta dirigida á Felipe II por los católicos de Paris.—*Templados y exaltados*. . . . . 290
- Fallecen tres Pontífices en ménos de un año (Urbano VIII, Gregorio XIV é Inocencio IX).—Clemente VIII, Pontífice.—Decídese en favor de Felipe II.—Este manda á Alejandro Farnesio pasar con ejército á Francia.—Vacila aquel.—La delicadeza y el honor militar le hacen obedecer.—Prevé que durante su ausencia va á perderse en Flandes todo lo ganado.—Brillante ejército español y jefes que pasan á Francia. . . . . 291
- Reinense el de Parma y el de Mayenne en Condé.—Toman ambos la vuelta de Paris.—Enrique IV levanta el sitio, al saber que se apróxima el gran Alejandro.—Provoca aquel á este á la batalla.—Prudencia del de Parma.—Habilísima operacion estratégica de este. . . . . 292
- A favor de aquella, toma á Ligny.—Desesperacion y dolor de Enrique IV.—Apodérase Farnesio de Corveil por asalto.—Penetra en Paris triunfante, y socorre abundantemente la ciudad.—Regresa á Flandes.—Quebrántase mucho la salud del invicto Alejandro.—Su falta de recursos, y disgusto que le ocasiona su falsa posicion. . . . . 293
- Marcha Alejandro contra Nimega.—Encuétrase con su primogénito Ranuzio Farnesio.—Alejandro recibe órden para trasladarse otra vez á Francia.—Sitio de Rouen por Enrique IV y crítica posicion de los sitiados. . . . . 294
- Valor de Enrique IV y notables palabras de Farnesio.—Libra este á Rouen, como libró á Paris, y pasa á Caudebec.—Es herido de bala.—Cura dolorosa.—Toma á Caudebec.—Gran combinacion estratégica de Enrique IV.—Cree ya prisionero con todo su ejército al de Parma.—Carta que en esta confianza manda á la reina de Inglaterra.—Heróica determinacion de Alejandro Farnesio. . . . . 295
- Célebre operacion dispuesta y ejecutada por Farnesio, que le da mayor gloria que todas sus anteriores campañas.—Deja en pleno dia burlado á su temible enemigo, y libre á su ejército, artillería, bagajes, etc.—Trasládase á Flandes lleno de gloria y aclamado en todas partes.—Determina Felipe II que su sobrino Farnesio le represente ante el Parlamento de Paris, al tratar de la eleccion de soberano.—*Robo* ejecutado por los ingleses. . . . . 296
- Negocia fondos por su cuenta el duque de Parma para pagar á las tropas que, por tercera vez, van á pasar á Francia.—Agrávase la enfermedad del duque.—Su fortaleza hasta el último instante de su vida.—Despídese valerosamente de todos sus amigos y de los caudillos.—Fallece cristiana y ejemplarmente Alejandro Farnesio, duque de Parma, caudillo sin rival en el siglo XVI, á la edad de cuarenta y siete años.—Desconsuelo de su ejército. . . . . 297

Exequias reales.—Epitafio dictado por él mismo.—Merecido elogio de aquel héroe sin par. . . . .	298
Elogios hechos por varios historiadores, alguno de ellos protestante. . . . .	299

## Año 1593.

## FRANCIA.

Sentimiento de Felipe II, ocasionado por la temprana muerte de su sobrino Alejandro Farnesio.—Proyecto del rey de España, relativo á Francia. . . . .	300
El duque de Mayenne, jefe francés de la liga, comienza á entenderse con Enrique IV.—Recibe el Parlamento por medio de un <i>trompeta</i> un pliego de los preladados y magnates que siguen á Enrique.—Señálase á Surena para celebrar conferencias.—Oyese á los representantes de Felipe II.—Desacierto de este.—Declaracion del arzobispo de Bourges.—Realizanse las palabras del prelado.—Abjura Enrique IV públicamente en la iglesia de Saint-Denis sus errores.—Pronúncianse en favor del arrepentido rey muchas ciudades de Francia. . . . .	301
Declaracion del Parlamento de Paris.—No desiste Felipe II.—Huye el duque de Mayenne.—Reúnese al conde de Mandersfeldt en Soissons.—El gobernador de Paris ofrece las llaves de la capital á Enrique IV.	

## Año 1594.

## FRANCIA.

Entra en Paris Enrique IV.—Retírase el duque de Feria con las tropas españolas.—Política de Felipe II. . . . .	302
--	-----

## FLANDES.

Pasa de gobernador á Flandes el archiduque Ernesto, hermano del emperador de Austria y sobrino del rey de España.—Entra Ernesto en Bruselas.—Trata de negociar la paz.—Invita á los diputados de Flandes.—Fallece prematuramente.—Sucédele el conde de Fuentes.—Terrible decreto que esté publica.—Pone á raya al indisciplinado ejército.—Pasa el de Fuentes á Francia.—Quita á Enrique IV la plaza de Dourlens.—Es reemplazado en Flandes el conde de Fuentes por el archiduque Alberto, hermano del emperador y sobrino de Felipe II, como Ernesto.	
--	--

## Años 1595 y 1596.

- Obtiene Enrique IV la absolucion del Sumo Pontifice Clemente VIII. . . . . 303
- Desiste de la guerra el duque de Mayenne.—Interesadas y poco decorosas miras de este.—Original y noble venganza que toma Enrique IV del duque de Mayenne.—Excursiones de los turcos en Italia.—Saqueo é incendio de Reggio.—Toman el desquite en Patrás los almirantes de Sicilia y de Nápoles, D. Pedro de Leiva y D. Pedro de Toledo.—El archiduque Alberto quita á Enrique IV la plaza y puerto de Calais.—Toma tambien á Guines y Ardres.—Enrique IV toma á la Fère.—El mariscal de Biron hace prisionero al marqués de Barambon.—Resiéntese mucho la salud de Felipe II. . . . . 304
- Lleva á Flandes el archiduque Alberto, á pesar de sus proyectos pacíficos, refuerzos de tropas.—Recibenle con alegría los flamencos.—Lleva consigo al prisionero conde de Buren, primogénito de Orange.—Da á aquel libertad Felipe II, y le devuelve todos sus bienes de los Países-Bajos.—No logra el archiduque establecer la paz.—El por qué.—Quita el archiduque á Enrique IV de Francia la plaza y puerto de Calais.—Determina Felipe II tirar un nuevo golpe á Inglaterra.—Ofensas continuas recibidas de los ingleses. . . . . 305
- Gloriosa accion naval mandada por el bizarro marqués de Santa Cruz.—Dispone el rey de España un desembarque en Inglaterra.—Acometida por sorpresa.—Actos de piratería cometidos por los ingleses, consintiéndolo el conde de Essex, su caudillo.

## Año 1597.

- Toma á Amiens el maestre D. Hernan Tello de Portocarrero.—Ardid ingenioso y notable. . . . . 306
- Disgusto de Enrique IV.—Este recupera á Amiens.—Perece en la defensa el bizarro Portocarrero.—España y Francia desean la paz.—Enorme deuda de Enrique IV.—Apodérase Mauricio de Nassau de Turnhout, Rhinberg, Meurs, Groll y Brevost.—Prepárase una armada contra Inglaterra.—Deshácela una terrible tempestad.—Muere el pirata Drake. . . . . 307

## Año 1598.

- Media Clemente VIII en el asunto de la paz entre España y Francia.—Comisiona al efecto al cardenal Alexandro di Medici, al nuncio en Paris y al general de la órden de San Francisco.—Señálase la ciudad de Vervins para ajustar el tratado.—Representantes de una y otra parte.—Comienzan las conferencias, y el Sumo Pontifice allana todas las dificultades.—Condiciones de la paz. . . . . 308

ESPAÑA.

*El Pastelero de Madrigal.*—Pruébase de nuevo la muerte de D. Sebastián de Portugal en Alcazarquivir, á pesar de ciertos novelistas que desfiguran la historia. . . . . 309

Refiérese una última intentona del prior de Crato.—Nuevas infamias de Isabel de Inglaterra y de los suyos.—Atacan los ingleses á la Coruña.—Recházalos con gran valor y ocasionándolos muchas pérdidas el marqués de Cerralbo.—Llegan los ingleses á Peniche.—Establece Norris en Belen su campamento. . . . . 310

El conde de Fuentes bate á Norris.—HAZAÑA de los ingleses, que no fué la última, en el castillo de Cascaes.—Miserable fin de D. Antonio, prior de Crato. . . . . 311

*Gabriel de Espinosa*, portugués.—Sus antecedentes.—Fr. Miguel de los Santos, portugués tambien.—Antecedentes de este.—Doña Ana de Austria, hija del célebre D. Juan.—Circunstancias morales de esta señora. . . . . 312

Farsa ideada por Fr. Miguel para hacer rey de Portugal á Gabriel de Espinosa, ó sea el Pastelero de Madrigal.—Entre ambos acaban de trastornar el juicio á doña Ana de Austria. . . . . 313

Marcha Gabriel á Valladolid.—Le prenden.—Fórmanle causa.—Encuéntanse papeles en la celda de doña Ana, y son arrestados todos los cómplices.—El pseudo-rey D. Sebastian es arrastrado en un serón, ahorcado y descuartizado.—Fr. Miguel es degradado y ahorcado igualmente, en la plaza Mayor de Madrid.—Reclusion y castigo de doña Ana. . . . . 314

Comienza á pensar el achacoso Felipe II en la pacificación de Flandes.—Determina ceder la soberanía de aquellos países.—Opónese el belicoso conde de Fuentes.—Apoya el proyecto D. Cristóbal de Mora. . . . . 315

Razones en pro.—Abdica el rey la soberanía de los Países-Bajos en su hija doña Isabel Clara Eugenia y en el archiduque Alberto, futuro esposo de dicha señora.—Cláusulas de la abdicacion.—Diversa manera que tuvieron de juzgar este hecho los leales y los rebeldes flamencos.—Recibe el archiduque Alberto la copia del acta de abdicacion. . . . . 316

MUERTE DE FELIPE II.

Padecimientos del rey.—Multiplicanse aquellos.—Resuelve pasar al Escorial.—Hacen al rey observaciones acerca de su estado y de las molestias del viaje. . . . . 317

Energía del rey.—Sus palabras.—Mándase construir una sillacama.—Sale Felipe II de Madrid para no volver.—Lentitud de la marcha, y paciencia del rey.—Llega al Escorial y recorre todos los principales sitios de su vastísima y maravillosa fundacion.—Agrávase notablemente.—Combinanse muchas enfermedades para postrarle. . . . . 318

- Dolorosa operacion en una pierna.—Resignacion y valor del rey.—Increíbles y repugnantes padecimientos que sufre el soberano con ánimo inalterable. . . . . 319
- Atiende, sin embargo, á los más urgentes negocios del Estado, y despacha con su secretario y amigo el conde de Castel-Rodrigo (D. Cristóbal de Mora).—Comprende que se aproxima su fin y pide la bendicion al Sumo Pontífice.—Despacha á Roma un correo el cardenal legado, y da en tanto la bendicion al rey en nombre del Pontífice.—Llega la confirmacion de Roma.—Pide él mismo á su confesor le lea el ceremonial usado, segun el ritual romano, para administrar el último Sacramento de la Iglesia.—Hace llamar á su hijo el príncipe y pide la Extremauncion.—Notables y breves palabras que dirige á su hijo.—Recibe con su ordinaria firmeza de alma el último Sacramento, y da al príncipe muy buenos consejos. . . . . 320
- Llama de nuevo á sus hijos para despedirse de ellos.—Anunciale su leal amigo D. Cristóbal de Mora que, segun los médicos, ha llegado la hora suprema.—El rey manda le lean la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, segun San Juan.—Acabada la lectura, acométele un fuerte desmayo.—Fallece aquel hombre verdaderamente fuerte, teniendo en la mano el mismo crucifijo que tuvo en la suya al fallecer el gran Carlos I, al terminar el prior del Escorial la última palabra de la recomendacion del alma. . . . . 321
- Esposas é hijos de Felipe II.—Su severa moralidad.

## Año 1598.

## FELIPE III.

- Es proclamado el nuevo rey.—Sus buenas cualidades como hombre.—Júzganle todos muy semejante á su padre, considerado como rey. . . . . 322
- Pronóstico que hizo Felipe II al observar á su hijo.—Empeño con que el primero procuró educar al segundo.—Anúnciase la privanza de D. Francisco de Sandoval y Rojas, marqués de Denia.—Es nombrado virey de Portugal D. Cristóbal de Mora, conde de Castel-Rodrigo. . . . . 323
- Comienza á ser rey de hecho el favorito.—Este sobrecarga el muy recargado presupuesto.—Trátase de realizar el matrimonio del rey con la archiduquesa de Austria, doña Margarita, y el de la infanta doña Isabel Clara con el archiduque Alberto, ambos enlaces acordados por Felipe II.—Celebráanse los desposorios por poderes en Ferrara.—Dirígese el rey á Valencia para recibir á su futura esposa. . . . . 324
- Séquito brillante que lleva el soberano.—Prodigalidad del rey, ó más bien, de su favorito.—Detiéndose en Denia.—Obsequios que hace á S. M. el marqués de este título, su valido. . . . . 325

Año 1599.

ESPAÑA.

- Multiplicanse las diversiones y festejos.—El conde de Miranda.—Para premiar á este, dirige el rey una carta, muy poco digna, al presidente de Castilla.—Dignísima respuesta de este al soberano. . . . . 326
- Es destituido y desterrado el presidente.—Muerte de don García de Loaisa, arzobispo de Toledo.—Es reemplazado por D. Bernardo de Sandoval y Rojas, *tio del marqués de Denia*.—Insaciables ambicion y avaricia del favorito.—Es nombrado duque de Lerma.—Cuantiosos donativos que recibe. . . . . 327

FLANDES.

- Queda de gobernador el archiduque y cardenal Andrés, hermano del archiduque y ex-cardenal Alberto.—Es general de las armas en Flandes D. Juan de Mendoza, marqués del Guadalete y almirante del reino de Aragon.—Mueve el del Guadalete su ejército.—Extiéndese por el territorio de Orsoy.—Sitia á Rhinberg.—Vuela el castillo y se rinde la plaza.—Poseiónase el marqués de los paisés neutrales de Cleves.—Acampa en Westfalia.—El elector palatino, el duque de Cleves y el landgrave de Hesse acuden al emperador de Austria.—Intima este á Mendoza que abandone el país alemán.—Permanece Mendoza en el terreno ocupado.—Dirigese despues á sitiar la isla de Bommel. . . . . 328
- Acude á defenderla Mauricio de Nassau.—Prolóngase el sitio.—Magnífico fuerte de San Andrés.—Refuerzan su ejército los rebeldes.—Acude La Noüe.—Llega el conde de la Lippa, con el ejército de los confederados.—Disuélvese este.—Son jurados en Brabante doña Isabel Clara y el archiduque Alberto.

CATALUÑA Y ARAGON.

- Fiestas y regocijos en Valencia. . . . . 329
- Trasládanse los reyes á Cataluña.—Córtes en Barcelona.—Su objeto.—Visitan los monarcas á Montserrat.—Regresan á Valencia.—Embajada aragonesa.—Trasládase el rey á Aragon.—Loable determinacion del rey.—Es recibido con grande alegría en Zaragoza.—Perdon general.—Es jurado el soberano por los aragoneses, y aquel jura á su vez. . . . . 330
- Pidese la extincion del tribunal del Santo Oficio.—Respuesta del rey.—Donativos.—Sale el monarca de Zaragoza.—Visita los sitios reales.—Pasa á Madrid.—Fiestas para recibir á la nueva reina.—Confirma el rey el ducado de Lerma á su favorito el marqués de Denia.—Concede tambien al hijo de

este el marquesado de Cea, y á su nieto el condado de Ampudia.—Regala el Cigarral al arzobispo de Toledo, *tio del de Lerma*.—Regalo hecho á la duquesa.—Esta es nombrada camarera mayor de la reina.—Carta poco digna del monarca al asistente de Sevilla.

## Año 1600.

- Nombra el rey al duque de Lerma adelantado de Cazorla. . . . . 331  
Escandalosa fortuna del duque de Lerma.—Comienza á circular la alarmante voz de la traslación de la corte á Valladolid.

## FLANDES.

- Nuevas insurrecciones en el ejército.—Toma Mauricio de Nassau algunas plazas del ducado de Güeldres. . . . . 332  
Venden los alemanes y walones el fuerte de San Andrés.—Pide el archiduque á los estados un servicio de dinero.—Indicacion de los estados.—En virtud de aquella, tratase de paz.—Señálase á Berg-op-Zoom para celebrar las conferencias, y nómbranse plenipotenciarios de una y otra parte.—Política artera de Inglaterra.—Disuélvese, sin adelantar nada, la asamblea de plenipotenciarios.—Sale de nuevo á campaña Mauricio de Nassau.—Pone sitio á Nieuport.—Trasládanse á Gante los archiduques.—Reúnese el ejército real en Brujas.—Preséntase la archiduquesa á caballo y revista las tropas.—Las arenga dicha señora.—Entusiasmo de aquellas.—Recupera el archiduque los fuertes perdidos. . . . . 333  
Decide el archiduque dar una batalla general.—Los jefes prueban tal resolucion.—Obstínase el supremo caudillo.—Batalla de las Dunas ó de Nieuport.—Piérdese aquella.—Queda prisionero el marqués del Guadalete.—Pierden la vida algunos maestros y capitanes; entre aquellos, el valeroso y entendido Gaspar de Zapena.—Queda herido el archiduque.—Notables palabras de la archiduquesa.—Carga Mauricio de Nassau sobre Nieuport, con todas sus fuerzas militares.—Introdúcese en la plaza D. Luis de Velasco, general de la artillería española.—Brillante defensa.—Levanta el de Nassau el sitio y se retira. . . . . 334  
Trata Mauricio de tomar el castillo de Santa Catalina.—Retírase sin lograrlo y con pérdida.—Perece en la brillante defensa el maestro Claudio Warlotta (ó Barlotta).—Su valor y el de los individuos de su tercio.

## CÓRTESES CELEBRADAS EN CASTILLA, EN EL ÚLTIMO

DECENIO DEL SIGLO XVI.

- Córtes de 1588, terminadas en 1593.—Peticones de los diputados. . . . . 335



Dictámen del docto Pedro Simon de Abril. . . . .	336
Peticion relativa al subsidio eclesiástico.—Otra respecto del desestanco de la pólvora.—Otra acerca de la importacion de artículos de lujo traídos del extranjero.—Insértase la peticion. . . . .	337

## CÓRTESES DE 1593.

Presentan los diputados noventa y una peticiones.—Hacen una relativa á la falta de cumplimiento de las leyes promulgadas.—Otra respecto de los productos de la Cruzada, subsidio y excusado, con otras no ménos importantes.—Terminan las sesiones en 1598. . . . .	338
Reúnense las Córtes nuevamente en el mismo año.—Ridículo papel que hace representar el marqués de Denia á Felipe III.—Aquel recibe una gracia.—Miseria en Castilla.—Origen de aquella. . . . .	339
Crecen la escasez y la miseria.—Laméntanse los diputados del exceso de los precios de algunos artículos.—Paralelo que establecen. . . . .	340
Reprobable conducta y mala administracion del duque de Lerma.—Claman los diputados contra una especie de Milicia ciudadana, establecida en tiempo de Felipe II. . . . .	341
APÉNDICE. . . . .	343



## ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
22	1	exigian	exigia
27	32	desde principio	desde el principio
34	25	en el	con el
36	21	Assonlevile	Assonville
42	10	fué despues	fué designado
42	20	de aquellos	de que aquellos
57	7 y 25	Glimen	Glimeu
60	28	Lieques	Lieques.
77	19	Alort	Alost
77	32	aquellos	aquella
79	8 y 42	Alort	Alost
79	11	tenian	tenia
84	5	interior	exterior
93	5	comprendidos	comprometidos
98	27	Recléff	Racleff
99	3	definivamente	definitivamente
100	5	Cerrados	cerrado
105	2	puede	pueda
112	32	Guartala	Guastala
114	29	le	los
119	28	del rey:	del rey
132	30	cada uno	cada una
152	37	Hermana	Hermano
162	13	y el	y al
163	8	Bouvais	Rouvais
177	40	el calumniar	al calumniar
177	41	el vengarse	al vengarse
195	19 y 34	Convestein.	Couvestein
198 y 199	33 y 13	Convestein	Couvestein
282	13	Zaragoza.	Zaragoza.»
282	14	castigos.»	castigos.
286	23	Chatres	Chartres
321	38	cuarenta y dos	cuarenta y dos de aquellos

## ERRATAS.

Página	línea	que	debe decir
22	1	existen	existen
27	23	desde principio	desde principio
34	25	en el	en el
38	21	Asonoville	Asonoville
42	10	los hogares	los hogares
42	30	de aquellos	de aquellos
57	7 y 25	Gibson	Gibson
60	22	Ludlow	Ludlow
77	19	Alot	Alot
77	22	apellidos	apellidos
78	2 y 42	Alot	Alot
79	41	salin	salin
84	7	interior	interior
87	5	compartimientos	compartimientos
92	27	losa	losa
93	8	definitivamente	definitivamente
100	3	Caridos	Caridos
105	2	puerto	puerto
112	22	Guatita	Guatita
114	20	lo	lo
119	28	del rey	del rey
122	20	cada uno	cada uno
125	27	Hermano	Hermano
103	13	y el	y el
105	8	pozales	pozales
177	40	el calumnias	el calumnias
177	41	el venturo	el venturo
185	19 y 21	Conventina	Conventina
188 y 189	22 y 12	Conventina	Conventina
222	13	Xaropos	Xaropos
222	13	castigos	castigos
226	22	Chitros	Chitros
227	22	caranta y dos	caranta y dos
			caranta y dos peducillos

## GUIA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

---

- 1.ª FAMOSA BATALLA DE LEPANTO; pág. 8, dando frente á la 9.
- 2.ª ALEJANDRO FARNESIO, *duque de Parma, Piacenza y Guastala*; pág. 113, dando frente á la 112.
- 3.ª D. FERNANDO ALVAREZ DE TOLEDO, duque de Alba de Tormes; pág. 143, dando frente á la 144.
- 4.ª PUENTE MONSTRUO; *navíos incendiarios*; pág. 192, dando frente á la 193.

GUIA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

1. Famosa estatua de Icaro; pág. 8, dando frente a la 9.
2. Altar de Eros; pág. 113, dando frente a la 112.
3. D. Francisco Alvarez de Toledo; pág. 114, dando frente a la 113.
4. Estatua de San Juan; pág. 115, dando frente a la 114.





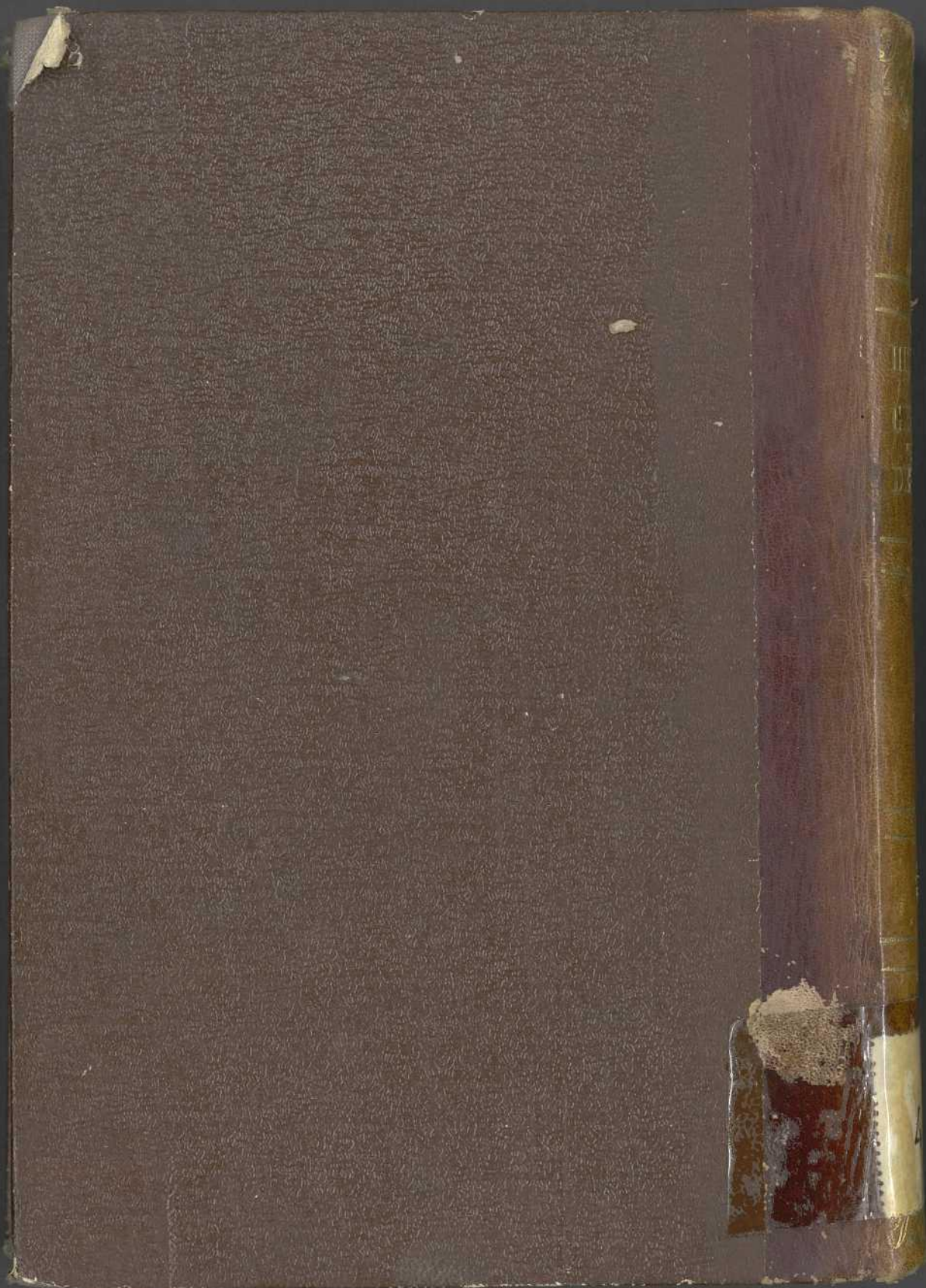












*La Biblioteca*

HISTORIA  
GENERAL  
DE ESPAÑA

9

4 3 3 3

*La Biblioteca*